El Capital

tomo II

Karl Marx

INDICE GENERAL

Tomo Segundo
Prólogos
LIBRO SEGUNDO
EL PROCESO DE CIRCULACION DEL CAPITAL

Sección Primera
LA METAMORFOSIS DEL CAPITAL Y SU CICLO

I. EL CICLO DEL CAPITAL-DINERO
1. Primera Fase: D-M
2. Segunda Fase: Función del capital productivo
3. tercera fase: M´ – D´
4. El ciclo, visto en su conjunto

I. EL CICLO DEL CAPITAL PRODUCTIVO
II. reproducción simple
III. Acumulación y reproducción en escala ampliada
IV. Acumulación de dinero
V. Fondo de reserva

I. EL CICLO DEL CAPITAL MERCANCÍA
II. LAS TRES FÓRMULAS DEL PROCESO CÍCLICO
III. EL TIEMPO DE CIRCULACIÓN
IV. LOS GASTOS DE CIRCULACIÓN
1. Gastos netos de circulación
a) Tiempo de compra y de venta
b) Contabilidad
c) Dinero
1. Gastos de conservación
a) El almacenamiento en general
b) El verdadero almacenamiento de mercancías
1. Gastos de transporte

Sección Segunda
LA ROTACION DEL CAPITAL

I. TIEMPO DE ROTACIÓN Y NÚMERO DE ROTACIÓN

II. CAPITAL FIJO Y CAPITAL CIRCULANTE
III. Diferencias de forma
IV. Partes integrantes, reposición, reparación, acumulación del capital fijo.

I. LA ROTACIÓN GLOBAL DEL CAPITAL DESEMBOLSADO, CICLOS DE ROTACIÓN.

II. TEORÍAS SOBRE EL CAPITAL FIJO Y EL CAPITAL CIRCULANTE. LOS FISIÓCRATAS Y ADAM SMITH
III. TEORÍAS SOBRE EL CAPITAL FIJO Y EL CAPITAL CIRCULANTE. RICARDO
IV. EL PERÍODO DE TRABAJO
V. EL TIEMPO DE PRODUCCIÓN
VI. EL TIEMPO DE CIRCULACIÓN
VII. CÓMO INFLUYE EL TIEMPO DE ROTACIÓN DE LA MAGNITUD DEL CAPITAL DESEMBOLSADO.
VIII. Período de trabajo igual a período de circulación
IX. Período de trabajo mayor que el período de circulación
X. Período de trabajo menor que el período de circulación
XI. Resultados
XII. Cómo influyen los cambios de precios

I. LA ROTACIÓN DEL CAPITAL VARIABLE
II. La cuota anual de plusvalía
III. La rotación de un solo capital variable
IV. La rotación del capital variable, socialmente considerada.

I. LA CIRCULACIÓN DE LA PLUSVALÍA
II. Reproducción simple
III. Acumulación y reproducción ampliada

Sección Tercera
LA REPRODUCCIÓN Y CIRCULACIÓN DEL CAPITAL SOCIAL EN CONJUNTO

I. INTRODUCCIÓN
II. Objeto de la investigación
III. Papel del capital dinero.

I. ESTUDIOS ANTERIORES SOBRE EL TEMA
II. Los Fisiócratas
III. Adam Smith
1) Puntos de vista generales de Adam Smith
2) Como descompone A. Smith el valor de cambio en v + p
3) El capital constante
4) El capital y la renta en A. Smith
5) resumen
I. Autores posteriores
II. REPRODUCCIÓN SIMPLE
III. Planteamiento del problema
IV. Los dos sectores de la producción social
V. La circulación entre los dos sectores I (v + p) X Iic
VI. El cambio dentro del sector II. Medios de vida necesarios y artículos de lujo
VII. Cómo media en los cambios la circulación de dinero
VIII. El capital constante del sector I
IX. El capital variable y la plusvalía en ambos sectores
X. El capital constante en ambos sectores
XI. Ojeada retrospectiva a Adam Smith, Storch y Ramsay
XII. Capital y renta: capital variable y salarios
XIII. Reposición del capital fijo
1) Reposición de la parte del valor de desgaste en forma de dinero
2) Reposición del capital fijo en especie

3) Resultados
I. La reproducción del capital-dinero
II. La teoría de la reproducción de Destutt de Tracy
III. LA ACUMULACION Y LA REPRODUCCION EN ESCALA AMPLIADA
IV. La acumulación en el sector I
a) Atesoramiento
b) El capital constante adicional
c) El capital variable adicional
I. La acumulación en el sector II
II. Exposición esquemática de la acumulación
a) Primer ejemplo
b) Segundo ejemplo
c) Cambio de IIc con acumulación
I. Notas complementarias

APENDICES

Siete artículos de Federico Engels sobre el tomo primero de "El Capital"
V.I. Lenin. La Teoría de la Renta
V.I. Lenin. Sobre la caracterización del romanticismo económico
V.I. Lenin. La crisis
V.I. Lenin. Observación sobre el problema de la teoría de los mercados
V.I. Lenin. Insistiendo sobre el problema de la teoría de la realización
V.I. Lenin. Fragmento de la obra "El desarrollo del capitalismo en Rusia"

Notas explicativas
Indice Alfabético de nombres citados

Prólogo

No era empresa fácil preparar para la imprenta el segundo libro de *El Capital*, consiguiendo, de una parte, que apareciese como una obra coherente y lo más acabada posible y, de otra, como obra exclusiva del autor y no del encargado de editarla. El gran número de versiones manuscritas existentes, fragmentarías la mayoría de ellas, acumulaba nuevas dificultades. Solamente una, a lo sumo (el manuscrito IV), ofrecía, hasta donde alcanzaba, una redacción lista para ser entregada a la imprenta; pero la mayor parte de ella había quedado anticuada, en cambio, por refundiciones de una época posterior. La gran masa de los materiales, aun cuando elaborada y acabada en cuanto al fondo, no lo estaba con respecto a la forma; aparecía redactada en ese lenguaje en que Marx solía componer sus notas: en un estilo descuidado, familiar, salpicado de expresiones y giros de crudo humorismo, de términos técnicos ingleses y franceses, y a ratos con frases y hasta con páginas enteras en inglés: eran las ideas del autor estampadas sobre el papel, en la forma en que se iban desarrollando en su cabeza. Junto a partes expuestas en todo detalle, otras, no menos importantes, apenas esbozadas: el material de hechos que había de documentar las afirmaciones, reunido, pero apenas ordenado, y mucho menos elaborado; muchas veces, al final de un capítulo, en la impaciencia por pasar al siguiente, un par de frases nada más, simplemente esbozadas, como jalón del desarrollo truncado del pensamiento; por último, la consabida letra, que a veces ni el propio autor era capaz de descifrar.

Yo me he limitado a reproducir lo más textualmente posible los manuscritos, variando el estilo tan sólo en aquellos casos en que estaba seguro de que el propio Marx lo habría hecho, e interpolando frases explicativas de nexo y de transición exclusivamente en los casos en que ello era de todo punto necesario y en que, además. el sentido estaba perfectamente claro. Las frases cuya interpretación sólo ofrecía una duda muy remota, he preferido reproducirlas al pie de la letra. Las refundiciones e interpolaciones introducidas por mí no llegarán, en total, a más de diez páginas impresas, y tienen siempre un carácter puramente formal.

La mera enumeración de los materiales manuscritos legados por Marx para el libro II demuestra con qué tremendo rigor con que severa actitud crítica para consigo mismo se esforzaba aquel hombre en ahondar hasta la última perfección sus grandes descubrimientos económicos, antes de darlos a la publicidad; esta actitud crítica para consigo mismo rara vez le permitía adaptar la exposición, por su contenido y su forma, a su horizonte visual, que los nuevos estudios iban ampliando constantemente. Veamos ahora cuáles son estos materiales:

En primer lugar, un manuscrito titulado "Contribución a la crítica de la economía política", 1,472 cuartillas en cuarto en 23 cuadernos, escrito de agosto de 1861 a junio de 1863. Es la continuación del primer cuaderno del mismo título publicado en Berlín en

1859. Trata hasta agotarlos, en las cuartillas 1–220 (cuadernos I–V) y luego en las páginas 1,159–1,472 (cuadernos XIX–XXIII); los temas de la conversión del dinero en capital que se investigan en el libro I de la obra y es la primera versión con que contamos acerca de estos temas. Las páginas 973–1,158 (cuadernos XVI–XVIII) se ocupan del capital y la ganancia, de la cuota de ganancia, del capital comercial y del capital–dinero; es decir, de temas que luego habrán de desarrollarse en el manuscrito del libro III. En cambio, los temas tratados en el libro II. al igual que muchos de los que se tratarán más tarde en el libro III, no aparecen todavía agrupados de un modo especial. Estos temas son tratados de pasada, sobre todo en la sección que forma el cuerpo principal del manuscrito: páginas 220–972 (cuadernos VI–XV): "Teorías sobre la plusvalía." En esta sección se contiene una historia crítica detallada de lo que constituye el punto cardinal de la economía política: la teoría de la plusvalía, y junto a ella desarrolla el autor, polemizando con sus antecesores, la mayoría de los puntos que más tarde habrán de investigarse, de un modo especial y en su concatenación lógica. en los manuscritos de los libros II y III. Es mi propósito editar como libro IV de *El Capital* la parte critica de este manuscrito, después de eliminar de él los numerosos pasajes incluidos ya en los libros II y III. Este manuscrito es algo verdaderamente precioso, pero inutilizable para la presente edición del libro II.

Viene luego, por su fecha el manuscrito del libro III, escrito, por lo menos en su mayor parte, en 1864 y 1865. Hasta que no hubo terminado, en lo esencial, este manuscrito, Marx no acometió la redacción del libro I. del volumen primero de la obra, publicado en 1867. Este manuscrito del libro III es el que me ocupo en la actualidad de preparar para la imprenta.

Del período siguiente –el posterior a la publicación del libro I–, tenemos, para el libro II, una colección de cuatro manuscritos en folio, señalados por el propio Marx con los números 1 al IV. El manuscrito 1 (150 páginas), que data probablemente de 1865 ó 67, es la primera redacción independiente, aunque más o menos fragmentaria, del libro II, en su orden actual. Tampoco de este manuscrito era posible utilizar nada. El manuscrito III está formado, en parte por un conjunto de citas y referencias a los cuadernos de extractos de Marx –la mayoría de ellas relativas a la primera sección del libro II– y en parte por el estudio de algunos puntos concretos y principalmente por la critica de las tesis de A. Smith sobre el capital fijo y el capital circulante y sobre la fuente de la ganancia; figura en él, además, un estudio de la relación entre la cuota de plusvalía y la cuota de ganancia, que pertenece al libro III. Las referencias han suministrado pocos hallazgos nuevos, y las versiones, tanto las del libro II como las del III, habían quedado ya superadas por redacciones posteriores, razón por la cual hubieron de dejarse a un lado, en su mayoría. El manuscrito IV es una elaboración, lista para ser entregada a la imprenta, de la sección primera y de los primeros capítulos de la sección segunda del libro II, y lo hemos utilizado también cuando le ha llegado el turno. Aunque se comprobó que había sido redactado antes que el manuscrito II, se le podía utilizar con ventaja para la parte correspondiente de dicho libro, por ser más acabado de forma; bastaba con incorporarle algunas adiciones del manuscrito II. Este último manuscrito es la única versión más o menos acabada del libro II y data del 1870. Las notas para la redacción final, a que enseguida nos referimos, dicen expresamente: "Debe tomarse como base la segunda versión."

Después de 1870, sobrevino una nueva pausa, debida principalmente a enfermedades. Como de costumbre, Marx ocupó este tiempo en estudios: agronomía, el

régimen rural norteamericano y principalmente ruso, el mercado de dinero y el sistema bancario, y por último las ciencias naturales, la geología y la fisiología, y sobre todo ciertos trabajos matemáticos emprendidos por cuenta propia, forman el contenido de los numerosos cuadernos de extractos de esta época. A comienzos de 1877, Marx sintióse ya lo suficientemente repuesto para acometer de nuevo su trabajo más importante. Algunas referencias y notas de los cuatro manuscritos ya mencionados como base para una refundición del libro II, cuyo comienzo se contiene en el manuscrito V (56 páginas en folio), datan de fines de marzo de 1877. Este manuscrito contiene los primeros cuatro capítulos y aparece todavía poco desarrollado; algunos puntos esenciales se tratan en notas al pie del texto; la materia está reunida más bien que ordenada, pero es la última exposición completa de esta parte, la más importante de la sección primera. Un primer intento de sacar de aquí una redacción apta para ser entregada a la imprenta lo tenemos en el manuscrito VI (*posterior* a octubre de 1877 y anterior a julio del 78); solamente 17 páginas en cuarto, que abarcan la mayor parte del primer capítulo, y un segundo ensayo –el último– en el manuscrito VII, "2 de julio de l878", 7 páginas en folio solamente.

Por aquel entonces, Marx parecía haberse dado ya cuenta de que no alcanzaría a elaborar de un modo capaz de satisfacerle plenamente los libros II y III, si no se operaba un cambio completo en su estado de salud. En efecto, los manuscritos V a VII presentan con harta frecuencia las huellas de una lucha violenta contra las enfermedades que le atenazaban. El fragmento más difícil de la sección primera aparece redactado de nuevo en el manuscrito V; el resto de la sección primera y toda la sección segunda (con excepción del capitulo XVII) no presentaban grandes dificultades teóricas: en cambio, el autor consideraba la sección tercera, la reproducción y circulación del capital social, apremiantemente necesitada de una nueva elaboración. En efecto, en el manuscrito II se estudiaba la reproducción, primero sin tener en cuenta la circulación en dinero que le sirve de vehículo y luego tomando ésta en consideración. Era necesario eliminar esto y, en general, reelaborar toda la sección de modo que se ajustase al horizonte visual ampliado del autor. De este modo, surgió el manuscrito VIII, un cuaderno de 70 páginas en cuarto solamente; pero basta confrontar la sección III, en el texto impreso, después de dejar a un lado los fragmentos interpolados del manuscrito II, para darse cuenta de todo lo que Marx fue capaz de condensar en tan poco espacio.

Tampoco este manuscrito es más que un estudio previo del tema, con la finalidad primordial de fijar y desarrollar los nuevos puntos de vista logrados en relación con el manuscrito II y omitiendo los puntos acerca de los cuales no había nada nuevo que decir. También aquí se incorpora y amplía un fragmento esencial correspondiente al capítulo XVII de la sección segunda y que, en cierto modo, entra ya en la sección tercera. La ilación lógica se interrumpe con frecuencia y la exposición aparece a ratos llena de lagunas y es, sobre todo al final, absolutamente fragmentaria. Pero lo que Marx se propuso decir aparece dicho, de un modo o de otro.

Tales son los materiales con que contamos para la composición del libro II y de los cuales, según una frase de Marx a su hija Eleanor poco antes de morir, yo debía "sacar algo". He asumido este encargo dentro de los límites más estrictos; siempre que ello me ha sido posible, he limitado mi intervención simplemente a elegir entre las diversas redacciones. Para esto, he seguido siempre la norma de tomar como base la última redacción existente, cotejándola con las anteriores. Sólo la sección primera y la tercera –

sobre todo ésta– opusieron verdaderas dificultades, es decir, dificultades no meramente técnicas, a la aplicación de este criterio. He procurado resolverlas, ateniéndome exclusivamente al espíritu del autor.

He traducido la mayoría de las citas que figuran en el texto, cuando se trata de documentación de hechos o en aquellos casos en que, como sucede tratándose de pasajes de A. Smith, el original se halla al alcance de todo el que quiera molestarse en investigar la cosa a fondo. Solamente en el capítulo X hube de renunciar a ello, ya que aquí el autor critica directamente el texto inglés. Las referencias al libro I tornan como base la paginación de la segunda edición, la última publicada en vida de Marx.

Para el libro III, sólo he contado –aparte de la primera versión contenida en el manuscrito titulado "Contribución, etc.", de los fragmentos ya mencionados que figuran en el manuscrito III y de algunas notas breves que de vez en cuando se insertan en los cuadernos de extractos– con los siguientes materiales: el citado manuscrito en folio de 1864–65, elaborado en el mismo grado de perfección aproximadamente que el manuscrito II del libro II, y finalmente un cuaderno del año 1875: la relación entre la cuota de plusvalía y la cuota de ganancia, desarrollada matemáticamente (en ecuaciones). La preparación de este libro para la imprenta avanza rápidamente. En la medida en que puedo emitir ya un juicio, creo que, sí se exceptúan algunas secciones, ciertamente muy importantes, sólo habré de tropezar, para dar cima a la obra, con dificultades de carácter técnico.

Creemos que es éste el lugar indicado para rebatir una acusación que se ha formulado contra Marx; acusación que al principio sólo se apuntaba en voz baja y por contadas personas, y que hoy, después de muerto Marx, los socialistas de cátedra y de Estado y sus seguidores hacen circular por ahí como un hecho establecido: la acusación de que Marx se limitó a plagiar a Rodbertus. Acerca de esto ya he tenido ocasión de decir en otro lugar[1] lo que más urgía decir, pero es ahora cuando podré aportar las pruebas documentales decisivas.

Esta acusación a que nos referimos aparece formulada por vez primera, que yo sepa, por R. Meyer, *Emanzipationshampf des vierten Standes*, p. 43: "De estas publicaciones (es decir, de !as publicaciones de Rodbertus, que se remontan a la segunda mitad de la década del treinta) ha tomado Marx, *como puede probarse*, la mayor parte de su crítica." Mientras no se me presenten otras pruebas, tengo que suponer que toda la "fuerza probatoria" de esta afirmación consiste en que así se lo ha asegurado Rodbertus al señor Meyer. En 1879 aparece en escena el propio Rodbertus y escribe a J. Zeller (*Zeitschrift für die gesammte Staatswissenschaft*, Tubinga, 1879, p. 219), refiriéndose a su obra *Zur Erkenntnis urserer staatswirtschaftlichen Zustände* (1842), en los términos siguientes: "Se dará usted cuenta de que ella (la argumentación desarrollada allí) ha sido utilizada ya... muy bonitamente por Marx, naturalmente sin citarme." Su editor póstumo, T. Kozak, repite, sin pararse en averiguaciones, esta cháchara de Rodbertus (*Das Kapital*, por Rodbertus, Berlín, 1884. Introducción, p. XV). Finalmente, en las *Briefe und sozialpolitische Aufsätze* del Dr. Rodbertus–Jagetzow, editados por R. Meyer en 1881, Rodbertus dice, sin andar con rodeos: "Hoy, me veo *saqueado* por Schäffle y Marx, sin que ni siquiera me mencionen" (carta núm. 60, p. 134). Y en otro pasaje, la pretensión de Rodbertus cobra contornos aún más rotundos: "En mí tercera carta social, he puesto de manifiesto, *sustancialmente lo mismo*

que Marx, sólo que de un modo mucho más breve y más claro, de dónde *nace* la *plusvalía* del capitalista" (carta núm. 48, p. 111).

Marx no se enteró jamás de estas acusaciones de plagio que se le hacían. En su ejemplar del libro *Der Emanzipationskampf* sólo estaban cortadas por la plegadera las páginas referentes a la Internacional; el resto de la obra hube de abrirlo yo mismo después de su muerte. La revista de Tubinga, ni siquiera llegó a verla. *Las Briefe*, etc., a R. Meyer las ignoraba igualmente, y cuando yo paré la atención en el pasaje relativo al "saqueo" fue ya en el año 1884 y gracias al propio señor Dr. Meyer. En cambio, Marx conocía la carta núm. 48, porque el señor Meyer había tenido la gentileza de regalarle el original a su hija menor. Marx, a cuyos oídos habían llegado, indudablemente, algunos rumores misteriosos acerca de la pretendida fuente secreta de su crítica, es decir, de Rodbertus, me la enseñó diciéndome que, por fin, esta carta le brindaba un testimonio auténtico acerca de las pretensiones de Rodbertus; que si no pretendía más, esto a él, a Marx, no le preocupaba gran cosa, y que no había tampoco inconveniente en dejarle a Rodbertus la satisfacción de pensar que su exposición era la más breve y la más clara. En realidad, Marx entendía que con esta carta de Rodbertus quedaba liquidado el asunto.

Y tenía perfecta razón para entenderlo así; tanto más cuanto que, según me consta positivamente, Marx ignoró toda la obra literaria de Rodbertus hasta el año 1859 aproximadamente, en que su propia crítica de la economía política estaba ya perfilada, no sólo en líneas generales, sino incluso en cuanto a sus más importantes pormenores. Marx comenzó sus estudios económicos en París, en 1843, por los grandes ingleses; de los alemanes, sólo conocía a Rau y a List, y con ellos tenía de sobra. Ni Marx ni yo supimos una palabra de la existencia de Rodbertus hasta que en 1848 nos vimos en la necesidad de criticar, en la *Neue Rheinische Zeitung*, sus discursos como diputado renano y sus actos como ministro. Tan ignorantes estábamos de su persona, que hubimos de preguntar a los diputados renanos quién era aquel señor Rodbertus que aparecía convertido en ministro de la noche a la mañana. Pero tampoco ellos supieron revelarnos nada de sus trabajos económicos. En cambio, la *Misére de la Philosophie*, 1847, y las conferencias sobre *Trabajo asalariado y capital* pronunciadas en Bruselas en 1847 y publicadas en 1849 en los números 264–69 de la *Neue Rheinische Zeitung*, demuestran que Marx sabía ya perfectamente, por aquel entonces, sin necesidad de la ayuda de Rodbertus, no sólo de dónde proviene, sino también *cómo* "nace la plusvalía del capitalista". Fue allá por el año 1859 cuando Marx se enteró, por Lassalle, de que existía también un Rodbertus economista y cuando descubrió en el Museo Británico su "Tercera carta social".

Tales son los hechos. Veamos ahora qué hay de cierto en lo tocante a las ideas que Marx, según se dice, ha "saqueado" a Rodbertus. "En mi tercera carta social –dice Rodbertus–, he puesto de manifiesto sustancialmente lo mismo que Marx, sólo que de un modo más breve y más claro, de dónde nace la plusvalía del capitalista." El punto cardinal es, por tanto, la teoría de la plusvalía; y, en realidad, nadie seria capaz de decir qué otra cosa podría Rodbertus reivindicar de Marx como propiedad suya. Rodbertus se hace aparecer, pues, aquí como el verdadero autor de la teoría de la plusvalía, pretendiendo que Marx se la ha saqueado.

Pues bien; ¿qué nos dice la tercera carta social [p. 87] respecto al nacimiento de la plusvalía? Nos dice, sencillamente, que la "renta", término en el que el autor sintetiza la

renta del suelo y la ganancia no nace de un "recargo de valor" sobre el valor de la mercancía, sino "como consecuencia de una deducción de valor que se le impone al salario; en otros términos, porque el salario sólo representa una parte del valor del producto del trabajo" y porque allí donde la productividad del trabajo es suficiente, "no necesita ser igual al valor natural de cambio de su producto, con objeto de que quede un remanente para la reposición del capital (!) y para la renta". Sin que se nos diga qué "valor natural de cambio" del producto es ése en el que no queda ningún remanente para la "reposición del capital", es decir, para la reposición de las materias primas y del desgaste de las herramientas.

Afortunadamente, tenemos la posibilidad de comprobar la impresión que este sensacional descubrimiento de Rodbertus causó a Marx. En el cuaderno X, pp. 445 ss., del manuscrito titulado "Contribución a la crítica, etc.", nos encontramos con una "digresión" titulada "El señor Rodbertus. Una nueva teoría de la renta del suelo". Es el único punto de vista desde el cual se examina aquí la tercera carta social. Marx liquida la teoría rodbertiana de la plusvalía en general con esta observación irónica: "El señor Rodbertus empieza investigando el aspecto que presenta un país en que la posesión de la tierra y la del capital no se hallan separadas, para llegar luego al resultado *importante* de que la renta (por la cual entiende toda la plusvalía) equivale simplemente al trabajo no retribuido o a la cantidad de productos en que toma cuerpo."

Ahora bien, la humanidad capitalista se ha pasado varios siglos produciendo plusvalía y, poco a poco ha ido formándose, además, una idea acerca del nacimiento de ésta. La primera noción fue la que brotó de la práctica mercantil inmediata: la de que la plusvalía nacía de un recargo sobre el valor del producto. Esta idea predominaba entre los mercantilistas, pero ya James Steuart se dio cuenta de que, sí fuese así, lo que unos ganaban tenían necesariamente que perderlo otros. A pesar de eso, esta idea siguió apuntando todavía durante mucho tiempo, sobre todo entre los socialistas; fue A. Smith quien la desplazó de la ciencia clásica.

En su *Riqueza de las Naciones*, libro 1, cap. VI, se dice: "Tan pronto como el capital se acumula en poder de personas determinadas, algunas de ellas procuran regularmente emplearlo en dar trabajo a gentes laboriosas, suministrándoles materiales y alimentos, para sacar *provecho* de la venta de su producto o *del valor* que el trabajador *añade a los materiales*." Este "se resuelve en *dos partes*; una de ellas paga el *salario* de los obreros, y la otra las *ganancias del empresario*, sobre el fondo entero de materiales y salarios que adelanta." Y un poco más adelante: "Desde el momento en que las tierras de un país se convierten en propiedad privada de los terratenientes, éstos, como los demás hombres, desean cosechar donde nunca sembraron, y exigen una renta hasta por el producto natural del suelo..." El obrero "ha *de pagar* al terrateniente *una parte* de lo que su trabajo produce o recolecta. Esta porción, o lo que es lo mismo, el precio de ella, constituye la *renta de la tierra*".

En el citado manuscrito "Contribución a la critica, etc.", p. 253;. Marx comenta así este pasaje: "Para A. Smith, la plusvalía, es decir, el trabajo sobrante, el remanente de trabajo invertido y materializado en la mercancía después de cubrir el trabajo retribuido, cuyo equivalente es el salario, constituye por tanto la *categoría general* de que la ganancia propiamente dicha y la renta del suelo no son más que modalidades."

Más adelante, libro 1, cap. VIII, dice también A. Smith:

"Tan pronto como la tierra se convierte en propiedad privada, el propietario exige una parte de todo cuanto producto obtiene o recolecta en ella el trabajador. Su renta es la primera deducción que se hace del producto del trabajo aplicado a la tierra. Rara vez ocurre que la persona que cultiva la tierra disponga de lo necesario para mantenerse hasta la recolección. La subsistencia que se le adelanta procede generalmente del capital de un amo, el granjero que lo emplea, y que no tendría interés en ocuparlo sino participando en el producto del trabajador... este beneficio viene a ser la segunda deducción que se hace del producto del trabajo empleado en la tierra. El producto de cualquier otro trabajo está casi siempre sujeto a la misma deducción de un beneficio. En todas las artes y manufacturas, la mayor parte de los operarios necesitan de un patrón que les adelante los materiales de su obra, los salarios y el sustento hasta que la obra se termina. El patrón participa en el producto del trabajo de sus operarios, o en el valor que el trabajo incorpora a los materiales, y en esta participación consiste su beneficio."

Glosa de Marx (manuscrito p. 256): "En este pasaje, A. Smith presenta lisa y llanamente la renta del suelo y la ganancia del capital como simples deducciones hechas sobre el producto del obrero o sobre el valor de su producto, e iguales a la cantidad de trabajo añadida por él a las materias primas. Pero esta deducción sólo puede consistir, como el propio A. Smith pone en claro con anterioridad, en la parte del trabajo que el obrero añade a las materias primas después de cubrir la cantidad de trabajo que su salario se limita a resarcir o arroja un equivalente de éste; dicho en otros términos, no puede consistir más que en plusvalía, en trabajo no retribuido."

Como vemos, ya A. Smith sabía "de dónde nace la plusvalía del capitalista" y, además, la del terrateniente; Marx lo reconoce sinceramente ya en 1861, mientras Rodbertus y todo el tropel de sus admiradores, que brotan como las setas bajo la lluvia caliente de estío del socialismo de Estado, parecen haberlo olvidado en absoluto.

"Sin embargo –prosigue Marx–, A. Smith no diferencia la plusvalía de por sí, como categoría propia, de las formas específicas bajo las que se presenta como ganancia y renta del suelo. De aquí todos los errores y los defectos de que adolece su investigación, y más aún la de Ricardo." Frase ésta que podría ser aplicada literalmente a Rodbertus. Su "renta" es, sencillamente, la suma de la renta del suelo + la ganancia; de la renta del suelo se forma una teoría totalmente falsa, y la ganancia la toma, sin molestarse en lo más mínimo, tal y como la encuentra en sus predecesores. En cambio, la plusvalía de Marx es la *forma general* de la suma de valor que se apropian sin equivalencia los poseedores de los medios de producción, suma que se descompone en las formas específicas, *transformadas*, de ganancia y renta del suelo, con arreglo a leyes muy peculiares, que Marx fue el primero en descubrir. Estas leyes se desarrollan en el libro III, donde se verá por vez primera cuántos eslabones son necesarios para llegar de la comprensión de la plusvalía en general a la de su transformación en ganancia y renta del suelo, es decir, a la comprensión de las leyes que rigen el reparto de la plusvalía en el seno de la clase capitalista.

Ricardo va ya bastante más allá que A. Smith. Basa su concepción de la plusvalía en una nueva teoría del valor, que aunque aparecía ya como un conato en A. Smith se perdía nuevamente entre los desenvolvimientos de este autor y que habría de constituir, el punto de partida de toda la ciencia económica posterior. De la determinación del valor de la mercancía por la cantidad de trabajo materializado en ella, deriva Ricardo la distribución

entre obrero y capitalista de la cantidad de valor añadida a las matearías primas por el trabajo, su división en salario y ganancia (es decir, aquí, plusvalía). Demuestra que el valor de las mercancías es siempre el mismo, por mucho que cambie la proporción entre estas dos partes; ley a la que sólo admite excepciones aisladas. Establece, incluso, algunas leyes fundamentales acerca de la proporción inversa entre el salario y la plusvalía (concebida bajo la forma de ganancia), aunque en una formulación demasiado general (Marx, *El Capital*, I, cap. XV, I) [435–438], y demuestra la renta del suelo como un remanente que en determinadas circunstancias se desprende de la ganancia. Rodbertus no se remonta por encima de Ricardo en ninguno de estos dos puntos. Las contradicciones internas de la teoría de Ricardo, que condujeron al fracaso a su escuela, pasaron completamente inadvertidas para Rodbertus o sólo sirvieron para inducirle (*Zur Erkenntniss*, etc., p. 130), a reivindicaciones utópicas, y no a soluciones económicas.

Pero la teoría ricardiana del valor y de la plusvalía no necesité esperar a que apareciese la obra *Zur Erkenntniss*, etc., de Rodbertus para ser utilizada en un sentido socialista. En la p. 495 del primer tomo de *El Capital* encontramos citado el estudio "The possessors of surplus produce or capital", tomado de una obra titulada *The Source and Remedy of the National Difficulties. A letter to Lord John Rusell*, Londres, 1821. En esta obra, hacia cuya importancia hubiera debido llamar la atención, por si sola, la expresión de "*surplus produce or capital*" y que es un folleto de 40 páginas, arrancado por Marx al olvido, se dice:

"Cualquiera que sea lo que al capitalista le corresponda (desde el punto de vista del capitalista), sólo puede apropiarse el trabajo excedente (*surplus labour*) del obrero, pues el obrero necesita vivir" (p. 23). Pero, *cómo* viva el obrero y cuán grande pueda ser, por tanto, el trabajo excedente apropiado por el capitalista, es una cosa muy relativa. "Si el capital no disminuye de valor en la proporción en que aumenta de volumen, el capitalista estrujará al obrero el producto de cada hora de trabajo por encima del mínimo que el obrero necesita para vivir... El capitalista puede, en último término, decirle al obrero: no comas pan, pues puedes vivir comiendo nabos y patatas; hasta este punto hemos llegado" (p. 24). "Si se puede hacer que el obrero se alimente de patatas en vez de pan, es indiscutible que se podrá arrancar un producto mayor a su trabajo; es decir, sí el obrero para vivir de pan, necesita *retener* para su sustento y el de su familia *el trabajo del lunes y del martes*, alimentándose de patatas sólo retendrá para si *la mitad del lunes*, con lo cual el resto del lunes y todo el martes *quedarán libres* en provecho del Estado o *para el capitalista*"(p. 26). "Todos están de acuerdo (*it is admited*) en que los intereses abonados a los capitalistas, sea en forma de renta o en forma de réditos o de ganancia comercial o industrial, se pagan a costa del trabajo de otros" (p. 23). He aquí, pues, toda la "renta" de Rodbertus, con la diferencia de que en vez de "renta", aquí se dice intereses.

Glosa de Marx (manuscrito "Contribución a la crítica, etc.", p. 852): "Este folleto casi desconocido –que apareció por la época en que empezaba a hacerse célebre el `increíble chapucero' MacCulloch– representa un progreso muy notable ton respecto a Ricardo. Define directamente la plusvalía o 'ganancia', como Ricardo la llama (y también, con frecuencia, producto excedente, *surplus product*) o *interest*, como lo llama el autor del folleto, como *surplus labour*, trabajo excedente, como el trabajo que el obrero rinde gratis, después de cubrir la cantidad de trabajo que sirve para reponer el valor de su fuerza de trabajo y que, por tanto, produce un equivalente para su salario. Tan importante como era

reducir el *valor al trabajo*, era reducir la plusvalía (*surplus value*) materializada en un *producto excedente (surplus product) a trabajo excedente (surplus labour*).

Esto aparece *ya dicho*, en efecto, *en Adam Smith y constituye una fase fundamental en la evolución de Ricardo*. Pero no aparece nunca expresado y plasmado en ellos en forma absoluta." Y más adelante, en la p. 859 del manuscrito, se dice: "Por lo demás, el autor sigue aferrado a las categorías económicas anteriores a él. En Ricardo la confusión de plusvalía y ganancia conduce a contradicciones desagradables. Exactamente lo mismo le ocurre a él, que bautiza la plusvalía con el nombre de interés del capital. Es cierto que le lleva a Ricardo la ventaja de que, en primer lugar, reduce toda la plusvalía a trabajo excedente, y de que, además, aunque llame a la plusvalía interés del capital, hace resaltar, al mismo tiempo, que entiende por *interest of capital* la forma general de la plusvalía, a diferencia de sus formas específicas, renta, interés y ganancia comercial e industrial. Pero vuelve a tomar el nombre de una de estas formas específicas, el *interest*, como el nombre de la forma general. Y esto basta para que vuelva a reincidir en la vieja jerga [*slang*, dice el manuscrito] económica."

Este último pasaje le viene a nuestro Rodbertus como anillo al dedo. También él se aferra a las categorías económicas anteriores. Y bautiza a la plusvalía con el nombre de una de sus modalidades transformadas, a la que, además, da una gran vaguedad: la renta. El resultado de estas dos pifias es que reincida en la vieja jerga económica, que no lleve adelante de un modo crítico su progreso respecto a Ricardo y que, en vez de eso, se deje inducir a hacer de su conato de teoría, antes de que ésta se haya desprendido del cascarón, la base de una utopía, que, como siempre, llega tarde. El folleto de referencia se publicó en 1821 y se adelanta ya plenamente a la "renta" rodbertiana de 1842.

El folleto comentado por Marx no es más que la avanzada extrema de toda una literatura que en la década del veinte endereza la teoría ricardiana del valor y de la plusvalía, en interés del proletariado contra la producción capitalista, combatiendo a la burguesía con sus propias armas. Todo el comunismo de Owen, en la medida en que reviste una forma económico–polémica, se basa en Ricardo. Y junto a él encontramos toda una serie de escritores, entre los cuales Marx se limita, ya en 1847, a citar unos cuantos en contra de Proudhon (*Misére de la Philosophie*, p. 49): Edmonds, Thompson, Hodgskin, etc., etc., "y cuatro páginas más de etcéteras". Entre este sinnúmero de obras, citaré una, tomada al azar: *An Inquiry into the Principles of the Distribution of Wealth, most conducive to Human Happiness*, por William Thompson; nueva edición, Londres, 1850. La primera edición de esta obra, escrita en 1822, se publicó por vez primera en 1824. También aquí se define constantemente, y con palabras bastantes contundentes, la riqueza apropiada por las clases no productoras como deducción del producto del obrero. "La aspiración constante de lo que llamamos sociedad ha consistido en mover al obrero productivo, por el engaño o la persuasión, por la coacción o el terror, a trabajar percibiendo la parte más pequeña posible del producto de su propio trabajo" (p. 28). "¿Por qué el obrero no ha de percibir todo el producto absoluto de su trabajo?" (p. 32). "Esta compensación que los capitalistas le arrancan al obrero productivo bajo el nombre de renta del suelo, o de ganancia, se le reclama por el uso de la tierra o de otros objetos... Puesto que todas las materias físicas sobre las cuales o por medio de las cuales puede poner en práctica su capacidad de producción el obrero productivo desposeído, al que no se le deja más que su capacidad de producir, se hallan en posesión de otros cuyos intereses son antagónicos a los suyos y cuyo

consentimiento es condición previa para su trabajo, ¿no depende y no tiene necesariamente que depender de la buena voluntad de estos capitalistas *la parte de los frutos de su propio trabajo* que se le deje como remuneración de éste (p. 125)... en proporción a la magnitud del *producto retenido*, ya se dé... a estos desfalcos el nombre de impuestos, el de ganancia o el de robo?" (p. 126). etcétera

Confieso que siento, al escribir estas líneas, un poco de vergüenza. Pase el que la literatura inglesa anticapitalista de las décadas del veinte y del treinta sea tan absolutamente ignorada en Alemania, a pesar de que ya en la *Misére de la Philosophie*, Marx alude directamente a ella y de que en el primer tomo de *El Capital* cita repetidas veces algunas de estas publicaciones: el folleto de 1821, a Ravenstone, a Hodgskin, etc. Pero el hecho de que no sólo el *literatus vulgaris* que se agarra desesperadamente a los faldones de la levita de Rodbertus, ese literato "que no ha aprendido realmente nada", sino incluso el profesor de oficio que "se jacta de erudición" haya olvidado su economía clásica hasta el punto de poder acusar seriamente a Marx de copiar de Rodbertus, cosas que pueden leerse ya en A. Smith y en Ricardo, demuestra cuán bajo ha caído hoy, en Alemania, la economía oficial.

¿Qué es, entonces, lo que Marx dice de nuevo acerca de la plusvalía? ¿Cómo se explica que la teoría de la plusvalía de Marx haya desencadenado una tormenta repentina, y además en todos los países civilizados, mientras que las teorías de todos sus predecesores socialistas, incluyendo a Rodbertus, se esfumaron sin dejar rastro?

Podríamos explicar esto a la luz de un ejemplo sacado de la historia de la química.

A fines del siglo pasado, imperaba todavía en la química, como es sabido, la teoría flogística, la cual explicaba el proceso de toda combustión, a base de un cuerpo, hipotético, un combustible absoluto que según ella se desprendía en ese proceso y al que se daba el nombre de flogisto. Esta teoría bastaba para explicar la mayoría de los fenómenos conocidos por aquel entonces, aunque para ello, en ciertos casos, fuera necesario violentar un poco la cosa. En 1774, Priestley descubrió una clase de aire "tan puro o tan exento de flogisto que, a su lado, el aire corriente parecía estar ya corrompido". Y le dio el nombre de aire desflogistizado. Poco después, Scheele encontró en Suecia la misma clase de aire y demostró su existencia en la atmósfera. Descubrió, además, que desaparecía al quemar un cuerpo en él o en aire corriente, razón por la cual le dio nombre de "aire ígneo". "Estos resultados le llevaron a la conclusión de que la combinación que se produce por la unión del flogisto con una de las partes integrantes del aire (es decir, en el proceso de combustión) no es otra cosa que fuego o calor, que se escapa por el vidrio."[2]

Tanto Priestley como Scheele habían descubierto el oxígeno, pero no sabían lo que tenían en la mano. Seguían aferrados a las categorías "flogísticas" anteriores a ellos. En sus manos, el elemento llamado a echar por tierra toda la concepción flogística y a revolucionar la química, estaba condenado a la esterilidad. Pero Priestley comunicó enseguida su descubrimiento a Lavoisier, en París, y Lavoisier se puso a investigar, a la luz de este nuevo hecho, toda la química flogística, hasta que descubrió que la nueva clase de aire era, en realidad, un nuevo elemento químico; que en la combustión no interviene ningún misterioso flogisto que se *escape* del cuerpo en ignición, sino que es el nuevo elemento el que se *combina* con el cuerpo que arde, y de este modo puso de pie toda la química, que bajo su forma flogística estaba de cabeza. Y aunque, como él mismo lo afirma, no presentó el oxígeno al mismo tiempo que los otros e independientemente de ellos, Lavoisier es, a

pesar de ello, con respecto a los otros dos, el verdadero descubridor del oxígeno, ya que aquéllos no hicieron más que *tropezar* con el nuevo elemento sin sospechar siquiera *qué era* aquello en que tropezaban.

Pues bien; la relación que medía entre Lavoisier y Priestley y Scheele es la misma que media, en lo tocante a la teoría de la plusvalía, entre Marx y sus predecesores. La *existencia* de esa parte de valor del producto a que hoy damos el nombre de plusvalía, habíase comprobado mucho antes de Marx; y asimismo se había expresado, con mayor o menor claridad, en lo que consiste, a saber: en el producto del trabajo por el que quien se lo apropia no paga equivalente alguno. Pero no se pasaba de ahí. Los unos –los economistas burgueses clásicos– investigaban, a lo sumo, la proporción en que el producto del trabajo se repartía entre el obrero y el poseedor de los medios de producción. Los otros –los socialistas– encontraban este reparto injusto y buscaban medios utópicos para corregir la injusticia. Pero, tanto unos como otros seguían aferrados a las categorías económicas anteriores a ellos.

Fue entonces cuando apareció Marx. Y apareció en directa contraposición con todos sus predecesores. Allí donde éstos veían una *solución*, Marx vio solamente un *problema*. Vio que aquí no se trataba ni de aire desflogistizado ni de aire ígneo, sino de oxígeno; que no se trataba ni de la simple comprobación de un hecho económico corriente, ni del conflicto de este hecho con la eterna justicia y la verdadera moral, sino de un hecho que estaba llamado a revolucionar toda la economía y que daba –a quien supiera interpretarlo– la clave para comprender toda la producción capitalista. A la luz de este hecho, investigó todas las categorías anteriores a él, lo mismo que Lavoisier había investigado a la luz del oxígeno todas las anteriores categorías de la química flogistica. Para saber qué era la plusvalía, tenía que saber qué era el valor. Y el único camino que se podía seguir, para ello, era el de someter a crítica, ante todo, la propia teoría del valor de Ricardo. Y así, Marx investigó el trabajo en su función creadora de valor y puso en claro por vez primera *qué* trabajo y por qué y cómo crea valor, descubriendo que el valor no es otra cosa que trabajo de *esta* clase cristalizado, punto éste que Rodbertus no llegó jamás a comprender. Luego, Marx investigó la relación entre la mercancía y el dinero y demostró cómo y por qué, gracias a la cualidad de valor inherente a ella, la mercancía y el cambio de mercancías tienen necesariamente que engendrar la antítesis de mercancía y dinero; su teoría del dinero cimentada sobre esta base, es la primera teoría completa, hoy tácitamente aceptada por todo el mundo. Investigó la conversión del dinero en capital y demostró que este proceso descansa en la compra y venta de la fuerza de trabajo. Y, sustituyendo el trabajo por la fuerza de trabajo, por la cualidad creadora de valor, resolvió de golpe una de las dificultades contra las que se había estrellado la escuela de Ricardo: la imposibilidad de poner intercambio de capital y trabajo en consonancia con la ley ricardiana de la determinación del valor por el trabajo. Sentando la distinción del capital en constante y variable, consiguió por vez primera exponer hasta en sus más pequeños detalles y, por tanto, explicarlo, el proceso de la formación de plusvalía en su verdadero desarrollo, cosa que ninguno de sus predecesores había logrado: estableció, por este camino, una distinción entre dos clases de capital de la que ni Rodbertus ni los economistas burgueses habían sido capaces de sacar nada en limpio y que, sin embargo, nos da la clave para resolver los problemas económicos más intrincados, como lo demuestra palmariamente, una vez más, este libro II y lo demostrará más aún, según se verá en su día, el libro III. Siguió

investigando la misma plusvalía y descubrió sus dos formas: la plusvalía absoluta y la relativa, señalando el papel distinto, pero decisivo en ambos casos, que la plusvalía desempeña en el desarrollo histórico de la producción capitalista. Y, sobre la base de la plusvalía, desarrolló la primera teoría racional del salario que poseemos y trazó por vez primera las líneas generales para una historia de la acumulación capitalista y para una exposición de su tendencia histórica.

¿Y Rodbertus? Después de leer todo esto, ve en ello –economista de tendencia, como siempre– un "asalto a la sociedad", le parece que él ha dicho de un modo mucho más breve y más claro de dónde nace la plusvalía y encuentra, finalmente, que todo esto se amolda, indudablemente, a "la actual forma de capital", es decir, al capital tal como existe históricamente, pero no al "concepto del capital", es decir, a la idea utópica que del capital se ha formado el señor Rodbertus. Exactamente lo mismo que sucedía al vejo Priestley, que hasta su muerte ponía la mano en el fuego por el flogismo, sin querer saber absolutamente nada del oxígeno. Con la diferencia de que Priestley fue realmente el primero que tropezó con el oxígeno, mientras que Rodbertus, con su plusvalía, o mejor dicho con su "renta", no hizo más que volver a descubrir un lugar común, y de que Marx, al contrario que los predecesores de Lavoisier, jamás afirmó haber sido el primero en descubrir el *hecho* de la existencia de la plusvalía.

Las demás aportaciones de Rodbertus en materia de economía. se hallan al mismo nivel de ésta. Su elaboración de la plusvalía hasta convertirla en un concepto utópico, fue criticada ya por Marx, sin proponérselo, en la *Misére de la Philosophie*; y cuanto restaba por decir acerca de esto, ha sido dicho por mí en el prólogo a la traducción alemana de la citada obra. La tendencia a las crisis comerciales por el déficit de consumo de la clase obrera la encontramos ya en los *Nouveaux Principes de l'Économie Politique de Sismondi*, libro IV, capítulo IV.[3] Sólo que Sismondi no pierde de vista nunca el mercado mundial, mientras que el horizonte de Rodbertus queda encerrado dentro de las fronteras prusianas. Sus especulaciones sobre si el salario proviene del capital o de la renta son puro escolasticismo y quedan definitivamente liquidadas con la sección tercera de este libro II de *El Capital*. Su teoría de la renta es propiedad exclusiva suya y podrá seguir sesteando tranquilamente hasta que vea la luz el manuscrito de Marx en que se hace la crítica de ella. Finalmente, sus proposiciones encaminadas a emancipar la propiedad territorial de la vieja Prusia de la opresión del capital son también completamente utópicas; en ellas se elude, en efecto, la única cuestión práctica que aquí se ventila: la cuestión de saber cómo el terrateniente de la vieja Prusia puede ingresar, digamos, 20,000 marcos un año con otro y gastar, por ejemplo, 30,000, sin contraer deudas.

La escuela ricardiana fracasó hacía 1830 por culpa de la plusvalía. El problema que ella no fue capaz de resolver siguió siendo un problema sin solución, con harta mayor razón, para su sucesora, la economía vulgar. He aquí los dos puntos contra los cuales Ricardo y su escuela se estrellaron:

Primero. El trabajo es la medida del valor. Sin embargo, el trabajo vivo, al ser cambiado por capital, presenta un valor inferior al del trabajo materializado por el que se cambia. El salario, el valor de una determinada cantidad de trabajo vivo, es siempre inferior al valor del producto creado por esta misma cantidad de trabajo vivo o en que ésta toma cuerpo. Así formulado, el problema es, en efecto, insoluble. Marx lo plantea en sus

verdaderos términos y, al plantearlo así, lo resuelve. No es el trabajo el que tiene un valor. Como actividad creadora de valor que es, el trabajo no puede tener un valor especial, lo mismo que la gravedad no puede tener un peso especial, ni el calor una temperatura especial, ni la electricidad un voltaje especial. Lo que se compra y se vende como mercancía no es el trabajo, sino la *fuerza* de trabajo. Al convertirse en mercancía, su valor se rige por el trabajo encarnado en ella como producto social y equivale al trabajo socialmente necesario para su producción y reproducción. La compra y venta de la fuerza de trabajo sobre la base de este valor suyo no contradice, por tanto, en modo alguno, a la ley económica del valor.

Segundo. Según la ley ricardiana del valor, dos capitales que emplean la misma cantidad de trabajo vivo y con la misma remuneración, producen en tiempos iguales –suponiendo que todas las demás circunstancias sean idénticas– productos de igual valor y plusvalía o ganancia en cantidad también igual. Pero sí emplean cantidades desiguales de trabajo vivo, no pueden producir una plusvalía, o, como dicen los ricardianos, una ganancia de tipo igual. Pues bien, lo que ocurre es precisamente lo contrario. En realidad, capitales iguales, cualquiera que sea la cantidad, pequeña o grande, de trabajo vivo que empleen, producen en tiempos iguales por término medio, ganancias iguales. Se encierra aquí, por tanto, una contradicción a la ley del valor, contradicción descubierta ya por Ricardo, y que su escuela fue también incapaz de resolver. Rodbertus vio también esta contradicción; pero, en vez de resolverla, la convirtió en uno de los puntos de partida de su utopía (*Zur Erkenntnis*, etc., p. 131). La tal contradicción había sido ya resuelta por Marx en el manuscrito titulado "Contribución a la crítica, etc."; la solución se encuentra, con arreglo al plan de *El Capital*, en el libro III. Aún habrán de pasar varios meses antes de su publicación. Por tanto, los economistas que pretenden descubrirnos en Rodbertus la fuente secreta de Marx y un precursor aventajado de éste, tienen aquí una ocasión de demostrarnos lo que puede dar de sí la economía rodbertiana. Si son capaces de explicarnos cómo, no ya sin infringir la ley del valor, sino sobre la base precisamente de esta ley, puede y debe formarse una cuota medía de ganancia igual, entonces discutiremos mano a mano con ellos. Pero, tienen que darse prisa. Las brillantes investigaciones contenidas en este libro II de *El Capital* y los novísimos resultados a que llegan en terrenos que hasta aquí apenas había pisado nadie, no son más que las premisas para el contenido del libro III, en el que se desarrollan los resultados finales de la exposición marxista del proceso social de reproducción, sobre la base capitalista. Cuando este libro III vea la luz, ya casi nadie se acordará de que existió un economista llamado Rodbertus.

Marx tenía el propósito, que repetidas veces me expuso, de dedicar a su esposa los libros II y III de *El Capital*.

FEDERICO ENGELS

Londres, 5 de mayo de 1885, cumpleaños de Marx.

Esta segunda edición es, substancialmente, una reproducción literal de la primera. Me he limitado a corregir las erratas de imprenta, a subsanar algunos descuidos de estilo y a suprimir algunos párrafos breves que no contenían más que repeticiones.

La labor de preparación del manuscrito del tercer libro, en la que he tropezado con dificultades completamente inesperadas, está a punto de terminar. Si gozo de salud, este volumen podrá ser entregado a la imprenta en el próximo otoño.

F. ENGELS

Londres. 15 de julio de 1893.

Sección Primera

LAS METAMORFOSIS DEL CAPITAL Y SU CICLO

Capitulo I

EL CICLO DEL CAPITAL – DINERO

El proceso cíclico[1] del capital se desarrolla en tres fases, que forman, según se ha expuesto en el libro I, la siguiente serie:

Primera fase: El capitalista aparece en el mercado de mercancías y en el mercado de trabajo como comprador; su dinero se invierte en mercancías; recorre el acto de circulación *D – M*.

Segunda fase: Consumo productivo por el capitalista de las mercancías compradas. Aquél actúa como productor capitalista de mercancías; su capital recorre el proceso de producción. El resultado es: una mercancía de valor superior al de los elementos que la producen.

Tercera fase: El capitalista retorna al mercado como vendedor, sus mercancías se convierten en dinero; recorren el acto de circulación *M – D*.

Por tanto, la fórmula que expresa el ciclo del capital–dinero es: *D – M*... *P*... *M' – D*'. Los puntos indican la interrupción del proceso de producción y *M'* y *D*' representan *M* y *D* incrementados por la plusvalía.

En el libro I sólo se trató de la primera fase y de la tercera en la medida en que ello era necesario para la comprensión de la segunda fase del proceso de producción del capital. No se examinaron, por tanto, las diversas formas que reviste el capital en sus distintas fases y que unas veces asume y otras abandona en sus repetidos ciclos. Estas formas son las que constituyen aquí el objeto inmediato de nuestra investigación.

Para concebir las formas en su estado puro, hay que prescindir, por el momento, de todos los factores que no tienen nada que ver con el cambio de formas y la plasmación de estas formas como tales. Por eso, aquí partimos del supuesto de que las mercancías se venden por su valor, y de que esto se realiza, además, en circunstancias invariables. Por la misma razón, hacemos también caso omiso de las variaciones de valor que durante el proceso cíclico pueden producirse.

1. *Primera fase: D – M* [2]

D – M representa la inversión de una suma de dinero en una suma de mercancías: para el comprador, la conversión de su dinero en mercancías, para el vendedor, la

conversión de sus mercancías en dinero. Lo que hace que esta operación, que forma parte de la circulación general de mercancías represente al mismo tiempo una etapa funcionalmente determinada del ciclo independiente de un capital individual, no es la forma de la operación, sino su contenido material, el carácter especifico de uso de las mercancías que pasan a ocupar el lugar del dinero. Estas mercancías son, de una parte, medios de producción, de otra fuerza de trabajo; es decir, los factores materiales y personales de la producción de mercancías, cuyo carácter específico tiene que corresponder, naturalmente, a la clase de artículos que se trata de producir. Si llamamos a la fuerza de trabajo *T* y a los medios de producción , *Mp*, tendremos que la suma de mercancías que se compra, $M = T + Mp$, o, expresado más concisamente,

$$M < \begin{matrix} T \\ Mp \end{matrix} : D - M$$

sí analizamos su contenido, se convierte, por tanto, en

$$D - M < \begin{matrix} T \\ Mp \end{matrix}$$

o lo que es lo mismo, $D - M$ se desdobla en $D - T$ y $D - Mp$; la suma de dinero *D* se divide en dos partes: una de ellas se destina a comprar fuerza de trabajo, la otra a comprar medios de producción. Estas dos series de compradores actúan en dos mercados completamente distintos: una, en el mercado de mercancías, que se invierte *D*, la fórmula

$$D - M < \begin{matrix} T \\ Mp \end{matrix}$$

expresa, además, una relación cuantitativa altamente característica.

Sabemos que el valor o precio de la fuerza de trabajo se le paga a su poseedor, a quien la ofrece en venta como mercancía, en forma de salario, es decir, como el precio correspondiente a una suma de trabajo que encierra, además, trabajo sobrante; de modo que si, por ejemplo, el valor de un día de fuerza de trabajo equivale a 3 marcos, producto de cinco horas de trabajo, en el contrato celebrado entre comprador y vendedor éste figurará como el precio o salario de diez horas de trabajo, supongamos. Si se contratan, por ejemplo, 50 obreros en idénticas condiciones, resultará que todos ellos juntos deberán suministrar diariamente al comprador 500 horas de trabajo, la mitad de las cuales, o sean, 250 horas de trabajo = 25 jornadas de trabajo de diez horas, consiste exclusivamente, según

la hipótesis de que partimos, en trabajo sobrante. La cantidad y el volumen de los medios de producción que se compren deberán ser suficientes para poder emplear esta masa de trabajo.

Por tanto, la fórmula

$$D - M < \frac{T}{Mp}$$

no expresa solamente la proporción cualitativa según la cual una determinada suma de dinero, por ejemplo 422 libras esterlinas, se invierte en determinados medios de producción y en la fuerza de trabajo que a ellos corresponde, y viceversa, sino también la proporción cuantitativa entre la parte del dinero invertida en fuerza de trabajo (*T*) y la parte invertida en medios de producción (*Mp*), proporción que responde de antemano a la suma de trabajo excedente que un determinado número de obreros debe rendir.

Así, por ejemplo, sí en una fábrica de hilados el salario semanal de 50 obreros es de 50 libras esterlinas, habrá que invertir en medios de producción 372 libras, suponiendo que sea éste el valor de los medios de producción que convierta en hilo un trabajo semanal de 3,000 horas, 1,500 de las cuales representan trabajo excedente.

Por ahora, no interesa para nada saber hasta qué punto la aplicación del trabajo excedente arroje, en diversas ramas industriales, un suplemento de valor en forma de medios de producción. Lo que interesa es que la parte del dinero invertida en medios de producción –los medios de producción comprados, en la fórmula *D – Mp*– sea, bajo cualesquiera circunstancias, suficiente; es decir esté bien calculada de antemano, se movilice en la proporción adecuada. Dicho de otro modo, la masa de los medios de producción debe bastar para absorber la masa de trabajo, para que ésta pueda transformarla en producto. Sí no contase con medios de producción suficientes el comprador, no tendría a qué dedicar el trabajo excedente de que dispone; su derecho a disponer de este trabajo no le servirá de nada. Y, por el contrario, si existiesen más medios de producción que trabajo disponible, el trabajo no los absorbería y, por tanto, no se transformarían en producto.

Una vez que se realiza la operación

$$D - M < \frac{T}{Mp}$$

el comprador no dispone solamente de los medios de producción y de la. fuerza de trabajo para producir un artículo útil, sino que dispone, además, de un caudal de fuerza de trabajo, de una cantidad de trabajo mayor de la que necesita para reponer el valor de la fuerza de trabajo, y al mismo tiempo de los medios de producción indispensables para realizar o materializar esta suma de trabajo: dispone, por tanto, de los factores necesarios para

producir artículos de un valor superior al de sus elementos de producción, o sea, una masa de mercancías que encierran una plusvalía. El valor desembolsado por él en forma de dinero reviste ahora, por tanto, una forma natural que le permite realizarse como valor preñado de plusvalía (en forma de mercancías). Dicho en otros términos, aparece en el estado o bajo la forma de *capital productivo*, de capital dotado de la propiedad de crear valor y plusvalía. Al capital que adopta esta forma lo llamamos *P*.

El valor de *P* es = valor de *T* + *Mp*, = *D* invertido en *T* y *Mp*. *D* representa el mismo valor–capital que *P*, aunque bajo una modalidad distinta, a saber: la de valor–capital en dinero o en forma de dinero, la de capital–dinero.

Por tanto, la operación de la circulación general de mercancías que empleamos en la fórmula

$$D - M \quad < \begin{matrix} T \\ Mp \end{matrix}$$

o, empleando la forma general, *D – M*, suma de compras de mercancías es, al mismo tiempo, como fase del proceso cíclico independiente del capital, la transformación del valor del capital de su forma–dinero en su forma productiva o, más concisamente, la conversión del *capital–dinero* en *capital productivo*. Por consiguiente, en la fase del ciclo que ahora estamos examinando, el dinero aparece como primer exponente del valor del capital y, por tanto, el capital–dinero como la forma en que el capital se desembolsa.

Como capital–dinero, reviste una forma que le permite realizar las funciones del dinero, que son, en el caso a que nos referimos, las funciones de medio general de compra y de medio general de pago. (Esta última en la medida en que la fuerza de trabajo, aunque comprada de antemano, sólo se paga después de emplearse. Cuando los medios de producción no existen en el mercado ya dispuestos para ser aplicados, sino que hay que encargarlos, el dinero funciona también, en la forma *D – Mp*, como medio de pago.) Esta propiedad no proviene del hecho de que el capital–dinero sea capital, sino del hecho de ser dinero.

De otra parte, el valor del capital en forma de dinero sólo puede desempeñar las funciones propias del dinero; exclusivamente éstas. Lo que convierte a estas funciones del dinero en funciones de capital es el papel concreto que desempeñen en el proceso del capital y también, por tanto, la concatenación de la fase en que aparecen con las demás fases de su ciclo. Así, por ejemplo, en el caso a que nos estamos refiriendo, el dinero se invierte en mercancías cuya combinación constituye la forma natural del capital productivo y que, por tanto, encierra ya de un modo latente, es decir, en cuanto a la posibilidad, el resultado del proceso capitalista de producción.

Una parte del dinero que en la fórmula

$$D - M \quad < \begin{matrix} T \\ Mp \end{matrix}$$

realiza la función de capital–dinero pasa a desempeñar, al efectuarse esta misma circulación, una función en la que su carácter de capital desaparece, quedando en pie su carácter de dinero. La circulación del capital–dinero *D* se descompone en *D – Mp* y *D – T*, en compra de medios de producción y compra de fuerza de trabajo. Examinemos concretamente la última operación. *D – T* es la compra de la fuerza de trabajo por el capitalista y la venta de la fuerza de trabajo –aquí, podemos decir la venta del trabajo, puesto que se presupone la forma del salario– por el obrero que la aporta. Lo que es para el comprador *D – M* (=*D – T*) es aquí, como en toda compra, para el vendedor (para el obrero) *T – D* (= *M – D*), la venta de su fuerza de trabajo. Es la primera fase de la circulación o primera metamorfosis de la mercancía (libro I, cap. III, 2 a) [pp. 64 ss.]; es, por parte del vendedor del trabajo, la conversión de su mercancía en la forma–dinero. El dinero así obtenido lo va invirtiendo el obrero, poco a poco, en una suma de mercancías destinadas a satisfacer sus necesidades, en artículos de consumo. Por tanto, la circulación global de su mercancía reviste la fórmula *T –D – M*; es decir, en primer lugar *T – D* (= *M – D*) y en segundo lugar *D – M*; o sea, la forma general de la circulación simple de mercancías *M –D – M*, en la que el dinero figura como simple medio transitorio de circulación, como mero intermediario en el cambio de una mercancía por otra.

D – T es la fase característica de la conversión del capital–dinero en capital productivo, ya que constituye la condición esencial para que el capital desembolsado en forma de dinero se convierta realmente en capital, en valor creador de plusvalía. *D – Mp* no tiene más finalidad que facilitar la realización de la masa de trabajo comprada por medio de *D – T*. Por tanto, desde este punto de vista, la fórmula *D – T* fue expuesta en el libro I, sección II: transformación del dinero en capital. [pp. 103–129]. Aquí, debemos examinar el problema desde otro punto de vista, refiriéndonos especialmente al capital–dinero como forma de manifestarse el capital.

La fórmula *D – T* es considerada, en general, como característica del régimen capitalista de producción. Pero no, ni mucho menos, como se ha pretendido hacer creer, por el hecho de que la compra de la fuerza de trabajo sea un contrato de compra en el que se estipula la entrega de una cantidad de trabajo mayor de la que se necesita para reponer el precio de la fuerza de trabajo, el salario; es decir, por el hecho de que la entrega de trabajo sobrante constituya la condición fundamental para la capitalización del valor desembolsado o, lo que es lo mismo, para la producción de plusvalía, sino más bien en cuanto a la forma que existe, toda vez que bajo la forma del salario se compra trabajo con *dinero*, y esta operación se reputa característica de la economía pecuniaria.

Una vez más, nos encontramos con que no es lo irracional de la forma lo que debe considerarse característico. Lejos de ello, este aspecto formal pasa inadvertido. Lo irracional consiste en que el trabajo, elemento creador de valor, no puede tener de por sí valor alguno; en que, por tanto, una determinada cantidad de trabajo no puede tampoco tener un valor que se exprese en un precio, en su equivalencia a una determinada cantidad de dinero. Ya sabemos que el salario no es más que una forma disfrazada, forma en la que, por ejemplo, el precio de un día de fuerza de trabajo aparece como, el precio del trabajo realizado por ella durante un día, con lo cual el valor producido por aquella fuerza de

trabajo en 6 horas de trabajo, supongamos, se expresa como el valor de su función o trabajo de 12 horas.

La fórmula *D – T* se considera como lo característico, como el cuño de la llamada economía pecuniaria, porque aquí el trabajo aparece como la mercancía de su poseedor y el dinero, por tanto, como comprador, es decir, por razón del régimen propio del dinero (o sea, de la compra y la venta de una actividad humana). Sin embargo, el dinero funcionaba ya desde mucho antes como comprador de lo que se llamaban servicios, sin que por ello *D* se convirtiese en capital–dinero y sin que, por tanto, se transformase el carácter general de la economía.

Al dinero le es de todo punto indiferente el que se le invierta en esta o en la otra clase de mercancías. Es la forma general de equivalencia de todas las mercancías, las cuales indican ya por sus precios que representan, idealmente. una determinada suma de dinero, que esperan verse convertidas en dinero y que sólo entonces, al trocarse en dinero, asumen la forma bajo la cual pueden cambiarse en valores de uso para sus poseedores. Por tanto, cuando la fuerza de trabajo aparece en el mercado, a partir de un determinado momento, como una mercancía de su poseedor, vendida en forma de pago del trabajo, en forma de salario, su compra y venta no se distingue absolutamente en nada de la compra y venta de cualquier otra mercancía. Lo característico no es, por tanto, el que la mercancía fuerza de trabajo pueda ser comprada; es el hecho de que aparezca como una mercancía.

Mediante la fórmula

$$D - M \quad < \quad \frac{T}{Mp}$$

mediante la transformación del capital–dinero en capital productivo, el capitalista obtiene la combinación de los factores materiales y personales de la producción, en la medida en que estos factores consisten en mercancías. Para que el dinero pueda convertirse por vez primera en capital productivo o funcionar por vez primera como capital–dinero para su poseedor, tiene que empezar por comprar los medios de producción, los edificios en que se ha de trabajar, la maquinaria, etc., antes de comprar la fuerza de trabajo; pues tan pronto como ésta se halla a su disposición, necesita disponer de los medios de producción adecuados para poder emplearla como fuerza de trabajo.

Así se plantea la cosa, en lo tocante al capitalista.

En lo que atañe al obrero, su fuerza de trabajo sólo puede empezar a funcionar productivamente a partir del momento en que, al ser vendida, se la pone en contacto con los medios de producción. Por tanto, antes de su venta existe separada de los medios de producción, de las condiciones materiales necesarias para su empleo. En este estado de separación, no se la puede emplear ni directamente para la producción de valores de uso destinados a su poseedor ni para la producción de mercancías de cuya venta puede vivir éste. Pero, tan pronto como, al ser vendida, entra en contacto con los medios de producción, pasa a formar parte del capital productivo de su comprador, exactamente lo mismo que aquéllos.

Por consiguiente, aunque en el acto *D – T* el poseedor del dinero y el poseedor de la fuerza de trabajo se enfrentan tan sólo como comprador y vendedor respectivamente, como el poseedor del dinero y el poseedor de la mercancía, es decir, aunque en este aspecto su relación se desarrolla exclusivamente en el plano del dinero, el comprador aparece de antemano, al mismo tiempo, como poseedor de los medios de producción, que constituyen las condiciones materiales necesarias para que el poseedor de la fuerza de trabajo pueda emplearla de un modo productivo. Dicho en otros términos, estos medios de producción se enfrentan con el poseedor de la fuerza de trabajo como una propiedad ajena. De otra parte, el vendedor del trabajo aparece frente a su comprador como una fuerza de trabajo ajena que tiene que ponerse bajo sus órdenes, incorporarse a su capital, para que éste pueda actuar realmente como capital productivo. Por tanto, en el momento en que ambas partes se enfrentan en el acto *D – T* (o enfocándolo del lado del obrero, *T – D*), existe ya , se da por supuesta la relación de clase entre capitalista y obrero asalariado. Es ésta una relación de compra y venta, de dinero; pero una compra y una venta en las que el comprador actúa ya como capitalista y el vendedor como obrero asalariado y que tiene como premisa el hecho, de que las condiciones necesarias para la realización de la fuerza de trabajo –los medios de vida y los medios de producción– aparecen separados, como propiedad ajena, del poseedor de aquélla.

Aquí, no nos interesa saber cómo se produce esta separación. La separación existe desde el momento en que se efectúa la operación *D – T*. Lo que nos interesa es el hecho de que si la fórmula *D – T* aparece como una función del capital–dinero o el dinero se presenta aquí como una modalidad del capital, no es, ni mucho menos, porque el dinero actúe, en este caso, como medio de pago de una actividad humana encaminada a un efecto útil, de un servicio; es decir, no por la función propia del dinero como medio de pago. Si el dinero puede invertirse en esta forma es, sencillamente, porque la fuerza de trabajo se halla separada de sus medios de producción (incluyendo los medios de vida, como medios de producción de la propia fuerza de trabajo) y porque este divorcio sólo puede remediarse de un modo: vendiendo la fuerza de trabajo al poseedor de los medios de producción. Lo cual quiere decir que los frutos de la fuerza de trabajo, cuyos límites no coinciden, ni mucho menos, con los límites de la cantidad de trabajo necesaria para la reproducción de su propio precio, le pertenecen al comprador. La relación de capital surge durante el proceso de producción, pura y simplemente, porque existe ya en el mismo acto de circulación, en las distintas condiciones económicas fundamentales en que se enfrentan el comprador y el vendedor, en sus relaciones de clase. No es el dinero el que engendra, por su naturaleza, esta relación; es, por el contrario, la existencia de esta relación la que convierte la simple función del dinero en función de capital.

Al estudiar el concepto del capital–dinero (por el momento, sólo nos interesa este concepto en relación con la función concreta que le vemos desempeñar aquí), suelen emparejarse o mezclarse dos errores. En primer lugar, las funciones que el valor capital desempeña como capital–dinero, y que puede desempeñar, precisamente, por revestir la forma–dinero, se atribuyen erróneamente a su carácter de capital, siendo así que se deben exclusivamente a la forma–dinero que el valor capital reviste, a su modalidad de dinero. En segundo lugar (a la inversa), el contenido específico de la función del dinero, que la convierte al mismo tiempo en una función de capital, se atribuye a la naturaleza del dinero

(confundiéndose, por tanto, el dinero con el capital), cuando en realidad presupone condiciones sociales inherentes a la operación *D–T* y que no van implícitas, ni mucho menos, en la simple circulación de mercancías ni en la correspondiente circulación del dinero.

La compra y venta de esclavos es también, en cuanto a su forma, compra y venta de mercancías. Pero el dinero no podría ejercer esta función si no existiese la esclavitud. Hay que partir de la existencia de la esclavitud, para que el dinero pueda invertirse en comprar esclavos. En cambio, para hacer posible la esclavitud no hasta con que el comprador disponga de dinero.

El hecho de que la venta de la propia fuerza de trabajo (bajo la forma de venta del propio trabajo o del salario) no aparezca como un fenómeno aislado, sino como la premisa socialmente decisiva sobre que descansa la producción de mercancías y de que, por tanto, el capital–dinero cumpla en una escala social la función

$$D–M < \begin{matrix} T \\ Mp \end{matrix}$$

estudiada aquí, presupone ciertos procesos históricos vienen a romper la asociación primitiva de los medios de producción con la fuerza de trabajo; procesos históricos por efecto de las cuales se enfrentan la masa del pueblo, los obreros, como no propietarios, y los no obreros como propietarios de estos medios de producción. Nada interesa, para estos efectos, saber qué forma revestía aquella asociación antes de romperse: si el propio obrero figuraba, como un medio de producción entre tantos otros o era, por el contrario, propietario de ellos.

Por tanto, el hecho que sirve de base, aquí, al acto

$$D–M < \begin{matrix} T \\ Mp \end{matrix}$$

es la distribución; no la distribución en sentido corriente, la distribución de medios de consumo, sino la distribución de los elementos de la misma producción, por medio de la cual los factores materiales se concentran en un lado, mientras que la fuerza de trabajo, aislada de ellos, se concentra en el otro.

Por consiguiente, los medios de producción, la parte material del capital productivo, tienen que existir ya como capital frente al obrero para que el acto *D–T* pueda convertirse en un acto social de carácter general.

Ya hemos visto más arriba que la producción capitalista, una vez instaurada, no se limita, en su desarrollo, a reproducir esta separación, sino que la va ampliando en proporciones cada vez mayores, hasta convertirla en el régimen social imperante. Pero el problema presenta, además, otro aspecto. Para que el capital pueda formarse y apoderarse de la producción, el comercio y, por tanto, la circulación de mercancías, necesitan alcanzar cierto grado de desarrollo, el cual supone, al mismo tiempo, un cierto grado de desarrollo de su producción, pues no se pueden lanzar a la circulación, como mercancías, estos o aquellos artículos a menos que se produzcan ya como tales mercancías, es decir, con destino a la venta. Y la producción de mercancías no aparece como el carácter normal, predominante, de la producción hasta que no se establece sobre la base de la producción capitalista.

Los terratenientes rusos, que hoy, a consecuencia de la llamada emancipación de los campesinos, tienen que explotar su agricultura mediante obreros asalariados en vez de explotarla a base de siervos sujetos a trabajos forzados, se quejan de dos cosas. En primer lugar, de falta de capital–dinero. Dicen, por ejemplo, que antes de vender la cosecha, necesitan pagar a una gran masa de jornaleros, lo cual hace que escasee el elemento primordial: el dinero contante. Para explotar sobre una base capitalista la producción, hay que disponer constantemente de un capital en forma de dinero, destinado precisamente al pago de los salarios. Pero éste es un mal que tiene, para los terratenientes, fácil remedio. Con el tiempo maduran las uvas. Con el tiempo, el capitalista industrial dispone no sólo de su dinero, sino también de *l'argent des autres*. (1)

Pero aún es más elocuente la segunda queja: la de que, aun disponiendo de dinero, no es posible disponer en cantidad suficiente y en el momento apetecido de las fuerzas de trabajo necesarias, ya que el régimen de propiedad comunal de los pueblos sobre la tierra hace que el bracero ruso no se halle todavía plenamente divorciado de sus medios de producción y no sea, por tanto, un “jornalero libre” en el pleno sentido de la palabra. Y la existencia de “jornaleros libres” en una escala social es condición indispensable para que la operación *D–M*, transformación del dinero en mercancía, pueda concebirse como transformación del capital–dinero en capital productivo.

Se comprende, pues, por sí mismo, que la fórmula en que se expresa el ciclo del capital–dinero: *D–M... P... M'–D'* presupone la existencia del capital en forma de capital productivo, y, por tanto, la forma del ciclo de este tipo de capital.

2. Segunda fase. Función del capital productivo

El ciclo del capital que aquí estudiamos, comienza con el acto de circulación *D–M*, con la transformación del dinero en mercancías, con la compra. Ahora hay que completar la circulación con la metamorfosis inversa, con la operación *M–D*, con la transformación de la mercancía en dinero, con la venta. Pero el resultado inmediato de la operación

$$D–M < \begin{matrix} T \\ Mp \end{matrix}$$

es el interrumpir la circulación del valor–capital desembolsado en forma de dinero. Al convertirse el capital–dinero en capital productivo, el valor del capital reviste una forma natural bajo la cual no puede seguir circulando, sino que tiene que destinarse al consumo, a un consumo productivo. El uso de la fuerza de trabajo, el trabajo, sólo puede realizarse trabajando. El capitalista no puede volver a vender al propio obrero como mercancía porque no es su esclavo y, además, porque sólo ha comprado el uso de su fuerza de trabajo por un determinado tiempo. Y, por otra parte, sólo puede utilizar la fuerza de trabajo haciendo que ésta emplee los medios de producción para crear mercancías. El resultado de la primera fase es, por tanto, el comienzo de la segunda, de la fase productiva del capital.

Esta operación se expresa por la fórmula

$$D–M < \begin{matrix} T \\ Mp \end{matrix} \ldots P,$$

en la que los puntos indican que la circulación del capital se interrumpe, pero su proceso cíclico continúa, saliendo de la órbita de la circulación de mercancías para entrar en la órbita de la producción. La primera fase, la transformación del capital–dinero en capital productivo, no tiene, pues, más misión que dar paso y servir de prólogo a la segunda fase, a la función del capital productivo.

La operación

$$D–M < \begin{matrix} T \\ Mp \end{matrix}$$

presupone no sólo que el individuo que la efectúa dispone de valores bajo una forma útil cualquiera, sino, además, que dispone de ellos en forma de dinero, que es un poseedor de dinero. Pero la operación consiste precisamente en desprenderse del dinero, y quien la realiza sólo puede seguir siendo poseedor de dinero siempre y cuando que éste vuelva a refluir a sus manos *implicite* por el propio acto con que se desprende de él. Y, como el dinero sólo puede refluir a sus manos mediante la venta de mercancías, aquella operación supone en él la cualidad de productor de mercancías.

D–T. El obrero asalariado sólo vive de la venta de su fuerza de trabajo. El sustento –el propio sustento– de ésta supone un consumo diario. Por tanto, habrá que pagar al obrero, constantemente, en pequeños plazos, con objeto de que pueda repetir las compras necesarias para su propio sustento, la operación *T–D–M* o *M–D–M*. Por consiguiente, frente al obrero, el capitalista tiene que actuar constantemente como capitalista de dinero, su capital tiene que funcionar constantemente como capital–dinero. De otra parte, para que la masa de los productores directos, la masa de los obreros asalariados, pueda efectuar la operación *T–D–M*, tiene que encontrarse constantemente con los medios de vida necesarios en forma susceptible de compra, es decir, en forma de mercancías. Como se ve, este estado de cosas requiere ya un grado considerable de circulación de los productos como mercancías y, por tanto, de desarrollo de la producción mercantil. Tan pronto como la producción a base de trabajo asalariado se generaliza, la producción de mercancías pasa a ser también, necesariamente, la forma general de la producción. Esta, una vez que adquiere carácter general, determina, a su vez, una división progresiva del trabajo social; es decir, una especialización progresiva del producto elaborado como mercancía por un determinado capitalista, el desdoblamiento cada vez mayor de procesos de producción complementarios en procesos de producción independientes. En el mismo grado en que se desarrolla *D–T*, se desarrolla, por tanto, *D–Mp*; es decir, en la misma medida la producción de medios de producción se disocia de la producción de la mercancía para la que aquéllos sirven, y los medios de producción aparecen, a su vez, frente a todo productor de mercancías, como otras tantas mercancías que él no produce, sino que compra al servicio de su proceso concreto de producción. Proceden de ramas de producción totalmente aparte de este proceso y explotadas con carácter independiente, y son absorbidas por su rama propia de producción como mercancías, es decir, tienen que ser compradas. Las condiciones materiales de la producción de mercancías se le presentan, en proporciones cada vez mayores, como productos de otros productores de mercancías, como mercancías. Y en el mismo grado en que esto ocurre, el capitalista tiene que actuar como capitalista de dinero o, lo que es lo mismo, crece la proporción en que su capital tiene que funcionar como capital–dinero.

De otra parte, las mismas circunstancias que determinan la condición fundamental de la producción capitalista –la existencia de una clase obrera asalariada– exigen que toda la producción de mercancías adquiera forma capitalista. A medida que ésta se desarrolla, descompone y disuelve todas las formas anteriores de producción, que, encaminadas preferentemente al consumo directo del productor, sólo convierten en mercancía el sobrante de lo producido. La producción capitalista de mercancías hace de la venta del producto el interés primordial, sin que, al principio, esto afecte aparentemente al mismo modo de producción, que es, por ejemplo, el primer efecto que el comercio capitalista mundial ejerce en pueblos como China, India, Arabia, etc. Pero allí donde echa raíces, destruye todas las formas de la producción de mercancías basadas en el trabajo del propio productor o concebidas simplemente a base de vender como mercancías los productos sobrantes. Empieza generalizando la producción de mercancías y luego va convirtiendo, poco a poco, toda la producción de mercancías en producción capitalista.[3]

Cualesquiera que sean las formas sociales de la producción, sus factores son siempre dos: los medios de producción y los obreros. Pero tanto unos como otros son

solamente, mientras se hallan separados, factores potenciales de producción. Para poder producir en realidad, tienen que combinarse. Sus distintas combinaciones distinguen las diversas épocas económicas de la estructura social. En el caso presente, el divorcio entre el obrero libre y sus medios de producción constituye el punto de partida dado, y ya hemos visto cómo y bajo qué condiciones se combinan ambos factores en manos del capitalista, a saber: como modalidades productivas de su capital. El proceso efectivo en que entran, asociados de este modo, los elementos personales y materiales creadores de mercancías, el proceso de producción, se convierte, por tanto, de por sí, en una función del capital, en el proceso capitalista de producción, cuyo carácter ha sido estudiado detalladamente en el libro I de esta obra. Toda empresa de producción de mercancías es, al mismo tiempo, una empresa de explotación de la fuerza de trabajo; pero, bajo la producción capitalista de mercancías, la explotación se convierte en un sistema formidable, que, al desarrollarse históricamente con la organización del proceso de trabajo y los progresos gigantescos de la técnica, revoluciona toda la estructura económica de la sociedad y eclipsa a todas las épocas anteriores.

Por el distinto papel que desempeña durante el proceso de producción en la creación de valor y, por tanto, en la producción de plusvalía, los medios de producción y la fuerza de trabajo, considerados como modalidades del capital desembolsado, se distinguen como capital constante y capital variable, respectivamente. En cuanto diversas partes integrantes del capital productivo, se distinguen también en que los primeros, pertenecientes al capitalista, son capital si yo aun fuera del proceso de producción, mientras que la fuerza de trabajo sólo dentro de éste constituye una modalidad del capital individual. Si la fuerza de trabajo sólo es una mercancía en manos de su vendedor, del obrero asalariado, en cambio, sólo es capital en manos de su comprador, del capitalista, a quien se adjudica su uso temporal. Los medios de producción sólo se convierten en encarnación material del capital productivo, o en capital productivo, en el momento en que se les incorpora la fuerza de trabajo, como modalidad personal de aquél. La fuerza humana de trabajo no es por naturaleza capital, como no lo son tampoco, por la misma razón, los medios de producción. Sólo adquieren este carácter social específico bajo determinadas condiciones, históricamente dadas, del mismo modo que sólo bajo estas condiciones los metales preciosos revisten el carácter de dinero, y éste el de capital–dinero.

Al funcionar, el capital productivo consume sus propios elementos, para transformarlos en una masa de productos de valor superior. Y como la fuerza de trabajo sólo actúa como uno de sus órganos, el remanente que deja el valor del producto creado por el trabajo excedente, después de cubrir el valor de los elementos que lo integran, es también fruto del capital. El trabajo que rinde de más la fuerza de trabajo es trabajo gratis para el capital y constituye, por tanto, la plusvalía del capitalista, un valor que no le cuesta ningún equivalente. Por tanto, el producto no es simplemente una mercancía, sino una mercancía preñada de plusvalía. Su valor es = $P + Pv$, igual al valor del capital productivo P invertido en su producción más la plusvalía Pv engendrada por él. Supongamos que esta mercancía consista en 10,000 libras de hilo, y que en su elaboración se hayan invertido medios de producción por valor de 372 libras esterlinas y fuerza de trabajo por valor de 50 libras. Los hilanderos, al transformar la materia prima en hilo, habrán transferido a éste el valor de los medios de producción absorbidos por su trabajo y cifrados en 372 libras esterlinas y un

valor nuevo, con arreglo al trabajo empleado, que calcularemos en 128 libras. Es decir, que las 10,000 libras de hilo representarán un valor de 500 libras esterlinas.

3. Tercera fase: M'–D'

La mercancía se convierte en *capital–mercancías* como modalidad funcional del valor del capital ya valorizado que brota directamente, del propio proceso de producción. Si la producción de mercancías se efectuase sobre bases capitalistas en toda su extensión social, toda mercancía, lo mismo el hierro que los encajes de Bruselas, lo mismo el ácido sulfúrico que los cigarros, formaría parte, por el solo hecho de serlo, de un gran capital–mercancías. El problema de saber qué clases de cosas, dentro del ejército de las mercancías, están llamadas, por su naturaleza, a ascender al rango de capital y cuáles otras condenadas a no salir de las filas de las mercancías rasas, es una de esas encantadoras torturas a que gusta de someterse la economía escolástica.

Cuando reviste la forma de las mercancías, el capital tiene necesariamente que cumplir la función propia de éstas. Los artículos que lo forman, artículos producidos de por sí para el mercado, tienen necesariamente que ser vendidos, convertidos en dinero; tienen, por tanto, que pasar por la operación *M–D*.

Supongamos que la mercancía del capitalista consiste en 10,000 libras de hilo de algodón. Si para producir este hilo se han consumido medios de producción por valor de 372 libras esterlinas y se ha creado un valor nuevo de 128 libras, el hilo tendrá un valor de 500 libras esterlinas, valor que se expresará como precio en la misma suma. Este precio se realiza por medio de la venta *M–D*. ¿Qué es lo que convierte, al mismo tiempo, esta sencilla operación, propia de toda circulación de mercancías, en una función del capital? No es ningún cambio operado dentro de ella, ni que guarde relación con su carácter de uso, ya que, como objeto útil, la mercancía pasa al comprador; el cambio no afecta tampoco a su valor, pues éste no experimenta ningún cambio de magnitud. Se trata, sencillamente, de un cambio de forma. Antes, el valor en cuestión existía en forma de hilo; ahora, existe en forma de dinero. Se advierte así una diferencia esencial entre la primera fase *D–M* y la última fase *M–D*. Allí, el capital desembolsado funciona como capital–dinero, ya que, mediante la circulación, se invierte en mercancías de valor de uso específico. Aquí, la mercancía sólo puede funcionar como capital siempre y cuando que el proceso de producción le haya impreso ya este carácter antes de comenzar su circulación. Durante el proceso de hilado, los hilanderos crean, en forma de hilo, un valor de 128 libras esterlinas. De ellas, calculamos que 50 libras esterlinas son simplemente la equivalencia de lo invertido por el capitalista en fuerza de trabajo; las 78 libras restantes –suponiendo un grado de explotación de la fuerza de trabajo del 156 por 100– forman la plusvalía. Por tanto, el valor de las 10,000 libras de hilo encierra, en primer lugar, el valor del capital productivo *P* consumido, cuya parte constante = 372 libras esterlinas y cuya parte variable = 50 libras esterlinas y la suma de ambas = 422 libras esterlinas = 8,440 libras de hilo. Y el valor del capital productivo *P* es = *M*, al valor de los elementos que lo integran y que en la fase *D–M* aparecen ante el capitalista como mercancías en manos de sus vendedores. En segundo lugar; el valor del hilo encierra una plusvalía de 78 libras esterlinas = 1,560 libras de hilo. Por tanto, *M*, como expresión de valor de las 10,000 libras de hilo, es $=M + \Delta M$, es

decir, *M* más un incremento de *M* (= 78 libras esterlinas), que llamaremos *m*, puesto que existe bajo la misma forma de mercancía en que se presenta ahora el primitivo valor *M*. Por consiguiente, el valor de las 10,000 libras de hilo = 500 libras esterlinas es = *M* + *m* = *M'*. Lo que convierte a *M*, como expresión de valor de las 10,000 libras esterlinas, en *M'* no es su magnitud absoluta de valor (500 libras esterlinas), pues ésta, lo mismo que en las demás *M*, se halla determinada, como expresión de valor de cualquier otra suma de mercancías, por la magnitud del trabajo materializado en ella. Es su magnitud relativa de valor, su magnitud de valor comparado con el valor del capital *P* consumido en su producción. Este valor es el que se halla contenido en ella, más la plusvalía arrojada por el capital productivo. Su valor excede del valor de aquel capital y este excedente de valor es la plusvalía *m*. Las 10,000 libras de hilo representan el valor del capital valorizado, enriquecido con una plusvalía, como producto del proceso capitalista de producción. *M'* expresa una relación de valor, la relación entre el valor de la mercancía producida y el capital invertido en su producción; expresa, por tanto, el total de su valor, formado por el valor del capital y la plusvalía. Las 10,000 libras de hilo sólo son capital–mercancías, *M'*, como forma transformada del capital productivo *P*; sólo lo son, por tanto, dentro de una concatenación que, de momento, no se da más que en el ciclo de este capital individual o para el capitalista que dedica su capital a producir hilo. Es, por decirlo así, solamente una relación interna, no una relación externa, la que convierte estas 10,000 libras de hilo, como exponente de valor, en un capital–mercancías; su sello capitalista no está en la magnitud absoluta de su valor, sino en su magnitud relativa, en su magnitud de valor comparada con la que representaba el capital productivo contenido en ellas antes de haberse convertido en mercancía. Si, por tanto, las 10,000 libras de hilo se vendiesen por su valor de 500 libras esterlinas, este acto de circulación, considerado de por sí sería = *M–D*, sería la simple transformación de un valor invariable de la forma mercancía en la forma dinero. Pero, considerado como fase especial dentro del ciclo de un capital individual, este mismo acto es la realización del valor del capital de 422 libras esterlinas encerrado, en la mercancía más la plusvalía de 78 libras esterlinas que se le añade; es, por tanto, *M'–D´*, la transformación del capital en mercancías, de su forma mercancía, en su dinero .[4]

Ahora bien, la función de *M'* es la propia todo producto que constituye una mercancía: convertirse en dinero, venderse, recorrer la fase de circulación *M–D*. Mientras el capital ya valorizado persiste en su forma de capital–mercancías, mientras permanece inmóvil en el mercado, el proceso de producción se paraliza. El capital no funciona ni como creador de productos ni como creador de valor. Según el diverso grado de rapidez con que abandone su forma de mercancías y revista su forma de dinero, o sea, según la celeridad de las ventas, el mismo valor–capital actuará en grado muy desigual como creador de productos y de valor y aumentará o disminuirá la escala de la reproducción. En el libro I hemos visto cómo el grado de acción de un capital dado depende de potencias del proceso de producción independientes, hasta cierto punto, de su propia magnitud de valor. Aquí, vemos que el proceso de circulación pone en acción nuevas potencias de su grado de eficiencia, de su expansión y contracción, independientes de la magnitud de valor del capital.

Además, la masa de mercancías *M'*, como exponente del capital valorizado, tiene que pasar por la metamorfosis *M'–D'* en toda su extensión. La cantidad de lo vendido es,

aquí, un factor esencial. La mercancía individual figura solamente como parte integrante de la masa total de mercancías. Las 500 libras esterlinas de valor existen en forma de 10,000 libras de hilo. Si el capitalista sólo consigue vender 7,440 libras por su valor de 372 libras esterlinas, no hará más que reponer el valor de su capital constante, el valor de los medios de producción invertidos; si logra vender 8,440 libras, reembolsará solamente el valor de todo el capital desembolsado. Para realizar una plusvalía necesita vender más, y para realizar la plusvalía total de 78 libras esterlinas (= 1,560 libras de hilo), tiene que vender las 10,000 libras de hilo en su totalidad. Con las 500 libras esterlinas en dinero sólo obtiene, pues, el equivalente de la mercancía vendida; la transacción realizada por él, dentro del plano de la circulación, se reduce simplemente a la fórmula *M–D*. Si hubiese abonado a sus obreros, en concepto de salario, 64 libras esterlinas en vez de 50, su plusvalía sería solamente de 64 libras esterlinas, en vez de 78 y el grado de explotación del 100 por 100 solamente, en vez del 156 por 100; pero el valor de su hilo permanecería invariable; variaría únicamente la relación entre sus distintas partes; el acto de circulación *M–D* seguiría siendo la venta de 10,000 libras de hilo por 500 libras esterlinas, es decir, por su valor.

M' = *M* + *m* (= 422 libras esterlinas + 78 libras esterlinas). *M* es igual al valor de *P*, o sea del capital productivo, y éste igual al valor de *D*, desembolsado en *D–M* , es decir, para comprar los elementos de producción; en nuestro ejemplo, = 422 libras esterlinas. Si la masa de mercancías se vende por su valor, tendremos que *M* = 422 libras esterlinas y *m* = 78 libras esterlinas, valor del producto excedente, o sea de 1,560 libras de hilo. Llamando *d* a *m* expresado en dinero, resultará que *M'–D'* = (*M* + *m*) – (*D* + *d*), por donde el ciclo *D–M*... *P*... *M'–D'*, en su forma explícita, corresponderá a la fórmula

$$D–M < \begin{matrix} T \\ \\ Mp \end{matrix} ...P...$$

(*M* + *m*) – (*D* + *d*).

En la primera fase, el capitalista retira artículos de uso del mercado de mercancías en sentido estricto y del mercado de trabajo; en la tercera fase, devuelve mercancías al mercado, pero sólo a uno de ellos, al mercado de mercancías en sentido estricto. Y si, con sus mercancías vuelve a retirar del mercado más valor del que primitivamente incorporó a él, es sencillamente, porque lanza a él, en mercancías, un valor mayor del que primitivamente le sustrajo. Incorporó a él el valor *D* y sustrajo de él la equivalencia *M;* ahora lanza a él *M'* + *m* y retira de él la equivalencia *D* + *d*. *D* equivalía, en nuestro ejemplo, al valor de 8,440 libras de hilo; pero lo que lanza al mercado son 10,000 libras de hilo, es decir, un valor mayor del que sacó de él. Por otra parte, si lanza al mercado este valor incrementado es gracias a la plusvalía creada en el proceso de producción (como parte alícuota del producto, expresada en el producto excedente) mediante la explotación de la fuerza de trabajo. La masa de mercancías sólo se convierte en capital–mercancías exponente del valor del capital valorizado, como producto de este proceso. Mediante la operación *M'–D'* se realiza tanto el valor del capital desembolsado como la plusvalía. La

realización de ambos coincide en la serie de ventas o en la venta, hecha de un golpe, de la masa total de mercancías que se expresa en *M'–D'*. Pero la operación de circulación *M'–D'* difiere con respecto al valor del capital y la plusvalía, en el sentido de que expresa en cada uno de ellos una fase distinta de la circulación, una etapa distinta en la serie de metamorfosis que dentro de la circulación tienen que recorrer. La plusvalía *m*, sólo viene al mundo dentro del proceso de producción. Por consiguiente, aparece por vez primera en el mercado de mercancías y concretamente en forma de mercancía; es su primera forma de circulación, y, por tanto, el acto *m–d* es su primer acto de circulación o su primera metamorfosis, la cual tiene que ser complementada, por consiguiente, con el acto de circulación opuesto o con la metamorfosis inversa, *d–m*.[5]

Otra cosa acontece con la circulación que el valor del capital *M* realiza en el mismo acto de circulación *M'–D'*, que es, para él, el acto de circulación *M–D*, en el que *M* = *P*, igual al *D* primitivamente desembolsado. Ha iniciado su primer acto de circulación como *D*, como capital–dinero, y retorna, mediante el acto *M–D*, a la misma forma; ha recorrido, por tanto, las dos fases opuestas de la circulación: 1) *D–M* y 2) *M–D*, y reviste nuevamente la forma en que puede comenzar de nuevo el mismo proceso cíclico. Lo que para la plusvalía es la primera transformación de la forma mercancía en la forma dinero, es para el valor del capital el retorno o el retroceso a su forma primitiva de dinero.

Mediante la operación

$$D–M < \begin{matrix} T \\ Mp \end{matrix}$$

el capital–dinero se invierte en una suma equivalente de mercancías, *T* y *Mp*. Estas mercancías no funcionan de nuevo como mercancías, como artículos de venta. Su valor existe ahora, en manos de su vendedor, del capitalista, como valor de su capital productivo, *P*. Y en la función de *P*, al consumirse productivamente, se convierten en una clase de mercancías materialmente distintas de los medios de producción, en hilo, en una mercancía en la que su valor no sólo se mantiene, sino que se acrecienta, pasando de 422 libras esterlinas a 500. Con esta metamorfosis real, las mercancías retiradas del mercado en la primera fase *D–M* son sustituidas por otras distintas de ellas en cuanto a la materia y en cuanto al valor y que ahora funcionan como mercancías, debiendo, por tanto, convertirse en dinero y ser vendidas. Aquí, el proceso de producción sólo aparece, por consiguiente, como una interrupción del proceso de circulación del valor–capital, que hasta ahora sólo ha recorrido la primera fase, *D–M*. No recorre la segunda y última fase, *M–D*, hasta que *M* se transforma en cuanto a la materia y en cuanto al valor. Pero, en lo que se refiere al valor–capital, considerado de por sí, sólo sufre, en el proceso de producción, una modificación de su forma de uso. En *T* y *Mp* existía bajo la forma de 422 libras esterlinas de valor; ahora, existe bajo la forma de 422 libras esterlinas de valor correspondientes a 8,440 libras de hilo. Si nos limitamos, pues, a examinar las dos fases del proceso de circulación del valor–capital considerado separadamente de su plusvalía, vemos que atraviesa *1)* por *D–M* y *2*) por *M–D*, en la que la segunda *M* reviste una forma útil distinta, pero representa el mismo

valor que la primera; por tanto, *D–M–D*, es una forma de circulación que, por virtud del doble cambio de lugar de la mercancía en sentido opuesto, por virtud de la transformación del dinero en mercancía y de ésta en dinero, determina necesariamente el retorno del valor desembolsado como dinero a su forma–dinero: su reversión a dinero.

El mismo acto de circulación *M'–D'*, la segunda y definitiva metamorfosis del valor–capital desembolsado en forma de dinero, el retorno a la forma–dinero, es, para la plusvalía contenida también en el capital–dinero y realizada asimismo mediante su transformación en dinero, la primera metamorfosis, la transformación de la forma–mercancía en la forma–dinero, *M–D*, la primera fase de la circulación.

Dos cosas hay, por tanto, que observar aquí. En primer lugar, que la reversión final del valor del capital a su forma primitiva de dinero es una función del capital–mercancías. En segundo lugar, que esta función lleva implícita la primera transformación de la plusvalía, que abandona su primitiva forma de mercancías para revestir la forma de dinero. La forma del dinero desempeña, pues aquí, un doble papel: de una parte, es la forma recobrada de un valor primitivamente desembolsado en dinero y, por tanto, el retorno a la forma de valor con que se inició el proceso; y es, de otra parte, la primera forma transformada de un valor que empieza lanzándose a la circulación en forma de mercancías. Si las mercancías que forman el capital–mercancías se venden por su valor, como damos por supuesto aquí, *M* + *m* se convierte en el equivalente *D* + *d;* bajo esta forma, *D* + *d* (422 + 78 = 500 libras esterlinas), existe ahora en manos del capitalista el capital–mercancías ya realizado. El valor–capital y la plusvalía existen ahora como dinero y, por tanto, bajo la forma del equivalente general.

Al final del proceso, el valor del capital reaparece, por consiguiente, bajo la misma forma en que entró en él; está, por tanto, en condiciones de volver a iniciarlo y recorrerlo como capital–dinero. Precisamente por eso, porque la forma inicial y final de proceso es la del capital–dinero (*D*), es por lo que nosotros llamamos ciclo del capital–dinero a esta forma del proceso cíclico. Lo que cambia, al final, no es la forma, sino simplemente la magnitud del valor desembolsado.

D + *d* no son más que una suma de dinero de una determinada cuantía; en nuestro ejemplo, de 500 libras esterlinas. Pero, como resultado del ciclo del capital, como capital en mercancías realizado, esta suma de dinero encierra el valor del capital y la plusvalía; y aquí estos dos factores no aparecen ya mezclados, como en el hilo, sino el uno al lado del otro. Su realización le ha dado a cada uno de ellos forma de dinero independiente. $^{211}/_{250}$ del total representan el valor del capital, equivalente a 422 libras esterlinas, y $^{39}/_{250}$ la plusvalía: 78 libras esterlinas. Este desdoblamiento, conseguido mediante la realización del capital–mercancías, no tiene solamente el sentido formal de que enseguida, hablaremos, sino que adquiere cierta importancia en el proceso de reproducción del capital, según que *d* se convierta total o parcialmente en *D* o no se convierta; es decir, según que siga funcionando o no como parte integrante del valor del capital desembolsado. Pueden también recorrer *d* y *D* procesos de circulación totalmente distintos.

En *D*' el capital ha retornado a su forma primitiva, *D*, a su forma de dinero, pero bajo una forma en la que se ha realizado ya como capital.

En primer lugar, existe una diferencia cuantitativa. *D* representaba 422 libras esterlinas, mientras que *D*' representa ahora 500 libras esterlinas y esta diferencia se expresa en *D*... *D*', en los dos extremos cuantitativamente distintos del ciclo, cuyo movimiento sólo se indica con los puntos... *D*' es > *D*', *D*'–*D* = *Pv*, a la plusvalía. Pero, como resultado de este ciclo *D*... *D*', ahora sólo existe *D*', que es el producto con el que se cancela su proceso de formación. *D*' existe ahora con propia sustantividad, independientemente del proceso que lo ha hecho surgir. Este proceso ha caducado ya, cediendo el puesto a *D*'.

Pero *D*' como *D* + *d*, 500 libras esterlinas equivalentes a 422 libras esterlinas de capital desembolsado más un incremento de 78 libras esterlinas representa, al mismo tiempo, una relación cualitativa, aunque ésta sólo exista como relación entre las partes de una suma de nombre idéntico, es decir, como relación cuantitativa. *D*, el capital desembolsado, que vuelve a presentarse bajo su forma primitiva (422 libras esterlinas), existe ahora como capital realizado. No sólo se ha conservado, sino que, además, se ha realizado como capital, el cual se distingue como tal de *d* (78 libras esterlinas), que guarda con él la relación de su producto, de *su* fruto, de un incremento engendrado por él. Se ha realizado como capital, por haberse realizado como un valor que engendra otro valor. *D*' existe como relación de capital; *D* ya no aparece simplemente como dinero, sino que funciona expresamente como capital–dinero expresado como valor valorizado, es decir. como valor que tiene la propiedad de valorizarse, de engendrar más valor del que él mismo encierra. *D* funciona como capital por su relación con otra parte de *D*' que la aportada por él mismo, producida por él como causa y que es el efecto engendrado por él. Así, *D*' aparece como una suma de valor diferenciada de por sí, funcionalmente (conceptualmente) distinta por sí misma y que expresa la relación de capital.

Pero esto se expresa solamente como resultado, sin los eslabones del proceso cuyo resultado es.

Las partes de valor no se distinguen cualitativamente, como tales, unas de otras, fuera del caso en que se presentan como valores de diversos artículos, de objetos concretos, bajo diversas formas útiles y, por tanto, como valores de diversas mercancías, diferencia ésta que no brota de ellas mismas como meras partes de valor. En el dinero desaparecen todas las diferencias entre las mercancías, precisamente porque el dinero es la forma de equivalencia común a todas ellas. Una suma de 500 libras esterlinas está formada por otros tantos elementos de nombre idéntico de 1 libra. Y como en la simple existencia de esta suma de dinero se borran las huellas de sus orígenes y desaparece todo rastro de la diferencia específica que las diversas partes integrantes del capital presentan en el proceso de producción, la diferencia sólo existe bajo la forma conceptual de una suma principal (*principal*, en inglés) = al capital desembolsado de 422 libras esterlinas y a un excedente de valor de 78 libras. Supongamos que *D*' sea, por ejemplo = 110 libras esterlinas, de las cuales 100 = *D*, suma principal, y 10 = *Pv*, plusvalía. Entre las dos partes integrantes de la suma de 110 libras esterlinas media una identidad absoluta, es decir, una homogeneidad conceptual completa. 10 libras esterlinas, no importa cuáles, representarán siempre $^{1}/_{11}$ de la suma total de 110 libras, ya sean $^{1}/_{10}$ de la suma principal desembolsada de 100 libras esterlinas o el excedente de 10 libras que queda después de cubierta aquella suma. La suma

principal y la suma accesoria, el capital y la suma adicional, pueden representarse, por tanto, como fracciones de la suma total; en nuestro ejemplo, $^{10}/_{11}$ constituyen la suma principal o capital, $^{1}/_{11}$ la suma adicional. La forma que reviste aquí, al final de su proceso, el capital realizado, en su expresión en dinero es, pues, la expresión indistinta de la relación de capital.

Cierto que esto es aplicable también a *M´* (= *M* + *m*). Pero con la diferencia de que *M'*, donde *M* y *m* no son tampoco más que partes proporcionales de valor de la misma masa homogénea de mercancías, hace referencia a su origen *P*, del que es producto directo, mientras que en *D*', forma derivada directamente de la circulación, ha desaparecido toda relación directa con *P*.

La diferencia carente de sentido entre la suma principal y la suma adicional contenida en *D*' en cuanto resultado del movimiento *D*... *D*', desaparece inmediatamente, tan pronto como *D*' vuelve a funcionar activamente como capital–dinero es decir, cuando no se inmoviliza como expresión en dinero del capital industrial valorizado. El ciclo de capital–dinero no puede comenzar jamás por *D*' (a pesar de que *D*' funciona ahora como *D*), sino que comienza siempre por *D;* es decir, no puede comenzar nunca como expresión de la relación de capital, sino que comienza siempre, exclusivamente, como forma de desembolso del valor del capital. Tan pronto como las 500 libras esterlinas se desembolsan nuevamente como capital para ser valorizadas de nuevo, son un punto de partida en vez de un punto de retorno. Ahora, se desembolsa, no un capital de 422 libras esterlinas, sino un capital de 500, más dinero que antes, más valor–capital, pero la relación entre las dos partes integrantes desaparece, del mismo modo que hubiese podido funcionar como capital desde el primer momento la suma de 500 libras esterlinas en vez de la de 422.

El aparecer como *D*' no es una función activa del capital–dinero; eso es más bien función de *D*'. Ya en la simple circulación de mercancías 1) M_1 –*D*, 2) *D*–M_2, *D* sólo empieza a funcionar activamente en el segundo acto *D*–M_2; su aparición como *D* es, simplemente, resultado del primer acto, gracias al cual se presenta como forma transformada de M_1. Es cierto que la relación de capital contenida en *D'*, la relación entre una de sus partes, como valor del capital, y la otra como su incremento de valor, adquiere importancia funcional a partir del momento en que, por la repetición constante del ciclo *D*... *D'*, D´ se desdobla en dos circulaciones: circulación de capital y circulación de plusvalía; es decir, a partir del momento en que las dos partes cumplen funciones distintas no sólo desde el punto de vista cuantitativo, sino también desde el punto de vista cualitativo, *D* por un lado y por el otro *d*. Pero, considerada de por sí, la forma *D*... *D'* no incluye el consumo del capitalista, sino que sólo implica, expresamente, la propia valorización del capital y la acumulación, en la medida en que ésta se expresa, por el momento, en el incremento periódico del capital–dinero constantemente desembolsado de nuevo.

Aunque fórmula carente de sentido del capital, *D*' = *D* + *d* sólo es, al mismo tiempo, el capital–dinero en su forma realizada, como dinero que ha parido dinero. Pero esto no debe confundirse con la función del capital–dinero en la primera fase

T

D–M <

Mp

En esta primera fase, *D* circula como dinero. Sólo funciona como capital–dinero porque sólo en su estado de dinero puede cumplir funciones de dinero, invertirse en los elementos de *P* que se enfrentan con él como mercancías, en *T* y *Mp*. En este acto de circulación, funciona solamente como dinero; pero como este acto es la primera fase del valor del capital circulante, es al mismo tiempo función del capital–dinero, gracias a la forma específica de uso de las mercancías *T* y *Mp* que con él se compran. En cambio, *D*', integrado por *D*, por el valor del capital, y por *d*, por la plusvalía engendrada por él, expresa el valor del capital valorizado, la finalidad y el resultado, la función de todo el proceso cíclico del capital. El hecho de que exprese este resultado bajo forma de dinero, como capital en dinero realizado, no se debe a que sea la forma en dinero del capital, capital en *dinero*, sino, por el contrario, a que es *capital* en dinero, capital en forma de dinero, a que el capital ha abierto al proceso bajo esta forma, ha sido desembolsado en forma de dinero. La revisión a la forma de dinero es, como hemos visto, función del Capital en mercancías *M*' y no del capital en dinero. Y, por lo que se refiere a la diferencia de *D*' con respecto a *D*, esta diferencia (*d*) no es más que la forma en dinero de *m*, el incremento de *M; D'* sólo es = *D* + *d* porque *M*' era = *M* + *m*. Por tanto, esta diferencia y la relación entre el valor del capital y la plusvalía parida por él existe ya y se expresa en *M*' antes de que ambos se transformen en *D*', es decir, en una suma de dinero en la que ambas partes de valor cobran existencia independiente la una de la otra y pueden, por tanto, emplearse en funciones independientes y distintas.

D' no es más que el resultado de la realización de *M*'. Ambos, *M*' y *D*' son, pura y exclusivamente, formas distintas, la forma mercancía y la forma dinero, del valor del capital valorizado; ambos tienen de común el ser eso: el valor del capital valorizado. Ambos son capital realizado porque, aquí, el valor del capital existe como tal junto con la plusvalía, fruto distinto de él y conservado por él, a pesar de que esta diferencia sólo se expresa en la forma distinta de la relación entre dos partes de una suma de dinero o de un valor contenido en mercancías. Pero, como expresiones del capital en relación con y a diferencia de la plusvalía engendrada por él, es decir, como expresiones del valor valorizado, *D*' y *M*' son lo mismo y expresan lo mismo, sólo que bajo forma distinta; no se distinguen como capital–dinero y capital–mercancías, sino como dinero y mercancía. En cuanto representan valor valorizado, capital empleado como capital, no hacen más que expresar el resultado de la función del capital productivo, de la única función en que el valor del capital pare valor. Lo que tienen de común es que ambos, el capital–dinero y el capital–mercancías, son modalidades del capital. Uno es capital en forma de dinero, otro capital en forma de mercancías. Por tanto, las funciones específicas que los distinguen no pueden ser otras que las diferencias que median entre la función del dinero y la función de la mercancía. El capital–mercancías, como producto directo del proceso capitalista de producción, recuerda su origen y es, por tanto, en su forma, más racional, menos carente de sentido que el capital–dinero, que no conserva el menor vestigio de este proceso, ya que en el dinero desaparece siempre toda forma específica de uso de la mercancía. Donde se esfuma su forma peregrina sólo es, pues, allí donde el mismo *D*' funciona como capital–

mercancías, donde es el producto directo de un proceso de producción y no la forma transfigurada de este producto; es decir, en la producción del mismo material–dinero. Tratándose de la producción de oro, por ejemplo, la fórmula sería:

$$D–M \begin{matrix} T \\ < \\ Mp \end{matrix} \ldots P \ldots D´ (D+d),$$

donde *D*' figura como producto en mercancías porque *P* suministra más oro del que se ha desembolsado en los elementos de producción del oro en el primer *D*, en el capital en dinero. Aquí, desaparece, por tanto, lo irracional de la expresión *D*... *D*' (*D*' + *d*), donde una parte de una suma de dinero aparece engendrando otra parte de la misma suma.

4. El ciclo, visto en su conjunto

Hemos visto que el proceso de circulación, al terminar la primera fase

$$D–M \begin{matrix} T \\ < \\ Mp \end{matrix}$$

se interrumpe en *P*, donde las mercancías *T* y *Mp*, compradas en el mercado, se consumen como los elementos materiales y el valor del capital productivo; el producto de este consumo es una nueva mercancía, *M´*, transformada en cuanto a materia y en cuanto a valor. El proceso de circulación interrumpido, *D–M*, necesita ser complementado por el proceso *M–D*. Pero, como exponente de esta segunda y definitiva fase de la circulación, aparece *M*', una mercancía diferente en cuanto a la materia y en cuanto a valor de la primera, *M*. Por tanto, la serie de la circulación puede representarse así: 1) $D–M_1$; 2) $M'_2–D'$, donde, en la segunda fase, la primera mercancía, M'_1, es sustituida por otra, M'_2, de valor superior y de forma útil distinta durante la interrupción determinada por la función de *P*, o sea, la producción de *M*' con los elementos de *M*, modalidades del capital productivo *P*. En cambio, la primera forma en que se nos manifestaba el capital (libro I, cap. IV, 1, pp. 110 118), *D–M–D*' (descompuesta así: 1) $D–M_1$; 2) $M_1–D'$), nos presenta dos veces la misma mercancía. Es, ambas veces, la misma mercancía, en la que se convierte el dinero en la primera fase y que en la segunda fase vuelve a convertirse en una cantidad mayor de dinero. A pesar de esta diferencia esencial, ambas circulaciones tienen de común el que en su primera fase el dinero se convierte en mercancía y en la segunda fase la mercancía en dinero, con lo cual el dinero invertido en la primera fase revierte, por tanto, en la segunda. De una parte, tienen de común esta reversión del dinero a su punto de partida; de otra parte, las identifica también el excedente de dinero que revierte sobre el dinero anticipado. En este sentido, la fórmula *D–M*... *M*'–*D*' se contiene también en la fórmula general *D–M–D*'.

Otra observación podemos registrar aquí, y es que en las dos metamorfosis que integran la circulación, *D–M* y *M'–D'*, se enfrentan y se sustituyen mutuamente valores de la misma magnitud y que existen simultáneamente La alteración de valor es exclusiva de la metamorfosis *P*, del proceso de producción, que aparece, por tanto, como la metamorfosis real del capital, a diferencia de las metamorfosis de la circulación, que son metamorfosis puramente formales.

Examinemos ahora, en conjunto, el recorrido *D–M...P... M'–D'* o su forma explícita

$$D–M \begin{matrix} T \\ < \\ Mp \end{matrix} ...P ...M´ (M+m)–D´(D´+d).$$

El capital aparece, aquí, como un valor que recorre una cadena de transformaciones coherentes y condicionadas las unas por las otras, una serie de metamorfosis que representan otras tantas fases o etapas de un proceso total. Dos de estas fases caen dentro de la órbita de la circulación, una dentro de la órbita de la producción. En cada una de estas fases, el valor del capital reviste una forma distinta, a la que corresponde una distinta función especial. En este recorrido, el valor desembolsado no sólo se mantiene, sino que crece, aumenta en magnitud. Por último, en la etapa final recobra la misma forma que presentaba al comenzar el proceso en su conjunto. Este proceso, en su conjunto, constituye, por tanto, un proceso cíclico.

Las dos formas que reviste el valor del capital dentro de sus fases de circulación son la del *capital–dinero* y la del *capital–mercancías;* la forma propia de la fase de producción es la del *capital productivo*. El capital que, a lo largo de su ciclo global, reviste y abandona de nuevo estas formas, cumpliendo en cada una de ellas la función correspondiente es el *capital industrial*, industrial, en el sentido de que abarca todas las ramas de producción explotadas sobre bases capitalistas.

Capital en dinero, capital en mercancías y capital productivo no son, pues, clases independientes de capital cuyas funciones se hallen adscriptas a ramas industriales asimismo independientes y separadas las unas de las otras. Son, pura y simplemente, formas funcionales específicas del capital industrial, formas que éste va asumiendo sucesivamente.

El ciclo del capital sólo se desarrolla normalmente mientras sus distintas fases se suceden sin interrupción. Si el capital se inmoviliza en la primera fase *D–M*, el capital en dinero queda paralizado como tesoro; si se inmoviliza en la fase de la producción, quedarán paralizados, de un lado, los medios de producción, mientras de otro lado la fuerza de trabajo permanecerá ociosa; si se inmoviliza en la última fase *M'–D'* las mercancías almacenadas sin vender pondrán un dique a la corriente de la circulación.

Por otra parte, la naturaleza del asunto exige que el propio ciclo se encargue de retener el capital, durante cierto tiempo, en las distintas fases del proceso. En cada una de

sus fases, el capital industrial se halla vinculado a una determinada forma, como capital–dinero, capital productivo y capital–mercancías. Y sólo después de realizar la función correspondiente a cada una de esas formas, asume aquélla bajo la que puede pasar ya a una nueva fase de transformación. Para esclarecer esto, hemos dado por supuesto, en nuestro ejemplo, que el valor–capital de la masa de mercancías creada en el proceso de producción es igual a la suma total del valor primitivamente desembolsado en dinero; o, dicho en otros términos, que todo el valor–capital desembolsado en dinero pasa de golpe de cada fase a la siguiente. Pero, ya hemos visto (libro I, cap. VI, pp.. 160–170), que una parte del capital constante, los medios de trabajo en sentido estricto (las máquinas, por ejemplo), sirve, una y otra vez, en un número mayor o menor de repeticiones de los mismos procesos de producción y que, por tanto, sólo transfiere fragmentariamente su valor al producto. Hasta qué punto esta circunstancia modifica el proceso cíclico del capital, lo veremos más adelante. Aquí, baste con saber lo siguiente. En nuestro ejemplo, el valor del capital productivo = 422 libras esterlinas incluía solamente el desgaste de los edificios fabriles, de la maquinaria, etc., calculado por término medio; es decir, solamente la parte de valor que en la transformación de 10,600 libras de algodón en 10,000 libras de hilo transfieren a éste, al producto de un proceso semanal de trabajo de hilado de 60 horas. Entre los medios de producción en que se invierte el capital constante de 372 libras esterlinas desembolsado, figuraban también, por tanto, los edificios, la maquinaria, etc., como si no se hubiese hecho otra cosa que alquilarlos en el mercado por una cantidad semanal. Pero esto no hace cambiar en lo más mínimo los términos del problema. Para transferir al producto todo el valor de los medios de trabajo comprados y consumidos durante este tiempo, no tenemos más que multiplicar la cantidad de hilo producida en una semana (10,000 libras) por el número de semanas que entran en una determinada serie de años. Y, entonces, se ve claro que el capital–dinero desembolsado no hace más que transformarse en estos medios; es decir, no tiene más remedio que salir de la primera fase *D–M*, para poder funcionar como capital productivo *P*. Asimismo es claro, en nuestro ejemplo, que la suma de valor–capital de 422 libras esterlinas incorporada al hilo durante el proceso de producción no puede entrar en la fase de circulación *M'–D'* como parte integrante del valor de las 10,000 libras de hilo antes de que el producto esté terminado. El hilo no puede venderse antes de estar hilado.

En la fórmula general, el producto de *P* se considera como un objeto material distinto de los elementos del capital productivo, como un objeto que lleva una existencia aparte del proceso de producción, una forma útil distinta de las de los elementos de la producción. Y así ocurre siempre, cuando el resultado del proceso de producción es un objeto, incluso cuando una parte del producto vuelve a entrar como elemento en el nuevo proceso de producción. Así, por ejemplo, el trigo utilizado como simiente sirve para su propia producción, pero el producto es exclusivamente e trigo; presenta, por tanto una forma distinta de la de los otros elementos empleados: la fuerza de trabajo, los instrumentos, el abono. Hay, sin embargo, ramas industriales independientes donde el producto del proceso de producción no es un objeto nuevo, una mercancía. Entre ellas, la única que tiene una importancia económica es la industria de comunicaciones, tanto la industria específica del transporte de personas y mercancías como la destinada a la mera transmisión de noticias, cartas, telegramas, etc.

A. Chuprov,[6] dice, refiriéndose a esto: “El fabricante puede empezar produciendo artículos, para luego buscar consumidores (su producto, una vez que sale del proceso de producción como producto terminado, entra en la circulación como una mercancía desgajada de aquél). La producción y el consumo aparecen aquí como dos actos separados en el espacio y en el tiempo. En la industria del transporte, que no crea productos nuevos, sino que se limita a trasladar personas y cosas, estos dos actos se confunden; los servicios (el desplazamiento de lugar) tienen necesariamente que consumirse en el mismo momento en que se producen. Por eso el radio en que el ferrocarril puede buscar sus clientes se extiende, a lo sumo, a 50 verstas (53 kms.) a un lado y otro.”

El resultado –ya se transporten personas o mercancías– es el cambio operado en su existencia dentro del espacio, por ejemplo, el que el hilo se halle ahora en la India en vez de hallarse en Inglaterra, en el lugar de su fabricación.

Pero lo que la industria del transporte vende es este mismo desplazamiento de lugar. El efecto útil producido se halla inseparablemente unido al proceso del transporte, que es el proceso de producción de esta industria. Personas y mercancías viajan en el medio de transporte, y este viaje, este desplazamiento de un lugar a otro, constituye precisamente el proceso de producción efectuado. Aquí, el efecto útil sólo puede consumirse durante el proceso de producción; no existe como un objeto útil distinto de este proceso que sólo funcione como artículo comercial, que sólo circule como mercancía después de su producción. Pero el valor de cambio de este efecto útil se determina, como el de cualquier otra mercancía, por el valor de los elementos de producción consumidos en él (fuerza de trabajo y medios de producción) más la plusvalía creada por el trabajo excedente de los obreros que trabajan en la industria del transporte. En lo que se refiere a su consumo, este efecto útil funciona también exactamente lo mismo que las demás mercancías. Si se consume individualmente, su valor desaparece con el consumo; si se consume productivamente, de tal modo que sea, a su vez, una fase de producción de la mercancía transportada, su valor se transfiere a ésta como valor adicional. La fórmula para la industria del transporte sería, por tanto,

$$D–M < \frac{T}{Mp} ...P–D´$$

ya que aquí se paga y se consume el mismo proceso de producción y no un producto separable de él. Presenta, pues, casi exactamente la misma forma que la de la producción de los metales preciosos, con la diferencia de que aquí *D'* es una forma transfigurada del efecto útil creado durante proceso de producción y no una forma natural del oro o de la plata producidos durante este proceso y arrojados por él.

El capital industrial es la única forma de existencia del capital en que es función de éste no sólo la apropiación de la plusvalía o del producto excedente, sino también su creación. Este capital condiciona, por tanto, el carácter capitalista de la producción; su existencia lleva implícita la contradicción de clase entre capitalistas y obreros asalariados.

A medida que se va apoderando de la producción social, revoluciona la técnica y la organización social del proceso de trabajo, y con ellas el tipo histórico–económico de sociedad. Las otras modalidades de capital que aparecieron antes de ésta en el seno de estados sociales de producción pretéritos o condenados a morir, no sólo se subordinan a él y se modifican con arreglo a él en el mecanismo de sus funciones, sino que ya sólo se mueven sobre la base de aquél, y por tanto viven y mueren, se mantienen y desaparecen con este sistema que les sirve de base. El capital–dinero y el capital–mercancías, en la medida en que aparecen, con sus funciones, como exponentes de una rama propia de negocios al lado del capital industrial, no son más que modalidades de las distintas formas funcionales que el capital industrial asume unas veces y otras abandona dentro de la órbita de la circulación, modalidades substantivadas y estructuradas unilateralmente por la división social del trabajo.

El ciclo *D*... *D*' se entreteje, de una parte, con la circulación general de mercancías, brota de ella y entra en ella y forma parte de ella. De otra Parte, constituye, para el capitalista individual, un movimiento propio e independiente del valor del capital, movimiento que en parte se opera dentro de la circulación general de mercancías y en parte al margen de ella, pero conservando siempre su carácter independiente. En primer lugar, porque sus dos fases *D–M* y *M'–D'*, enclavadas en la órbita de la circulación, tienen, como fases del movimiento del capital, caracteres funcionalmente determinados: en la fase *D–M*, *M* aparece materialmente determinada en cuanto fuerza de trabajo y medios de producción; en la fase *M'–D'*, se realiza el valor del capital + la plusvalía. En segundo lugar, *P*, el proceso de producción, abarca el consumo productivo. En tercer lugar, el retorno del dinero a su punto de partida convierte el movimiento *D*... *D'* en un movimiento cíclico que se cierra sobre sí mismo.

Por consiguiente, de una parte, todo capital individual constituye en sus dos fases de circulación *D–M* y *M'–D'* un agente de la circulación general de mercancías, en la que funciona o con la que está entrelazado como dinero o como mercancía, lo que le convierte en eslabón de la serie general de metamorfosis del mundo de las mercancías. De otra parte, sigue, dentro de la circulación general, su propio ciclo independiente, en el que la órbita de la producción constituye una fase transitoria y en el que retorna a su punto de partida bajo la misma forma en que salió de él. Y, dentro de su propio ciclo, que incluye su metamorfosis real en el proceso de producción, cambia al mismo tiempo su magnitud de valor. No retorna simplemente como valor en dinero, sino como valor en dinero aumentado, acrecentado.

Finalmente, si examinamos la fórmula *D–M*... *P*... *M'–D'* como forma específica del proceso cíclico del capital junto a las otras formas que más tarde se investigarán, veremos que se caracteriza por lo siguiente:

1) Este ciclo aparece como el *ciclo del capital–dinero*, porque el capital industrial bajo su forma dinero, como capital en dinero, constituye el punto de partida y el punto de retorno de su proceso en conjunto. De por sí, la fórmula expresa que aquí el dinero no se invierte como dinero, sino que simplemente se desembolsa, es decir, que no es más que la forma–dinero del capital, capital en dinero. Expresa, además, que el fin en sí, el factor determinante del movimiento es el valor de cambio, y no el valor de uso. Precisamente

porque la forma–dinero del valor es la forma independiente y tangible en que se manifiesta, la forma de circulación *D...D'*, cuyo punto de partida y cuyo punto final es el dinero efectivo, el hacer dinero, expresa del modo más tangible el motivo propulsor de la producción capitalista. El proceso de producción no es más que el eslabón inevitable, el mal necesario para poder hacer dinero. Por eso todas las naciones en que impera el sistema capitalista de producción se ven asaltadas periódicamente por la quimera de querer hacer dinero sin utilizar como medio el proceso de producción.

2) La etapa de producción, la función de *P*, representa, en este ciclo, la interrupción de las dos fases de la circulación *D–M... M'–D'*, que a su vez no es más que un agente mediador de la circulación simple *D–M–D'*. El proceso de producción aparece dentro de la forma del mismo proceso cíclico, formal y expresamente, como lo que es en el sistema capitalista de producción: como un simple medio para la valorización del capital desembolsado, lo cual quiere decir que el fin último de la producción es el enriquecimiento como tal.

3) Como la cadena de las fases comienza con *D–M*, el segundo eslabón de la circulación es *M'–D'*; por tanto, el punto de partida es *D*, el capital–dinero que se trata de valorizar, y el punto final *D'* el capital en dinero valorizado *D + d*, donde *D* figura como capital realizado junto a su vástago *d*. Esto distingue al ciclo *D* de los otros dos ciclos *P* y *M'*, en un doble sentido. De una parte, por la forma–dinero de los dos extremos; y el dinero es la forma independiente y tangible en que se manifiesta el valor, el valor del producto en su forma de valor independiente, en la que desaparece todo rastro del valor de uso de las mercancías. De otra parte, la forma *P... P* no es necesaria para *P... P'* (*P + p*) y en la forma *M'... M'* no se percibe absolutamente ninguna diferencia de valor entre los dos extremos. Lo que, por tanto, caracteriza a la fórmula *D... D'* es, de una parte el que el valor del capital constituye aquí el punto de partida y el valor del capital valorizado el punto de retorno, con lo que el desembolso del valor del capital aparece, en este caso, como medio y el valor del capital valorizado como fin de toda la operación; de otra parte, el que esta relación se expresa bajo la forma de dinero, sustantiva del valor, y por tanto el capital–dinero como dinero que pare dinero. La producción de plusvalía por el valor no se expresa solamente como el eje de este proceso, sino que aparece además, expresamente, bajo la forma reluciente de dinero.

4) Puesto que *D'*, el capital–dinero realizado, como resultado de *M'–D'* de la fase complementaria y última de *D–M*, aparece en absoluto, bajo la misma forma con que comenzaba su primer ciclo, puede reanudar el mismo ciclo tal y como brota de él, como capital–dinero acrecentado (acumulado): *D' = D + d*; y, por lo menos en la forma de *D... D'*, no se expresa que, al repetirse el ciclo, la circulación de *d* se desdoble de la de *D*. Por tanto, si nos fijamos en su forma primera, antes de repetirse, desde un punto de vista formal, vemos que el ciclo del capital–dinero sólo expresa el proceso de valorización y de acumulación. Aquí el consumo sólo se expresa como consumo productivo por

T

D–M <

Mp

que es lo único que va implícito en este ciclo del capital individual *D–T* es, por parte del obrero, *T–D* o *M–D*; es, por tanto, la primera fase de la circulación, que sirve de medio para su consumo individual: *T–D–M* (medios de vida). La segunda fase *D–M* ya no cae dentro del ciclo del capital individual; pero éste le sirve de introducción y la da por supuesta, toda vez que el obrero, para encontrarse en el mercado constantemente como materia explotable a disposición del capitalista, necesita ante todo vivir, es decir, sustentarse mediante el consumo individual. Pero aquí, este consumo es algo que se da, simplemente, por supuesto como condición del consumo productivo de la fuerza de trabajo por el capital; es decir, solamente en la medida en que el obrero, mediante su consumo individual, se mantiene y se reproduce como fuerza de trabajo. Pero los *Mp*, las verdaderas mercancías que entran en el ciclo, no son más que el material nutritivo del consumo productivo. El acto *T–D* hace posible el consumo individual del obrero, la transformación de los medios de vida en carne y sangre suya. Claro está que también el capitalista para poder actuar como tal tiene que existir, y por tanto vivir y consumir. Para ello, sólo necesitaría, en rigor, consumir como cualquier obrero, sin que por tanto esta forma del proceso de circulación presuponga más. Expresado desde el punto de vista formal, ni esto siquiera, puesto que la fórmula termina con *D'*, es decir, con un resultado que puede volver a funcionar inmediatamente como capital–dinero acrecentado.

En *M'–D'* se contiene directamente la venta de *M'*; pero *M'–D'*, que es de un lado una venta, es también, de otro lado, *D–M*, una compra, y en última instancia la mercancía sólo es comprada en razón a su valor de uso, para entrar en el proceso de consumo (prescindiendo de ventas intermedias), ya se trate de un proceso de consumo individual o productivo, según la naturaleza del artículo comprado. Pero este consumo no entra en el ciclo del capital individual del que *M'* es producto; lejos de ello, este producto es repudiado por el ciclo como la mercancía que se trata de vender. La *M'* se destina expresamente al consumo ajeno. Por eso en los apóstoles del mercantilismo (basado en la fórmula *D–M*... *P*... *M' D'*) nos encontramos con sermones tan prolijos sobre la necesidad de que el capitalista individual sólo consuma como un obrero, del mismo modo que las naciones capitalistas deben dejar que las naciones necias devoren sus mercancías y se entreguen al proceso del consumo, mientras aquéllas hacen del consumo productivo la misión de su vida. Son sermones que recuerdan con frecuencia, por su forma y por su contenido, prédicas ascéticas muy análogas de los padres de la Iglesia.

El proceso cíclico del capital es, por tanto, la unidad de circulación y producción, la suma de ambas. En cuanto que las dos fases *D–M* y *M'–D'* son actos de circulación, la circulación del capital forma parte de la circulación general de mercancías. Pero como secciones funcionalmente determinadas, como fases del ciclo del capital, que no pertenece solamente a la órbita de la circulación, sino también a la órbita de la producción, el capital recorre dentro de la circulación general de mercancías su propio ciclo. La circulación general de mercancías le sirve, en la primera fase, para asumir la forma en que puede funcionar como capital productivo; en la segunda, para desechar la forma de mercancía bajo la cual no puede renovar su ciclo: y, al mismo tiempo, para permitirle separar su propio ciclo de capital de la circulación de la plusvalía con que se ha acrecentado.

El ciclo del capital en dinero es, por consiguiente, la forma más unilateral y, por tanto, la más palmaría y la más característica en la que se manifiesta el ciclo del capital industrial, cuya finalidad y cuyo motivo propulsor: la valorización del valor, el hacer dinero y la acumulación, saltan aquí a la vista (comprar para vender más caro). El hecho de que la primera fase sea *D–M* hace que resalte también el mercado de mercancías como origen de los elementos del capital productivo y, en general, la circulación, el comercio, como los factores que condicionan el proceso capitalista de producción. El ciclo del capital en dinero no es solamente producción de mercancías; este ciclo sólo brota por medio de la circulación, presupone la circulación. Así lo indica ya el que la forma *D*, propia de la circulación, aparezca como la primera forma. y como la forma del valor del capital desembolsado, cosa que no ocurre en las otras dos formas del ciclo.

El ciclo del capital–dinero sigue siendo la expresión genérica del capital industrial en cuanto que implica siempre la valorización del valor desembolsado. En *P*... *P*, la expresión en dinero del capital sólo se manifiesta como precio de los elementos de producción, es decir, simplemente como un valor expresado en dinero aritmético, bajo cuya forma figura en la contabilidad.

D... *D'* se convierte en una forma específica del ciclo del capital industrial tan pronto como el nuevo capital reunido se desembolsa como dinero y se retira en la misma forma, ya sea porque se transfiera de una rama de negocios a otra, o porque el capital industrial se retire del negocio en que se había colocado. Esto implica la función de capital de la plusvalía primeramente desembolsada bajo forma de dinero, y se destaca del modo más palmario cuando ésta funciona en otro negocio que aquel de que proviene. *D*... *D'* puede ser el primer ciclo del capital: puede ser el último; puede presentarse como la forma del capital social en conjunto; es la forma del capital que se invierte de nuevo, ya sea como un capital nuevamente acumulado en forma de dinero, ya sea como un capital antiguo que se convierte totalmente en dinero para transferirlo de una rama de producción a otra.

Como forma constantemente implícita en todos los ciclos, el capital–dinero recorre este ciclo precisamente respecto a la parte del capital que engendra la plusvalía, respecto al capital variable. La forma normal de adelantar los salarios es el pago en dinero; y este pago tiene que renovarse constantemente a corto plazo, porque el obrero vive al día. Por eso el capitalista tiene que enfrentarse constantemente con el obrero como capitalista de dinero y su capital como capital–dinero. Aquí no cabe, como en la compra de los medios de producción y en la venta de las mercancías productivas, una compensación directa o indirecta (en la que la gran masa del capital–dinero sólo figura, de hecho, bajo forma de mercancías y el dinero bajo forma de dinero aritmético, desembolsándose en metálico solamente la cantidad necesaria para compensar los saldos). Por otro lado, una parte de la plusvalía procedente del capital variable es desembolsada por el capitalista para su consumo privado en el comercio al por menor, en cuyos recovecos se desembolsa siempre en metálico, bajo la forma–dinero de la plusvalía. La cuantía, grande o pequeña, de esta parte de la plusvalía no hace cambiar para nada la cosa. El capital variable reaparece constantemente como capital–dinero invertido en salarios (*D–T*) y como plusvalía que se desembolsa para atender a las necesidades privadas del capitalista. Por consiguiente, tanto *D*, en cuanto valor del capital variable desembolsado como *d*, en cuanto su incremento, se

ven necesariamente retenidos ambos en forma de dinero para ser invertidos bajo la misma forma.

La fórmula *D–M... P... M'–D'* con su resultado *D' = D + d* envuelve en su forma un engaño, encierra un carácter ilusorio, que nace de la existencia del valor desembolsado y valorizado bajo su forma de equivalente, el dinero. Lo que se destaca no es la valorización del valor, sino la *forma–dinero* de este proceso, el hecho de que, al final, se extraiga de la circulación más valor en forma de dinero del que primitivamente se desembolsó; es decir, el aumento de la masa de oro y plata perteneciente al capitalista. El llamado sistema monetario no hace más que expresar la forma irracional *D–M–D'*, un movimiento que se opera exclusivamente dentro de la circulación y, por tanto, sólo puede explicar los dos actos: 1) *D–M* y 2) *M–D'*, alegando que, en el segundo acto, *M* se vende por encima de su valor y por tanto sustrae a la circulación más dinero del que se había lanzado a ella por medio de su compra. En cambio, la fórmula *D–M... P... M'–D'*, fijada como fórmula exclusiva, sirve de base al sistema mercantil más desarrollado, en el que aparece como elemento necesario no sólo la circulación de mercancías, sino también su producción.

El carácter ilusorio de *D–M... P... M'–D'* y la interpretación ilusoria correspondiente aparecen tan pronto como esta forma se plasma como un solo acto y no como un acto que fluye y se renueva constantemente; tan pronto como se la considera, no como una de las formas del ciclo, sino como su forma exclusiva. Pero ella misma apunta ya a otras formas.

En primer lugar, todo este ciclo presupone el carácter capitalista del propio proceso de producción y como base, por tanto, este proceso de producción y el régimen social específico condicionado por él. *D–M* =

$$D - M \begin{matrix} T \\ Mp \end{matrix}$$

; pero *D – T* presupone la existencia de obreros asalariados y, por tanto, de los medios de producción como parte del capital productivo; por consiguiente, presupone ya el proceso de trabajo y de valorización, es decir, el proceso de producción, como función del capital.

En segundo lugar, al repetirse el acto *D... D'*, el retorno a la forma–dinero tiende a desaparecer, lo mismo que la forma–dinero en la primera fase. *D–M* desaparece para ceder el puesto a *P*. Los nuevos y constantes desembolsos en dinero, al igual que el constante retorno de éste como dinero, aparecen como factores que tienden a desaparecer dentro del ciclo.

En tercer lugar,

GRAFICO EL CICLO DEL CAPITAL.JPG o TIF

En la segunda repetición del ciclo aparece ya el ciclo *P*... *M'–D'*. De este modo, *D–M*... *P*, antes de cerrarse el segundo ciclo de *D*, y todos los demás ciclos pueden examinarse bajo la forma de *P*... *M´–D–M*... *P*, por donde *D–M*, como primera fase del primer ciclo, sólo constituye la preparación, llamada a desaparecer, del ciclo constantemente repetido del capital productivo, como ocurre en efecto con el capital industrial invertido por vez primera bajo la forma de capital–dinero.

De otra parte, antes de cerrarse el segundo ciclo de *P*, se describe el primer ciclo *M'–D'*. *D–M*... *P*... *M'* (más concisamente, *M'*... *M'*), el ciclo del capital–mercancías. De este modo, la primera forma encierra ya las otras dos, con lo cual desaparece la forma–dinero en cuanto que no es una simple expresión de valor, sino expresión de valor bajo la forma de equivalente, de dinero.

Finalmente, si tomamos un capital individual que se presenta como un capital nuevo y que recorre por vez primera el ciclo *D–M*... *P*... *M'–D*, *D–M* será la fase preparatoria, la avanzada del primer proceso de producción que este capital individual efectúa. Por tanto, esta fase *D–M* no se presupone, sino que es sentada o condicionada por el mismo proceso de producción. Pero esto se refiere solamente a este capital individual. La forma general del ciclo del capital industrial es el ciclo del capital–dinero, siempre dando por supuesto el sistema capitalista de producción, es decir, dentro de un régimen social condicionado por la producción capitalista. Por tanto, el proceso capitalista de producción se da por supuesto como una premisa, si no dentro del primer ciclo del capital en dinero de un capital industrial invertido por vez primera, fuera de él; la existencia constante de este proceso de producción presupone el ciclo constantemente renovado de *P*... *P*. Esta premisa aparece ya en la primera fase

$$D–M < \begin{matrix} T \\ Mp \end{matrix}$$

puesto que, de una parte, esto presupone la existencia de la clase asalariada y, de otra parte, lo que es para el comprador de los medios de producción, en la primera fase, *D–M* es para su vendedor *M'–D'*; es decir, que en *M'* van ya implícitos el capital–mercancías y la mercancía misma como resultado de la producción capitalista, y por tanto la función del capital productivo.

NOTAS AL PIE CAP 1, TOMO 2 EL CAPITAL

1 Del manuscrito II

2 A partir de aquí, manuscrito VII, comenzado el 2 de julio de 1878.

3. Hasta aquí. manuscrito VII. A partir de aquí, manuscrito VI.
4. Hasta aquí, manuscrito VI. A partir de aquí, manuscrito V.

5. Y esto, cualquiera que sea el modo como separemos el valor del capital y la plusvalía. En 10,000 libras de hilado se encierran 1,560 libras = 78 libras esterlinas de plusvalía, y en una libra de hilado = 1 chelín se contienen igualmente 2,486 onzas = 1,872* peniques de plusvalía.
* En la 1ª edición y en las pruebas de imprenta corregidas por Engels dice 1,728. Debe decir 1,872, como figura en el manuscrito de Marx, con letra de Engels. (*Ed.*)
6. A. Chuprov, *Shelesnodoroshnoe joziaistuv* [*Economía ferroviaria*], Moscú, 1875. pp. 69 y 70.

CAPITULO II

EL CICLO DEL CAPITAL PRODUCTIVO

El ciclo del capital productivo presenta esta fórmula general. *P*... *M´–D–M*... *P*. Este ciclo representa la función periódicamente renovada del capital productivo, es decir, la reproducción, o sea, su proceso de producción como proceso de reproducción, en lo que a la valorización se refiere; no sólo la producción, sino la reproducción periódica de plusvalía; la función del capital industrial en su forma productiva, no como una función ejecutada una sola vez, sino como función repetida periódicamente, recomenzando por el mismo punto de partida. Una parte de *M'* puede volver a entrar directamente en el mismo proceso de trabajo en concepto de medios de producción (en ciertos casos, en ramas de inversión del capital industrial); con ello, no se hace más que evitar que su valor se convierta en dinero efectivo o en signos monetarios y sólo cobre expresión independiente como dinero aritmético. Esta parte de valor no entra en la circulación. De este modo, se incorporan al proceso de producción valores que no figuran en el proceso de circulación. Lo mismo ocurre con la parte de *M'* que el capitalista consume en especie, como parte de producto excedente. Sin embargo, en la producción capitalista es una parte insignificante; sólo tiene alguna importancia, si acaso, en la agricultura.

En esta forma, saltan inmediatamente a la vista dos cosas.

Primero. Mientras que en la primera forma *D*... *D'* el proceso de producción, la función de *P*, interrumpe la circulación del capital en dinero y sólo aparece como mediador entre sus dos fases *D–M* y *M'–D'*, aquí todo el proceso de circulación del capital industrial, todo su movimiento dentro de la fase de circulación, constituye una interrupción y es, por tanto, simplemente, una etapa intermedia entre el capital productivo que abre el ciclo como primer extremo y el que lo cierra bajo la misma forma, es decir, bajo la forma en que va a recomenzar. La verdadera circulación aparece como simple etapa intermedia de la reproducción periódicamente renovada y continua a través de su renovación.

Segundo. La circulación en su conjunto aparece bajo la forma opuesta a la que reviste en el ciclo del capital en dinero. Allí era: *D–M–D* (*D–M*. *M–D*), prescindiendo de la determinación de valor; aquí es, prescindiendo también de la determinación de valor, *M–D–M* (*M–D*. *D–M*), es decir, la forma de la circulación simple de mercancías.

1. Reproducción simple

Examinemos, pues, para comenzar, el proceso *M'–D'–M* que discurre entre los extremos *P*... *P* dentro de la órbita de la circulación.

El punto de partida de esta circulación es el capital–mercancías: *M' = M + m = P + m*. La función del capital–mercancías *M'–D'* (la realización del valor capital contenido en él = *P*, que ahora existe como parte integrante de las mercancías *M*, y la de la plusvalía

contenida también en él, que existe como parte integrante de la misma masa de mercancías en el valor *m*) fue examinada en la primera forma del ciclo. Pero allí constituía la segunda fase de la circulación interrumpida y la fase final de todo el ciclo. Aquí, constituye la segunda fase del ciclo, pero la primera fase de la circulación. El primer ciclo termina con *D'*, y como *D'*, lo mismo que el primitivo *D*, puede volver a iniciar como capital en dinero el segundo ciclo, no era necesario seguir analizando, por el momento, si los *D* y *d* (la plusvalía) contenidos en *D'* seguían su marcha juntos o emprendían rutas distintas. Esto sólo hubiera sido necesario si hubiésemos seguido estudiando el primer ciclo en su renovación. Pero este punto debe ser resuelto en el ciclo del capital productivo porque de ello depende, incluso, la determinación de su primer ciclo y porque *M'–D'* aparece en él como la primera fase de la circulación, que ha de completarse con *D–M*. De esta decisión depende el que la formula represente una simple reproducción o una reproducción en escala ampliada. Con arreglo a esta decisión cambiará, por tanto, el carácter del ciclo.

Comencemos, pues, por la reproducción simple del capital productivo. Para ello, partiremos, como en el capítulo primero, del supuesto de que las circunstancias permanecen invariables y de que las mercancías se compran y se venden por su valor. Toda la plusvalía es absorbida, bajo este supuesto, por el consumo personal del capitalista. Tan pronto como se opera la transformación del capital–mercancías *M'* en dinero, la parte de la suma de dinero que representa el valor del capital sigue circulando en el ciclo del capital industrial; la otra parte, que es plusvalía convertida en oro, entra en la circulación general de mercancías, es circulación de dinero que parte del capitalista, pero funciona al margen de la circulación de su capital individual.

En nuestro ejemplo, teníamos un capital en mercancías *M'* de 10,000 libras de hilo con un valor de 500 libras esterlinas; de ellas, 422 libras esterlinas son el valor del capital productivo y prosiguen, como forma en dinero de 8,440 libras de hilo, la circulación de capital iniciada por *M'*, mientras que la plusvalía de 78 libras esterlinas, forma–dinero de 1,560 libras de hilo, remanente del producto de mercancías, sale de esta órbita de circulación y recorre una ruta aparte dentro de la circulación general de mercancías.

ver gráfico CIRCULACION GENERAL DE MERCANCIAS EN FORMATO JPG

d–m representa una serie de compras realizadas por medio del dinero que el capitalista invierte, ya en verdaderas mercancías, ya en servicios para el cuidado de su respetable persona o de su familia. Estas compras se efectúan de un modo desperdigado y en diferentes fechas. Por tanto, este dinero existe, temporalmente, en forma de un acopio de dinero destinado al consumo corriente, o sea, de un tesoro, puesto que el dinero, cuando su circulación se interrumpe, asume la forma de tesoro. Su función como medio de circulación, en la que va implícita también su forma transitoria de tesoro, no entra en la circulación del capital bajo su forma de dinero.

El supuesto de que partimos es el de que todo el capital desembolsado pasa siempre, en bloque, de una de sus fases a la otra y de que, por tanto, aquí el producto en mercancías de *P* encierra el valor total del capital productivo *P* = 422 libras esterlinas + la plusvalía creada durante el proceso de producción = 78 libras esterlinas. En nuestro ejemplo, en que se trata de un producto discreto en mercancías, la plusvalía existe bajo la forma de 1,560 libras de hilo; lo mismo que, si lo calculásemos sobre la base de 1 libra de hilo, revestiría la forma de 2,496 onzas de hilo. En cambio, si el producto en mercancías fuese, por ejemplo, una máquina de 500 libras esterlinas y con la misma proporción de valor, una parte del valor de esta máquina equivaldría, indudablemente a 78 libras esterlinas, pero estas 78 libras sólo existirían dentro de la máquina en conjunto. La máquina no podría dividirse en valor capital y plusvalía sin hacerla pedazos, destruyendo con ello su utilidad y, por tanto, su valor. Por consiguiente, esas dos partes integrantes del valor sólo pueden representarse idealmente como partes integrantes de la materialidad de la mercancía y no como elementos independientes de la mercancía *M´*, al modo como cada libra de hilo puede representarse como un elemento separable y una mercancía independiente dentro de las 10,000 libras. En el primer caso, hay que vender íntegramente la mercancía global, el capital–mercancías, la máquina, para que pueda iniciar su órbita propia de circulación. En cambio, si el capitalista vende 8,440 libras de hilo, la venta de las 1,560 libras restantes constituirá una circulación totalmente aparte de la plusvalía con arreglo a la forma *m* (1,560 libras de hilo)–*d* (78 libras esterlinas) = *M* (artículos de consumo). Pero los elementos de valor de cada parte alícuota del producto hilo de 10,000 libras pueden representarse en partes del producto, exactamente lo mismo que en el producto en su totalidad. Del mismo modo que estas 10,000 libras de hilo se pueden dividir en valor del capital constante *(c)*, 7,440 libras de hilo con un valor de 372 libras esterlinas, valor del capital variable *(v)*, 1,000 libras de hilo con un valor de 50 libras esterlinas, y plusvalía (*p*), 1,560 libras de hilo equivalente a 78 libras esterlinas, cada libra de hilo puede dividirse en *c* = 11,904 onzas con un valor de 8,928 peniques, *v* = 1,600 onzas de hilo con un valor de 1,200 peniques y *p* = 2,496 onzas de hilo con un valor de 1,872 peniques. El capitalista podría también, conforme fuese realizando, en ventas sucesivas, las 10,000 libras de hilo, ir consumiendo sucesivamente los elementos de plusvalía contenidos en las porciones sucesivas de la mercancía, realizando de este modo, también sucesivamente, la suma de *c* + *v*. Pero esta operación supone igualmente, en último término, la venta total de las 10,000 libras de hilo y, por tanto, la reposición del valor de *c* y *v* mediante la venta de 8,440 libras (libro I, cap. VII, pp. 179–182).

En todo caso, la operación *M'–D'* infunde tanto al valor del capital contenido en *M'* como a la plusvalía una existencia separable, la existencia de sumas de dinero distintas; *D* es, en ambos casos, lo mismo que *d*, la forma realmente transformada del valor, que en un principio, en *M'*, sólo cobra expresión propia, expresión ideal, como precio de la mercancía.

m–d–m es una simple circulación de mercancías cuya primera fase *m–d* va implícita en la circulación del capital en mercancías *M'–D'*, y por tanto en el ciclo del capital; en cambio su fase complementaria *d–m* cae ya fuera de este ciclo, como fase aparte de él dentro de la circulación general de mercancías. La circulación de *M* y *m*, de valor del capital y plusvalía, se desdobla después de la transformación de *M'* en *D'*. De donde se deduce, por tanto:

Primero. Puesto que la fórmula *M'–D'* = *D'*– (*D* + *d*) realiza el capital en mercancías, el movimiento de valor de capital y plusvalía contenido en *M'–D'*, movimiento todavía indistinto y encarnado en la misma masa de mercancías, se puede desdoblar, ya que ambos poseen ahora forma independiente, como sumas de dinero.

Segundo. Si este desdoblamiento se produce, invirtiéndose como renta del capitalista, mientras *D*, como forma funcional del valor capital, prosigue la ruta que le traza el ciclo, el primer acto *M'–D'*, en conexión con los actos siguientes *D–M* y *d–m*, podrá representarse como las dos circulaciones distintas *M–D–M* y *m–d–m*; series ambas que, según la forma general, caen dentro del campo de la circulación ordinaria de mercancías.

Por lo demás, en la práctica, tratándose de mercancías que forman una unidad física y no son susceptibles de división, las partes integrantes del valor se aíslan de un modo ideal. Así por ejemplo, en Londres, en el negocio de construcciones explotado en su mayor parte a crédito, los anticipos hechos al contratista de la obra dependen de la fase en que ésta se encuentre. Ninguna de estas fases constituye una casa, sino simplemente una parte, ya materializada, de una casa futura en construcción, que representa, por tanto, a pesar de su existencia material, un fragmento puramente ideal de la casa en conjunto, pero lo suficientemente real, sin embargo, para poder servir de garantía para nuestros anticipos. (Véase acerca de esto más adelante, capítulo XII).

Tercero. Si el movimiento del valor capital y de la plusvalía, movimiento que en *M* y en *D* es todavía común, sólo se desdobla parcialmente (de tal modo que una parte de la plusvalía no se gaste como renta) o no se desdobla, en absoluto, se operará en el mismo valor capital una modificación dentro de su ciclo y antes de que éste finalice. En nuestro ejemplo, el valor del capital productivo era de 422 libras esterlinas. Por tanto, si continúa a *D–M*, supongamos, como 480 o 500 libras esterlinas, recorrerá las últimas fases del ciclo como un valor superior en 58 o en 78 libras esterlinas al valor inicial. Y esto puede ir unido, al mismo tiempo, a un cambio en su proporción de valor.

M'–D', la segunda fase de la circulación y la fase final del ciclo I (*D*... *D'*), es, en nuestro ciclo, la segunda fase del mismo y la primera de la circulación de mercancías. En lo que a la circulación se refiere, tiene que ser, pues, completada por la fórmula *D'–M'*. Pero la operación *M'–D'* no sólo ha remontado ya el proceso de valorización (que es aquí la función de *P*, la primera fase), sino que, además, su resultado, el producto en mercancías *M'*, se halla ya realizado. Por consiguiente, el proceso de valorización del capital, así como la realización del producto en mercancías en que se traduce el valor del capital valorizado, queda terminado con la operación *M'–D'*.

Partimos, pues, del supuesto de que la reproducción simple, es decir, del supuesto de que *d–m* se desglosa completamente de *D–M*. Y, como ambas circulaciones, lo mismo *m–d–m* que *M–D–M*, pertenecen, en cuanto a su forma general, a la circulación de mercancías (y no presentan, por tanto, ninguna diferencia de valor entre los extremos), resulta fácil concebir el proceso capitalista de producción, al modo como lo hace la economía vulgar, como una simple producción de mercancías, de valores de uso destinados a una clase cualquiera de consumo y que el capitalista sólo produce para reponerlos por

mercancías de otro valor de uso o para cambiarlos por ellas, que es lo que la economía vulgar falsamente sostiene.

M' aparece desde el primer momento como capital–mercancías, y la finalidad de todo el proceso, el enriquecimiento (la valorización), lejos de excluir un consumo del capitalismo que va creciendo a medida que crece la magnitud de la plusvalía (y, por tanto, también la del capital), lleva implícita esta posibilidad.

En efecto, en la circulación de la renta del capitalista la mercancía producida *m* (o la fracción ideal correspondiente del producto en mercancías *M'*) sólo sirve para convertirla primeramente en dinero y luego, por medio de éste, en otra serie de mercancías destinadas al consumo privado. Pero, no debe perderse de vista aquí el pequeño detalle de que *m* es el valor en mercancías que al capitalista no le ha costado nada obtener, materialización de la plusvalía, por cuya razón aparece en escena primitivamente como parte integrante del capital–mercancias *M'*. Por tanto, este mismo *m* se halla, ya por su propia existencia, vinculado al ciclo del valor capital en marcha, y si éste se paraliza o sufre una perturbación cualquiera, no sólo se restringe o cesa en absoluto el consumo de *m*, sino que al mismo tiempo, se paraliza o se altera la venta de la serie de mercancías que han de reponer a *m*. Y lo mismo ocurre si la operación *M'–D'* fracasa o sólo logra venderse una parte de *M'*.

Como hemos visto, *m–d–m*, como circulación de la renta del capitalista, sólo entra en la circulación del capital mientras *m* es una parte del valor de *M´*, del capital en su forma funcional de capital en mercancías; tan pronto como adquiere existencia independiente por medio de la operación *d–m*, es decir, al realizarse toda la fórmula *m–d–m*, no se incorpora al movimiento del capital desembolsado con él en la medida en que la existencia del capital presupone la existencia del capitalista, y ésta está condicionada por su consumo de plusvalía.

Dentro de la circulación general, *M'* por ejemplo el hilo, funciona solamente como mercancía; pero, como factor de la circulación del capital, funciona como *capital–mercancías*, forma ésta que el valor del capital asume y abandona alternativamente. Después de ser vendido al comerciante, el hilo se aleja del proceso cíclico de aquel capital cuyo producto es, pero, a pesar de ello, sigue girando como mercancía dentro de la órbita de la circulación general. La circulación de la misma masa de mercancías continúa, a pesar de haber dejado ya de constituir un factor dentro del ciclo independiente del capital del hilandero. La verdadera metamorfosis definitiva de la masa de mercancías lanzada por el capitalista a la circulación, *M–D*, su desgajamiento final para entrar en la órbita del consumo, puede, por tanto, aparecer completamente desligada en el tiempo y en el espacio de la metamorfosis en la que esta masa de mercancías funciona como su capital–mercancías. La misma metamorfosis ya operada en la circulación del capital es la que tiene que operarse todavía en la órbita de la circulación general.

El hecho de que el hilo entre de nuevo en el ciclo de otro capital industrial no hace cambiar para nada los términos del problema. La circulación general abarca tanto la red de los ciclos de las distintas fracciones independientes del capital social, es decir, el conjunto de los capitales aislados, como la circulación de los valores que no han sido lanzados al mercado como capital y de aquellos que se destinan al consumo individual.

La relación existente entre el ciclo del capital considerado como parte de la circulación general y en cuanto constituye un eslabón de un ciclo independiente se revela asimismo si nos fijamos en la circulación de *D'* = *D* + *d*. *D*, como capital en dinero, continúa el ciclo del capital. *d*, como gasto de rentas (*d–m*) entra en la circulación general, pero se sale del ciclo del capital. Sólo se incorpora a éste la parte que funciona como capital adicional en dinero. En *m–d–m*, el dinero funciona solamente como moneda; la finalidad de esta circulación es el consumo individual del capitalista. Y es característico del cretinismo de la economía vulgar el que considere esta circulación, que no entra en el ciclo del capital –la circulación de la parte del producto del valor consumida como renta–, como el ciclo característico del capital.

En la segunda fase, *D–M*, volvemos a encontrarnos con el valor del capital *D* = *P* (igual al valor del capital productivo, que abre aquí el ciclo del capital industrial) desnudo de plusvalía, es decir, con la misma magnitud de valor que en la primera fase del ciclo del capital en dinero *D–M*. A pesar de haber cambiado de sitio, la función del capital en dinero, en que ahora se ha transformado el capital en mercancías, sigue siendo la misma, a saber: convertirse en *Mp* y *T*, en medios de producción y fuerza de trabajo.

El valor capital en su función de capital–mercancías M´–*D'* ha recorrido, pues, al mismo tiempo que *m–d*, la fase *M–D*, pasando ahora a la fase complementaria

T

<

D – M

Mp

.

La fórmula de su circulación en conjunto es, por tanto ésta: M – D –

T

<

M

Mp

Primero. El capital en dinero *D* se presentaba en la forma I (ciclo *D*... *D'*) como la forma primitiva en la que se desembolsaba el capital; aquí, se presenta desde el primer momento como parte de la suma de dinero en que se ha transformado el capital en mercancías en la primera fase de circulación *M'–D'*; es decir, como la transformación de *P*, del capital productivo, en forma de dinero, conseguida mediante la venta del producto en mercancías. Aquí, el capital existe desde el primer momento como forma no originaria ni final del valor del capital, ya que la fase *D–M*, que viene a cerrar la fase *M–D*, sólo puede efectuarse abandonando una vez más la forma–dinero. Por tanto, la parte de *D–M* que es, al mismo tiempo, *D–T* no se presenta tampoco como un simple desembolso de dinero mediante la compra de fuerza de trabajo, sino como un desembolso en que se le adelantan a la fuerza de trabajo, en forma de dinero, las mismas 1,000 libras de hilo con un valor de 50 libras esterlinas, que constituyen una parte del valor en mercancías creado por la fuerza de trabajo. El dinero que aquí se le adelanta al obrero no es más que la forma equivalente transformada de una parte del valor en mercancías producido por él. Y ya por este solo hecho, el acto *D–M*, considerado como *D–T* no es, ni mucho menos, la reposición de una mercancía en forma útil, sino que implica otros elementos independientes de la circulación general de mercancías como tal.

D' aparece como la forma transformada de *M*', que a su vez es producto de las funciones anteriores de *P*, del proceso de producción; es decir, que la suma total de dinero *D*' no es más que la expresión en dinero del trabajo pretérito. En nuestro ejemplo, 10,000 libras de hilo = 500 libras esterlinas, producto del proceso de la hilatura; de ellas, 7,440 libras de hilo = al capital constante desembolsado *c* = 372 libras esterlinas; 1,000 libras de hilo = al capital variable desembolsado *v* = 50 libras esterlinas y 1,560 libras de hilo = a la plusvalía *p* = 78 libras esterlinas. Si de *D*' sólo se desembolsa nuevamente el capital primitivo = 422 libras esterlinas, suponiendo que las demás condiciones permanezcan invariables, el obrero sólo percibirá, en la operación *D–T*, una parte de las 10,000 libras de hilo producidas durante esta semana (el valor en dinero de 1,000 libras de hilo) como adelanto para la semana siguiente. Como resultado de *M–D*, el dinero es siempre expresión de un trabajo pretérito. En la medida en que el acto complementario *D–M* se efectúa inmediatamente en el mercado de mercancías y, por tanto, *D* se cambia por mercancías existentes y que figuran en el mercado, esa acto es, nuevamente, el trueque de trabajo pretérito de una forma (dinero) en otra (mercancías). Pero el acto *D–M* es distinto en el tiempo del acto *M–D*. Puede ocurrir, por excepción, que sea simultáneo, como ocurre, por ejemplo, cuando el capitalista que realiza el acto *D–M* y el capitalista para quien este acto es *M–D* cambian simultáneamente sus mercancías y *D* sólo interviene para saldar la diferencia. La diferencia en el tiempo entre la ejecución de *M–D* y la de *D–M* puede ser más o menos considerable. Y aunque, como resultado del acto *M–D*, *D* representa trabajo pretérito, en lo que se refiere al acto *D–M* puede representar la forma transformada de

mercancías que no figuran todavía en el mercado, sino que figurarán en el porvenir, toda vez que *D–M* no necesita operarse hasta que *M* no se ha producido de nuevo. Del mismo modo, *D* puede representar mercancías que hayan de producirse al mismo tiempo que la *M* cuya expresión en dinero es aquél. Así, por ejemplo, en el cambio *D–M* (compra de medios de producción), puede ocurrir que el carbón se compre antes de salir de la mina. Siempre que figure como acumulación de dinero y no se gaste como renta, *d* puede representar, por ejemplo, algodón que no se produzca hasta el año próximo. Lo mismo ocurre con la inversión de la renta del capitalista, *d–m*. Y lo mismo con el salario $T = 50$ libras esterlinas; este dinero no es solamente la forma dinero del trabajo pretérito de los obreros, sino que es, al mismo tiempo, un pago a cuenta del trabajo presente o futuro, del trabajo que se está realizando o que habrá de realizarse. El obrero puede comprar con este dinero una chaqueta que no se confeccione hasta la semana siguiente. Así ocurre, principalmente, con la gran mayoría de los medios de vida necesarios que tienen que consumirse casi inmediatamente, en el momento mismo de su producción, a trueque de perderse. De este modo, el obrero percibe, al recibir el dinero con que se le paga su salario, la forma transformada de su propio trabajo futuro o del de otros obreros. Con una parte de su trabajo pretérito, el capitalista le hace un pago a cuenta de su propio trabajo futuro. Es su propio trabajo presente o futuro el que forma el fondo todavía no existente con que se le paga su trabajo pretérito. Aquí, desaparece por entero la idea de la formación de un fondo.

Segundo. En la circulación

$$\begin{array}{ccc} & & T \\ & < & \\ M - D - M & & \\ & & Mp \end{array}$$

el mismo dinero cambia dos veces de lugar; el capitalista lo recibe primero como vendedor y se desprende de él como comprador; la transformación de la mercancía en forma dinero sólo sirve para convertirla nuevamente de la forma–dinero en la forma mercancía; por tanto, la forma dinero del capital, su existencia como capital–dinero, es, en este proceso, un factor llamado a desaparecer; o, dicho de otro modo, el capital–dinero, mientras el proceso está en marcha, sólo actúa como medio de circulación cuando sirve de medio de compra; cuando aparece como medio de pago es, exclusivamente, cuando los capitalistas realizan compras mutuas entre sí; es decir, cuando se trata, simplemente, de saldar la diferencia.

Tercero. La función del capital dinero, ya sirva como simple medio de circulación o como medio de pago, es la de actuar exclusivamente de mediador para sustituir *M* por *T* y *Mp*, es decir, para sustituir el hilo, el producto en mercancías fruto del capital productivo (después de deducir la plusvalía que puede gastarse como renta) por sus elementos de producción; o sea, la de hacer revertir el valor del capital de su forma mercancía a los elementos constitutivos de ésta; por consiguiente, en último término se limita a servir de mediador para la reversión del capital–mercancías a capital productivo.

Para que el ciclo se efectúe normalmente, es necesario que *M'* se venda por su valor y en su totalidad. Además, la fórmula *M–D–M* no implica solamente la reposición de una mercancía por otra, sino además su reposición dentro de condiciones iguales de valor. Aquí, partimos del supuesto de que ocurre así. Pero, en la realidad, los valores de los medios de producción varían; la producción capitalista lleva precisamente consigo un cambio constante de las condiciones de valor, aunque sólo sea por el cambio constante en cuanto a la productividad del trabajo que caracteriza a este régimen de producción. Aquí, nos limitaremos a señalar este cambio de valor de los factores de producción, que habrá de ser estudiado más adelante. La transformación de los elementos de producción en productos–mercancías, de *P* en *M*', se opera en la órbita de la producción, la reversión de *M*' a *P* en la órbita de la circulación. Le sirve de medio la metamorfosis simple de la mercancía. Pero su contenido es un factor del proceso de reproducción considerado en su conjunto. La fórmula *M–D–M*, como forma de circulación del capital, implica un cambio de materias funcionalmente determinado. El cambio *M–D–M* supone, además, que *M* = a los elementos de producción de la cantidad de mercancías *M*' y que éstos mantengan su primitiva relación de valor; se parte, pues, del supuesto no sólo de que las mercancías se venden por su valor, sino además, de que no experimentan cambio alguno de valor durante el ciclo; en otro caso, el proceso no puede desarrollarse normalmente.

En la fórmula *D*... *D´*, *D* es la forma primitiva del valor del capital, forma que éste abandona para volver a asumirla. En la fórmula *P*... *M*'–*D*'–*M*... *P*, *D* no es más que la forma adquirida en el proceso y que vuelve a abandonarse en el transcurso de éste. Aquí, la forma dinero sólo aparece como forma independiente de valor del capital llamada a desaparecer; el capital en forma de *M*' tiene miedo a asumirla como la forma de *D*' a abandonarla, tan pronto como se ha albergado en ella, para revestir nuevamente la forma del capital productivo. Mientras permanece bajo la forma dinero no funciona como capital, y por tanto no se valoriza; el capital permanece inmóvil. *D* actúa aquí como medio de circulación, pero como medio de circulación del capital. La sombra de independencia que la forma dinero del valor capital presenta en la primera forma de su ciclo (en la forma del capital–dinero) desaparece en esta segunda forma, la cual constituye con ello la crítica de la forma I y la reduce a una mera forma. Si la segunda metamorfosis *D–M* tropieza con obstáculos (si, por ejemplo, escasean en el mercado los medios de producción), se interrumpe el ciclo, el curso del proceso de reproducción, exactamente lo mismo que si el capital se inmovilizase bajo la forma de capital–mercancías. Pero con esta diferencia: bajo la forma dinero puede sostenerse durante más tiempo que bajo la forma perecedera de capital–mercancías. En primer lugar, ha funcionado bajo forma de dinero, de capital dinero; pero deja de ser mercancía y valor de uso en general si se la retiene demasiado tiempo en su función de capital–mercancías. Y en segundo lugar, bajo la forma de dinero puede asumir,

en vez de su primitiva forma de capital productivo, otra distinta, mientras que como *M'* no se mueve del sitio

La fórmula *M'–D'–M* sólo implica para *M*, en cuanto a su forma, actos de circulación que son factores de su reproducción, pero la reproducción real de *M*, en la que se convierte *M'*, es necesaria para que la operación *M'–D'–M* se efectúe; sin embargo, ésta se halla condicionada por procesos de reproducción al margen del proceso de reproducción del capital individual representado por *M*.

En la forma I

$$D - M \begin{cases} T \\ Mp \end{cases}$$

no hace más que preparar la primera transformación del capital–dinero en capital productivo; en la forma II, la reversión a capital productivo del capital–mercancías; por tanto, siempre que la *base de inversión* del capital industrial siga siendo la misma, la reversión del capital en mercancías a los mismos elementos de producción que lo engendraron. Aquí aparece, por tanto, al igual que en la forma I, como fase preparatoria del proceso de producción, sólo que como retorno a éste, como renovación de él, y, por consiguiente, como precursor del proceso de reproducción y también, por tanto, de la repetición del proceso de valorización.

Debemos observar una vez más que *D–T* no representa un simple cambio de mercancías, sino la compra de una mercancía, *T*, destinada a la producción de plusvalía, del mismo modo que *D–Mp* no es más que el procedimiento materialmente indispensable para la consecución de ese fin,

Al efectuarse la operación

T

<

D – M

Mp

D vuelve a convertirse en capital productivo, en *P*, y el ciclo comienza de nuevo.

La forma explícita de *P*... *M'–D'–M*... *P* es, por tanto, ésta:

INSERTAR GRAFICO CONVERSION DE CAPITAL

La conversión del capital–dinero en capital productivo es compra de mercancías para la producción de mercancías. El consumo sólo entra dentro de la órbita del propio capital mientras se trata de este consumo productivo; su condición es que, por medio de las mercancías consumidas de este modo, se cree plusvalía. Y esto es algo muy distinto de la producción, e incluso de la producción de mercancías, cuya finalidad es asegurar la existencia de los productos; un cambio de una mercancía por otra, condicionado así por la producción de plusvalía, es algo completamente distinto de lo que es de por si el cambio de productos –el que no interviene más mediador que el dinero–. Pero así es como enfocan la cosa los economistas, para probar que no cabe superproducción.

Además del consumo productivo de *D*, que se convierte en *T* y *Mp*, el ciclo encierra el primer eslabón de *D–T*, que es para el obrero *T–D = M–D*. De la circulación del obrero *T–D–M*, que incluye su consumo, sólo el primer eslabón, como resultado de *D–T*, entra en el ciclo del capital. El segundo acto, a saber: *D–M*, no entra en la circulación del capital individual, a pesar de brotar de ella. Pero la clase capitalista necesita de la existencia constante de la clase obrera y también, por consiguiente, del consumo del obrero, a que sirve de medio la operación *D–M*.

El acto *M'–D'* sólo presupone, tanto para la continuación del ciclo del valor capital como para el consumo de la plusvalía por el capitalista, que *M'* se convierta en dinero, se venda. Si se compra, sólo es, naturalmente, porque el artículo es un valor de uso, apto por tanto para un consumo de cualquier clase, sea productivo o individual. Pero si *M'* sigue circulando, por ejemplo, en manos del comerciante que ha comprado el hilo, esto, por el momento, no afecta para nada a la continuación del ciclo del capital individual que ha producido el hilo y se lo ha vendido al comerciante. El proceso sigue su curso en su

totalidad, y con él el consumo individual de capitalista y obrero por él condicionado. Este punto es importante para el estudio de las crisis.

En efecto, tan pronto como *M'* se vende, se convierte en dinero, puede revertir a los factores reales del proceso de trabajo, y, por tanto, del proceso de reproducción. Por consiguiente, el hecho de que *M'* sea comprada por el consumidor definitivo o por el comerciante que pretende venderla de nuevo, no hace cambiar para nada, directamente, el asunto. El volumen de las masas de mercancías creadas por la producción capitalista lo determina la escala de la producción y la necesidad de que ésta se extienda constantemente, y no un círculo predestinado de oferta y demanda, de necesidades que se trata de satisfacer. La producción en masa sólo puede tener como comprador directo, aparte de otros capitalistas industriales, al comerciante al por mayor. Dentro de ciertos límites, el proceso de reproducción puede desarrollarse sobre la misma escala o sobre una escala ampliada, aunque las mercancías creadas por él no entren realmente en la órbita del consumo individual ni en la del consumo productivo. El consumo de las mercancías no va implícito en el ciclo del capital del que brotan. Así por ejemplo, tan pronto como se vende el hilo, el ciclo del valor del capital que el hilo representa puede iniciarse de nuevo, cualquiera que sea la suerte que corra, por el momento, el hilo vendido. Mientras el producto se venda, desde el punto de vista del productor capitalista todo se desarrolla normalmente. El ciclo del valor del capital, representado por él, no se interrumpe. Y si este proceso se amplía –lo que supone que se amplíe también el consumo productivo de los medios de producción–, esta reproducción del capital puede ir acompañada por un consumo (y, consiguientemente, por una demanda) individual ampliado por parte de los obreros, puesto que el consumo productivo le sirve de introducción y de medio. De este modo, la producción de plusvalía, y con ella el consumo individual del capitalista, pueden crecer y hallarse en el estado más floreciente todo el proceso de reproducción, y, sin embargo, existir una gran parte de mercancías que sólo aparentemente entran en la órbita del consumo y que en realidad quedan invendidas en manos de los intermediarios, es decir, que, de hecho, se hallan todavía en el mercado. Una oleada de mercancías sigue a la otra, hasta que por último se comprueba que la oleada anterior no ha sido absorbida por el consumo más que en apariencia. Los capitales en mercancías se disputan unos a otros el lugar que ocupan en el mercado. Los rezagados, para vender, venden por debajo del precio. Aún no se han liquidado las oleadas anteriores de mercancías, cuando vencen los plazos para pagarlas los que las tienen en su poder se ven obligados a declararse insolventes o a venderlas a cualquier precio para poder pagar. Estas ventas no tienen absolutamente nada que ver con el verdadero estado de la demanda. Tienen que ver únicamente con la *demanda de pago*, con la necesidad absoluta de convertir las mercancías en dinero. Es entonces cuando estalla la crisis. Esta se manifiesta, no en el descenso inmediato de la demanda de tipo consuntivo, de la demanda para el consumo individual, sino en el descenso del intercambio de unos capitales por otros, del proceso de reproducción del capital.

Si las mercancías *Mp* y *T*, en que se invierte *D*, para poder cumplir su función como capital–dinero, como valor capital destinado a transformarse nuevamente en capital productivo; si estas mercancías, tienen que comprarse o pagarse en distintos plazos, y, por tanto, la fórmula *D–M* representa una serie de compras y pagos sucesivos, una parte de *D* efectuará el acto *D–M* mientras otra parte perdura en su estado de dinero para poder

efectuar otros actos simultáneos o sucesivos *D–M* en el momento indicado por las condiciones del propio proceso. Esta parte de *D* es sustraída temporalmente a la circulación para poder entrar en acción, cumplir su función, en un momento determinado. Este almacenamiento del dinero; es, en tales casos, una función determinada por su circulación y al servicio de ella. Su existencia como fondo de compra y de pagos, la suspensión de su movimiento, el estado de su circulación interrumpida, es, en estos casos, un estado en que el dinero ejerce una de sus funciones como capital–dinero. Como capital–dinero, pues en estos casos hasta el dinero que permanece temporalmente inmóvil forma parte del capital–dinero *D* (de *D'–d = D*), de la parte de valor del capital en mercancías, el cual = a *P*, al valor del capital productivo, que constituye el punto de partida del ciclo. Por otra parte, todo el dinero sustraído a la circulación reviste forma de tesoro. La forma tesoro se convierte, pues, aquí en función del capital–dinero, exactamente lo mismo que en la fórmula *D–M* se convierte en función del capital–dinero la función del dinero como medio de compra y de pago, sencillamente porque el valor capital existe allí en forma de dinero, porque el estado de dinero es allí el estado del capital industrial en una de sus fases, estado impuesto por la concatenación del ciclo. Pero aquí vuelve a corroborarse, al mismo tiempo, que el capital–dinero no desempeña dentro del ciclo del capital industrial más funciones que las funciones del dinero y que estas funciones sólo adquieren, al propio tiempo, la significación de funciones de capital mediante su concatenación con otras fases de este ciclo.

El papel de *D*' como relación entre *d* y *D*, como relación del capital, no es, directamente, función del capital–dinero, sino del capital–mercancías *M*', que, a su vez, como relación entre *m* y *M* sólo expresa el resultado del proceso de producción, del proceso de propia valorización del valor del capital operado dentro de aquél.

Si la marcha del proceso de circulación tropieza con obstáculos y *D*, por circunstancias exteriores, la situación del mercado, etc., se ve obligado a suspender su función *D–M* y a permanecer por más o menos tiempo en su estado de dinero, nos hallamos de nuevo ante un estado de atesoramiento del dinero, que se da también en la circulación simple de mercancías, cuando el tránsito de *M–D* a *D–M* se ve interrumpido por circunstancias exteriores. Es un atesoramiento involuntario. En nuestro caso, el dinero adquiere así la forma de un capital–dinero inmóvil, latente. Pero, por el momento, no entraremos en los detalles de este fenómeno.

Sin embargo, la permanencia del capital–dinero en su estado de dinero aparece en ambos casos como el resultado de un movimiento interrumpido, ya sea con arreglo a su fin o en contra de él, voluntaria o involuntariamente, conforme a su función o en contra de ella.

II. *Acumulación y reproducción en escala ampliada*

Como las proporciones en que se puede ampliar el proceso de producción no son arbitrarias, sino que se hallan sujetas a razones técnicas, puede ocurrir y ocurre con frecuencia que la plusvalía realizada, aunque se destine a la capitalización, aumente (acumulándose, por tanto, en las proporciones necesarias), a fuerza de repetirse los distintos

ciclos, hasta adquirir el volumen con que puede ya realmente funcionar como capital adicional o entrar en el ciclo del valor–capital en funciones. La plusvalía se convierte así en tesoro y constituye, bajo esta forma, un capital–dinero latente. Latente, porque mientras conserve la forma de dinero no puede actuar como capital.[1] Por donde el atesoramiento aparece aquí como un factor que va implícito en el proceso capitalista de acumulación, como un factor inherente a él, pero al mismo tiempo substancialmente distinto de él. En efecto, la formación de un capital–dinero latente no amplía el propio proceso de reproducción. Por el contrario, si aquí se forma un capital–dinero latente, es porque el productor capitalista no puede ampliar directamente la escala de su producción. Si vende su producto excedente a un productor de oro o de plata que lanza a la circulación nuevas cantidades de estos metales o, lo que es lo mismo, a un comerciante que, a cambio de una parte del producto excedente nacional, importa del extranjero cantidades adicionales de oro o plata, su capital en dinero latente pasará a formar un incremento del tesoro de oro o de plata nacional. En todos los demás casos, las 78 libras esterlinas, por ejemplo, que eran, en manos del comprador, medios de circulación, adoptan en manos del capitalista la forma de tesoro: todo se reduce, por tanto a que cambie la distribución del tesoro nacional de oro o de plata.

Si el dinero funciona en las transacciones de nuestro capitalista como medio de pago (porque el comprador haya de pagar la mercancía solamente en un plazo más o menos largo), el producto excedente destinado a ser capitalizado no se convertirá en dinero, sino en créditos, en títulos de propiedad sobre un equivalente, que tal vez se halla ya en posesión del comprador o que acaso éste tiene simplemente en perspectiva. No entrará en el proceso de reproducción del ciclo, como no entra el dinero invertido en valores que rinden un interés, etc., aunque pueda entrar en el ciclo de otros capitales industriales.

Todo el carácter de la producción capitalista está determinada por la valorización del valor del capital desembolsado, es decir, en primer lugar, por la producción de la mayor cantidad posible de plusvalía; y en segundo lugar (véase libro I, cap. XXII, pp. 525–556 *ss*), por la producción de capital y consiguientemente por la transformación de la plusvalía en capital. Pero, a su vez, la acumulación o producción en escala ampliada, que, como medio para una producción cada vez más extensa de plusvalía y, por tanto, para el eriquecimiento del capitalista, aparece como la finalidad personal de éste y va implícitamente en la tendencia general de la producción capitalista, se convierte, al desarrollarse –como hemos demostrado en el libro I–, en una necesidad para todo capitalista individual. El acrecentamiento constante de su capital pasa a ser condición para que este capital siga existiendo. Pero aquí no tenemos para qué volver más en detalle sobre lo ya expuesto.

Hemos estudiado primeramente la reproducción simple, partiendo del supuesto de que toda la plusvalía se gastaba como renta. En la realidad, bajo circunstancias normales, nunca se puede gastar como renta más que una parte de la plusvalía, destinando el resto a la capitalización, lo cual no es óbice para que la plusvalía producida dentro de determinados períodos se gaste íntegramente o se capitalice en su totalidad. Sacando la media del movimiento –que es lo único que puede hacer la fórmula general–, vemos que ocurren

ambas cosas. Sin embargo, para no complicar la fórmula es preferible suponer que se acumula toda la plusvalía. La fórmula

$$P \ldots M'–D–M \quad \begin{matrix} T \\ < \\ Mp \end{matrix}$$

expresa un capital productivo que se reproduce en mayor escala y con mayor valor y que inicia su segundo ciclo o, lo que es lo mismo, renueva el primero, como un capital productivo acrecentado. Tan pronto como comienza este segundo ciclo, volvemos a encontrarnos con *P* como punto de partida; sólo que este *P* es un capital productivo mayor que el primero. Así, si en la fórmula *D*... *D*' el segundo ciclo comienza por *D´*, *D*' funcionará como *D*, como capital–dinero desembolsado de una determinada magnitud; será un capital–dinero mayor que aquel con que comenzó el primer ciclo, pero toda referencia a su acrecentamiento por medio de la capitalización de plusvalía se borra tan pronto como aparece en función de capital–dinero desembolsado. Su origen queda cancelado y desaparece bajo la forma de un capital dinero que comienza su ciclo. Y lo mismo *P´*, a partir del momento en que funciona como punto de partida de un nuevo ciclo.

Si comparamos *P*... *P´* con *D*... *D*' o con el primer ciclo, vemos que no tienen, uno y otro, en modo alguno, la misma significación. De por sí, como ciclo aislado, *D*... *D*' expresa simplemente que *D*, el capital–dinero (o el capital industrial en su ciclo de capital–dinero) es dinero que pare dinero, valor que pare valor, fuente de plusvalía. En cambio, en el ciclo de *P* el proceso de valorización queda ya consumado al terminarse la primera fase, la del proceso de producción, y después de recorrer la segunda fase (la primera fase de la circulación) *M*'–*D*', el valor del capital + la plusvalía existen ya como un capital en dinero realizado, como *D*' término final del primer ciclo. El hecho de haberse producido plusvalía se expresa, en la fórmula primeramente estudiada de *P*... *P* (véase forma explícita, t. II, p. 71), por *m*–*d*–*m*, que en su segunda fase cae ya fuera de la circulación del capital y representa la circulación de la plusvalía como renta. Bajo esta forma, en que todo el movimiento aparece representado por *P*... *P*, sin que por tanto exista diferencia alguna de valor entre los dos puntos extremos, la valorización del valor adelantado, la creación de plusvalía, se expresa exactamente lo mismo que en *D*... *D*'; con la diferencia de que el acto *M*'–*D*', que aparece como la última fase de *D*... *D*' y como la segunda fase del ciclo, es, en *P*... *P*, la primera fase de la circulación.

En *P*... *P*', *P*' no expresa que se ha producido plusvalía, sino que la plusvalía producida ha sido capitalizada; expresa, por tanto, que se ha acumulado capital y que, por consiguiente, *P*', a diferencia de *P*, está formado por el valor del capital primitivo más el valor del capital acumulado con sus operaciones.

D', como simple punto final de *D*... *D*', lo mismo que *M*', tal como aparece dentro de todos estos ciclos, no expresa de por sí el movimiento, sino su resultado: la valorización del valor del capital realizada en forma de mercancía o en forma de dinero, y, por tanto, el valor del capital como *D* + *d* o como *M* + *m*, como la relación entre el valor del capital y su plusvalía, considerado éste como su vástago. Expresan este resultado como distintas formas de circulación del valor del capital valorizado. Pero ni en la forma *M*' ni en la forma *D*' la valorización operada es, de por sí, función ni del capital–dinero ni del capital–mercancías. Como formas o modalidades especiales y distintas, que corresponden a funciones especiales del capital industrial, el capital dinero sólo puede ejercer funciones de dinero y el capital–mercancias funciones de mercancía, y la diferencia que entre ellos existe es, simplemente, la que existe entre la mercancía y el dinero. Por las mismas razones, el capital industrial, en su forma de capital productivo, sólo puede estar formado por los mismos elementos que cualquier otro proceso de trabajo productivo: por un lado, las condiciones materiales de trabajo (los medios de producción); por otro, la fuerza de trabajo empleada productivamente, con arreglo a un fin. Y, así como en la órbita de la producción el capital industrial sólo puede existir con la composición que corresponde al proceso de producción en general, y, por tanto, también al proceso no capitalista de producción, en la órbita de la circulación sólo puede existir bajo las dos formas correspondientes de mercancía y dinero. Pero, como la suma de los elementos de producción se manifiesta desde el primer momento como capital productivo por el hecho de que la fuerza de trabajo es fuerza de trabajo ajena comprada por el capitalista a su propio poseedor, del mismos modo que compra los medios de producción a otros poseedores de mercancías; como, por tanto, el proceso de producción se manifiesta también de por sí como función productiva del capital industrial, el dinero y la mercancía aparecen también como formas de circulación del mismo capital industrial y sus funciones como funciones de circulación de éste, que sirven de introducción a las funciones del capital productivo o brotan de él. Su concatenación como formas funcionales que el capital industrial tiene que recorrer en las distintas fases de su proceso cíclico es lo que hace que la función del dinero y la función de la mercancía sean aquí, al mismo tiempo, funciones del capital–dinero y del capital–mercancías. Es falso, por tanto, querer atribuir a su carácter de capital las cualidades y funciones específicas que caracterizan al dinero como dinero y a la mercancía como mercancía; como también es falso, a la inversa, pretender atribuir las cualidades del capital productivo a su modalidad de existencia bajo la forma de medios de producción.

Tan pronto como *D´* o *M*' se plasman como *D* + *d*, *M* + *m*, es decir, como la relación entre el valor del capital y la plusvalía considerada como su vástago, esta relación se expresa en ambos, una vez en forma de dinero y otra vez en forma de mercancía, sin que por ello la cosa cambie en lo más mínimo. Por tanto, esta relación no brota de cualidades y funciones que correspondan al dinero como tal ni a la mercancía como tal. La cualidad que caracteriza al capital es, en ambos casos, expresada solamente como resultado, la de ser valor que pare valor. *M*' es siempre el producto de la función de *P*, y *D*' simplemente la

forma de *M*' transformada en el ciclo del capital industrial. Por tanto, tan pronto como el capital en dinero realizado reanuda su función específica como capital–dinero, deja de expresar la relación de capital contenida en *D* = *D*' + *d*. Si la fórmula *D*... *D*' está ya recorrida y *D*' inicia de nuevo el ciclo éste no figura ya como *D*', sino como *D*, aun cuando se capitalice toda la plusvalía contenida en aquél. El segundo ciclo comienza, en nuestro ejemplo, con un capital en dinero de 500 libras esterlinas, en vez de comenzar con 422 como en el primero. El capital en dinero con que se abre el ciclo excede en 78 libras esterlinas al del ciclo anterior. Esta diferencia existe cuando se compara un ciclo con otro, pero no existe dentro de cada ciclo por separado. Las 500 libras esterlinas adelantadas como capital–dinero, de las cuales 78 existían antes como plusvalía, desempeñan exactamente el mismo papel que las 500 libras esterlinas con las que otro capitalista abre su primer ciclo. Y lo mismo ocurre con el ciclo del capital productivo. El *P*' acrecentado aparece, al reanudarse el ciclo, como *P*, exactamente lo mismo que *P* en la reproducción simple *P*... *P*.

En la fase

T

<

D'–*M*'

Mp

la magnitud acrecentada sólo el indicada por *M*', pero no por *T'* ni por *Mp'*. Pero, como *M* es la suma de *T* más *Mp*, *M*' indica ya que la suma de *T* más *Mp* contenida en ella es mayor que el primitivo *P*. Además, la fórmula *T'* y *Mp'* sería falsa, pues, como sabemos, el crecimiento del capital lleva aparejado un cambio de su composición de valor, en el transcurso del cual el valor de *Mp* aumenta, mientras que el de *T* disminuye siempre en términos relativos y con frecuencia, además, en términos absolutos.

III. *Acumulación de dinero*

El que *d*, la plusvalía convertida en dinero, se incorpore de nuevo, inmediatamente, al valor del capital en proceso para que de este modo pueda entrar en el proceso cíclico con la magnitud *D*` en unión del capital *D*, depende de circunstancias independientes de la mera existencia de *d*. Si se trata de emplear a *d* como capital–dinero en un segundo negocio independiente del otro, es evidente que para ello deberá ascender a la cuantía mínima que ese negocio requiere. Si de lo que se trata es de ampliar el negocio primitivo, hay que tener

en cuenta, asimismo, que las condiciones de los factores materiales de *P* y su proporción de valor deberán reunir también una determinada cuantía mínima con respecto a *d*. Todos los medios de producción que operan en este negocio guardan entre sí no sólo una determinada relación cualitativa, sino también una determinada relación cuantitativa, un volumen proporcional. Estas proporciones materiales y las correspondientes relaciones de valor de los factores que entran en el capital productivo, determinan el volumen mínimo que debe tener *d* para poder invertirse en medios adicionales de producción y en fuerza adicional de trabajo, o en los primeros solamente, como incremento del capital productivo. Así, por ejemplo, el industrial hilandero no puede aumentar el número de sus husos sin adquirir al mismo tiempo el número correspondiente de cardadores y de aparatos de preparación de hilado, aparte del aumento de inversión en algodón y en salarios que esta ampliación del negocio supone. Por eso, para poder llevar a cabo esta ampliación, *es* necesario que la plusvalía ascienda ya a una suma regular (1 libra esterlina por cada huso nuevamente adquirido, es lo que suele calcularse). Mientras *d* no alcance esta cuantía mínima, el ciclo del capital tendrá que repetirse varias veces, hasta que la suma de los *d* sucesivamente creados por él pueda funcionar en unión de *D* es

decir, en

$$\frac{T}{D'-M'} < Mp$$

Simples cambios de detalle introducidos, por ejemplo, en las máquinas de hilar y que las hagan más productivas exigen ya un desembolso mayor de material de hilado, una ampliación de las máquinas preparatorias, etc. *d* se va acumulando, pues entre tanto, y su acumulación no es función suya, sino el resultado de repetidos procesos *P*... *P*. Su propia función es la de perdurar en su estado de dinero hasta que, gracias a los repetidos ciclos de valorización, es decir, desde fuera, se acreciente lo bastante para alcanzar la cuantía mínima indispensable para poder desempeñar su función activa, la cuantía sin la cual no puede entrar realmente como capital–dinero, y en su caso como parte acumulada del capital en dinero *D* en funciones, en la función de éste. Durante el intervalo, se va acumulando y sólo existe bajo la forma de un tesoro en formación, en desarrollo. La acumulación de dinero, el atesoramiento, aparece aquí, por tanto, como un proceso que va aparejado transitoriamente a la verdadera acumulación, a la ampliación de la escala en la que opera el capital

industrial. Transitoriamente, pues mientras el tesoro se mantiene en su estado de tesoro, no funciona como capital, no toma parte en el proceso de acrecentamiento, sigue siendo una suma de dinero que aumenta pura y simplemente porque, sin intervención suya, el dinero existente se va guardando en el mismo cajón.

La forma del tesoro es, simplemente, la forma de dinero que no se halla en circulación, de dinero cuya circulación se ha interrumpido y que, por tanto, se guarda en su forma de dinero. El proceso de atesoramiento es común a toda la producción de mercancías y como fin último sólo desempeña un papel en sus formas precapitalistas rudimentarias. Pero aquí, el tesoro se presenta como forma del capital–dinero y el atesoramiento como un proceso que acompaña transitoriamente a la acumulación del capital puesto que y en cuanto que el dinero figura aquí como *dinero en capital latente;* puesto que el atesoramiento, el estado de tesoro de la plusvalía existente en forma de dinero, representa una fase preparatoria para la transformación de la plusvalía en capital verdaderamente operante, fase funcionalmente determinada y que se desarrolla al margen del ciclo del capital. Es, pues, por este su destino, capital en dinero latente, razón por la cual la cuantía que deba alcanzar para poder entrar en el proceso se hallará determinada por la composición de valor que presente en cada caso el capital productivo. Pero, mientras permanece en estado de tesoro, no funciona aún como capital–dinero, es todavía capital en dinero–inmóvil; no, como antes, un capital–dinero cuya función ha quedado interrumpida, sino un capital–dinero que no es aún apto para su función.

Aquí, nos fijamos en la acumulación de dinero en su forma primitiva y real, como verdadero tesoro de dinero. Pero, puede existir también en forma de saldo acreedor o de créditos a favor del capitalista que ha vendido *M'*. No es éste el lugar indicado para estudiar las demás formas que este capital–dinero latente puede revestir durante el intervalo, incluso como dinero que pare dinero, por ejemplo, bajo la forma de depósito a interés en un banco o de letras de cambio o valores de cualquier clase. La plusvalía realizada en dinero ejerce en estos casos funciones especiales de capital fuera del ciclo del capital industrial del que ha brotado; funciones que, en primer lugar, no tienen nada que ver con aquel ciclo de por si y que, en segundo lugar, son funciones de capital distintas de las funciones del capital industrial y que aún no han sido estudiadas aquí.

IV. *Fondo de reserva*

En la forma que acabamos de examinar, el tesoro en que toma cuerpo la plusvalía es un fondo de acumulación de dinero, la forma dinero que reviste transitoriamente la acumulación de capital, y, en este sentido, condición también de ésta. Pero este fondo de acumulación puede prestar, asimismo, servicios accesorios especiales, es decir, entrar en el proceso cíclico del capital sin que éste revista la forma de *P*... *P'*, es decir, sin que la reproducción capitalista se amplíe.

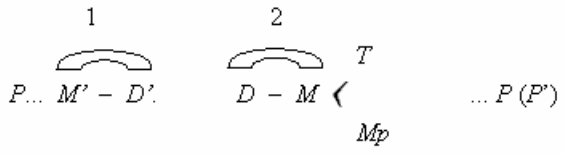
Si el proceso *M'–D'* se prolonga más allá de su duración normal, si, por tanto, el capital–mercancías tarda más tiempo del normal en convertirse en dinero o si, aun habiéndose operado esta transformación, el precio de los medios de producción en que debe

invertirse el capital–dinero rebasa, por ejemplo, el nivel que tenía al comenzar el proceso, el tesoro que funciona como fondo de acumulación podrá destinarse a ocupar el lugar del capital–dinero o de una parte de éste. El fondo de acumulación en dinero sirve así como fondo de reserva para contrarrestar las interrupciones del ciclo.

Como tal fondo de reserva, difiere del fondo de medios de compra y de pago a que nos referimos en el ciclo de *P*... *P*. Estos son una parte del capital–dinero operante (por tanto, modalidades de una parte del valor del capital operante en general), cuya parte sólo entra en funciones en distintos plazos, unos detrás de otros. En la continuidad del proceso de producción, se va formando constantemente un capital de reserva en dinero, para hacer frente a pagos contraídos hoy, por ejemplo, que sólo habrán de hacerse efectivos pasado cierto tiempo y como resultado de la venta de grandes masas de mercancías, para volver a comprar otras con posterioridad; en estos intervalos, existe, por tanto, constantemente, una parte del capital circulante en forma de dinero. En cambio, el fondo de reserva no es parte integrante del capital operante, capital–dinero, sino parte del capital que se halla en una fase preliminar de su acumulación, de la plusvalía que no se ha convertido aún en capital activo. Por lo demás, fácilmente se comprende que el capitalista, cuando se ve apurado, no se para a investigar, ni mucho menos, por las funciones específicas del dinero que tiene en la mano, sino que echa mano de aquello de que dispone, para mantener en marcha el proceso cíclico de su capital. Así, en nuestro ejemplo, *D = 422* libras esterlinas, *D*' = 500 libras esterlinas. La existencia de una parte del capital de 422 libras esterlinas como fondo de medios de pago y de compra, como remanente en dinero, responde al cálculo de que, si las circunstancias permanecen invariables, este remanente entrará íntegramente en el ciclo y, además, bastará para atender a las necesidades de éste. Pero el fondo de reserva es una parte de las 78 libras esterlinas de plusvalía; este fondo sólo puede entrar en el proceso cíclico del capital de 422 libras esterlinas de valor siempre y cuando que este ciclo se efectúe bajo circunstancias que no permanezcan idénticas, pues es una parte del fondo de acumulación y figura aquí sin que la escala de la reproducción se amplíe.

El fondo de acumulación en dinero es ya existencia del capital–dinero latente; es, por tanto, transformación del dinero en capital–dinero.

La fórmula general del ciclo del capital productivo, que condensa la reproducción simple y la reproducción en escala ampliada, es ésta:



Si *P* = *P*, *D* en 2) = *D*'–*d*; si *P* = *P*' *D* en 2) será mayor que *D*'–*d*; es decir, que *d* se ha convertido, total o parcialmente, en capital en dinero.

El ciclo del capital productivo es la forma bajo la cual la economía clásica estudia el proceso cíclico del capital industrial.

Notas al pie del cap 2

1. La expresión “latente” está tomada de la idea física del calor latente, que en la actualidad ha sido eliminada casi totalmente por la teoría de la transformación de la energía. De aquí que Marx, en la sección tercera de la obra (redacción posterior) sustituya este termino por otro tomado de la idea de la energía potencial: por el término de “capital potencial” o, por analogía con la velocidad virtual de D′Alembert, “capital virtual”. (*F. E.*)

CAPITULO III

EL CICLO DEL CAPITAL–MERCANCIAS

La fórmula general del ciclo del capital–mercancías es:

M'– D'– M... P... M'

M' aparece no sólo como producto, sino, además, como premisa de los dos ciclos anteriores, puesto que lo que *D – M* implica para un capital lo implica ya *M' – D'* para el otro, por lo menos en la medida en que una parte de los medios de producción es, a su vez, producto en mercancías de otros capitales individuales que se hallan en su ciclo correspondiente. Así, por ejemplo, en nuestro caso el carbón, las máquinas, etc. representan capital–mercancías del explotador de la mina, del capitalista fabricante de maquinaria, etc. Además, en el capítulo I, *4* veíamos que ya en la primera repetición de *D... D'*, ya antes de que se cerrase este segundo ciclo del capital en dinero, se da por supuesto no sólo el ciclo P... P sino además el ciclo *M'... M'*.

Si la reproducción se opera en escala ampliada, la *M'* final será mayor que la *M'* inicial, por cuya razón la designaremos así: *M''*.

La diferencia entre la tercera forma y las dos primeras se revela en dos cosas.

Primero. En que aquí la circulación total, con sus dos fases opuestas, abre el ciclo, mientras que en la forma I la circulación es interrumpida por el proceso de producción y en la forma II la circulación total, con sus dos fases complementarias entre sí aparece solamente como mediadora del proceso de reproducción, constituyendo por tanto el movimiento intermedio entre *P... P*. En *D... D'*, la forma de circulación es *D – M. . M' – D' = D –M– D'*. En *P... P*, es la inversa: *M'– D'.– D – M = M –D – M*. En *M' – M'* reviste también esta última forma.

Segundo. En la repetición de los ciclos I y II, aun cuando los puntos finales D' y P' constituyen los puntos iniciales del ciclo renovado, desaparece la forma en que nacieron. *D' = D + d, P' = P + p* reanuda el nuevo proceso como *D* y *P*. Pero en la forma III el punto de partida *M* debe designarse como *M'*, aun cuando el ciclo se renueve en la misma escala, por la razón siguiente. En la forma I, tan pronto como *D'* abre en cuanto tal un nuevo ciclo, opera como capital–dinero *D*, como desembolso del valor del capital valorizable en forma de dinero. La cuantía del capital–dinero desembolsado, acrecentada por la acumulación operada en el primer ciclo, ha aumentado. Pero el hecho de que la cuantía del capital–dinero desembolsado sea de 422 libras esterlinas o de 500 no hace cambiar para nada el hecho de que se trata de un simple valor–capital. Aquí, *D'* ya no existe como capital valorizado o preñado de plusvalía, como relación de capital. Es en el transcurso del proceso donde ha de valorizarse. Y lo mismo ocurre con *P... P'; P'* tiene que seguir operando siempre como *P*, como valor–capital destinado a producir plusvalía, y renovar el ciclo. En cambio, el ciclo del capital–mercancías no se abre como un valor–capital puro y simple, sino con un valor–capital incrementado en forma de mercancías, incluyendo desde el primer momento no sólo el ciclo del valor del capital existente en forma de mercancías, sino también el de la plusvalía. Por tanto, si se opera bajo esta forma una reproducción simple, aparecerá al final un *M'* de la misma magnitud que al comienzo.

Si una parte de la plusvalía entra en el ciclo del capital, aunque al final del ciclo aparezca, en vez de *M' M''*, un *M'* mayor, el ciclo siguiente se abrirá nuevamente con *M'*, lo que significa que el que inicia su nuevo ciclo es un *M'* mayor que en el ciclo precedente, con un valor–capital acumulado mayor, y por consiguiente con una plusvalía nueva relativamente más grande. En todo caso, *M'* abre siempre el ciclo como un capital –mercancías = valor del capital + plusvalía.

M' como *M* no aparece dentro del ciclo de un capital industrial aislado como forma de este capital, sino como forma de otro capital industrial, siempre y cuando que los medios de producción sean producto de éste. El acto *D – M* (es decir, *D – Mp)* del primer capital es, en este segundo capital, *M' – D'*.

En el acto de circulación

$$D–M < \begin{matrix} T \\ Mp \end{matrix}$$

T y Mp se comportan idénticamente mientras son mercancías en manos de sus vendedores, en manos del obrero que vende su fuerza de trabajo y del poseedor, de los medios de producción que vende estos medios. Para el comprador, cuyo dinero opera aquí como capital–dinero, esos factores sólo operan como mercancías, mientras no han sido compradas por él, es decir, mientras se enfrentan con su capital existente en forma de dinero, como mercancías pertenecientes a otros. *Mp y* T sólo se distinguen aquí en cuanto que Mp, en manos de su vendedor, = *M'*, es decir, que puede ser capital si *Mp,* forma de mercancías de su vendedor, = M'– o, lo que viene a ser lo mismo, puede ser capital si *Mp* es la forma de mercancías de su capital, mientras que T, para el obrero, no es nunca más que una mercancía y sólo se convierte en capital en manos del comprador, como parte integrante de P.

Por consiguiente, *M'* no puede nunca abrir un ciclo como simple *M*, como simple forma de mercancías del valor del capital. Como capital–mercancías, es siempre una doble cosa. Desde el punto de vista del valor de uso, es el producto de la función de P, en nuestro ejemplo hilo, cuyos elementos T y M*p,* que surgen como mercancías de la circulación, no fueron más que los factores de producción de este producto. En segundo lugar, desde el punto de vista del valor, es el valor del capital *P*, más la plusvalía engendrada en la función de P.

M = P = valor–capital sólo en el propio ciclo de *M'* puede y debe separarse de la parte de M' en que existe plusvalía, del producto excedente en que se alberga la plusvalía, ya sean materialmente separables, como en el hilo, o no lo sean, como en la máquina. Tan pronto como *M'* se convierte en *D'*, puede efectuarse la separación.

Sí el producto total mercancías puede descomponerse en productos parciales homogéneos con existencia independiente, como por ejemplo, nuestras 10,000 libras de hilo; si por tanto, el acto *M'–D'* puede representar una suma de ventas efectuadas sucesivamente, el valor–capítal que reviste forma de mercancías podrá operar como *M*, desligarse de *M'* antes de que se realice la plusvalía, y, por tanto, antes de, que se realice *M'* en su totalidad.

De las 10,000 libras de hilo equivalente a 500 libras esterlinas, el valor de 8,440 libras es = 422 libras esterlinas = valor del capital separado de la plusvalía. Si el capitalista sólo

vende, por el momento 8,440 libras de hilo por 422 libras esterlinas, estas 8,440 libras de hilo equivaldrán a *M*, al valor del capital en forma de mercancías; el producto excedente de 1,560 libras de hilo contenido además en *M'* = *p*lusvalía de 78 libras esterlinas, sólo circularía después; el capitalista podría, por tanto, efectuar la operación

$$M–D–M \begin{matrix} T \\ < \\ Mp \end{matrix}$$

antes de la circulación del producto excedente *m–d–m.*
O bien, suponiendo que vendiese primero 7,440 libras de hilo en 372 libras esterlinas y luego 1,000 libras de hilado en 50 libras esterlinas, con la primera parte de *M* podrían reponerse los medios de producción (el capital constante *c*) y con la segunda parte de *M* el capital variable *v*, la fuerza de trabajo, desarrollándose lo demás como queda expuesto.

Pero sí se realizan esas ventas sucesivas y las condiciones del ciclo lo consienten, el capitalista, en vez de desglosar *M'* en *c* + *v* + *p*, podrá hacer también este desglose en partes alícuotas de *M'*.

Por ejemplo, 7,440 libras de hilo = 372 libras esterlinas, que representan, como partes de *M'* (10,000 libras de hilado = 500 libras esterlinas) el capital constante, se pueden descomponer, a su vez, en 5.535,360 libras de hilado con un valor de 276,678 libras esterlinas, que reembolsan simplemente el capital constante, el valor de los medios de producción invertidos en las 7,440 libras de hilado, 744 libras de hilado con un valor de 37,200 libras esterlinas, para reponer exclusivamente el capital variable, y 1.160,640 libras de hilado con un valor de 58,032 libras esterlinas como producto excedente en que se encierra la plusvalía. Es decir, que de las 7,440 libras vendidas puede reponer el valor del capital encerrado en ellas con la venta de 6.279,360 libras de hilado al precio de 313,968 libras esterlinas, gastando como renta el valor del producto excedente, o sean 1.160,640 libras = 58,032 libras esterlinas.

También podría dividir las 1,000 libras de hilo =50 libras esterlinas = el capital variable, y venderlas así: 744 libras de hilado 37,200 libras esterlinas, capital constante correspondiente a 1,000 libras de hilo; 100 libras de hilado en 5,000 libras esterlinas, capital variable de ídem; o sean 844 libras de hilado en 42,200 libras esterlinas, para reponer el capital constante contenido en 1,000 libras de hilado; y, finalmente, 156 libras de hilado al precio de 7,800 libras esterlinas, que representan el producto excedente encerrado en ellas y, en concepto de tal, pueden gastarse.

Por último, podría, si logra venderlas, descomponer las 1,560 libras de hilado que aún le quedan, con un valor de 78 libras esterlinas, de tal modo que la venta de 1.160,640 libras de hilado al precio de 58,032 libras esterlinas, reponga el valor de los medios de producción contenidos en las 1,560 libras de hilado y 156 libras de hilado con un valor de 7,800 libras esterlinas el capital variable; en total, 1.160,640 libras de hilado = 65,832 libras esterlinas, reposición de todo el capital desembolsado; finalmente, el producto excedente, 243,360 libras de hilado = 12,168 libras esterlinas, es lo que puede gastarse como renta.

Y, al igual que todos y cada uno de los elementos *c*, *v* y *p* contenidos en el hilo, también cada libra de hilado de por sí, con su valor de 1 chelín = 12 peniques, puede descomponerse en los mismos elementos que la integran.

c = 0.744	libras hilado	=	8.928 peniques
v = 0.100	“ “	=	1.200 “
p = 0.156	“ “	=	1.872 “
c x *v* x *p* = 1	libras hilado	=	12 peniques

Sí sumamos los resultados de las tres anteriores ventas parciales obtenemos el mismo resultado que si se vendiesen de una vez las 10,000 libras de hilado.

Tenemos como capital constante:

en 1° venta:	5.535,360	libras hilado	=	276,768	libras esterlinas
“ 2° “	744,000	“ “	=	37,200	“ “
“ 3° “	1.160,640	“ “	=	58,032	“ “
Total	7.440,000	libras hilado	=	372,000	libras esterlinas

En capital variable:

en 1° venta:	744,000	libras hilado	=	37,200	libras esterlinas
“ 2° “	100,000	“ “	=	5,000	“ “
“ 3° “	156,000	“ “	=	7,800	“ “
Total	1.000,000	libras hilado	=	50,000	libras esterlinas

En plusvalía:

en 1° venta:	1.160,740	libras hilado	=	58,032	libras esterlinas
“ 2° “	156,000	“ “	=	7,800	“ “
“ 3° “	243,360	“ “	=	12,168	“ “
Total	1.560,100	libras hilado	=	78,000	libras esterlinas

Resumiendo:

Capital constante:	7,440 libras hilado	=	372	libras esterlinas
“ variable:	1,000 “ “	=	50	“ “
Plusvalía	1,560 “ “	=	78	“ “
Total	1.560,000 “ “	=	78,000	libras esterlinas

M'–D' no es, de por si, más que la venta de 10,000 libras de hilado. Las 10,000 libras de hilado son una mercancía, ni más ni menos que otro hilo cualquiera. Lo que al comprador le interesa es el precio de 1 chelín la libra o 500 libras esterlinas las 10,000 libras. Y sí, al tratar, ahonda en los elementos integrantes del valor, es con la pérfida intención de

demostrar que la libra de hilado podría venderse a menos de 1 chelín dejando todavía una buena utilidad al vendedor. Pero la cantidad de hilado que compre dependerá de sus necesidades; si se trata, por ejemplo, del propietario de una fábrica de tejidos, dependerá de la composición del capital que tenga empleado en la fábrica textil, y no de la del capital del fabricante de hilados a quien compra. Las relaciones en que *M'* tiene, de una parte, que resarcir el capital absorbido por ella (o en sus respectivas partes integrantes) y, de otra parte, servir como producto excedente, ya sea para gastarlo como plusvalía, ya para destinarlo a la acumulación del capital, sólo existen en el ciclo del capital, cuya forma mercancía son las 10,000 libras de hilado. Nada tienen que ver con la venta, como tal. Aquí partimos, además, del supuesto de que *M'* se vende por su valor, de que, por tanto, se trata solamente de transformar su forma de mercancía en forma dinero. Como forma funcional dentro del ciclo de este capital concreto, con el que el capital productivo ha de reembolsarse, lo decisivo es, naturalmente, saber si y hasta qué punto difieren entre si, en la venta, el precio y el valor, cosa que no interesa para nada aquí, donde sólo se trata de examinar las simples diferencias de forma.

En la forma I, *D... D'*, el proceso de producción aparece intercalado entre las dos fases contrapuestas y complementarias entre si; termina antes de que se inicie la fase final *M'–D'*. El dinero se adelanta como capital, se invierte primeramente en los elementos de producción, se transforma luego en el producto–mercancía y, por último, este producto–mercancía se convierte nuevamente en dinero. Es un ciclo comercial y ya terminado, que tiene como resultante el dinero, utilizable para todo. Esto crea, pues, simplemente, la posibilidad de que el ciclo comience de nuevo. *D... P... D'* puede ser, bien el último ciclo que, retirándose del negocio, ponga término a la función de un capital individual, o bien el primer ciclo de un capital nuevo que entra en funciones. La marcha general del proceso es aquí *D... D'*, de dinero a más dinero.

En la forma II, *P... M' – D' – M... P (P')* , el proceso total de circulación sigue a la primera *P* y precede a la segunda; pero se desarrolla en un orden inverso al de la forma I. El primer *P* es el capital productivo y su función el proceso de producción como premisa del proceso de circulación subsiguiente. En cambio, el *P* final no es el proceso de producción; es, simplemente, la reaparición del capital industrial bajo su forma de capital productivo. Y lo es, concretamente, como resultado de la inversión, efectuada en la última fase de la circulación del capital en *T + Mp*, en los factores subjetivos y objetivos que, unidos, constituyen la forma de existencia del capital productivo. Al final, el capital, sea *P* o *P'* vuelve a presentarse bajo una forma en que tiene necesariamente que funcionar de nuevo como capital productivo, ejecutar el proceso de producción. La forma general del movimiento *P... P* es la forma de la reproducción y no revela la valorización en cuanto finalidad del proceso, como ocurre tratándose de *D... D'*. Por eso a la economía clásica le es más fácil prescindir de la forma capitalista concreta del proceso de producción y presentar como finalidad del proceso la producción como tal, es decir, la tendencia a producir la mayor cantidad posible y con la mayor baratura y a cambiar lo producido por la mayor cantidad posible de los más diversos productos, en parte pata renovar la producción *(D – M) y en* parte para el consumo (*D – M*). Para lo cual, puesto que aquí *D* y *d* sólo se presentan como medios de circulación llamados a desaparecer, se pueden pasar por alto las características tanto del dinero como del capital–dinero, y todo el proceso aparece entonces como un proceso sencillo y natural, es decir, con la naturalidad del vacuo racionalismo. Tratándose del capital–mercancías se olvida también, de vez en cuando, la ganancia, y se la

hace figurar, cuando se trata del ciclo de producción en conjunto, simplemente como mercancía, y, tratándose de las partes integrantes del valor, como capital–mercancías. Con ello, la acumulación aparece, naturalmente del mismo modo que la producción.

En la forma III, *M'–D'–M... P... M'*, abren el ciclo las dos fases del proceso de circulación, y en el mismo orden que en la forma II, *P...P*; sigue luego *P* y al igual que en la forma I, con su función, el proceso de producción; con el resultado de ésta, *M'*, se cierra el ciclo. Como en la forma II con *P*, como mera reaparición del capital productivo, aquí termina con *M'*, como reaparición del capital –mercancías; y, así como en la forma II el capital, en su forma final *P*, tiene que volver a iniciar el proceso como proceso de producción, aquí, al reaparecer el capital industrial bajo la forma de capital–mercancías, tiene que comenzar de nuevo el ciclo con la fase de circulación *M'–D'*. Ambas formas del ciclo son importantes, puesto que no terminan con *D'*, con el capital valorizado y convertido de nuevo en *dinero*. Ambas tienen, por tanto, que seguirse desarrollando e incluyen, por consiguiente, la producción. El ciclo total, en la forma III, es *M'...M'*.

Lo que distingue la tercera forma de las dos primeras es que el capital valorizado, no el primitivo, el capital que se trata de valorizar, sólo aparece como punto de partida de su valorización en este ciclo. *M'*, como relación de capital, constituye aquí el punto de partida y, como tal, ejerce una acción determinante sobre todo el ciclo, pues incluye, ya en su primera fase, tanto el ciclo del capital como el de la plusvalía, y la plusvalía, si no en todo ciclo por separado, por lo menos en el promedio de ellos, tiene que gastarse parcialmente como renta, recorriendo el proceso de circulación m–d–m, y en parte funcionar como elemento de la acumulación del capital.

En la forma *M'... M'*, va implícito el consumo de todo el producto de mercancías como condición para el normal desarrollo del ciclo del capital. El consumo individual del obrero y el consumo individual de la parte no acumulada del producto excedente abarca todo el consumo individual. El consumo entra, pues, en conjunto –como consumo individual y como consumo productivo–, como condición, en el ciclo *M'*. El consumo productivo (en el que va implícito también, en realidad, el consumo individual del obrero, puesto que la fuerza de trabajo es, dentro de ciertos límites, un producto constante del consumo individual del obrero) se efectúa a través de cada capital individual de por sí. El consumo individual –fuera de los límites en que es necesario para la existencia del capitalista individual– sólo se da por supuesto como acto social, nunca como acto del capitalista individual.

En las formas I y II, el movimiento de conjunto aparece como movimiento del capital desembolsado. En la forma III, es el capital valorizado, bajo la forma del producto total en mercancías, lo que constituye el punto de partida, y presenta la forma de capital en movimiento, de capital–mercancías. Este movimiento sólo se desdobla en dos: movimiento de capital y movimiento de rentas, después de transformarse en dinero. La distribución de todo el producto social, al igual que la distribución especial del producto para todo capital individual en mercancías, destinando una parte al fondo individual de consumo y otra al fondo de reproducción, va implícita, en esta forma, en el ciclo del capital.

D . . D' lleva implícita una posible ampliación del ciclo, según el volumen del *d* que entre en el ciclo renovado.

En *P...P*, *P* puede comenzar el nuevo ciclo con el mismo valor e incluso con menos, y, sin embargo, representar una reproducción en escala superior, por ejemplo, cuando ciertos

elementos de las mercancías se abaraten al intensificarse la productividad del trabajo. Y, por el contrario, en el caso inverso, puede ocurrir que un capital productivo superior en cuanto a su valor represente una reproducción en una escala materialmente inferior: por ejemplo, cuando los elementos de producción se encarezcan. Y lo mismo en lo que se refiere a *M'...M'*.

En *M'... M'*, la producción presupone la existencia de capital en forma de mercancías; y este capital reaparece como premisa dentro del mismo ciclo, en la segunda *M.* Si esta *M* no se ha producido o reproducido aún, el ciclo se interrumpe; es necesario que esta M se reproduzca, en su mayor parte, como *M'* de otro capital industrial. En este ciclo, *M'* existe como punto de partida, punto de transición y punto final del movimiento: aparece, por tanto, constantemente. Es condición constante del proceso de reproducción.

M'... M' se distingue por otra razón de las formas I y II. Nota común a los tres ciclos es que la forma con que el capital inicia su proceso cíclico constituye también la forma en que lo termina, revistiendo así de nuevo la forma inicial con que abre otra vez el mismo ciclo. La forma inicial *D, P, M'* es siempre la forma en que se adelanta el capital (en III, con la plusvalía que lo incrementa) y, por tanto, su forma originaria en lo que al ciclo se refiere; la forma final *D', P, M'* es siempre la forma transformada de una forma funcional que la precede en el ciclo y que no es la forma originaría.

Así, en I, *D'* es la forma transformada de *M';* en II, la *P* final forma transformada de *D* (en I y II, esta transformación se opera por medio de un simple fenómeno de la circulación de mercancías, por medio de un desplazamiento formal de la mercancía y el dinero) ; en III, *M'* es la forma transformada de *P*, del capital productivo. Pero aquí, en III, hay que tener en cuenta dos cosas: primera, que la transformación no afecta solamente a la forma funcional del capital, sino también a su volumen de valor; segunda, que esta transformación no es simplemente el resultado de un mero desplazamiento formal producido en el proceso de circulación, sino de una transformación efectiva experimentada por la forma de uso y el valor de las mercancías integrantes del capital productivo en el curso del proceso de producción.

Cualquiera de los tres ciclos I, II y III presupone la forma del extremo inicial *D, P,* M', la forma que reaparece en el extremo final se halla establecida, y por tanto condicionada por la serie de metamorfosis del propio ciclo. *M',* como punto final de un ciclo de capital industrial individual sólo presupone la forma *P,* no perteneciente a la circulación, del mismo capital industrial del que es producto. *D',* como punto final en I, como forma transformada de *M' (M' – D'),* presupone a *D* en manos del comprador como existente al margen del ciclo *D ,... D',* incorporado a él mediante la venta de *M'* y convertido así en su propia forma final. Del mismo modo, en II la *P* final presupone a *T y Mp (M)* como existentes al margen e incorporados a él como forma final por medio de *D* – M. Pero, prescindiendo del último extremo, ni el ciclo del capital individual en dinero presupone la existencí3 del capital en dinero en general, ni el del capital productivo individual presupone el del capital productivo en su ciclo. En I, *D* puede ser el primer capital en dinero y en II *P* el primer capital productivo que aparezca en la escena histórica, pero en III

$$M' \left| \begin{array}{l} M \text{ — } D \text{ — } < \begin{array}{l} T \\ Mp \end{array} \ldots P \ldots M' \\ \text{— } D' \\ m \text{ — } d \text{ — } m \end{array} \right.$$

M se presupone dos veces al margen del ciclo. Primeramente, en el ciclo

$$M' – D' – M \begin{cases} T \\ Mp \end{cases}$$

Esta *M*, en la parte integrada por *Mp*, es mercancía en manos del vendedor; es, de por sí, capital en mercancías, en cuanto producto de un proceso capitalista de producción; y, aunque no lo sea, aparece como capital en mercancías en manos del comerciante. Luego, en la segunda m de m – d – m, que tiene también que existir como mercancía para poder ser comprada. En todo caso, trátese o no de capital –mercancías, *T* y *Mp* son mercancías ni más ni menos que *M'* y se comportan entre sí como mercancías. Lo mismo ocurre con la segunda m en *m – d – m*. Por tanto, en la medida en que *M' = M (T + Mp), sus* elementos integrantes son mercancías, debiendo reponerse en la circulación por otras mercancías iguales; del mismo modo que en *m – d – m* la segunda *m* tiene que reponerse en la circulación por otras mercancías iguales.

Además, sobre la base del régimen capitalista de producción como régimen dominante, toda mercancía en manos del vendedor tiene que ser, necesariamente, capital–mercancías. Y lo sigue siendo en manos del comerciante, o se convierte en tal, si antes no lo era. O bien tiene que ser una mercancía –por ejemplo, artículos importados que sustituya a un capital–mercancías primitivo y que, por tanto, se límite a darle otra forma de existencia.

Los elementos–mercancias *T y Mp* que forman el capital productivo *P* no presentan, como modalidades de existencia de éste, la misma forma con que aparecen en los distintos mercados de mercancías en que hay que adquirirlos. Aquí, aparecen reunidos y esta unión les permite actuar como capital productivo.

El hecho de que *M* sólo aparezca como premisa de *M* en esta forma III, dentro del propio ciclo, tiene su explicación en qué el punto de partida es el capital en forma de mercancías. El ciclo se abre con la inversión de *M'* (siempre y cuando que actúe como valor–capital, incrementado o no por la adición de plusvalía) en las mercancías que constituyen sus elementos de producción. Esta inversión engloba todo el proceso de circulación *M – D – M (= T + Mp) y es* resultado de éste; *M* aparece, pues, aquí, en los dos extremos, pero el segundo extremo, cuya forma *M* le viene dada de fuera, del mercado de mercancías, por la operación *D – M,* no es el último extremo del ciclo, sino simplemente el término que abarca sus dos primeras fases, el proceso de circulación. Su resultado es *P*, cuya función se inicia entonces, el proceso de producción. Y es como resultado de éste y no del proceso de circulación como *M'* aparece al final del ciclo y bajo la misma forma que el extremo inicial *M'*. En cambio, en *D... D', P... P*, los extremos finales *D'* y *P'* son resultado directo del proceso de circulación. Por tanto, aquí *D',* por una parte, y por la otra *P* sólo al final se presuponen en otras manos. Siempre y cuando que el ciclo se desarrolle entre los extremos, ni *D*, en un caso, ni *P*, en el otro –la existencia do *D* como dinero ajeno y de *P* como proceso de producción de otro–, aparecen como premisa de estos ciclos. Por el contrarío, *M'... M'* presupone a *M (= T + Mp)* como mercancías ajenas en manos ajenas que

el proceso inicial de circulación atrae al ciclo e incorpora al capital productivo, como resultado de cuya función *M'* se convierte en la forma final de aquél.

Pero, precisamente porque el ciclo *M'*... M' presupone, dentro de su desarrollo, otro capital industrial en forma de *M (= T + Mp) (y Mp* engloba otros diversos capitales, por ejemplo, en nuestro caso, máquinas, carbón, aceite, etc.), exige que se le considere no sólo como forma *general* del ciclo, es decir, como la forma social bajo la que puede ser considerado todo capitalista industrial individual (fuera de su primera Inversión), y, por tanto, no sólo como una forma de movimiento común a todos los capitalistas industriales individuales, sino también como la forma en que se mueve la suma de los capitales individuales, o lo que es lo mismo, el capital global de la clase capitalista; movimiento en el que el de todo capital industrial individual no es más que un movimiento parcial entrelazado con los demás y condicionado por ellos. Si nos fijamos, por ejemplo, en el producto global anual de mercancías de un país y analizamos el movimiento por el cual una parte de él resarce el capital productivo en todas las empresas individuales y otra parte es absorbida por el consumo individual de las distintas clases, consideraremos la forma *M'*... *M'* como forma de movimiento tanto del capital social como de la plusvalía engendrada por éste, o bien, en su caso, del producto excedente. El que el capital social = a la suma de los capitales individuales (incluyendo los capitales por acciones y el capital del Estado, en la medida en que los gobiernos emplean trabajo asalariado productivo en minas, ferrocarriles, etc., es decir, en la medida en que actúan como capitalistas industriales) y el movimiento global del capital social = a la suma algebraica de los movimientos de los capitales individuales, no excluye en modo alguno la posibilidad de que este movimiento, como movimiento del capital individual aislado, ofrezca otros fenómenos que el mismo movimiento enfocado en cuanto parte del movimiento del capital social en su conjunto, y, por tanto, enlazado con los movimientos de las demás partes, ni la de que resuelva al mismo tiempo problemas cuya solución debe darse por supuesta cuando se estudia el ciclo de un capital individual concreto, en vez de desprenderse de él.

M'... *M'* es el único ciclo en que el valor–capital primitivamente desembolsado constituye solamente una parte del extremo con que se inicia el movimiento y en que éste se anuncia ya desde el primer momento como movimiento total del capital industrial: tanto de la parte del producto que resarce el capital productivo como de la parte que constituye el producto excedente y que, en la generalidad de los casos, se destina, en parte, a gastarse como renta y, en parte, a funcionar como elemento de la acumulación. En la medida en que la inversión de plusvalía como renta entre en este ciclo, en la misma medida entra también en él el consumo individual. Pero, además, éste queda incluido también en él por el hecho de que el punto de partida M, mercancía, existe ya como un artículo de uso cualquiera; y todo artículo producido con métodos capitalistas es un capital–mercancías, lo mismo sí su forma de uso está destinada al consumo productivo que sí está destinada al consumo individual, o a ambas cosas o a la vez. *D*... *D'* sólo indica aquí el lado del valor, la valorización del capital desembolsado, como finalidad de todo proceso; *P*... *P* (Y) el proceso de producción del capital como proceso de reproducción, permaneciendo idéntica o aumentando la magnitud del capital productivo (acumulación) ; M'... *M'* abarca desde el primer momento el consumo productivo y el individual, puesto que ya en su extremo inicial se manifiesta como norma de la producción capitalista de mercancías; el consumo productivo y la valorización que en él se encierra aparece solamente como una rama de su movimiento. Finalmente, como puede ocurrir que *M'* exista bajo una forma de uso no

susceptible de entrar nuevamente en un proceso cualquiera de producción, queda dicho desde el primer momento que las diversas partes integrantes del valor de *M'* expresadas en partes del producto tienen que ocupar un lugar distinto según que *M'*... *M'* aparezca como forma del movimiento del capital social en conjunto o como movimiento independiente de un capital industrial individual. En todas estas características que le distinguen, este ciclo no queda nunca encerrado dentro de sí mismo, como ciclo aislado de un capital meramente individual.

En la fórmula *M'*... *M'*, el movimiento del capital –mercancías, es decir, del producto global producido por métodos capitalistas, aparece al mismo tiempo como premisa del ciclo independiente del capital individual y como condicionado a su vez por éste. Por consiguiente, si concebimos esta fórmula en lo que tiene de característico, no podemos ya contentarnos con pensar que las metamor*fosis M' – D' y D – M* son, por una parte, fases funcionalmente determinadas dentro de la metamorfosis del capital, y por otra eslabones de la circulación general de las mercancías. Es necesario poner en claro cómo las metamorfosis de un capital individual se entrelazan con las de otros capitales individuales y con la parte del producto global destinada al consumo individual. Por eso, al analizar el ciclo del capital industrial individual tomamos como base, preferentemente, las dos primeras formas.

El ciclo *M'*... *M'* aparece como forma de un capital individual aislado, por ejemplo, en la agricultura, donde los cálculos se hacen de una cosecha a otra. En la forma II se parte de la siembra, en la forma III de la cosecha, o, para emplear la terminología de los fisiócratas, en la primera se toman como punto de partida los *avances* (adelantos), en la tercera las *reprises* (los ingresos). En la forma, III el movimiento del valor–capital aparece de antemano solamente como una parte del movimiento de la masa general de productos, mientras que en las formas I y II el movimiento de *M'* sólo constituye una fase dentro del movimiento de un capital aislado.

En la forma III, las mercancías que se encuentran en el mercado constituyen la premisa constante del proceso de producción y reproducción. Si, por tanto, nos fijamos en esta forma, parecerá que todos los elementos del proceso de producción provienen de la circulación de las mercancías y consisten exclusivamente en éstas. Esta concepción unilateral pasa por alto los elementos del proceso de producción independientes de los elementos–mercancías.

Como en *M'*... *M'* el punto de partida es el producto total (el valor total), resultará que aquí (prescindiendo del comercio exterior) sólo puede operarse la reproducción en escala ampliada, siempre y cuando que la productividad permanezca idéntica, si en '.a parte del producto excedente destinada a ser capitalizada se encierran ya los elementos materiales del capital productivo adicional; es decir, que, siempre que la producción de un año sirva de premisa a la del siguiente o siempre que esto pueda realizarse dentro del año simultáneamente con el proceso de la reproducción simple, cabe producir inmediatamente producto excedente bajo una forma que le permita actuar como capital adicional. Si la productividad aumenta, no hará más que aumentar la materia del capital, sin que aumente su valor; pero, con ello, suministrará el material adicional necesario para la valorización.

La fórmula *M'*... *M'* es la que sirve de base al *Tableau économique* de Quesnay, y el hecho de haber elegido esta fórmula y no la de *P*... *P*, por oposición a la fórmula *D*... *D'* (fórmula aislada sobre la que se construye el sistema mercantilista) indica el grande y certero tacto con que aquellos economistas procedían.

Notas no tiene el capítulo 3

CAPITULO IV

LAS TRES FORMULAS DEL PROCESO CICLICO

Las tres fórmulas pueden exponerse así, llamando *Pc* al proceso de circulación en su conjunto.

I) *D – M... P... M' – D'*
II) *P... Pc... P*
III) *Pc... P* (*M'*).

Resumiendo las tres fórmulas en su unidad, vemos que todas las premisas del proceso aparecen como su resultado, como premisa producida por él mismo. Todos los momentos aparecen aquí como punto de partida, punto de transición y punto de retorno. El proceso en su conjunto se presenta como una unidad del proceso de producción y del proceso de circulación; el proceso de producción sirve de mediador del proceso de circulación,. y viceversa.

Nota común a los tres ciclos es la valorización del valor como finalidad determinante, como motivo propulsor. En I esto se expresa en la misma fórmula. La fórmula II arranca de *P*, del mismo proceso de valorización. En la fórmula III el proceso arranca del valor valorizado y termina con el valor que se valoriza, aun cuando el movimiento se repita en la misma fase.

En la medida en que *M – D* es para el comprador *D – M y D – M* es *M – D* para el vendedor, la circulación del capital sólo representa la metamorfosis corriente de la mercancía, pudiendo aplicársele las leyes sobre la masa de dinero circulante expuestas, a propósito de aquélla (libro I, cap. III , 2 [pp. 69 – 93]). Pero, si no nos atenemos a este lado formal del problema y enfocamos la conexión real existente entre las metamorfosis de los distintos capitales individuales, concibiendo en realidad la conexión entre los ciclos de los capitales individuales como la conexión entre los distintos movimientos parciales del proceso de reproducción del capital global de la sociedad, vemos que éste no puede explicarse por el simple cambio de forma entre dinero y mercancía.

En un círculo que se halle constantemente en rotación, todo punto es al mismo tiempo punto de partida y de retorno. Si la rotación se interrumpe, ya no ocurre eso. Por eso hemos visto, no sólo que todo ciclo especial presupone (implícitamente) el otro, sino, además, que la repetición del ciclo bajo una forma lleva implícita la descripción del ciclo en las demás formas. Por donde toda la diferencia aparece como una diferencia puramente formal y también como una diferencia meramente subjetiva, que sólo existe para quien la contempla.

En la medida en que cada uno de estos ciclos se considera como forma especial del movimiento que recorren diversos capitales industriales individuales, esta diferencia sólo existe, en efecto, como algo puramente individual. Pero, en realidad, todo capital industrial individual aparece bajo las tres formas al mismo tiempo. Los tres ciclos, las formas de reproducción de las tres modalidades del capital, se desarrollan continuamente de un modo paralelo. Una parte del valor–capital que ahora funciona, por ejemplo, como capital–mercancías se convierte en capital–dinero, pero al mismo tiempo que esto ocurre, otra parte sale del proceso de producción y entra en la circulación como nuevo capital–mercancías. De este modo, se describe constantemente la forma cíclica *M'... M'; y lo* mismo ocurre con las otras dos formas. La reproducción del capital en cada una de sus formas y en cada una

de sus fases presenta la misma continuidad que la metamorfosis de estas formas y el curso sucesivo a través de las tres fases. Por tanto, aquí el ciclo en su conjunto constituye una unidad real de sus tres formas.

Partimos, aquí, del supuesto de que el capital se presenta en toda la magnitud de su valor, íntegramente, como capital–dinero, como capital productivo o como capital–mercancías. Así, por ejemplo, las 422 libras esterlinas aparecen primeramente, en su totalidad, como capital–dinero, luego se convierten íntegramente también en capital productivo y por último aparecen bajo la forma del capital–mercancias: hilados por valor de 500 libras esterlinas (de las cuales 78 son plusvalía). Las diferentes fases del capital forman aquí otras tantas interrupciones. Mientras, por ejemplo, las 422 libras esterlinas permanecen bajo la forma–dinero, es decir, hasta que se efectúan las compras *D – M (T + Mp)*, el capital en bloque existe y funciona simplemente como capital–dinero. Al convertirse en capital productivo, deja de funcionar como capital–dinero y como capital–mercancías. Todo su proceso de circulación se interrumpe, lo mismo que se interrumpe todo su proceso de producción tan pronto como empieza a funcionar en una de las dos fases circulatorias, bien como *D* o como *M*. De este modo, el ciclo *P... P* aparece no sólo como la renovación periódica del capital productivo, sino también como la interrupción de su función, del proceso de producción, hasta que el proceso de circulación se termina; en vez de discurrir de un modo continuo, la producción se efectúa a saltos y sólo se renueva en plazos de duración fortuita, según que las dos fases del proceso circulatorio se recorran con mayor rapidez o mayor lentitud. Es lo que ocurre, por ejemplo, tratándose de un artesano chino que sólo trabaja para clientes particulares y cuyo proceso de producción se interrumpe hasta que llegan nuevos encargos.

En realidad, esto es aplicable a cada una de las partes del capital que se hallan en movimiento, y todas ellas lo van recorriendo por turno. Las 10,000 libras de hilado, por ejemplo, son el producto semanal de un fabricante de hilados. Estas 10,000 libras de hilado salen por entero de la órbita de producción y entran en la de circulación; el valor–capital contenido en ellas tiene que convertirse íntegramente en capital–dinero, y mientras permanezca bajo esta forma no puede entrar de nuevo en el proceso de producción; tiene que entrar previamente en la órbita de circulación y volver a convertirse en los elementos del capital productivo *T + Mp*. El proceso cíclico del capital es, pues, constante interrupción, abandono de una fase para entrar en la siguiente, superación de una forma y existencia bajo otra distinta; y cada una de estas fases no sólo condiciona la otra, sino que al mismo tiempo la excluye.

Sin embargo, la característica de la producción capitalista, determinada por su base técnica, aunque no siempre incondicionalmente asequible, es la continuidad. Veamos, pues, cómo ocurren las cosas en la práctica. Mientras las 10,000 libras de hilado, por ejemplo, aparecen en el mercado como capital–mercancías y se convierten en dinero (ya actúe éste como medio de pago, como medio de compra o simplemente como dinero aritmético), entra en el proceso de producción, ocupando su lugar, nuevo algodón, nuevo carbón, etc., nuevo capital que ha abandonado, por tanto, su forma–dinero y su forma mercancías para recobrar la forma de capital productivo y abordar la función que le corresponde como tal; a la par que las primeras 10,000 libras de hilado se convierten en dinero, vemos que otras 10,000 libras de hilado anteriores recorren ya la segunda fase de su proceso de circulación y dejan de ser dinero para recobrar la forma propia de los elementos del capital productivo. Todas las partes integrantes del capital van recorriendo por turno el proceso cíclico y se

hallan simultáneamente en diferentes fases del mismo. Así, el capital industrial aparece simultáneamente, en la continuidad de su ciclo, en todas las fases de éste y revistiendo las respectivas formas funcionales que a ellas corresponden. La parte que se convierte por primera vez de capital–mercancías en dinero abre el ciclo *M'*... *M'*, mientras que el capital industrial, como un todo en movimiento, ha recorrido ya ese ciclo. Con una mano se desembolsa dinero y con la otra se recibe, la iniciación del ciclo *D*... *D'* en un punto es, a la par, su retorno en otro. Y lo mismo puede decirse del capital productivo.

El verdadero ciclo del capital industrial, en su continuidad, no es, por tanto, solamente la unidad del proceso de circulación y del proceso de producción, sino la unidad de sus tres ciclos. Pero, para ello, es necesario que cada una de las diferentes partes del capital vaya recorriendo sucesivamente las distintas fases del ciclo, pase de una fase, de una forma funcional a otra; que el capital industrial, como el conjunto de todas estas partes, aparezca, por tanto, simultáneamente, en las diferentes fases y funciones, describiendo con ello los tres ciclos al mismo tiempo. La sucesión de las diversas partes se halla aquí condicionada por su yuxtaposición, es decir, por la división del capital. Así, en el sistema fabril ramificado, el producto aparece en las diferentes fases de su proceso de fabricación con la misma continuidad que en la etapa de tránsito de una fase de producción a otra. Y como el capital industrial individual representa una determinada magnitud que depende de los medios del capitalista y que supone un determinado mínimum para cada rama industrial, su división deberá hallarse presidida por ciertas cifras proporcionales. La magnitud del capital existente condiciona el volumen del proceso de producción y éste, a su vez, el volumen del capital–mercancías y del capital–dinero, allí donde éstos funcionan al lado del proceso de producción. Y la yuxtaposición que condiciona la continuidad de la producción sólo existe a través del movimiento de las partes del capital, en que éstas van recorriendo sucesivamente las diferentes fases. La yuxtaposición, es, a su vez, simple resultado de la sucesión. Si, por ejemplo, *M'* – *D'* se estanca en una de sus partes, si la, mercancía, supongamos, es invendible, se interrumpirá el ciclo de esta parte y no se efectuará la sustitución por sus medios de producción; las sucesivas partes que brotan como *M'* del proceso de producción encontrarán bloqueado su cambio de función por la que las precede. Si esta situación se mantiene durante algún tiempo. la producción se restringirá y se estancará todo el proceso. Por tanto, todo lo que paralice la sucesión descoyunta también la yuxtaposición y el estancamiento producido en una de las fases determina un estancamiento mayor o menor en todo el ciclo, no sólo en el de la parte de capital estancada, sino en el del capital individual en su conjunto.

La forma inmediata bajo la que aparece el proceso es la de una sucesión de fases, de tal modo que el paso del capital a una nueva fase se halla condicionado por su salida de otra. Por eso todo ciclo especial tiene como punto de partida y punto de retorno una de las formas funcionales del capital. Por otra parte, el proceso en su conjunto representa en efecto la unidad de los tres ciclos, que son las diversas formas en que se expresa la continuidad del proceso. El ciclo de conjunto aparece como el ciclo especifico en cada forma funcional del capital, y cada uno de estos ciclos condiciona la continuidad del proceso de conjunto; el proceso cíclico de una forma funcional condiciona el de la otra. Es una condición necesaria para el proceso total de producción, especialmente en lo que se refiere al capital social, que sea al mismo tiempo proceso de reproducción y, por tanto, el ciclo de cada uno de sus momentos. Las diversas fracciones del capital recorren sucesivamente las diversas fases y formas funcionales. Cada forma funcional, aunque en

ella se exprese constantemente una parte distinta del capital, recorre así, simultáneamente con las otras, su propio ciclo. Una parte del capital, que cambia constantemente, que constantemente se reproduce, existe como capital–mercancías que se convierte en dinero; otra parte, como capital–clínero que se convierte en capital productivo; otra, como capital productivo que se convierte en capital–mercancias. La existencia constante de todas estas tres formas se halla condicionada precisamente por el ciclo del capital total pasando por estas tres fases.

Considerado en su conjunto, el capital aparece, pues, simultáneamente y coexistiendo en el espacio en sus diferentes fases. Pero cada una de sus partes pasa constantemente y por turno de una fase a otra, de una a otra forma funcional, funcionando sucesivamente a través de todas. Estas formas son, pues, formas fluidas, cuya simultaneidad se halla determinada por su sucesión. Cada una de estas formas sigue a la otra y la precede, por donde el retorno de una parte del capital una forma se halla condicionado por el retorno a otra forma de otra parte del capital. Cada parte describe continuamente su propio proceso, pero es siempre otra parte del capital la que se halla bajo esta forma, y estos procesos especiales no son más que momentos simultáneos y sucesivos del proceso total.

Es la unidad de los tres ciclos y no la interrupción de que hablábamos más arriba, la que realiza la continuidad del proceso total. El capital global de la sociedad posee siempre esta continuidad, y su proceso representa siempre la unidad de los tres ciclos.

En cuanto a los capitales individuales, la continuidad de la reproducción se ve, a trechos, más o menos interrumpida. En primer lugar, las masas de valor aparecen frecuentemente distribuidas, en diversas épocas, en porciones desiguales entre las distintas fases y formas funcionales del capital. En segundo lugar, estas porciones pueden distribuirse de distinto modo según el carácter de la mercancía que se trate de producir y, por tanto, según la rama concreta de producción en que se invierta el capital. En tercer lugar, en aquellas ramas de producción que dependen de la estación del año, la continuidad puede verse más o menos interrumpida por las condiciones naturales (agricultura, pesca del arenque, etc.) o por razones de carácter convencional, como ocurre, por ejemplo, en los llamados trabajos estacionales. Donde con mayor regularidad y uniformidad se desarrolla el proceso es en las fábricas y en las minas. Sin embargo, esta diversidad de las ramas de producción no se traduce en ninguna diferencia en lo tocante a las formas generales del proceso cíclico.

El capital, como valor que se valoriza, no encierra solamente relaciones de clase, un determinado carácter social, basado en la existencia del trabajo como trabajo asalariado. Es un movimiento, un proceso cíclico a través de diferentes fases, que, a su vez, se halla formado por tres diferentes etapas. Sólo se le puede concebir, pues, como movimiento, y no en estado yacente. Quienes consideran una pura abstracción le sustantivación del valor olvidan que el movimiento del capital industrial es precisamente esta abstracción hecha realidad. El valor recorre aquí diferentes formas, diversos movimientos, en los que se conserva y al mismo tiempo se valoriza, se incrementa. Como por ahora sólo nos interesa la forma del movimiento, no tenemos en cuenta las revoluciones que puede sufrir en su proceso cíclico el valor–capital; pero es evidente que, pese a todas las revoluciones del valor, la producción capitalista sólo existe y puede s existiendo mientras el valor–capital se valoriza, es decir, mientras describe su proceso cíclico como valor sustantivado, mientras, por tanto, las revoluciones del valor son dominadas y niveladas de algún modo. Los movimientos del capital aparecen como actos del capitalista industrial individual, en el

sentido de que es éste quien actúa como comprador de mercancías y de trabajo, como vendedor de mercancías y capitalista productivo, haciendo posible, por tanto, mediante sus actos, la realización del ciclo. Si el capital social experimenta una revolución de valor, puede ocurrir que su capital individual sea afectado por ella y sucumba, por no poder hacer frente a las condiciones de esta conmoción de valor. Cuanto más agudas y frecuentes son las revoluciones del valor, más se impone la acción automática del valor sustantivado, con la violencia de un proceso elemental de la naturaleza, frente a la previsión y los cálculos del capitalista individual, más se supedita el curso de la producción normal a la especulación anormal, mayor es el peligro que amenaza la existencia de los capitales individuales. Estas revoluciones periódicas del valor vienen, pues, precisamente a confirmar aquello que se quiere que contradigan, a saber: la sustantivación que adquiere el valor en cuanto capital y que se mantiene y agudiza a través de sus movimientos.

Esta sucesión de las metamorfosis del capital en acción implica la comparación constante de los cambios de magnitud de valor del capital operados en el ciclo con su valor originario. La sustantivación del valor frente a la fuerza creadora de valor, o sea, la fuerza de trabajo, se inicia con el acto D – T (compra de la fuerza de trabajo) y se realiza, como explotación de la fuerza de trabajo, durante el proceso de producción; pero. dicha sustantivación del valor no reaparece en este ciclo, en que el dinero, la mercancía, los elementos de producción, no son más que otras tantas formas alternativas del valor–capital en acción y la magnitud pasada de valor se compara con la actual magnitud modificada del capital.

El valor–dice Bailey en contra de la sustantivación del valor que caracteriza el régimen capitalista de producción y que éste trata como obra de la ilusión de ciertos economistas—es una relación entre mercancías existentes al mismo tiempo, pues sólo éstas pueden cambiarse entre sí.” Esto lo dice Bailey como argumento contra la posibilidad de comparar los valores de las mercancías en distintas épocas, comparación que, fijando el valor del dinero de una vez para cada época, sólo representa una comparación entre la inversión de trabajo necesaria en unas épocas y otras para producir la misma clase de mercancías. Esto responde a su confusión general según la cual valor de cambio = valor, es decir, según la cual la forma del valor es el valor mismo; según esto, los valores de las mercancías dejarán de ser comparables entro sí tan pronto como dejen de funcionar activamente como valores de cambio, es decir, en cuanto no sean realmente cambiables entre el. Bailey no sospecha, pues, ni remotamente que el valor sólo funciona como valor–capital o como capital mientras en las distintas fases de su ciclo, que no son en modo alguno simultáneas, sino sucesivas, permanezca idéntico a si mismo y pueda compararse consigo mismo.

Para mantener en su pureza la fórmula del ciclo, no basta suponer que las mercancías se venden por su valor, sino que hay que partir, además, de la premisa de que las demás circunstancias en que esto ocurre permanecen invariables. Tomemos por ejemplo, la fórmula *P*... *P*, prescindiendo de todas las revoluciones técnicas que pueden operarse dentro de del proceso de producción y que pueden depreciar el capital productivo de un determinado capitalista, prescindiendo igualmente de la posible repercusión de un cambio de los elementos de valor del capital productivo sobre el valor del capital–mercancías existente, que puede aumentar o disminuir cuando exista una reserva de él. Supongamos que *M'*, las 10,000 libras de hilado, se venden por su valor de 500 libras esterlinas: 8.440 libras = 422 libras esterlinas reponen el valor–capital contenido en *M'*. Pero si sube el valor del algodón, el del carbón, etc. (puesto que aquí prescindimos de las simples oscilaciones

de los precios), es posible que estas 422 libras esterlinas ya no sean suficientes para reponer íntegramente los elementos del capital productivo; en este caso, será necesario un capital–dinero adicional, la vinculación de capital–dinero. Y, por el contrario, si los precios de aquellos elementos bajan, una parte del capital–dinero quedará disponible. El proceso sólo discurre de un modo enteramente normal cuando las relaciones de valor permanecen constantes; discurre de hecho mientras se superan las perturbaciones producidas en la repetición del ciclo; cuanto mayores sean las perturbaciones, mayor capital–dinero deberá poseer el capitalista industrial para poder esperar a que la nivelación se produzca; y como al desarrollarse la producción capitalista, se amplía la escala de todo proceso individual de producción, y con él la magnitud mínima del capital que ha de desembolsarse, esta circunstancia se añade a las otras que tienden a convertir la función del capitalista industrial, cada vez más, en un monopolio de grandes capitalistas pecuniarios, individuales o asociados.

Observaremos de pasada que, si se produce un cambio de valor de los elementos de producción, se manifiesta una diferencia entre la forma *D ... D'*, de una parte, y *P... P* y *M'*... M', de otra parte.

En *D... D'*, fórmula del capital recién invertido, que se manifiesta primeramente como capital–dinero, la baja de valor de los medios de producción, por ejemplo de las materias primas, materias auxiliares, etc., hará que sea necesario un desembolso menor dé capital–dinero que antes de producirse la baja para iniciar un negocio de una determinada extensión, puesto que el volumen del procesode producción (siempre y cuando que el desarrollo de la fuerza productiva no se altere), depende de la masa y del volumen de los medios de producción que una determinada cantidad de fuerza de trabajo puede manejar, pero no del valor de estos medíos de producción ni del de la fuerza de trabajo (este último sólo influye en la magnitud de la valorización). Y a la inversa. Si se produce un alza de valor de los elementos de producción de las mercancías que constituyen los elementos del capital productivo, será necesario contar con un capital–dinero mayor para emprender un negocio de un volumen dado. Tanto en uno como en otro caso, estos cambios sólo afectan la cantidad del capital–dinero que necesite invertirse, en el primer caso, queda una parte del capital–dinero disponible; en el segundo caso, queda vinculada una parte del capital–dinero, siempre y cuando que la afluencia de nuevos capitales industriales individuales se desarrolle del modo habitual en una rama de producción dada.

Los ciclos *P... P* y *M'... M'* sólo se presentan como *D... D'* cuando el movimiento de *P* y *M'* sea al mismo tiempo acumulación; es decir, cuando el dinero adicional se convierta en capital–dinero. Prescindiendo de este caso, resultan afectados de otro modo que *D'... D'* por el cambio de valor de los elementos que forman el capital productivo; volvemos a hacer caso omiso, aquí, de la repercusión de este cambio de valor sobre las partes integrantes del capital encuadradas en el proceso de producción. Aquí, no es la inversión primitiva la que resulta directamente afectada, sino un capital industrial sujeto a su proceso de reproducci6n y no a su primer ciclo; por tanto,

$$M'...M < \begin{matrix} T \\ Mp \end{matrix}$$

la reversión del capital –mercancía a sus elementos de producción, cuando éstos representan mercancías. En la baja de valor (o, en su caso, de precio), pueden darse tres casos: que el proceso de reproducción se siga desarrollando en la misma escala, en cuyo

caso queda disponible una parte del capital–dinero anterior y se produce un incremento del capital–dinero sin que exista verdadera acumulación (producción en escala ampliada) ni se opere la transformación de *d* (plusvalía) en fondo de acumulación, que es el fenómeno que la inicia y la acompaña; que el proceso de reproducción se amplíe en una escala mayor de la que en otro caso se aplicaría, siempre y cuando que las proporciones técnicas lo consientan; finalmente, que se produzca un mayor almacenamiento de materias primas, etc.

El alza de valor de los elementos destinados a reponer el capital–mercancías produce el efecto contrario. En este caso, la reproducción ya no se opera con su volumen normal (se trabaja, por ejemplo, menos tiempo), o se hace necesario movilizar un capital–dinero adicional para mantenerla con su volumen anterior (vinculación de capital–dinero) ; o bien el fondo de acumulación en dinero, si existe, sirve en todo o en parte, no para ampliar el proceso de reproducción, sino para mantenerlo en la escala antigua. Esto supone también vinculación de capital–dinero, con la diferencia de que aquí el capital–dinero adicional no procede de fuera, del mercado de dinero, sino de los propios recursos del capitalista industrial.

Puede ocurrir, sin embargo, que en *P... P y M'... M'* se presenten circunstancia modificativas. Sí, por ejemplo, nuestro fabricante de hilados de algodón tiene grandes existencias de este artículo (y, por tanto, una gran parte de su capital productivo invertida en forma de existencias de algodón), una parte de su capital productivo resultará depreciada por la baja de los precios del algodón; en cambio, si estos precios suben, subirá también de valor esta parte de su capital productivo. Por otra parte, si ha inmovilizado grandes masas de capital en forma de capital–mercancias, por ejemplo, de hilados de algodón, ocurrirá que la baja del algodón depreciará una parte de su capital –mercancías y también, por tanto, de su capital encuadrado en el proceso cíclico; y, por el contrario, una subida del precio del algodón la hará subir. Finalmente, en el proceso

$$M'–D–M < \begin{matrix} T \\ Mp \end{matrix}$$

si *M' –D,* realización del capital–mercancías, se opera antes de sobrevenir el cambio de valor de los elementos de *M'*, esto sólo afectará al capital del modo considerado en el primer caso, o sea, en el segundo acto circulatorio

$$D–M < \begin{matrix} T \\ Mp \end{matrix}$$

en cambio, si se produce antes de la realización de *M' – D,* la baja del precio del algodón, siempre y cuando que las demás circunstancias permanezcan invariables, determinará una baja proporcional del precio de los hilados y, a la inversa, un alza de aquél, el alza correspondiente de éste. La acción ejercida sobre los distintos capitales individuales invertidos en la misma rama de producción puede ser muy distinta, según las distintas circunstancias en que operen. La disponibilidad o la vinculación del capital–dinero pueden responder, asimismo, a las diferencias de duración del proceso de circulación y también, por tanto, al ritmo circulatorio. Esto lo veremos, sin embargo, cuando estudiemos lo

referente a la rotación. Lo único que aquí nos interesa es la distinción real que se manifiesta, con respecto al cambio de valor de los elementos del capital productivo, entre *D... D' y las* otras dos formas del proceso cíclico.

En la fase de circulación

$$D–M < \begin{matrix} T \\ Mp \end{matrix}$$

dentro ya de la época de producción capitalista avanzada y, por tanto, predominante, una gran parte de las mercancías que forman el elemento *Mp*, los medios de producción, serán capital–mercancías ajeno, puesto en funciones. Por consiguiente, desde el punto de vista del vendedor, estaremos ante la forma *M' – D'*, o sea, ante la transformación del capital–mercancías en capital–dinero. Pero esto no rige con carácter absoluto. Por el contrario. Dentro de su proceso de circulación, en que el capital industrial funciona como dinero o como mercancía, el ciclo del capital industrial, ya sea capital–dinero o capital–mercancias, se entrecruza con la circulación de mercancías de los más diversos tipos sociales de producción, siempre y cuando que sean, al mismo tiempo; sistemas de producción de mercancías. No importa que la mercancía sea producto de un tipo de producción basado en la esclavitud o del trabajo de campesinos (chinos, *ryots* indios etc.), de un régimen comunal (Indias orientales holandesas) o de la producción del; estado (como ocurre en ciertas épocas primitivas de la historia de Rusia, basadas en la servidumbre), de pueblos semisalvajes dedicados a la caza, etc.; cualquiera que sea su origen, se enfrentan como mercancías y dinero al dinero y a las mercancías que representan el capital industrial y entran tanto en el ciclo de éste como en el de la plusvalía contenida en el capital–mercancías, siempre y cuando que ésta se invierta como renta; entran, por tanto, en las dos ramas de circulación del capital–mercancías. El carácter del proceso de producción de que procedan es indiferente, para estos efectos; funcionan como tales mercancías en el mercado y entran como mercancías tanto en el ciclo del capital industrial como en la circulación de la plusvalía adherida a él. Es, pues, su carácter universal, la existencia del mercado como mercado mundial, lo que caracteriza el proceso de circulación del capital industrial. Y lo que decimos de las mercancías ajenas, es también aplicable al dinero ajeno; del mismo modo que el capital–mercancías sólo funciona frente a él como mercancía, este dinero sólo actúa frente a él como dinero; aquí, el dinero funciona como dinero mundial.

Hay que observar, sin embargo, dos cosas:

Primero. Tan pronto como se realiza el acto *D – Mp*, las mercancías (*Mp*) dejan de ser mercancías para convertirse en una de las modalidades del capital industrial en su forma funcional de *P*, de capital productivo. Con ello, sus orígenes quedan borrados; ya sólo existen como modalidades de existencia del capital industrial, incorporadas a él. Queda en pie, sin embargo, la necesidad de la reproducción para poder reponerlas, y, en este sentido, podemos decir que el régimen capitalista de producción se halla condicionado por los tipos de producción que quedan al margen de su fase de su desarrollo. No obstante, la tendencia del régimen capitalista es la de ir convirtiendo toda la producción, dentro de lo posible, en producción de mercancías; el medio principal de que se vale para ello consiste, precisamente en incorporarlas de este modo a su proceso circulatorio. La producción de mercancías, al llegar su fase de desarrollo, es la producción capitalista de mercancías. La

intervención del capital industrial estimula en todas partes esta transformación, que lleva aparejada la de todos los productores directos en obreros asalariados.

Segundo. Las mercancías que entran en el proceso de circulación *M* capital industrial (entre las cuales se cuentan también los medios necesarios de sustento, en que se invierte el capital variable después de pagados los salarios a los obreros, con vistas a la reproducción de la fuerza de trabajo), cualquiera que sea su origen, la forma social *M* proceso de producción de que proceden, se enfrentan ya al capital industrial bajo la forma de capital–mercancías, bajo la forma de capital comercial, el cual abarca, por su misma naturaleza, mercancías procedentes de todos los sistemas de producción.

El régimen capitalista de producción presupone la producción en gran escala y, como consecuencia de ello, la venta en gran escala también. presupone, por tanto, la venta al comerciante y no directamente al consumidor *individual. Cuando* este consumidor sea, a su vez, consumidor productivo, es decir, capitalista industrial; o, dicho en otros términos, cuando el capital industrial de una rama de producción suministre medios de producción a otra rama, se operará también (en forma de encargo, etc.) la venta directa de un capitalista industrial a muchos. En este sentido, todo capitalista industrial es vendedor directo, su propio comerciante, papel que, por lo demás, desempeña también cuando vende a otros comerciantes.

El comercio de mercancías como función del capital comercial se da por supuesto y se desarrolla cada vez más, a medida que se desarrolla la producción capitalista. Por eso partimos a veces de él, para ilustrar algunas de las manifestaciones concretas del proceso capitalista de circulación; sin embargo, en el análisis general de éste, admitimos la venta directa sin interposición de comerciantes, puesto que ésta desfigura determinados aspectos del movimiento.

Veamos cómo expone el problema Sismondi, con cierto simplismo:

“El comercio emplea un capital considerable que, considerado a primera vista, no parece formar parte integrante del capital cuyo movimiento hemos descrito en detalle. El valor del paño amontonado en los almacenes del comerciante en paños no parece, a primera vista, que tenga nada que ver con la parte de la producción anual que el rico entrega como salario al pobre para hacerle trabajar. Sin embargo, este capital no hace más que reponer el otro, de que hemos hablado. Para esclarecer los progresos de la riqueza, hemos seguido los pasos de este capital desde su creación hasta su consumo, El capital empleado, por ejemplo, en la fabricación de paños nos ha parecido que era siempre el mismo; al cambiarse por la renta del consumidor, se dividía en dos partes solamente: una que representa ' como ganancia, la renta del fabricante; otra que, como salario, representa la renta de los obreros mientras producen nuevo paño.

“Sin embargo, no tardó en comprenderse que era más ventajoso para todos el que las diferentes, partes de este capital se sustituyesen mutuamente y que, suponiendo que para la circulación total en fabricante y consumidor bastasen 100,000 táleros, esta suma se distribuyese por igual entre el fabricante, el comerciante al por mayor y el tendero. El primero realizaba con la tercera parte solamente de dicha suma la misma obra que habría realizado con la suma total, porque en el momento de terminar su fabricación encontraba al comerciante dispuesto a comprársela mucho antes de lo que habría encontrado al consumidor directo. Por su parte, el capital del comerciante al por mayor se vela sustituido mucho antes por el del tendero... La diferencia entre la suma de salarios desembolsada y el precio de compra para el último consumidor constituirla la ganancia de los capitales. Esta

se dividirla entre el fabricante, el comerciante y el tendero, una vez que hubiesen repartido entre sí sus funciones, y el trabajo rendido sería el mismo, a pesar de exigir tres personas y tres partes de capital en vez de una” *(Nouveaux principes,* I parte, pp. 139 s.). “Todos [los comerciantes] participaban indirectamente en la producción, pues, teniendo ésta como tiene por objetivo el consumo, no se la puede considerar terminada antes de que el producto entre en la órbita del consumidor” (ob. cit., p. 137).

Al estudiar las formas generales del ciclo, y en general en todo este libro II, partirnos siempre del supuesto de que el dinero es dinero metálico, con exclusión del dinero simbólico, de los simples signos de valor que son especialidad de ciertos estados, y del dinero–crédito, que *aún no* ha llegado a desarrollarse. En primer lugar, porque éste es el proceso histórico: el dinero–crédito no tiene importancia alguna o tiene solamente una importancia secundaría en la primera época de la producción capitalista. En segundo lugar, porque la necesidad de este proceso histórico se halla comprobada también teóricamente por el hecho de que todo lo que hasta hoy han expuesto críticamente acerca de la circulación del dinero–crédito Tooke y otros autores los obliga a remitirse siempre al punto de vista de cómo se planteara el problema a base de la circulación metal. No debe olvidarse que el dinero metálico puede actuar de dos modos: como medio de compra y como medio de pago. Sin embargo, para simplificar el problema, en este libro II partimos generalmente del supuesto de que sólo funciona en la segunda de estas dos formas.

El proceso de circulación del capital industrial, que sólo representa una parte de su proceso cíclico individual, se halla regido, cuando sólo actúa como un proceso dentro de la circulación general de mercancías, por las leyes generales expuestas más arriba (libro I. Cap. III [pp. 58 ss.]) . La misma masa de dinero, 500 libras esterlinas, por ejemplo, va poniendo sucesivamente en circulación más capitales industriales (o capitales individuales, en su forma de capitales–mercancías) cuanto mayor es la velocidad de circulación del dinero es decir, cuanto más rápidamente recorre cada capital individual la serie de sus metamorfosis de mercancías o de dinero. Por tanto, la misma masa de valor de capital requerirá para su circulación tanto menos dinero cuanto máis funcione éste como medio de pago, cuanto más, por ejemplo en la reposición de un capital–mercancías por sus medios de producción, se límite a pagar simples saldos, y cuanto más cortos sean los plazos de pago, por ejemplo en el pago de salarios. Por otra parte, siempre y cuando que el ritmo de la circulación y todas las demás circunstancias permanezcan invariables, la masa del dinero que debe circular como capital–dinero, se determina por la suma de precios de las mercancías (el precio multiplicado por la masa de mercancías) o, partiendo de la masa y los valores de las mercancías como factores dados, por el valor del mismo dinero.

Pero las leyes de la circulación general de mercancías sólo rigen allí donde el proceso de circulación del capital forma una serie de actos de circulación simples, no donde éstos constituyen etapas funcionalmente determinadas del ciclo de los capitales industriales individuales.

Para poner esto en claro, lo mejor es examinar el proceso de circulación en su conexión ininterrumpida, tal como aparece en las dos formas:

$$\text{II)}\quad P \ldots M' \begin{matrix} M \text{ —} \\ \text{— } D' \end{matrix} \qquad\qquad D \text{ — } M < \begin{matrix} T \\ Mp \end{matrix} \ldots P \ (P')$$

	m —	*d* — *m*	
	M —		*T*
		D — *M* <	... *P*... *M'*
III) M'	— *D'*		*Mp*
	m —	*d* — *m*	

Como serie de actos de circulación en general, el proceso de circulación (ya lo consideremos como *M – D – M* o como *D – M D),* sólo representa las dos series contrapuestas de metamorfosis de mercancías, cada una de las cuales encierra la metamorfosis opuesta por parte de la mercancía ajena o del dinero ajeno que se contrapone a ella.

M – D por parte del poseedor de mercancías es *D – M por* parte del comprador; la primera metamorfosis de la mercancía en *M – D* es la segunda metamorfosis de la mercancía que se presenta como *D*; y a la inversa, en *D – M.* Por tanto, lo que se ha dicho acerca del entrelazamiento de la metamorfosis de la mercancía en una fase con la de otra mercancía en otra fase es aplicable a la circulación del capital, siempre y cuando que el capitalista funcione como comprador y vendedor de la mercancía y, por tanto, su dinero como dinero frente a una mercancía ajena o como mercancía frente a un dinero ajeno. Pero este entrelazamiento no es a la par expresión del entrelazamiento de las metamorfosis de los capitales.

En primer lugar, *D – M (Mp)* puede representar, como hemos visto, un entrelazamiento de las metamorfosis de distintos capitales individuales. Por ejemplo, el capital–mercancías del fabricante de hilados de algodón, o sean los hilados mismos, es sustituido en parte por carbón. Una parte de su capital reviste la forma de dinero y se invierte luego en forma de mercancías, mientras que el capital del productor capitalista de carbón–reviste la forma de mercancías, invirtiéndose, por tanto, en forma de dinero; el mismo acto de circulación representa aquí las metamorfosis contrapuestas de dos capitales industriales (pertenecientes a dos distintas ramas de producción) y, por tanto, el entrelazamiento de las series de metamorfosis de estos capitales. Sin embargo, como hemos visto, el elemento *Mp* en que se invierte *D* no necesita ser un capital–necesita haber sido producido por un capitalista. Es siempre, de un lado *D – M* y del otro *M – D,* pero no es siempre un entrelazamiento de metamorfosis de capital. Además, *D – T*, la compra de fuerza de trabajo, no es nunca entrelazamiento de metamorfosis de capital, pues la fuerza de trabajo, aunque sea la mercancía del obrero, no se convierte en capital hasta que se vende al capitalista. Por otra parte, en el proceso *M' – D'* no es necesario que *D'* sea capital–mercancías transformado; puede ser la mercancía fuerza de trabajo convertida en dinero (salario) o un producto creado por un trabajador independiente, por un esclavo, un siervo o una comunidad.

En segundo lugar, tratándose del papel funcionalmente determinado que desempeña cada metamorfosis dentro del proceso de circulación de un capital individual, no rige ni mucho menos la norma de que representa la metamorfosis opuesta correspondiente en el ciclo de otro capital, siempre y cuando que partamos del supuesto de que toda la producción del mercado mundial se desarrolla por causa capitalistas. Por ejemplo, en el ciclo P ,puede ocurrir que el elemento *D'* que convierte en dinero el elemento *M'* sólo sea,

por parte del comprador, la realización monetaria de su plusvalía (cuando se trate de mercancías que sean
artículos de consumo) ; o que en

$$D'–M < \begin{matrix} T \\ Mp \end{matrix}$$

(donde, por tanto, el capital entra acumulado) sólo sea, para el vendedor de *Mp*, la reposición de su desembolso de capital. Y puede asimismo ocurrir que no entre para nada en su circulación de capital, como sucede cuando deriva hacia su inversión como renta.

Por consiguiente, no son simples entrelazamientos de metamorfosis de la circulación de mercancías, comunes a los actos de la circulación del capital y a los de cualquier otra circulación de mercancías, los que indican cómo se sustituye mutuamente en el proceso circulatorio –tanto con respecto al capital como con respecto a la plusvalía –las distintas partes integrantes del capital global de la sociedad de los capitales individuales no son más nuestros tantos elementos de funcionamiento independiente; esto requiere otro tipo de investigación. Hasta ahora, los autores se han contentado con pronunciar a este propósito algunas frases que, analizadas de cerca, se ve que sólo contienen ideas vagas, basadas exclusivamente en los entrelazamientos de metamorfosis pertenecientes a la circulación de mercancías en general.

Una de las características más tangibles del proceso cíclico del capital industrial y también, por tanto, de la producción capitalista, es el hecho de que, por una parte, los elementos integrantes del capital productivo proceden del mercado de mercancías, necesitando renovarse constantemente a base del mismo, comprarse como mercancías, mientras que, por otra parte, el producto del proceso de trabajo sale de él como mercancía necesitando venderse constantemente, una y otra vez, como tal mercancía. Basta comparar por ejemplo, a un arrendatario moderno de la Baja Escocia con un pequeño agricultor continental a la antigua. El primero vende todo lo que produce, por cuya razón tiene que reponer en el mercado todos los elementos para su producción, incluso la simiente; el segundo, en cambio, por lo general. consume directamente la mayor parte de su producto, compra y vende la menor cantidad posible de artículos, fabrica sus aperos, sus vestidos, etc.

Basándose en esto, se han distinguido como tres formas características del movimiento económico de la producción social la economía natural, la economía pecuniaria y la economía basada en el crédito. Pero a esta división cabe oponer algunos reparos.

En primer lugar, estas tres formas no representan tres fases de desarrollo equiparables entre sí. La llamada economía de crédito no es, en realidad, más que una forma de la economía pecuniaria, en cuanto ambas denominaciones expresan funciones o modos de tráfico entre los mismos productores. En la producción capitalista desarrollada, la economía pecuniaria sólo funciona como base de la economía de crédito. Por consiguiente, la economía pecuniaria y la de crédito corresponden simplemente a dos fases distintas de desarrollo de la producción capitalista, pero no son, ni mucho menos, formas distintas e independientes de tráfico que puedan contraponerse a la economía natural. Con la misma razón podrían oponerse a estas dos formas, como equiparables a ellas, las diversas modalidades de la economía natural.

En segundo lugar, las categorías de economía pecuniaria y economía de crédito no destacan y subrayan como característica distintiva la economía misma, es decir, el proceso

de producción, sino el sistema de crédito entre los diversos agentes de la producción o productores que corresponden a esa economía; lo lógico sería hacer otro tanto en lo que a la primera categoría se refiere, hablando, por consiguiente, de economía de trueque en vez de economía natural. Sin embargo, una economía natural absolutamente cerrada, como lo era por ejemplo el estado de los incas peruanos, no entrarla en ninguna de estas categorías.

En tercer lugar la economía pecuniaria es común a toda producción de mercancías y el producto aparece como mercancía en los más diversos organismos sociales de producción. Por tanto, lo característico de la producción capitalista sería, según esto, simplemente la extensión en que el producto se produce como artículo comercial, como mercancía y en que, por consiguiente deben entrar también como artículos comerciales, como mercancías, en el régimen económico sus propios elementos integrantes.

En realidad, la producción capitalista es la producción de mercancías como forma general de la producción, pero lo es exclusivamente, y cada vez más a medida que se desarrolla, porque aquí el propio trabajo aparece como mercancía, porque el obrero vende el trabajo, es decir, la función de su fuerza de trabajo, y la vende además, según nuestra hipótesis, por el valor determinado por su costo de producción. A medida que el trabajo se convierte en trabajo asalariado, el productor se convierte en capitalista industrial; de aquí que la producción capitalista (y, por tanto, la producción de mercancías) sólo cobre su expresión completa así donde queda incluido también en la categoría de los obreros asalariados el productor agrícola directo. En la relación entre el capitalista y el obrero asalariado, la relación pecuniaria, la relación entre comprador y vendedor, se convierte en una relación inmanente a la misma producción. Pero esta relación descansa, fundamentalmente, en el carácter social de la producción, no en el del tráfico: éste obedece, por el contrario, a aquél. Por lo demás, es lógico que la mentalidad burguesa, que sólo ve lo que se refiere al negocio, no comprenda que es el carácter del régimen de producción lo que sirve de base al régimen de tráfico correspondiente, y no a la inversa.[1]

El capitalista lanza a la circulación, en forma de dinero, menos valor del que saca de ella, porque hace circular más valor en forma de mercancía del que bajo la misma forma retira de la circulación. Cuando actúa simplemente como personificación del capital, como capitalista industrial, su oferta de valor en forma de mercancías es siempre mayor que su demanda de valor en idéntica forma. Sí la oferta y la demanda coinciden en este plano, no podría valorizarse su capital; éste no funcionaría como capital productivo, el capital productivo se convertiría en simple capital–mercancías, que no lleva adherida plusvalía alguna; de ser así, no habría arrancado a la fuerza de trabajo, durante el proceso de producción, la menor plusvalía en forma de mercancías, lo que vale tanto como decir que no habría funcionado como capital: tiene, indudablemente, que “vender más caro que compró”, pero si logra esto es precisamente porque, gracias al proceso capitalista de producción, puede convertir la mercancía más barata, por ser de menos valor, comprada por él, en otra más cara, por ser de mayor valor. Sí vende más caro, no es porque recargue el valor de su mercancía, sino porque vende una mercancía de valor superior a la suma de valor de sus ingredientes de producción.

La cuota de valorización de su capital conseguida por el capitalista será tanto mayor cuanto mayor sea la diferencia entre su oferta y su demanda, es decir, cuanto mayor sea el remanente del valor de la mercancía que ofrece en venta sobre el valor de la mercancía que busca. Por tanto, su meta, lejos de ser la coincidencia de la oferta y la demanda es, por el contrario, el mayor desnivel posible entre una y otra.

Y lo que decimos del capitalista individual es aplicable a toda la clase capitalista.

Cuando el capitalista personifica simplemente el capital industrial, su propia demanda se reduce a la demanda de medios de producción y fuerza de trabajo. Su demanda de *Mp* es, considerada en cuanto a su valor, menor que su capital desembolsado; compra medios de producción por menos valor que el de su capital y, por tanto, de menos valor también que el capital –mercancías que lanza al mercado.

Por lo que se refiere a su demanda de fuerza de trabajo, ésta se halla determinada, en cuanto a su valor, por la relación entre. A su capital variable y su capital global, es, por tanto, = *v*: *C*, por cuya razón, dentro de la producción capitalista y desde el punto de vista de su producción, tiende a ser cada vez más pequeña que su demanda de medios de producción que va en constante aumento, mayor comprador de *Mp* que de *T*.

Puesto que el obrero invierte la mayor parte de su salario en medios de sustento y su casi totalidad en artículos de primera necesidad, llegaremos a la conclusión de que la demanda de fuerzas de trabajo por parte del capitalista es, al mismo tiempo, indirectamente, demanda de los medios de consumo que entran en el consumo de la clase obrera. Pero esta demanda es = *v*, ni un átomo mayor (si el obrero ahorra una parte de su salario –dejando a un lado aquí, necesariamente, todos los factores de crédito–, ello equivale a decir que atesora una parte de su salario, con respecto a la cual no pone en juego la demanda, no actúa como comprador). El límite máximo de la demanda del capitalista es = $C = c + v$, pero su oferta es $=c + v + p$. Por tanto, si la composición de su capital –mercancías es de 80 c + 20 v + 20 b, su demanda será = 80 c + 20 v, y por tanto, en cuanto a su valor 1/5 menor que su oferta. Cuanto mayor sea el porcentaje de la masa *p* por él producida (es decir, la cuota de ganancia), menor será su demanda en relación con su oferta. Si bien la demanda de fuerza de trabajo por parte del capitalista y, por tanto, indirectamente, de artículos de primera necesidad, va disminuyendo progresivamente a medida que se desarrolla la producción con respecto a su demanda de medios de producción, no debe olvidarse, por otra parte, que su demanda de *Mp* es siempre menor que su capital, calculado un día con otro. Por eso su demanda de medios de producción tiene que encerrar siempre, necesariamente, menos valor que el producto–mercancías del capitalista que le suministra estos medios de producción, suponiendo que opere con el mismo capital y que las demás circunstancias sean idénticas. El hecho de que se trate de muchos capitalistas y no de uno solo, no altera para nada los términos del problema. Suponiendo que su capital sea de 1,000 libras esterlinas y la parte constante del mismo = 800 libras esterlinas, su demanda será, en conjunto, 800 libras esterlinas; entregarán conjuntamente por 1,000 libras esterlinas (cualquiera que sea la parte que corresponda a cada uno de ellos y la parte alícuota que represente dentro del capital total), a base de la misma cuota de ganancia, medios de producción por valor de 1,200 libras; por tanto, su demanda sólo cubrirá 2/3 de su oferta, mientras que su propia demanda total sólo será, considerada en cuanto a la magnitud de valor = 4/5 de su propia oferta.

Antes de seguir adelante, debemos adelantar, inicialmente, algo acerca de la rotación. Supongamos que su capital global sea de 5,000 libras esterlinas, de ellas 4,000 libras capital fijo y 1,000 capital circulante; estas 1,000 libras descompuestas, a su vez, según la hipótesis anterior en 800 c + 200 v. Su capital circulante deberá describir cinco rotaciones al año, para que su capital global describa una rotación; su producto–mercancías será, en estas condiciones, = 6,000 libras esterlinas, es decir, superior en 1,000 libras a su capital

desembolsado, lo que a su vez da como resultado la misma proporción de plusvalía que arriba:

5,000 C : 1,000 = $100_{(c+v)}$: 20p. Por consiguiente, esta rotación no altera en lo más mínimo la proporción entre su demanda global y su oferta global, pues la primera sigue siendo 1/5 menor que la segunda.

Supongamos ahora que su capital fijo haya de renovarse en 10 anos, que amortice, por tanto, 1/10 = 40 libras esterlinas en capital fijo + 400 libras en dinero. Las. reparaciones necesarias, siempre que no excedan del nivel medio, no son sino una inversión de capital hecha a *posteriori*. Podemos enfocar el problema como sí el capitalista hubiese incluido los gastos de reparación al calcular el valor de su capital, de inversión, en la medida en que éste entra en el producto–mercancías anual, quedando por tanto englobada en él 1/10 de amortización. (Sí las reparaciones necesarias quedan por debajo del nivel medio, eso sale ganando, del mismo modo que sale perdiendo si son superiores a él. Pero estas diferencias se compensan entre sí cuando se enfoca en su totalidad la clase de los capitalistas que operan en la misma rama industrial). En todo caso, aunque suponiendo que, con una rotación anual de su capital global, su de manda anual sea = 5,000 libras esterlinas, es decir, igual a su valor–capital primitivamente desembolsado, no obstante aumenta con relación a la parte circulante del capital, mientras que con respecto a la parte fija del mismo va en constante disminución.

Pasemos ahora a la reproducción. Supongamos que el capitalista consume toda la plusvalía *d* y sólo vuelve a invertir en capital productivo la suma primitiva del capital *C*. Aquí, la demanda del capitalista se halla equiparada a su oferta. Pero no con relación al movimiento de su capital, pues como capitalista sólo ejerce una demanda equivalente a 4/5 de su oferta (considerada en cuanto a su magnitud de valor; 1/5 lo consume como no capitalista, no en su función de capitalista, sino para satisfacer sus necesidades privadas o sus placeres).

La cuenta, calculada a base de tantos por ciento, será la siguiente:

como capitalista, demanda	= 100,	oferta	= 120
como particular, “	= 20,	“	=
Total demanda	= 120,	oferta	= 120

Esta premisa equivale al supuesto de la inexistencia de la producción capitalista y, por tanto, de la inexistencia del mismo capitalista industrial. Pues el capitalismo queda destruido por su base al sentar la premisa de que el motivo propulsor es el disfrute y no el enriquecimiento.

Pero, además, esto es técnicamente imposible. El capitalista no sólo debe formar un capital de reserva para ponerse a salvo de las oscilaciones de los precios y poder esperar la coyuntura más favorable para comprar o vender; debe, además, acumular capital para ampliar la producción e incorporar a su organismo productivo los progresos de la técnica.

Para acumular capital, debe ante todo retirar de la circulación una parte de la plusvalía en forma de dinero, atesorarla, hasta que alcance las proporciones necesarias para ampliar su negocio antiguo o emprender otro accesorio. Mientras dura el atesoramiento, no incrementa la demanda del capitalista; el dinero permanece inmovilizado: no retira del mercado de mercancías ningún equivalente en forma de mercancía por el equivalente en dinero que sustrae de él a cambio de la mercancía que aporta.

Aquí, prescindimos del crédito, y crédito es, por ejemplo, el hecho de que, el capitalista deposite en el banco, en cuenta corriente con intereses, el dinero, a medida que se va acumulando.

NOTAS AL PIE CAP 4

1 Hasta aquí, tomado del manuscrito V. Lo que sigue, hasta el final del presente capítulo, está tomado de una nota que se encontró entre extractos de lecturas. en un cuaderno de 1877 ó 1878.

CAPITULO V

EL TIEMPO DE CIRCULACION[1]

El movimiento del capital a través de la esfera de la producción y de las dos fases de la esfera de la circulación se efectúa, como hemos visto, en una sucesión a lo largo del tiempo. El tiempo que permanece en la esfera de la producción constituye su tiempo de producción, el que permanece en la esfera de la circulación su tiempo de circulación. Por tanto, el tiempo total que tarda en describir su ciclo equivale a la suma de los dos: el tiempo de producción más el tiempo de circulación.

El tiempo de producción abarca, naturalmente, el periodo del proceso de trabajo, pero no se reduce a él. En primer lugar, debe recordarse que una parte del capital constante existe en forma de medios de trabajo, tales como máquinas, edificios, etc., que funcionan, mientras dura su vida, en los mismos procesos de trabajo, constantemente repetidos. La interrupción periódica del proceso de trabajo, durante las noches, por ejemplo, aunque interrumpa la función de estos medios de trabajo, no interrumpe sin embargo su permanencia en los lugares de producción. No forman parte de éstos solamente cuando funcionan, sino también cuando se hallan inactivos. Por otra parte, el capitalista no tiene más remedio que mantener en disponibilidad cierta reserva de materias primas y materias auxiliares para que el proceso de producción siga desarrollándose durante un tiempo más o menos largo sobre la escala prevista, sin exponerse a las contingencias de tener que abastecerse diariamente de esas materias en el mercado. Esta reserva de materias primas, etc., sólo va consumiéndose productivamente de un modo paulatino. Media, por tanto, una diferencia entre el tiempo de producción[2] y el tiempo de funcionamiento de dichas materias. Por consiguiente, el tiempo de producción de los medios de producción abarca, en general: *1*) el tiempo durante el cual funcionan como medios de producción, es decir, durante el cual actúan en el proceso de producción; *2*) las pausas durante las cuales se interrumpe el proceso de producción, y con la función de los medios de producción incorporados a él; *3*) el tiempo durante el cual, aunque se hallen disponibles como condiciones del proceso de producción y representen ya, por tanto, capital productivo, no se hallan aún incorporados a aquel proceso.

La diferencia, examinada hasta ahora es, en todo caso, una diferencia que media entre el tiempo de permanencia del capital productivo en la esfera de la producción y su tiempo de permanencia en el proceso mismo de producción. Pero este mismo proceso puede implicar interrupciones del proceso de trabajo y, por tanto, del tiempo de éste, intervalos durante los cuales el objeto de trabajo queda expuesto a la acción de ciertos procesos físicos en los que el trabajo humano para nada interviene. Por tanto, en estos casos, la función de los medios de producción sigue ejerciéndose, a pesar de interrumpirse el proceso de trabajo y, por ende, la función de los medios de producción como medios de trabajo. Tal acontece, por ejemplo, con el trigo una vez sembrado, con el vino que fermenta en la bodega, con los materiales de trabajo de muchas manufacturas, como por ejemplo las tenerías, sujetos a la acción de procesos químicos. En estos casos, el tiempo de producción es siempre mayor que el tiempo de trabajo. La diferencia entre ambos reside en el exceso del primero sobre el segundo. Este exceso descansa siempre sobre el hecho de que el capital productivo se halla de un modo *latente* en la esfera de la producción sin funcionar

en el proceso mismo de producción, o bien funciona en el proceso de producción sin hallarse en el proceso de trabajo.

La parte del capital productivo latente que existe disponible simplemente como condición para el proceso de producción, tal como el algodón, el carbón, etc., en las fábricas de hilados de algodón, no actúa como factor creador de producto, ni como agente creador de valor. Es capital inactivo, aunque esta inactividad sea condición indispensable para el curso ininterrumpido del proceso de producción. Los edificios, aparatos, etc., necesarios como receptáculos de la reserva productiva (del capital latente) son, asimismo, condiciones del proceso de producción y forman, por tanto, parte del capital productivo desembolsado. Cumplen su función de conservar las partes productivas durante la fase preparatoria. Los procesos de trabajo que pueden ser necesarios en esta fase encarecen las materias primas, etc., pero son trabajos productivos y crean plusvalía, puesto que una parte de ellos, al igual que todo trabajo asalariado, queda sin retribuir. Las interrupciones normales de todo el proceso de producción y, por tanto, los intervalos en que el capital productivo no funciona, no producen valor ni plusvalía. De aquí la tendencia a que la jornada de trabajo se extienda también durante la noche (libro I, cap. XVIII, [pp. 455 ss.]). Los intervalos en el tiempo de trabajo a que debe someterse el objeto de trabajo durante el mismo proceso de producción, no crean valor ni plusvalía; pero fomentan el producto, constituyen una parte de su vida, un proceso por el que necesariamente tiene que pasar. El valor de los aparatos, etc., se transfiere al producto en proporción a, tiempo total durante el cual funciona; el producto es situado en esta fase por el trabajo mismo, y el empleo de estos aparatos constituye una condición tan necesaria de la producción como limpiar de polvo una parte del algodón, operación que, aún no incorporando nada al producto, le transfiere, sin embargo, un valor. La otra parte del capital latente, la formada por los edificios, las máquinas, etc., es decir, por los medios del trabajo cuyo funcionamiento sólo se interrumpe en las pausas regulares del proceso de producción, las interrupciones irregulares nacidas de entorpecimientos de la producción, crisis, etc., representan puras pérdidas, añaden valor sin entrar en la formación del producto; el valor total que añaden a éste se determina por su duración medía; por ser un valor de uso, pierde valor tanto en el tiempo durante el cual funciona como en el tiempo que permanece inactivo.

Finalmente, el valor del capital constante, que permanece en el proceso de producción aunque se interrumpa el proceso de trabajo, reaparece en el resultado del primero. A través del mismo trabajo, los medios de producción se ven puestos aquí en condiciones dentro de las cuales recorren por sí mismos ciertos procesos naturales, cuyo resultado es un determinado efecto útil o una forma distinta de su valor de uso. El trabajo transfiere siempre el valor de los medios de producción al producto, a condición de que los consuma de un modo realmente eficaz, como tales medios de producción. Tanto da, para estos efectos, que el trabajo haya de actuar de un modo continuo sobre su objeto, a través de los medios de trabajo, para obtener ese resultado, o que sólo necesite darle impulso poniendo los medios de producción en condiciones que les permitan provocar por sí mismos el resultado apetecido, por virtud de ciertos procesos naturales y sin la acción ulterior del trabajo.

Cualquiera que sea la razón que explique el que el proceso de producción sea más largo que el proceso de trabajo –bien porque haya medios de producción que sólo representan un capital productivo y se hallen, por tanto, en una fase previa del verdadero proceso de producción, bien porque su función se interrumpa dentro de este proceso, por sus pausas, o

bien, finalmente, porque el mismo proceso de producción imponga ciertas interrupciones del proceso de trabajo–, los medios de producción no absorben trabajo, en ninguno de estos casos. Y, no absorbiendo trabajo, no absorben tampoco, como es natural, trabajo sobrante. No se produce, por tanto, ninguna valorización del capital productivo, mientras éste permanece en la parte de su tiempo de producción que rebasa el tiempo de trabajo, por muy inseparable que pueda ser de estas pausas el proceso de valorización, en su plena efectividad. Es evidente que cuanto más coincidan el tiempo de producción y el tiempo de trabajo, mayores serán la productividad y la valorización de un determinado capital productivo dentro de un plazo dado. De aquí la tendencia de la producción capitalista a acortar lo más posible el exceso del tiempo de producción sobre el tiempo de trabajo. Sin embargo, aunque el tiempo de producción del capital puede diferir de su tiempo de trabajo, éste se halla siempre contenido en aquél y el propio exceso es condición del mismo proceso de producción. El tiempo de producción es siempre, por tanto, el tiempo durante el cual el capital produce valores de uso y se valoriza a sí mismo, funcionando, por consiguiente, como capital productivo, aunque durante una parte de ese tiempo permanezca latente o produzca sin valorizarse.

Dentro de la esfera de circulación, el capital reviste las formas de capital –mercancías y capital–dinero. Sus dos procesos de circulación consisten en transformarse de la forma mercancías en la forma dinero y de la forma dinero en la forma mercancías. El hecho de que la transformación de la mercancía en dinero represente aquí, al mismo tiempo, la realización de la plusvalía incorporada a la mercancía, y la transformación del dinero en mercancía suponga, a la par, la transformación o la reversión del valor–capital para recobrar la forma de sus elementos de producción, no altera en lo más mínimo la realidad de que estos procesos, como procesos circulatorios, son procesos de simples metamorfosis de mercancías.

El tiempo de circulación y el tiempo de producción se excluyen mutuamente. Mientras circula, el capital no funciona como capital productivo, ni produce, por tanto, mercancías ni plusvalía. Si examinamos el ciclo en su forma más simple en el que el valor–capital en su conjunto pasa siempre de golpe de una fase a otra, vemos palpablemente cómo el proceso de producción y con él el proceso de autovalorización del capital se interrumpe mientras dura el tiempo de circulación y cómo según la duración de éste será más rápida o más lenta la renovación de aquél. En cambio, cuando las diferentes partes del capital se entrecruzan, de tal modo que el ciclo del valor–capital en su conjunto se efectúa sucesivamente a través del ciclo de sus diferentes partes, es evidente que cuanto más tiempo permanezcan sus partes alícuotas en la esfera de circulación, menor será la parte del capital que funcione en la esfera de la producción. Por tanto, la expansión y la contracción del tiempo de circulación actúan como traba negativa sobre la contracción o la expansión del tiempo de producción o del plazo durante el cual un capital de determinada magnitud funciona como capital productivo. Cuanto más ideales sean las metamorfosis circulatorias del capital, es decir, cuanto más se reduzca a 0 o tienda a reducirse a 0 el tiempo de circulación, más funcionará el capital, mayores serán su productividad y su autovalorización. Si el capitalista, por ejemplo, trabaja por encargo, cobrando el producto en el momento de entregarlo y se le pagó en, sus propios medios de producción, el tiempo de circulación se acercará mucho a 0.

El tiempo de circulación del capital limita, por tanto, en términos generales, su tiempo de producción y, por consiguiente, su proceso de valorización. Y los limita, concretamente,

en proporción a lo que dura. Esta duración puede aumentar o disminuir de muy diversos modos y restringir así en un grado muy distinto el tiempo de producción del capital. Pero lo que la economía política ve es lo que se *manifiesta:* la acción que ejerce el tiempo de circulación sobre el proceso de valorización del capital, en términos generales. El economista concibe esta acción negativa como positiva, porque son positivas sus consecuencias. Y se aferra más aún a esta apariencia, porque cree encontrar en ella la prueba de que el capital encierra una fuente mística de autovalorización, independiente de su proceso de producción y, por tanto, de la explotación del trabajo, fuente que, según ella, fluye en la órbita de la circulación. Más adelante veremos cómo hasta la economía científica se deja engañar por esta apariencia. Contribuyen a afirmarla en este error, como también veremos, diversos fenómenos: *1*) el modo capitalista de calcular las ganancias, en que la razón negativa figura como positiva, en el sentido de que, tratándose de capitales colocados en distintas esferas de inversión en que sólo difiere el tiempo de circulación, se presenta la mayor duración del tiempo de circulación como una razón del alza de precio y como una de las razones que contribuyen a la compensación de las ganancias; *2*) el tiempo de circulación sólo constituye una fase del tiempo de rotación, del cual forma parte el tiempo de producción o el de reproducción. Se atribuye al tiempo de circulación lo que corresponde, en realidad, al segundo. *3*) La transformación de las mercancías en capital variable (salarios) se halla condicionada por su transformación previa en dinero. Por tanto, en la acumulación del capital la transformación en capital variable adicional se opera en la esfera de circulación o durante el tiempo de ésta. Y ello hace que la acumulación se crea resultado del tiempo de circulación.

Dentro de la esfera de circulación, el capital recorre n un sentido o en otro las dos fases contrapuestas *M – D y D – M.* Su tiempo de circulación se divide, por tanto, en dos partes; el tiempo que necesita para convertirse de mercancía en dinero. y el tiempo necesario para convertirse de dinero en mercancía. Sabemos ya por el análisis de la circulación simple de mercancías (libros, cap. III [pp. 71 ss.] que la fase *M – D*, la de la venta, representa la parte más difícil de su metamorfosis y por tanto, en condiciones normales, la mayor parte del tiempo de circulación. Cuando reviste la forma de dinero, el valor puede invertirse en cualquier momento. En cambio, como mercancía, necesita convertirse previamente en dinero para ser directamente cambiable y estar en condiciones de actuar a cada instante. Sin embargo, el proceso circulatorio del capital en su fase *D – M* supone precisamente su transformación en mercancías que representen determinados elementos del capital productivo en la base dada de inversión. Puede ocurrir que los medios de producción no se encuentren en el mercado, sino que deban ser producidos previamente, que haya que ir a buscarlos a mercados lejanos, que se presenten lagunas en su abastecimiento normal, cambios de precios, etc.; en una palabra, todo un cúmulo de circunstancias que no se traslucen en la simple fórmula *D – M*, pero que absorben unas veces más y otras menos tiempo, en esta parte de la fase de circulación. Las fases *M – D y D – M* se hallan separadas en el tiempo, pudiendo también ocurrir que lo estén en el espacio, que el mercado de compra y el de venta sean mercados geográficamente distintos. En las fábricas, por ejemplo, suele incluso ocurrir que los compradores y los vendedores sean distintas personas. En la producción de mercancías, la circulación es tan necesaria como la misma producción y los agentes de circulación tan necesarios, por consiguiente, como los de producción. El proceso de reproducción engloba ambas funciones del capital; implica también, por tanto, la necesidad de que estas funciones se hallen representadas ya sea por

el mismo capitalista o por obreros asalariados, agentes suyos. Pero esto no es razón para confundir los agentes de la circulación con los de la producción, como no lo es tampoco para confundir las funciones del capital mercancías y del capital dinero con las funciones del capital productivo. Los agentes de la circulación tienen que ser pagados por los agentes de la producción. Pero los capitalistas, al comprar y vender entre sí, no crean con este acto productos ni valor; y la cosa no cambia porque el volumen de sus negocios les permita y exija confiar estas funciones a otros. En algunos negocios, los compradores y vendedores se hallan interesados con un tanto por ciento en los beneficios. La frase de que son los consumidores quienes les pagan, no resuelve nada. Los consumidores sólo les pueden pagar en la medida en que, como agentes de la producción, produzcan un equivalente en mercancías o se lo apropien tomándolo de los agentes de la producción, ya sea a base de un título jurídico (como sus asociados, etc.) o en concepto de retribución por sus servicios personales.

Existe entre las fases *M – D y D – M* una diferencia que no guarda relación alguna con la diversidad de forma entre la mercancía y el dinero, sino que responde al carácter capitalista de la producción. De por si, tanto *M – D* como *D – M* son simples trasposiciones de un valor dado de una forma a otra. Sin embargo, *M' – D'* representa, al mismo tiempo, la realización de la plusvalía contenida en *D'. No* ocurre así en *D – M.* Por eso la venta es más importante que la compra. *D – M* es, en condiciones normales, un acto necesario para la valorización del valor expresado en *D,* pero no es nunca realización de plusvalía. Encauza su producción, pero no contribuye a ella.

La forma o modalidad de las mismas mercancías, su existencia como valores de uso, traza determinados límites a la circulación del capital –mercancías *M` – D'.* Las mercancías son, por naturaleza, perecederas. Por consiguiente, si no entran en el consumo productivo o individual, según su destino; si, dicho en otros términos, no se venden al cabo de cierto tiempo, se deterioran y pierden, con el valor de uso, su facultad de ser encarnación del valor de cambio. Se pierde el valor–capital y la plusvalía contenidos en ellos. Los valores de uso sólo son encarnación del valor–capital perenne y fuente de propia valorización cuando se renuevan y reproducen constantemente, reponiéndose con nuevos valores de uso del mismo tipo o ríe tipo distinto. Pero la condición incesante de su reproducción es. su venta bajo su forma terminada de mercancías, lo que les permite entrar en la órbita del consumo productivo o individual. Tienen que cambiar su antigua forma útil dentro de un determinado plazo, para poder seguir existiendo bajo una forma nueva. El valor de cambio sólo se conserva mediante esta renovación constante de su envoltura corpórea. Los valores de uso de distintas mercancías se deterioran más o menos rápidamente; entre su producción o su consumo puede transcurrir, por tanto, un tiempo más o menos largo; pueden, por consiguiente, sin perecer, permanecer más o menos tiempo en la fase de circulación *M – D* como capital–mercancias; soportar, como mercancías, un tiempo más o menos largo de circulación. El límite que traza al tiempo de circulación del capital–mercancías el deterioro de la materialidad corpórea de éstas, constituye el límite absoluto de esa parte del tiempo de circulación o del mismo período de circulación que el capital–mercancías puede recorrer en cuanto tal. Cuanto más perecedera sea una mercancía, cuanto más rápidamente deba ser consumida y, por tanto, vendida, después de su producción, menos podrá alejarse de su lugar de producción, más reducida será, por tanto, su esfera territorial de circulación, mayor carácter local tendrá su mercado de venta. Por consiguiente, cuanto más breve sea la vida de una mercancía, cuanto más estrecho sea, por su carácter físico, el límite absoluto de su

tiempo de circulación como mercancía, menos apta será como objeto de la producción capitalista. Esta sólo puede aclimatarse en lugares de gran densidad de población o a medida que las distancias geográficas se acortan con el desarrollo de los medios de transporte. La concentración de la producción de un artículo en pocas manos y en lugares densamente poblados puede, sin embargo, crear un mercado relativamente grande para esta clase de artículos, como ocurre por ejemplo con las grandes fábricas de cerveza, las grandes lecherías, etc.

Notas al pie Cap 5

1 A partir de aquí, tomado del manuscrito IV.

2 El término de tiempo de producción se emplea aquí en un sentido activo. El tiempo de producción de los medios de producción significa, en este pasaje, no el tiempo en que se producen, sino el tiempo en que participan en el proceso de producción de una mercancía. (*F. E.*)

CAPÍTULO VI

LOS GASTOS DE CIRCULACION

1. *Gastos netos de circulación*

a) Tiempo de compra y de venta

Las mutaciones de forma del capital para convertirse de mercancía en dinero y de dinero en mercancía constituyen, al mismo tiempo, operaciones comerciales del capitalista, actos de compra y venta. El tiempo en que se operan estas mutaciones de forma del capital es, subjetivamente, desde el punto de vista del capitalista, tiempo de venta y de compra, el tiempo durante el cual el capitalista actúa en el mercado como vendedor y comprador. Y, así como el período durante el cual el capital circula constituye una fase necesaria de su proceso de reproducción, el tiempo durante el cual el capitalista compra y vende, se mueve en el mercado, representa una fase necesaria de su proceso de actuación como capitalista, es decir, como capital personificado. Forma parte de su período de negocios.

Puesto que partimos del supuesto de que las mercancías se compran y se venden por su valor, estas operaciones no hacen más que transferir el mismo valor de una forma a otra, de la forma mercancía a la forma dinero y viceversa; es decir, sólo operan un simple cambio de forma. Cuando las mercancías se venden por lo que valen, la magnitud de valor permanece invariable, tanto en manos del comprador como en las del vendedor; lo único que cambia es la forma bajo la cual existe. Cuando, por el contrario, las mercancías no se venden por su valor, permanece invariable la suma de los valores transferidos, pues se compensa la diferencia de más en uno de los lados con la diferencia de menos en el otro.

Pero las metamorfosis *M – D y D – M* son operaciones que se desarrollan entre el comprador y el vendedor; éstos necesitan tiempo para ponerse de acuerdo, tanto más cuanto que se trata de una lucha en que cada cual trata de lucrar a costa del otro, y cuando dos hombres de negocios se enfrentan, ya se sabe: “when Greek meets Greek then comes the tug of war”. (2) Este cambio de forma supone tiempo y trabajo, pero no para crear valor, sino simplemente para transferirlo de una forma a otra, sin que una cosa cambie por el hecho de que ambas partes intenten mutuamente apropiarse, en esta operación, una cantidad adicional de valor. Este trabajo, acrecentado por las intenciones malignas de las dos partes, no crea ningún valor, del mismo modo que el trabajo invertido en un proceso judicial no aumenta en lo más mínimo la magnitud del valor del objeto litigioso. Acontece con este trabajo –que representa una fase necesaria del proceso capitalista de producción en su totalidad, proceso que incluye también la circulación o va implícito en ella– algo parecido a lo que ocurre con el trabajo de combustión de una materia empleada para producir calor. El trabajo de combustión, a pesar de representar una fase necesaria del proceso de combustión, no produce calor alguno. Así, por ejemplo, si quiero emplear carbón como combustible, tengo que combinarlo con oxígeno, convirtiéndolo para ello de su estado sólido en el estado gaseiforme (pues en el anhídrido carbónico, resultado de la combustión, el carbón aparece en forma de gas); es decir, operando un cambio físico de forma o modalidad de existencia del mismo cuerpo. La separación de las moléculas de carbono, que forma un todo sólido, y la disgregación de estas moléculas en sus átomos

tiene necesariamente que preceder a la nueva combinación, y ello supone un cierto gasto de energía que no se transforma en calor, sino que hay que descontar de éste. Por tanto, si los poseedores de mercancías no son capitalistas, sino productores directos que trabajan por cuenta propia, el tiempo que inviertan en comprar o vender deberá descontarse de su tiempo de trabajo, razón por la cual estos operarios procuran siempre [tanto en la Antigüedad como en la Edad Media] realizar tales operaciones los domingos y días festivos.

Las dimensiones que la circulación de las mercancías toma en manos del capitalista no pueden, naturalmente, convertir en fuente de valor este trabajo que no crea valor alguno, sino que se limita a hacer cambiar al valor de forma. Y el milagro de esta transubstanciación no pueden obrarse tampoco por medio transposición de sujetos, es decir, haciendo que el "trabajo de combustión" a que nos referimos, en vez de ser ejecutado directamente por el capitalista industrial, se convierta en misión exclusiva de terceras personas a sueldo de él. Naturalmente, estas terceras personas no pondrán su trabajo a disposición suya por amor a sus *beaux yeux* (3). Al encargado de cobrar las rentas de un terrateniente o al ordenanza de un banco le tiene sin cuidado el que su trabajo no aumente ni en un ápice la magnitud de valor de las rentas cobradas (o de las monedas de oro trasladadas en talegas a otro banco).[1]

Para el capitalista que hace trabajar a otros a su servicio, la compra y la venta constituyen una función fundamental. Como se apropia en una gran escala social el producto de muchos, tiene que vender también este producto en las mismas proporciones, y luego volver a convertir el dinero en los elementos de producción. Pero, el tiempo empleado en la compra y en la venta no crea tampoco en este caso ningún valor. La función del capital comercial suscita aquí cierta ilusión. Sin embargo, aun sin entrar por ahora en detalles, es evidente, desde luego, que aunque por efecto de la división del trabajo una función que, siendo de suyo improductiva, constituye una fase necesaria en el proceso de la reproducción, se convierta de una operación accesoria realizada por muchos en operación exclusiva de unos cuantos, en incumbencia específica de éstos, no cambia para nada, de por sí, el carácter de la función. Puede ocurrir que *un* comerciante (considerado aquí como simple agente encargado de hacer cambiar de forma las mercancías, como simple comprador y vendedor) acorte, con sus operaciones, el tiempo de compra y venta de *muchos* productores. En este caso, habrá que considerarlo como una máquina destinada a reducir un gasto inútil de fuerzas, ayudando a dejarlas libres para emplearlas en el proceso de producción .[2]

Supongamos, para simplificar la cosa (pues más adelante examinaremos al comerciante como capitalista y como capital comercial), que este agente dedicado a comprar y vender sea una persona que vende su trabajo. Su fuerza y su tiempo de trabajo se invierten en las operaciones *M – D y D – M.* Vive por tanto de esto, como otros viven, por ejemplo, de hilar o de amasar píldoras. Y realiza una función necesaria, ya que el proceso de reproducción incluye también funciones improductivas. Trabaja lo mismo que otro cualquiera, con la particularidad de que el contenido de su trabajo no crea un valor ni un producto. Figura entre los *faux frais* (4) de la producción. Su utilidad no consiste en convertir una función improductiva en productiva o un trabajo improductivo en productivo. Si pudiera operarse semejante transformación mediante una simple transferencia de funciones, ello constituiría un milagro. Su utilidad consiste en destinar a esta función improductiva una cantidad menor de fuerza y de tiempo de trabajo de la sociedad. Más aún.

Supongamos que este agente sea un obrero asalariado, mejor pagado si se quiere. Por bien que se le pague, como obrero asalariado trabajará necesariamente una parte de su tiempo gratis. Obtendrá, por ejemplo, diariamente, el producto de valor de ocho horas de trabajo y trabajará diez. Las dos horas de trabajo excedente que efectúe no producirán ningún valor, ni más ni menos que las ocho horas de trabajo necesario, aunque por medio de éstas se transfiera a él una parte del producto social. En primer lugar, porque, considerada la cosa desde el punto de vista social, en esta simple función circulatoria, se seguirá desperdiciando, lo mismo que antes, una fuerza de trabajo durante diez horas diarias. Dicha fuerza de trabajo no puede emplearse en ninguna otra cosa, no puede emplearse en rendir trabajo productivo. En segundo lugar, porque la sociedad no paga las dos horas de trabajo sobrante, a pesar de que el individuo que efectúa éste las rinde. La sociedad no se apropia por medio de este trabajo ningún producto o valor adicional. Lo que pasa es que los gastos de circulación que dicho individuo representa se reducen en una quinta parte, de diez horas a ocho. La sociedad no paga ningún equivalente por una quinta parte de este tiempo activo de circulación de que aquél es agente. Y sí es el capitalista quien lo emplea, el hecho de no pagar estas dos horas disminuirá los gastos de circulación de su capital, que representan una merma de sus ingresos. Es, para él, una ganancia positiva, ya que reduce el límite negativo puesto a la valorización de su capital. En cambio, si son los pequeños productores independientes de mercancías quienes dedican a comprar y vender una parte de su propio tiempo, éste será o bien tiempo invertido en los intervalos de su función productiva o bien tiempo que viene a mermar su período de producción.

En todo caso, el tiempo invertido para estos fines representa un costo de circulación, que no añade nada a los valores transferidos. Es el costo necesario para transferirlos de la forma mercancía a la forma dinero. Cuando el productor capitalista de mercancías actúa como agente de la circulación se distingue del productor directo de mercancías en que vende y compra en mayor escala, funcionando, por tanto, como agente de la circulación en una escala también mayor. Pero el fenómeno no cambia, sustancialmente, por el hecho de que el volumen de sus negocios le obligue o le consienta comprar (alquilar) como obreros asalariados agentes de circulación propios. Hasta cierto grado, es necesario invertir en el proceso de circulación (considerado como simple cambio de forma) fuerza y tiempo de trabajo. Pero, aquí, esto aparece como una inversión de capital adicional: hay que invertir una parte del capital variable en comprar estas fuerzas de trabajo aplicables solamente en la circulación. Este desembolso de capital no crea un producto ni un valor. Disminuye *por tanto* el volumen en que el capital desembolsado funciona productivamente. Es como si una parte del producto se convirtiese en una máquina destinada a comprar y vender la parte restante de dicho producto. Esta máquina representa una merma del producto. No interviene activamente en el proceso de producción, aunque pueda disminuir la fuerza de trabajo, etc., invertida en la circulación. Constituye, simplemente, una parte de los gastos de circulación.

b) Contabilidad

Además del tiempo de trabajo invertido en las operaciones efectivas de comprar y vender, se invierte tiempo de trabajo en la contabilidad, en la que entra, además, trabajo materializado en forma de plumas, tinta, papel, mesas de escritorio y gastos de oficina. Esta

función consume, por tanto, de una parte, fuerza y, de otra, medios de trabajo. Ocurre con esto exactamente lo mismo que con el tiempo invertido en comprar y vender.

Como unidad, dentro de sus ciclos, como valor en marcha, sea dentro de la órbita de la producción o dentro de las dos fases que forman la órbita de la circulación, el capital sólo existe idealmente bajo la forma de dinero aritmético, de momento solamente en la cabeza del productor, capitalista o no, de mercancías. La contabilidad, que incluye también la fijación o el cálculo de los precios de las mercancías, establece y controla este movimiento. El movimiento de la producción y sobre todo el de la valorización –en que las mercancías sólo figuran como exponentes de valor, como nombres de cosas cuya existencia ideal de valor se fija en dinero aritmético–, se refleja de este modo en la idea por medio de una imagen simbólica. Mientras el productor individual de mercancías lleva la contabilidad en su cabeza (como hace, por ejemplo, el campesino, hasta que la agricultura capitalista hace que surja el empresario agrícola, con una contabilidad organizada) o se limita a registrar en un libro los gastos, los ingresos, los vencimientos, etc., de pasada, el margen del tiempo de producción, es evidente que esta función y los instrumentos de trabajo que requiere, el papel, etc., representan un consumo adicional de tiempo e instrumentos de trabajo, que, aunque necesarios, suponen una merma tanto del tiempo que puede emplear productivamente como de los instrumentos de trabajo aplicados al verdadero proceso de producción, a la creación de un producto y de un valor.[3] La naturaleza de la propia función no cambia ni por el volumen que adquiere al concentrarse en manos del productor capitalista de mercancías, dejando de ser la función de muchos pequeños productores de mercancías para convertirse en función de *un* capitalista, vinculada a un proceso de producción en gran escala, ni por el hecho de desglosarse de las funciones productivas, de las que era accesorio, para pasar a ser, adquiriendo existencia independiente, la función específica de determinados agentes a quienes está exclusivamente encomendada.

La división del trabajo, el hecho de que una función adquiera existencia independiente, no la convierte en creadora de producto y de valor si no lo era ya de por sí, es decir, antes de haber logrado su independencia. Cuando un capitalista invierte su capital en un negocio nuevo, no tiene más remedio que dedicar una parte de él a comprar un contable, etc., y a adquirir los materiales necesarios para la contabilidad. Y si su capital está ya funcionando, dedicado a su proceso constante de reproducción, tiene que hacer revertir constantemente una parte del producto–mercancía, transformándolo en dinero, para pagar a los contables, dependientes, etc. Esta parte del capital se sustrae al proceso de producción y figura entre los gastos de circulación, que hay que deducir del producto total. (Incluyendo la fuerza de trabajo que se aplica exclusivamente a esta función.)

Existe, sin embargo, cierta diferencia entre los gastos originados por la contabilidad o por el empleo improductivo del tiempo de trabajo, de una parte, y los que, de otra parte, origina el tiempo consagrado exclusivamente a comprar y vender. Estos responden simplemente a la forma social concreta del proceso de producción, a su carácter de proceso de producción de mercancías. La contabilidad, en cambio, como control y compendio ideal del proceso, es más necesaria cuanto más carácter social adquiere este proceso y más pierde su carácter puramente individual; es más necesaria, por tanto, en la producción capitalista que en la producción desperdigada de las empresas artesanales y campesinas, y más necesaria todavía en una producción de tipo colectivo que en la producción capitalista. Sin embargo, los gastos de la contabilidad se reducen a medida que se concentra la producción y aquélla se va convirtiendo en una contabilidad social.

Aquí, sólo nos referimos al carácter general de los gastos de circulación que surgen de la metamorfosis puramente formal. No hay para qué entrar en todas sus formas de detalle. Pero, los simples cobros y pagos de dinero, en la medida en que son función exclusiva de los bancos, etc., o del cajero de una empresa individual, función concentrada en gran escala y realizada con carácter independiente, indican cómo ciertas formas pertenecientes a la transformación puramente formal del valor, y que, por tanto, responden a la forma social concreta del proceso de producción y que, tratándose del productor individual de mercancías son fenómenos insignificantes y apenas perceptibles, pueden discurrir aquí al lado de sus funciones productivas y entrelazarse con ellas, y cómo pueden saltar a la vista, al presentarse como gastos de circulación en masa. Lo que interesa retener es que estos gastos de circulación no cambian de carácter por el simple hecho de cambiar de forma.

c) Dinero

Ya se produzca como mercancía o sin carácter de tal, un producto es siempre cristalización material de riqueza, un valor de uso destinado a servir para el consumo individual o el consumo productivo. Como mercancía, su valor existe de un modo ideal en el precio, el cual no altera para nada su forma real de uso. El hecho de que ciertas mercancías, como el oro y la plata, actúen como dinero y, como tales, se muevan exclusivamente en el proceso de la circulación (pues también en función de tesoro, de reserva, etc., permanecen, aunque sea de un modo latente, dentro de la órbita de la circulación), constituye pura y simplemente un resultado de la forma social concreta del proceso de producción, que es un proceso de producción de mercancías. Como, dentro de la producción capitalista, la mercancía se convierte en la forma de producto y la gran masa de éste se produce como mercancía y, por tanto, tiene que revestir necesariamente la forma dinero; como, por consiguiente, la masa de mercancías, la parte de la riqueza social que funciona como mercancías, crece de un modo incesante, tiene que crecer también el volumen del oro y la plata que funcionan como medio de circulación, como medio de pago, como reserva, etc. Estas mercancías que actúan como dinero no entran en el consumo individual ni en el consumo productivo. Son trabajo social plasmado bajo una forma que les permite servir de simple máquina de circulación. Pero, además de condenar a una parte de la riqueza social a esta forma improductiva, el desgaste del dinero reclama la constante reposición de éste o la transformación de más trabajo social –bajo la forma de producto– en más oro y plata. Estos gastos de reposición, en las naciones de capitalismo desarrollado, son considerables, ya que la parte de la riqueza condenada a revestir la forma de dinero es muy voluminosa. El oro y la plata, como mercancías–dinero, constituyen para la sociedad gastos de circulación, que brotan exclusivamente de la forma social de la producción. Representan *faux frais* de la producción de mercancías en general, que crecen a medida que se desarrolla la producción de mercancías y, en particular, la producción capitalista. Es una parte de la riqueza social que necesita sacrificarse al proceso de circulación .[4]

Los gastos de circulación, derivados del simple cambio de forma del valor, de la circulación idealmente considerada, no se incorporan al valor de las mercancías. Las partes de capital desembolsadas para hacerles frente constituyen desde el punto de vista del capitalista, simples deducciones del capital productivamente invertido. Los gastos de circulación que ahora examinamos tienen un carácter distinto. Pueden nacer de procesos de

producción proseguidos simplemente en la circulación y cuyo carácter productivo se oculte bajo la forma de ésta. Y pueden también, socialmente considerados, constituir meros gastos, una inversión improductiva de trabajo, sea vivo o materializado y, sin embargo, precisamente por ello, traducirse en una creación de valor para el capitalista individual, representando una adición al precio de venta de su mercancía. Así se desprende ya del hecho de que estos gastos sean distintos en distintas ramas de producción y a veces también, dentro de la misma rama de reproducción, para distintos capitales individuales. Al agregarse al precio de las mercancías, se reparten en la medida en que corresponde, a los distintos capitalistas individuales. Pero todo trabajo que añade valor puede añadir también plusvalía y, sobre una base capitalista, añadirá cada vez más plusvalía, ya que el valor creado por él depende de su propia magnitud y la plusvalía que arroje dependerá de la medida en que el capitalista pague el trabajo. Por consiguiente, gastos que encarecen la mercancía sin añadir nada a su valor de uso y que, desde el punto de vista de la sociedad, pertenecen, por tanto, a los *faux frais* de la producción, pueden ser, sin embargo, fuente de enriquecimiento para el capitalista individual. Por otra parte, esto no los hace perder su carácter improductivo, siempre y cuando que estos gastos de circulación se limiten a repartir por partes iguales lo que añaden al precio de las mercancías. Así, por ejemplo, las sociedades de seguros reparten entre la clase capitalista las pérdidas de los capitalistas individuales. Pero esto no impide que las pérdidas así niveladas sigan siendo pérdidas, desde el punto de vista del capital social en su conjunto.

a) El almacenamiento, en general

Mientras existe como capital–mercancías o permanece en el mercado, es decir, mientras se encuentra en el intervalo entre el proceso de producción de que procede y el proceso de consumo a que se destina, el producto es mercancía almacenada. Como mercancía en el mercado y, por tanto, en estado de almacenamiento, el capital–mercancías aparece dos veces en cada ciclo: una vez como producto–mercancía del capital en funciones cuyo ciclo se estudia; otra vez, en cambio, como producto–mercancía de otro capital, que tiene que encontrarse en el mercado para poder comprarse y transformarse en capital productivo. Cabe, ciertamente, la posibilidad de que este segundo capital–mercancías se produzca expresamente por encargo. En este caso, se interrumpirá el proceso mientras se produzca. Sin embargo, la marcha del proceso de producción y reproducción exige que una masa de mercancías (medios de producción) figure constantemente en el mercado; es decir, que se halle constantemente almacenada. El capital incluye, asimismo, la compra de fuerza de trabajo, y la forma dinero no es, aquí, más que la forma valor de los medios de vida, que el obrero necesita encontrar, en su mayor parte, en el mercado. En esto nos detendremos más adelante, conforme avancemos en el presente apartado. Por ahora, basta con dejar sentado este punto. Sí nos situamos en el punto de vista del valor–capital en funciones ya convertido en producto–mercancías y pendiente de ser vendido o transformado nuevamente en dinero, es decir, que actúa ya en el mercado como capital–mercancias, veremos que el estado que reviste bajo la forma de almacenamiento constituye una permanencia involuntaria y contraproducente en el mercado. Cuanto más rápidamente se venda, mejor funcionará el proceso de reproducción. La permanencia bajo el cambio de forma $M' - D'$ impide el cambio real de materia que tiene que operarse en el ciclo del capital, e impide también su función ulterior de capital productivo. Por otra parte, la

existencia constante de la mercancía en el mercado, el almacenamiento de mercancías, es para $D - M$ condición de funcionamiento del proceso de reproducción, así como de la inversión de capital nuevo o adicional.

La permanencia del capital–mercancías, bajo la forma de almacenamiento, en el mercado, supone edificios, almacenes, depósitos de mercancías y, por tanto, una inversión de capital constante; supone, además, pago de salarios para almacenar las mercancías en sus depósitos. Finalmente, las mercancías se deterioran y están expuestas a la acción de elementos nocivos para ellas. Para protegerlas contra estas influencias, hay que desembolsar capital adicional, tanto en instrumentos de trabajo en forma materializada como en fuerza de trabajo. [5]

La existencia del capital bajo su forma de capital–mercancías, y por tanto de mercancías almacenadas, origina, como se ve, gastos que, no perteneciendo a la órbita de la producción, figuran entre los gastos de circulación. Estos gastos de circulación se distinguen de los estudiados en el apartado 1 en que, hasta cierto punto, entran a formar parte del valor de las mercancías, es decir, encarecen éstas. El capital y la fuerza de trabajo destinados a mantener y conservar las mercancías almacenadas son sustraídos al proceso directo de producción. Pero, por otra parte, los capitales empleados para estos fines, incluyendo la fuerza de trabajo, deben reponerse, como parte integrante del capital, a costa del producto social. Su desembolso representa, por tanto, una merma de la fuerza de producción del trabajo, por cuya razón es necesario movilizar una cantidad mayor de capital y trabajo para conseguir un determinado efecto útil. Representan, por tanto, *gastos*.

Ahora bien, en la medida en que los gastos de circulación que obedecen al almacenamiento de mercancías sólo surgen en, el intervalo de la transformación de los valores existentes de la forma mercancía en la forma dinero; es decir, en la medida en que sólo responden a la forma social concreta del proceso de producción (simplemente al hecho de que el producto se produzca como mercancía y deba, por tanto, transformarse en dinero), comparten por entero el carácter de los gastos de circulación enumerados en el apartado anterior. Por otra parte, aquí el valor de las mercancías sólo se conserva o, en su caso, se aumenta por el hecho de que el valor de uso, el producto mismo, se coloque en determinadas condiciones materiales que suponen una inversión de capital y se sometan a operaciones que añaden trabajo adicional a los valores de uso. En cambio, el cálculo de los valores de las mercancías, la contabilidad de este proceso y las operaciones comerciales de compra y venta no modifican el valor de uso en que toma cuerpo el valor de las mercancías. Versan exclusivamente sobre su forma. Por tanto, aunque en el caso preestablecido estos gastos nacidos del almacenamiento (aquí involuntario) respondan simplemente a la permanencia del cambio de forma y a la necesidad del mismo, se distinguen, sin embargo, de los gastos del apartado 1 en que su objeto propio no es el cambio de forma del valor, sino la conservación de este valor, que existe en la mercancía como producto, como valor de uso y que, por consiguiente, sólo puede conservarse mediante la conservación del propio producto, del mismo valor de uso. Aquí, el valor de uso no se acrecienta ni se aumenta; lejos de ello, disminuye. Pero esta disminución se limita y el valor de uso se conserva. Tampoco aumenta aquí el valor adelantado, existente en la mercancía. Pero se le añade nuevo trabajo, trabajo materializado y trabajo vivo.

Debemos investigar ahora hasta qué punto estos gastos responden al carácter peculiar de la producción de mercancías en general y a la producción de mercancías en su forma general y absoluta, es decir, a la producción capitalista de mercancías, y hasta qué

punto son comunes a toda producción social, aunque dentro de la producción capitalista asuman una forma específica, se manifiesten con una modalidad especial.

A. Smith [6] ha expuesto la peregrina opinión de que el almacenamiento constituye un fenómeno peculiar de la producción capitalista. Ciertos economistas modernos, por ejemplo Lalor, afirman, por el contrario, que disminuye a medida que se desarrolla la producción capitalista. Sismondi lo considera incluso como uno de los lados negativos de ésta.

En realidad, el fenómeno del almacenamiento se presenta bajo tres formas distintas: bajo la forma del capital productivo, bajo la forma del fondo individual de consumo y bajo la forma del almacenamiento de mercancías o de capital–mercancías. Bajo una de estas formas disminuye relativamente cuando aumenta bajo otra, aunque, en términos absolutos, pueda crecer bajo las tres formas al mismo tiempo.

Es evidente por sí mismo que allí donde la producción tiende directamente a la satisfacción de las propias necesidades y sólo se produce en pequeñas proporciones para el cambio o la venta, es decir, cuando el producto social no reviste nunca o sólo reviste en una pequeña parte la forma de mercancía, el almacenamiento de mercancías sólo puede constituir una parte pequeña e insignificante de la riqueza. En cambio, aquí, el fondo de consumo, especialmente el de los medios de vida en sentido estricto, es relativamente grande. No hay más que fijarse en la economía tradicional de los campesinos. La mayor parte del producto se transforma directamente, sin almacenamiento de mercancías –precisamente porque no sale de manos de su poseedor–, en medios de producción o medios de vida almacenados. No adopta la forma de almacenamiento de mercancías, y en esto es en lo que se basa A. Smith para decir que en las sociedades fundadas sobre este tipo de producción no se da el fenómeno del almacenamiento. Y es que A. Smith confunde la forma del almacenamiento con el almacenamiento mismo y cree que hasta nuestro tiempo la sociedad vivió siempre al día o expuesta a las contingencias fortuitas del mañana .[7] Esto es una equivocación demasiado pueril.

El almacenamiento en forma de capital productivo se presenta bajo la forma de los medios de producción que figuran ya en el proceso de producción o, por lo menos, en manos del productor y, por tanto, de un modo latente, ya en el proceso de producción. Ya hemos visto que, al desarrollarse la productividad del trabajo y, por consiguiente, al desarrollarse también el sistema capitalista de producción –que contribuye más que todos los sistemas de producción anteriores al desarrollo de la fuerza social productiva del trabajo–, crece constantemente la masa de los medios de producción (edificios,

máquinas, etc.) incorporados de una vez para siempre al proceso y que figuran constante y reiteradamente en él, durante períodos más largos o más cortos, y que el incremento de estos medios es al mismo tiempo premisa y efecto del desarrollo de la fuerza social productiva del trabajo. El crecimiento no sólo absoluto, sino relativo de la riqueza bajo esta forma (v. libro I, cap. XXIII, 2 [pp. 565 ss.]) es lo que caracteriza, sobre todo, al sistema capitalista de producción. Pero las modalidades materiales de existencia del capital constante, los medios de producción, no consisten exclusivamente en estos medios de trabajo, sino también en materias primas en los más diversos grados de elaboración y en materias auxiliares. A medida que aumenta la escala de la producción y que se acentúa la fuerza productiva del trabajo a través de la cooperación, de la división del trabajo, de la maquinaria, etc., crece la masa de las materias primas, de las materias auxiliares, etc., absorbidas por el proceso diario de reproducción. Y estos elementos tienen que hallarse disponibles en el lugar de producción. El volumen de este almacenamiento existente en

forma de capital productivo crece, pues, en términos absolutos. Para que el proceso no se interrumpa –prescindiendo en absoluto del problema de que estas existencias almacenadas deban renovarse diariamente o sólo en determinados periodos de tiempo–, es necesario que en el lugar de producción se acumulen siempre más materias primas, etc., de las que puedan consumirse diaria o semanalmente, por ejemplo. La continuidad del proceso exige que la existencia de sus condiciones no dependa ni de una posible interrupción en las compras diarias ni del hecho de que el producto–mercancía se venda diaria o semanalmente y, por tanto, sólo pueda convertirse nuevamente en sus elementos de producción de un modo irregular. Es evidente que el capital productivo puede hallarse latente o almacenado en muy diversas proporciones. Existe, por ejemplo, una gran diferencia según que el hilandero tenga que dejar el algodón y el carbón inactivos durante tres meses o solamente durante uno. Como se ve, pues, este almacenamiento puede disminuir relativamente, aun aumentando en términos absolutos.

Esto depende de diversas condiciones, que se reducen todas ellas, en lo esencial, a la mayor celeridad, regularidad y seguridad con que la masa necesaria de materias primas pueda suministrarse para que no se produzcan nunca interrupciones. Cuanto menos se den estas condiciones, es decir, cuanto menores sean la celeridad, regularidad y seguridad de ese suministro, mayor tendrá que ser la parte latente del capital productivo, es decir, de las existencias de materias primas, etc., almacenadas en manos del productor y pendientes de su elaboración. Estas condiciones se hallan en razón inversa al grado de desarrollo de la producción capitalista y, por tanto, a la fuerza productiva del trabajo social. Y lo mismo ocurre, por consiguiente, con el almacenamiento bajo esta forma.

Sin embargo, lo que aquí se presenta (por ejemplo, en Lalor) como disminución del almacenamiento sólo es, en parte, disminución del almacenamiento en forma de capital–mercancias o del verdadero almacenamiento de mercancías; es decir, un simple cambio de forma del mismo almacenamiento. Si, por ejemplo, es grande la masa de carbón que se produce diariamente en el propio país, y por tanto el volumen y la energía de la producción de carbón, el hilandero no necesitará tener grandes existencias de este combustible para asegurar la continuidad de su producción de hilados. La renovación constante y segura del suministro de carbón lo hará innecesario. En segundo lugar: la velocidad con que. el producto de un proceso pueda pasar a otro como medio de producción dependerá del desarrollo de los medios de transporte y de comunicación. La baratura del transporte desempeña un papel importante, en este respecto. Por ejemplo, el transporte continuo de pequeñas cantidades de carbón de la mina a la hilandería resultaría más caro que el suministro de una gran masa de carbón para. largo tiempo, suponiendo que el transporte sea, relativamente, más, barato. Estas dos circunstancias que hemos examinado se desprenden del mismo proceso de producción. En tercer lugar, influye, también el desarrollo del sistema de crédito. Cuanto menos dependa el hilandero de la venta inmediata de su hilo para la renovación de sus existencias de algodón, carbón, etc. –y esa dependencia inmediata será menor cuanto más desarrollado se halle el sistema del crédito–, menor será el volumen relativo de esas existencias necesario para asegurar en una escala dada la producción continua de hilo sin hallarse sujeto a las contingencias de su venta. En cuarto lugar, hay muchas materias primas, artículos a medio fabricar, etc., que necesitan largos períodos de tiempo para su producción, que es lo que ocurre principalmente con todas las materias primas suministradas por la agricultura. Por tanto, para que el proceso de producción no se interrumpa, será necesario contar con determinadas existencias de esos

elementos, para hacer frente a todo el período durante el cual no aparece el nuevo producto llamado a sustituir al antiguo. Si estas existencias disminuyen en manos del capitalista industrial, esto sólo demuestra una cosa: que aumentan, en forma de almacenamiento de mercancías, en manos del comerciante. El desarrollo de los medios de transporte, por ejemplo, permite trasladar rápidamente de Liverpool a Manchester el algodón depositado en el puerto de desembarque, de modo que el fabricante puede ir renovando sus existencias de algodón en cantidades relativamente pequeñas y a medida que lo necesita. Pero el algodón que él no adquiere se va acumulando en una masa tanto mayor, como mercancía almacenada, en manos de los comerciantes de Liverpool. Se trata, por tanto, de un simple cambio de forma del almacenamiento, circunstancia en que no pararon mientes Lalor y otros. Y, sí nos fijamos en el capital social, vemos que es la misma masa de productos la que sigue figurando aquí en forma de almacenamiento. En un país determinado, el volumen en que tiene que hallarse disponible la masa necesaria para un año, por ejemplo, disminuye a medida que se desarrollan los medios de transporte. Si entre los Estados Unidos e Inglaterra navegan muchos barcos de vapor y de vela, las posibilidades de renovar las existencias de algodón de Inglaterra aumentarán, disminuyendo con ello la masa de algodón almacenado que por término medio debe existir en Inglaterra. También influye en esto el desarrollo del mercado mundial y, por tanto, la multiplicación de las fuentes de suministro del mismo artículo. Un mismo artículo es suministrado parcialmente por diversos países y en diversos períodos de tiempo.

b) El verdadero almacenamiento de mercancías

Ya hemos visto que, dentro de la producción capitalista, la mercancía se convierte en forma general del producto, tanto más cuanto más se desarrolla en extensión y en profundidad aquel régimen de producción. Existe, por tanto, lo mismo si se toman como punto de comparación modos de producción anteriores que si nos fijamos, en el mismo modo de producción capitalista, pero en un grado inferior de desarrollo –incluso suponiendo que el volumen de la producción sea el mismo–, una parte incomparablemente mayor del producto que reviste forma de mercancía. Y toda mercancía –y también, por consiguiente, todo capital–mercancías, que no es, a su vez, más que mercancía, si bien bajo la forma o modalidad de valor–capital –constituye, siempre que no pase directamente de su órbita de producción al consumo individual o productivo, es decir, en el intervalo durante el cual aparece en el mercado, un elemento de las existencias de mercancías almacenadas. Por tanto, de por sí –suponiendo que el volumen de la producción permanezca idéntico– las existencias de mercancías (o sea, esta sustantivación y plasmación de la forma mercancía del producto) crecen a medida que crece la producción capitalista. Como sabemos, esto no es más que un simple cambio de forma del almacenamiento; es decir, que si por un lado aumentan las existencias en forma de mercancías es porque por otro lado disminuyen bajo la forma de existencias directas de producción o de consumo. Cambia, simplemente, la forma social de las existencias. Y si, al mismo tiempo, no cambia solamente la magnitud relativa de las existencias de mercancías en proporción al producto total de la sociedad, sino también su magnitud absoluta es porque a medida que se desarrolla la producción capitalista crece la masa del producto total.

Al desarrollarse la producción capitalista, la escala de la producción es determinada en grado cada vez menor por la demanda directa de producto y en grado cada vez mayor

por el volumen del capital de que el capitalista individual dispone, por el impulso de valorización de su capital y por la necesidad de la continuidad y la extensión de su proceso de producción. Con ello, crece necesariamente, en cada rama especial de producción, la masa de productos que aparecen en el mercado bajo forma de mercancías, o buscan comprador. Aumenta la masa de capital plasmada durante más o menos tiempo bajo la forma de capital–mercancías. Aumentan, por tanto, las mercancías almacenadas.

Finalmente, la mayor parte de los individuos de la sociedad se ven convertidos en obreros asalariados, en gentes que viven sin reservas, que perciben su salario semanalmente y se lo gastan al día, que, por tanto, necesitan encontrar sus medios de vida disponibles en el mercado. Y, por mucho que los distintos elementos integrantes de este fondo de existencias se movilicen, una parte de ellos tiene por fuerza que hallarse constantemente paralizada para que el fondo de existencias pueda moverse continuamente.

Todos estos factores surgen de la forma de la producción y de la mutación de forma implícita en ella y que necesariamente tiene que sufrir el producto en el proceso de circulación.

Cualquiera que sea la forma social que revistan las existencias de productos, su conservación supone gastos: edificios, envases, etc., en que los productos se conservan, así como también medios de producción y trabajo, más o menos en relación con la naturaleza del producto y que es necesario invertir para contrarrestar las influencias perturbadoras. Estos gastos disminuyen relativamente cuanto más se concentran socialmente las existencias. Constituyen siempre una parte del trabajo social, sea en forma materializada o como trabajo vivo –son, por tanto, en su forma capitalista, gastos de capital–, que no entran en la composición del producto mismo y representa, por consiguiente, deducciones de éste. Figuran necesariamente en el pasivo de la riqueza social. Son los gastos de conservación del producto social, lo mismo si su existencia como elemento de las existencias de mercancías responde simplemente a la forma social de la producción, es decir, a la forma de mercancías y a su necesaria mutación de forma, que si sólo consideramos las existencias de mercancías como una forma especial de las existencias de productos comunes a todas las sociedades, aunque no bajo la forma de existencia de *mercancías*, forma de las existencias de productos correspondiente al proceso de circulación.

Veamos ahora en qué medida estos gastos entran a formar parte del valor de las mercancías.

Cuando el capitalista ha convertido su capital desembolsado par adquirir medios de producción y fuerza de trabajo en productos, el una masa de mercancías lista para la venta, y ésta permanece invendible en el almacén, no se paraliza solamente el proceso de valorización de su capital durante este período. Los gastos que supone la conservación de estas existencias de mercancías en edificios, trabajo adicional, etc., representan una pérdida positiva. El comprador que al cabo adquiriese las mercancías se echaría a reír si aquél le dijese: mis mercancías han estado en el almacén seis meses sin poder venderse y su conservación durante estos seis meses no sólo me ha tenido paralizado un capital X, sino que además me ha originado X gastos. *Tant pis pour vous* (7) le diría el comprador, pues a tu lado hay otros vendedores cuyas mercancías han sido lanzadas al mercado solamente anteayer. Tus mercancías son existencias viejas, que probablemente se hallan más o menos melladas por el diente del tiempo; por tanto, tendrás que venderlas más baratas que tus competidores. El hecho de que el productor de las mercancías sea un verdadero productor o sea su productor capitalista, es decir, de hecho, un simple representante de su verdadero

productor, no altera para nada las condiciones de vida de las mercancías. El productor deberá convertir las cosas en dinero. Los gastos que le origine su conservación bajo la forma de mercancías figuran entre sus contingencias individuales, que al comprador de las mercancías le tienen sin cuidado. Este no tiene por qué pagarle los gastos de circulación de sus mercancías. Incluso cuando el capitalista, en épocas de revolución real o presunta retenga intencionalmente sus mercancías en vez de llevarlas al mercado, el que pueda resarcirse de los gastos adicionales que ello suponga dependerá de que esa revolución se produzca o no, es decir, de que su especulación resulte o no acertada. No es que la revolución operada en el valor sea precisamente consecuencia de los gastos que ello le origine. Por tanto, en la medida en que el almacenamiento paraliza la circulación, los gastos originados por él no añaden ningún valor a la mercancía. Por otra parte, no puede existir almacenamiento sin que las mercancías se detengan en la órbita de la circulación, sin que el capital permanezca durante más o menos tiempo bajo la forma de mercancías; no puede existir, por tanto, almacenamiento sin que se interrumpa la circulación, del mismo modo que el dinero no puede circular sin que se forme una reserva de dinero. Por consiguiente, sin existencias de mercancías no cabe circulación de mercancías. Y sí esta necesidad no se le plantea al capitalista en $M' - D'$ se le plantea en $D - M$; no respecto a su capital, sino respecto al capital–mercancías de otros capitalistas que producen medios de producción para él y medios de vida para sus obreros.

El hecho de que el almacenamiento sea voluntario o involuntario, es decir, de que el productor de mercancías las almacene intencionalmente o se vea obligado a hacerlo por la resistencia que las mismas condiciones del proceso de circulación oponen a su venta, no parece que altere para nada la esencia del problema. Sin embargo, conviene saber, para los efectos de su solución, en qué se distingue el almacenamiento voluntario del involuntario. La formación involuntaria de *stocks* obedece o es idéntica a un estancamiento de la circulación independiente de los planes del productor de mercancías y que viene a interponerse ante su voluntad. ¿Qué caracteriza, en cambio, el almacenamiento voluntario de mercancías? El vendedor procura siempre deshacerse lo más rápidamente posible de su mercancía. Ofrece siempre en venta como mercancía su producto. Si lo sustrajese a la venta, éste sólo sería elemento potencial, (no efectivo) de almacenamiento. Para él, la mercancía sigue siendo simplemente el exponente de su valor de cambio, y sólo puede actuar como tal abandonando su forma de mercancía para revestir la forma de dinero.

Los *stocks* de mercancías deben tener el volumen necesario para poder satisfacer durante un determinado periodo las necesidades de la demanda. Para ello, se cuenta con una extensión constante del círculo de compradores. Para que alcancen, por ejemplo, durante un día, una parte de las mercancías que se encuentran en el mercado deben permanecer constantemente bajo forma de mercancías, mientras otra parte circula, se convierte en dinero. Claro está que la parte que se estanca mientras la otra circula disminuye constantemente, del mismo modo que el volumen del mismo *stock* se va reduciendo, hasta que por último se vende en su totalidad. Por tanto, el almacenamiento de mercancías se considera aquí como condición necesaria de la venta de éstas. Su volumen debe exceder, además del de la venta media o del de la demanda media. De otro modo, no podría satisfacer la venta o la demanda que excediese de este limite. Por otra parte, los *stocks* deberán renovarse constantemente, puesto que se agotarán de un modo constante. Esta renovación sólo podrá alimentarse, en última instancia, a base de la producción, mediante la afluencia de nuevas mercancías. Las nuevas mercancías pueden afluir del

extranjero o del interior del país; esto no altera para nada los términos del problema. La renovación depende de los periodos de tiempo que las mercancías necesiten para su reproducción. Los *stocks* de mercancías deben bastar para cubrir estos periodos. El hecho de que las mercancías almacenadas no permanezcan en manos de su productor, sino que discurran a lo largo de distintos canales que van desde el gran almacenista hasta el comerciante al por menor, no influye para nada en el problema mismo, aunque si en su modo de manifestarse. Desde el punto de vista social, una parte del capital sigue revistiendo la forma de mercancías almacenadas mientras la mercancía no entre en el consumo productivo o individual. El propio productor procura formar un *stock* de mercancías correspondiente a su demanda media, para no depender directamente de la producción y asegurarse constante clientela. Se establecen plazos de compra en consonancia con los períodos de producción y las mercancías se almacenan durante un tiempo más o menos largo, hasta que pueden reponerse con nuevos ejemplares de la misma clase. Y este almacenamiento asegura la persistencia y continuidad del proceso de circulación y, por tanto, del proceso de reproducción, que forma parte de aquél.

Recordemos que el proceso de $M' - D'$ puede operarse para el productor de M aunque M se encuentre todavía en el mercado. Si el mismo productor quisiera retener su propia mercancía en el almacén hasta venderla al consumidor definitivo, tendría que poner en movimiento dos capitales, uno como productor de la mercancía y otro como comerciante. En cuanto a la misma mercancía, ya se la considere de por sí o como parte integrante del capital social, el problema no cambia para nada por el hecho de que los gastos del almacenamiento recaigan sobre su productor o se repartan entre una serie de comerciantes desde A hasta Z.

Cuando el *stock* de mercancías no sea otra cosa que la forma mercancías del *stock* que existiría al llegar a una determinada fase de la producción social, bien como *stock* productivo (fondo latente de producción) o como fondo de consumo (reserva de medios de consumo), si no existiese como *stock* de mercancías, los gastos que supone la conservación del *stock*, y por tanto los gastos de formación de éste –es decir, el trabajo materializado o vivo invertido en ello–, son también gastos simplemente transferidos de conservación, bien del fondo social de producción, bien del fondo social de consumo. La elevación de valor de la mercancía determinada por ellos sólo divide estos gastos *pro rata* (8) entre las distintas mercancías, ya que difieren con respecto a las distintas clases de éstas. Los gastos de almacenamiento siguen siendo deducciones de la riqueza social, aunque representen una condición de existencia de la misma.

El almacenamiento de mercancías sólo es normal en cuanto es condición de la circulación de mercancías y una forma necesaria dentro de ésta misma; en cuanto este aparente estancamiento es, por tanto, forma de la misma circulación, del mismo modo que la formación de una reserva de dinero es condición de la circulación monetaria. En cambio, cuando las mercancías almacenadas en receptáculos circulatorios no dejan sitio a la nueva oleada de la producción que viene detrás y cuando, por consiguiente, los almacenes se hallen abarrotados hasta el exceso, el almacenamiento de mercancías se extiende a consecuencia del estancamiento de la circulación, del mismo modo que crecen los tesoros al estancarse la circulación del dinero. No importa, para estos efectos, que el estancamiento se produzca en los depósitos del capitalista industrial o en los almacenes del comerciante. En este caso, el almacenamiento de mercancías no es condición de la venta ininterrumpida, sino consecuencia de la imposibilidad de dar salida a las mercancías mediante su venta. Los

gastos son los mismos; pero como ahora brotan simplemente de la forma, es decir, de la necesidad de convertir las mercancías en dinero y de la dificultad de operar esta metamorfosis, no se incorporan al valor de la mercancía, sino que representan deducciones, pérdidas de valor en la realización de ésta. Sin embargo, la modalidad normal y la anormal del almacenamiento no se distinguen en cuanto a la forma; ambas representan, además, estancamientos de la circulación, y esto hace que ambos fenómenos puedan confundirse y engañar a los mismos agentes de la producción, tanto más cuanto que el proceso de circulación de su capital puede seguir su curso, para el productor, aunque se estanque el proceso de circulación de sus mercancías, una vez que éstas pasan a manos de los comerciantes. Y al aumentar el volumen de la producción y del consumo aumenta también, si las demás circunstancias permanecen invariables, el volumen de las mercancías almacenadas. Estas son renovadas y absorbidas con la misma rapidez, pero su volumen es mayor. El volumen de las mercancías almacenadas, incrementado por el estancamiento de la circulación, puede, pues, fácilmente confundirse con un síntoma de la ampliación del proceso de reproducción, sobre todo a partir del momento en que el desarrollo del sistema de crédito permite mixtificar el movimiento real.

Los gastos del almacenamiento consisten *1)* en una disminución cuantitativa de la masa de productos (por ejemplo, cuando la mercancía almacenada sea harina); *2)* en un deterioro de la calidad; *3)* en el trabajo materializado y vivo que se requiere para conservar las mercancías almacenadas.

III *Gastos de transporte*

No es necesario entrar aquí en todos los detalles de los gastos de circulación, como son por ejemplo el embalaje, la clasificación de las mercancías, etc. La ley general es que *todos los gastos de circulación que responden simplemente a un cambio de forma de la mercancía no añaden a ésta ningún valor.* Son simples gastos destinados a la realización del valor o a traducirlo de una forma a otra. El capital desembolsado para hacer frente a estos gastos (incluyendo el trabajo movilizado por él) figura entre los *faux frais* de la producción capitalista. Este capital debe reembolsarse del producto sobrante y representa, si nos fijamos en la clase capitalista en su conjunto una deducción de la plusvalía o del producto sobrante

del mismo modo que el tiempo que un obrero invierte para comprar sus medios de vida representa tiempo perdido. Hay, sin embargo, una clase de gastos que tienen demasiada importancia para que no tratemos de ellos aquí, siquiera sea brevemente.

Dentro del ciclo del capital y de la metamorfosis de las mercancías, que constituye una fase del mismo, se opera el cambio de materia del trabajo social. Puede ocurrir que este cambio de materia determine el cambio de lugar de los productos, su desplazamiento real de un sitio a otro. Pero no es indispensable, pues la circulación de las mercancías puede realizarse sin que éstas se desplacen físicamente, del mismo modo que cabe la posibilidad de un transporte de productos sin circulación de mercancías e incluso sin intercambio directo de aquéllos. As! por ejemplo, si A vende una casa a B, esta casa circula como mercancía, sin moverse del sitio. E incluso tratándose de mercancías muebles como el algodón o el hierro fundido, vemos cómo se están quietos en el almacén mientras recaen sobre ellos docenas y docenas de procesos de circulación, mientras los especuladores los compran y los vuelven a vender.[8] Lo que se mueve realmente, en estos casos, es el título de

propiedad sobre la cosa, no la cosa misma. Y por otra parte, entre los incas, por ejemplo, la industria del transporte llegó a adquirir gran importancia, a pesar de que en aquellos pueblos el producto social no circulaba como mercancía ni se distribuía tampoco por medio del trueque.

Por tanto, aunque dentro de la producción capitalista la industria del transporte aparezca como causa de los gastos de circulación, esta forma especial de manifestarse no altera para nada los términos del problema.

Las masas de productos no aumentan por el hecho de ser transportadas. Y aunque sus cualidades naturales puedan cambiar por efecto del transporte, esto no constituye, con ciertas excepciones, un efecto útil deliberado, sino un mal inevitable, Sin embargo, el valor de uso de las cosas sólo se realiza con su consumo y éste puede exigir su desplazamiento de lugar y, por tanto, el proceso adicional de producción de la industria del transporte. Por consiguiente, el capital productivo invertido en ésta añade valor a los productos transportados, unas veces mediante la transferencia de valor de los medios de transporte y otras veces mediante la adición de valor que el trabajo de transporte determina. Esta última adición de valor se descompone, como ocurre siempre en la producción capitalista, en dos partes: una es la que repone los salarios, otra es la plusvalía.

El desplazamiento del lugar del objeto sobre que recae el trabajo y de los medios y fuerzas de trabajo necesarios para ejecutarlo –por ejemplo, del algodón al trasladarse de la sección de cardado a la sección de hilado, o del carbón al salir del pozo a la bocamina– tiene una gran importancia en todo proceso de producción. El traslado del producto terminado como mercancía elaborada de un centro independiente de producción a otro geográficamente alejado de aquél, representa el mismo fenómeno, aunque en mayor escala. El transporte de los productos de un centro de producción a otro va seguido por el de los productos terminados de la órbita de producción a la órbita de consumo. Mientras no se realiza este movimiento, el producto no está en condiciones de ser consumido.

Es ley general de la producción de mercancías, como más arriba hemos dicho, la de que la productividad del trabajo y su creación de valor se hallan en razón inversa. Esta ley es aplicable a todas las industrias, incluyendo la del transporte. Cuanto menor es la cantidad de trabajo, muerto y vivo, que reclama el transporte de la mercancía para una distancia dada, mayor es la productividad del trabajo, y viceversa.[9]

La magnitud absoluta del valor que el transporte añade a las mercancías se halla, siempre y cuando que las demás circunstancias no varíen, en razón inversa a la productividad de la industria del transporte y en razón directa a las distancias que hay que recorrer.

La parte relativa de valor que los gastos de transporte –permaneciendo invariables las demás circunstancias– añaden al precio de la mercancía se halla en razón directa al volumen y peso de ésta. Sin embargo, son muchas las circunstancias que pueden modificar esta ley. El transporte puede requerir, por ejemplo, mayores o menores medidas de precaución y, por tanto, una inversión mayor o menor de trabajo y de medios de trabajo, según la relativa fragilidad y delicadeza del articulo, según el peligro de explosión que ofrezca, etc. Los magnates ferroviarios acreditan en esto mayor genio que los botánicos y los zoólogos en cuanto a la formación fantástica de géneros y especies. La clasificación de las mercancías en los ferrocarriles ingleses, por ejemplo, llena volúmenes enteros y responde, según el principio general, a la tendencia a convertir las abigarradas cualidades naturales de las mercancías en otras tantas numerosas deficiencias para los efectos del

transporte y en otros tantos obligados pretextos de estafa. “El vidrio que antes valía 11 libras esterlinas por *crate* (una banasta de determinada cabida) sólo vale ahora, gracias a los progresos de esta industria y a la abolición del impuesto sobre el vidrio, 2 libras esterlinas, pero los gastos de transporte son tan elevados como antes y en el transporte fluvial más elevados aún. Antes, el vidrio y los artículos de vidrio para trabajos de plomero eran transportados dentro de un radio de 50 millas de Birmingham, a razón de 10 chelines la tonelada. Ahora, el precio del transporte se ha triplicado, con el pretexto del riesgo que supone la fragilidad de esta mercancía. Pero quien no paga los vidrios rotos es la dirección de los ferrocarriles.”[10] El hecho de que la parte relativa de valor que los gastos de transporte añaden a un artículo se halle en razón inversa al valor de éste, se convierte, además, para los magnates ferroviarios en una razón especial para gravar los artículos en razón directa a su valor. En cada página de las declaraciones de testigos del informe citado se repiten las quejas de los industriales y comerciantes sobre este punto.

El régimen capitalista de producción disminuye los gastos de transporte para cada mercancía al desarrollar los medios de transporte y comunicación y mediante la concentración –la magnitud de la escala– del transporte. Aumenta la parte del trabajo social, vivo y materializado, que se invierte en el transporte de mercancías, en primer lugar al transformar en mercancías la mayor parte de los productos y en segundo lugar al sustituir los mercados locales por otros más alejados.

La circulación, es decir, el movimiento de las mercancías en el espacio, se traduce en el transporte de las mercancías. La industria del transporte forma, por una parte, una rama independiente de producción y, por tanto, una base especial de inversión del capital productivo. Por otra parte, se distingue por el hecho de manifestarse como la continuación de un proceso de producción *dentro* del proceso de circulación y para éste.

Notas al pie capítulo VI

1 Lo que aparece entre paréntesis está tomado de una nota que figura al final del manuscrito VIII.

2 “Los gastos del comercio, aunque necesarios, deben ser considerados como un desembolso gravoso.” (*Quesnay, Analyse du Tableau Economique, en* Daire, *Physiocrates,* parte I, París, 1846, p. 7l.) Según Quesnay, la “ganancia” producida por la concurrencia entre los comerciantes o sea la que obliga a éstos “a reducir su beneficio o su lucro... no es, considerada en sentido estricto, sino una *disminución de la pérdida* para el vendedor de primera mano y para el comprador consumidor. Ahora bien, una disminución de la pérdida que representan los gastos del comercio no es un producto real, ni un aumento de la riqueza conseguido por el comercio, ya se considere éste como un simple cambio, independientemente de los gastos de transporte, o ya se le considere en relación con de cuenta de los vendedores de los productos, quienes obtendrían el precio íntegro abonado por los compradores, de no existir gasto alguno de mediación” (p. 163). “Los terratenientes y productores son 'pagadores de salarios', los comerciantes son ‘asalariados’ ” (Quesnay, *Dialogue de la Commerce,* en Daire, Physiocrates, parte I, París, 1846, p. 164).

3 En la Edad Media, sólo los conventos llevaban una contabilidad para la agricultura. Sin embargo, hemos visto (libro I, p. 313) que ya en las comunidades indias de la remota Antigüedad figuraban contables agrícolas. Aquí, la contabilidad aparece sustantivada como función exclusiva de un funcionario de la comunidad. Gracias a esta división del trabajo se ahorra tiempo, esfuerzo y gastos, pero la producción y su contabilidad siguen siendo dos cosas tan distintas como el cargamento de un buque y el certificado de carga. Con el contable se sustrae a la producción una parte de la fuerza de trabajo de la comunidad y los gastos de su

función no se resarcen con su propio trabajo, sino mediante una deducción del producto común obtenido. Pues bien, lo mismo que con el contable de las comunidades indias ocurre *mutatis mutandis* (5) con los contables capitalistas.

(Tomado del manuscrito II.)

4 "El dinero que circula dentro de un país constituye una determinada parte del capital de este país, sustraído íntegramente a los fines de la producción para facilitar o aumentar la productividad del resto del capital; por eso, para que el oro pueda convertirse en medio de circulación hace falta que la riqueza alcance cierto volumen, lo mismo que para construir una máquina destinada a facilitar el resto de la producción" (*Economist*, tomo 5, p. 520).

5 Corbet calculó en 1841 los gastos del almacenamiento de trigo para un período de 9 meses en un 1/2 % de pérdida en cuanto a la cantidad y en un 3 % para los intereses del precio del trigo, un 2 % para alquiler de almacenes, un 1 % para derrames y transporte y un 1/2 % para trabajo de entrega, total un 7 %, o sea, a base de un precio de 50 chelines, 3 chelines y 6 peniques el *quarter* (Th. Corbet, *An Inquiry into the Causes and Modes of the Wealth of Individuals, e*tc., Londres, 1841). Según las declaraciones de los comerciantes de Liverpool ante la Comisión de Ferrocarriles. los gastos (netos) del almacenamiento de trigo ascendían en 1865 a 2 peniques mensuales por *quarter*, o sean 9–10 peniques por tonelada (*Royal Commission on Railways*, 1867. Evidence. P. 19, núm 331)

6 Libro II, introducción.

7 Lejos de ser, como piensa A. Smith, el almacenamiento el que surge de la transformación del producto en mercancía y de la reserva de consumo en reserva de mercancías, ocurre a la inversa: es este cambio de forma operado por la transición de la producción para el propio consumo a la producción de mercancías el que provoca las crisis más violentas en la economía de los productores. En la India se conservó, por ejemplo, hasta los tiempos más recientes "la costumbre de almacenar grandes masas de trigo, artículo que era difícil de conseguir aun en los años de abundancia" (*Return. Bengal and Orissa Famine, H. of C.*, 1867, I, p. 230, núm. 74). La demanda de algodón, de yute, etc., que ha subido de repente a consecuencia de la guerra civil norteamericana. ha determinado en muchas partes de la India una gran reducción de los cultivos de arroz, el alza de los precios y la venta de las antiguas reservas de este artículo en poder de los productores. A esto hay que añadir la exportación sin precedente de arroz a Australia, Madagascar. etc., en los años de 1846–66 Así se explica el carácter tan agudo que revistió la epidemia de hambre de 1866. que barrió solamente en el distrito de Orissa a un millón de hombres (lug. cit., pp. 174, 175, 213, 214 y III. *Papers relating to the Famine in Behar*, pp. 32 y 33, donde entre las causas del hambre se subraya el *drain of old stoch* (6).

(Tomado del manuscrito II)

8 Storch llama a estos procesos de circulación *circulation postiche.* (9)

9 Ricardo cita a Say. quien considera como una bendición del comercio el que encarezca *los* productos o eleve su valor por medio de los gastos de transporte. "El comercio –dice Say– nos permite obtener un bien en el lugar donde se encuentra y transportarlo a otro sitio donde será consumido; nos da por lo tanto, el poder de incrementar el valor de la mercancía por toda la diferencia existente entre el precio que tiene en el primero de dichos lugares y el que tiene en el segundo." A lo cual observa Ricardo: "Aun siendo eso cierto ¿cómo se le da ese valor adicional? Añadiendo al costo de la producción, primero, los gastos de transporte: segundo, la utilidad del capital empleado por el comerciante. El bien es más valioso únicamente por las mismas razones en virtud de las cuales toda mercancía adquiere mayor valor, porque se ha empleado en su producción más mano de obra y transporte antes de que sea comprada por el consumidor. Sin embargo, no debe citarse esa circunstancia como una de las ventajas del comercio" (Ricardo, *Principios de Economía Política*, México, F. de C. E., 1959. página 199).

10 *Royal Commission on Railways*, p. 31, núm. 630

LA ROTACION DEL CAPITAL

Capítulo VII

TIEMPO DE ROTACION Y NUMERO DE ROTACIONES

Hemos visto que el tiempo total de circulación de un capital dado es igual a la suma del tiempo durante el cual describe su ciclo y de su tiempo de producción. Es el período de tiempo que transcurre desde el momento en que se desembolsa el valor–capital bajo una determinada forma hasta el momento en que el valor–capital en acción retorna a su punto de partida en la misma forma inicial.

El fin determinante de la producción capitalista es siempre la valorización del valor desembolsado, ya se desembolse bajo una forma independiente, es decir, en forma de dinero, o en forma de mercancía, en cuyo caso su forma de valor sólo posee una independencia ideal en el precio de las mercancías adelantadas. Este valor–capital recorre en ambos casos, durante su ciclo, diversas formas de existencia. Su identidad consigo mismo aparece confirmada en los libros del capitalista o en forma de dinero aritmético.

Ya tomemos la fórmula *D... D'* o la fórmula *P... P*, ambas llevan implícito, *1)* el hecho de que el valor desembolsado funciona como valor–capital y se ha valorizado; *2)* el hecho de que, después de desarrollar su proceso, retorna a la misma forma en que lo inició. La valorización del valor desembolsado *D* y al mismo tiempo el retorno del capital a esta forma (a la forma dinero) aparecen tangibles en la fórmula *D... D'*. Pero lo mismo sucede en la segunda fórmula, pues el punto de partida de *P* es la existencia de los elementos de producción, o sea, de mercancías de un valor dado. La fórmula implica la valorización de este valor *(M' y D')* y el retorno a la forma originaría, toda vez que en la segunda *P* el valor desembolsado reviste de nuevo la forma de los elementos de producción en que originariamente se desembolsó.

Más arriba hemos visto que "allí donde la producción presenta forma capitalista, la presenta también la reproducción. En el régimen capitalista de producción el proceso de trabajo no es más que un medio para el proceso de valorización; del mismo modo, la reproducción es simplemente un medio para reproducir como capital, es decir, como valor que se valoriza, el valor desembolsado" (libro I, cap. XXI, p. 512).

Las tres fórmulas: I, *D... D';* II, *P... P, y* III, *M'... M'* se distinguen en lo siguiente: en la fórmula II (... *P*) la renovación del proceso, el proceso de reproducción, se expresa de un modo real, mientras que en la fórmula I sólo se expresa como posibilidad. Pero ambas se distinguen de la forma II en que el valor–capital desembolsado –ya sea en dinero o en forma de los elementos materiales de producción– constituye el punto de partida y también, por tanto, el punto de retorno. En *D... D'* el retorno es $D' = D + d$. Si el proceso se renueva en la misma escala, *D* vuelve a servir de punto de partida y *d* no se incorpora a él, sino que indica solamente que *D* se ha valorizado como capital, engendrando, por tanto, una plusvalía, pero eliminándola después de engendrarla. En la fórmula *P... P*, el valor–capital desembolsado en forma de elementos de producción, *P*, constituye asimismo el punto de partida. Esta fórmula implica su valorización. Si el proceso es de reproducción simple, el mismo valor capital renueva su proceso en la misma forma, *P*. Si es de acumulación, el nuevo proceso se inicia con *P'* (que en cuanto a su magnitud de valor = *D' = M')* como un

valor capital incrementado. Pero vuelve a iniciarse con el valor capital desembolsado en su forma inicial, aunque sea con un valor capital mayor que antes. En cambio, en la fórmula III el valor capital no inicia el proceso como valor desembolsado, sino como un valor ya valorizado, como la riqueza total existente en forma de mercancías y de que el valor capital desembolsado no es más que una parte. Esta última fórmula es importante para la sección tercera, donde el movimiento de los distintos capitales se concibe en conexión con el movimiento del capital social en conjunto. No puede utilizarse, en cambio, para la rotación del capital, que comienza siempre con el desembolso del valor–capital, sea en forma de dinero o de mercancías, y condiciona siempre el retorno del valor–capital en giro en la misma forma en que se desembolsó. De los ciclos I y II debe tenerse presente el primero cuando se trate fundamentalmente de examinar la influencia de la rotación sobre la formación de plusvalía y el segundo cuando se estudie su influencia sobre la formación de producto.

Los economistas, que no separaban las distintas formas de los ciclos, no las estudiaban tampoco por separado con vistas a la rotación del capital. Ordinariamente, se destaca la fórmula *D... D'* por ser la que domina al capitalista individual y le sirve en sus cálculos, aunque el dinero sólo constituya el punto de partida bajo la forma de dinero aritmético. Otros parten de la inversión en forma de elementos de producción hasta que el capital refleje, pero sin hablar para nada de la forma de este reflejo, que puede ser en mercancías o en dinero. Así, por ejemplo: “El ciclo económico..., es decir, todo el transcurso de la producción desde el momento en que se efectúa la inversión hasta el momento en que se obtienen los ingresos” (“Economic Cycle... the whole course of production, from the time that outlays are made till returns are received. In agriculture seedtime is its commencement, and harvesting its ending”: S. P. Newman, *Elements of Political Economy*, Andower y Nueva York, p. 81). Otros comienzan por *M'* (fórmula III): “El mundo del comercio de producción puede considerarse como si se moviese en un círculo que llamaremos un ciclo económico y en el que efectúa una rotación tan pronto como el negocio retorna, después de operar sus sucesivas transacciones, al punto de que partió. El comienzo puede situarse en el punto en que el capitalista obtiene los ingresos por medio de los cuales se reembolsa de su capital; a partir de este momento, procede de nuevo a reclutar obreros y les distribuye en forma de salario su sustento, o mejor dicho, la posibilidad de procurárselo, a obtener, elaborados por ellos, los artículos en que negocia, a llevar estos artículos al mercado y a cerrar allí el ciclo de esta serie de movimientos, vendiendo las mercancías y obteniendo de este modo el reembolso de todo su capital invertido durante este período (Th. Chalmers, *On Political Economy*, 2° ed. Londres, 1832, pp. 84 s.).

Tan pronto como todo el valor capital invertido por un capitalista individual en una rama cualquiera de producción ha descrito el ciclo de sus movimientos, vuelve a revestir su forma inicial y se halla en condiciones de repetir el mismo proceso. Y no tiene más remedio que hacerlo, si el valor ha de perpetuarse y valorizarse como valor capital. Cada uno de los ciclos representa en la vida del capital simplemente una etapa que se repite constantemente, y por tanto un período. Al final del período *D...D'* el capital vuelve a revestir de forma que envuelve su proceso de reproducción o de valorización. Al término del período *P...P* el capital vuelve a asumir la forma de los elementos de producción que constituyen la premisa de un ciclo renovado. El ciclo del capital, considerado no como un fenómeno aislado, sino como un proceso periódico, se llama su rotación. La duración de ésta se determina por la suma de su tiempo de producción y del tiempo durante el cual describe su ciclo. Los dos

sumandos dan el tiempo de rotación del capital. Esta suma constituye, por tanto, el intervalo entre un período cíclico del valor capital en conjunto y el siguiente, la periodicidad que existe en el proceso de vida del capital o, si se quiere, el tiempo de renovación o de repetición del proceso de valorización o de producción del mismo valor–capital.

Prescindiendo de todas las contingencias individuales que pueden acelerar o acortar el tiempo de rotación de un capital suelto, el tiempo de rotación de los capitales difiere con arreglo a sus distintas esferas de inversión.

Así como la jornada de trabajo es la unidad natural de medida para la función de la fuerza del trabajo, el año es la unidad natural de medida para las rotaciones del capital puesto en acción. La base natural de esta unidad de medida estriba en el hecho de que los frutos más importantes de la tierra en la zona templada, que fue la cuna de la producción capitalista, son productos anuales.

Tomando el año como unidad de medida y llamando al tiempo de rotación *R*, al tiempo de rotación de un determinado capital *r* y al número de sus rotaciones *n*, tendremos que

$$n = \frac{R}{r}$$

Así, pues, si, por ejemplo, el tiempo de rotación, *r*, es de 3 meses, tendremos que $n = 12/3 = 4$, lo que quiere decir que el capital efectuará 4 rotaciones al año. Sí $r = 18$ meses, entonces $n = 12/18 = 2/3$, lo que significa que el capital sólo recorrerá en un año 2/3 de su tiempo de rotación. Cuando, por tanto, su tiempo de rotación abarque varios años se calculará por múltiplos de un año.

Para el capitalista, el tiempo de rotación de su capital es el tiempo durante el cual debe tener desembolsado su capital para valorizarlo y recobrarlo en su forma primitiva.

Antes de entrar a investigar más en detalle cómo influye la rotación del capital en el proceso de producción y valorización, debemos examinar dos nuevas formas de capital que brotan del proceso de circulación o influyen en la forma de la rotación de aquél.

Notas no tiene el capítulo 7

Capitulo VIII

CAPITAL FIJO Y CAPITAL CIRCULANTE

I. *Diferencias de forma*

Veíamos en el libro I, cap. VI [pp. 160 s.] que una parte del capital constante retiene la forma determinada de uso con que entra en el proceso de producción, frente a los productos que contribuye a crear. Efectúa siempre, por tanto, las mismas funciones, durante un período más o menos largo, en procesos de trabajo constantemente repetidos. Tal acontece, por ejemplo, con los edificios en que se trabaja, con la maquinaria, etc., en una palabra, con todo lo que englobamos bajo el nombre de *medios de trabajo.* Esta parte del capital constante transfiere valor al producto en la misma proporción en que pierde, con su valor de uso, su propio valor de cambio. Esta transferencia de valor de los medios de producción de que hablamos al producto que contribuyen a crear se determina por un cálculo medio: se mide por la duración media de su función desde el momento en que el medio de producción entra en el proceso de ésta hasta el momento en que queda completamente agotado, muerto, teniendo que reponerse o reproducirse mediante un nuevo ejemplar de la misma clase.

Lo que, por tanto, caracteriza a esta parte del capital constante es lo siguiente:

Una parte del capital se desembolsa en forma de capital constante, es decir, de medios de producción, que ahora actúan como factores del proceso de trabajo mientras mantienen la forma independiente de uso con la que entra en él. Los productos terminados, incluyendo también, por tanto, los factores que los forman, siempre y cuando que se transformen en productos, salen del proceso de producción para pasar, como mercancías, de la esfera de producción a la esfera de circulación. En cambio, los medios de trabajo no abandonan nunca la esfera de la producción, una vez que se han incorporado a ella. Su función los vincula a ella de un modo permanente. Una parte del capital desembolsado *se fija* en esta forma, determinada por la función que el medio de trabajo desempeña en el proceso. Mediante el funcionamiento del medio de trabajo, con su desgaste correspondiente, una parte de su valor pasa al producto y otra permanece adherida al medio de trabajo y, por tanto, al proceso de producción. El valor así adherido va disminuyendo constantemente hasta que el medio de trabajo queda fuera de uso y su valor se distribuye, por consiguiente, durante un período de tiempo más o menos largo, entre una masa de productos que brotan de una serie de procesos de trabajo constantemente repetidos. Pero, mientras funciona todavía como medio de trabajo, es decir, mientras no es sustituido por un nuevo ejemplar, lleva siempre adherida una parte de capital constante, al paso que otra parte del valor originariamente adherido a él se transfiere al producto y circula, por tanto, como parte integrante del *stock* de mercancías. Cuanto más dure el medio de trabajo, cuanto más lento sea su desgaste, más tiempo permanece adherido en esta forma útil el valor del capital constante. Pero, cualquiera que sea el grado de su duración, la proporción en que transfiere valor al producto se halla siempre en razón inversa al total de tiempo durante el cual funciona. Sí de dos máquinas del mismo valor una se desgasta en cinco años y la otra en diez, la primera transferirá en el mismo tiempo el doble de valor que la segunda.

Esta parte del valor–capital plasmada en medios de trabajo circula lo mismo que cualquier otra. Hemos visto, en términos generales, que todo el valor–capital se halla constantemente en circulación y que, por tanto, en este sentido, todo capital es capital circulante. Pero la circulación de esta parte del capital a que aquí nos referimos presenta un carácter peculiar. En primer lugar, no circula en su forma útil, pues lo que circula es simplemente su valor, y circula, además, gradualmente, fragmentariamente, a medida que se va transfiriendo al producto que circula como mercancías. Durante todo el tiempo que funciona, una parte de su valor permanece fijada en él, con existencia independiente frente a las mercancías que contribuye a producir. Esta característica peculiar da a esta parte del capital constante su forma de *capital fijo.* Todos los demás elementos materiales integrantes del capital desembolsado en el proceso de producción forman, por oposición a aquél, el *capital circulante.*

Una parte de los medios de producción –la formada por las materias auxiliares consumidas por los medios de trabajo durante su funcionamiento, como el carbón que consume la máquina de vapor, o que se limitan a apoyar el proceso de producción, como el gas de alumbrado, etc.– no entran a formar parte materialmente del producto. Lo único que forma parte del valor del producto es su valor. En su propia circulación circula su valor el producto. En esto coinciden los medios de producción a que nos referimos con el capital fijo. Pero, a diferencia de éstos, son consumidos íntegramente en cada proceso de trabajo en que entran, debiendo reponerse, por tanto, totalmente y mediante nuevos ejemplares de la misma clase en cada nuevo proceso de trabajo. No conservan su forma útil independiente durante su función. Esto quiere decir también que durante su función no queda adherida a su antigua forma útil, a su forma natural, ninguna parte del valor–capital. El hecho de que esta parte de las materias auxiliares no entre materialmente en el producto, sino que sólo entre en cuanto a su valor, como parte de valor, en el valor del producto, y el hecho, relacionado con éste, de que la función de estas materias se halle vinculada a la órbita de la producción, han llevado a economistas como Ramsay (al mismo tiempo que confunde el capital fijo y el capital constante) a incluirlas en la categoría de capital fijo.

La parte de los medios de producción que se incorpora al producto, es decir, las materias primas, etc., adquiere de este modo, parcialmente, formas bajo las cuales puede entrar más tarde como medio de disfrute en el consumo individual. Los verdaderos medios de trabajo, los factores materiales del capital fijo, sólo se consumen productivamente y no pueden entrar en el consumo individual, puesto que no entran en el producto o en el valor de uso, que ambos ayudan a crear, sino que conservan frente a éste su forma independiente hasta su desgaste total. Una excepción a esto son los medios de transporte. El efecto útil que éstos crean durante su función productiva, es decir, mientras permanecen en la órbita de producción, el desplazamiento de lugar, entra, asimismo, en el consumo individual, por ejemplo, en el del viajero. Este, en tales casos, paga el uso, como lo hace tratándose de otros medios de producción. Hemos visto cómo en la industria química, por ejemplo, se desdibuja a veces la línea de demarcación entre las materias primas y las materias auxiliares. Otro tanto acontece con los medios de trabajo, las materias auxiliares y las materias primas. En la agricultura, por ejemplo, las materias añadidas a la tierra para mejorarla se incorporan parcialmente a las plantas como factores determinantes del producto. Por otra parte, su efecto se distribuye a lo largo de toda una serie de años, *v. gr.* 4 6 5, Una parte de ellas pasa, por tanto, a formar parte material del producto, mientras que otra plasma también su valor bajo su antigua forma útil. Perdura como medio de

producción y adquiere, por consiguiente, la forma de capital fijo. Un buey, considerado como ganado de labor, es capital fijo. Si se le mata para comerlo, ya no actúa como medio de trabajo y deja de ser, por tanto, capital fijo.

El destino que da a una parte del valor–capital invertido en medios de producción el carácter de capital fijo estriba exclusivamente en el modo peculiar como circula este valor. Esta modalidad propia de circulación corresponde a la modalidad propia de transferencia de su valor al producto por parte de estos medios de trabajo o en el modo especial como actúa en cuanto factor creador de valor durante un proceso de producción. Y, a su vez, éste responde al modo especial de funcionar los medios de trabajo en el proceso de éste.

Es sabido que el mismo valor de uso que surge como producto de un proceso de trabajo entra en otro proceso de trabajo como medio de producción. Es la función de un producto como medio de trabajo dentro del proceso de producción la que lo convierte en capital fijo. En cambio, no tiene nada de capital fijo si ese producto surge, a su vez, de un proceso de producción. Así por ejemplo, una máquina, considerada como producto o como mercancía del fabricante de maquinaria, forma parte de su capital–mercancías. Sólo se convierte en capital fijo en manos de su comprador, del capitalista que la emplea productivamente.

En igualdad de circunstancias, el grado de fijeza de un capital aumenta a medida que aumenta el grado de duración del medio de trabajo. De este grado de duración depende, en efecto, la magnitud de la diferencia entre el valor–capital plasmado en medio de trabajo y la parte de esta magnitud de valor que en los repetidos procesos de trabajo transfiere el producto. Cuanto más lenta sea esta transferencia de valor– y los medios de trabajo transfieren valor cada vez que se repite el mismo proceso de trabajo–, mayor será la diferencia entre el capital invertido en el proceso de producción y el capital consumido en él. Una vez que esta diferencia desaparece, el medio de trabajo se agota y, al perder su valor de uso, pierde también su valor. Deja de ser un agente de valor. Y como los medios de trabajo, al igual que todos los demás agentes materiales del capital constante, sólo transfieren valor al producto en la medida en que pierden, con su valor de uso, su valor, es evidente que cuanto más lentamente pierdan su valor de uso, cuanto más tiempo permanezcan funcionando en el proceso de producción, más se prolongará el período en que quede plasmado en él valor–capital constante.

Si un medio de producción que no constituye un medio de trabajo en sentido

Estricto, por ejemplo las materias auxiliares, las materias primas, los artículos a medio fabricar, etc., se comporta con respecto a la transferencia de valor y, por tanto, con respecto al modo de circulación de su valor, como los medios de trabajo, será también agente material, modalidad de existencia del capital fijo. Es lo que ocurre con aquellas mejoras de la tierra a que nos referíamos más arriba y que añaden al suelo ciertos elementos químicos cuyos efectos se extienden a varios años o períodos de producción. En estos casos, una parte del valor sigue existiendo al lado del producto en su forma independiente o en forma de capital fijo, mientras que otra parte de valor se transfiere al producto y circula, por tanto, con él. En tales condiciones, no se transfiere al producto solamente una parte de valor del capital fijo, sino también el valor de uso, la sustancia en que existe esta parte de valor.

Prescindiendo del error fundamental –la tergiversación de las categorías del capital fijo y el capital circulante con las categorías del capital constante y el capital variable–, la

confusión que se advierte en el modo como los economistas vienen definiendo estos conceptos descansa primordialmente en los siguientes puntos:

Se convierten determinadas cualidades materiales de los medios de trabajo en cualidades directas del capital fijo, por ejemplo, la de la inmovilidad física de una casa.

Sentada esta premisa, resulta fácil demostrar que otros medios de trabajo que son también de por sí capital fijo revisten la cualidad contraria; los buques, por ejemplo, poseen la cualidad de la movilidad física.

O bien se confunde la forma económica que responda a la circulación del valor con una cualidad real, como si cosas que no son de por sí capital y que sólo se convierten en él en determinadas condiciones sociales, pudiesen ser ya *de por sí* y por naturaleza capital en una determinada forma, capital fijo o circulante. En el libro I, cap. v [pp. 139–159] hemos visto que los medios de producción, en cualquier proceso de trabajo y cualesquiera que sean las condiciones sociales en que éste se desarrolle, se dividen en medios de trabajo y objetos sobre que éste recae. Donde unos y otros se convierten en capital, y concretamente en "capital productivo" –como se puso en claro en la sección anterior de esta obra– es dentro del régimen de producción capitalista. De este modo, la diferencia entre los medios de trabajo y los objetos sobre que éste recae, basada en la naturaleza misma del proceso de trabajo, vuelve a reflejarse en la nueva forma de la diferencia entre el capital fijo y el capital circulante. Sólo así se convierte en capital fijo una cosa que funciona como medio de trabajo. Sí por sus cualidades materiales puede actuar, además, en otras funciones que no sean las de medio de trabajo, será capital fijo o no según la diversidad de su función. El ganado, considerado como ganado de labor, es capital fijo; considerado como ganado de matanza es materia prima, destinado en último resultado a entrar en la circulación y actúa, por tanto, no como capital fijo, sino como capital circulante.

El mero hecho de que un medio de producción se fije en repetidos procesos de trabajo que, aun siendo distintos, forman una serie continua y coherente y, por tanto, un período de producción –es decir, todo el tiempo de producción necesario para elaborar el producto– condiciona, al igual que el capital fijo, un anticipo más largo o más corto por parte del capitalista, pero no convierte en capital fijo su capital. La simiente, por ejemplo, no es un capital fijo, sino simplemente materia prima fijada por espacio de un año aproximadamente en el proceso de producción. Todo capital, mientras actúa como capital productivo, se fija en el proceso de producción, y lo mismo ocurre, como es natural, con todos los elementos que forman el capital productivo, cualquiera que sean su contenido material, su función y el modo como circule su valor. Este fenómeno de fijación puede ser más largo o más corto, según el tipo del proceso de producción de que se trate o el efecto útil que se persiga, pero esto no afecta para nada a la diferencia entre el capital fijo y el circulante.[1]

Una parte de los medios de trabajo, incluyendo en ella las condiciones generales de trabajo, se incorpora y adhiere unas veces localmente, al entrar como medio de trabajo en el proceso de producción o al ponerse en acción para realizar la función productiva, como ocurre, por ejemplo, con las máquinas. Otras veces, se produce de antemano bajo esta forma vinculada localmente, como sucede, *v. gr.*, con las mejoras de la tierra, los edificios fabriles, los altos hornos, los canales, los ferrocarriles, etc. La vinculación constante del medio de trabajo al proceso de producción dentro del cual debe actuar se halla condicionado aquí, al mismo tiempo, por su modalidad material. Y, por otra parte, puede

ocurrir que un medio de trabajo cambie físicamente de lugar a cada paso y, sin embargo, se encuentre constantemente dentro del proceso de producción, que es el caso de las locomotoras, los barcos, el ganado de labor, etc. La inmovilidad no le da, en un caso, el carácter del capital fijo ni la movilidad se lo quita en el otro. Sin embargo, el hecho de que los medios de trabajo se hallen vinculados localmente, adheridos con sus raíces a la tierra, asigna a esta parte del capital fijo una función especial en la economía de las naciones. Estos objetos no pueden ser enviados al extranjero ni circular como mercancías en el mercado mundial. Los títulos de propiedad sobre este capital fijo pueden cambiar de mano, comprarse y venderse y circular, así, de un modo ideal. Puede incluso, ocurrir que estos títulos de propiedad circulen en mercados extranjeros, por ejemplo en forma de acciones. Pero el cambio de las personas propietarias de este tipo de capital fijo no hace cambiar la proporción existente entre la parte materialmente fija de la riqueza de un país y su parte móvil.[2]

La peculiar circulación del capital fijo se traduce en una rotación peculiar. La parte de valor que pierde en su forma natural por el desgaste circula como parte de valor del producto. Este se convierte, mediante la circulación, de mercancía en dinero; también, por tanto, la parte de valor del medio de trabajo que el producto hace circular y, además, su valor destila del proceso de circulación como dinero en la misma proporción en que este medio de trabajo deja de ser agente de valor dentro del proceso de producción. Su valor reviste, pues, ahora, una doble existencia. Una parte de él permanece vinculada a su forma útil o natural, perteneciente al proceso de producción; otra parte se desprende de ésta como dinero. La parte de valor del medio de trabajo existente bajo forma natural va disminuyendo constantemente, mientras que su parte de valor traducida a la forma dinero aumenta de un modo constante, hasta que el medio de trabajo fenece y todo su valor, separado de su cadáver, se convierte en dinero. Aquí es donde se presenta la peculiaridad en la rotación de este elemento del capital productivo. La transformación de su valor en dinero se desarrolla paralelamente con la transformación en crisálida –dinero de la mercancía que es su agente de valor. Pero su proceso inverso de transformación de la forma dinero, en forma útil se disocia del proceso inverso de transformación de la mercancía en sus distintos elementos de producción y se halla más bien determinado por su propio período de reproducción, es decir, por el tiempo durante el cual se agota el medio de trabajo y tiene que ser repuesto por otro ejemplar de la misma clase. Si el tiempo de funcionamiento de una máquina, de un valor de 10,000 libras esterlinas supongamos, dura, por ejemplo, 10 años, el período de rotación del valor primitivamente desembolsado en ella serán 10 años. No habrá por qué renovarla antes de que termine este plazo, sino que seguirá funcionando en su forma natural. Su valor circulará, entre tanto, fragmentariamente como parte de valor de las mercancías a cuya producción continua sirve la máquina y ésta se irá traduciendo, así, gradualmente a dinero, hasta que, por último, al cabo de los 10 años, aquel valor se convierta totalmente en dinero y éste vuelva a convertirse en una máquina, con lo que se habrá operado su rotación. Hasta que se produzca este período de reproducción, su valor va acumulándose gradualmente, por el momento, bajo la forma de un fondo de reserva en dinero.

Los demás elementos del capital productivo están formados, en parte por los elementos del capital constante consistentes en materias auxiliares y materias primas y, en parte, por el capital variable, invertido en fuerza de trabajo.

El análisis del proceso de trabajo y de valorización (libro I, cap. V [pp. 139–159]) ha demostrado que estas distintas partes integrantes se comportan de un modo completamente distinto como creadoras de producto y como creadoras de valor. El de la parte del capital constante formado por las materias auxiliares y las materias primas –al igual que el valor de su parte consistente en medios de trabajo– reaparece en el valor del producto como un valor simplemente transferido, mientras que la fuerza de trabajo añade al producto por medio del proceso de trabajo un equivalente de su valor o reproduce realmente su valor. Además, una parte de las materias auxiliares, del combustible empleado en la calefacción, del gas de alumbrado, etc., es consumido en el proceso de trabajo sin que entre materialmente en el producto, mientras que otra parte de ellas se incorpora físicamente al producto y forma la materia de su sustancia. Sin embargo, todas estas diferencias no afectan para nada a la circulación ni, por tanto, al modo de rotación. Las materias auxiliares y las materias primas, cuando son consumidas íntegramente para crear el producto, transfieren a éste todo su valor. Este circula, por tanto, íntegramente a través del producto, se convierte en dinero y refluye de éste a los elementos de producción de la mercancía. Su rotación no se interrumpe, como la del capital fijo, sino que recorre constantemente todo el ciclo de sus formas, con lo cual estos elementos del capital productivo se renuevan constantemente en especie.

En cuanto al capital variable, o sea, la parte del capital productivo invertida en fuerza de trabajo, ésta se compra por determinado tiempo. Una vez que el capitalista la ha comprado y la incorpora al proceso de producción, forma parte integrante de su capital y es, concretamente, su parte variable. La fuerza de trabajo actúa diariamente durante un período de tiempo, al cabo del cual no sólo reproduce su valor diario íntegro, sino que añade, además, al producto, un remanente, la plusvalía, del que por el momento prescindimos aquí. Tan pronto como la fuerza de trabajo, comprada, por ejemplo, durante una semana, ha dado su rendimiento, se hace necesario renovar constantemente la compra dentro de los plazos usuales. El equivalente de su valor, que la fuerza de trabajo añade a su producto mientras funciona y que la circulación del producto convierte en dinero, tiene que volver a convertirse constantemente de dinero en fuerza de trabajo o recorrer constantemente el ciclo completo de sus formas; es decir, tiene que describir su rotación, para que el ciclo de la producción continua no se interrumpa.

La parte de valor del capital productivo invertida en fuerza de trabajo se transfiere, por tanto, integra al producto (aquí, prescindimos constantemente de la plusvalía), experimenta con él las dos metamorfosis propias de la órbita de la circulación y, a través de esta renovación constante, queda incorporada continuamente al proceso de producción. Por consiguiente, por muy distinto que sea el modo como la fuerza de trabajo se comporte en otros aspectos; en lo tocante a la creación de valor, con respecto a los elementos del capital constante que *no* constituyen capital *fijo*, este tipo de rotación de su valor es común a una y otros, por oposición al capital fijo. Estos elementos del capital productivo –las partes de valor del mismo invertidas en fuerza de trabajo y en medios de producción distintos del capital fijo– se enfrentan al capital fijo como capital *circulante* y se distinguen de aquél por el carácter común de su rotación.

Como hemos visto más arriba, el dinero que el capitalista paga al obrero por el empleo de la fuerza de trabajo no es, en realidad, sino la forma general de equivalente de los medios de vida necesarios para el obrero. En este sentido, puede decirse que el capital variable se halla formado, materialmente, por medios de vida. Pero el problema de la

rotación es también, aquí, un problema de forma. El capitalista no compra los medios de vida del obrero, sino su misma fuerza de trabajo. La parte variable de su capital no está formada por los medios de vida del obrero, sino por su fuerza de trabajo puesta en acción. Lo que el capitalista consume productivamente en el proceso de trabajo es la fuerza de trabajo misma, no son los medios de vida del obrero. Es el propio obrero quien invierte en medios de vida el dinero obtenido a cambio de su fuerza de trabajo, para luego convertir nuevamente en fuerza de trabajo los medios de vida y seguir así viviendo, exactamente lo mismo que, por ejemplo, el capitalista invierte en medios de vida para su propio consumo una parte de la plusvalía obtenida de la mercancía que vende por dinero, sin que por ello pueda afirmarse que el comprador de su mercancía le paga en medios de vida. Aun en los casos en que al obrero se le pague en medios de vida, en especie, una parte de su salario, esto constituye ya una segunda transacción. Lo que ocurre es que el obrero vende su fuerza de trabajo por un determinado precio, acordándose que una parte de éste lo recibirá en medios de vida. Esto sólo hace cambiar la forma de pago, pero no altera para nada el hecho de que lo que realmente vende el obrero es su fuerza de trabajo. Se trata de una segunda transacción, que no medía ya entre el obrero y el capitalista, sino entre el obrero considerado como comprador de la mercancía y el capitalista que actúa como su vendedor, a diferencia de la primera transacción, en la que el obrero es el vendedor de la mercancía (de su fuerza de trabajo) y el capitalista su comprador. Exactamente lo mismo que si el capitalista se hiciese pagar su mercancía por otra; lo mismo que sí, por ejemplo, aceptase una determinada cantidad de hierro en pago de la máquina vendida a una empresa de altos hornos. No son, por tanto, los medios de vida del obrero los que adquieren la función de capital variable por oposición al capital fijo. Ni es tampoco su fuerza de trabajo, sino que es la parte de valor del capital productivo invertida en ella la que, mediante la forma de su inversión, asume este carácter, conjuntamente con algunos y por oposición a otros elementos del capital constante.

El valor del capital circulante –el invertido en fuerza de trabajo y medios de producción– sólo se adelanta por el tiempo durante el cual se elabora el producto, con arreglo a la escala de la producción, la cual depende del volumen del capital fijo. Este valor se incorpora íntegramente al producto y, por tanto, al venderse éste. retorna en su totalidad de la circulación, pudiendo de este modo volver a desembolsarse. La fuerza de trabajo y los medios de producción que forman el capital circulante son sustraídos a la circulación en la medida necesaria para la elaboración y la venta del producto terminado, pero necesitan ser repuestos y renovados constantemente mediante nuevas compras, mediante la reversión de la forma dinero a los elementos de producción. Son sustraídos de golpe al mercado en masas menores que los elementos del capital fijo, pero, en cambio, se sustraen a él con mayor frecuencia y el desembolso del capital invertido en ellos se renueva en períodos más cortos. Esta renovación constante se lleva a cabo por medio de la circulación continua del producto a través del cual circula todo su valor. Acaban describiendo constantemente el ciclo total de las metamorfosis, no sólo en cuanto a su valor, sino también en cuanto a su forma material; revierten constantemente de la forma mercancía a la forma de los elementos de producción de esta misma mercancía.

La fuerza de trabajo añade constantemente al producto, con su propio valor, una plusvalía que es la encarnación del trabajo no retribuido. Por tanto, ésta es puesta en circulación a través del producto terminado y convertida constantemente en dinero, ni más ni menos que los demás elementos de valor que lo integran. Sin embargo, como aquí sólo

queremos referirnos, por el momento, a la rotación del valor del capital y no a la de la plusvalía que se opera conjuntamente con aquél, prescindiremos provisionalmente de ésta.

De lo expuesto se desprende lo siguiente:

1 Los conceptos del capital fijo y del capital circulante son conceptos de forma, que responden solamente al distinto tipo de rotación del valor capital que actúa en el proceso de producción *o capital productivo.* Esta diferente clase de rotación responde, a su vez, al distinto modo como los diversos elementos del capital productivo transfieren su valor al producto, y no al modo distinto como participan en la producción del valor del producto ni a su modo distinto de comportarse en el proceso de valorización. Finalmente, la diferencia que se advierte en cuanto a la transferencia del valor al producto –y, por tanto, el distinto modo como este valor circula a través del producto y es renovado por las metamorfosis de éste en su primitiva forma natural– responde a la diferencia de las formas materiales bajo las que existe el capital productivo, una parte del cual se consume íntegramente durante la elaboración de cada producto, mientras que otra parte se va consumiendo gradualmente. Por consiguiente, es el capital productivo y sólo él el que puede dividirse en capital fijo y circulante. Esta oposición no se da, en cambio, con respecto a las otras dos modalidades de existencia del capital industrial, o sea, el capital–mercancias y el capital–dinero, ni existe tampoco como oposición entre estos dos y el capital productivo. Sólo se da *con respecto al capital productivo y dentro de éste.* Por mucho que el capital–dinero y el capital–mercancías funcionen como capital y por mucho que circulen, sólo podrán convertirse en capital circulante por oposición al capital fijo tan pronto como se conviertan en elementos circulantes del capital productivo. Pero, como estas dos formas del capital se mueven dentro de la órbita de la circulación, los economistas desde Adam Smith se han creído autorizados, por error, a englobarlas con la parte circulante del capital productivo en la categoría de capital circulante. Y es cierto que son capital en circulación, por oposición al capital productivo, pero esto no quiere decir que sean capital circulante por oposición al capital fijo.

2. La rotación de la parte fija del capital y por tanto el tiempo de rotación necesario, abarca varías rotaciones de los elementos circulantes del capital. Durante el mismo tiempo en que describe una sola rotación el capital fijo, describe varias rotaciones el capital circulante. Una de las partes integrantes del valor del capital productivo asume el concepto de forma del capital fijo siempre y cuando que los medios de producción que lo forman no se consuman durante el tiempo en que se elabora el producto y sale del proceso de producción convertido en mercancía. Es necesario que una parte de su valor perdure bajo su antigua forma útil, mientras que otra parte es puesta en circulación por el producto elaborado, circulación que hace circular también, simultáneamente, el valor total de los elementos circulantes del capital.

3. La parte de valor del capital productivo que se invierte en capital fijo se desembolsa en bloque y de una vez para todo el tiempo durante el cual funciona aquella parte de los medios de producción que forma el capital fijo. Por consiguiente, este valor es lanzado a la circulación por el capitalista de una sola vez; pero sólo se sustrae de nuevo a la circulación fragmentaria y gradualmente, mediante la realización de las partes de valor que el capital fijo va añadiendo fragmentariamente a las mercancías. En cambio, los mismos medios de producción en que se fija una parte del capital productivo se sustraen a la circulación de una vez, para incorporarse al proceso de producción por todo el tiempo que funcionen, pero no necesitan ser repuestos durante todo este tiempo por nuevos ejemplares

de la misma clase, no necesitan ser reproducidos. Siguen contribuyendo durante un tiempo más o menos largo a la producción de las mercancías lanzadas a la circulación, sin necesidad de sustraer a ésta los elementos de su propia renovación. Por tanto, durante este tiempo no reclaman tampoco, a su vez, la renovación de los medios desembolsados por el capitalista. Finalmente, el valor capital invertido en capital fijo mientras permanecen funcionando los medios de producción que lo forman, no recorre el ciclo de sus formas, de un modo material, sino solamente en cuanto a su valor, y aun así sólo de un modo parcial y gradual. Es decir, una parte de su valor que se circula constantemente como parte de valor de la mercancía y se convierte en dinero, sin volver a revertir luego de la forma dinero a su primitiva forma natural Esta reversión del dinero a la forma natural del medio de producción sólo se opera al final del período durante el cual funciona, cuando ya el medio de producción se ha consumido totalmente.

4. Los elementos del capital circulante se fijan de un modo tan constante en el proceso de producción –sí éste ha de ser continuo–como los elementos del capital fijo. Lo que ocurre es que los elementos del primero, fijados así, se renuevan constantemente en especie (los medios de producción por otros de la misma clase, la fuerza de trabajo mediante su compra constantemente renovada), mientras que, tratándose de los elementos del capital fijo, durante el tiempo en que funcionan no hace falta renovarlos ni es necesario renovar tampoco su forma. En el proceso de producción aparecen siempre constantemente materias primas y auxiliares, pero siempre nuevos ejemplares de la misma clase, tan pronto como los antiguos se consumen en la elaboración del producto terminado. Asimismo aparece siempre, constantemente, en el proceso de producción, la fuerza de trabajo necesaria, pero gracias a la constante renovación de su compra, y no pocas veces mediante una sustitución de personas. En cambio, los edificios, las máquinas, etcétera, siguen funcionando sin sustitución durante los repetidos procesos de producción, a través de las reiteradas rotaciones del capital circulante.

II. Partes integrantes, reposición, reparación, acumulación del capital fijo

En una inversión de capital, los distintos elementos que forman el capital fijo tienen distinto tiempo de vida y también, por tanto, distintos tiempos de rotación. En un ferrocarril, por ejemplo, los rieles, las traviesas, las trincheras y los terraplenes, los edificios de las estaciones, los puentes, los túneles, las locomotoras y el material rodante duran en su funcionamiento distinto tiempo y tienen también distinto tiempo de rotación. Los edificios, los andenes, los depósitos de agua, los viaductos, los túneles, las trincheras y los muros de contención de la vía, en una palabra, lo que en la técnica ferroviaria inglesa se llaman las *Works of art* (10) no necesitan ser renovados durante una larga serie de años. Los objetos que más se desgastan son la vía férrea y el material rodante *(rolling stock).*

En un principio, al surgir los ferrocarriles modernos, era criterio dominante, alentado por los ingenieros prácticos más distinguidos, que la duración de un ferrocarril era secular y el desgaste de los rieles tan insensible, que no había para qué tenerlo en cuenta en los cálculos financieros y prácticos; el tiempo de vida, de los ríeles de buena calidad, se calculaba en 100 a 150 años. Pronto se comprobó sin embargo, que el tiempo de vida de un riel, el cual depende naturalmente de la velocidad de las locomotoras, del peso y del número de los trenes que circulen por la vía, del espesor de los mismos rieles y de toda otra serie de circunstancias accesorias, no excedía, por término medio, de 20 años. Hay incluso

estaciones, centros de gran tráfico, en que los rieles se desgastan y hay que reponerlos todos los años. Hacía 1867, empezaron a introducirse los rieles de acero, que costaban sobre poco más o menos el doble que los de hierro, pero duraban, en cambio, más del doble. El tiempo de vida de las traviesas de madera oscilaba entre 12 y 15 años. En cuanto al material rodante, se comprobó que los vagones de mercancías se desgastaban mucho más que los coches de pasajeros. El tiempo de vida de una locomotora se calculaba, en 1867, entre 10 y 12 años.

El desgaste obedece en primer lugar al propio uso. En general, los rieles se desgastan en proporción al número de trenes que circulan por la vía (R. C., núm. 17,645).[3] Al aumentar la velocidad de los trenes, el desgaste aumentaba en una proporción mayor que la del cuadrado de la velocidad; es decir, al doblar la velocidad de los trenes, el desgaste aumentaba en más del cuádruplo (R. C., núm.17,046).

Otra causa del desgaste es la influencia de las fuerzas naturales. Así por ejemplo, las traviesas no se deterioran solamente por el desgaste efectivo, sino también al podrirse la madera. "Los gastos de conservación de un ferrocarril no dependen tanto del desgaste que lleva consigo el tráfico ferroviario como de la calidad de la madera, del hierro y de los materiales de construcción de los muros, expuestos a la intemperie. Un solo mes riguroso de invierno deteriorará más la caja de la vía que todo un año de tráfico ferroviario"(R. P. Williams, *On the Maintenance of Permanent Way.* Conferencia pronunciada en el Institute of Civil Engineers, otoño de 1867).

Finalmente, en los ferrocarriles como en toda la gran industria, desempeña también su papel el desgaste apreciativo; al cabo de diez años se puede comprar, generalmente, por 30,000 libras esterlinas la misma cantidad de vagones y locomotoras que antes costaban 40,000. A este material se le debe imputar, pues, una depreciación del 25 por 100 sobre el precio del mercado, aun cuando no se deprecie en nada su valor de uso (Lardner, *RaiIway Economy).*

"Los puentes de tubo ya no se renuevan en su forma actual" (la razón de ello es que se dispone hoy de mejores formas para esta clase de puentes). "Las reparaciones corrientes, el desmontaje y la sustitución de piezas sueltas, no son factibles, en este caso" (W. B. Adams, *Roads and Rails,* Londres, 1862). Los medios de trabajo se ven constantemente revolucionados en gran parte por el progreso de la industria. Por tanto, no se les repone en su forma primitiva, sino bajo una forma nueva. De una parte, la masa del capital fijo invertida bajo una determinada forma natural y llamada a vivir dentro de la misma un determinado tiempo medio constituye una razón para la introducción puramente gradual de nuevas máquinas y, por tanto, un obstáculo que se opone a la rápida implantación general de medios de trabajo perfeccionados. De otra parte, sin embargo, la competencia, sobre todo cuando se trata de transformaciones decisivas, obliga a sustituir los antiguos medios de trabajo por otros nuevos antes de que aquéllos lleguen al término natural de su vida. Son, principalmente, las catástrofes, las crisis, las que imponen esta renovación prematura de las instalaciones industriales en gran escala social.

El desgaste (prescindiendo del desgaste apreciativo) es la parte de valor que el capital fijo va transfiriendo gradualmente al producto mediante su funcionamiento y que aumenta, por término medio, en la misma medida en que aquél pierde su valor de uso.

A veces, este desgaste es de tal naturaleza, que el capital fijo tiene cierto término medio de vida; se desembolsa íntegramente para este período, al terminarse el cual es necesario reponerlo en su totalidad. Tratándose de medios de trabajo vivos, por ejemplo de

caballos, el tiempo de reproducción se halla trazado por la misma naturaleza. Su tiempo medio de vida como medios de trabajo lo determinan las leyes naturales. Al terminar este plazo, los ejemplares desgastados tienen que reponerse por otros nuevos. Un caballo no puede reponerse fragmentariamente, sino que hay que sustituirlo por otro caballo.

Otros elementos del capital fijo admiten una renovación periódica o parcial. En estos casos, la reposición parcial o periódica debe distinguirse de la extensión gradual de la industria.

El capital fijo se halla formado en parte por elementos de la misma clase, pero que no duran todos lo mismo, sino que se renuevan fragmentariamente en distintos períodos. Por ejemplo, los rieles de las estaciones, que es necesario sustituir con más frecuencia que los del resto de la vía. Y otro tanto sucede con las traviesas, que según Lardner en la década del 50 eran sustituidas en los ferrocarriles belgas a razón del 8 por 100 al año, lo que quiere decir que en un término de 12 años [4] se renovaban en su totalidad. La proporción es aquí, por tanto, la siguiente: se desembolsa una cantidad, por un período de diez años, supongamos, invirtiéndola en una determinada clase de capital fijo. Esta inversión se hace por una vez. Pero una determinada parte de este capital fijo, cuyo valor se incorpora al valor del producto y se convierte con éste en dinero, se repone todos los años en especie, mientras que la otra parte *persiste* bajo su forma natural primitiva. La inversión por una vez y la reproducción simplemente fragmentaria y bajo forma natural es lo que distingue a este capital, como capital fijo, del capital circulante.

Otras partes del capital fijo se hallan formadas por elementos desiguales que se agotan y tienen, por tanto, que reponerse en períodos de tiempo desiguales. Esto ocurre, principalmente, tratándose de máquinas. Lo que hace poco decíamos con respecto a la distinta duración de los diferentes elementos de un capital fijo es aplicable aquí al tiempo de vida de los distintos elementos de la misma máquina que figura como parte de este capital fijo.

Por lo que se refiere a la extensión gradual de la empresa en el transcurso de una renovación parcial, haremos notar lo siguiente. Aunque, como hemos visto, el capital fijo sigue actuando en especie dentro del proceso de producción, una parte de su valor, según el grado de desgaste medio, ha circulado con el producto, se ha transformado en dinero, constituye un elemento del fondo de reserva en dinero destinado a reponer el capital conforme se realice su reproducción en especie. Esta parte del capital fijo convertida así en dinero puede destinarse a ampliar la empresa o a mejorar la maquinaria para aumentar la eficacia de ésta. De este modo, en períodos más cortos o más largos, se efectúa la reproducción, que es además –considerada desde el punto de vista de la sociedad– reproducción en escala ampliada; extensiva, sí el radio de producción se extiende; intensiva, si aumenta la eficacia del medio de producción. Esta reproducción en escala ampliada no brota de la acumulación –de la transformación de la plusvalía en capital–, sino de la reversión del valor que se ha desglosado, que se ha separado en forma de dinero del cuerpo del capital fijo, a un nuevo capital fijo de la misma clase, bien adicional o al menos más útil. A veces, de pende, naturalmente, de la naturaleza específica de la industria la medida y las dimensiones en que sea susceptible de semejante ampliación gradual y, por tanto, las proporciones en que sea necesario formar un fondo de reserva para poder reinvertirlo de este modo y los plazos dentro de los cuales deba hacerse esto. Por otra parte, las proporciones en que puedan introducirse mejoras de detalle en la maquinaria existente dependerán, naturalmente, de la naturaleza de estas mejoras y de la estructura de la misma

maquinaria. En las instalaciones ferroviarias, por ejemplo, este punto debe examinarse de antemano con toda atención, como nos dice Adams: “Toda la construcción debe descansar sobre el principio que preside una colmena: capacidad para extenderse ilimitadamente. Todas las estructuras excesivamente sólidas y de antemano simétricas son perjudiciales, pues, en caso de extensión, deben ser destruidas” (p. 123).

El sitio disponible juega aquí un papel capital. A algunos edificios se les pueden agregar pisos, otros tienen que ampliarse en extensión, lo que requiere más terreno. En la producción capitalista se derrochan, por una parte, muchos recursos y, por otra, se realizan muchas extensiones contraproducentes de superficie de esta clase (perjudicando en parte a la fuerza de trabajo) cuando se trata de ampliar gradualmente las industrias, porque nada se realiza con sujeción a un plan, sino que todo depende de circunstancias, de medios, etc., infinitamente variados de que dispone el capitalista individual. Y esto se traduce en un gran despilfarro de las fuerzas productivas.

En la agricultura es donde más fácil resulta esta reinversión gradual del fondo de reserva en dinero (es decir, de la parte del capital fijo que vuelve a convertirse en dinero). Un campo de producción de extensión dada es susceptible, aquí, de la mayor absorción progresiva de capital. Y lo mismo acontece allí donde se efectúa una reproducción natural, como en la ganadería.

El capital fijo supone gastos especiales de conservación. Una parte de la conservación se efectúa por obra del mismo proceso de trabajo; el capital fijo se deteriora cuando no funciona en el proceso de trabajo (véase libro I, cap. VI, p. 166 y cap. XIII, p. 356: desgaste de la maquinaria producido por el desuso). Por eso la ley inglesa considera expresamente que constituye un daño el hecho de que las tierras arrendadas no se cultiven con arreglo a los usos del país (W. A. Holdsworth, Barrister at Law, *The Law of Landlord and Tenant*, Londres, 1857, p. 96). Esta conservación determinada por el uso en el proceso de trabajo constituye un don natural gratis del trabajo vivo. Y la virtud conservadora del trabajo actúa de dos formas. Por una parte, conserva el valor de los materiales de trabajo, y lo transfiere al producto; por otra parte, conserva el valor de los medios de trabajo en la medida en que no lo transfiere también al producto, al conservar su valor de uso, por medio de la acción que ejerce en el proceso de producción.

Pero el capital fijo requiere, además, una inversión positiva de trabajo, para ponerlo en condiciones de funcionar. La maquinaria necesita limpiarse de vez en cuando. Es éste un trabajo adicional, sin el cual se inutilizaría para el uso: se trata, simplemente, de contrarrestar ciertas influencias nocivas elementales, inseparables del proceso de producción; es decir, de mantener la maquinaria en estado de funcionamiento, en el sentido más literal de la palabra. El tiempo normal de duración del capital fijo se calcula, naturalmente, partiendo del supuesto de que se cumplan las condiciones bajo las cuales puede funcionar normalmente durante este tiempo, del mismo modo que al calcular que el hombre puede vivir 30 años por término medio se da por supuesto que habrá de lavarse. Aquí, no se trata tampoco de reponer el trabajo contenido en la máquina, sino que se trata del trabajo adicional constante que requiere su uso. No se trata del trabajo que realiza la máquina, sino del que se realiza en ella, del trabajo en que la máquina no es agente de producción, sino materia prima. El capital invertido en este trabajo forma parte del capital circulante, aun que no entre en el verdadero proceso de trabajo al que debe su origen el producto. Este trabajo tiene que invertirse constantemente en la producción y, por tanto, su valor tiene que reponerse también constantemente mediante el valor del producto. El

capital invertido en él figura entre la parte del capital circulante que tiene que cubrir los gastos generales y que ha de distribuirse entre el producto del valor con arreglo a un cálculo promedio anual. Hemos visto que, en la industria, propiamente dicha, este trabajo de limpieza es realizado gratis por los obreros en sus descansos, razón por la cual se efectúa también frecuentemente durante el mismo proceso de producción, siendo causa de la mayoría de los accidentes. Este trabajo no cuenta en el precio del producto. El consumidor lo obtiene, pues, gratis. Por otra parte, el capitalista puede ahorrarse por completo, gracias a esto, los gastos de conservación de su maquinaria. El obrero paga con su persona, y esto constituye uno de los misterios a que obedece la conservación automática del capital, que representan en realidad una reivindicación jurídica del obrero sobre la maquinaria y lo convierten, incluso desde el punto de vista jurídica burgués, en copropietario de ella. Sin embargo, en ciertas ramas de producción en que la maquinaria, para limpiarse, tiene que alejarse del proceso de producción y en que, por tanto, la limpieza no puede realizarse en ratos perdidos, como ocurre por ejemplo con las locomotoras, este trabajo de conservación figura entre los gastos corrientes y, por tanto, como elemento del capital circulante. Una locomotora tiene que llevarse al taller, por lo menos, después de tres días de trabajo, para ser limpiada; hay que esperar a que se enfríe la caldera, para no exponerse a deteriorarla cuando se lave (R. C... núm. 17,823).

Las verdaderas reparaciones o arreglos requieren inversión de capital y trabajo que no están incluidos en el capital primitivamente desembolsado y que, por tanto, no pueden ser repuestos y cubiertos, por lo menos no siempre, mediante la reposición gradual de valor del capital fijo. Sí, por ejemplo, el valor del capital fijo = 10,000 libras esterlinas y su tiempo total de vida = 10 años, esta suma sólo repone el valor de la primitiva inversión de capital, pero no el capital o el trabajo añadidos posteriormente en forma de reparaciones. Hay aquí un elemento de valor adicional que no se desembolsa siquiera de una vez, sino a medida que la necesidad lo requiere y cuyos diversos tiempos de inversión son fortuitos por la naturaleza misma de las cosas. Y todo capital fijo requiere estas inversiones posteriores, dosificadas y adicionales bajo la forma de medios de trabajo y de fuerza de trabajo.

Los deterioros a que se hallan expuestas determinadas partes de la maquinaria, etc., son, por la naturaleza misma de la cosa, fortuitos, cualidad que comparten también, como es lógico, las reparaciones correspondientes. De este complejo se distinguen, sin embargo, dos clases de trabajos de reparación que presentan un carácter más o menos estable y corresponden a distintos períodos de vida del capital fijo: a las enfermedades de infancia y a las enfermedades, mucho más numerosas, de la edad que rebasa ya el tiempo medio de vida. Una máquina, por ejemplo, por muy perfecta que sea su contextura al entrar, en el proceso de producción, acusa en el transcurso de su uso real defectos que necesitan ser corregidos mediante un trabajo posterior. Por otra parte, cuanto más rebase su tiempo medio de vida, es decir, cuanto más se vaya acumulando el desgaste normal, cuanto más se vaya agotando por el uso y se vaya debilitando por la edad el material de que está formada, más numerosos e importantes serán los trabajos de reparación necesarios para conservar la máquina en uso hasta el final de su tiempo medio de vida, del mismo modo que un hombre viejo, para no morir antes de tiempo, necesita gastar más en médico y medicinas que un hombre joven y fuerte; por consiguiente, a pesar de su carácter fortuito, los trabajos de reparación se distribuyen en masas desiguales entre los distintos períodos de vida del capital fijo.

De esto como del restante carácter fortuito de los trabajos de reparación de las máquinas se desprende lo que sigue:

Por un lado, la verdadera inversión de fuerza de trabajo y medios de trabajo para los trabajos de reparación es algo fortuito, como las circunstancias mismas que hacen necesarias estas reparaciones; el volumen de las reparaciones necesarias se distribuye por partes desiguales entre los distintos períodos de vida del capital fijo. De otro lado, cuando se calcula el tiempo medio de vida del capital fijo, se parte del supuesto de que se halla contantemente en condiciones de funcionar, manteniéndose en este estado en parte mediante su limpieza (en la que se incluye también la limpieza de los locales) y, en parte, mediante las reparaciones, efectuadas con la frecuencia necesaria. La transferencia de valor por el desgaste del capital fijo se calcula a base del período medio de vida de éste, y a su vez este período medio de vida se calcula partiendo del supuesto de que se desembolsa constantemente el capital adicional necesario para mantener aquél en estado de funcionar.

Por otra parte, no es menos evidente que el valor añadido por esta inversión adicional de capital y trabajo no puede entrar en el precio de las mercancías al mismo tiempo que la inversión real. Un hilandero, por ejemplo, no puede vender esta semana su hilado más caro que la semana anterior porque se le haya roto una rueda o se le haya reventado una correa de su aparato de hilar. Los gastos generales de la hilandería no varían en modo alguno por el hecho de que en determinada fábrica de hilados se produzca este accidente. Lo que vale, en este caso, como en todos los casos de determinación del valor, es el promedio. La experiencia se encarga de señalar el volumen medio de estos accidentes y de los trabajos de conservación y reparación necesarios durante el período medio de vida del capital fijo invertido en una determinada rama industrial. Estos desembolsos medios se distribuyen entre el período medio de vida del capital fijo y se imputan en sus correspondientes partes alícuotas al precio del producto, reponiéndose, por tanto, mediante la venta de éste.

El capital adicional que se repone de este modo figura entre el capital circulante, aunque el tipo de inversión sea irregular. Como es importantísimo reparar inmediatamente las averías de la maquinaria, toda fábrica importante cuenta con el personal necesario para ello, agregado a su personal obrero, con los ingenieros, los carpinteros, cerrajeros, mecánicos, etc., indispensables para ésos trabajos de reparación. Sus salarios forman parte del capital variable y el valor de su trabajo se distribuye entre el producto. Por su parte, los gastos que imponen los medios de producción se determinan con arreglo a aquel cálculo medio y, a base de este cálculo, entran a formar constantemente parte del valor del producto, aunque de hecho se desembolsen en períodos irregulares, incorporándose, por tanto, al producto o al capital fijo en períodos irregulares también. Este capital invertido en verdaderas reparaciones constituye en ciertos respectos un capital de tipo especial, que no puede incluirse ni en el capital circulante ni en el capital fijo, aunque encaja más bien dentro del primer concepto, por destinarse a cubrir gastos corrientes.

El tipo de contabilidad que se lleve no altera en nada, naturalmente, la realidad de las cosas asentadas en los libros. Conviene, sin embargo, advertir que, en muchas ramas industriales, es costumbre englobar los gastos de reparaciones con el desgaste efectivo del capital fijo, del siguiente modo. Supongamos que el capital fijo desembolsado ascienda a 10,000 libras esterlinas y que su período de vida sea de 15 años; según esto, el desgaste anual será de $666^{2/3}$ libras esterlinas. Ahora bien, el desgaste sólo se calcula por diez años; es decir, se añaden todos los años 1,000 libras esterlinas al precio de las mercancías

producidas en concepto de desgaste del capital fijo, en vez de añadirse $666^{2/3}$ libras solamente, lo que equivale a decir que se reservan $333^{1/3}$ libras esterlinas para los trabajos de reparación, etc. (Las cifras de 10 y de 15 se dan solamente a título de ejemplo.) Esta cantidad es la que se desembolsa, pues, por término medio para que el capital fijo dure 15 años. Este cálculo no impide, naturalmente, que el capital fijo y el capital adicional invertido en reparaciones formen categorías distintas. A base de este cálculo se admite, por ejemplo, que el tipo más bajo de costo para la conservación y reposición de buques de vapor es el 15 por 100 anual, siendo por tanto el período de reproducción, en este caso, de $6^{2/3}$ años. En la década del sesenta, el gobierno inglés bonificó a la Peninsular and Oriental Co., por este concepto, el 16 por 100 anual, lo que representa por tanto un período de reproducción de $6^{1/4}$ años. En los ferrocarriles, el plazo medio de vida de una locomotora son 10 años, pero el desgaste, incluyendo las reparaciones se calcula en un $l2^{1/2}$ por 100, lo que reduce a 8 años el plazo de vida. Tratándose de vagones de mercancías y coches de pasajeros, se calcula el 9 por 100, lo que representa un período de vida de $11^{1/9}$, anos.

En los contratos de alquiler de casas y otros objetos que son para su propietario capital fijo, y se alquilan en concepto de tal, la legislación reconoce en todas partes la diferencia entre el desgaste normal ocasionado por el tiempo, por la acción de los elementos y por el uso natural y las reparaciones a que hay que proceder de vez en cuando para mantener la casa en condiciones durante su período normal de vida y su uso normal. Por lo general, las primeras corren a cargo del propietario y las segundas a cargo del inquilino. Las reparaciones se dividen, además, en corrientes y sustanciales. Las segundas implican ya en parte la renovación del capital fijo en su forma natural y corresponden también al propietario, a menos que el contrato disponga expresamente otra cosa. Así, por ejemplo, según el derecho inglés:

"El inquilino por años sólo está obligado a mantener los edificios a prueba del agua y del viento, siempre y cuando que ello pueda hacerse sin recurrir a reparaciones sustanciales, y en general a costear solamente aquellas reparaciones que podemos llamar corrientes. E incluso desde este punto de vista deberán tenerse en cuenta la antigüedad y el estado general de las partes correspondientes del edificio en el momento en que el inquilino se hizo cargo de él, pues el inquilino no está obligado ni a reponer materiales viejos y desgastados por otros nuevos ni a reparar los deterioros inevitables causados por el transcurso del tiempo y el uso normal de los edificios" (Holdsworth, *Law of LandIord and Tenant*, pp. 90 y 91*).*

Una partida que no debe confundirse ni con la reparación del desgaste ni con los trabajos de conservación y reparación es la del *seguro* para prevenir los riesgos de la destrucción ocasionada por acontecimientos naturales extraordinarios, incendios, inundaciones, etc. Dichos gastos deben cubrirse con la plusvalía y representan una deducción de ésta. Desde el punto de vista de la sociedad en su conjunto, es necesario asegurar una superproducción constante, es decir, una producción en escala mayor de la necesaria para la simple reposición y reproducción de la riqueza existente –prescindiendo en absoluto del aumento de población–, con objeto de disponer de los medios de producción necesarios para compensar la destrucción extraordinaria causada por los siniestros y las fuerzas naturales.

En realidad, el fondo de reserva en dinero sólo cubre la parte mínima del capital necesario para hacer frente a estas atenciones. La parte más importante se obtiene ampliando la escala de la misma producción; unas veces, esto representa una verdadera

ampliación y otras veces forma parte del volumen normal de las ramas de producción que producen el capital fijo. Así, por ejemplo, una fábrica de maquinaria tendrá en cuenta que las fábricas aumentarán todos los años su clientela y, además, que una parte dé ellas necesitará someterse constantemente a una reproducción total o parcial.

Al determinar el desgaste y los gastos de reparación a base de un promedio social, se acusan necesariamente grandes desigualdades, aun tratándose de inversiones de capital iguales, realizadas en condiciones idénticas y en la misma rama de producción. En la práctica, resultará que a un capitalista las máquinas etc. le durarán más del período medio de vida, mientras que a otro le durarán menos. Los gastos de reparación del primero serán, por tanto, inferiores; los del segundo, superiores al tipo medio, etc. Sin embargo, el recargo de precio de la mercancía para cubrir el desgaste, y los gastos de reparación será para todos el mismo y se hallará determinado por aquel tipo medio. Esto quiere decir que unos obtendrán con este recargo de precio más de lo que realmente desembolsan y otros, en cambio, menos. Y ello, como todas las demás circunstancias que hacen que, siendo la misma la explotación de la fuerza de trabajo, no sean iguales las ganancias obtenidas por los distintos capitalistas en la misma rama industrial, contribuye a entorpecer la comprensión de la verdadera naturaleza de la plusvalía.

La línea divisoria entre las verdaderas reparaciones y las reposiciones, entre los gastos de conservación y los gastos de renovación, es una línea más o menos incierta. De aquí la eterna discusión sostenida, por ejemplo, en los ferrocarriles sobre sí ciertos gastos constituyen reparaciones o reposiciones, si deben cargarse a los gastos corrientes o al capital social. El cargar los gastos de reparación a la cuenta del capital, en vez de cargarlos a la cuenta de los ingresos, es el consabido recurso de que se valen las empresas ferroviarias para hacer subir artificialmente sus dividendos. Sin embargo, la experiencia brinda también en este punto los puntos de apoyo más importantes. Los trabajos complementarios realizados durante el primer período de vida de los ferrocarriles, por ejemplo, “no constituyen reparaciones, sino que deben ser considerados como parte esencial de la construcción del ferrocarril, debiendo por tanto cargarse en la cuenta capital y no en la de los ingresos, puesto que no proceden del desgaste o de la acción normal del tráfico ferroviario, sino que se deben a la imperfección originaria inevitable de la construcción del ferrocarril” (Lardner, *Railway Economy*, p. 40). “En cambio, no hay más método exacto que cargar a la cuenta de los ingresos de cada año la depreciación que necesariamente se produce, para que estos ingresos sean verdaderamente legítimos, siendo igual para estos efectos que la suma se haya desembolsado realmente o no” (Capitán Fitzmaurice, “Committee of Inquiry on Caledonian *Rail*way”, impreso en *Money Market Review*, 1867).

En la agricultura, por lo menos allí donde no funciona movida por el vapor, resulta prácticamente imposible y carece de objeto el separar la reposición y la conservación del capital fijo. “Cuando los aperos agrícolas están completos, pero no son exageradamente abundantes (escasez de aperos agrícolas y de otros instrumentos de trabajo y herramientas de todas clases), se suele calcular, a base de un tipo medio muy general, el desgaste anual y la conservación de los aperos, no obstante la diversidad de las condiciones dadas, en un 15 a un 35 por 100 del capital de adquisición” (Kirchhof, *Hanabuch der landwirtschaftlichen Betriebs1ehre*, Dessau, 1852, p. 137).

En el material de explotación de un ferrocarril, es imposible distinguir entre reparaciones y reposición. “Conservamos cuantitativamente nuestro material de

explotación. Cualquiera que sea el número de locomotoras de que dispongamos, conservamos este número. Si al cabo del tiempo se inutiliza una de ellas, resultando más ventajoso construir otra nueva, la construimos a cargo de los ingresos, abonando en la cuenta de éstos, naturalmente, el valor de los materiales sacados de la máquina antigua... Las ruedas, los ejes, la caldera, etc., en una palabra, una parte considerable de la locomotora antigua, se aprovecha" (T. Gooch, Chairman of Great Western Railway Co., R. C., núm. 17,327–29). "Reparar quiere decir renovar; para mí la palabra 'reponer' no existe;... cuando una empresa ferroviaria compra un vagón o una locomotora, debe preocuparse de repararlos de modo que duren eternamente (R. C., 17,784). Calculamos como gastos de cada locomotora 8 ½ peniques por cada milla inglesa de recorrido. Estos 8 ½ peniques nos aseguran la vida eterna de la locomotora. Renovamos nuestras máquinas. El disponerse a comprar una máquina nueva supone un desembolso mayor del necesario... La locomotora vieja tiene siempre un par de ruedas un eje, una pieza cualquiera aprovechables y esto sirve de base para reconstruir una locomotora por menos dinero del que costaría otra nueva *(*17,790). Yo produzco actualmente una locomotora nueva a la semana, es decir, una locomotora tan buena como si fuese nueva, pues la caldera, el cilindro o el chasis son nuevos" (17,823. Archibald Sturrock, Locomotive Superintendent of Great Northern Railway, en R. C., 1867).

Y lo mismo ocurre con los vagones: "En el transcurso del tiempo se renueva constantemente el *stock* de locomotoras y vagones; una vez se les ponen ruedas nuevas, otra vez se les cambia la plataforma. Las partes sobre que descansa el movimiento y que se hallan más expuestas al desgaste, se van renovando gradualmente, las máquinas y los vagones pueden experimentar además una serie de reparaciones que en muchos de ellos no dejan ni rastro del material antiguo... Y aun cuando ya no sean susceptibles de reparación, se les acoplan piezas de otros vagones o locomotoras antiguos y, de este modo, no desaparecen nunca del todo de la explotación. Por tanto, el capital móvil se halla en un proceso constante de reproducción; lo que tratándose del cuerpo de la vía tiene que realizarse de una vez y en un momento determinado, al construirse el ferrocarril, se va realizando gradualmente, de año en año, cuando se trata del material de explotación. Este tiene una existencia viva y se halla sujeta a constante rejuvenecimiento" (Lardner, *Rai1way Economy,* p. 116).

Este proceso que aquí describe Lardner con referencia a los ferrocarriles no se da en una fábrica aislada, pero si refleja la imagen de la reproducción constante, parcial, mezclada con las reparaciones, del capital fijo dentro de toda una rama industrial o dentro de toda la producción en general, considerada en una escala social.

He aquí una prueba de cuán elásticos son los límites dentro de los cuales pueden las direcciones hábiles de las empresas manejar los conceptos de reparación y reposición con el fin de obtener dividendos. Según la conferencia de R. B. Williams, citada más arriba, diversas sociedades ferroviarias inglesas desglosaban como promedio de una serie de años, para la reparación y los gastos de administración del cuerpo de la vía y de los edificios, las siguientes sumas de la cuenta de los ingresos (por milla inglesa de la longitud de la vía y anualmente) :

London& North Western.....	370 libras esterlinas
Midland.....	225 " "
London & South Western.....	257 " "

Great Northern.....	360	“	“
Lancashire & Yorkshire.....	377	“	“
South Eastern.....	263	“	“
Brighton.....	266	“	“
Manchester & Sheffield.....	200	“	“

Estas diferencias sólo en una pequeñísima parte provienen de la diversidad existente entre las inversiones reales; responden casi exclusivamente al distinto modo de hacer los cálculos, según que las partidas de gastos se carguen a la cuenta de capital o a la cuenta de ingresos. Williams lo dice categóricamente: “Se opta por cargar en cuenta lo menos posible, cuando ello es necesario para obtener buenos dividendos, y se cargan en cuenta cantidades mayores cuando existen ingresos grabados que pueden soportarlo.”

En ciertos casos, el desgaste y, por tanto, su reposición constituye una magnitud prácticamente insignificante, y sólo figuran en cuenta los gastos de reparaciones. Lo que Lardner dice a continuación refiriéndose a las *works of art* en los ferrocarriles es aplicable en general a todas las obras permanentes de esta clase, canales, muelles, puentes de hierro y de piedra, etc. “El desgaste producido en las obras más sólidas por la acción lenta del tiempo es casi imperceptible durante períodos cortos; sin embargo, al cabo de un período de tiempo largo, por ejemplo, de siglos, ese desgaste impone hasta en las más sólidas construcciones una renovación total o parcial. Este desgaste imperceptible, puesto en relación con el desgaste más sensible que afecta a otras partes de la vía férrea podría compararse a las desigualdades seculares y periódicas que se observan en el movimiento de los astros. La acción del tiempo sobre las construcciones más sólidas de un ferrocarril, los puestos, los túneles, los viaductos, etc., puede servir de ejemplo de lo que podríamos llamar un desgaste secular. La depreciación más rápida y más sensible que se ataja en períodos más cortos de tiempo mediante reparaciones o reposiciones presenta cierta analogía con las desigualdades periódicas. Los gastos anuales de reparación incluyen también la reparación de los daños fortuitos que experimenta de tiempo en tiempo la parte exterior de todas las construcciones, hasta de las más sólidas; pero, aún independientemente de estas reparaciones, los años no pasan en balde para ellas y llega necesariamente, por mucho que tarde, un día en que su estado exige su reconstrucción. Claro está que este día puede estar todavía muy lejos desde el punto de vista financiero y económico, para ser tenido en cuenta prácticamente” (Lardner, *Railway Economy*, pp. 38 y 39).

Esto es aplicable a todas aquellas obras de duración secular, en las que, por tanto, no hay por qué reponer gradualmente, con arreglo a su desgaste, el capital desembolsado en ellas, bastando con transferir al precio del producto los gastos anuales medios de conservación y reparación.

A pesar de que, como hemos visto, una gran parte del dinero que refluye para la reposición del desgaste del capital fijo revierte anualmente o incluso en períodos de tiempo más cortos a su forma natural, todo capitalista aislado necesita disponer de un fondo de amortización para aquella parte del capital fijo que sólo llega a su término de reproducción de una vez y a la vuelta de varios años, debiendo entonces reponerse en bloque. Una parte considerable del capital fijo excluye, por su propia naturaleza, la posibilidad de una reproducción gradual. Además, allí donde la reproducción se efectúa gradualmente, de tal modo que las partes depreciadas son sustituidas por otras nuevas, se hace necesaria, según el carácter especifico de cada rama de producción una acumulación previa en dinero de

mayor o menor volumen, la cual no ha de producirse para que pueda tener lugar esa reposición. Para ello no basta una suma cualquiera de dinero, sino que se requiere una cantidad de dinero de determinada magnitud.

Si enfocamos todo esto simplemente desde el punto de vista de la simple circulación del dinero, sin fijarnos para nada en el sistema del crédito, de que trataremos más adelante, el mecanismo del movimiento es el siguiente: en el libro I (cap. III, *3*, [pp.] *94–99*]) se puso de manifiesto que sí una parte del dinero existente en una sociedad se inmoviliza siempre en forma de tesoro, mientras que otra parte funciona como medio de circulación o bien como fondo inmediato de reserva del dinero directamente circulante, cambia constantemente la proporción en que la masa total del dinero se distribuye como tesoro y como medio de circulación. En nuestro caso, el dinero que necesita acumularse en gran volumen como tesoro en manos de un gran capitalista se lanza de una vez a la circulación mediante la compra del capital fijo. Este dinero vuelve a repartirse en la sociedad como medio de circulación y como tesoro. Mediante el fondo de amortización, en que, en la medida del desgaste del capital fijo, el valor de éste revierte a su punto de partida, una parte del capital circulante vuelve a erigirse –por un período de tiempo más o menos largo– en tesoro en manos del mismo capitalista cuyo tesoro se convirtió en medio de circulación y se alejó de él al comprar el capital fijo. Es una distribución constantemente cambiante del tesoro existente en la sociedad, que unas veces funciona como medio de circulación y otras veces vuelve a separarse de la masa del dinero circulante para inmovilizarse como tesoro. Al desarrollarse el sistema del crédito, siguiendo un curso forzosamente paralelo al desarrollo de la gran industria y de la producción capitalista, este dinero deja de actuar como tesoro y empieza a funcionar como capital, pero no en manos de su propietario, sino de otros capitalistas que pueden disponer de él.

Notas al pie capítulo VIII

1 Teniendo en cuenta lo difícil que es determinar el capital fijo y el capital circulante, el señor Lorenz Stein entiende que esta distinción sirve simplemente para facilitar la exposición

2 Hasta aquí, tomado del manuscrito IV. A partir de aquí, manuscrito II

3 Las citas señaladas con las iniciales R. C. están tomadas de *Royal Commission on Railways, Minutes of Evidence taken before the Commissionner. Presented to both Houses of Parliament,* Londres. 1867. Las preguntas y res. puestas aparecen numeradas, indicándose en las citas los números correspondientes

4 Lardner dice “el 8 por 100 aproximadamente”; si fuese el 8 por 100 exactamente, donde dice 12 años debería decir 12 años y medio.

Capitulo IX

LA ROTACION GLOBAL DEL CAPITAL DESEMBOLSADO. CICLOS DE ROTACION

Hemos visto que los elementos fijos y circulantes del capital productivo tienen una rotación distinta y que se realiza en distintos períodos, y asimismo que los distintos elementos integrantes del capital fijo afectado a la misma industria tienen también distintos períodos de rotación, según su distinto periodo de vida y, por tanto, de reproducción. (Véase al final de este capítulo, apartado 6 [pp. *175 ss*.]), acerca de las diferencias reales o aparentes en cuanto a la rotación de los distintos elementos del capital circulante en la misma industria.)

1) La rotación global del capital desembolsado es la rotación media de las diversas partes que lo integran; el modo de calcularla se expone más abajo. Nada más fácil que establecer la media, naturalmente, cuando las diferencias sólo afectan a los períodos de tiempo: sin embargo,

2) las diferencias que aquí se aprecian pueden no ser simplemente cuantitativas, sino también cualitativas.

El capital circulante incorporado al proceso de producción transfiere todo su valor al producto y, por tanto, para que el proceso de producción pueda desarrollarse ininterrumpidamente, tiene que reponerse constantemente en especie, mediante la venta del producto. El capital fijo incorporado al proceso de producción sólo transfiere al producto una parte de su valor (el desgaste) y sigue funcionando. a pesar del desgaste, dentro del proceso de producción; por eso, sólo necesita reponerse en especie a intervalos más o menos largos, y desde luego no con la misma frecuencia que el capital circulante. Esta necesidad de reposición, el período de reproducción, no sólo difiere cuantitativamente respecto a los distintos elementos del capital fijo. sino que, como hemos visto, una parte del capital fijo, de mayor duración, de muchos años de vida, puede reponerse anualmente o en intervalos más cortos y añadirse en especie al antiguo capital fijo; tratándose de capital fijo de otra clase, la reposición sólo puede efectuarse de una vez, al final de su período de vida.

Por eso es necesario reducir las rotaciones especiales de las distintas partes del capital fijo a una fórmula homogénea de rotación en que aquéllas se diferencien cuantitativamente, por el tiempo que la rotación dure.

Esta identidad cuantitativa no existe si arrancamos de la fórmula *P... P*, de la fórmula del proceso de producción continuo, pues mientras que determinados elementos de P tienen que ser repuestos constantemente en especie, con otros no ocurre así. En cambio, si refleja esta identidad de rotación la fórmula *D... D'*. Tomemos por ejemplo una máquina con un valor de 10,000 libras esterlinas y diez años de duración, de la cual revierta, por tanto, a dinero1/10 anual = 1,000 libras esterlinas. Estas 1,000 libras vuelven a convertirse, al cabo de un año, de capital–dinero en capital productivo y capital–mercancías, para retornar enseguida a la forma del capital–dinero. Revierten a su forma dinero primitiva, como el capital circulante cuando se lo enfoca bajo esta forma, siendo desde este punto de vista indiferente que el capital–dinero de 1,000 libras esterlinas, al final del año, revierta o no a la forma natural de la máquina. Por tanto, para calcular la rotación global del capital productivo desembolsado debemos fijar todos sus elementos en la forma dinero, de tal modo que sea el retorno a esta forma lo que cierre la rotación. Consideramos siempre el valor como desembolsado en dinero, incluso en el proceso continuo de producción, en que

esta forma dinero del valor es simplemente la del dinero aritmético. De este modo, podemos obtener la media.

3) De aquí se desprende que aun cuando la parte mucho más considerable del capital productivo desembolsado se halle formada por capital fijo cuyo periodo de reproducción, y por tanto de rotación, abarque un ciclo de varios años, el valor–capital que efectúe su rotación durante el año puede, como consecuencia de las rotaciones reiteradas del capital circulante durante este mismo año, ser mayor que el valor total del capital desembolsado.

Supongamos que el capital fijo sea = 80,000 libras esterlinas y su período de reproducción = 10 años, lo que quiere decir que todos los años revertirán a su forma dinero 8,000 libras o que se realizará anualmente 1/10 de su rotación. Supongamos, asimismo, que el capital circulante sea = 20,000 libras esterlinas y que recorra su ciclo de rotación cinco veces al año. Tendremos así un capital global de 100,000 libras esterlinas. El capital fijo que haga su rotación durante el año será = 8,000 libras, el capital circulante = 5 X 20,000 libras = 100,000 libras. Por tanto, el capital que hace su rotación durante el año será = 108,000 libras esterlinas, o sean 8,000 libras más que el capital desembolsado. La rotación alcanza, aquí a 1 + 2/25 del capital.

4) La rotación del valor del capital desembolsado se diferencia, por tanto, de su período real de reproducción o del periodo real de rotación de sus partes integrantes. Supongamos que un capital de 4,000 libras esterlinas de, por ejemplo, cinco vueltas al año. El capital que describe la rotación será, por tanto, 5 X 4,000 = 20,000 libras esterlinas. Pero lo que revierte al final de cada rotación, para volver a desembolsarse, es el capital de 4,000 libras primitivamente desembolsado. Su magnitud no cambia por virtud del número de períodos de rotación durante los cuales vuelve a funcionar como capital. (Se prescinde aquí de la plusvalía.)

Por tanto, en el ejemplo que ponemos en el apartado 3, al final del año revierte a manos del capitalista, según el supuesto de que se parte: a) una suma de valor de 20,000 libras esterlinas, que aquél vuelve a invertir en los elementos circulantes del capital, y b) una suma de 8,000 libras esterlinas, desprendida del valor del capital fijo desembolsado por el desgaste; además, sigue existiendo en el proceso de producción el mismo capital fijo que antes, pero con un valor disminuido de 72,000 libras esterlinas, en vez de 80,000. El proceso de producción tendrá que mantenerse por consiguiente, nueve años más para que el capital fijo desembolsado se agote y deje de funcionar tanto como creador de producto como en cuanto creador de valor, teniendo que ser repuesto. El valor–capital desembolsado tiene que describir, por tanto, un ciclo de rotaciones, en el caso de que tratamos, por ejemplo, un ciclo de diez rotaciones anuales, ciclo éste que se halla determinado por el tiempo de vida y, consiguientemente, por el tiempo de reproducción o de rotación del capital fijo empleado.

Por tanto, a medida que se desarrolla el régimen capitalista de producción y se desarrollan con él el volumen de valor y la duración de vida del capital fijo empleado, se desarrolla también la vida de la industria y del capital industrial en cada inversión especial hasta abarcar un período de varios años, digamos diez, por término medio. Si, por una parte, el desarrollo del capital fijo alarga esta vida, por otra parte viene a acortarla la transformación constante de los medios de producción, que aumenta continuamente, asimismo, al desarrollarse el régimen de producción capitalista. Con ella aumentan también, como es natural, el cambio de los medios de producción y la necesidad de reponerlos constantemente, a consecuencia de su desgaste moral, mucho antes de que se

agoten físicamente. Puede suponerse que en las ramas decisivas de la gran industria este ciclo de vida es hoy, por término medio, de diez años. Sin embargo, lo que aquí interesa no es la cifra concreta. La conclusión a que llegamos es que este ciclo de rotaciones encadenadas que abarca una serie de años y que el capital se halla obligado a recorrer por sus elementos fijos, sienta las bases materiales para las crisis periódicas, en que los negocios recorren las fases sucesivas de la depresión, la animación media, la exaltación y la crisis. Los períodos en que se invierte capital son, en realidad, muy distintos y dispares. Sin embargo, la crisis constituye siempre el punto de partida de una nueva gran inversión. Y también, por tanto –desde el punto de vista de la sociedad en conjunto– brinda siempre, más o menos, una nueva base material para el siguiente ciclo de rotaciones.[1]

5) En lo que se refiere al modo de calcular la rotación, cederemos la palabra a un economista americano:

"En algunas ramas industriales, el capital global desembolsado circula o revierte varias veces durante el año; en otras, una parte revierte más de una vez al cabo del año, y otra parte no revierte, en cambio, con la misma frecuencia. Los capitalistas tienen que calcular sus ganancias a base del periodo medio que su capital global necesita para pasar por sus manos o para describir una rotación. Suponiendo que alguien, en un determinado negocio, invierta la mitad de su capital en edificios y maquinaria que necesitan ser renovados de una vez cada diez años, una cuarta parte en herramientas, etc., que hayan de ser renovadas cada dos años, y la cuarta parte restante en salarios y materias primas, con una rotación cada seis meses, y que el capital total sea de 50,000 dólares, su inversión anual seria:

$\frac{50,000}{2}$	25,000 dólares en 10 años = 2,500 dólares en 1 año
$\frac{50,000}{4}$	12,500 dólares en 2 años = 6,250 dólares en 1 año
$\frac{50,000}{4}$	12,500 dólares en ½ año = 25,000dólares en 1 año
	en 1 año = 33,750 dòlares.

Por tanto, el plazo medio durante el cual da una vuelta completa todo su capital será de 16 meses... Pongamos ahora otro ejemplo. Supongamos que una cuarta parte del capital global de 50,000 dólares circule en 10 años, otra cuarta parte en un año y la mitad restante dos veces al año. En estas condiciones, el desembolso anual será el siguiente:

$\frac{12,500}{10}$	=	1,250 dólares
12,500	=	12,500 dólares
25,000 x 2	=	50,000 dólares
Rotación, en 1 año...	=	63,750 dólares

(Scrope, *Political Economy*, ed. por Alonzo Potter, Nueva York, 1841, pp. 141 y 142.)

6) Diferencias reales y aparentes en cuanto a la rotación de las diversas partes del capital. El mismo Scrope dice en este pasaje de su obra: "El capital que un fabricante,

agricultor o comerciante invierte en el pago de salarios es el que más rápidamente circula, ya que revierte quizá una vez por semana, si sus hombres son pagados semanalmente, con los ingresos semanales de sus ventas o del pago de sus facturas. El capital invertido en materias primas o en *stocks* de artículos terminados circula con menos rapidez; puede circular acaso dos o cuatro veces al año, según el tiempo que haya de transcurrir entre la compra de las primeras y la venta de los segundos, siempre y cuando que compre y venda a base de los mismos plazos de crédito. El capital empleado en herramientas y máquinas circula más lentamente aún, puesto que por término medio sólo describirá su rotación, es decir, sólo se consumirá y renovará, acaso una vez cada cinco o diez años, aunque algunas herramientas se agoten ya en una sola serie de operaciones. El capital invertido en edificios, por ejemplo, en fábricas, tiendas, almacenes, graneros, caminos, obras de irrigación, etc., parece no circular en absoluto. Sin embargo, en realidad estas instalaciones se agotan completamente ni más ni menos que las anteriores, en la medida en que contribuyen a la producción, y necesitan ser reproducidas para que el productor pueda continuar sus operaciones. La diferencia está en que se consumen y se reproducen más lentamente que las otras... El capital invertido en ellas sólo revierte tal vez cada 20 ó 50 años."

Scrope confunde aquí la diferencia en cuanto a la circulación de determinadas partes del capital circulante que suponen para el capitalista individual los plazos de pago y las condiciones de crédito con las rotaciones que se deducen de la naturaleza del capital. Dice que los salarios deben abonarse semanalmente con los ingresos semanales de las ventas o de las facturas cobradas.

A este propósito hay que observar, en primer lugar, que, en lo que se refiere a los mismos salarios, hay diferencias según que el plazo de pago sea más o menos largo, es decir, según la mayor o menor duración del plazo durante el cual el obrero tiene que abrir crédito al capitalista; por tanto, según que el plazo de pago de los salarios sea de una semana, de un mes, de tres meses, de medio año, etc. Rige aquí la ley formulaba más arriba: "La masa de los medios de pago necesaria (y, por tanto, del capital–dinero que hay que desembolsar de una vez) se halla en razón directa a la duración de los plazos de pago" (libro I, cap. III, *3, b*, p. 105).

En segundo lugar, el producto semanal engloba no sólo la totalidad del valor nuevo añadido en su producción por el trabajo semanal, sino también el valor de las materias primas y auxiliares que el producto semanal consume. Con el producto, circula este valor, contenido en él. La venta de este producto le hace recobrar la forma dinero y obliga a invertirlo de nuevo en los mismos elementos de producción. Esto se refiere tanto a la fuerza de trabajo como a las materias primas y auxiliares. Pero, ya hemos visto (cap. VI, 2, *a.* [pp. 129–135]), que la continuidad de la producción requiere la existencia de un *stock* de medios de producción que difiere según las distintas ramas industriales y que, dentro de cada una de ellas difiere a su vez con respecto a las distintas partes integrantes de este elemento del capital circulante, por ejemplo con respecto al carbón y al algodón. Por tanto, aunque estas materias necesiten reponerse constantemente en especie, no es necesario comprarlas constantemente de nuevo. La frecuencia con que se renueve la compra dependerá de la magnitud del *stock* existente y del tiempo más o menos largo que dure hasta que se agote. Respecto a la fuerza de trabajo no se necesita formar *stocks.* En cuanto a la parte del capital invertida de trabajo, la reversión a dinero se desarrolla paralelamente con la parte invertida en materias auxiliares y materias primas. Pero la reversión del dinero

a fuerza de trabajo, de una parte, y de otra a materias primas, discurren por cauces distintos por razón de los distintos plazos de compra y de pago de estas dos clases de elementos, una de las cuales se compra como *stock* productivo a largo plazo y la otra, la fuerza de trabajo, a plazo corto, *v. gr*., por semanas. Por otra parte, el capitalista necesita tener, además del *stock* de producción, un *stock* de mercancías terminadas. Prescindiendo de las dificultades de la venta, etc., tiene que producir, por ejemplo, una determinada masa de mercancías por encargo. Y mientras se produce la última parte de éstas, la parte ya terminada tiene que aguardar en el almacén hasta el momento en que pueda ejecutarse el encargo en su totalidad. Otras diferencias en cuanto a la rotación del capital circulante se dan cuando algunos elementos de éste se ven obligados a permanecer más tiempo que otros en una fase previa del proceso de producción (secado de maderas, etc.).

El sistema de crédito, a que se refiere aquí Scrope, al igual que el capital comercial, modifica la rotación con respecto a cada capitalista de por si. Pero en una escala social sólo lo modifica cuando acelera no sólo la producción, sino también el consumo.

Nota pie Capitulo IX

1 “La producción urbana se halla sujeta a la rotación de los días, la rural, por el contrario, a la rotación de los años” (Adam H. Mueller. *Díe Elemente der Staatkunst*, Berlín, 1809, tomo III, p. 178). Es la concepción simplista de los románticos acerca de la industria y la agricultura

Capitulo X

TEORIAS SOBRE EL CAPITAL FIJO Y EL CAPITAL CIRCULANTE. LOS FISIOCRATAS Y ADAM SMITH

La distinción entre el capital fijo y el capital circulante aparece expresada en Quesnay como la distinción entre *avances primitives y avances annuelles.* Este autor establece acertadamente dicha distinción como una distinción que afecta al capital productivo, incorporado al proceso directo de producción. Y como, para Quesnay, el único capital realmente productivo es el invertido en la agricultura, es decir, el capital del arrendatario, entiende que esta distinción sólo le es aplicable a él. De aquí se desprende además el tiempo anual de rotación de una parte del capital y el plazo mayor (decenal) de la otra. Es cierto que los fisiócratas, en el curso de su evolución, hacen extensivas estas distinciones a otras clases de capital, al capital industrial, en términos generales. Y la distinción entre desembolsos anuales y desembolsos efectuados en plazos mayores es tan importante para la sociedad, que muchos economistas vuelven a estos conceptos, incluso después de Adam Smith.

La distinción entre estas dos clases de desembolsos sólo surge una vez que el capital desembolsado se convierte en los diversos elementos que forman el capital productivo. Es una distinción que afecta única y exclusivamente a esta clase de capital. Por eso a Quesnay no se le ocurre incluir el dinero ni entre los desembolsos primitivos ni entre los anuales. Como desembolsos que son de la producción –es decir, como capital productivo–, ambos se enfrentan tanto con el dinero como con las mercancías que se hallan en el mercado. Además, Quesnay reduce acertadamente la distinción entre estos elementos del capital productivo al distinto modo como entran a formar parte del valor del producto terminado y, por tanto, al distinto modo como su valor circula con el valor del producto, lo que significa también el distinto modo como se repone o reproduce, ya que el valor de uno de estos elementos se repone íntegramente en un solo año, mientras que el del otro se va reponiendo gradualmente en períodos de tiempo más largos.[1]

El único progreso que representa A. Smith consiste en la generalización de las categorías. Este economista hace extensivo a todas las formas del capital productivo lo que los fisiócratas referían a una forma especifica del capital, al capital del arrendatario. Es natural, pues, que la distinción entre la rotación anual y la rotación en varios años procedente de la agricultura, ceda el puesto a la distinción general entre rotaciones de distintos períodos, de tal modo que una rotación del capital fijo abarque siempre más que una rotación del capital circulante, cualquiera que sea la duración en el tiempo de estas rotaciones del capital circulante, anual o de más o menos de un año. De este modo, los *avances annuelles se* convierten, para A. Smith, en capital circulante y los *avances primitives* en capital fijo. Pero esta generalización de las categorías es el único progreso que él aporta. Su argumentación es muy inferior a la de Quesnay.

Ya el modo toscamente empírico con que comienza la investigaci6n en A. Smith introduce la confusión: “Existen dos maneras diferentes de emplear el capital para que rinda al inversionista un ingreso o beneficio” *(La riqueza de las naciones,* libro II, cap. I, p. 252, ed. FCE, 1958).

Los modos como puede invertirse el valor para que funcione como capital, para que deje a su poseedor una plusvalía, son tan diversos, tan múltiples, como las esferas de

inversión del capital. Equivalen a indagar las distintas ramas de producción en que el capital puede invertirse. El problema, así formulado, va más allá. Entraña el problema de cómo el valor, aunque no se invierta como capital productivo, puede funcionar como capital para su propietario; por ejemplo, como capital productivo de intereses, como capital comercial, etc. Nos hallamos, pues, inmensamente lejos del objeto real del análisis, a saber, del problema de cómo la división del capital *productivo* en los distintos elementos que lo forman, prescindiendo de la distinta esfera en que se inviertan, influye en su rotación.

Luego, A. Smith continúa: "El primero consiste en procurarse, manufacturar o comprar bienes para venderlos con un beneficio." A. Smith sólo nos dice, aquí, que el capital puede emplearse en la agricultura, la manufactura y el comercio. Se limita a hablar, pues, de las diversas esferas de inversión del capital, incluyendo aquellas en que, como ocurre en el comercio, el capital no se incorpora directamente al proceso de producción, es decir, no funciona como capital productivo. Con ello, se aparta ya del criterio que servía de base a los fisiócratas para explicar las diferencias que se dan dentro del capital productivo y cómo influyen sobre la rotación. Presenta directamente el capital comercial como ejemplo para ilustrar un problema en que se trata exclusivamente de explicar las diferencias existentes en cuanto al capital productivo dentro del proceso de producción y de valorización, diferencias que, a su vez, engendran otras en lo tocante a su rotación y reproducción.

Y continúa: "El capital empleado en esta forma no puede rendir beneficio ni ingreso al que lo emplea, mientras permanezca en su posesión o no cambie de forma". ¡El capital así empleado! Sin embargo, A. Smith nos habla del capital invertido en la agricultura o en la industria y, más adelante, nos dice que el capital invertido de este modo se divide en capital fijo y capital circulante. Por tanto, la inversión del capital en esta forma no puede convertir al capital en circulante ni en fijo.

¿O acaso lo que quiere decir es que el capital invertido para producir mercancías y venderlas con una ganancia debe, después de convertirse en mercancías, venderse y pasar, mediante la venta, de manos del vendedor a manos del comprador, en primer lugar, y en segundo lugar trocar su forma natural de mercancías por la forma dinero, siendo por tanto inútil para su poseedor mientras permanezca en sus manos o se mantenga –para él– bajo la misma forma? En este caso, ello equivaldría a decir que el mismo valor capital que antes funcionaba en forma de capital productivo, en una forma apta para el proceso de producción, funciona ahora como capital mercancías y capital–dinero bajo sus formas idóneas para el proceso de circulación, no siendo ya, por tanto, ni capital fijo ni capital circulante. Y esto se refiere tanto a los elementos de valor añadidos por las materias primas y auxiliares, es decir, por el capital circulante, como a los incorporados por el consumo de los medios de trabajo, es decir, por el capital fijo. Como vemos, tampoco por este camino nos acercamos ni un paso a la distinción entre el capital fijo y el capital circulante.

Y enseguida: Los bienes acumulados por un comerciante no le dejan ninguna ganancia o beneficio hasta que los vende por dinero, y el dinero mismo apenas le deja utilidad hasta que se cambia nuevamente por otros bienes. Su capital sale de su posesión continuamente en una forma y retorna en otra, y sólo mediante esta circulación o cambio sucesivo obtiene una ganancia. Esta es la razón por la cual esta masa recibe la denominación de capital circulante".

Lo que A. Smith define aquí como capital circulante es lo que yo llamaría *capital de circulación*, o sea, el capital bajo la forma adecuada al proceso de circulación, al cambio de forma por medio del intercambio (cambio de materia y cambio de manos), es decir, capital–

mercancías y capital–dinero, en contraste con su forma adecuada al proceso de producción, que es la del capital productivo. No se trata de distintas clases en que el capitalista industrial divida su capital, sino de diversas formas que el mismo valor–capital desembolsado reviste y abandona sucesivamente y sin cesar, en su *curriculum vitae* (11). A. Smith –y esto representa un considerable retroceso con respecto a los fisiócratas– confunde esto con las diferencias de forma que surgen dentro de la circulación del valor–capital en el ciclo de sus formas sucesivas, mientras el valor–capital reviste la forma del capital productivo, diferencias que responden, además, al distinto modo como los diversos elementos del capital productivo se comportan en el proceso de valorización y transfieren su valor al producto. Más adelante, veremos cuáles son las consecuencias en que se traduce esta confusión fundamental entre el capital productivo y el capital que se halla en circulación (capital–mercancias y capital–dinero), de una parte, y de otra el capital fijo y el capital circulante. El valor–capital desembolsado en forma de capital fijo circula a través del producto, exactamente lo mismo que el desembolsado en forma de capital circulante, Y ambos se convierten del mismo modo en capital–dinero, mediante la circulación del capital–mercancías. La diferencia estriba simplemente en que el valor del primero circula gradualmente, debiendo, por tanto, ser repuesto, reproducido en forma natural gradualmente también durante períodos más cortos o más largos.

Que A. Smith sólo entiende aquí por capital circulante el capital de circulación, es decir, el valor–capital bajó sus formas pertenecientes al proceso de circulación (capital–mercancías y capital–dinero) lo demuestra el ejemplo tan torpemente elegido por él. Toma como ejemplo, en efecto, una clase de capital que no pertenece en absoluto al proceso de producción, sino que se mueve exclusivamente en la órbita de la circulación, que es exclusivamente capital de circulación: el capital comercial.

Cuán absurdo es arrancar de un ejemplo en que el capital no figura para nada como capital productivo, lo dice el propio A. Smith inmediatamente: “El capital de un mercader es enteramente circulante.” Sin embargo, la distinción entre el capital circulante y el capital fijo es, como se nos dice más adelante, una distinción basada en diferencias esenciales que se dan dentro del mismo capital productivo. Y es que A. Smith tiene presente, de una parte, la distinción de los fisiócratas y, de otra, se fija en las diferencias de forma por las que el valor–capital atraviesa en su ciclo. Y ambas cosas se mezclan y confunden abigarradamente.

Lo que no se ve en absoluto es cómo puede surgir una ganancia del simple cambio de forma entre el dinero y la mercancía, de la simple trasmutación del valor de una de estas formas en la otra. Y, además, su explicación resulta absolutamente inadmisible por el hecho de tomar como punto de partida el capital comercial, el cual se mueve exclusivamente dentro de la órbita de la circulación. Pero ya volveremos sobre esto. Escuchemos antes lo que A. Smith dice acerca del capital fijo: “El segundo modo de empleo [del capital] consiste en mejorar las tierras o comprar aquellas máquinas útiles, instrumentos de comercio, u otra clase de bienes, que produzcan un ingreso o una ganancia, sin necesidad de tener que cambiar de dueño o circular ulteriormente. A estos capitales se les denomina, en consecuencia, con propiedad, fijos. Según las diferentes ocupaciones, así son las proporciones de los capitales fijos y circulantes que se emplean en las mismas... en el capital de cualquier fabricante o artesano ha de haber alguna porción invertida en los instrumentos del oficio. Esa porción es en unos más grande, y en otros más pequeña... en todos estos oficios [sastres, zapateros, tejedores, etc.] la mayor parte del capital circula en

forma de salarios que se pagan a los obreros, o en el precio de los materiales, recuperándose con un beneficio en el precio del artículo".

Prescindiendo de la idea pueril acerca de la fuente de la ganancia, inmediatamente resalta aquí todo lo que hay de endeble y de confuso en esta concepción: para un fabricante de maquinaria, por ejemplo, la máquina es producto que circula como capital–mercancias o, para decirlo con las palabras de A. Smith: "De la que su productor, se separa, que cambia de poseedor, que se hace seguir circulando." Por tanto, según su propia definición la máquina no sería un capital fijo, sino un capital circulante. Esta confusión responde, a su vez, al hecho de que A. Smith confunde la distinción entre el capital fijo y el capital circulante, nacida de las distintas clases de circulación de los diversos elementos del capital productivo, con las diferencias de forma por que atraviesa el mismo capital en la medida en que funciona dentro del proceso de producción como capital *productivo* y dentro de la órbita de la circulación, en cambio, como capital de circulación, es decir, como capital–mercancías o capital–dinero. Por tanto, según A. Smith, las mismas cosas pueden, según el lugar que ocupen en el proceso de vida del capital, funcionar como capital fijo (como medios de trabajo, elementos del capital productivo) o como capital "circulante", como capital–mercancias (como producto que se desplaza de la órbita de la producción a la órbita de la circulación).

Pero A. Smith confunde de pronto todo lo que sirve de base a la distinción y se contradice con lo que, unas cuantas líneas antes, le sirvió de punto de partida para toda su investigación: "Existen dos maneras diferentes de emplear el capital para que rinda al inversionista un ingreso o beneficio", a saber: como capital circulante o como capital fijo. Según esto, se trata, por tanto, de distintos modos de emplear capitales diversos e independientes entre sí, al modo como pueden aplicarse, por ejemplo, los capitales en la industria o en la agricultura. Ahora, en cambio, se nos dice: "Según las diversas ocupaciones, así son distintas las proporciones de los capitales fijos y circulantes que se emplean en las mismas." El capital fijo y el capital circulante ya no constituyen, ahora, inversiones distintas e independientes de capital, sino distintas porciones del mismo capital productivo, que en distintas esferas de inversión arrojan una parte alícuota distinta del valor global de este capital. Se trata, por tanto, de diferencias que responden a la división práctica del mismo capital *productivo* y que, por consiguiente, sólo rigen con respecto a éste. Pero esto se halla en contradicción, a su vez, con el hecho de que el capital comercial se contraponga, como capital puramente circulante, al capital fijo, pues A. Smith nos dice: "El capital de un mercader es enteramente circulante." Es, en efecto, un capital que sólo funciona dentro de la órbita de la circulación y, como tal, lo opuesto al capital productivo, al capital incorporado al proceso de producción, razón por la cual no puede enfrentarse como parte circulante del capital productivo a la parte fija de este mismo capital.

En los ejemplos que pone A. Smith, define como capital fijo *los instruments of trade* y como capital circulante la parte del capital invertida en salarios y materias primas, incluyendo entre éstas las materias auxiliares *(repaid with a profit by the price of the work).* (12).

Como se ve, se empieza tomando como punto de partida los distintos elementos del proceso de trabajo, la fuerza de trabajo (el trabajo) y las materias primas, de una parte, y los instrumentos de trabajo, de otra. Pero estos elementos forman parte del capital porque se invierte en ellos una suma de valor llamada a funcionar como capital. En este sentido. son los elementos materiales, las modalidades de existencia del capital *productivo*, es decir, del

capital que funciona en el proceso de producción. Ahora bien, ¿por qué a una parte de ellos se da el nombre de capital fijo? Porque ha de haber alguna porción "del capital invertida en los instrumentos del oficio". Pero la otra parte se fija también en salarios y materias primas; sin embargo, las máquinas e "instrumentos de trabajo... u otra clase de bienes ... producen un ingreso o una ganancia, sin necesidad de tener que cambiar de dueño *[changing masters*] o circular ulteriormente. A estos capitales se les denomina, en consecuencia, con toda propiedad, capitales fijos".

Tomemos como ejemplo la minería. En ella no se emplea para nada materia prima, puesto que el objeto de trabajo, el cobre por ejemplo, es un producto natural que se apropia precisamente mediante el trabajo. El cobre que se trata de apropiar, el producto del proceso de trabajo, que más tarde circula como mercancía o como capital–mercancías, no constituye un elemento del capital productivo. No se invierte en él ninguna parte del valor de éste. Por su parte, los demás elementos del proceso de producción, la fuerza de trabajo y las materias auxiliares, lo mismo que el carbón, el agua, etc., no entran tampoco a formar parte material del producto. El carbón se consume totalmente y sólo se incorpora al producto su valor, del mismo modo que pasa a formar parte de él una parte del valor de la máquina, etc. Finalmente, el obrero se mantiene con la misma independencia frente al producto, al cobre, que la máquina. Lo único que forma parte integrante del valor del cobre es el valor que el obrero produce con su trabajo. Por tanto, en este ejemplo ni un solo elemento del capital productivo cambia de mano (*de master);* ninguno de ellos sigue circulando, pues ninguno de ellos entra a formar materialmente parte del producto. ¿Dónde queda, pues, aquí el capital circulante? Según la propia definición de A. Smith, todo el capital empleado en una mina de cobre sería capital fijo.

Ahora, fijémonos en otra industria donde se empleen materias primas que formen la sustancia del producto, y además materiales auxiliares, que entren a formar parte del producto, y no sólo en cuanto a su valor, como ocurre por ejemplo con el carbón empleado como combustible. Al cambiar de mano el producto, el hilado por ejemplo, cambia también la materia prima, el algodón, de que está formado, y pasa del proceso de producción al proceso de consumo. Pero, mientras el algodón funciona como elemento del capital productivo, su propietario no lo vende, sino que lo elabora, lo emplea para producir hilado. No sale de sus manos. O, para emplear la expresión burdamente falsa y vulgar de A. Smith, no obtiene una ganancia *by parting aith it, by its changing masters, or by circulating it* (13). No pone en circulación sus materiales, como tampoco pone sus máquinas. Están vinculados al proceso de producción, ni más ni menos que las máquinas de hilar y los edificios fabriles. Además, una parte del capital productivo tiene que fijarse constantemente en forma de carbón, algodón, etc., lo mismo que en forma de medios de trabajo. La diferencia sólo está en que la cantidad de algodón, de carbón, etc., necesaria para la producción semanal, supongamos, de hilado se consume constantemente en su integridad para la producción del producto semanal, necesitando, por tanto, reponerse mediante nuevas cantidades de carbón, algodón, etc.; es decir, en que estos elementos del capital productivo, a pesar de permanecer idénticos en cuanto a la clase, se hallan formados constantemente por nuevos ejemplares de la misma clase, y, en cambio, la misma máquina individual de hilar, el mismo edificio fabril individual continúa cooperando en toda una serie de producciones semanales sin necesidad de ser repuestos por otros ejemplares del mismo tipo. Como elementos del capital productivo, todas las partes integrantes de éste se hallan vinculadas constantemente al proceso de producción, el cual no puede desarrollarse sin

ellas. Y todos los elementos del capital productivo, los fijos y los circulantes, se enfrentan por igual, como capital productivo, los fijos y los circulantes, se enfrentan por igual, como capital productivo, al capital de circulación, es decir, al capital–mercancias y al capital–dinero.

Lo mismo acontece con la fuerza de trabajo. Una parte del capital productivo tiene que vincularse constantemente a ella, y son las mismas, idénticas fuerzas de trabajo, como son las mismas máquinas, las que emplea siempre y durante largo tiempo el mismo capitalista. La diferencia entre ellas y las máquinas no consiste, para estos efectos, en que las máquinas se compren de una vez para siempre (cosa que no ocurre siempre, por ejemplo, cuando se pagan a plazos) y los obreros no, sino en que el trabajo que éstos despliegan se incorpora íntegramente al producto y, en cambio, el valor de las máquinas sólo se incorpora fragmentariamente.

A. Smith confunde conceptos que son distintos, cuando dice del capital circulante, por oposición al capital fijo: "El capital empleado en esta forma no puede rendir beneficio ni ingreso al que lo emplea, mientras permanezca en su posesión o no cambie de forma". Sitúa la metamorfosis puramente formal de la mercancía, que el producto, el capital–mercancías, sufre en la órbita de la circulación y que permite el cambio de manos de las mercancías, en el mismo plano que la metamorfosis física sufrida por los diversos elementos del capital productivo durante el proceso de producción. Mezcla aquí, sin más, la transformación de la mercancía en dinero y del dinero en mercancía, la compra y la venta, con la transformación de los elementos de producción en el producto. El ejemplo que pone de capital circulante es el del capital comercial, que se convierte de mercancía en dinero y de dinero en mercancía: el cambio de formas operado dentro de la circulación tiene para el capital industrial en funciones la significación de que las mercancías en que vuelve a convertirse el dinero constituyen elementos de producción (medios de trabajo y fuerza de trabajo); de que ese cambio asegura, por tanto, la continuidad de su función, permitiendo que el proceso de producción se efectúe como un proceso continuo o como un proceso de reproducción. Este cambio de formas se opera todo él en la *circulación*, y es el que permite que las mercancías pasen realmente de unas manos a otras. En cambio, las metamorfosis que sufre el capital productivo dentro de su proceso de producción son metamorfosis encuadradas dentro del *proceso de trabajo*, necesarias para transformar los elementos de producción en el producto apetecido. A. Smith se atiene al hecho de que una parte de los medios de producción (los verdaderos medios de trabajo) actúa en el proceso de trabajo (lo que él expresa falsamente diciendo: *yield a profit to their master)* (14) sin cambiar de forma natural, desgastándose sólo gradualmente, mientras que otra parte, la formada por los materiales, se modifica y cumple precisamente la función que le corresponde como medio de producción, al modificarse. Pero este distinto comportamiento de los elementos del capital productivo en el proceso de trabajo es sólo el punto de partida de la distinción entre el capital fijo y el capital no fijo y no la misma distinción, como lo demuestra el simple hecho de que se dé igualmente en todos los regímenes de producción, tanto en los capitalistas como en los no capitalistas. Y a este distinto comportamiento material corresponde la *transferencia de valor* al producto, a la que a su vez corresponde la reposición del valor mediante la venta de aquél; y esto y sólo esto es lo que engendra aquella diferencia. Por tanto, el capital no es fijo porque se fije en los medios de trabajo, sino porque una parte de su valor invertido en medios de trabajo permanece fijado en éstos, mientras que otra parte circula como parte integrante del valor del producto.

“Pero si se pretende obtener una utilidad futura, ha de emplearse [el capital] permaneciendo en poder de quien lo emplea o haciéndolo pasar por otras manos. En el primero de estos casos, es un capital fijo; en el segundo, circulante” (p. 257).

Ante todo, le llama a uno la atención, en este pasaje, la idea toscamente empírica de la ganancia, que corresponde a la concepción usual del capitalista y que se halla en completa contradicción con la idea esotérica y más clara de A. Smith. El precio del producto repone el precio tanto de los materiales como de la fuerza de trabajo, pero también la parte de valor que los instrumentos de trabajo transfieren al producto por el desgaste. Pero no es de aquí, en modo alguno, de donde sale la ganancia. El hecho de que el valor desembolsado para la producción de una mercancía se reponga de una vez o gradualmente mediante la venta del producto, sólo puede afectar al modo y al tiempo de la reposición, pero en manera alguna convertir lo que es común a ambos –la reposición del valor– en creación de plusvalía. Es la idea vulgar de que la plusvalía, porque sólo se realice mediante la venta del producto, mediante su circulación, nace de la circulación, de la venta. En realidad, el distinto modo de producirse la ganancia sólo es aquí una frase falsa a que se recurre para decir que los distintos elementos del capital productivo actúan de distinto modo, funcionan de un modo diferente como elementos productivos dentro del proceso de trabajo. La distinción no se hace descansar, en último término, en el proceso de trabajo o en el proceso de valorización, en la función del mismo capital productivo, sino que se refiere solamente a cada capitalista de un modo subjetivo, teniendo en cuenta la distinta utilidad que le presta cada una de las partes de su capital.

Quesnay, en cambio derivaba las diferencias del mismo proceso de reproducción y de sus necesidades. Para que este proceso sea continuo, es necesario que del valor del producto anual se reponga íntegramente, todos los años, el valor de los desembolsos anuales, mientras que el valor del capital de inversión sólo necesita reponerse gradualmente, de tal modo que se reproduce (mediante nuevos ejemplares de la misma clase) a lo largo de una serie de años, de diez por ejemplo. Como vemos, A. Smith queda, en este punto, muy por debajo de Quesnay.

A Adam Smith no le queda, pues, más camino para definir el capital fijo que considerarlo como los medios de trabajo que no cambian de forma en el proceso de producción y siguen funcionando en ésta hasta su desgaste total, frente a los productos que contribuyen a crear. Se olvida que todos los elementos del capital productivo se enfrentan en su forma natural (como medios de trabajo, materiales y fuerza de trabajo) al producto elaborado y al que circula como mercancía, y que la diferencia entre la parte formada por los materiales y la fuerza de trabajo y la formada por los medios de trabajo sólo consiste, en lo que a la fuerza de trabajo se refiere, en que ésta se compra de nuevo constantemente (y no por todo el tiempo de su duración, como los medios de trabajo); y en lo que se refiere a los materiales, en que no son los mismos, idénticos, los que funcionan en el proceso de trabajo, sitio ejemplares constantemente nuevos de la misma clase. Y al mismo tiempo, se provoca con esto la falsa apariencia de que el valor del capital fijo no circula también, a pesar de que A. Smith había expuesto antes, naturalmente, el desgaste del capital fijo como parte del precio del producto.

Con respecto al capital circulante como lo opuesto al capital fijo, no se hace resaltar que esta contraposición sólo tiene sentido considerando al capital circulante como la parte del capital productivo que es necesario reponer *íntegramente* a base del valor del producto y que, por tanto, tiene que compartir por entero las metamorfosis de éste, cosa que no

ocurre tratándose del capital fijo. Lejos de ello, se le mezcla y confunde con las formas que el capital reviste al pasar de la órbita de la producción a la de la circulación, como capital–mercancías y capital–dinero. Pero ambas formas, la del capital–mercancías y la del capital–dinero, son exponentes del valor, tanto de la parte fija como de la parte circulante del capital productivo. Ambas son capital de circulación, por oposición al capital productivo, pero no capital circulante por oposición al capital fijo.

Por último, la tergiversación en que se incurre al presentar la ganancia como fruto del capital fijo, cuando permanece en el proceso de producción, y del capital circulante, cuando sale de él y circula, se oculta detrás de la identidad de forma que presentan en la *rotación* el capital variable y la parte circulante del capital constante, la sustancial diferencia que media entre ellos en el *proceso de valorización* y de formación de la plusvalía, con lo cual se oscurece todavía más todo el misterio de la producción capitalista: el nombre común de capital circulante borra esta diferencia esencial. Los economistas posteriores, acentuando todavía más la confusión, subrayan como lo único esencial y característico, no la distinción entre el capital constante y el variable, sino la distinción entre el capital fijo y el capital circulante.

Después de presentar el capital fijo y el capital circulante como dos clases distintas de capital, cada una de las cuales arroja una ganancia, A. Smith dice: "Ningún capital fijo puede producir renta sin el concurso de otro capital circulante, las máquinas y los instrumentos más útiles no podrían dar rendimiento ninguno sin la ayuda del capital circulante que suministra los materiales que aquellos manufacturan, y el sustento de los operarios que los manejan" (p. 256).

Aquí se ve ahora lo que quieren significar las expresiones empleadas más arriba: *yield a revenue, mahe a profit,* etc., a saber: que ambas partes del capital contribuyen a crear el producto.

Al llegar a este punto, A. Smith pone el siguiente ejemplo: "La porción del capital que el labrador emplea en aperos es capital fijo; pero la que invierte en salarios o en mantener a los criados... es capital circulante. [Como vemos, aquí la diferencia entre el capital fijo y el circulante sólo se refiere, como debe ser, a la distinta circulación, a la rotación de las distintas partes integrantes del capital productivo.] Obtiene un beneficio del uno, conservándolo en su poder, y del otro, cuando se separa del mismo. El valor o el precio del ganado de labor es un capital fijo [de nuevo la afirmación correcta de que es al valor y no al elemento material al que se refiere la distinción], del mismo modo que el de los aperos de labranza; pero la porción que destina a su manutención [del ganado de labor] es capital circulante, como el invertido en el sustento de los mozos de labranza. El labrador obtiene beneficio del ganado de labor conservándole y separando su manutención. [El arrendatario retiene el forraje del ganado, no lo vende. Lo emplea como forraje al mismo tiempo que emplea el ganado como instrumento de trabajo. La diferencia consiste simplemente en que el forraje empleado para sustentar al ganado de labor se consume en su totalidad, teniendo que reponerse constantemente mediante nuevo forraje sacado de la producción agrícola o de su venta, mientras que el ganado sólo se repone a medida que cada bestia vaya quedándose, por turno, inutilizada para trabajar.] Pero el precio y el sostenimiento del ganado que se compra para engordarlo, con el propósito de revenderlo, y no dedicarlo a la labranza, es capital circulante. La ganancia del labrador se obtiene, en este caso, cuando el animal es vendido. [Todo productor de mercancías, incluyendo el capitalista, vende su producto, el resultado de su proceso de producción, pero ello no

convierte a este producto en parte fija ni circulante de su capital *productivo.* Lo que ocurre es que el producto existe, ahora, bajo una forma en que es expulsado del proceso de producción y tiene que funcionar como capital mercancías. El ganado de ceba funciona en el proceso de producción como materia prima y no como instrumento, que es lo que ocurre con el ganado de labor. Se incorpora, por tanto, al producto como sustancia de éste y todo su valor pasa a formar parte de él, lo mismo que el de las materias auxiliares (su forraje). Por eso es parte circulante del capital productivo, no porque el producto vendido –el ganado de ceba– presente aquí la misma forma natural que la materia prima, el ganado todavía no cebado, Esto no pasa de ser tina coincidencia fortuita. Pero, al mismo tiempo, A Smith habría debido comprender también, por este ejemplo, que no es la forma material del elemento de producción lo que da al valor contenido en él el carácter de fijo o circulante, sino la función que desempeña dentro del proceso de producción.] El valor de las semillas hay que considerarlo, en realidad, como si fuera capital fijo, pues aunque va y viene del campo al granero, no cambia de dueño [*it never changes masters*] y, por eso, no se puede decir justamente que circule. La ganancia del labrador no consiste en vender la semilla, sino en acrecentarla."

Aquí, salta a la vista toda la vacuidad de la distinción sostenida por A. Smith. Según él, la siembra es capital fijo si no media un *change of masters,* es decir, si la siembra se repone directamente a base del producto anual, si se deduce de él. Es, por tanto, capital circulante si el producto en su totalidad se vende y una parte de su valor se emplea para comprar simiente ajena. En el primer caso no se produce *change of masters,* en el segundo sí. Otra vez vuelve a confundir A. Smith el capital –circulante con el capital–mercancias. El producto es el exponente material del capital –mercancías. Pero, naturalmente, sólo aquella parte del producto que entra realmente en circulación y no vuelve a incorporarse directamente al proceso de producción del que brota como producto.

Tanto da que la simiente se deduzca directamente como parte del producto o que el producto en su totalidad se venda y una parte de su valor se destine a comprar simiente ajena: en ambos casos se opera una simple reposición, por medio de la cual no se obtiene ninguna ganancia. En un caso, la mercancía entra en circulación como mercancía con el resto del producto; en el otro, sólo figura en la contabilidad como parte integrante del valor del capital desembolsado. Pero, en ambos casos es parte circulante del capital productivo. Es consumida en su totalidad para crear el producto y tiene que reponerse íntegramente a base de éste, para que sea posible la reproducción.

> "Materias primas y materias auxiliares pierden, por tanto, la forma independiente con que entran, como valores de uso, en el proceso de trabajo. No acontece así con los medios de trabajo en sentido estricto. Un instrumento, una máquina, un edificio fabril, un recipiente, etc., sólo prestan servicio en el proceso de trabajo mientras conservan su forma primitiva, y mañana volverán a presentarse en el proceso de trabajo bajo la misma forma que tenían ayer. Conservan su forma independiente frente al producto lo mismo en vida, durante el proceso de trabajo, que después de muertos. Los cadáveres de las máquinas, herramientas, edificios fabriles, etc., no se confunden jamás con los productos que contribuyen a crear." (Véase libro I, cap. VI [p. 163].)

Estos distintos modos en que los medios de producción pueden emplearse para la formación del producto, unas veces manteniendo su forma independiente frente a éste, otras veces modificándola o perdiéndola por completo; esta distinción que afecta al proceso de trabajo como tal y que, por tanto, reza también con aquellos procesos de trabajo

encaminados a la satisfacción de las propias necesidades, sin intercambio alguno, sin producción de mercancías, como los de la familia patriarcal, aparecen falseados en A Smith, por dos razones: 1° porque introduce aquí de un modo completamente inadecuado, la idea de la ganancia, la idea de que unos producen una ganancia a su propietario manteniendo su forma y los otros perdiéndola; 2° porque confunde las transformaciones sufridas por una parte de los elementos de producción en el proceso de trabajo con el cambio de forma referente al intercambio de los productos, a la circulación de las mercancías (compra y venta), que entraña al mismo tiempo el cambio de propiedad de las mercancías circulantes.

La rotación presupone la reproducción como apoderada por medio de la circulación, es decir, Por medio de la venta del producto, por medio de su transformación en dinero y de la reversión de éste a sus elementos de producción. Pero, tan pronto como una parte de su propio producto vuelve a servir directamente al productor capitalista como medio de producción, el productor figura como vendedor del mismo y como su propio comprador, y así asienta la operación en sus libros de contabilidad. En tales casos, esta parte de la reproducción no se realiza por medio de la circulación, sino directamente. Sin embargo, la parte del producto que vuelve a funcionar así como medio de producción repone capital circulante y no capital fijo siempre y cuando que: 1° su valor se incorpore íntegramente al producto, y 2° sea repuesto a su vez en especie por un nuevo ejemplar del nuevo producto.

A. Smith nos dice ahora en qué consiste, por una parte, el capital circulante y por otra el capital fijo. Enumera las cosas, los elementos materiales que forman el capital fijo y los que forman el capital circulante, como si este carácter correspondiese a las tales cosas de un modo material, por obra de la naturaleza, y no en virtud de la función concreta que desempeñan dentro del proceso capitalista de producción. Y sin embargo, hace en el mismo capítulo (libro II, cap. I) la observación de que aunque una determinada cosa, por ejemplo una casa–vivienda, reservada para el consumo directo “pueda proporcionar un ingreso a su dueño, y, por tanto, servirle en este sentido *como capital*, no puede nunca ser fuente de renta para el público, ni servir en este caso como capital, como tampoco acrecentar en lo más mínimo la renta de la sociedad” (p. 254). Aquí, como vemos, A. Smith proclama con toda claridad que la condición de capital no les corresponde a las cosas como tales y bajo cualesquiera circunstancias, sino que es una función que, según las circunstancias que en ellas concurran, pueden o no desempeñar. Y lo mismo que del capital en conjunto puede decirse de sus distintas categorías.

Las mismas cosas formarán parte del capital circulante o del capital fijo según la función que desempeñen en el proceso de trabajo. Por ejemplo, el ganado, si es ganado de labor (medio de trabajo), forma una modalidad material de existencia del capital fijo; en cambio si es ganado de ceba (materia prima), forma parte del capital circulante del arrendatario de la tierra. Puede darse también el caso de que la misma cosa funcione unas veces como parte integrante del capital productivo y otras veces como fondo inmediato de consumo. Una casa, por ejemplo, si se utiliza como local de trabajo, es parte fija del capital productivo; en cambio, si se emplea como casa–vivienda no constituye forma alguna del capital, en su cualidad de casa–vivienda. En muchos casos, los mismos medios de trabajo funcionan unas veces como medios de producción y otras veces como medios de consumo.

Aquí reside uno de los errores que se derivan de la concepción de A. Smith: el de interpretar los caracteres del capital fijo y el capital circulante como inherentes a las cosas mismas. Ya el análisis del proceso de trabajo (libro I, cap. V [pp. 139-147]) revela cómo

cambian los conceptos de medio de trabajo, material de trabajo y producto, según el distinto papel que la misma cosa desempeña dentro de aquel proceso. Pues bien, los conceptos de capital fijo y no fijo se basan, a su vez, en los papeles concretos que estos elementos desempeñan en el proceso de trabajo y también, por tanto, en el proceso de valorización.

En segundo lugar, al enumerar las cosas que forman el capital fijo y el capital circulante, se ve claramente que A. Smith confunde la distinción entre los elementos fijos y circulantes del capital productivo, que sólo puede regir y tener un sentido con respecto a este capital (al capital en su forma productiva), con la distinción entre el capital productivo y las formas que corresponden al capital en su proceso de circulación: la del capital–mercancias y la del capital –dinero. El mismo dice, en este pasaje (p. 256): "El capital circulante consta... de las provisiones materiales y artículos acabados de todas clases, que se hallan en poder de los comerciantes respectivos, así como también del dinero necesario para hacerlos circular y efectuar la distribución, etc." En realidad, si nos fijamos bien vemos que aquí, a diferencia de lo que ocurría antes, el capital circulante vuelve a equipararse al capital–mercancías y al capital–dinero, es decir, a dos formas de capital que no tienen nada que ver con el proceso de producción, que no son capital circulante por oposición al capital fijo, sino capital de circulación por oposición al capital productivo. Sólo al lado de éstas figuran luego las partes del capital productivo invertidas en materiales (materias primas o artículos a medio fabricar) e incorporadas realmente al proceso de producción. Véase lo que dice A. Smith.

"...La tercera y última de las tres porciones en que se divide naturalmente el *stock* general de la sociedad es el capital circulante; cuya característica consiste en proporcionar un ingreso o renta con motivo de su circulación o cambio de dueño. Se compone también de cuatro partes. La primera es el dinero... [pero el dinero no es nunca una forma del capital productivo, del capital encuadrado en el proceso de producción. Es siempre, simplemente, una de las formas que reviste el capital de su proceso de circulación.] La segunda, el repuesto de provisiones que se halla en poder del carnicero, el ganadero, el labrador... y de cuya venta esperan obtener un beneficio... La cuarta y última es toda obra acabada y completa, pero que aún permanece en poder del comerciante o del industrial." Y "la tercera son las materias primas o los productos en proceso de fabricación, que se convierten en vestidos, mobiliario y edificios; y que no habiendo alcanzado su forma definitiva, permanecen todavía en poder de sus productores, manufactureros, merceros, pañeros, madereros, ebanistas, ensambladores, ladrilleros, etc."

Las categorías segunda y cuarta contienen exclusivamente productos expulsados como tales del proceso de producción y lanzados a la venta; en una palabra, productos que funcionan a partir de ahora como mercancías o bien como capital–mercancías; que poseen. por tanto, una forma y ocupan un lugar en el proceso en que no pueden ser elementos del capital productivo, cualquiera que sea su destino final, es decir, lo mismo sí su finalidad (su valor de uso) es la de servir al consumo individual que si es la de destinarse al consumo productivo. En la categoría segunda trátase de medios de subsistencia, en la cuarta de todos los demás productos terminados, los cuales a su vez sólo pueden hallarse formados por medios terminados de trabajo o por medios terminados de disfrute (distintos de los medios de subsistencia que figuran en la categoría segunda).

El hecho de que aquí A. Smith nos hable también del comerciante revela su confusión. Tan pronto como el productor vende su producto al comerciante, aquél deja de

ser ya una forma de su capital. Desde un punto de vista social, sigue siendo aún, indudablemente, capital–mercancías, aunque ahora figura en otras manos que no son las de su productor; pero precisamente por ser capital–mercancías no es ni capital fijo ni capital circulante.

En toda producción que no se dirija exclusivamente a la satisfacción de las propias necesidades, el producto tiene que circular como mercancía, es decir, venderse, no para obtener de la venta una ganancia, sino sencillamente para que el productor pueda vivir. A esto se añade, en la producción capitalista, que con la venta de la mercancía se realiza además la plusvalía encerrada en ella. El producto sale del proceso de producción como mercancía; no es, por tanto, ni un elemento fijo ni un elemento circulante de aquél.

Por lo demás, A. Smith se contradice aquí a si mismo. Los productos terminados, cualesquiera que sean su forma material o su valor de uso, su efecto útil, son todos, aquí capital–mercancias, es decir, capital bajo una forma encuadrada en el proceso de circulación. Por el hecho de revestir esta forma, no son parte integrante del eventual capital productivo de su propietario; lo cual no impide, ni mucho menos, que una vez vendidos, en manos del comprador *pasen* a formar parte del capital productivo, sea del fijo o del circulante. Aquí se pone de manifiesto que las mismas cosas que en un momento determinado aparecen en el mercado como capital–mercancías por oposición al capital productivo, tan pronto como se sustraen al mercado pueden funcionar o no funcionar como elementos fijos o circulantes del capital productivo.

El producto del fabricante de hilados de algodón –el hilado– es la forma–mercancía de su capital, es para él capital–mercancías. No puede volver a funcionar como parte integrante de su capital productivo, ni en concepto de material de trabajo ni como medio de trabajo. Pero en manos del tejedor que lo compra pasa a incorporarse a su capital productivo, como una de sus partes circulantes. Para el hilandero, en cambio, el hilado es materialización del valor de una parte de su capital (prescindiendo de la plusvalía), tanto del fijo como del circulante. Una máquina, por ejemplo, como producto del fabricante de maquinaria, es la forma–mercancía de su capital, es para él capital–mercancías; y mientras permanezca bajo esta forma, no es capital circulante ni fijo. Al venderse a un fabricante que la emplee, se convierte en elemento fijo de su capital productivo. Aun cuando el producto, con arreglo a su forma útil, pueda volver a entrar parcialmente como medio de producción en el proceso de que salió, como ocurre por ejemplo con el carbón en la producción carbonífera, la parte del producto destinada precisamente a la venta no representa capital fijo ni circulante, sino simplemente capital–mercancías.

Por otra parte, puede ocurrir que el producto sea, por su forma útil, absolutamente inadecuado para formar parte del capital productivo ni como material de trabajo ni como elemento de trabajo, que es lo que ocurre, por ejemplo, con ciertos víveres. No obstante, estos productos serán capital –mercancías para su productor, exponentes de valor tanto del capital fijo como del capital circulante y del uno o del otro según que el capital invertido en su producción deba reponerse total o parcialmente, según que el valor de éstos sea transferido total o parcialmente a ellos.

En la tercera categoría de A. Smith figura el material en bruto (materias primas, materias auxiliares y artículos a medio fabricar), de un lado no como una parte ya incorporada al capital productivo, sino en realidad solamente como categoría especial de valores de uso que forman siempre el producto social, la masa de mercancías, además de los otros elementos materiales. medios de vida, etc., enumerados en las categorías segunda

y cuarta. De otro lado, estos productos se enumeran indudablemente como incorporados al capital productivo y, por tanto, como elementos del mismo también en manos del productor. La confusión resalta en el hecho de que se los señale en parte como productos que funcionan en manos de los productores ("en poder de los agricultores, de los manufactureros, etc.") y en parte como productos que se hallan en manos de comerciantes ("merceros pañeros, madereros"), donde son simple capital –mercancías y no elementos del capital productivo.

En realidad, A. Smith, al enumerar aquí los elementos del capital circulante olvida totalmente la distinción entre el capital circulante y el capital fijo, que sólo rige para el capital productivo. Lo que hace es contraponer el capital–mercancias y el capital–dinero, es decir las dos formas del capital encuadradas en el proceso de circulación. al capital productivo, y esto lo hace, además, inconscientemente.

Por último, es sorprendente que A. Smith, al enumerar los elementos del capital circulante, olvide la fuerza de trabajo. Y la olvida por una doble razón.

Acabamos de ver que, prescindiendo del capital–dinero, el capital circulante no es más que otro modo de expresar el capital–mercancías. La fuerza de trabajo, mientras circula en el mercado, no es capital, no constituye ninguna forma del capital–mercancías. No es capital de ninguna clase; el obrero no es ningún capitalista, aunque aporte al mercado una mercancía, su propia piel. Sólo a partir del momento en que se vende, en que se incorpora al proceso de producción es decir, a partir del momento en que deja de circular como mercancía–, se convierte la fuerza de trabajo en parte integrante del capital productivo del capital variable, considerada como fuente de la plusvalía, de la parte circulante del capital productivo, con respecto a la rotación del valor–capital invertido en ella. Y como A. Smith confunde aquí el capital–mercancias, no puede incluir la fuerza de trabajo bajo su rúbrica del capital circulante. Por eso el capital variable aparece aquí, además, bajo la forma de las mercancías que el obrero compra con su salario bajo la forma de los medios de vida. Es bajo esta forma como se quiere que el valor–capital invertido en salarios figure entre el capital circulante. Pero lo que se incorpora al proceso de producción es la fuerza de trabajo, el obrero mismo, no los medios de vida con que se sustenta el obrero. Es cierto que, como hemos visto más arriba (libro I, cap. XXI [p. 513]), desde un punto de vista social la reproducción del propio obrero por medio de su consumo individual forma también parte del proceso de reproducción del capital social. Pero esto no es aplicable a cada proceso de producción considerado de por sí, que es lo que aquí investigamos:. Las *acquired and useful abilities* (15) (p. 255) que A. Smith enumera bajo la rúbrica del capital fijo, forman por el contrario parte del capital circulante, siempre y cuando que se trate de *abilities* del obrero asalariado y que éste venda su trabajo juntamente con sus *abilities.*

A. Smith incurre en un gran error al dividir toda la riqueza social en: 1° el fondo de consumo inmediato, 2° el capital fijo y 3° el capital circulante. Según esto, la riqueza debiera dividirse en dos partes: 1° el fondo de consumo. que no forma parte del capital social en funciones, aunque algunas partes de él *puedan* funcionar constantemente como capital, y 2° el capital. Una parte de la riqueza actúa aquí como capital, la otra parte como no capital o como fondo de consumo. Así planteada la cosa, se ve que todo capital se halla ante la ineludible necesidad de ser o fijo o circulante, del mismo modo que todo animal mamífero se halla ante la necesidad, impuesta por la naturaleza, de ser macho o hembra. Sin embargo, ya hemos visto que la distinción entre las dos categorías de fijo y circulante

sólo es aplicable a los elementos del capital *productivo* y que al lado de éste hay todavía una cantidad considerable de capital –el capital–mercancias y el capital–dinero– que reviste una forma bajo la cual *no puede ser* ni circulante ni fijo.

Como, si se exceptúa la parte de los productos que cada productor capitalista emplea directamente en forma natural, sin venderlos ni comprarlos, como medios de producción, toda la masa de la producción social –dentro del régimen capitalista– circula en el mercado como capital–mercancías, es evidente que del capital–mercancias se separan tanto los elementos fijos y circulantes del capital productivo como todos los elementos que forman el fondo de consumo, lo que en realidad sólo quiere decir una cosa: que, dentro de la producción capitalista, lo mismo los medios de producción que los medios de consumo sólo aparecen como capital–mercancias si tienen también como misión el servir más tarde como medios de consumo o de producción; del mismo modo que la propia fuerza de trabajo aparece en el mercado como una mercancía, aunque no como capital–mercancía.

De aquí la nueva confusión en que incurre A. Smith, cuando dice:

"Tres de estas cuatro porciones [del *circulating capital*, es decir, del capital en sus dos formas de capital–mercancias y capital–dinero, pertenecientes al proceso de circulación, dos partes que se convierten ,en cuatro porque A. Smith subdivide materialmente los elementos que forman el capital–mercancias], los víveres, materiales y artículos acabados se separan anualmente, o en un periodo más o menos largo, del capital circulante, para convertirse en capital fijo o en disponibilidades reservadas al consumo inmediato.

"Todo capital fijo se deriva originariamente del circulante, y en él se sustenta continuamente. Cualquier máquina o instrumento útil tiene su origen en un capital circulante, que suministra los materiales de que se elaboran, y el alimento del operario que los fabrica; es necesario además un buen capital de la misma naturaleza para mantenerlos constantemente en buen estado de conservación"(p. 256).

Siempre con excepción de la parte del producto que su productor vuelve a emplear directamente como medio de producción, en la producción capitalista rige la siguiente norma general: todos los productos aparecen en el mercado como mercancías y circulan, por tanto, para el capitalista, como la forma–mercancía de su capital, como capital–mercancías, lo mismo si estos productos, por su forma natural, por su valor de uso, deben o pueden funcionar como elementos del capital productivo (del proceso de producción), y por tanto como elementos fijos o circulantes de él, que si sólo pueden actuar como medios de consumo individual, no de consumo productivo. Todos los productos son lanzados al mercado como mercancías: todos los medios de producción y de consumo, todos los elementos del consumo productivo o individual tienen, por tanto, que ser sustraídos al mercado, por compra, como mercancías. Esta perogrullada *(truism)* responde, naturalmente, a la verdad. Por consiguiente, esto es aplicable tanto a los elementos fijos como a los elementos circulantes del capital productivo; tanto a los medios de trabajo como al material de trabajo en todas sus formas. (Y aquí se olvida, además, que hay elementos del capital productivo que, existiendo por naturaleza, no son tales productos.) Las máquinas se compran en el mercado, exactamente lo mismo que el algodón. Pero de aquí no se deduce, ni mucho menos –se deduce, no de aquí, sino de la confusión en que A. Smith incurre del capital de circulación con el capital circulante, es decir, con el capital fijo –que todo capital fijo provenga originariamente de un capital circulante. Además, con esto, A. Smith se contradice a sí mismo. El mismo nos dice que las máquinas forman, como

mercancías, la parte n° 4 del capital circulante. El hecho de que provengan de un capital circulante sólo significa, pues, que funcionaban como capital–mercancías antes de funcionar como máquinas, y que materialmente provienen de sí mismas, del mismo modo que el algodón, como elemento circulante del capital del fabricante de hilados, proviene del algodón puesto a la venta en el mercado. Y si A. Smith, continuando con su exposición, deriva el capital fijo del circulante por el mero hecho de que para fabricar máquinas sean necesarios el trabajo y las materias primas, le podemos objetar que para fabricar máquinas hacen falta también medios de trabajo, es decir, capital fijo, del mismo modo que hace falta también capital fijo, maquinaria, etc., para producir materias primas, puesto que el capital productivo incluye siempre medios de trabajo, aunque no obligatoriamente material de trabajo. El propio A. Smith dice, a continuación: "La tierra, las minas y las pesquerías requieren para su explotación, capital fijo y circulante [reconoce, por tanto, que para producir materias primas hace falta, no sólo capital circulante, sino también capital fijo] y [¡nueva tergiversación!] su producto repone, con ganancias, no sólo aquellos capitales, sino *todos los demás de la sociedad*" (p. 257*).* Esto es totalmente falso. Su producto suministra las materias primas, las materias auxiliares, etc., para todas las demás ramas industriales. Pero su valor no reembolsa el valor de todos los demás capitales de la sociedad: reembolsa solamente su propio valor–capital (+ la plusvalía). Aquí, volvemos a encontrarnos en A. Smith con reminiscencias de los fisiócratas.

Desde un punto de vista social, es cierto que los elementos del capital–mercancías consisten en productos que sólo pueden servir como medios de trabajo y que acaban funcionando siempre –si no se producen estérilmente, sí no son invendibles– como medios de trabajo; es decir, a base de la producción capitalista, cuando dejen de ser mercancías, tienen que convertirse tarde o temprano, de elementos potenciales en elementos reales de la parte fija del capital productivo social.

En este punto, nos encontramos con una diferencia que tiene su raíz en la forma natural del producto.

Una máquina de hilar, por ejemplo, carece de valor de uso si no se la emplea para hilar, es decir, sí no se la utiliza como elemento de producción, es decir, desde el punto de vista capitalista, como elemento fijo de un capital productivo. Pero la máquina de hilar es un objeto móvil. Puede exportarse del país en que se produce y venderse directa o indirectamente a otro país a cambio de materias primas, del champagne, etc. En el país que la produce solamente habrá funcionado, entonces, como capital –mercancías, pero no, ni aún después de su venta, como capital fijo.

En cambio, los productos vinculados al suelo y que, por tanto, sólo pueden emplearse en una determinada localidad, por ejemplo los edificios fabriles, los ferrocarriles, los puentes, los túneles, los muelles, etc., las mejoras de la tierra, etc., no pueden ser exportados físicamente, con su piel y sus huesos. No son objetos movibles. Una de dos: o son inútiles o, una vez vendidos, sólo pueden funcionar como capital fijo en el país en que se producen. Para el productor capitalista que especula con la construcción de fábricas o la mejora de tierras, para luego venderlas, estas cosas son la forma de su capital–mercancías y por tanto, según A. Smith, la forma del capital circulante. Pero, desde un punto de vista social, estas cosas –si no han de ser inútiles –tendrán que acabar funcionando en el propio país, como capital fijo, en un proceso de producción fijado por la propia localidad en que se encuentran enclavadas; de donde no se sigue, ni mucho menos, que todas las cosas inmuebles sean de por sí, sin más requisitos, capital fijo, pues pueden también, como ocurre

con las casas–vivienda, etc., pertenecer al fondo de consumo y, por tanto, no formar parte para nada del capital social, aun siendo un elemento de la riqueza social, de que el capital no es más que una parte. El productor de estas cosas, para decirlo en los términos de A. Smith, obtiene una ganancia con su venta. Se trata, por tanto, de capital circulante. Pero el que las emplea de un modo útil, su comprador definitivo, sólo puede utilizarlas empleándolas en el proceso de producción. Se trata, por tanto, de capital fijo.

Los títulos de propiedad sobre un ferrocarril, por ejemplo, pueden cambiar diariamente de mano y la venta de estos títulos puede suministrar a sus poseedores una ganancia, incluso en el extranjero –lo cual quiere decir que los títulos de propiedad son: susceptibles de exportación, aunque no lo sean los mismos ferrocarriles–. No obstante, estas cosas tienen que funcionar como elementos fijos del capital productivo o quedarse inutilizadas en el mismo país a que se hallan vinculadas. Del mismo modo, el fabricante A puede obtener una ganancia por la venta de su fábrica al fabricante B, lo cual no impide que la fábrica siga funcionando como capital fijo.

Por tanto, aunque los medios de trabajo vinculados al suelo de una localidad e inseparables de él, sin perjuicio de que puedan funcionar para su poseedor como capital–mercancías y no ser elementos de *su* capital fijo (el cual, para él, se halla formado por los medios de trabajo que necesita para la construcción de edificios, ferrocarriles, etc.), hayan de funcionar, previsiblemente, como capital fijo dentro del mismo país, esto no quiere decir, ni mucho menos, a la inversa, que el capital fijo se halle formado necesariamente por cosas inmuebles. Un barco o una locomotora, por ejemplo, tienen como función el desplazarse y, sin embargo, son, no para su productor, pero sí para quien los emplea, capital fijo. Por otra parte, cosas que se hallan realmente adheridas al proceso de producción, que viven y mueren en él y que, una vez incorporadas a él, ya nunca lo abandonan, constituyen elementos circulantes del capital productivo. Por ejemplo, el carbón empleado para mover las máquinas en el proceso de producción, el gas que se usa para el alumbrado de la fábrica, etc. Son elementos circulantes, no porque físicamente abandonen el proceso de producción con el producto y circulen como mercancías, sino porque su valor se incorpora íntegramente al valor de la mercancía que contribuyen a producir y, por tanto, tienen que reponerse íntegramente también mediante la venta de esta mercancía.

En el pasaje últimamente citado de A. Smith debemos destacar la siguiente frase: “Un capital circulante que suministra... el alimento del operario que los fabrica [las máquinas, etc.].”

Los fisiócratas hacen figurar, acertadamente, la parte del capital invertida en salarios entre los *avances annuelles*, por oposición a los *avances primitives*. Por otra parte, no incluyen como parte integrante del capital productivo empleado por el arrendatario de la tierra la fuerza de trabajo misma, sino los medios de vida suministrados a los obreros agrícolas (*the maintenance of the workrnen*, como dice A. Smith). Esto se halla directamente relacionado con su doctrina específica. La parte de valor que el trabajo añade al producto (exactamente lo mismo que la parte de valor que añaden al producto las materias primas, los instrumentos de trabajo, etc., en una palabra, los elementos materiales del capital constante) es según los fisiócratas, en efecto, igual al valor de los medios de vida abonados a los obreros y que necesariamente tienen que consumir para sustentar su función como fuerza de trabajo. Su misma doctrina les veda descubrir la distinción entre el capital constante y el variable. Y si es el trabajo el que produce la plusvalía (además de reproducir su propio precio), la producirá lo mismo en la industria que en la agricultura.

Pero como, según el sistema fisiocrático, sólo la produce en una rama de producción, en la agricultura, se llega a la conclusión de que la plusvalía no nace del trabajo precisamente, sino de la acción (de la colaboración) especial de la naturaleza en esta rama determinada, en la agricultura. Por eso precisamente es por lo que los fisiócratas califican el trabajo agrícola de trabajo productivo, a diferencia de todos los demás trabajos.

A. Smith considera los medios de vida de los obreros como capital circulante por oposición al capital fijo:

1° Porque confunde al capital circulante por oposición al capital fijo con las formas del capital encuadradas en la órbita de la circulación, con el capital de circulación; confusión que han tomado de él, sin el menor discernimiento critico, los economistas posteriores. Confunde, por tanto, el capital–mercancías con la parte circulante del capital productivo y, partiendo de aquí, se comprende de suyo que allí donde el producto social reviste la forma de mercancía, los medios de vida tanto de los obreros como de los que no lo son, tanto los materiales como los mismos medios de trabajo, tienen que ser suministrados necesariamente por el capital–mercancías.

2° Pero en A. Smith nos encontramos también con la idea fisiocrática, a pesar de hallarse en contradicción con la parte esotérica –con la parte realmente científica– de su propia argumentación.

El capital desembolsado se trueca siempre en capital productivo, es decir, asume la forma de elementos de producción que son, a su vez, producto de un trabajo anterior (incluyendo entre ellos la fuerza de trabajo). Sólo bajo esta forma puede funcionar dentro del proceso de producción. Si la fuerza de trabajo, en que se trueca la parte variable del capital, se sustituye por los medios de vida del obrero, es evidente que estos medios de vida, como tales, no se diferencian, en lo tocante a la creación de valor, de los otros elementos del capital productivo, de las materias primas y de los medios de vida del ganado de labor, a los que A. Smith, siguiendo el precedente de los fisiócratas, los equipara, por tanto, en uno de los pasajes anteriormente citados (pp. 169 *s*.). Los medios de vida no pueden, por si mismos, valorizar su valor ni añadirle plusvalía. Su valor, al igual que el de los demás elementos del capital productivo, se limita a reaparecer en el valor del producto; no puede hacer otra cosa. No podrían añadirle más valor del que ellos mismos tienen. Sólo se distinguen del capital fijo, formado por medios de trabajo, como las materias primas, los artículos a medio fabricar, etc., por el hecho de que (al menos, para el capitalista que los paga), aquéllos son íntegramente absorbidos por el producto que contribuyen a formar, por cuya razón su valor debe ser repuesto totalmente, mientras que el capital fijo sólo se incorpora a él gradualmente, fragmentariamente. Por tanto, la parte del capital productivo invertida en fuerza de trabajo (o bien en los medios de vida del obrero) sólo se distingue ahora materialmente, no en lo tocante al proceso de trabajo y de valorización, de los demás elementos materiales del capital productivo. Sólo se distingue por coincidir con una parte de los factores objetivos creadores del producto (*materials*, dice A. Smith en términos generales) en la categoría del capital circulante, por oposición a otra parte de estos factores objetivos, que entra en la categoría del capital fijo.

El hecho de que la parte del capital invertida en salarios forme parte de los elementos circulantes del capital productivo, comparta la cualidad de capital circulante, por oposición a la parte fija del capital productivo, con una parte de los factores materiales creadores del producto, las materias primas, etc., no tiene absolutamente nada que ver con la función que esta parte variable desempeña en el proceso de valorización, por oposición a

la parte constante. Sólo guarda relación con el hecho de que esta parte del valor–capital desembolsado tiene que reponerse, renovarse, y por tanto reproducirse, a base del valor del producto, por medio de la circulación. La operación de comprar y volver a comprar la fuerza de trabajo forma parte del proceso de circulación. Pero es dentro del proceso de producción donde el valor invertido en fuerza de trabajo se convierte (no para el obrero, sino para el capitalista) de una magnitud determinada, constante, en una magnitud variable, mediante lo cual el valor desembolsado se convierte también en valor–capital, en capital, en valor que se valoriza. Pero, al presentar como parte circulante del capital productivo, como hace A. Smith, no el valor invertido en fuerza de trabajo, sino el invertido en los medios de vida del obrero, se cierra el paso a la comprensión de la diferencia que medía entre el capital variable y el constante y, por tanto, del proceso de la producción capitalista en general. El concepto de esta parte del capital como capital variable, por oposición al capital constante, o sea, el invertido en los factores materiales de creación del producto, queda enterrado bajo el concepto de que la parte del capital invertida en fuerza de trabajo pertenece con respecto a la rotación a la parte circulante del capital productivo. Y el sepultamiento se completa, al sustituir la fuerza de trabajo por los medios de vida del obrero, como elemento del capital productivo. El que el valor de la fuerza de trabajo se desembolse en dinero o directamente en medios de vida, es indiferente. Aunque, naturalmente, esto último sólo puede representar, dentro de la producción capitalista, una excepción .[2]

A. Smith, al considerar el concepto del capital circulante corno lo decisivo con respecto al valor–capital invertido en fuerza de trabajo –es decir, el concepto fisiocrático, sin la premisa de que parten los fisiócratas–, consigue cerrar el horizonte a sus sucesores y les impide llegar a comprender lo que significa, como capital variable, la parte del capital invertida en fuerza de trabajo. No fueron los razonamientos profundos y exactos que él mismo desarrolla en otra parte de su obra los que triunfaron, sino este otro punto de vista. Algunos economistas posteriores van incluso más allá que él: no sólo convierten en criterio decisivo el concepto de la parte de capital invertida en fuerza de trabajo como capital circulante –por oposición al capital fijo–, sino que, dando un paso más, erigen en característica esencial del capital circulante su inversión en medios de vida para los obreros. Con esto se engarza, de un modo muy natural, la teoría del fondo de trabajo. formado por los medios de vida necesarios, como una magnitud dada, que de una parte traza los límites físicos de la participación de los obreros en el producto social y que de otra parte debe invertirse Integramente en la compra de fuerza de trabajo.

Pies de pagina Capitulo X

1 Véase en Quesnay el *Analyse du Tableau Economique* (*Physiocrates*, ed. Daire, parte I París, 1846), donde leemos, por ejemplo: “Los adelantos anuales consisten en los gastos hechos cada año para los trabajos de cultivo de la tierra; estos adelantos deben distinguirse de los desembolsos originarios, que representan el capital fundacional para la organización de la agricultura” (p. 59). “Entre los fisiócratas posteriores, los avances aparecen ya repetidas veces designados como *capital*: “Capital ou avances”. Dupont de Nemours, Maximes d’. Docteur Quesnay, etc. (Daire, *Phisiocrates*, parte I p. 391): véase, además, Le Trosne: “Como consecuencia de la vida más larga o más corta de los productos del trabajo, una nación posee una reserva considerable de riquezas independientes de su reproducción anual, reserva que representa un *capital* acumulado de larga mano y que, pagado originariamente con productos, se conserva y aumenta

constantemente” (Daire, parte II, p. 928). Turgot emplea la palabra *capital* de un modo ya más regular en vez de *avances*, e identifica más aún los *auances* de los *manufacturiers* con los de los arrendatarios (Turgot, *Reflexions sur la Formation et la Distribution des Richesses*, 1766).

2 Hasta qué punto A. Smith se cierra a sí mismo el camino para poder comprender el papel que la fuerza de trabajo desempeña en el proceso de valorización lo demuestra la siguiente afirmación, en la que el trabajo de los obreros se coloca, al modo de los fisiócratas, en el mismo plano que el trabajo del ganado de labor: “No sólo son trabajadores productivos sus jornaleros [los del agricultor], sino que también es productivo el ganado de labor” (libro II, cap. v. p. 328).

CAPITULO XI

TEORIAS SOBRE EL CAPITAL FIJO Y EL CAPITAL CIRCULANTE. RICARDO

Ricardo sólo menciona la distinción entre el capital fijo y el capital circulante para exponer las excepciones a la norma del valor, o sean los casos en que la cuota del salario repercute sobre los precios. Sobre esto volveremos en el libro III.

Pero la falta originaria de claridad se revela desde el primer momento en esta indiferente equiparación: "Esta diferencia en el grado de durabilidad del capital fijo y esta variedad en las proporciones en que ambas clases de capital pueden combinarse."[1]

¿Cuáles son estas dos clases de capital? He aquí la respuesta de Ricardo: "También pueden combinarse de varias maneras las proporciones en que el capital sostiene al trabajo y en que se invierte en herramientas, maquinaria y edificios."[2] Por tanto, capital fijo = medios de trabajo; capital circulante = capital invertido en trabajo. Eso de capital que debe sustentar el trabajo es ya frase insulsa, tomada de Adam Smith. De una parte, se involucra el capital circulante con el capital variable, es decir, con la parte del capital productivo invertida en trabajo. Y de otra parte, como la distinción no se deriva del proceso de valorización –capital constante y variable–, sino del proceso de circulación. (la vieja confusión smithiana), se llega a un resultado doblemente falso.

En primer lugar, se equiparan las diferencias en cuanto al grado de duración del capital fijo y las diferencias en cuanto a la composición del capital en sus partes constante y variable. Sin embargo, la segunda diferencia determina la diferencia en cuanto a la producción de plusvalía; la primera, en cambio, siempre y cuando que nos fijemos en el proceso de valorización, se refiere solamente al modo cómo un valor dado es transferido al producto por el proceso de producción; si lo que se tiene en cuenta es el proceso de circulación, sólo se refiere al período de renovación del capital invertido o, dicho en otros términos, al tiempo para el cual se desembolsa. Estas diferencias desaparecen, naturalmente, cuando, en vez de penetrar en la mecánica interna de la producción capitalista, se coloca uno en el punto de vista de los fenómenos externos. En la distribución de la plusvalía social entre los capitales invertidos en diversas ramas de explotación, las diferencias que se advierten en cuanto a los diversos plazos durante los cuales se desembolsa el capital (y, consiguientemente, por ejemplo, el diverso tipo de vida del capital fijo) y la distinta composición orgánica del capital (y también, por tanto la diversa circulación del capital constante y del variable), influyen por igual en la nivelación de la cuota general de ganancia y en la transformación de los valores en precios de producción.

En segundo lugar, desde el punto de vista del proceso de circulación aparecen de un lado los medios de trabajo, capital fijo, y de otro lado el material de trabajo y los salarios, capital circulante. En cambio, desde el punto de vista del proceso de trabajo y de valorización, de un lado aparecen los medios de producción (medios y material de trabajo), capital constante, y de otro lado la fuerza de trabajo, capital variable. Respecto a la composición orgánica (libro I, cap. XXIII, 2, p. 567), es de todo punto indiferente el que la misma cantidad de valor invertido en capital constante se halle formada por muchos medios de trabajo y poco material de trabajo o, al contrario, por mucho material y pocos medios de

trabajo, pues desde este punto de vista todo depende de la proporción existente entre el capital invertido en medios de producción y el invertido en fuerza de trabajo. Por el contrario, desde el punto de vista del proceso de circulación, de la distinción entre el capital fijo y el capital circulante, es igualmente indiferente la proporción en que una determinada cantidad de valor invertido en capital circulante se distribuya en material de trabajo y salarios. Desde un punto de vista, el material de trabajo entra en la misma categoría que los medios de trabajo, en contraposición al valor–capital invertido en fuerza de trabajo. Desde otro punto de vista, la parte del capital invertida en fuerza de trabajo se incluye en la misma categoría que la invertida en material de trabajo, por oposición a la parte de capital que se invierte en medios de trabajo.

Por eso Ricardo no menciona para nada la parte de valor del capital invertida en material de trabajo (materias primas y materias auxiliares). Esta parte desaparece completamente aquí. La razón de ello es que no cuadra en el capital fijo, porque en el régimen de circulación ricardiano coincide por entero con la parte de capital invertida en fuerza de trabajo. Y, por otra parte, no puede situarse tampoco en el mismo plano que el capital circulante, pues con ello se destruiría por sí misma la equiparación de la distinción entre el capital fijo y el circulante con la contraposición entre el capital constante y el variable, identificación que Ricardo toma de A. Smith y acepta tácitamente. Ricardo tiene demasiado instinto lógico para no darse cuenta de esto; por eso omite en absoluto esta parte del capital.

Hay que observar aquí que el capitalista, según el lenguaje de la economía política, adelanta el capital invertido en salarios en distintos plazos, según que pague estos salarios, por ejemplo, por semanas, por meses o por trimestres. En realidad, las cosas ocurren a la inversa. Es el obrero quien adelanta al capitalista su trabajo por una semana, un mes o un trimestre, según los plazos en que se le abonen sus salarios. Si el capitalista *comprase* la fuerza de trabajo en vez de pagarla, es decir, sí abonase el salario al obrero, diaria, semanal, mensual o trimestralmente, por adelantado, podría hablarse de un adelanto del salario para el plazo correspondiente. Pero como, en realidad, le paga cuando ya el trabajo *ha durado* un día, una semana o un mes, en vez de comprarlo y pagarlo por el plazo que *debe durar*, tenemos que todo esto no es más que un *quid pro quo* capitalista, con el que el adelanto que el obrero hace al capitalista en trabajo se trueca en un adelanto que el capitalista hace en dinero al trabajador. Y los términos del problema no se alteran en lo más mínimo por el hecho de que el capitalista sólo recobre de la circulación o sólo realice el producto mismo o su valor –según el tiempo más o menos largo que se emplee en elaborarlo y también según la cantidad de tiempo necesaria para su circulación– en plazos de mayor o menor duración (en unión con la plusvalía incorporada a él). Al vendedor le tiene completamente sin cuidado lo que el comprador de una mercancía se proponga hacer con ella. El capitalista no obtiene más barata una máquina por el hecho de que tenga que desembolsar su importe íntegro de una vez, y en cambio este mismo valor sólo refluye a sus manos de la circulación de un modo gradual y fragmentario, ni paga más caro el algodón porque su valor entre íntegramente en el valor del producto elaborado con él, siendo por tanto repuesto en su totalidad y de una vez mediante la venta del producto.

Volvamos a Ricardo.

1) Lo que caracteriza al capital variable es que una determinada parte, una parte dada (y por tanto, como tal, constante) del capital, una suma de valor dada (que se supone igual al valor de la fuerza de trabajo, aunque para estos efectos es indiferente que el salario

sea igual, superior o inferior al valor de la fuerza de trabajo), se cambia por una fuerza que se valoriza, que crea valor, la fuerza de trabajo, la cual no sólo reproduce el valor pagado a cambio de ella por el capitalista, sino que produce además una plusvalía, un valor que no existía con anterioridad y que no ha sido pagado con ningún equivalente. Esta cualidad característica de la parte del capital invertida en salarios, que la distingue *toto coelo* (16) como capital variable, del capital constante, desaparece tan pronto como la parte del capital invertida en salarios sólo se enfoca desde el punto de vista del proceso de circulación y se representa como capital circulante, por oposición al capital fijo, invertido en medios de trabajo. Así lo revela ya el hecho de que se lo englobe, desde ese punto de vista, en una categoría –la del capital circulante– con la parte del capital constante invertida en materia de trabajo, frente a otra parte del capital constante, la destinada a medios de trabajo. Se prescinde totalmente de la plusvalía, es decir, precisamente del factor que convierte la suma de valor invertida en capital. Y asimismo se prescinde del hecho de que la parte de valor que el capital invertido en salarios añade al producto se produce de nuevo (y, por tanto, se reproduce también realmente), mientras que la parte de valor añadida al producto por las materias primas no se produce de nuevo, no se reproduce realmente, sino que se conserva simplemente en el valor del producto, limitándose por tanto a reaparecer como parte integrante del valor de aquél. La diferencia, tal como se presenta ahora desde el punto de vista de la distinción entre capital circulante y capital fijo, estriba simplemente en que el valor de los medios de trabajo empleados para producir una mercancía sólo se incorpora parcialmente al valor de ésta, razón por la cual sólo se repone también parcialmente mediante la venta de la mercancía, es decir, sólo se repone de un modo gradual y fragmentario. Por su parte, el valor de los medios de trabajo empleados en la producción de una mercancía sólo se incorpora parcialmente, mientras que el de las materias primas, etc. se incorpora íntegramente a la mercancía y, por tanto, se repone totalmente mediante la venta de ésta. En este sentido, una parte del capital funciona con respecto al proceso de circulación como capital fijo y la otra como capital circulante. En ambos casos se trata de la transferencia al producto de valores dados, desembolsados, y de su recuperación mediante la venta de aquél. La diferencia sólo consiste ahora en saber sí la transferencia de valor, y, por tanto, la reposición del valor, se realiza gradual y fragmentariamente o en bloque, de una vez. Con ello se esfuma la diferencia verdaderamente decisiva entre el capital variable y el constante, y con ella todo el secreto de la formación de la plusvalía y de la producción capitalista, los factores que convierten en capital ciertos valores y las cosas que los representan. Las diversas partes del capital sólo se distinguen ahora por el modo de circulación (y la circulación de las mercancías sólo se relaciona, naturalmente, con valores dados y preexistentes); y, en punto al modo de circulación, existe identidad entre el capital invertido en salarios y el invertido en materias primas, materias auxiliares y artículos a medio fabricar, a diferencia del empleado en medios de trabajo.

Se comprende, pues, por qué la economía política burguesa ha venido aferrándose instintivamente a la confusión de A. Smith entre las categorías de “capital constante y variable” y las de “capital fijo y circulante” y repitiéndola de pe a pa durante todo un siglo, de generación en generación, sin el menor atisbo crítico. Estos economistas ya no distinguen la parte de capital invertida en salarios de la invertida en materias primas y sólo establecen una diferencia formal –según que circule fragmentaria o íntegramente por medio del producto– entre ella y el capital constante. Con ello se entierra entre escombros, de un manotazo, la base de que hay que partir para comprender el movimiento real de la

producción capitalista. Se presentan las cosas como si sólo se tratase de la reaparición de valores previamente desembolsados.

En Ricardo, la acogida exenta de crítica que presta a la confusión smithiana, no sólo resulta más desconcertante que en los apologistas posteriores a él, en quienes la confusión conceptual es más bien lo que no desconcierta, sino más desconcertante incluso que en A. Smith, ya que Ricardo, por oposición a éste, desarrolla de un modo consecuente y sagaz los conceptos del valor y de la plusvalía defendiendo en realidad al A. Smith esotérico contra el exotérico.

En los fisiócratas no encontramos ni rastro de esta confusión. La distinción entre los *avances annuelles* y los *avances primitives* sólo se refiere a los diferentes periodos de reproducción de las distintas partes del capital, especialmente del capital agrícola; en cambio sus ideas sobre la producción de la plusvalía forman una parte de su teoría independiente de estas distinciones, y además aquella precisamente que ellos destacan como la esencia de su teoría. No explican la formación de la plusvalía a base del capital como tal, sino que la reivindican para una determinada esfera de producción del capital: la agricultura.

2) Lo esencial en el concepto del capital. variable –y, por tanto para la transformación de una suma cualquiera de valor en capital– es el hecho de que el capitalista cambie una determinada suma de valor, una suma de valor dada (y, en este sentido, constante) por fuerza creadora de valor; una magnitud de valor por producción de valor, por una fuerza que se valoriza a sí misma. El que el capitalista pague al obrero en dinero o en medios de subsistencia no altera en lo más mínimo este concepto esencial. Lo único que altera es la modalidad de existencia del valor previamente desembolsado por él, que en un caso existe bajo la forma de dinero con que el obrero compra por su cuenta en el mercado los medios de subsistencia y en otro caso bajo la forma de medios de subsistencia directamente consumidos por él. La producción capitalista desarrollada presupone en realidad el que el obrero sea pagado en dinero, puesto que tiene como premisa general el proceso de producción a través del proceso de circulación, es decir, la economía monetaria. Pero la creación de plusvalía –y, por tanto, la capitalización de la suma de valor desembolsada– no responde ni a la forma del dinero ni a la forma natural del salario o del capital, invertido en la compra de fuerza creadora del valor, del trueque de una magnitud constante por otra variable.

El mayor o menor grado de fijeza de los medios de trabajo depende de su grado de duración, es decir, de una cualidad física. Según su grado de duración y en igualdad de circunstancias se desgastarán más rápida o más lentamente, es decir, funcionarán durante más o menos tiempo como capital fijo. Pero lo que les permite funcionar como capital fijo no es solamente, ni mucho menos, esta cualidad física que representa su grado de duración. Las materias primas con que trabajan las fábricas metalúrgicas tienen el mismo grado de duración que las máquinas con que se fabrica el metal y un grado más alto que el de ciertas partes de estas máquinas, hechas de cuero, de madera, etc. No obstante, el metal que sirve aquí de materia prima constituye una parte del capital circulante, y el medio de trabajo, construido tal vez del mismo metal, una parte del capital fijo. No es, por tanto, la naturaleza física material, su mayor o menor grado de caducidad, lo que hace que el mismo metal figure unas veces en la categoría del capital fijo y otras veces en la del capital circulante. Esta diferencia responde más bien a la función que desempeña en el proceso de producción, en unos casos como objeto del trabajo y en otros casos como medio de trabajo.

La función del medio de trabajo en el proceso de producción requiere por término medio que sirva constantemente, una y otra vez, durante un período más o menos largo, en repetidos procesos de trabajo. Esta función exige, pues, que su materia tenga un grado mayor o menor de duración. Sin embargo, no es el grado de duración de la materia de que está formado la que lo convierte de por si en capital fijo. La misma materia puede ser capital circulante si interviene como materia prima, y en los economistas que confunden la distinción entre el capital–mercancías y el capital productivo con la distinción entre el capital circulante y el capital fijo vemos cómo la misma materia, la misma máquina, es capital circulante en cuanto producto y capital fijo en cuanto medio de trabajo.

Pero, aunque no sea la calidad duradera de la materia de que están hechos los medios de trabajo lo que los convierte en capital fijo, su función como medios de trabajo exige que estén hechos de un material relativamente duradero. El grado de duración de su materia es, por tanto, condición previa para que puedan desempeñar la función de medios de trabajo y también, por tanto, la base material del régimen de circulación que los convierte en capital fijo. En igualdad de circunstancias, la mayor o menor caducidad de su materia le imprime en menor o mayor grado el sello de la fijeza y se halla, por tanto, esencialmente enlazada a su cualidad de capital fijo.

Cuando la parte de capital invertida en fuerza de trabajo se considera exclusivamente desde el punto de vista del capital circulante, es decir, por oposición al capital fijo, cuando, por consiguiente, se involucran la distinción entre capital constante y variable con la que separa al capital fijo del circulante, es natural, sí se tiene en cuenta que la realidad material de los medios de trabajo constituye la base esencial de su cualidad de capital fijo, derivar, por oposición a ella, de la realidad material del capital invertido en fuerza de trabajo su cualidad de capital circulante y luego, determinar, a su vez, el capital circulante partiendo de la realidad material del capital variable.

La materia real del capital invertido en salarios es el trabajo mismo; la fuerza de trabajo puesta en acción, creadora de valor, el trabajo vivo, que el capitalista cambia por trabajo materializado e incorpora a su capital y sin el cual el valor que tiene en sus manos no se convertiría en un valor que se valoriza. Pero esta capacidad de propia valorización no la vende el capitalista. Forma siempre parte integrante de su capital productivo, como sus medios de trabajo, y nunca de su capital–mercancías, como el producto terminado que vende, por ejemplo. Dentro del proceso de producción, como partes integrantes del capital productivo, los medios de trabajo no se contraponen a la fuerza de trabajo como capital fijo, del mismo modo que el material de trabajo y las materias auxiliares no se engloban con ella como capital circulante; la fuerza de trabajo se contrapone a ambos como factor personal, puesto que ambos son factores materiales: esto, desde el punto de vista del proceso de trabajo. Y ellos, por su parte, se contraponen a la fuerza de trabajo, al capital variable, como capital constante: esto, desde el punto de vista del proceso de valorización. Si se quiere poner de relieve una diferencia de orden material referida al proceso de circulación, ésta no puede ser más que la siguiente: de la naturaleza del valor, que no es sino trabajo materializado, y de la naturaleza de la fuerza de trabajo puesta en acción, que no es sino trabajo que se materializa, se desprende que la fuerza de trabajo, mientras se halla en funciones, crea constantemente valor y plusvalía y que lo que por otra parte de ella representa movimiento, creación de valor, representa por parte de su producto forma en reposo, un valor ya creado. Después de haber actuado la fuerza de trabajo, el capital ya no se halla formado por fuerza de trabajo, de una parte, y de la otra medios de producción. El

valor–capital que se invirtió en fuerza de trabajo es ahora el valor (+ la plusvalía) añadido al producto. Para que el proceso pueda repetirse, hay que vender el producto e invertir constantemente de nuevo el dinero así obtenido en comprar fuerza de trabajo e incorporarla al capital productivo. Y esto es lo que da a la parte del capital invertida en fuerza de trabajo, lo mismo que a la empleada en material de trabajo, etc., el carácter de capital circulante, por oposición al capital que permanece fijado en los medios de trabajo.

En cambio, sí se toma como característica esencial de la parte del capital invertido en fuerza de trabajo la característica secundaria del capital circulante, que aquélla comparte con una parte del capital constante (las materias primas y auxiliares) –a saber, la de que el valor invertido en ella se transfiere integro al producto en cuya producción se consume y no de un modo gradual y fragmentario, como ocurre en el capital fijo, razón por la cual tiene que reponerse también en su totalidad mediante la venta del producto–, resultará que tampoco la parte del capital que se invierte en salarios podrá hallarse formada por fuerza de trabajo puesta en acción, sino por los elementos materiales que el obrero compra con su salario, es decir, por la parte del capital social en mercancías que se destina al consumo del obrero: los medios de subsistencia. Así enfocado el problema el capital fijo se hallará formado por los medios de trabajo, que se consumen más lentamente y que, por tanto, deben reponerse con mayor lentitud, y el capital invertido en fuerza de trabajo por los medios de vida, los cuales tienen que reponerse con mayor rapidez.

Sin embargo, la divisoria entre la mayor o menor capacidad de duración es muy confusa.

“Los alimentos y la ropa consumidos por el trabajador, los edificios en donde trabaja, los implementos con los cuales se ayuda en su trabajo son, todos, de índole perecedera. Sin embargo, existe una gran diferencia respecto al período de duración de esos distintos capitales: una máquina de vapor durará más que un barco, un barco más que la ropa del trabajador, y la ropa del trabajador más que los alimentos que consume.”[3]

En esta enumeración, Ricardo se olvida de la casa en que vive el obrero, de sus muebles, de sus herramientas de consumo, como son el cuchillo, el tenedor, el vaso, etc., que tienen todos el mismo carácter de permanencia que las herramientas de trabajo. Por donde las mismas cosas, las mismas clases de objetos aparecen en un caso como medios de consumo y en otro caso como medios de trabajo

La diferencia, tal como Ricardo la formula, es la siguiente:

“El capital se clasifica como circulante o como fijo, según que sea rápidamente perecedero y deba reponerse con frecuencia, o se consuma lentamente”.[4]

Clasificación al pie de la cual dice, en una nota: “Una división no esencial, y cuya línea divisoria no puede trazarse de manera precisa.”[5]

De este modo, volvemos a arribar felizmente a los fisiócratas. para quienes la distinción entre *avances annuelles y avances primitives* era una distinción que afectaba al tiempo referente al consumo y, por tanto, al distinto plazo de reproducción del capital empleado. Lo que ellos expresaban como un fenómeno importante para la reproducción social y, además, exponían en su *Tableau Economique* en relación con el proceso de circulación, se convierte aquí en una distinción subjetiva y que el propio Ricardo califica de superflua.

Desde el momento en que la parte de capital invertida en trabajo sólo se distingue de la invertida en medios de trabajo por su período de reproducción y, consiguientemente, por su plazo de circulación; desde el momento en que una de esas partes se halla formada

por medios de subsistencia, al igual que la otra lo está por medios de trabajo, sin que exista entre unos y otros más característica distintiva que el grado más o menos rápido de caducidad, como entre los primeros existen, a su vez, grados de caducidad muy distintos, desaparecerá, naturalmente, toda *differentia specifica* entre el capital invertido en fuerza de trabajo y el que se invierte en medios de producción.

Esto se halla en abierta contradicción con la teoría ricardiana del valor y también con su teoría de la ganancia, que es, en realidad, la teoría de la plusvalía. Ricardo sólo se fija en la distinción entre el capital fijo y el capital circulante en la medida en que las distintas proporciones de ambos en ramas industriales distintas, siendo los capitales iguales, influyen en la ley del valor, y concretamente, en la medida en que la elevación o el descenso de los salarios por efecto de estas circunstancias afecta a los precios. Sin embargo, aún dentro de los límites de esta reducida investigación, la confusión del capital fijo y circulante con el capital constante y variable le lleva a cometer los más grandes errores y lo induce a partir, en realidad, de una base completamente falsa de investigación. 1° Al englobar la parte del valor del capital invertida en fuerza de trabajo en la categoría del capital circulante, se desarrolla de un modo falso, a su vez, el concepto de este capital, y especialmente las circunstancias que hacen que la parte de capital, invertida en trabajo se incluya en esta categoría. 2° Se confunde la razón según la cual la parte de capital invertida en trabajo es capital variable con aquella según la cual es capital circulante, por oposición al capital fijo.

Es evidente de por si que el concepto de la parte de capital invertida en fuerza de trabajo como capital circulante constituye un concepto secundario, puesto que su *differentia specifica* se borra en el proceso de producción. Por una parte, en este concepto se equiparan los capitales invertidos en trabajo y los que se invierten en materias primas, etc.; una categoría que identifica una parte del capital constante con el capital variable nada tiene que ver con la *differentia specifica* del capital variable por oposición al constante. Por otra parte, aunque se contraponen entre si las partes del capital invertidas en trabajo y en medios de vida, la contraposición no se basa, ni mucho menos, en el hecho de que se incorporan de muy distinto modo a la producción del valor, sino en el de que ambos transfieren su valor dado al producto, aunque en plazos distintos.

Se trata, en todos estos casos, de saber cómo un valor dado, invertido en el proceso de producción de la mercancía, sea en forma de salarios, de precio de las materias primas o de precio de los medios de trabajo, se transfiere al producto y, por tanto, cómo circula a través del producto, retornando mediante la venta de éste a su punto de partida o reponiéndose. Toda la diferencia estriba aquí en el "*cómo*", en el modo específico de operarse aquella transferencia, y también, por tanto, en el modo específico de circulación de este valor.

El hecho de que el precio de la fuerza de trabajo previamente señalado por contrato en cada caso se haga efectivo en dinero o se pague en medios de subsistencia no altera en lo más mínimo su carácter, en cuanto a un precio determinado, dado. Sin embargo cuando el salario se abona en dinero resalta con toda evidencia que no es el dinero mismo el que se incorpora al proceso de producción, al modo como se incorpora a él, no el valor, sino también la materia de los medios de producción. En cambio, sí los medios de subsistencia que el obrero compra con su trabajo se engloban en una misma categoría, como forma material del capital circulante, con las materias primas, etc. y se contraponen a los medios de trabajo, este da a la cosa una apariencia distinta. Si el valor de estas cosas, de los medios

de producción, se transfiere al producto en el proceso de trabajo, el valor de aquellas otras cosas, de los medios de subsistencia, reaparece en la fuerza de trabajo que las consume y se transfiere también al producto mediante la acción que la fuerza de trabajo despliega. En ambos casos se trata por igual y simplemente de la reaparición en el producto de los valores desembolsados durante la producción. (Los fisiócratas tomaban esto en serio; por ello negaban que el trabajo industrial crease plusvalía.) Así se dice en el ya citado pasaje de Wayland: "No interesa saber en qué forma reaparece el capital... Del mismo modo se transforman las diversas clases de alimento, vestido y techo necesarios para la existencia y comodidad del hombre. Se reúnen y acumulan de tiempo en tiempo, y su valor reaparece..." (*Elements of Political Economy,* pp. 31 y 32*). Los* valores–capitales desembolsados en la producción en forma de medios de producción y de medios de subsistencia reaparecen según esto, por igual, en el valor del producto. Con ello se consuma felizmente la operación de convertir el proceso de producción capitalista en un misterio completo y se ocultan totalmente a la vista los orígenes de la plusvalía contenida en el producto.

Al mismo tiempo, se remata también así el fetichismo característico de la economía burguesa, que convierte el carácter social. económico, que se imprime a las cosas en el proceso social de producción, en un carácter natural, inherente a la misma naturaleza material de estas cosas. Los medios de trabajo, por ejemplo, son capital fijo: concepción escolástica que induce a contradicciones y a confusión. Del mismo modo que al tratar del proceso de trabajo (libro I, cap. v, pp. (139–147) se puso de manifiesto que el funcionamiento de los objetos como medios de trabajo, material o producto dependía por entero del papel que desempeñasen en cada caso en un determinado proceso de trabajo, de su función, los medios de trabajo sólo constituyen capital fijo allí donde el proceso de producción sea un proceso de producción capitalista, donde, por tanto, los medios de producción tengan carácter de capital, el concepto económico, el carácter social propios del capital. Esto, en primer lugar. En segundo lugar, sólo serán capital fijo allí donde transfieran su valor al producto de un modo especial. En otro caso, seguirán siendo medios de trabajo sin ser capital fijo. Lo mismo las materias auxiliares, el abono, por ejemplo: si se transfieren al valor del mismo modo especial que la mayor parte de los medios de trabajo, a pesar de no ser medios de trabajo tendrán la condición de capital fijo. No se trata de las definiciones bajo las que puedan ser englobadas las cosas. Se trata de determinadas funciones, expresadas en determinadas categorías.

Si se admite que a los medios de subsistencia les corresponde de por sí la cualidad de ser, bajo cualesquiera circunstancias, capital invertido en salarios, habrá que admitir también que es característica de este capital "circulante" la de "sostener al trabajo", *to support labour* (Ricardo, *Principles,* etc., p. 25). Esto quiere decir que si los medios de subsistencia no fuesen capital, no sustentarían a la fuerza de trabajo, cuando en realidad es precisamente su carácter de capital lo que les permite sustentar al *capital* con trabajo ajeno

Sí se admite que los medios de subsistencia son de por si capital circulante –una vez que éste se convierte en salarios– de aquí se deduce además que la magnitud del salario dependerá de la proporción existente entre el número de obreros y la masa dada del capital circulante –una tesis favorita de los economistas–, cuando en realidad la masa de los medios de subsistencia que el obrero sustrae al mercado y la masa de los medios de vida de que el capitalista dispone para su consumo dependen de la proporción existente entre la plusvalía y el precio del trabajo.

Tanto Ricardo como Barton [6] confunden siempre la proporción entre el capital variable y el constante con la proporción entre el capital circulante y el capital fijo. Más adelante, veremos cómo esto falsea su investigación sobre la cuota de ganancia.

Ricardo, además, equipara las diferencias de rotación nacidas de otras causas a la distinción entre el capital fijo y el capital circulante, como sí obedeciesen a ésta: "También debe observarse que el capital circulante puede circular, o ser devuelto a su usuario, en períodos muy diversos. El trigo adquirido para siembra por un agricultor es un capital fijo, si se le compara con el trigo comprado por un panadero para elaborar hogazas. Uno lo deja en la tierra y no puede obtener su rendimiento hasta pasado un año; el otro puede molerlo para convertirlo en harina, y venderlo como pan a sus clientes, y entrar nuevamente en disponibilidad de su capital para volver a hacer lo mismo, o comenzar a ocuparlo de cualquier otra manera en una semana"[7]

Lo característico de este pasaje es que aquí el trigo, a pesar de que en cuanto simiente no es medio de subsistencia, sino materia prima, aparece en primer lugar como capital circulante, por ser de por sí un medio de subsistencia, y en segundo lugar como capital fijo, por necesitar un año para reembolsarse. Sin embargo, lo que convierte a un medio de producción en capital fijo no es un reembolso más lento o más rápido, sino el modo concreto como su valor se transfiere al producto.

La confusión originada por Adam Smith ha conducido a los siguientes resultados:

1) La distinción entre el capital fijo y el capital circulante se confunde con la distinción entre el capital productivo y el capital–mercancías. La misma máquina, por ejemplo, es capital circulante sí figura como mercancía en el mercado y capital fijo sí se incorpora al proceso de producción. En estas condiciones, es imposible comprender, en absoluto, por qué una determinada clase de capital tiene más de fijo o de circulante que la otra.

2) Todo capital circulante se identifica con el capital invertido o que ha de invertirse en salarios. Así lo hacen J. St. Mill y otros autores.

3) La distinción entre el capital variable y el capital constante, que ya Barton, Ricardo y otros autores confunden con la distinción entre el capital circulante y el capital fijo, acaba reduciéndose por entero a ésta, como lo hace por ejemplo Ramsay, para quien todos los medios de producción, materias primas, etc., así como los medios de trabajo, son capital fijo y sólo el capital invertido en salarios capital circulante. Pero como la reducción se realiza bajo esta forma, no se comprende la distinción real entre el capital constante y el variable.

4) En los economistas ingleses de estos últimos tiempos, especialmente en los escoceses, que lo enfocan todo desde el punto de vista indeciblemente limitado de un empleado de banco, tales como Mac Leod, Patterson y otros, la distinción entre el capital fijo y el capital circulante se convierte en la distinción entre el *money at call* y el *money not at call* (dinero en depósito que puede retirarse sin previo aviso o sólo mediante aviso previo).

Notas al pie capítulo XI

1 “This difference in the degree of durability of fixed capital. *and chis* variety in the proportions in wich the two sorts of capital may be combined.” Ricardo, *Principles of Political Economy,* p. 25.

2 “The proportions, too, in which the capital that is to sapport labour, and the capital that is invested in tools, machinery, and buildings, may be variously combined.” Loc. cit.

3 “The food and clothing consumed by the labourer, the buildings in which he works, the implements with which his labour is assisted, are all of a perishable nature. There is, however, a vast difference in the time for which these different capitals will endure: a steam–engine will last longer than a ship, a ship than the clothing of the labourer, and the clothing of the labourer longer than the food which he consumes.” Ricardo, *Principles*, etc., p. 26.

4 “According as capital is rapidly perishable and requires to be frequently reproduced, or is of slow consumption, it is classed under the heads of circulating, or of fixed capital.”

5 “A division not essential, and in which the line of demarcation can not be accurately drawn.”

6 *Observations on the Circumstances which influence the Condition of the Labouring Classes of Society,* Londres, 1817. Un pasaje referente a esto aparece citado en el libro I, p. 534, n, 14.

7 “lt is also to be observed that the circulating capital may circulate, or be returned to its employer, in very unequal times. The wheat bought buy a farmer to sow is comparatively a fixed capital to the wheat purchased by a baker to make into loaves. One leaves it in the ground, and can obtain no return for a year; the other can get it ground into flour, sell it as bread to his customers, and have his capital free, to renew the same, or commence any other employment in a week” (Ricardo, *Principles*, etc., pp. 26 y 27).

Capitulo XII

EL PERIODO DE TRABAJO

Tomemos dos ramas industriales en las que rija la misma jornada de trabajo, digamos un proceso de trabajo de diez horas al día, por ejemplo la rama de hilados de algodón y la fabricación de locomotoras. Una de estas industrias suministra diaria o semanalmente una determinada cantidad de producto elaborado, de hilado de algodón: la otra, en cambio, tiene que repetir el proceso de trabajo durante tres meses, supongamos, para poder elaborar un producto terminado, una locomotora. En un caso, el producto constituye una cantidad discreta y el mismo trabajo se reanuda cada día o cada semana; en el otro, el proceso de trabajo es una cantidad continua, que se extiende a lo largo de una serie prolongada de procesos de trabajo diarios, los cuales, combinados, en la continuidad de su operación, sólo arrojan un producto elaborado al cabo de algún tiempo. Aunque la duración del proceso de trabajo diario es la misma en ambos casos, media una diferencia muy importante en cuanto a la duración del acto de producción, es decir, en cuanto a la duración de los repetidos procesos de trabajo que se requieren para elaborar el producto y lanzarlo como mercancía al mercado y, por tanto para convertirlo de capital productivo en capital–mercancías. Nada tiene que ver con esto la distinción entre el capital fijo y el capital circulante. La diferencia a que ahora nos referimos existiría aunque en ambas ramas industriales se invirtiesen exactamente las mismas proporciones de capital circulante y de capital fijo.

Estas diferencias en cuanto a la duración del acto de producción no se dan solamente entre ramas de producción distintas, sino también dentro de la misma rama de producción, a tono con el volumen del producto que se trata de suministrar. Una casa vivienda corriente se construye, evidentemente, en menos tiempo que una gran fábrica y requiere, por tanto, un número menor de procesos de trabajo continuos. La fabricación de una locomotora cuesta tres meses la de un acorazado uno o varios años. La producción de trigo requiere casi un año, la de ganado vacuno varios años y la de madera puede exigir desde doce años hasta cien. Un camino rural puede construirse en unos cuantos meses, mientras que la construcción de un ferrocarril requiere años enteros. Un tapiz corriente se teje tal vez en unas horas: el tejer un gobelino supone años de trabajo, etc. Como se ve, las diferencias en cuanto a la duración del acto de producción son infinitamente variadas

A igual inversión de capital, dentro de los plazos con vista a los cuales se desembolsa un capital dado, es evidente que la diferencia en cuanto a la duración del acto de producción tiene que traducirse necesariamente en una diferencia en cuanto al ritmo de la rotación. Supongamos que una fábrica de hilados y una fábrica de locomotoras funcionen a base de la misma inversión de capital, que la proporción entre el capital constante y el variable sea la misma en ambos casos, que otro tanto acontezca con lo que se refiere al capital fijo y al circulante y, finalmente, que la jornada de trabajo sea igual, como también su división en las dos partes de trabajo necesario y trabajo sobrante. Para eliminar todas las circunstancias que obedecen al proceso de circulación y que son ajenas a este caso, supongamos también que ambos productos, los hilados y la locomotora, se fabriquen por encargo y se paguen contra la entrega del producto terminado. Al final de la semana, al entregar la cantidad elaborada de hilado, el fabricante de esta rama se reembolsa del capital circulante por él invertido (aquí, prescindimos de la plusvalía), reponiéndose asimismo del desgaste del capital fijo que encierra el valor de los hilados. Esto le permite, pues, acometer de

nuevo el mismo ciclo con el mismo capital. Este ha descrito su rotación. En cambio, el fabricante de locomotoras tendrá que invertir semana tras semana, durante tres meses más y más capital en salarios y materias primas, y sólo al cabo de los tres meses, una vez construida y entregada la locomotora, el capital circulante que durante todo este tiempo se ha ido invirtiendo poco a poco en un solo acto de producción, en la elaboración de una sola mercancía, reaparecerá bajo una forma que le permita iniciar de nuevo su ciclo; y la reposición del desgaste de la maquinaria no se logrará tampoco para él sino al cabo de estos tres meses. La inversión de un fabricante es por una semana, la del otro por una semana multiplicada por doce. En igualdad de circunstancias, el primero deberá tener necesariamente doce veces más capital circulante que el segundo.

Sin embargo, el hecho de que los capitales desembolsados semanalmente sean iguales constituye una circunstancia indiferente, para estos efectos. Cualquiera que sea el volumen del capital desembolsado, lo cierto es que en un caso se desembolsa solamente por una semana, la del otro por una semana multiplicada por doce. de nuevo con la misma suma, de repetir con ella la misma operación o de iniciar otra distinta.

La diferencia en cuanto al ritmo de rotación o al plazo con vistas al cual debe desembolsarse cada capital antes de poder emplear el mismo valor–capital en un nuevo proceso de trabajo o de valorización, obedece aquí a lo siguiente:

Supongamos que la construcción de la locomotora o de una máquina cualquiera cueste 100 jornadas de trabajo. En lo tocante a los obreros que trabajan en la fábrica de hilados y en la construcción de maquinaria, las 100 jornadas de trabajo constituyen magnitudes homogéneas y discontinuas (discretas), que según la hipótesis de que partimos consisten en 100 procesos de trabajo, separados y sucesivos, de diez horas cada uno. Pero en lo tocante al producto –a la máquina–, las 100 jornadas de trabajo forman una magnitud continua, una sola jornada de trabajo de 1,000 horas, un solo acto coherente de producción. Esta gran jornada de trabajo formada por la sucesión coordinada de varías jornadas de trabajo más o menos numerosas, es lo que yo llamo un período de trabajo. Cuando hablamos de la jornada de trabajo, nos referimos a la cantidad de tiempo durante el cual el obrero tiene que poner a funcionar su fuerza de trabajo al cabo del día, el tiempo durante el cual tiene que trabajar diariamente. En cambio, cuando hablamos del periodo de trabajo, aludimos al número de jornadas de trabajo coherentes que una determinada rama industrial exige para suministrar un producto elaborado. En estos casos, el producto de cada jornada de trabajo es simplemente un producto parcial que sigue elaborándose día tras día y que sólo adquiere su forma definitiva, como valor de uso terminado, al llegar al final del período de trabajo más o menos largo.

Por eso las interrupciones y las perturbaciones que se dan en el proceso social de producción a consecuencia por ejemplo de la crisis, repercuten de muy distinto modo sobre los productos del trabajo de carácter discreto y sobre aquellos que exigen para su producción un período más largo y coherente. Si hoy se produce una determinada masa de hilados, de carbón, etc., esta producción no va seguida en este caso, mañana, por otra nueva producción de carbón, de hilados, etc. Otra cosa sucede cuando se trata de la construcción de barcos, edificios, ferrocarriles, etc. Aquí, no se interrumpe solamente los medios de producción y el trabajo empleados ya en ella. Si la obra no se continúa, resultará que se han invertido inútilmente lo medios de producción y el trabajo empleados ya en ella. Y aun cuando se reanude al cabo de algún tiempo, siempre se producirá entre tanto un cierto deterioro.

Durante todo el período de trabajo, va acumulándose por capas la parte de valor que el capital fijo transfiere diariamente al producto hasta su elaboración. Y aquí se revela, al mismo tiempo, en su importancia práctica, la diferencia entre el capital fijo y el capital circulante. El capital fijo se desembolsa para el proceso de producción por un período de tiempo más largo y no necesita renovarse antes de que transcurra este período, que puede durar varios años. El hecho de que la máquina de vapor transfiera fragmentariamente, día por día, su valor al hilado, producto de un proceso de trabajo discreto, o que lo transfiera cada tres meses si se trata de una locomotora, producto de un acto de producción continuo, no altera en lo más mínimo la inversión del capital necesario para la compra de la máquina de vapor. En un caso, su valor refluye en pequeñas dosis, por ejemplo semanalmente; en el otro, en grandes masas, por ejemplo trimestralmente. Pero la renovación de la máquina de vapor sólo se plantea, tanto en uno como en otro caso, a la vuelta de 20 años, por ejemplo. Mientras cada uno de los períodos dentro de los cuales su valor refluye fragmentariamente mediante la venta del producto dure menos que su propio período de existencia, la misma máquina de vapor sigue funcionando en el proceso de producción durante varios períodos de trabajo.

No ocurre así en cambio, con los elementos circulantes del capital desembolsado. La fuerza de trabajo comprada para esta semana se gasta durante esta misma semana y se materializa en el producto. Es necesario pagarla al final de la semana. Y esta misma inversiónde capital en fuerza de trabajo se repite semanalmente a lo largo de los tres meses, sin que el desembolso de esta parte del capital en una semana permita al capitalista sufragar la compra de trabajo a la semana siguiente. Tendrá que invertir semanalmente nuevo capital adicional para el pago de la fuerza de trabajo y –dejando a un lado aquí lo que se refiere al crédito– el capitalista tiene que hallarse en condiciones de abonar los salarios por espacio de tres meses, aunque sólo los pague en dosis semanales. Y lo mismo ocurre con la otra parte del capital circulante, la formada por las materias primas y auxiliares. Sobre el producto van depositándose una capa de trabajo tras otra. Durante el proceso de trabajo se transfiere constantemente al producto no sólo el valor de la fuerza de trabajo empleada, sino además la plusvalía, pero no al producto terminado, sino al producto sin terminar, que no reviste aún la forma de la mercancía acabada y que aún no es, por tanto, susceptible de circulación. Y lo mismo ocurre con el valor capital transferido gradualmente al producto en materias primas y materias auxiliares.

Según la duración más o menos larga del período de trabajo, tal como la reclame para su producción la naturaleza específica del producto o del efecto útil que se trata de obtener, se requiere una inversión constante, adicional, de capital circulante (salarios, materias primas, materias auxiliares), ninguna parte del cual reviste una forma susceptible de circulación y que pueda servir, por tanto, para renovar la misma operación; por el contrario cada una de sus partes se halla incorporada sucesivamente al producto en marcha dentro de la órbita de la producción, como parte integrante de él, vinculado al capital productivo. El tiempo de rotación es igual a la suma del período de producción y del periodo de circulación del capital. Por consiguiente, al alargarse el periodo de producción el ritmo de rotación disminuye, exactamente lo mismo que si se alarga el período de circulación. En el caso que estamos examinando hay que tener en cuenta, sin embargo dos cosas:

Primero: La permanencia prolongada en la órbita de la producción. El capital que se desembolsa, por ejemplo, la primera semana en trabajo, materias primas, etc., al igual que las partes de valor transferidas del capital fijo al producto, permanecen inmovilizados en la

órbita de la producción por espacio de tres meses y no pueden lanzarse a la circulación como mercancía, puesto que se hallan incorporado a un producto de gestación, aún no terminado.

Segundo: Como el período de trabajo necesario para el acto de producción dura tres meses y sólo forma en realidad un proceso de trabajo coherente, es necesario añadir constantemente, todas las semanas, una nueva dosis de capital circulante al anterior. La masa del capital adicional que va desembolsándose sucesivamente aumentará, pues, a medida que el período de trabajo se prolonga.

Partimos del supuesto de que los capitales invertidos en la fabricación de hilados y en la de maquinaria son iguales, de que se dividen en las mismas proporciones de capital constante y variable y de capital fijo y circulante; de que la jornada de trabajo es de la misma duración en ambas industrias; de que todas las demás circunstancias, salvo la duración del período de trabajo, coinciden. En la primera semana, es igual la inversión que se realiza en ambas industrias, pero el producto obtenido por el fabricante de hilados puede venderse, destinándose inmediatamente, destinándose su importe a adquirir nueva fuerza y nuevas materias primas, etc., es decir, a proseguir la producción en la misma escala. En cambio, el fabricante de maquinaria sólo puede hacer que revierta en dinero el capital circulante desembolsado por él, durante la primera semana, y por tanto seguir operando al cabo de tres meses, una vez que termine su producto. Se trata, por consiguiente, en primer lugar, de una diferencia en cuanto al reflujo de la misma cantidad de capital invertida. Pero, en segundo lugar, si bien durante los tres meses se invierte la misma cantidad de capital productivo en la fabricación de hilados y en la de maquinaria, la magnitud de la inversión de capital es absolutamente distinta para el fabricante de hilados que para el de maquinaria, ya que en un caso el mismo capital se renueva rápidamente y esto permite repetir la misma operación mientras que en el otro caso la renovación es relativamente lenta y, por consiguiente, entre tanto que la renovación se efectúa, es indispensable ir añadiendo constantemente nuevas cantidades de capital. difieren, como vemos, tanto el plazo de tiempo durante el cual se renuevan determinadas porciones de capital, es decir, la duración del período para el cual se desembolsa aquél, como la masa de capital (aunque sea el mismo el capital invertido diaria o semanalmente) que, según la diversa duración del proceso de trabajo, ha de ser desembolsado. Es ésta una circunstancia que debe ser tenida en cuenta, pues puede ocurrir, como veremos en los casos que serán examinados en el capítulo siguiente, que la duración del período para el cual se desembolsa el capital aumente, sin que por ello aumente en la misma proporción la masa del capital que ha de desembolsarse. El plazo de inversión del capital aumenta y aumenta la cantidad de capital vinculada en forma de capital productivo.

En las fases aún incipientes de la sociedad capitalista, las empresas que requieren un largo periodo de trabajo, y por tanto una gran inversión de capital para mucho tiempo, sobre todo cuando las obras sólo pueden ejecutarse en gran escala, no pueden llevarse a cabo, como ocurre, por ejemplo, con los canales las carreteras, etc., más que al margen del capitalismo, a costa del municipio o del Estado (en tiempos antiguos, en lo que a la fuerza de trabajo se refiere, casi siempre en forma de trabajos forzados). Otras veces, los productos cuya elaboración exige un largo período de trabajo sólo en una parte pequeñísima son fabricados mediante el patrimonio mismo del capitalista. Así, por ejemplo, en la construcción de casa, la persona por cuenta de la cual se construye la casa va

haciendo anticipos gradualmente al contratista constructor. Es decir, en realidad, va pagando la casa fragmentariamente, a medida que avanza su proceso de producción. En cambio, en la era capitalista avanzada, en que se concentran en manos de unos cuantos grandes masas de capital y en que, además, aparece al lado de los capitalistas individuales el capitalista asociado (las sociedades anónimas), desarrollándose al mismo tiempo el sistema de crédito, sólo en casos excepcionales intervienen los contratistas capitalistas de construcciones por cuenta de los particulares. Su negocio consiste en construir bloque de casas y barrios enteros para luego lanzar las casas al mercado, lo mismo que ciertos capitalistas negocian con la construcción de ferrocarriles por contrata.

Tenemos el testimonio de un empresario del ramo de la construcción ante el Comité bancario, en 1857, por el que podemos seguir las incidencias de la producción capitalista de casas en la ciudad de Londres. En su juventud, nos dice, la mayoría de las casas se construían por encargo y el importe le era abonado al contratista al llegar a ciertas fases de la construcción. Se edificaba muy poco, para la especulación, por lo general, los contratistas sólo se prestaban a ello para dar trabajo de un modo regular a sus obreros y mantenerlos agrupados. Desde hace cuarenta años, todo esto ha cambiado. Ahora, se construye muy poco por encargo. El que necesita una nueva casa la busca entre las construidas para especular con ellas o entre las que se hallan en construcción. El empresario de construcciones ya no trabaja para sus clientes, sino para el mercado; se halla obligado, lo mismo que cualquier otro industrial, a tener en el mercado sus mercancías terminadas. Mientras que antes un contratista solía emprender al mismo tiempo, cuando más, la construcción de tres o cuatro casas para la especulación, ahora tiene que comprar grandes solares (es decir, en términos continentales, arrendarlos por más de 99 años), construir en ellos hasta cien o doscientas casas y aventurarse así en una empresa que rebasa veinte y hasta cincuenta veces su capital. Los fondos necesarios se movilizan mediante hipotecas y el dinero se va poniendo a disposición del empresario a medida que se desarrolla la construcción de las distintas casas. En estas condiciones, si se produce una crisis que paraliza el pago de las cantidades abonadas a cuenta, se viene a tierra por lo general toda la empresa; en el mejor de los casos, la construcción queda interrumpida hasta tiempos mejores; si las cosas vienen mal dadas se destinan a la demolición y se venden a mitad de precio. Hoy, ninguna empresa de construcción puede vivir sin dedicarse a la especulación, y además a gran escala. La ganancia que se obtiene por la construcción misma es extraordinariamente pequeña; la ganancia principal consiste en el alza de la renta, en saber escoger y explorar los solares. Por este método la especulación encaminada a fomentar la demanda de casas se han construido casi todos los barrios de Belgravia y Tyburn y las miles y miles de villas de los alrededores de Londres. (Extracto del *Report from the Select Committee on Bank Acts*, parte I, 1857, Evidence. Preguntas 5413–18, 5435–36.)

La producción capitalista sólo puede hacerse casi por completo de la ejecución de obras que exige un período de trabajo un poco largo y se realizan en gran escala a partir del momento en que la concentración del capital es ya muy considerable y en que por otra parte, el desarrollo del sistema de crédito brinda el capitalista el cómodo recurso de poder emplear, y por tanto, arriesgar, capital ajeno en vez del propio. De suyo se comprende, sin embargo, o no a quien lo emplea no influye para nada ni en el ritmo ni en el tiempo de rotación.

Los factores que aumentan el producto de cada jornada tales como la cooperación, la división de trabajo, el empleo de maquinaria, etc., acortan al mismo tiempo el período de trabajo en los actos coherentes de producción. Así por ejemplo, el empleo de maquinaria corta el plazo de construcción de casas, puentes, etc.; la máquina segadoras y trilladoras, etc., acorta el período de trabajo necesario para convertir el trigo maduro en mercancía elaborada. La construcción perfeccionada de buques acorta, al acelerar el ritmo, el tiempo de rotación del capital invertido en la construcción de barcos. Sin embargo, estos perfeccionamientos que aportan el período de trabajo y, por tanto, con vista al cual se desembolsa el capital circulante, exige casi siempre un mayor desembolso de capital fijo. Por otra parte, puede ocurrir el período de trabajo se acorte en determinadas ramas mediante simples desarrollo de la cooperación; la construcción de un ferrocarril se acelera poniendo en pie grandes ejércitos de obreros, que permitan abordar la construcción por muchos sitios a la vez. En estos casos, el tiempo de rotación se acorta a medida que aumenta el capital invertido. Se ponen bajo el mando del capitalista más medios de producción y más fuerzas de trabajo.

Por consiguiente, si bien es cierto que la aceleración del período de trabajo va casi siempre unida al aumento del capital desembolsado para un plazo más corto, de modo que ha medida que se acorte el plazo de desembolso aumenta la masa del capital que es necesario desembolsar, debemos recordar aquí que, prescindiendo de la masa del capital social existente, ello depende del grado en que se hallen dispersos o reunidos en manos de los capitalistas individuales los medios de producción y de subsistencia o la posibilidad de disponer de ellos; es decir, de las proporciones que haya cobrado ya la concentración del capital. El crédito, en la medida que se fomenta y acelera la concentración del capital en pocas manos, contribuye también a acortar el período de trabajo, y por tanto el tiempo de rotación.

En aquellas ramas de producción en que el período de trabajo, sea continuo o discontinuo, obedece a determinadas condiciones naturales, no puede abreviarse con ayuda de los medios indicados más arriba. “La expresión es de una más rápida rotación no es aplicable a la producción de cereales, donde sólo es posible obtener una cosecha al año. Y por lo que se refiere a la ganadería, basta preguntar: ¿Cómo acelerar la rotación de ovejas de dos o tres años y de bueyes de cuatro a cinco?”(W. Walter Good, *Political, Agricultural and Commercial Fallacies,* Londres 1866, p. 325.)

La necesidad de movilizar rápidamente dinero (por ejemplo, para pagar los gastos fijos, tales como impuestos, rentas, etc.) resuelve el problema vendiendo y enviando al matadero, por ejemplo, el ganado antes de que haya llegado a la edad económica normal, con gran daño y provocando a la postre un alza de los precios de la carne. “La gente que antes se dedicaba a la ganadería principalmente para explotar los pastos de los *Midland Counties* (17) en verano y en invierno los de los condados del Este... han venido tan a menos a causa de las oscilaciones y las bajas del precio del grano, que se da por satisfecha con poder beneficiarse mediante los altos precios de la manteca y el queso; la primera la llevan semanalmente al mercado para cubrir los gastos corrientes; a cambio del segundo reciben anticipos de un agente que recoge el queso cuando está en condiciones de ser

transportado y que es, naturalmente, el que fija el precio. Por esta razón, y puesto que la agricultura se halla regida por los principios de la economía política, las terneras que antes eran enviadas al Sur desde las comarcas lecheras, para su crianza, son sacrificadas ahora en masa, no pocas veces a los ocho o diez días de nacer, en los mataderos de Birmingham, Manchester, Liverpool y otras grandes ciudades de los contornos. En cambio, si se la cebada se hallase libre de impuestos no sólo obtendrían mayores ganancias los arrendatarios de tierras, pudiendo de este modo retener el ganado de cría hasta que creciese y pesase más, sino que además la cebada serviría, en vez de la leche, para que pudiesen criar terneras quienes no tienen vacas, y se evitaría en gran parte... esa espantosa escasez de ganado de cría. Cuando hoy se aconseja a estas gentes modestas que críen las terneras, replican: sabemos perfectamente que el alimentar las crías con leche sería beneficioso, pero en primer lugar, esto nos obliga a invertir dinero que no tenemos y, en segundo lugar, tendríamos que esperar mucho tiempo para recobrar el dinero invertido, mientras que con la manteca y el queso lo reembolsamos inmediatamente" (obra cit., pp. 12 y 13).

Sí el amortiguamiento de la rotación plantea estos problemas a los pequeños arrendatarios ingleses, fácil es comprender qué complicaciones no supondrá para los campesinos modestos del continente.

Con arreglo a la duración del período de trabajo y, por tanto, del período de tiempo que transcurre hasta la elaboración de la mercancía susceptible de circulación, va acumulándose la parte de valor que el capital fijo transfiere fragmentariamente al producto y se va dilatando el reflujo de esta parte de valor. Pero esta dilación no obliga a realizar nuevas inversiones de capital fijo. Las máquinas siguen funcionando en el proceso de producción lo mismo si la reposición de su desgaste refluye en forma de dinero de un modo lento o rápidamente. No ocurre lo mismo con el capital circulante. La mayor duración del periodo de trabajo no sólo exige que el capital se movilice por más tiempo, sino que exige también que se desembolse constantemente nuevo capital en salarios, materias primas y materias auxiliares. El amortiguamiento del reflujo repercute, por tanto, de distinto modo en uno y otro caso. Sea más lento o más rápido, el capital fijo sigue funcionando igual que antes. En cambio, el capital circulante deja de funcionar, al amortiguarse el reflujo, cuando se presenta bajo la forma de productos invendidos o no terminados, aún no vendibles, y no se dispone de un capital adicional para renovarlo en especie. "Mientras el campesino se muere de hambre, su ganado prospera. En efecto, había llovido y los pastos eran abundantes. El campesino indio se morirá de hambre al lado de un buey reluciente y gordo. Los preceptos de la superstición podrán parecer crueles para con el individuo, pero son rentables para la sociedad; la conservación del ganado de labor asegura la continuidad de la agricultura, y con ella les fuentes del sustento y la riqueza del futuro. Nos parecerá triste y duro, pero así es: en la India, es más fácil reponer a un hombre que a un buey" *(Return, East India, Madras and Orissa Femine,* núm. 4, p. 4). Recordemos las palabras del *Manava–Dharma–Sastra,* cap. X, p. 62: "El sacrificio de la vida sin recompensa, para mantener a un sacerdote o a una vaca... puede asegurar la bienaventuranza de esta tribu de bajo origen."

Es imposible, naturalmente, conseguir antes de los cinco años un animal de esta edad. Lo que sí es posible, dentro de ciertos limites, es acortar, mediante un tratamiento adecuado, el plazo durante el cual un animal puede ponerse en condiciones de servir al fin para que se le destina. Tal es, concretamente, el resultado de las experiencias de Bakewell. Antes, las ovejas inglesas, como ocurría con las francesas todavía en 1855, no estaban en condiciones de ser enviadas al matadero antes de los cuatro o los cinco años. Según el

sistema de Bakewell las ovejas pueden matarse ya al año y, desde luego, alcanzan su pleno desarrollo antes de que transcurran los dos años. Bakewell, arrendatario de Dishley Grange, logro reducir mediante una cuidadosa selección racial, el esqueleto de las ovejas al mínimo estrictamente indispensable para su vida. Sus ovejas se conocen con el nombre de New Leicesters. “Hoy el ganadero puede lanzar al mercado tres ovejas en el tiempo que antes necesitaba para criar una sola, y además ejemplares en que se desarrollan con mayor gordura las partes que dan más carne. Casi todo lo que pesan es carne” (Lavergne, *The Rural Economy of England*, etc., 1855, p. 22).

Los métodos destinados a acortar el período de trabajo son aplicables en un grado muy diverso según las distintas ramas industriales y no compensan las diferencias existentes en cuanto a la duración de los distintos períodos de trabajo. Para poner el mismo ejemplo, puede ocurrir que el empleo de nuevas máquinas–herramientas acorte en términos absolutos el período de trabajo necesario para construir una locomotora. En cambio, aunque el perfeccionamiento de los procesos de trabajo aplicados en una fábrica de hilados haga aumentar en. proporciones incomparables la rapidez en la producción diaria o semanal, la duración del período de trabajo en la fabricación de maquinaria habrá aumentado en términos relativos, comparada con la de la fábrica de hilados.

Notas no tiene el cap. 12

Capitulo XIII

EL TIEMPO DE PRODUCCION

El tiempo de trabajo es siempre tiempo de producción, es decir, tiempo durante el cual el capital se halla inmovilizado en la órbita de la producción. Pero esta afirmación no podría formularse a la inversa, pues no todo el tiempo durante el cual el capital permanece en la órbita de la producción es necesariamente, por ese solo hecho, tiempo de trabajo.

Aquí, no nos referimos a las interrupciones del proceso de trabajo impuestas por los límites naturales de la fuerza de trabajo misma, aunque ya hemos visto hasta qué punto el mero hecho de que el capital fijo, los edificios fabriles, la maquinaria, etc., permanezca inmóvil durante las pausas del proceso de trabajo constituye uno de los motivos que explican la prolongación antinatural del proceso de trabajo y contribuyen al establecimiento de los dos turnos de trabajo de día y de noche. Aquí nos referimos a una interrupción independiente de la duración del proceso de trabajo impuesta por la naturaleza misma del producto y su elaboración y durante la cual el objeto de trabajo se ve sometido a procesos naturales más o menos largos, tiene que sufrir cambios físicos, químicos o fisiológicos que obligan a suspender total o parcialmente el proceso de trabajo.

Así, por ejemplo, el vino, al salir del lagar, tiene que pasar por un período de fermentación y luego reposar durante algún tiempo, para lograr un cierto grado de perfección. En muchas ramas industriales como en la cerámica, el producto necesita someterse a un proceso de secado, o someterse a la acción de ciertos factores que modifican su composición química, como ocurre en el ramo de la tintorería. El trigo de invierno necesita unos nueve meses para madurar. El proceso de trabajo que media entre la siembra y la recolección es un proceso casi ininterrumpido. En cambio, en la arboricultura, una vez que se terminan la siembra y los trabajos preliminares necesarios, tienen que pasar a veces cien años antes de que la simiente se convierta en producto terminado, y durante todo este tiempo son relativamente poco importantes las aportaciones de trabajo que exige.

En todos estos casos, hay una gran parte del período de producción durante el cual sólo se añade al proceso trabajo adicional de vez en cuando. La situación descrita en el capítulo anterior, en que se necesita añadir capital y trabajo adicionales al capital ya incorporado al proceso de producción, sólo se da aquí con interrupciones más o menos largas.

Por consiguiente, en todos estos casos, el tiempo de producción del capital desembolsado se compone de dos períodos: uno, durante el cual el capital permanece en el proceso de trabajo, y otro, en que su modalidad de existencia –el producto aún no acabado– se confía a la acción de procesos naturales fuera de la órbita del proceso de trabajo. El hecho de que, a veces, estos dos períodos de tiempo se entrecrucen y desplacen el uno al otro no modifica para nada los términos del problema. Aquí, el período de trabajo y el período de producción no coinciden. El período de producción dura más que el período de trabajo. Pero el producto no queda terminado, no madura, no puede, por tanto, abandonar la forma de capital productivo para convertirse en la de capital–mercancias, hasta que no sale del período de producción. Su período de rotación se prolonga también, por tanto, según la duración del período de producción no consistente en tiempo de trabajo. Cuando el tiempo de producción que excede del tiempo de trabajo no responde a una ley natural inconmovible, como ocurre con la maduración del trigo, el crecimiento del roble, etc., el período de rotación puede acortarse en mayor o menor medida abreviando artificialmente el

tiempo de producción. Así, por ejemplo, mediante la introducción del blanqueado químico en vez del blanqueado por el sol, mediante el empleo de aparatos secadores más eficaces en los procesos de secado, etc. En la industria de los curtidos, donde la acción del tanino sobre las pieles con el procedimiento antiguo duraba de seis a dieciocho meses, con los nuevos métodos, mediante el empleo de la bomba de aire, el proceso ha quedado reducido a dos meses. (J. G. Courcelle–Seneuil, *Traité théorique et pratique des entreprises industrielles*, etc. París, 1857, 2° ed.) Pero el ejemplo más importante de la aceleración artificial del simple tiempo de producción absorbido por procesos naturales, lo tenemos en la historia de la producción siderúrgica, y principalmente en la transformación de mineral de hierro en acero durante los últimos cien años, desde el descubrimiento de la pudelación hacía 1780 hasta el moderno proceso Bessemer y los modernísimos procedimientos empleados desde entonces. Todo esto ha contribuido a acelerar enormemente el tiempo de producción, incrementando también, en la misma medida, la inversión de capital fijo.

Un ejemplo característico de cómo el tiempo de producción puede desviarse del tiempo de trabajo lo ofrece la fabricación de hormas para zapatos en los Estados Unidos. Una parte importante de los gastos de esta industria se debe a la necesidad de tener la madera almacenada en los secaderos hasta dieciocho meses, para evitar que luego las hormas se ladeen, se deformen. Durante todo este tiempo, la madera descansa, no sufre ningún otro proceso de trabajo. Por consiguiente, el período de rotación del capital invertido en esta industria no se halla determinado solamente por el tiempo requerido para la fabricación de las mismas hormas, sino también por el tiempo durante el cual se inmoviliza esperando a que se seque la madera. Este capital permanece durante dieciocho meses en el proceso de producción, antes de poder entrar en el verdadero proceso de trabajo. Este ejemplo demuestra, además, que los plazos de rotación de las distintas partes de capital global circulante pueden diferir por razones ajenas a la órbita de la circulación y relacionadas con el proceso de producción.

La diferencia entre el tiempo de producción y el tiempo de trabajo resalta con especial claridad en la agricultura. En nuestros climas templados, la tierra da una cosecha de trigo cada año. El período de producción (que para las siembras de invierno dura generalmente nueve meses) puede acortarse o alargarse según la alternativa entre las buenas y las malas cosechas, razón por la cual no puede prevenirse ni controlarse de antemano como en la producción estrictamente industrial. Sólo los productos accesorios de la agricultura, tales como la leche, el queso, etc., son susceptibles de ser producidos y vendidos continuamente en períodos más cortos. En cambio, el problema del tiempo de trabajo se plantea en los siguientes términos: “El número de jornadas de trabajo puede establecerse en las siguientes regiones de Alemania del siguiente modo, teniendo en cuenta las condiciones climáticas y los demás factores, con vistas a los tres períodos principales de trabajo: para el período de primavera, que ya de fines de marzo o comienzos de abril a mediados de mayo, de 50 a 60; para el período de verano, desde comienzos de junio hasta fines de agosto, de 65 a 80; para el período de otoño, comprendido entre comienzos de septiembre hasta fines de octubre o mediados o fines de noviembre, de 55 a 75 jornadas de trabajo. Respecto al invierno, sólo pueden señalarse las faenas propias de esta época, tales como las de estercoleo, transporte de madera, transporte al mercado, trabajos de construcción, etc.” (F. Kirchhof, *Handbuch der landwirschatflichen Betriebslehre*. Dessau, 1852, p. 160.)

Por tanto, cuanto más desfavorable sea el clima en menos tiempo se concentra el período de trabajo de la agricultura y, por tanto, la inversión de capital y trabajo. Así

ocurre, por ejemplo, en Rusia. En algunas regiones del norte de Rusia sólo puede trabajarse en el campo durante 130 ó 150 días al cabo del año. Fácil es comprender qué pérdida tan enorme representaría para ese país el hecho de que 50 de los 65 millones de su población europea permaneciesen ociosos durante los seis u ocho meses del invierno ruso, en que cesan por imposición del clima todas las faenas del campo. He aquí por qué, aparte de los 200,000 campesinos que trabajan en las 10,500 fábricas de Rusia, se hallan tan desarrolladas en todas las aldeas de este país las industrias domésticas. Hay aldeas en que todos los campesinos son desde hace varias generaciones tejedores, curtidores, zapateros, cerrajeros, herreros etc.; así ocurre, especialmente, en los gobiernos de Moscú, Vladimir, Kaluga, Kostroma y Petersburgo. Incidentalmente, diremos que esta industria doméstica va viéndose cada vez más supeditada al servicio de la producción capitalista; los tejedores, por ejemplo, adquieren la trama y los lizos para los telares a los comerciantes por intermedio de agentes. (Resumido de *Reports by H. M. Secretaries of Embassy and Legation, on the Manufactures, Commerce,* etc. núm. 8, 1865, pp. 86 y 87.) Véase, pues, cómo la divergencia entre el período de producción y el período de trabajo, que no es más que una parte de aquél, constituye la base natural para la fusión de la agricultura con la industria rural accesoria Y cómo, por otra parte, ésta se convierte, a su vez, en punto de apoyo para el capitalista, que empieza infiltrándose en ella como comerciante. A medida que la producción capitalista, más tarde, introduce el divorcio entre la manufactura y la agricultura, el obrero agrícola va viéndose cada vez más supeditado a trabajos accesorios puramente fortuitos, con lo cual empeora su situación. Para el capital, todas las diferencias se compensan, como veremos más adelante, en la rotación. No así para el obrero.

Mientras que en la mayoría de las ramas estrictamente industriales y en las de la minería, el transporte, etc., la marcha de la explotación es uniforme, se emplea un año con otro la misma cantidad de trabajo y, prescindiendo de las oscilaciones de los precios, las perturbaciones de los negocios, etc., que deben considerarse como interrupciones anormales, las inversiones. de capital incorporadas al proceso diario de circulación se distribuyen por igual; mientras que, asimismo, en igualdad de condiciones de mercado, el reflujo del capital circulante o su renovación se distribuye a lo largo del año en periodos uniformes, en las inversiones de capital en que el tiempo de trabajo sólo es una parte del tiempo de producción, se advierten las mayores diferencias, a lo largo de los distintos períodos del año, en la inversión del capital circulante, y el reflujo sólo se efectúa de una vez, en la época impuesta por las condiciones naturales. Por tanto, a igual escala de negocios, es decir, a igual magnitud del capital circulante desembolsado, deberá desembolsarse el capital de una vez y a largo plazo, en masas mayores que cuando se trate de negocios a base de períodos de trabajo continuos. El plazo de vida del capital fijo se distingue también aquí considerablemente del tiempo durante el cual funciona de un modo realmente productivo. Con la diferencia entre el tiempo de trabajo y el tiempo de producción se interrumpe también constantemente, como es natural, el tiempo de uso del capital fijo empleado a largo o a corto plazo, como ocurre por ejemplo en la agricultura con el ganado de labor, los aperos y las máquinas. Cuando este capital fijo se halla formado por bestias de labor, exige constantemente los mismos o casi los mismos gastos en forraje, pienso, etc., que durante el tiempo en que trabaja. En los medios de trabajo muertos la inmovilidad se traduce también en cierta depreciación. Por tanto, el producto, en general, se encarece, ya que la transferencia de valor al producto se calcula, no por el tiempo durante el cual funciona el capital fijo, sino por el tiempo durante el cual pierde valor. En estas ramas

de producción, la inmovilidad del capital fijo, lleve o no aparejados gastos corrientes, constituye una condición de su empleo normal, ni más ni menos que, por ejemplo, el desperdicio de cierta cantidad de algodón en las fábricas de hilados; y en todo proceso de trabajo la fuerza de trabajo aplicada, bajo ciertas condiciones técnicas, de un modo improductivo, pero inevitable, cuenta exactamente lo mismo que la empleada productivamente. Toda innovación que disminuya el empleo improductivo de medios de trabajo. materias primas y fuerza de trabajo, disminuye también el valor del producto.

En la agricultura se dan ambas cosas unidas. la mayor duración del período de trabajo y la gran diferencia entre el tiempo de trabajo y el tiempo de producción. Hodgskin observa acertadamente a este propósito: "La diferencia en cuanto al tiempo [aunque él no distingue aquí entre tiempo de trabajo y tiempo de producción] necesario para obtener los productos de la agricultura y el que se necesita en otras ramas de trabajo, constituye la causa principal de la gran inferioridad de los agricultores. Estos no pueden llevar sus mercancías al mercado antes de un año. Durante todo este tiempo, necesitan del crédito del zapatero, del sastre, del herrero, del constructor de carros y de los demás productores cuyos productos necesitan y que los terminan en unos cuantos días o en unas cuantas semanas. Debido a esta circunstancia natural y al incremento más rápido de la riqueza en las otras ramas de trabajo, los terratenientes, a pesar de monopolizar la tierra de todo el reino y de haberse apropiado además el monopolio de la legislación, son incapaces de salvarse y salvar a sus servidores, los arrendatarios, del destino de ser las gentes menos independientes del país." (Thomas Hodgskin. *Popular Political Economy,* Londres, 1827, p. 147, nota.)

Todos los métodos empleados para distribuir parcialmente de un modo uniforme a lo largo de todo el año los gastos de salarios y medios de trabajo en la agricultura y para acelerar en parte la rotación, cultivando la mayor diversidad posible de productos y viendo el modo de obtener las cosechas más diversas durante el año, requieren el aumento del capital circulante desembolsado en la producción, invertido en salarios, abonos, simiente, etc. Así, por ejemplo, cuando se trata de pasar del sistema de las tres hojas y el barbecho al sistema de rotación de frutos sin barbechera. Es lo que ocurre, *v. gr*., con las *cultures décobées* (18) en Flandes. "Se cultivan las plantas de tubérculo en *culture décobée*; se siembran en la misma tierra, primero, cereales, lino y colza para las necesidades del hombre y luego, después de la cosecha, hierbas para el sustento del ganado. Este sistema, con el cual el ganado vacuno puede permanecer constantemente en el establo, se traduce en una considerable acumulación del abono animal y es, por tanto, la piedra angular de la diversidad de cultivos. Más de la tercera parte de la superficie cultivada en las landas se explota con arreglo al sistema de las *cultures dérobées;* es exactamente lo mismo que sí aumentase en una tercera parte el area de la superficie cultivada." Además de los tubérculos se emplean también, para esto, el trébol y otros pastos. "La agricultura, orientada de este modo hacia un punto en que se convierte ya en cultivos de huerta, exige, naturalmente, un capital de inversión relativamente considerable. En Inglaterra, se calculan 250 francos de capital de inversión por hectárea. En Flandes, nuestros labradores considerarían probablemente un capital de inversión de 500 francos por hectárea, demasiado pequeño." (Emile de Laveleye, *Essai sur l'Economie Rurale de la Belgique,* Paris, 1863, pp. 45, 46 y 48).

Fijémonos, por último, en la explotación forestal. "La producción forestal se distingue de la mayoría de las demás producciones, esencialmente, en que en ella obra por su cuenta la fuerza de la naturaleza y en que, donde el replanteo se efectúe de un modo natural, no

requiere la acción del hombre ni del capital. E incluso allí donde los bosques se replantean artificialmente, la inversión de energías humanas y de capital es insignificante, en comparación con la acción de las fuerzas naturales. Además, los bosques crecen en terrenos y situaciones donde ya no se da el trigo o donde la producción de cereales no es ya rentable. Por otra parte los cultivos forestales exigen, para una explotación normal..., una superficie mayor que los cultivos de cereales, ya que en parcelas pequeñas no es posible abordar debidamente el cultivo forestal, se pierden casi siempre las posibilidades de empleos accesorios, resulta más difícil organizar la protección del bosque, etc. Pero el proceso de producción se halla sujeto a un período de tiempo tan largo, que excede de los posibles planes de una economía privada, y a veces incluso de la vida de un hombre. El capital invertido para adquirir el terreno que ha de destinarse a bosque [en un régimen de producción colectiva este capital no existe y sólo se plantea el problema de saber qué cantidad de terreno podrá sustraer la colectividad a la agricultura y a los pastos para destinarlo a bosque] no rinde frutos rentables hasta pasado mucho tiempo y sólo refluye parcialmente, no recuperándose en su totalidad sino en plazos que en ciertas clases de árboles pueden ser hasta de ciento cincuenta años. Además, la producción forestal continuada requiere, a su vez, una reserva de madera viva, que representa diez y hasta cuarenta veces el rendimiento anual. Por eso quien, poseyendo grandes extensiones de bosque, no dispone sin embargo de otros ingresos, no puede organizar una explotación forestal en forma". (Kirchhof, p. 58.)

El largo período de producción (que incluye un período relativamente corto de trabajo), y por tanto la larga duración de sus períodos de rotación, hace de los cultivos forestales una base de inversión poco favorable para una empresa privada y, por consiguiente, capitalista, la cual no perderá este carácter aunque en vez del capitalista individual la regente una sociedad capitalista. En general, el desarrollo de la cultura y de la industria se ha traducido siempre en la tendencia celosa a destruir los bosques y todo lo que se ha intentado para la conservación y producción de la riqueza forestal representa un factor verdaderamente insignificante al lado de aquella tendencia.

En el pasaje de Kirchhof citado más arriba merecen destacarse las siguientes palabras: "Además, la producción forestal continuada requiere, a su vez, una reserva de madera viva, que representa diez y hasta cuarenta veces el rendimiento anual." Por tanto, una sola rotación cada diez o cada cuarenta años.

Otro tanto ocurre con la ganadería. Una parte del rebaño (reserva de ganado) permanece en el proceso de producción, mientras que otra parte se vende como producto anual. Aquí, sólo se recupera anualmente una parte del capital, como acontece con el capital fijo, maquinaria, ganado de labor, etc. Aunque este capital se estanca por largo tiempo en el proceso de producción, prolongando así la rotación del capital en su conjunto, no constituye capital fijo, en el sentido categórico de la palabra.

Lo que aquí se llaman reservas –una determinada cantidad de madera o ganado vivos– se halla relativamente dentro del proceso de producción (como medios de trabajo y material de trabajo al mismo tiempo); con arreglo a las condiciones naturales de su reproducción, en una economía ordenada, deberá hallarse siempre una parte considerable de ellas bajo esta forma.

De modo parecido repercute sobre la rotación del capital otra clase de reservas que sólo constituye un capital productivo potencial, pero que, por la naturaleza de la explotación, necesita acumularse en cantidades más o menos grandes y, por tanto, desembolsarse en la

producción por períodos más o menos largos, a pesar de que sólo se incorpora gradualmente al proceso de producción. Tal es, por ejemplo, el caso del abono, antes de depositarse en la tierra y el de la cebada, el heno y otros piensos y forrajes destinados como reservas a la producción de ganado. “Una parte considerable del capital de la empresa es absorbido por las reservas de la explotación. El valor de éstas puede disminuir en mayor o menor medida si no se aplican convenientemente las medidas de precaución necesarias para su conservación; y hasta puede ocurrir que, por falta de vigilancia, llegue incluso a perderse totalmente para la explotación una parte de las reservas de productos. Por eso es necesario, en lo que a esto se refiere, organizar una vigilancia cuidadosa de los graneros, del piso en que se almacenan el forraje y el pienso y de los sótanos, cerrar siempre bien los almacenes, mantenerlos limpios y aireados, etc.; a los granos y demás frutos almacenados deberá dárseles la vuelta de vez en cuando, convenientemente; las patatas y los nabos protegerse contra el frío, la humedad y la putrefacción, etc.” (Kirchhof, p. 292.) “Al calcular las propias necesidades, sobre todo en lo que se refiere a la ganadería, y siempre organizando la distribución a tenor del producto y de la finalidad perseguida, deberá tenerse en cuenta no solamente la satisfacción de las necesidades, sino también la conveniencia de apartar una reserva relativa para casos imprevistos. Si resultare que las necesidades no pueden cubrirse íntegramente con el producto propio, deberá pensarse en si conviene compensar la diferencia mediante otros productos (sustitutivos) o si podrán adquirirse más baratos en el mercado. La escasez de heno, por ejemplo, puede suplirse con raíces mezcladas con paja. En estos casos, habrá que tener en cuenta siempre el valor intrínseco y el precio de los distintos productos en el mercado, trazando a tono con esto las normas para el consumo; si, por ejemplo, la avena resulta más cara y los guisantes y el centeno, en cambio, salen relativamente más baratos, podrá sustituirse con ventaja en el pienso de los caballos, una parte de la avena con guisantes y centeno, y vender la avena sobrante, etcétera.” (Obra cit., p. 300.)

Ya más arriba, al tratar de la formación de reservas, se indicó la necesidad de disponer una determinada cantidad, mayor o menor, de capital productivo potencial, es decir, de medios de producción destinados a ésta y que deben existir en una cantidad mayor o menor, para incorporarse poco a poco al proceso de producción. Y asimismo se ha indicado que, en una empresa o explotación de capital dada, de determinado volumen, la magnitud de esta reserva de producción depende de la mayor o menor dificultad de su renovación, del mayor o menor alejamiento de los mercados en que es posible abastecerse de esos elementos, del desarrollo de los medios de transporte y comunicación, etc. Todos estos factores influyen sobre el mínimum de capital que debe existir bajo la forma de reserva productiva, y por tanto sobre la duración del plazo con vistas al cual ha de desembolsarse el capital y sobre el volumen de la masa de capital que debe desembolsarse de una vez. Este volumen, que a su vez influye sobre la rotación, se halla condicionado por el plazo mayor o menor para el cual se cuenta con capital circulante bajo la forma de reserva productiva como capital productivo puramente potencial. Por otra parte, en la medida en que este estancamiento de la mayor o menor posibilidad de una rápida reposición depende de las condiciones del mercado, etc., responde a su vez al tiempo de circulación, a factores que pertenecen a la órbita de la circulación. “Además, tanto los aperos como los instrumentos manuales de trabajo, tales como las cribas, los cestos, las cuerdas, la grasa para los carros, las agujas, etc., deberán tenerse a mano y en reserva para poder reponerlos inmediatamente en tanta mayor abundancia cuanto menor sea la posibilidad de obtenerlos rápidamente sin alejarse

mucho. Finalmente, todos los aperos deben revisarse cuidadosamente en el invierno, adoptando inmediatamente las medidas necesarias para completarlos y ponerlos en condiciones de ser utilizados. El que en general hayan de mantenerse mayores o menores reservas para llenar las necesidades de aperos dependerá, principalmente, de las condiciones locales.

Allí donde no haya en las inmediaciones artesanos para reparar o tiendas para adquirir lo que se necesite, deberán mantenerse reservas mayores que allí donde existen esos elementos en la localidad o en las cercanías. Si, en igualdad de condiciones, se compran, de una vez, en mayor o menor cantidad, las reservas necesarias, se tendrá, por regla general, la ventaja de comprarlas más baratas, siempre y cuando que se elija el momento adecuado para ello; claro está que esto sustraerá, por otra parte, una suma mayor de una vez al capital circulante de explotación, la cual se echará a veces de menos en la explotación de la empresa". (Kirchhof, p. 301.)

La diferencia entre el tiempo de producción y el tiempo de trabajo admite, como hemos visto, diversos casos. El capital circulante puede entrar en el período de producción antes de haber entrado en el verdadero período de trabajo (casos del vino, del trigo para sembrar, etc.); otras veces, el tiempo de producción se ve interrumpido transitoriamente por el tiempo de trabajo (casos de la labranza de las tierras, del cultivo de árboles para madera, etc.); otras veces, una gran parte del producto apto para circular queda incorporada al proceso activo de producción, mientras una parte mucho menor se incorpora a la circulación anual (cultivo de árboles para madera, ganadería); el plazo mayor o menor para el cual es necesario desembolsar de una vez el capital circulante en forma de capital productivo potencial, y por tanto la masa mayor o menor en que este capital tiene que desembolsarse, responde en parte al carácter del proceso de producción (agricultura) y depende en parte de la cercanía de los mercados, etc.; en una palabra, de factores encuadrados en la órbita de la circulación.

Más adelante (libro III) veremos a qué absurdas teorías conduce en MacCulloch, James Mill, etc., el intento de identificar el tiempo de producción, distinto del tiempo de trabajo, con éste; intento que, a su vez, nace de una aplicación falsa de la teoría del valor.

El ciclo de rotación, que hemos examinado hasta aquí, se halla determinado por la duración del capital fijo incorporado al proceso de producción. Y como este proceso de producción abarca una serie mayor o menor de años, envuelve también una serie de rotaciones anuales o repetidas durante el año, del capital fijo.

En la agricultura, este ciclo de rotación obedece al sistema de la rotación de frutos. "La duración del período de arrendamiento no debe, en todo caso, suponerse inferior al período de rotación de los distintos cultivos a que ha de dedicarse la tierra y, por tanto, en el sistema de las tres hojas, deberá multiplicarse por 3, 6, 9, etc. Pero en el sistema de las tres hojas y barbechera las tierras sólo se cultivan cuatro años de cada seis, pudiendo en los años en que se cultivan sembrarse con grano de invierno y de verano y además, en la medida en que lo requiera o lo permita la calidad de la tierra, con trigo y centeno, cebada y avena, alternativamente. Cada una de estas clases de cereales se reproduce en la misma tierra en mayor o menor abundancia que las otras, cada una tiene su valor y se vende también por un precio distinto. Por eso el rendimiento de la tierra es cada año distinto y varía también en la primera mitad del período [en los primeros tres años] con respecto al segundo. Y ni siquiera el rendimiento medio de ambos períodos es igual, ya que la fertilidad no depende solamente de la calidad de la tierra, sino también del tiempo, debiendo tenerse en cuenta además que en los precios influyen diversos factores sujetos a

variaciones. Si, por tanto, calculamos el rendimiento de la tierra por las cosechas medias en seis años y tomamos como base los precios de los frutos, obtendremos el rendimiento total de un año, tanto en un período como en otro. No ocurrirá lo mismo, sin embargo, si el rendimiento se calcula solamente para la mitad del período, es decir, para tres años, pues entonces el rendimiento total obtenido será desigual. De aquí se deduce que la duración del plazo de arrendamiento, a base del régimen de las tres hojas, debe fijarse como mínimum seis años. Mucho más deseable y ventajoso tanto para el arrendador como para el arrendatario es, sin embargo, el que el plazo de arrendamiento represente un múltiplo del plazo de arrendamiento [sic! *F. E.*][1] y, por tanto, si el sistema aplicado es el de las tres hojas, sea en vez de 6, de 12, 18 o más años, y si el sistema es el de siete hojas, de 14 ó 28 años en vez de 7.” (Kirchhof, pp. 117 y 118.)

[Al llegar aquí, hay una acotación en el manuscrito, que dice: “Régimen inglés de rotación de cultivos. Poner aquí una nota.” *F. E.*]

Notas al pie capítulo XIII

1 Se trata, manifiestamente, de un error de Kirchhof; debe decir tiempo de circulación.

Capitulo XIV

EL TIEMPO DE CIRCULACION

Todos los factores anteriormente examinados, que diferencian los períodos de circulación de distintos capitales, invertidos en ramas industriales distintas, y también, por tanto, los períodos durante los cuales debe invertirse el capital, se presentan dentro del mismo proceso de producción, como ocurre con la distinción entre el capital fijo y el capital circulante, con la distinción en cuanto a los períodos de trabajo, etc. Sin embargo, el tiempo de rotación del capital es igual a la suma de su tiempo de producción y de su tiempo de circulación. Es, pues, lógico que, al variar la duración del tiempo de circulación varíe también, necesariamente, la del tiempo de rotación y, por tanto, la del período de ésta. Como más claramente se ve esto es comparando dos distintas inversiones de capital en que todos los demás factores modificativos de la rotación sean iguales y sólo varíen los tiempos de circulación, o tomando un capital dado, con una determinada composición de capital fijo y circulante, con un período de trabajo dado, etc., y en el que sólo varíen hipotéticamente los períodos de circulación.

Uno de los períodos del tiempo de circulación –que es, relativamente, el más decisivo– lo forma el periodo de venta, la época en que el capital reviste la forma de capital–mercancías. La duración relativa de este período hace que se alargue o se acorte el tiempo de circulación y, por tanto, el período de rotación, en general. Puede ocurrir, además, que los gastos de almacenamiento, etc., hagan necesaria una inversión complementaría de capital. Es evidente de por sí que el tiempo necesario para la venta de las mercancías terminadas puede diferir mucho según los diversos capitalistas, dentro de la misma rama industrial; no sólo, por tanto, con respecto a las masas de capital invertidas en las diversas ramas de producción, sino también con respecto a los diversos capitales independientes, que en realidad sólo son fragmentos sustantivados del capital global invertido en cada rama de producción. En igualdad de condiciones, el período de venta, para el mismo capital individual, variará a tono con las oscilaciones generales de las condiciones del mercado o con sus oscilaciones en la rama industrial de que se trata. Por ahora, no nos detendremos en esto. Nos limitamos a dejar constancias del hecho: todos aquellos factores que se traducen, en general, en diferencias en cuanto a los períodos de rotación de los capitales invertidos en las distintas ramas industriales, se traducen también, si actúan individualmente (si, por ejemplo, un capitalista se halla en condiciones de vender con mayor rapidez que su competidor, sí uno emplea más métodos encaminados a acortar los períodos de trabajo que el otro, etc.), en diferencias en cuanto a la rotación de los distintos capitales individuales que funcionan en la misma rama industrial.

Una causa que actúa constantemente en la diferenciación del tiempo de venta, y por tanto del tiempo de rotación en general, es la distancia a que el mercado en que ha de venderse la mercancía se halla de su centro de producción. Durante el tiempo que aquélla tarda en llegar al mercado, el capital permanece bajo la forma de capital–mercancías; sí las mercancías se producen por encargo, conserva esa forma hasta el momento de su entrega; en otro caso, al tiempo que la mercancía tarda en llegar al mercado hay que añadir el tiempo que permanece allí esperando a ser vendida. La mejora de los medios de comunicación y de transporte abrevia en términos absolutos el período de desplazamiento de la mercancía, pero no suprime la diferencia relativa nacida del desplazamiento en cuanto

al tiempo de circulación de los distintos capitales–mercancías o de las distintas partes del mismo capital–mercancías desplazadas a distintos mercados. Por ejemplo, los barcos de vela y de vapor perfeccionados, que acortan los viajes, los acortan lo mismo para los puertos próximos que para los lejanos. La diferencia relativa se mantiene en pie, aunque frecuentemente reducida. Sin embargo, puede ocurrir que, al desarrollarse los medios de transporte y de comunicación, las diferencias relativas se desplacen de un modo que no corresponde a las distancias naturales. Así, por ejemplo, un ferrocarril tendido entre el lugar de producción y un centro fundamental de población del interior del país puede alargar en términos absolutos o relativos la distancia hacía un punto más cercano del país no comunicado con aquél por ferrocarril, en comparación con el que geográficamente se halla más distante que él. Y puede también ocurrir, por efecto de la misma circunstancia, que se desplace la distancia relativa de los centros de población con respecto a los mercados más importantes, que es lo que explica la decadencia de los antiguos y el auge de nuevos centros de producción, al modificarse los medios de comunicación y de transporte. (A esto hay que añadir la mayor baratura relativa del transporte para distancias largas que para trayectos cortos.) A medida que se desarrollan los medios de transporte, no sólo se acelera la velocidad del movimiento en el espacio, acortándose con ello las distancias geográficas. No sólo se desarrolla la masa de los medios de comunicación, multiplicándose, por ejemplo, el número de barcos que salen simultáneamente hacía el mismo puerto o el número de trenes que circulan a un tiempo por distintos ferrocarriles entre las mismas estaciones, sino que durante la semana, por ejemplo, en días sucesivos, navegan constantemente barcos de carga entre Liverpool y Nueva York o, en distintas horas del día, trenes de mercancías entre Manchester y Londres. Es cierto que esto, partiendo de un rendimiento dado de los medios de transporte, no altera la velocidad absoluta –ni, por tanto, esta parte del tiempo de circulación–. Pero cantidades sucesivas de mercancías pueden expedirse en períodos sucesivos de más corta duración y llegar así sucesivamente al mercado, sin acumularse en grandes masas como capital potencial en mercancías hasta su envío efectivo. Esto hace, además, por tanto, que el reflujo del capital se reparta entre períodos de tiempo sucesivos más cortos, haciendo que una parte se convierta constantemente en capital–dinero, mientras la parte restante circula como capital–mercancías. Mediante este reparto del reflujo del capital en varios períodos sucesivos se acorta el tiempo total de circulación y también, como es lógico, el tiempo de rotación. En primer lugar, la mayor o menor frecuencia con que funcionan los medios de transporte, por ejemplo el número de trenes que circulan en un ferrocarril, se desarrolla, de una parte, a medida que un centro de producción va produciendo más, se convierte en un centro de producción más importante y orientado hacia el mercado de ventas ya existente y, por tanto, hacía los grandes centros de producción y población, puertos de exportación, etc. De otra parte, esta especial facilidad de comunicaciones y la rotación acelerada del capital que lleva consigo (en la medida en que se halla condicionada por el tiempo de rotación) determina, a la inversa, una concentración acelerada del centro de producción, de un lado, y de otro de su mercado. Al acelerarse así la concentración de masas de hombres y de capital en determinados puntos, avanza la concentración de estas masas de capital en pocas manos. Al mismo tiempo, se produce un desplazamiento como consecuencia del cambio relativo de situación de los centros de producción y de los mercados, que llevan consigo los cambios operados en los medios de comunicación. Centros de producción que antes tenían una situación privilegiada, por hallarse emplazados junto a un camino o un canal, aparecen

ahora situados al lado de vías de comunicación secundarias que sólo funcionan a intervalos relativamente grandes, mientras que otros puntos, desviados antes de las grandes vías de comunicación, aparecen ahora emplazados en el cruce de varios caminos o ferrocarriles. Como consecuencia de esto, los segundos toman auge y los primeros decaen. Los cambios operados en los medios de transporte determinan asimismo una serie de diferencias locales en cuanto al tiempo de circulación de las mercancías, a la posibilidad de comprar y vender, etc., o distribuyen de un modo distinto las diferencias locales ya existentes. La importancia que esto tiene para la rotación del capital se revela en los litigios que surgen entre los representantes comerciales e industriales de las diversas localidades con las empresas ferroviarias (Véase, por ejemplo, el Libro Azul del Railway Committee, citado más arriba [pp. 126–7].

Todas las ramas de producción que, por la naturaleza de su producto, deben atenerse fundamentalmente al mercado local, como las fábricas de cerveza, por ejemplo, adquieren por esta razón su máximo desarrollo en los grandes centros de población. En estos casos, la mayor rapidez en la rotación del capital compensa en parte la mayor carestía de ciertas condiciones de producción, de los terrenos, etc.

Si es cierto que, de una parte, con el progreso de la producción capitalista, el desarrollo de los medios de transporte y comunicación acorta el tiempo de circulación para una determinada cantidad de mercancías, no es menos cierto que este mismo progreso y la posibilidad que el desarrollo de los medios de comunicación y transporte entraña, supone, por el contrario, la necesidad de trabajar para mercados cada vez más lejanos, en una palabra, para el mercado mundial. La masa de las mercancías que se hallan en camino, transportadas hacia puntos alejados, crece en enormes proporciones y también, por tanto, en términos absolutos y relativos, la parte del capital social que se encuentra constantemente, para plazos largos, en la fase del capital–mercancías, dentro del período de circulación. Con ello crece, al mismo tiempo, la parte de la riqueza social que, en vez de servir como medio directo de producción, se invierte en medios de comunicación y de transporte y en el capital fijo y circulante necesario para su explotación.

La duración puramente relativa del transporte de las mercancías del centro de producción al mercado determina una diferencia no sólo en cuanto a la primera parte del tiempo de circulación, al tiempo de venta, sino también en cuanto a la segunda parte, a la reversión del oro a los elementos del capital productivo, al tiempo de compra. Supongamos, por ejemplo, que la mercancía sea enviada a la India. El viaje dura, *v. gr.*, cuatro meses. Partamos de la hipótesis de que el tiempo de venta = 0, es decir, de que la mercancía se envíe por encargo y se haga efectiva contra su entrega al agente del productor. Supongamos, asimismo, que la remisión del dinero (la forma en que se remita es indiferente, para estos efectos) dure otros cuatro meses. Pasarán, por tanto, en conjunto, ocho meses antes de que el mismo capital vuelva a funcionar como capital productivo, hasta que pueda reanudar la operación anterior. Las diferencias que esto entraña en cuanto a la rotación constituyen una de las bases materiales de los diversos plazos de crédito, y el comercio ultramarino, el de Venecia y Génova, por ejemplo, fue, en efecto, una de las fuentes del sistema de crédito en sentido estricto. “La crisis de 1847 permitió a las operaciones bancarias y comerciales de aquella época reducir el término de vencimiento de las letras giradas de Europa sobre India y la China de diez meses desde la fecha a seis meses a la vista; veinte años más tarde, al acortarse el viaje a introducirse el telégrafo, se hace necesaria una nueva reducción de seis meses a la vista a cuatro meses desde la fecha,

como paso inicial para reducir el plazo a cuatro meses a la vista. La travesía hasta Londres, en un barco de vela, por el cabo de Buena Esperanza dura, por término medio, unos noventa días. Una letra con vencimiento de cuatro meses a la vista equivaldría a un vencimiento de unos ciento cincuenta días. Las letras actuales de seis meses a la vista equivalen a un vencimiento de unos doscientos diez días." *(London Economist,* 16 de junio de 1866.) En cambio, "el término brasileño de vencimiento sigue siendo de dos y tres meses a la vista; las letras de Amberes (sobre Londres) se giran a tres meses desde la fecha, y hasta ciudades como Manchester y Bradford giran sobre Londres a tres meses y a plazos aún más largos. Esto da al comerciante, por convenio tácito, ocasión de realizar sus mercancías a tiempo para hacer frente a las letras giradas contra él en el momento de su vencimiento. No es excesivo, por tanto, el término de vencimiento de las letras sobre India. Los productos ingleses, vendidos en Londres por lo general a tres meses de plazo, no pueden, sí se calcula algún tiempo para la venta, realizarse en menos de cinco meses, y entre la compra realizada en la India y la entrega de los géneros en los almacenes ingleses transcurrirá por regla general otro tanto. Tenemos aquí, pues, un período de diez meses, mientras que las letras giradas contra las mercancías no exceden de siete" (lugar cit., 30 de junio de 1866). "El 2 de julio de 1866, cinco grandes bancos de Londres que trabajan principalmente con la India y China, y con ellos el Comptoir d'Escompte de París, notificaron que, a partir del 11 de enero de 1867, sus filiales y agencias en Oriente sólo negociarían las letras cuyo vencimiento no excediese de cuatro meses" (lugar cit., 7 de julio de 1866). Sin embargo, esta reducción fracasó y hubo de ser abandonada. (Posteriormente, la apertura del Canal de Suez ha venido a revolucionar todo esto. *F. E.)*

A medida que se prolonga el tiempo de circulación de las mercancías, aumenta, como es lógico, el riesgo de que cambien los precios en el mercado de ventas, pues aumenta el período dentro del cual puede efectuarse ese cambio de precios.

Los diversos plazos de pago en las compras y en las ventas dan lugar a una diferencia en cuanto al tiempo de circulación, que puede ser una diferencia individual entre los distintos capitales individuales que operan en la misma rama industrial o una diferencia entre las diversas ramas industriales, según los distintos plazos de vencimiento usuales en ellas, cuando los pagos no se efectúan al contado. Pero no hemos de detenernos más tiempo en este punto, tan importante para el sistema de crédito.

El volumen de los contratos de suministro, que aumenta a medida que crecen el volumen y la escala de la producción capitalista, determina también diferencias en cuanto al tiempo de rotación. El contrato de suministro, como transacción entre el comprador y el vendedor, es una operación perteneciente al mercado, a la órbita de la circulación. Por tanto, las diferencias en cuanto al tiempo de rotación derivadas de aquí brotan de la órbita de la circulación, pero repercuten directamente sobre la esfera de la producción independientemente de todos los plazos de pago y de crédito y, por consiguiente, aun en los casos de pago al contado. El carbón, el algodón, los hilados, etc., son, por ejemplo, productos discretos. Diariamente se entrega una cantidad de producto terminado. Por tanto, si el fabricante de hilados o el propietario de la mina se compromete a suministrar masas de productos que exigen, supongamos, un período de cuatro o seis semanas de jornadas de trabajo consecutivas, esto, para los efectos al plazo con vista al cual ha de desembolsarse el capital, es exactamente lo mismo que si se estableciese un período continuo de trabajo de cuatro a seis semanas. En este caso, se parte, naturalmente, del supuesto de que la masa de productos encargada ha de entregarse de una vez, o por lo menos pagarse solamente

después de entregada en su totalidad. Es lo mismo que sí cada día de por sí entregase una determinada cantidad de producto terminado. Sin embargo, esta masa terminada no es más que una parte de la masa que ha de ser suministrada con arreglo al contrato. Aunque en este caso la parte ya terminada de las mercancías encargadas no figure ya en el proceso de producción, se halla en el almacén como capital puramente potencial.

Pasemos ahora al segundo período del tiempo de circulación: el tiempo de compra, o sea, el período en que el capital revierte de la forma dinero a los elementos del capital productivo. El capital, durante este período, no tiene más remedio que mantenerse más o menos tiempo bajo la forma de capital–dinero; es decir, una cierta parte del capital global desembolsado debe adoptar constantemente esa forma, aunque esta parte se halle formada por elementos constantemente variables. En una determinada industria, será necesario que del capital total desembolsado existan bajo forma de capital–dinero *n* X 100 libras esterlinas, de modo que mientras todos los elementos integrantes de estas *n* X 100 libras se van convirtiendo constantemente en capital productivo, esta suma vaya completándose constantemente también con el reflejo de la circulación, con el capital–mercancías, a medida que vaya realizándose. Una determinada parte de valor del capital desembolsado reviste, pues, constantemente la forma de capital–dinero, es decir, una forma propia de la órbita de circulación y no de la esfera de producción.

Ya hemos visto que la prolongación del tiempo en que, por el alejamiento del mercado, el capital se ve sujeto a la forma de capital–mercancías, retrasa el reflujo del dinero y, por tanto, la transformación del capital de capital–dinero en capital productivo.

Y hemos visto también (cap. VI [pp. 115 *s*.] cómo, con referencia a la compra de las mercancías, el tiempo de compra, el mayor o menor alejamiento de las fuentes principales de materias primas, obliga a comprar materias primas para períodos un poco largos y a tenerlas disponibles bajo la forma de reservas productivas, de capital productivo latente o potencial: lo cual equivale, siendo la misma la escala de la producción, a acrecentar la masa del capital que ha de ser desembolsado de una vez y a alargar el tiempo para el cual se desembolsa.

Efectos semejantes a éstos producen en distintas ramas industriales los períodos –más cortos o menos largos– en que se lanzan al mercado grandes masas de materias primas. En Londres, por ejemplo, se celebran cada tres meses grandes subastas de lana, que dominan el mercado de este género; en cambio, el mercado de algodón se renueva entre una cosecha y otra de un modo continuo en su conjunto, aunque no siempre uniforme. Estos períodos determinan los principales plazos de compra de las materias primas correspondientes e influyen también sobre las compras, las cuales condicionan los desembolsos especulativos, mayores o menores, hechos para adquirir estos elementos de producción, del mismo modo que el carácter de las mercancías producidas influye sobre la retención especulativa, deliberada, más larga o más corta, del producto en forma de capital–mercancías potenciales. “Por eso el agricultor se ve obligado a ser también, hasta cierto punto, especulador... y a posponer, según las circunstancias del momento la venta de sus productos. [El autor hace seguir a esto algunas reglas generales. *F. E.*] Sin embargo, los factores más importantes en la venta de los productos son la persona, el producto mismo y la localidad. Quien, siendo hábil y afortunado [¡] dispone de capital suficiente para sus negocios no hará reproche si, en épocas en que rijan precios extraordinariamente bajos en el mercado, retiene su cosecha una vez al año durante algún tiempo; en cambio, si carece de capital de explotación o de todo espíritu especulativo [¡], aspirará a conseguir el precio

medio corriente, lo cual le obligará a reducir sus pretensiones, cuando se le presente la ocasión de vender. El retener la lana de un año causará casi siempre perjuicios, mientras que los cereales y las semillas oleaginosas pueden guardarse dos años en el almacén sin detrimento para la calidad de la mercancía. Productos expuestos por lo general a grandes alzas y bajas en períodos cortos de tiempo, como ocurre, por ejemplo, con las semillas oleaginosas, el lúpulo, las cardas y otros semejantes, deberán dejarse almacenadas durante los años en que el precio de venta sea considerablemente inferior al precio de producción. Los objetos en cuya venta menos se puede titubear son aquellos que suponen un gasto diario de entretenimiento, *v. gr*., el ganado de ceba, o se hallan expuestos a deteriorarse, como sucede con las patatas, las frutas, etc. En ciertas comarcas, un producto alcanza en determinadas épocas del año, por término medio, su precio más alto y en otras desciende hasta el límite más bajo; así, por ejemplo, hacia San Martín los cereales se cotizan en ciertos sitios, por término medio, a un precio más bajo que entre Navidades y Pascua. Otros productos, en ciertas regiones, sólo encuentran salida favorable en determinadas épocas, corno sucede, por ejemplo, con la lana en determinados mercados, en los que además el comercio de este género suele paralizarse, etc.” (Kirchhof, p. 302.)

Cuando se examina la segunda parte del tiempo de circulación, en la que el dinero revierte a los elementos del capital productivo, no hay que fijarse solamente en este trueque de por sí, ni en el tiempo durante el cual el dinero revierte, según la distancia a que se halla el mercado, en el que el producto se vende; hay que tener en cuenta también, y sobre todo, la extensión en que una parte del capital desembolsado tiene que existir constantemente en forma de dinero, bajo la modalidad de capital–dinero.

Independientemente de toda especulación, el volumen de compras de aquellas mercancías que tiene que existir constantemente como reserva productiva depende de los períodos de renovación de esta reserva, es decir, de circunstancias que, a su vez, dependen de las condiciones del mercado y que, por tanto, varían según las distintas materias primas, etc.; en estos casos, se plantea, pues, la necesidad de desembolsar dinero de una vez en grandes cantidades. Pero este dinero refluye siempre gradualmente, con mayor o menor rapidez, según la rotación del capital. Una parte de ese dinero, la que vuelve a invertirse en salarios, se desembolsa de nuevo, en períodos cortos. Otra parte, la que se destina a materias primas, etc., se acumula para un período largo de tiempo, como fondo de reserva, bien para hacer compras, bien para efectuar pagos. Existe, por tanto, bajo la forma de capital–dinero, aunque varíe el volumen en que se presenta como tal.

En el capítulo siguiente, veremos cómo estas circunstancias, nazcan del proceso de producción o del de circulación, imponen la existencia en forma de dinero de una determinada parte del capital desembolsado. En términos generales, debemos observar que los economistas propenden a olvidar que una parte del capital necesario para la industria no sólo recorre por turno las tres fases de capital–dinero, capital productivo y capital–mercancías, sino que algunas partes de él revisten constante y simultáneamente estas tres formas, aunque la magnitud relativa de estas partes varíe continuamente. Es, sobre todo, la parte que existe constantemente bajo la forma de capital–dinero la que los economistas olvidan, a pesar de que esta circunstancia es muy necesaria precisamente para poder comprender la economía burguesa, manifestándose también como tal en el terreno práctico.

Notas no tiene

Capítulo XV

COMO INFLUYE EL TIEMPO DE ROTACIÓN EN LA MAGNITUD DEL CAPITAL DESEMBOLSADO

En este capítulo y en el siguiente, el XVI, estudiaremos la influencia del tiempo de rotación sobre la valorización del capital.

Tomemos el capital–mercancías producto de un período de trabajo de nueve semanas, por ejemplo. Sí prescindimos por el momento, tanto de la parte del valor del producto que le añade el desgaste promedio del capital fijo como de la plusvalía incorporada a él durante el proceso de producción, vemos que el valor de este producto es igual al valor del capital circulante invertido en su producción, es decir, al valor de los salarios y de las materias primas y auxiliares consumidas en ella. Supongamos que este valor sea = 900 libras esterlinas, es decir, que se realice una inversión de 100 libras semanales. El período de producción, que aquí coincide con el período de trabajo es, pues, de 9 semanas. Para los efectos de nuestro razonamiento, no interesa saber sí se trata de un período de trabajo destinado a crear un producto continuo o de un período continuo de trabajo para fabricar un producto discreto, siempre y cuando que la cantidad de producto discreto lanzado al mercado de una vez cueste 9 semanas de trabajo. Supongamos asimismo que el tiempo de circulación sea de 3 semanas, lo que quiere decir que el tiempo de rotación en conjunto será de 12 semanas. A las 9 semanas, el capital productivo desembolsado se convierte en capital–mercancías, que pasa a la órbita de la circulación y permanece en ella tres semanas más. Por tanto, el nuevo período de producción sólo puede comenzar a partir de la 13ª semana, lo cual quiere decir que la producción se paralizaría durante tres semanas, o sea, durante una cuarta parte del período de rotación en su conjunto. Para nuestro caso, tanto da que tarde, por término medio, todo ese tiempo en venderse la mercancía o que se emplee en hacerla llegar hasta el mercado o en cobrar la mercancía vencida. El resultado será siempre el mismo: la producción se paralizará durante 3 semanas cada 3 meses, o sea, al cabo del año 4 X 3 = 12 semanas = 3 meses = 1/4 del período anual de rotación. Por consiguiente, si la producción ha de ser continua y mantenerse una semana tras otra en la misma escala, habrá que seguir uno de los caminos señalados a continuación.

Uno de ellos consiste en reducir la escala de la producción, haciendo que las 900 libras basten para mantener en marcha el trabajo tanto durante el período de trabajo como durante el período de circulación de la primera rotación. De este modo, al comenzar la 10ª semana se inicia un segundo período de trabajo, y por tanto un segundo ciclo de rotación, antes de terminar el primero, pues, como hemos dicho, el ciclo de rotación dura doce semanas y el período de trabajo nueve, 900 libras esterlinas repartidas entre 12 semanas arrojan 75 libras semanales. En primer lugar, es evidente que este acortamiento de la escala del negocio supone un cambio de dimensiones del capital fijo y, por tanto, en general, una inversión de capital más reducida. En segundo lugar, habría que ver si esta reducción es factible, ya que, con arreglo al desarrollo de la producción en las distintas industrias, existe un límite normal mínimo de inversión de capital por debajo del cual una empresa no se halla en condiciones de competir con las demás. Y este límite normal mínimo aumenta constantemente, además, con el desarrollo capitalista de la producción: no es, pues, un limite fijo. Entre el límite normal mínimo existente en cada caso y el límite normal máximo que va creciendo constantemente se dan numerosos grados intermedios, existe una zona media que admite variantes muy diversas de inversión de capital. Por consiguiente, dentro de los límites de esta media puede operarse una reducción cuyo limite es, en cada caso, el mínimo normal. En los casos de entorpecimiento de la producción, de abarrotamiento de los mercados, de encarecimiento de las materias primas, etc., se opera una reducción de la inversión normal de capital circulante, partiendo de una base dada de capital fijo, mediante la reducción del tiempo de trabajo, por ejemplo reduciendo la jornada de trabajo a medio día; del mismo modo que, en épocas de prosperidad y siempre sobre una base dada de capital fijo, se observa una extensión anormal del capital circulante, bien mediante la prolongación de la jornada de trabajo, bien mediante la intensificación de éste. En empresas que cuentan ya de antemano con estas oscilaciones, se emplean unas veces los recursos apuntados y otras veces se recurre al empleo simultáneo de un número mayor de obreros, combinado con el empleo de una reserva de capital fijo, por ejemplo de locomotoras de reserva en los ferrocarriles, etc. Sin embargo, aquí situamos el problema en las condiciones normales, por cuya razón deben dejarse a un lado estas oscilaciones anómalas.

Por tanto, para que la producción no se interrumpa deberá repartirse la inversión del mismo capital circulante en un período mayor de tiempo, entre 12 semanas en vez de 9. Esto quiere decir que en cada fase

de tiempo dada funcionará un capital productivo menor; la parte circulante del capital productivo bajará de 100 a 75, o, sea en una cuarta parte. La suma total en que se reduce el capital productivo que funciona durante el período de trabajo de 9 semanas será = 9 X 25 = 225 libras esterlinas, o sea 1/4 de 900 libras. Pero la relación entre el tiempo de circulación y el período de rotación en su conjunto seguirá siendo = 3/12 = 1/4. De donde se deduce que si se quiere que la producción no se interrumpa durante la fase de circulación del capital productivo convertido en capital mercancías hay que continuarla simultánea y continuamente una semana tras otra, y si para ello no se dispone de un capital circulante especial, esto sólo podrá conseguirse disminuyendo el volumen de producción, reduciendo la parte circulante del capital productivo en funciones. La parte del capital circulante así rescatado para que produzca durante la fase de la circulación guardará con el capital global circulante desembolsado la misma relación que el tiempo de circulación con el ciclo de rotación en su conjunto. Esto sólo es aplicable, como queda dicho, a aquellas ramas de producción en que el proceso de trabajo se mantiene una semana tras otra en la misma escala; en que, por tanto, no se plantea, como ocurre en la agricultura, la necesidad de invertir sumas variables de capital en distintos períodos de trabajo.

Pero supongamos, por el contrario, que el tipo de negocio excluya la posibilidad de reducir la escala de la producción y, por tanto, el capital circulante que semanalmente ha de ser desembolsado: en este caso, la continuidad de la producción sólo podría asegurarse movilizando un capital circulante adicional, que en el supuesto anterior debería ser de 300 libras esterlinas. Durante el período de rotación de 12 semanas se desembolsarán gradual y sucesivamente 1,200 libras, la cuarta parte de 12. Al cerrarse el período de trabajo de 9 semanas, el valor capital de 900 libras abandona la forma de capital. Durante las tres semanas en que permanece en la órbita de la circulación, funcionando como capital mercancías, presenta con respecto al proceso de producción el mismo estado que sí no existiese.

Aquí, prescindimos de todo lo referente al sistema de crédito; partimos, por tanto, del supuesto de que el capitalista explota exclusivamente su propio capital. Pero, durante las 3 semanas el capital desembolsado para el primer período de trabajo permanece en el proceso de circulación y después de salir del proceso de producción, funciona un capital adicional de 300 libras esterlinas, con el cual se asegura la continuidad de la producción.

A este propósito, conviene hacer dos observaciones:

Primera: el período de trabajo del capital de 900 libras primeramente desembolsado termina a las 9 semanas y no refluye sino al cabo de otras 3, o sea, al comenzar la l3ª semana. Pero el capital adicional de 300 libras permite iniciar inmediatamente un nuevo período de trabajo. Y esto es precisamente lo que asegura la continuidad de la producción.

Segunda: las funciones del capital primitivo de 900 libras y las del nuevo capital adicional de 300 libras, desembolsado al terminar el primer período de trabajo de 9 semanas y con el que se inicia sin interrupción el segundo período dé trabajo, al terminar el primero, se distinguen o pueden, al menos, distinguirse con toda claridad dentro del primer período de rotación, mientras que en el segundo se confunden ya las unas con las otras.

Representémonos la cosa de un modo plástico:

Primer período de rotación de 12 semanas. Primer período de trabajo de 9 semanas; la rotación del capital desembolsado en este periodo cierra su ciclo al comenzar la 13ª semana. Durante las 3 semanas siguientes, funciona ya el capital adicional de 300 libras, con que se abre el segundo período de trabajo de 9 semanas.

Segundo período de rotación. Al empezar la 13ª semana, se han recuperado 900 libras, con las que puede iniciarse ya un nuevo ciclo de rotación. Sin embargo, el segundo período de trabajo se, ha abierto ya en la 10ª semana, con las 300 libras adicionales; al comenzar la 13ª semana se lleva ya realizada, gracias a ese capital adicional, la tercera parte del periodo de trabajo, con la que se habrán convertido en producto 300 libras del capital productivo. En las 6 semanas que faltan para terminar el segundo período de trabajo sólo podrán emplearse en el proceso de producción dos terceras partes del capital recuperado de 900 libras, o sean, 600 libras. Quedarán, pues, disponibles 300 libras de las 900 iniciales para destinarlas a la misma finalidad a que se aplicó en el primer período de trabajo, el capital adicional de 300 libras. Al final de la 6ª semana del segundo período de rotación se habrá consumado el segundo período de trabajo. El capital de 900 libras

invertido en él refluirá a las 3 semanas, o sea, al final de la 9ª semana del segundo período trimestral de rotación. Al cabo de 3 semanas de circulación refluirá el capital recuperado de 300 libras. De este modo, el tercer período de trabajo de un capital de 900 libras se iniciará al comenzar la 7ª semana del segundo ciclo de rotación, o sea, al comenzar la 19ª semana del año.

Tercer período de rotación. Al final de la 9ª semana del segundo ciclo de rotación, se produce un nuevo reflujo de 900 libras esterlinas. Pero el tercer período de trabajo se ha iniciado ya en la 7ª semana del periodo de rotación anterior, y ya van transcurridas 6 semanas. Sólo durará, pues, 3 semanas. Por consiguiente, de las 900 libras ya recuperadas sólo entrarán en el proceso de producción 300. El cuarto periodo de trabajo, ocupará las 9 semanas restantes de este ciclo de rotación, con lo, cual al comenzar la 37ª semana del año se iniciarán simultáneamente el cuarto ciclo de rotación y el quinto período de trabajo.

Para simplificar los cálculos, partiremos de las siguientes bases: período de trabajo, 5 semanas; tiempo de circulación, 5 semanas; por consiguiente, ciclo de rotación en su conjunto, 10 semanas; año de 50 semanas e inversión de capital por semana, 100 libras esterlinas. El período de trabajo exigirá, por tanto, un capital circulante de 500 libras esterlinas y el tiempo de circulación un capital adicional de otras 500 libras. A base de estos datos, los períodos de trabajo y los ciclos de rotación se distribuirán del modo siguiente:

Períodos de trabajo	*Semanas*	*Libras esterl. merc.*	*Recuperado*
lº	1 – 5	500	Final 10ª sem.
2º	6 – 10	500	" 15ª "
3º	11 – 15	500	" 20ª "
4º	16 – 20	500	" 25ª "
5º	21 – 25	500	" 30ª "

Si el tiempo de circulación fuese = 0 y, por tanto, el periodo de rotación igual al período de trabajo, el número de rotaciones sería igual al número de períodos de trabajo al cabo del año. Con un período de trabajo de cinco semanas tendríamos, pues, que 50/5 semanas = 10, y el valor del capital sujeto a la rotación, sería en este caso = 500 X 10 = 5,000. En nuestro cuadro, en que se supone un tiempo de circulación de 5 semanas, se producen al cabo del año, igualmente, mercancías por valor de 5,000 libras esterlinas, pero de ellas 1/10 = 500 libras aparecen constantemente bajo la forma de capital–mercancías, que sólo se recupera a la vuelta de 5 semanas. Al final del año, el producto del décimo periodo de trabajo (semanas de trabajo 46–50) sólo habrá recorrido su ciclo de rotación en una mitad, puesto que su tiempo de circulación coincidirá con las 5 primeras semanas del año siguiente.

Ahora, pongamos un tercer ejemplo: período de trabajo, 6 semanas; tiempo de circulación, 3 semanas; inversión semanal en el proceso de trabajo, 100 libras esterlinas.

1 er. periodo de trabajo: semanas 1 – 6. Al final de la 6ª semana, un capital mercancías de 600 un capital–mercancías de 600 libras esterlinas, recuperado al final de la 9ª semana.

2 do período de trabajo: semanas 7 – 12. Durante las semanas 7 – 9, desembolso de un capital adicional de 300 libras. Al final de la 9ª semana, recuperación de 600 libras. De esta suma, invertidas en las semanas 10 – 12, 300 libras; por tanto, al final de la semana 12,300 libras de capital liquido y 600 libras de capital en mercancías, que refluirán al final de la semana 15.

3 er. período de trabajo: semanas 13 – 18. Durante las semanas 13 – 15, inversión de las 300 libras anteriores, luego recuperación de 600 libras, de ellas 300 desembolsadas para las semanas 16 – 18. Al final de la semana 18,300 libras en dinero líquido y 600 libras en capital – mercancías, que refluirá al final de la semana 21. (Véase el desarrollo más detallado de este caso más adelante, apartado II.)

Por tanto, en 9 períodos de trabajo (= 54 semanas) se producirán 600 X 9 = 5,400 libras esterlinas de mercancías. Al final del noveno período de trabajo, el capitalista poseerá 300 libras esterlinas en dinero y 600 libras esterlinas en mercancías, cuyo período de circulación se hallará todavía en curso.

Comparando entre sí estos tres ejemplos, vemos, en primer lugar, que sólo en el segundo se produce una recuperación sucesiva del capital I, de 500 libras esterlinas, y del capital adicional II, del mismo monto, capitales que aquí discurren separadamente el uno del otro, por la sencilla razón de que, en este caso, se parte del supuesto, muy excepcional, de que el período de trabajo y el tiempo de circulación representan dos fracciones iguales del período de rotación. En todos los demás casos, cualquiera que sea la desigualdad existente entre los dos períodos que forman el ciclo de rotación, los movimientos de los dos capitales se entrecruzan, como ocurre en los ejemplos I y III ya antes de iniciarse el segundo período. El capital adicional II, conjuntamente con una parte del capital I, forma el capital movilizado en el segundo período de la rotación, mientras que el resto del capital I se recupera y pone a contribución para la función primitiva del capital II. Aquí, el capital activo durante el período de circulación del capital mercancías no se identifica con el capital II primitivamente desembolsado para este fin, pero es igual a él en valor y forma la misma parte alícuota del capital global desembolsado.

En segundo lugar, el capital que funcionó durante el periodo de trabajo queda inactivo durante el período de circulación. En el segundo ejemplo, el capital funciona durante las 5 semanas del período de trabajo y queda inactivo durante las 5 semanas del período de circulación. Por tanto, el capital I se halla ocioso, en este ejemplo, seis meses al año. Durante este tiempo entra en funciones el capital adicional II, el cual queda también inactivo, en el caso que examinamos, seis meses de cada doce. Pero el capital adicional necesario para asegurar la continuidad de la producción durante el período circulatorio no depende del volumen global o de la suma de los períodos de circulación al cabo de un año, sino pura y simplemente de la relación existente entre el período de circulación y el ciclo de rotación. (Partiendo, naturalmente, del supuesto de que todas las rotaciones se desarrollen bajo condiciones idénticas.) Por eso en el ejemplo II es necesario movilizar un capital adicional de 500 libras esterlinas y no de 2,500. La explicación de esto es, sencillamente, que el capital adicional entra en la rotación exactamente lo mismo que el capital primitivo desembolsado, supliendo su volumen lo mismo que éste por el número de sus rotaciones.

En tercer lugar, el hecho de que el periodo de producción se prolongue más que el período de trabajo no altera en lo más mínimo las circunstancias aquí examinadas. Es cierto que esto hará que se prolonguen los períodos de rotación en su conjunto, pero no por ello será necesario movilizar un capital adicional para el proceso de trabajo. La única finalidad del capital adicional es la de llenar las lagunas abiertas en el proceso de trabajo por el tiempo de circulación; tiende, pues, simplemente, a poner a la producción a salvo de las perturbaciones que el tiempo de circulación crea; las que surgen de las propias condiciones de la producción han de colmarse mediante otros recursos, que no vamos a examinar aquí. Pero hay industrias en que sólo se trabaja de vez en cuando, por encargo, y en las que, por tanto, pueden sobrevenir interrupciones entre los distintos períodos de trabajo. En estas industrias, desaparece en la proporción correspondiente la necesidad de un capital adicional. También en la mayoría de los casos de trabajo por temporadas existe, por las condiciones mismas del trabajo, un cierto límite en cuanto al tiempo del reflujo de capital. El mismo trabajo no puede repetirse al año siguiente con el mismo capital, si entre tanto el período de circulación de este capital no ha transcurrido. Puede también ocurrir, por el contrarío, que el período de circulación sea más corto que el intervalo entre un periodo de producción y el siguiente. En este caso, el capital queda inactivo, a menos que durante este intervalo de tiempo se emplee en otros fines.

En cuarto lugar, el capital desembolsado para un periodo de trabajo, por ejemplo las 600 libras esterlinas del ejemplo III, se invierte, de una parte, en materias primas y materias auxiliares, en reserva productiva para el período de trabajo, en capital circulante constante, y de otra parte en capital circulante variable, en pagar el mismo trabajo. Puede ocurrir que la parte invertida en capital circulante constante no se halle disponible bajo la forma de reserva productiva para el mismo periodo de tiempo, que no se disponga, por ejemplo, de materia prima suficiente para todo el período de trabajo, que el carbón, supongamos, deba adquirirse cada dos semanas. Sin embargo –puesto que, por el momento, dejamos a un lado el crédito–, esta parte del capital, aunque no exista disponible en forma de reserva productiva, deberá existir disponible en forma de dinero, para convertirse en reserva productiva a medida que vaya siendo necesario. Esta circunstancia no altera en lo más mínimo la magnitud del valor capital circulante constante desembolsado para las 6 semanas. Por el contrario –prescindiendo de la reserva de dinero para gastos imprevistos, del verdadero fondo de reserva destinado a afrontar las perturbaciones que puedan presentarse–, los salarios se hacen efectivos en períodos más cortos, generalmente por semanas. Por tanto, caso de que el capitalista no obligue al obrero a hacerle anticipos más largos de trabajo, deberá existir en forma de dinero el capital

necesario para el pago de los salarios. Por eso, al recuperarse el capital habrá de retenerse una parte de él en forma de dinero, con destino al pago de salarios, convirtiéndose la parte restante en reserva productiva.

El capital adicional se divide exactamente lo mismo que el primitivo. Pero lo que lo distingue del capital I es el hecho de que (prescindiendo de las condiciones del crédito), para que se halle disponible con vistas a su propio período de trabajo, tiene que estar desembolsado ya durante todo el tiempo del periodo de trabajo del capital I, a pesar de no incorporarse a él. Durante este tiempo puede convertirse ya, parcialmente al menos, en capital circulante constante, desembolsado para todo el período de rotación. Hasta qué punto revista esta forma o se mantenga bajo la forma de capital–dinero adicional, hasta el momento en que deba sufrir aquella transformación, dependerá en parte de las condiciones especiales de producción de determinadas ramas industriales, y en parte de las circunstancias locales, de las oscilaciones de precios de las materias primas, etc. Si nos fijamos en el capital global de la sociedad, veremos que una parte más o menos considerable de este capital adicional deberá mantenerse siempre durante largo tiempo bajo la forma de capital–dinero. En cambio, la parte del capital II destinada a invertirse en salarios se irá transformando gradualmente en fuerza de trabajo, a medida que los períodos de trabajo cortos vayan transcurriendo y se vaya pagando a los obreros. Por tanto, esta parte del capital II deberá existir en forma de capital–dinero durante todo el período de trabajo, hasta que, al convertirse en fuerza de trabajo, sea absorbida por la función del capital productivo.

Por consiguiente, la incorporación del capital adicional necesario para convertir el tiempo de circulación del capital I, en tiempo de producción no sólo aumenta la magnitud del capital desembolsado y la duración del tiempo con vistas al cual se desembolsa necesariamente el capital global, sino que además aumenta específicamente la parte del capital desembolsado que existe como reserva–dinero y que adopta, por tanto, la forma de capital–dinero y de capital–dinero potencial.

Esto ocurre también –tanto en lo que se refiere al desembolso en forma de reserva productiva como al que se hace en forma de reserva–dinero– cuando la división del capital, impuesta por el tiempo de circulación, en dos partes: el capital destinado al primer período de trabajo y el capital suplementario para el período de circulación, no se consigue aumentando el capital desembolsado, sino reduciendo la escala de la producción. En proporción a la escala de la producción, más bien aumenta, en estos casos, el incremento del capital plasmado en forma de dinero.

Lo que se consigue con esta división del capital en un capital primitivamente productivo y otro adicional es la sucesión ininterrumpida de los períodos de trabajo, el funcionamiento constante como capital productivo de una parte igual del capital desembolsado.

Fijémonos en el ejemplo II. El capital que funciona constantemente en el proceso de producción es de 500 libras esterlinas. Como el período de trabajo = 5 semanas, este capital funciona diez veces en 50 semanas (o sea, durante lo que suponemos como un año). El producto ascenderá también, por tanto, prescindiendo de la plusvalía, a 10 X 500 = 5,000 libras esterlinas. Desde el punto de vista del capital que funciona directa e ininterrumpidamente en el proceso de producción –o sea, un valor capital de 500 libras esterlinas– parece, pues, como si el período de circulación quedase eliminado por completo. El período de rotación coincide aquí con el periodo de trabajo, pues se supone que el período de circulación = 0.

En cambio, si el capital de 500 libras esterlinas se viese entorpecido periódicamente en su actividad productiva por el tiempo de circulación de 5 semanas, de tal modo que sólo volviese a ser capaz de producir al terminar todo el período de rotación de 10 semanas, tendríamos en las 50 semanas del año 5 rotaciones de 10 semanas cada una; encuadrados en ellas, 5 períodos de producción de 5 semanas, o sea, en conjunto, 25 semanas de producción, con un producto total de 5 X 500 = 2,500 libras esterlinas; y 5 períodos de circulación de cinco semanas, lo que haría un tiempo total de circulación de otras 25 semanas. Si decimos que el capital de 500 libras esterlinas pasa por cinco rotaciones al año, es patente y claro que este capital de 500 libras no funciona en modo alguno como teniendo en cuenta todas las circunstancias del caso; sólo habrá funcionado durante medio año, pero no durante los seis meses restantes.

En nuestro ejemplo, el vacío de estas cinco períodos de circulación lo llena el capital adicional de 500 libras esterlinas, con lo cual la rotación se eleva de 2,500 libras a 5,000. Pero, ahora, el capital desembolsado son 1,000 libras en vez de 500. 5,000 dividido entre, 1,000 da 5. Por tanto, tenemos cinco rotaciones en vez de diez. Pero al decir que el capital de 1,000 libras esterlinas efectúa cinco rotaciones al

año, se borra de los cráneos vacíos de los capitalistas el recuerdo del tiempo de circulación y se forma en ellos la noción confusa de que este capital funciona constantemente en el proceso de producción durante las cinco rotaciones sucesivas. Pero, al decir que este capital de 1,000 libras efectúa cinco rotaciones, en ello va incluido tanto el tiempo de circulación como el de producción. En efecto, sí las 1,000 libras esterlinas, funcionasen realmente de un modo constante en el proceso de producción, el producto, según el supuesto de que partimos, tendría un valor de 10,000 libras esterlinas y no de 5,000. Para mantener 1,000 libras esterlinas constantemente en el proceso de producción, seria necesario un desembolso de 2,000. Los economistas, que no nos dicen nunca nada claro acerca del mecanismo de la rotación, pasan continuamente por alto este factor fundamental, a saber, que el proceso de producción sólo puede absorber en realidad una parte del capital industrial, si es que la producción ha de desarrollarse de un modo ininterrumpido. Mientras una parte actúa en el periodo de producción, otra parte tiene necesariamente que actuar en el período de circulación. O, dicho en otros términos, una parte del capital sólo puede funcionar como capital productivo a condición de que otra parte sea sustraída a la producción en sentido estricto, bajo forma de capital mercancías o capital dinero. Pasar esto por alto es tanto como pasar por alto la significación y el papel del capital–dinero.

Nos toca investigar ahora qué diferencias se presentan en cuanto a la rotación según que las dos partes integrantes del período de rotación –el período de trabajo y el período de circulación– sean iguales o que el período de trabajo sea mayor o menor que el período de circulación, y cómo influye esto en la vinculación del capital bajo la forma de capital–dinero.

Partimos del supuesto de que el capital que ha de desembolsarse semanalmente es, en todos los casos, de 100 libras esterlinas, y el período de rotación de 9 semanas, lo que quiere decir que el capital a desembolsar para cada período de rotación asciende a 900 libras esterlinas.

I. *Período de trabajo igual al período de circulación*

A pesar de que este caso representa siempre en la realidad una excepción casual, debe servirnos de punto de partida para nuestras consideraciones, por ser aquel en que los términos del problema se presentan de un modo más sencillo y más tangible.

Los dos capitales (capital I, el desembolsado para el primer de trabajo, y capital adicional II, que funciona durante el de circulación del capital I) se suceden en sus movimientos, sin confundirse entre sí. Por eso, exceptuando el primer período, cada uno de estos dos capitales se desembolsa exclusivamente para su propio período de producción. Supongamos que el período de rotación es, como en los ejemplos anteriores, de 9 semanas, dividido por mitades de 4½ semanas entre período de trabajo y período de circulación: Partiendo de esta base tendremos el siguiente esquema anual:

CUADRO I

Capital I

	Períodos de rotación Semana	*Períodos de trabajo Semana*	*Desembolso Libras esterlinas*	*Períodos de circulación Semana*
I.	1 – 9	1 – 4½	450	4½ – 9
II.	10 – 18	10 – 13½	450	13½ – 18
III.	19 – 27	19 – 22½	450	22½ – 17
IV.	28 – 36	28 – 31½	450	31½ – 36
V.	37 – 45	37 – 40½	450	40½ – 45
VI.	46 – (54)	46 – 49½	450	49½ – (54) [1]

Capital II

	Períodos de rotación Semana	*Períodos de trabajo Semana*	*Desembolso Libras esterlinas*	*Períodos de circulación Semana*
I.	4½ – 13½	4½ – 9	450	10 – 13½
II.	13½ – 22½	13½ – 18	450	19 – 22½
III.	22½ – 31½	22½ – 27	450	28 – 31½
IV.	31½ – 40½	31½ – 36	450	37 – 40½
V.	40½ – 49½	40½ – 45	450	46 – 49½
VI.	49½ – (58½)	49½ – (54)	450	(55 – 58½)

En el transcurso de las 51 semanas que aquí consideramos como un año, el capital I recorre seis períodos de trabajo, produciendo por tanto, mercancías por valor de 6 X 450 = 2,700 libras esterlinas; el capital II, en cambio, en cinco períodos de trabajo completos, sólo produce por valor de 5 X 450 = 2,250 libras esterlinas. Además, el capital II produce, en la última semana y media del año (mediados de la semana 50 a fines de la 51), por valor de otras 150 libras. Producto total, en las 51 semanas: 5,100 libras esterlinas. Por consiguiente, con respecto a la producción directa de plusvalía, que sólo se produce durante el período de trabajo, el capital global de 900 libras esterlinas efectuará 5 2/3 rotaciones (5 2/3 X 900 = 5,100 libras esterlinas). Pero, si tenemos en cuenta la rotación real y efectiva, veremos que el capital I efectúa 5 2/3 rotaciones, ya que al terminar la semana 51 tiene que recorrer aún 3 semanas de su sexto período de rotación; 5 2/3 X 450 = 2,550 libras esterlinas: y el capital II 5 1/6 rotaciones, puesto que sólo ha recorrido 1 ½ semanas de su sexto período de rotación, por lo cual 7 ½ semanas de este período caen ya dentro del año siguiente: 5 1/6 X 450 = 2,325 libras esterlinas: rotación real de conjunto 4,875 libras esterlinas.

Fijémonos en el capital I y el capital II como en dos capitales completamente independientes el uno del otro. Sus movimientos son absolutamente independientes; sí se complementan el uno al otro es, pura y simplemente, porque sus períodos de trabajo y circulación se suceden directamente entre sí. Pueden ser considerados como dos capitales completamente distintos, pertenecientes a distintos capitalistas.

El capital I ha recorrido cinco períodos de rotación completos y dos terceras partes del sexto. Al final del año, presenta la forma de capital–mercancías, al que le faltan todavía 3 semanas para su normal realización. Durante este tiempo, no puede entrar en el proceso de producción. Funciona simplemente como capital–mercancías: circula. Sólo ha recorrido 2/3 de su último período de rotación, sólo ha recuperado en 2/3 sólo 2/3 de su valor total han efectuado una rotación completa. Decimos: 450 libras esterlinas efectúan su rotación en 9 semanas, lo que equivale a 300 libras en 6 semanas. Este modo de expresarse omite las relaciones orgánicas existentes entre las dos partes integrantes específicamente distintas del periodo de rotación. El sentido exacto de la afirmación de que el capital de 450 libras esterlinas desembolsado ha efectuado 5 2/3 rotaciones sólo puede ser que ha efectuado cinco rotaciones completas y de la sexta solamente 2/3. En cambio, la afirmación de que el capital recuperado = 5 2/3 veces el capital desembolsado, o sea, en el caso anterior, = 5 2/3 X 450 libras esterlinas = 2,550 libras, encierra la aseveración exacta de que si este capital de 450 libras no se completase con otro de 450 libras, una parte de él tendría necesariamente que encontrarse en el proceso de producción y otra parte en el proceso de circulación. Para que el tiempo de rotación pueda expresarse en la masa del capital recuperado, tiene que expresarse en una semana del valor existente (en realidad, en una masa del producto terminado). El hecho de que el capital desembolsado no se presenta bajo una forma que le permita iniciar de nuevo el proceso de producción se revela en que sólo una parte de él se halla en condiciones de poder producir o de que, para encontrarse en condiciones de producción continua, el capital debiera dividirse en una parte que figurase constantemente en el período de producción y otra que apareciese constantemente en el período de circulación, según la relación existente entre estos dos períodos. Es la misma ley según la cual la masa del capital productivo en constante funcionamiento se halla determinada por la relación existente entre el período de circulación y el de rotación.

Al final de la semana 51, que suponemos ser el fin del año, aparecen desembolsados del capital II, 150 libras esterlinas, invertidas en la producción de producto aún no terminado. Otra parte de este capital presenta la forma de capital circulante constante –materias primas, etc.–, o sea, una forma bajo la cual puede funcionar como capital productivo en el proceso de producción, Pero hay aún otra parte que aparece bajo la forma de dinero: es, por lo menos, la destinada a pagar los salarios correspondientes al resto del periodo de trabajo (3 semanas), los cuales no se hacen efectivos hasta el final de cada semana. Aunque esta parte del

capital, al comienzo del nuevo año y, por tanto, al comienzo de un nuevo ciclo de rotación, no se presenta bajo la forma de capital productivo, sino bajo la forma de capital–dinero, que no le permite actuar directamente en el proceso de producción, se encuentra, sin embargo, al iniciarse la nueva rotación, funcionando dentro del proceso de producción, capital circulante variable, es decir, fuerza de trabajo viva. Este fenómeno se explica por el hecho de que, aunque la fuerza de trabajo se compre y se utilice al comenzar el período de trabajo, digamos por semanas, sólo se paga al final de cada semana. El dinero actúa aquí como medio de pago. Por eso figura, de una parte, como dinero en manos del capitalista, mientras que, de otra parte, la fuerza de trabajo, la mercancía en que se invierte, funciona ya en el proceso de producción, lo cual quiere decir que el mismo valor capital aparece aquí por partida doble.

Si nos fijamos exclusivamente en los períodos de trabajo, vemos que el

Capital	I:	produce 6	X 450 = 2,700 libras esterlinas
"	II:	prodece 5 ½	X 450 = 2400 libras esterlinas
		en total : 5 ½	X 900 = 5,100 libras esterlinas

Por tanto, el capital total de 900 libras desembolsado ha funcionado como capital productivo 5 2/3 veces en un año. Para los efectos de la producción de plusvalía es indiferente el modo como se distribuya el capital entre el período de producción y el de distribución, siempre que sea por partes iguales: tanto da que haya 450 libras esterlinas constantemente en el primero y 450 en el segundo o que las 900 libras esterlinas permanezcan 4½ semanas en uno y 4½ semanas en otro.

En cambio, sí nos fijamos en los períodos de rotación, el resultado será éste:

Capital	I:	5 2/3	X 450 = 2,550 libras esterlinas
"	II:	5 1/6	X 450 = 2,325 libras esterlinas
	en total :	5 5/12	X 900 =4,875 libras esterlinas

recuperadas. En efecto, el volumen del capital global es igual a la suma de las cantidades recuperadas de I y II, divididas entre la suma de ambos capitales.

Hay que observar que aunque los capitales I y II fuesen independientes entre sí, sólo representarían partes distintas e independientes del capital social desembolsado en la misma rama de producción. Por tanto, si el capital social dentro de esta rama de producción sólo se hallase formado por los capitales I y II, regiría para la rotación del capital social en esta rama el mismo cálculo que aquí establecemos para las dos partes I y II del mismo capital privado. Cada una de las partes del capital global de la sociedad invertida en una rama especial de producción puede calcularse así. En último resultado el número de rotaciones del capital global de la sociedad es igual a la suma del capital que gira en las distintas ramas de producción, dividida entre la suma del capital desembolsado en todas ellas.

Asimismo debe tenerse en cuenta que, del mismo modo que aquí los capitales I y II, invertidos en la misma industria privada, tienen, en rigor, distintos años de rotación (ya que el ciclo de rotación del capital II se inicia 4½ semanas después que el del capital I y el año industrial del capital I termina por tanto, 4½2 semanas antes que el del capital II), los distintos capitales privados invertidos en la misma rama de producción inician sus negocios en momentos completamente distintos y terminan, por tanto, su rotación anual en épocas distintas del año. Pero el mismo cálculo medio que establecemos más arriba para los capitales

I y II sirve para reducir aquí los años de rotación de las distintas partes independientes del capital social a un único año de rotación.

II. *Periodo de trabajo mayor que el período de circulación*

Aquí, los períodos de trabajo y circulación de los capitales I y II se confunden, en vez de sucederse el uno al otro. Al mismo tiempo se rescata y queda libre una parte del capital, cosa que no ocurre en el caso anterior.

Pero esto no altera para nada el hecho de que, lo mismo en este caso que en el anterior: 1º el número de los periodos de trabajo del capital global desembolsado es igual a la suma del valor del producto anual de ambas partes del capital invertido, dividida entre el capital desembolsado en su conjunto, y 2º el número de rotaciones del capital global es igual a la suma de las dos cantidades recuperadas, dividida entre la suma de los dos capitales desembolsados. También aquí debemos considerar ambas partes del capital como si describiesen movimientos de rotación completamente independientes el uno del otro.

CUADRO II

Capital I: 600 libras esterlinas

	Períodos de rotación Semanas	Períodos de trabajo Semanas	Desembolso Libras esterlinas	Períodos de circulación Semanas
I.	1 - 9	1 – 6	600	7 – 9
II.	10 – 18	10 – 15	600	16 – 18
III.	19 – 27	19 – 24	600	25 – 27
IV.	28 –36	28 –33	600	34 – 36
V.	37 – 45	37 –42	600	43 –45
VI.	46 – (54)	46 – 51	600	(52 – 54)

Capital adicional II: 300 libras esterlinas

	Períodos de rotación Semanas	Períodos de trabajo Semanas	Desembolso Libras esterlinas	Períodos de circulación Semanas
I.	7 – 15	7 – 9	300	10 – 15
II.	16 – 24	16 – 18	300	19 – 24
III.	25 – 33	25 – 27	300	28 – 33
IV.	34 – 42	34 – 36	300	37 – 42
V.	43 – 51	43 – 45	300	46 –51

Volvemos a partir, pues, del supuesto de que todas las semanas se invierten 100 libras esterlinas en el proceso de trabajo. El período de trabajo dura 6 semanas y exige, por tanto, 600 libras esterlinas de cada vez como el desembolso (capital I). El período de circulación es de 3 semanas; por consiguiente, el período de rotación abarca, como en el caso anterior, 9 semanas. Suponemos que durante el período de circulación de tres semanas del capital I entra en juego un capital II, de 300 libras esterlinas. Considerando ambos capitales como independientes el uno del otro, tendremos el siguiente esquema de la rotación anual (véase el cuadro II en la página 255).

El proceso de producción se desarrolla sin interrupción sobre la misma escala durante el año entero. Los dos capitales I y II permanecen totalmente separados el uno del otro. Pero, para presentarlos así, separados, hemos tenido que romper los vínculos que los unen y entrelazan en la realidad, alterando con ello,

al mismo tiempo, el número de rotaciones. Por tanto, según el cuadro anterior tendremos las siguientes rotaciones:

Capital	I:	5 2/3	X 600 = 3,400 libras esterlinas
"	II:	5	X 300 = 1,500 libras esterlinas
"	en total	5 4/9	X 900 = 4,900 libras esterlinas

Pero esto no concuerda, pues, como veremos, los verdaderos períodos de producción y circulación no coinciden de un modo absoluto con los del esquema anterior, en el que interesaba principalmente hacer que los dos capitales I y II apareciesen como independientes el uno del otro.

En efecto, en la, realidad el capital II no tiene ningún período de trabajo y circulación especial, independiente del capital I. El período de trabajo es de 6 semanas, el de circulación de 3. Como el capital II sólo es de 300 libras esterlinas, sólo puede llenar parte de un período de trabajo. Así es, en efecto. Al final de la 6ª semana entra en circulación un valor en productos de 600 libras esterlinas, que refluye en dinero al final de la 9ª semana. Con ello, entra en funcionas, al comenzar la semana 7ª, el capital II, que cubre las necesidades del siguiente período de trabajo, durante las semanas 7–9. Ahora bien, según la hipótesis de que partimos, al final de la semana 9ª sólo se ha recorrido la mitad del proceso de trabajo. Por tanto, al comenzar la semana 10ª volverá a entrar en actividad el capital I de 600 libras esterlinas recién recuperado, cubriendo con 300 libras los gastos necesarios para las semanas 10–12. Con ello, se liquidará el segundo período de trabajo. El valor en productos de 600 libras esterlinas que se halla en circulación refluirá al final de la semana 15ª; al mismo tiempo, quedarán libres 300 libras esterlinas, importe del primitivo capital II, que podrán funcionar en la primera mitad del siguiente período de trabajo, es decir, en las semanas 13–15. Transcurrido este período, volverán a refluir las 600 libras; de ellas, 300 alcanzarán hasta el final del período de trabajo y las 300 libras restantes quedarán disponibles para el período siguiente.

La cosa se desarrollará, pues, del modo siguiente:

1 er. período de rotación: semanas 1–9.

1 er. período de trabajo: semanas 1–6. Capital 1,600 libras esterlinas, en funciones.

1 er. período de circulación: semanas 7–9. Al final de la 9ª semana refluyen 600 libras esterlinas.

2º período de rotación: semanas 7–15.

2º período de trabajo: semanas 7–12.

Primera mitad: semanas 7–9. Capital II, 300 libras esterlinas, en funciones. Al final de la 9ª semana refluyen 600 libras esterlinas en dinero (capital I).

Segunda mitad: semanas 10–12. 300 libras esterlinas del capital I, en funciones. Las 300 libras esterlinas restantes del capital I quedan disponibles.

2º periodo de circulación: semanas 13–15.

Al final de la semana 15ª refluyen 600 libras esterlinas en dinero (la mitad del capital I y la mitad del capital II).

3 er. período de rotación: semanas 13–21.

3 er. período de trabajo: semanas 13–18.

Primera mitad: semanas 13–15. Entran en funciones las 300 libras disponibles. Al final de la 15ª semana, refluyen en dinero 600 libras esterlinas.

Segunda mitad: semanas 16–18. De las 600 libras esterlinas recuperadas, funcionan 300; las 300 restantes vuelven a quedar disponibles.

3 er. período de circulación: semanas 19–21, al final de las cuales vuelven a refluir en dinero 600 libras, en las que aparecen fundidos ahora, indistintamente, el capital I y el capital II.

Por este procedimiento se obtienen ocho ciclos completos de rotación de un capital de 600 libras esterlinas (I: semanas 1–9; II: semanas 7–15; III: semanas 13–21; IV: semanas 19–27; V: semanas 25–33; VI: semanas 31–39; VII: semanas 37–45; VIII: semanas 43–51), hasta llegar al final de la semana 51. Pero como las semanas 49 51) corresponden al octavo período de rotación, durante ellas deberán entrar en funciones las 300 libras del capital disponible y mantener en marcha la producción. De este modo, la rotación se presenta al final del año, así: 600 libras esterlinas han efectuado ocho rotaciones completas, con un total de 4,800 libras esterlinas. A esto hay que añadir el producto de las últimas 3 semanas (49 51), que sólo representan la tercera parte de un ciclo de rotación de 9 semanas y que, por tanto, sólo añaden a la suma total de rotación la tercera parte de su importe, o sean, 100 libras esterlinas. Por consiguiente, aunque el producto anual de 51 semanas sea = 5,100 libras esterlinas, el capital recuperado por la rotación será solamente 4,800 + 100 = 4,900 libras esterlinas; esto quiere decir que el capital de 900 libras desembolsado se habrá recuperado por rotación de 5 4/9 veces, es decir, un poco más que en el caso I.

En el ejemplo anterior partíamos de un supuesto en que el tiempo de trabajo = 2/3 , el tiempo de circulación = 1/3 del período de rotación, siendo el tiempo de trabajo, por tanto, un simple múltiplo del tiempo de circulación. Se trata ahora de saber sí la disponibilidad del capital que aquí se observaba se da también aunque no ocurra eso.

Supongamos que el período de trabajo = 5 semanas, el tiempo de circulación = 4 semanas, el desembolso de capital por semana, 100 libras esterlinas.

1 er. período de rotación: semanas 1–9.

1 er. período de trabajo: semanas 1–5. Capital I = 500 libras esterlinas, en funciones.

1 er. período de circulación: semanas 6–9. Al final de la 9ª semana, refluyen 500 libras esterlinas en dinero.

2º periodo de rotación: semanas 6–14.

2º período de trabajo: semanas 6–10.

Primera parte: semanas 6–9. Capital II = 400 libras esterlinas, en funciones. Al final de la 9ª semana, refluye en dinero el capital I = 500 libras esterlinas.

Segunda parte: semana 10. De las 500 libras esterlinas recuperadas, funcionan 100. Las 400 restantes quedan disponibles para el período de trabajo siguiente.

2º período de circulación: semanas 11–14. Al final de la 14ª semana, refluyen 500 libras esterlinas en dinero.

Hasta el final de la semana 14 (semanas 11–14), funcionan las 400 libras esterlinas que quedaron disponibles más arriba: 100 libras esterlinas de las 500 que luego refluyen completan el capital necesario para el tercer período de trabajo (semanas 11–15), con lo cual vuelven a quedar disponibles para el cuarto periodo de trabajo otras 400 libras. Y este mismo fenómeno se repite en todos los períodos de trabajo; cada uno de ellos se encuentra, al comenzar, con 400 libras esterlinas, suficientes para las cuatro primeras semanas. Al final de la cuarta semana, refluyen en dinero 500 libras esterlinas, de las cuales sólo 100 son necesarias para la última semana; las 400 restantes quedan disponibles para el siguiente periodo de trabajo.

Supongamos ahora que haya un período de trabajo de 7 semanas, con un capital I de 700 libras esterlinas, un tiempo de circulación de 2 semanas y un capital II de 200 libras.

En estas condiciones, el primer período de rotación durará las semanas 1–9. El primer período de trabajo abarcará las semanas 1–7, con un desembolso de 700 libras esterlinas, y el primer período de circulación las semanas 8–9. Al final de la 9ª semana, refluirán las 700 libras esterlinas en dinero.

El segundo período de rotación abarcará las semanas 8–16, de las cuales las semanas 8–14 formarán el segundo período de trabajo. Los recursos necesarios para las semanas 8ª, y 9ª se suplirán con el capital II. Al final de la 9ª semana refluirán las 700 libras anteriores; de ellas se consumirán, hasta el final del período de trabajo (semanas 10–14) 500 libras esterlinas. Quedarán 200 disponibles para el período de trabajo siguiente, El segundo período de circulación durará dos semanas, la 15ª y la 16ª; al final de la semana 16ª, refluirán 700 libras. A partir de ahora, se repetirá el mismo fenómeno en cada período de trabajo. El capital necesario para las dos primeras semanas se cubre con las 200 libras esterlinas que quedan disponibles al final del período de trabajo precedente; al final de la 2ª semana, refluyen 700 libras; pero el período de trabajo sólo cuenta ya cinco semanas, por cuya razón sólo puede exigir 500 libras esterlinas; siempre quedarán, pues, 200 libras disponibles para el período de trabajo siguiente.

Llegamos, por tanto, a la conclusión de que en este caso, en que el período de trabajo, según el supuesto de que se parte, es mayor que el período de circulación, queda siempre disponible al final de cada período de trabajo un capital–dinero del mismo volumen que el capital II desembolsado para el período de circulación. En nuestros tres ejemplos, el capital II era, en el primero = 300 libras esterlinas, en el segundo = 400 y en el tercero = 200; consiguientemente, el capital disponible al final de cada período de trabajo era de 300, 400 y 200 libras esterlinas respectivamente.

III. *Período de trabajo menor que el período de circulación*

Volvemos a partir, ante todo, del supuesto de un período de rotación de 9 semanas; de ellas corresponden al período de trabajo 3 semanas, para el que se dispone del capital I = 300 libras esterlinas. Supongamos que el período de circulación sea de 6 semanas. Para estas 6 semanas hace falta contar con un capital adicional de 600 libras esterlinas, el cual puede ser dividido, a su vez, en dos capitales de 300 libras cada uno, destinados a dos períodos de trabajo. Tendremos así tres capitales de 300 libras esterlinas: 300 libras se hallarán invertidas constantemente en la producción, mientras las 600 libras restantes se encuentran circulando (véase el cuadro III en esta página).

Tenemos ante nosotros el paralelo exacto del caso I, aunque con la diferencia de que aquí se suceden unos a otros tres capitales, en vez de dos. Los capitales no se confunden ni entrecruzan; cada uno de ellos puede seguirse por separado hasta el final del año. Por tanto, no se produce, como no se producía tampoco en el caso I, una disponibilidad del capital al final de un período de trabajo. El capital I se invierte en su totalidad al final de la 3ª semana, refluye por entero al final de la semana 9 y vuelve a entrar en funciones al comenzar la semana 10. Y lo mismo ocurre con los capitales II y III. La sucesión periódica y completa de unos capitales por otros excluye toda disponibilidad.

CUADRO III

Capital I

	Períodos de rotación Semanas	*Períodos de trabajo Semanas*	*Períodos de circulación Semanas*
1.	1 – 9	1 – 3	4 – 9
II.	10 – 18	10 – 12	13 – 18
III.	19 – 27	19 – 21	22 – 27
IV.	29 – 36	28 – 30	31 – 36
V.	37 – 45	37 – 39	40 – 45
VI.	46 – (54)	46 – 48	49 – (54)

Capital II

	Períodos de rotación Semanas	*Períodos de trabajo Semanas*	*Períodos de circulación Semanas*
I.	4 – 12	4 – 6	7 – 12
II.	13 – 21	13 – 15	16 – 21
III.	22 – 30	22 – 24	25 – 30
IV.	31 – 39	31 – 38	34 –39
V.	40 – 48	40 – 42	43 – 48
VI:	49 – (57)	49 – 51	(52 – 57)

Capital III

	Períodos de rotación Semanas	*Períodos de trabajo Semanas*	*Períodos de circulación Semanas*
I:	7 – 15	7 – 9	10 – 15
II:	16 – 24	16 – 18	19 – 24
III.	25 – 33	25 – 27	28 – 33
IV.	34 – 42	34 – 36	37 – 42
V.	43 – 51	43 – 45	46 – 51

La rotación en su conjunto se ajusta al siguiente esquema:

Capital	I:	300 libras esterlinas			X 5 2/3 = 1,700 libras esterlinas		
"	II:	300	"	"	X 5 1/3 = 1,600	"	"
"	III:	300	"	"	X 5 = 1,500	"	"
	en total	900	"	"	X 5 1/3 = 4,800	"	"

Pongamos ahora un ejemplo en que el período de circulación no represente un múltiplo exacto del período de trabajo; por ejemplo, en que el período de trabajo sea de 4 semanas y el período de circulación de 5. Las sumas de capital correspondiente serían, por tanto: capital I = 400 libras esterlinas, capital II = 400 libras, capital III = 100 libras. Daremos solamente el cuadro de las tres primeras rotaciones:

CUADRO IV

Capital I

	Períodos de rotación Semanas	*Períodos de trabajo Semanas*	*Períodos de circulación Semanas*
I.	5 – 13	1 – 4	5 – 9
II.	9 – 17	9.10 –12	13 –17
III.	17 – 25	17.18 – 20	21 – 25

Capital II

	Períodos de rotación Semanas	*Períodos de trabajo Semanas*	*Períodos de circulación Semanas*
I.	5 – 13	5 – 8	9 – 13

II.	13 – 21	13.14 – 16	17 – 21
III.	21 – 29	21.22 – 24	25 – 29

Capital III

	Períodos de rotación Semanas	*Períodos de trabajo Semanas*	*Períodos de circulación Semanas*
I.	9 – 17	9	10 – 17
II.	17 – 25	17	18 – 25
III.	25 – 33	25	26 – 33

Aquí, los capitales se entrecruzan, puesto que el período de trabajo del capital III, que no es un período de trabajo independiente, ya que este capital sólo alcanza para una semana, coincide con la primera semana de trabajo del capital I. En cambio, encontramos al final del período de trabajo, tanto del capital I como del II, una suma disponible de 100 libras esterlinas igual al capital III. En efecto, si el capital III cubre la primera semana del segundo período de trabajo y de todos los períodos de trabajo siguientes del capital I y al final de esta primera semana refluye todo el capital I, 400 libras, sólo quedará para el primer resto del período de trabajo del capital I un plazo de 3 semanas, con su correspondiente inversión de capital de 300 libras. Las 100 libras que de este modo quedan disponibles bastarán para cubrir la primera semana del período de trabajo inmediatamente siguiente del capital II; al final de esta semana, refluirá todo el capital II, 400 libras; pero como el período de trabajo iniciado sólo puede absorber ya 300 libras, al final de él volvemos a encontrarnos con 100 libras disponibles; y así sucesivamente. Por tanto, allí donde el período de circulación no es un simple múltiplo del período de trabajo queda una parte del capital disponible al final de éste, igual a la parte de capital que ha de cubrir el remanente del período de circulación sobre el período de trabajo o sobre un múltiplo de períodos de trabajo.

En todos los casos investigados se parte del supuesto de que tanto el período de trabajo como el período de circulación se mantienen invariables a lo largo de todo el año, en la industria de que se trate. Este supuesto era necesario, si se quería averiguar la influencia del tiempo de circulación sobre la rotación y el desembolso de capital. El hecho de que en la realidad ese supuesto no se presente de modo incondicional, y a veces no se presente de manera alguna, no altera para nada los términos del problema.

En todo este apartado, nos hemos limitado a examinar las rotaciones del capital circulante, no las del capital fijo. Por la sencilla razón de que el problema que estudiamos no guarda la menor relación con esta segunda clase de capital. Los medios de trabajo, etc., empleados en el proceso de producción sólo constituyen capital fijo en la medida en que su tiempo de empleo dure más que el período de rotación del capital circulante; en la medida en que el tiempo durante el cual estos medios de trabajo siguen funcionando en procesos de trabajo continuamente repetidos es mayor que el período de rotación del capital circulante, es decir, = *n* períodos de rotación de este capital. Sea mayor o menor el tiempo de conjunto formado por estos *n* períodos de rotación del capital circulante, la parte del capital productivo desembolsada para todo este tiempo en forma de capital fijo no vuelve a desembolsarse dentro del mismo tiempo. Sigue funcionando bajo su antigua forma útil. No hay más diferencia sino que, según la diversa duración de los distintos períodos de trabajo de cada período de rotación del capital circulante, el capital fijo transfiere una parte mayor o menor de su valor originario al producto de este período de trabajo, y según lo que dure el tiempo de circulación de cada período de rotación, esta parte de valor del capital fijo transferida al producto refluye más rápida o más lentamente en forma de dinero. El carácter del problema que estudiamos en este apartado –la rotación de la parte circulante del capital productivo– se desprende por sí mismo del carácter de esta parte del capital. El capital circulante empleado en un período de trabajo no puede emplearse en un nuevo período de trabajo antes de que se haya cerrado su ciclo de rotación, antes de que se haya convertido en capital–mercancías, éste en capital–dinero y el capital–dinero, a su vez, en capital productivo. Por consiguiente, para que el primer período de trabajo pueda ir seguido inmediatamente de un segundo período de trabajo, es necesario desembolsar nuevo capital e invertirlo en los elementos circulantes del capital productivo, y además en cantidad suficiente para llenar la laguna producida por el período de circulación del capital circulante desembolsado con destino al primer período de trabajo. De aquí la influencia de la duración del período de trabajo del capital circulante sobre la escala de explotación del proceso de trabajo y sobre la división del

capital desembolsado, o bien, en su caso, sobre el desembolso de nuevas cantidades de capital. Y esto era precisamente lo que nos proponíamos investigar en el presente apartado.

IV. *Resultados*

De la anterior investigación se desprenden las siguientes conclusiones:

A) Las diferentes partes en que debe dividirse el capital, para que una de ellas pueda figurar constantemente en el período de trabajo, mientras otras funcionan en el período de circulación, se desprenden como otros tantos capitales privados distintos e independientes, en dos casos: *1*) cuando el período de trabajo es igual al período de circulación, es decir, cuando el ciclo de rotación se divide en dos segmentos iguales; 2) cuando, siendo el período de circulación mayor que el período de trabajo, representa al mismo tiempo un múltiplo de éste, de tal modo que cada período de circulación = *n* períodos de trabajo, siempre y cuando que *n* represente una cifra completa. En estos casos, no queda disponible ninguna parte del capital sucesivamente desembolsado.

B) En cambio, en todos aquellos casos en que *1*) el período de circulación es mayor que el período de trabajo, pero sin representar un simple múltiplo de éste, o en que 2) el período de trabajo es mayor que el de circulación, queda siempre disponible al final de cada período de trabajo, a partir de la segunda rotación, de un modo constante y periódico, una parte del capital circulante global. Capital disponible que es igual a la parte del capital global desembolsado para el período de circulación, en los casos en que la duración de éste excede de la del período de trabajo, e igual a la parte de capital que tiene que cubrir el remanente del período de circulación sobre el de trabajo, cuando el primero tiene una duración superior a la del segundo.

C) De lo dicho se desprende que, en cuanto a la parte circulante del capital global de la sociedad, la disponibilidad de capital representa la regla y la sucesión de las partes de capital periódicamente incorporadas al proceso de producción la excepción. En efecto, la igualdad entre el período de trabajo y el de circulación o entre éste y un simple múltiplo del período de trabajo, o sea, la proporcionalidad regular entre las dos partes integrantes del ciclo de rotación, no guarda la menor relación con la naturaleza misma de la cosa, por cuya razón sólo puede darse, de un modo general, en casos excepcionales.

Por tanto, durante el ciclo anual de rotación aparecerá siempre en forma de capital disponible una parte muy considerable del capital circulante de la sociedad recuperado varias veces en el transcurso del año.

Asimismo es evidente que, suponiendo que las demás circunstancias no varíen, la magnitud de este capital que queda disponible aumenta al aumentar el volumen del proceso de trabajo o la escala de la producción y, por tanto, al desarrollarse la producción capitalista. En el caso *B*, *2*, porque aumenta el capital desembolsado; en el caso *B*, *1*, porque, al desarrollarse la producción capitalista, aumenta la duración del período circulatorio y también, por tanto, el período de rotación en los mismos casos que el período de trabajo, sin relación regular entre ambos períodos.

En el primer caso, había que desembolsar, por ejemplo, 100 libras esterlinas semanalmente. Para un período de trabajo de 6 semanas, 600 libras, para un período de circulación de 3 semanas, 300 libras; en total, 900 libras esterlinas. En este caso, quedan disponibles constantemente 300 libras. En cambio, sí se invirtiesen 300 libras semanales, tendríamos un desembolso de 1,800 libras para el período de trabajo y 900 libras para el período de circulación, con lo cual quedarían periódicamente disponibles 900 libras, en vez de 300.

D) El capital global de 900 libras esterlinas, por ejemplo, debe dividirse en dos partes, como en el caso anterior: 600 libras para el período de trabajo y 300 para el período de circulación. La parte realmente invertida en el proceso de trabajo se reduce así en una tercera parte, de 900 libras a 600, con lo cual se reduce también en una tercera parte la escala de producción. Por otra parte, las 300 libras sólo funcionan para asegurar la continuidad del período de trabajo, haciendo que cada semana del año puedan invertirse en el proceso de trabajo 100 libras esterlinas.

Desde un punto de vista abstracto, tanto da que funcionen 600 libras esterlinas durante 6 X 8 = 48 semanas (producto = 4,800 libras esterlinas) o que todo el capital de 900 libras se invierta en el proceso de trabajo durante 6 semanas, quedando luego inactivo durante el proceso de circulación de 3 semanas; en este caso, funcionaria, durante las 48 semanas, 5 1/3 X 6 = 32 semanas (producto = 5 1/3 X 900 = 4,800 libras esterlinas) y quedaría inactivo durante 16. Pero, prescindiendo del mayor deterioro del capital fijo durante las 16 semanas de inactividad y del encarecimiento del trabajo, que deberá abonarse durante el año entero, a

pesar de no emplearse más que durante una parte de él, es evidente que semejante interrupción periódica del proceso de producción no se armoniza con la marcha de la moderna gran industria. La continuidad constituye de por sí una sola fuerza productiva del trabajo.

Sí nos fijamos un poco de cerca en el capital disponible, que es en realidad un capital en suspenso, vemos que una parte considerable de él tiene que revestir siempre, necesariamente, la forma de capital–dinero. Sigamos con nuestro ejemplo: período de trabajo, 6 semanas; período de circulación, 3 semanas; inversión semanal, 100 libras esterlinas. Al llegar a la mitad del segundo período de trabajo, al final de la 9ª semana, refluyen 600 libras esterlinas, de las cuales sólo habrá que invertir, durante el resto del período de trabajo, 300. Por tanto, al final del segundo período de trabajo quedarán disponibles 300 libras. ¿En qué estado se encuentran estas 300 libras? Supongamos que 1/3 haya de invertirse en salarios y 2/3 en materias primas y materiales auxiliares. Esto quiere decir que de las 600 libras recuperadas 200 aparecerán bajo la forma de dinero destinado a salarios y 400 en forma de reserva productiva, de elementos del capital productivo circulante constante. Pero, como para la segunda parte del período de trabajo II basta con la mitad de esta reserva productiva, la otra mitad permanecerá durante tres semanas bajo la forma de reserva productiva remanente, es decir, sobrante de un período de trabajo. Sin embargo, el capitalista sabe que de esta parte (= 400 libras esterlinas) del capital recuperado sólo necesita, para el período de trabajo en curso, la mitad (= 200 libras). Dependerá, pues, de las condiciones existentes en el mercado el que vuelva a convertir estas 200 libras inmediatamente, en todo o en parte, en reserva productiva remanente o las retenga total o parcialmente como capital–dinero, en espera de que existan condiciones más favorables en el mercado. Por otra parte, se comprende de suyo que la parte de aquella suma invertida en salarios = 200 libras esterlinas, debe conservarse necesariamente en dinero. El capitalista no puede guardar en el almacén la fuerza de trabajo, como hace con las materias primas, después de comprarla. Tiene que incorporarla inmediatamente al proceso de producción, y la paga al final de cada semana. Por tanto, del capital de 300 libras que queda disponible, estas 100 libras tienen que revestir necesariamente la forma de capital–dinero disponible, es decir, de capital–dinero no necesario para el proceso de trabajo. El capital que queda disponible en forma de capital–dinero tiene que ser, consiguientemente igual, por lo menos, a la parte del capital variable, o sea, a la parte del capital invertida en salarios; a lo sumo, podrá abarcar todo el capital que queda disponible. En la práctica, oscila constantemente entre este máximum y aquel mínimum.

El capital–dinero que queda así disponible, por el simple mecanismo del movimiento de rotación (al lado del capital–dinero necesario por el reflujo sucesivo del capital fijo y del que se necesita en todo proceso de trabajo como capital variable) está llamado a desempeñar un importante papel, tan pronto como se desarrolla el sistema de crédito, a convertirse, al mismo tiempo, en una de las bases de éste.

Supongamos, partiendo de nuestro ejemplo, que el tiempo de circulación se reduzca de 3 semanas a 2. Y que esto no sea normal, sino consecuencia, digamos de una época próspera en los negocios, del acortamiento de los plazos de pago, etc. El capital de 600 libras esterlinas invertido durante el período de trabajo refluye una semana antes de lo necesario y queda, por tanto, disponible durante esta semana. Además, quedan disponibles al llegar a la mitad del período de trabajo, lo mismo que antes, 300 libras esterlinas (parte de aquellas 600). aunque ahora por 4 semanas en vez de 3. Por consiguiente, aparecerán en el mercado de dinero durante una semana 600 libras esterlinas, y 300 durante 4 semanas en vez de 3. Y como esto no afecta a un solo capitalista, sino a muchos, y se produce en distintos períodos y en diversas ramas industriales, se acumula en el mercado, por esta misma razón, más dinero disponible. Si este estado de cosas se mantiene durante algún tiempo, la producción se extenderá, allí donde ello sea posible; los capitalistas que trabajen con capital prestado ejercerán menos demanda sobre el mercado de dinero, lo que aliviará este mercado lo mismo que un aumento de la oferta, finalmente, puede también ocurrir que las sumas que el mecanismo deje sobrantes sean lanzadas definitivamente al mercado de dinero.

Como resultado de la reducción del tiempo de circulación de 3 semanas a 2 y, por tanto, del período de rotación de 9 semanas a 8, quedará sobrante 1/9 del capital global desembolsado: ahora, el período de trabajo de 8 semanas podrá funcionar con la misma continuidad que antes con 900 libras. Por eso, una parte de valor del capital mercancías = 100 libras esterlinas, una vez que revierta a dinero, permanecerá bajo esta forma, como capital–dinero, dejando de funcionar como parte del capital desembolsado para el proceso de producción. Mientras ésta se mantiene en la misma escala y se sigue desarrollando en idénticas condiciones, en lo que se refiere a los precios, etc., la suma de valor del capital desembolsado se reduce de 900 libras a 800; el resto del valor primitivamente desembolsado, o sean, 100 libras, queda eliminado en forma de capital

dinero. Y como tal se lanza al mercado de dinero y pasa a formar una parte adicional de los capitales que se mueven en este mercado.

De este modo, puede surgir una plétora de capital–dinero, y no sólo en el sentido de que la oferta de capital–dinero supere a la demanda; esto constituye siempre una plétora puramente relativa, como la que se produce, por ejemplo, en esos "períodos melancólicos" que, al finalizar una crisis, preludian el nuevo ciclo. No en este sentido, sino en el de que una determinada parte del valor–capital desembolsado resulte superflua para el desarrollo de todo el proceso social de reproducción (que incluye el proceso de circulación), quedando por tanto eliminado en forma de capital dinero; una plétora que surge sin que se alteren ni la escala de la producción ni los precios, por efecto de la simple reducción del período de rotación. Sin que en ello influya ni en lo más mínimo la masa –mayor o menor– del dinero que se halla en circulación.

Supongamos ahora, a la inversa, que el período de circulación se alargue, por ejemplo, de 3 semanas a 5. En este caso, el reflujo del capital desembolsado se producía, ya en la siguiente rotación, 2 semanas más tarde. La última parte del proceso de producción de este período de trabajo no puede llevarse adelante por el mismo mecanismo de la rotación del capital desembolsado. Si este estado de cosas durase algún tiempo, podría producirse, al contrario que en el caso anterior, un fenómeno de contracción del proceso de producción, del volumen con el cual se desarrolla. Para mantener el proceso en la misma escala, habría que aumentar en 2/9 = 200 libras esterlinas el capital desembolsado durante todo el tiempo que se mantuviese esta prolongación del período de circulación. Y este capital adicional sólo puede salir de un sitio: del mercado de dinero. Sí la prolongación del período de circulación afecta a una o varias ramas industriales importantes, podrá ejercer de este modo una presión sobre el mercado de dinero, a menos que este efecto se contrarreste con otro efecto contrario. Y en este caso lo mismo que en el anterior, es manifiesto y palpable que la presión, como antes la plétora, no guarda la menor relación ni con una modificación en cuanto a los precios de las mercancías ni con una alteración en cuanto a la masa de los medios de circulación existentes.

[La preparación de este capítulo para la imprenta ha tropezado con grandes dificultades. Aunque Marx pisaba terreno firme como algebraico, estaba poco familiarizado con el cálculo comercial. Nos ha legado un gordo legajo de cuadernos, en los que va desmenuzando a la luz de muchos ejemplos todos los tipos del cálculo mercantil. Pero el conocimiento teórico de las distintas clases de cálculo es una cosa, y otra el hábito en los métodos prácticos diarios de cálculo del comerciante. Por eso en sus datos sobre la rotación del capital nos encontramos con no pocos embrollos, en los que al lado de cosas inacabadas se echan de ver también ciertos errores y contradicciones. En los cuadros reproducidos más arriba, me he limitado a recoger los datos más simples y aritméticamente exactos. Y lo he hecho guiándome, principalmente, por la razón siguiente.

Los resultados inseguros de estos trabajosos cálculos llevaron a Marx a atribuir una importancia desmesurada a un factor que realmente –al menos, así lo considero yo– presenta poco interés. Me refiero a lo que él llama la "disponibilidad" del capital–dinero. Los verdaderos términos del problema, arrancado de las premisas interiormente establecidas, son los siguientes:

Cualquiera que sea la proporción de magnitud entre el período de trabajo y el tiempo de circulación, es decir, entre el capital I y el capital II, al terminar la primera rotación retorna al capitalista, bajo forma de dinero en intervalos regulares de la duración del período de trabajo, el capital necesario para aquel período de trabajo, o sea, una suma igual al capital I.

Si el período de trabajo es = 5 semanas, el tiempo de circulación = 4 semanas y el capital I = 500 libras esterlinas, refluirá siempre una suma de dinero de 500 libras: al final de la semana 9ª, de la 14ª, de la 19ª, de la 24ª, de la 29ª, y así sucesivamente.

Si período de trabajo es = 6 semanas, el tiempo de circulación 3 semanas y el capital I = 600 libras esterlinas, refluirán cada vez 400 libras: al final de la semana 9ª de la 15ª, de la 2lª, de la 27ª, de la 33ª, etcétera.

Finalmente, sí el período de trabajo es 4 semanas, el tiempo de circulación = 5 semanas y el capital I = 400 libras esterlinas, el capital recuperado será de 400 libras cada vez: al final de la semana 9ª, de la 13ª, de la 17ª, de la 21ª, de la 25ª, etcétera.

No interesa para nada saber, pues no establece ninguna diferencia, sí de este dinero recuperado queda algo remanente, y en su caso cuánto, para el período de trabajo en curso. Se parte del supuesto de que la producción se desarrolla ininterrumpidamente sobre la escala anterior, y para que esto pueda conseguirse tiene que existir, es decir, refluir, el dinero necesario, quede o no "disponible". Y sí la producción se interrumpe, cesa también la disponibilidad.

En otros términos: se produce siempre, indudablemente, una disponibilidad de dinero y, por tanto, la formación de un capital latente, puramente potencial, en forma de dinero: pero este fenómeno se da bajo cualesquiera circunstancias, no sólo en las condiciones especiales detalladas en el texto; y se da en una escala mayor que la que Marx supone aquí. Con respecto al capital circulante I, el capitalista industrial se encuentra al final de cada rotación exactamente en la misma situación que al iniciar el negocio: vuelve a tenerlo por entero en su mano, pues sólo gradualmente puede ir convirtiendo de nuevo aquel capital en capital productivo.

Lo importante, en el texto de Marx, es la demostración de que, de un lado, una parte considerable del capital industrial debe existir siempre en forma de dinero, mientras que, de otro lado, debe revestir transitoriamente esta forma una parte todavía más considerable de aquel capital. Y estas observaciones mías adicionales, lejos de debilitar la demostración, vienen, en realidad, a reforzarla. (*F. E.*).]

5. *Cómo influyen los cambios de precios*

Hasta aquí, hemos partido del supuesto de que los precios y la escala de la producción permanecen iguales, de un lado, y de otro de que se reduce o se extiende el tiempo de circulación. Supongamos ahora, por el contrario, que la duración del período de rotación y la escala de la producción permanecen invariables, mientras que, de otro lado, varían los precios, es decir, bajan o suben los precios de las materias primas o las materias auxiliares y el del trabajo, o el de los dos primeros elementos solamente. Partamos, por ejemplo, del supuesto de que el precio de las materias primas y auxiliares y los salarios desciendan a la mitad. En este caso, sólo haría falta desembolsar, en nuestro ejemplo, 50 libras esterlinas semanales en vez de 100, o sean, 450 libras en las 9 semanas, en vez de 900. Del valor–capital desembolsado se apartan como capital–dinero 450 libras, pero el proceso de producción sigue desarrollándose en la misma escala que antes y con el mismo período de rotación y la misma división en dos partes. Sigue siendo la misma también la masa anual de productos, pero su valor queda reducido a la mitad. Y este cambio, que va también acompañado por una modificación en la oferta y la demanda de capital–dinero, no se debe a una mayor rapidez de la circulación ni a un cambio operado en la masa del dinero circulante. Por el contrario. El descenso a la mitad de valor o de precio de los elementos que forman el capital productivo surtiría primeramente el efecto de que se desembolsase para una industria desarrollada en la misma escala que antes un valor–capital reducido en la mitad, con lo cual la industria X sólo lanzaría al mercado la mitad del dinero que lanzaba antes, ya que empieza desembolsándolo, como es lógico, en forma de dinero, es decir, de capital–dinero. De este modo la masa de dinero lanzada a la circulación disminuiría, por haber descendido los precios de los elementos de producción. Tal sería el primer efecto.

En segundo lugar, la mitad del valor–capital primitivamente desembolsado de 900 libras esterlinas = 450 libras, que *a*) ha ido revistiendo sucesivamente la forma de capital–dinero, la de capital productivo y la de capital–mercancías y *b*) aparecía simultánea y continuamente presentando en parte la forma de capital–dinero, en parte la de capital–mercancías y en parte la de capital productivo, se desprendería de la órbita de la industria X y aparecería, por tanto, en el mercado de dinero como capital–dinero adicional, influyendo en él como un nuevo aflujo. Estas 450 libras esterlinas disponibles actúan como capital–dinero, no porque sean dinero superfluo para la explotación de la industria X, sino porque son parte integrante del valor–capital originario, por cuya razón siguen actuando como capital y no se destinan a invertirse como simple medio de circulación. La forma más inmediata de hacer que funcionen como capital es lanzarlas al mercado de dinero como capital–dinero. De este modo, podría (prescindiendo del capital fijo) doblarse la escala de la producción. Con el mismo capital desembolsado de 900 libras esterlinas podría explotarse un proceso de producción de doble volumen.

Si, por otra parte, subiesen un cincuenta por ciento los precios de los elementos circulantes del capital productivo, harían falta en vez de 100 libras esterlinas semanales, 150 y, por tanto, en vez de 900 libras, 1,350. Se necesitarían, por consiguiente, 450 libras esterlinas de capital adicional para mantener la industria en la misma escala, lo cual ejercería una presión proporcional sobre el mercado de dinero, presión que sería mayor o menor según el estado en que éste se encontrase. Si existiese demanda para todo el capital disponible en él, esto provocaría una concurrencia redoblada en torno al capital disponible. Si se hallase inactiva una parte de él, la pondría proporcionalmente en acción.

Pero puede también ocurrir, y es la tercera hipótesis, que, partiendo de una escala dada de producción y permaneciendo invariables el ritmo de rotación y los precios de los elementos del capital productivo circulante, suba o baje el precio de los productos de la industria X. Sí baja el precio de las mercancías producidas por esta industria, el precio de su capital–mercancías descenderá de 600 libras esterlinas, que arrojaba hasta ahora en la circulación, a 500 libras, por ejemplo. Esto quiere decir que dejará de refluir del proceso de circulación la sexta parte del valor del capital desembolsado (aquí, se prescinde de la plusvalía encerrada en el capital–mercancías); esta sexta parte se pierde en el proceso de circulación. Pero, como el valor o el precio de los elementos de producción sigue siendo el mismo, nos encontramos con que el reflujo actual de 500 libras esterlinas sólo basta para cubrir 5/6 del capital de 600 libras constantemente retenido en el proceso de producción. Por consiguiente, para mantener la producción en la misma escala de antes habría que invertir 100 libras esterlinas de capital–dinero adicional.

Por el contrario, si los productos de la industria X subiesen de precio, el precio del capital–mercancías subiría de 600 libras esterlinas a 700, supongamos. Una séptima parte de su precio = 100 libras, no saldría del proceso de producción, no se desembolsaría en él, sino que brotaría del proceso de circulación. Y, como para reponer los elementos productivos sólo hacen falta 600 libras, quedarían 100 disponibles.

El investigar las causas en virtud de las cuales el período de rotación, en el primer caso, se acorta o se alarga, en el segundo caso aumentan o disminuyen los precios de las materias primas y del trabajo y en el tercer caso se produce un alza o una baja en los precios de los productos suministrados, no corresponde a este lugar.

Lo que sí cumple estudiar aquí es lo siguiente:

Caso I. La escala de la producción, los precios de los elementos de producción y de los productos permanecen iguales, variando el período de circulación y, por tanto, el de rotación.

Según el supuesto de nuestro ejemplo, al acortarse el período de circulación se reduce también en 1/9 el capital global necesario, de 900 libras esterlinas a 800, quedando disponibles con ello 100 libras de capital–dinero.

La industria X sigue suministrando el mismo producto al cabo de seis semanas, con el mismo valor de 600 libras esterlinas, y como se trabaja ininterrumpidamente durante todo el año, en las 51 semanas suministrará la misma masa de producto, con un valor total de 51,000 libras. No se advierte, pues, ningún cambio en lo tocante a la masa ni al precio del producto que esta industria lanza a la circulación, ni tampoco con respecto a los plazos en que lanza el producto al mercado. Sin embargo, quedan disponibles 100 libras esterlinas, pues al acortarse el período de circulación el proceso sólo absorbe 800 libras esterlinas, en vez de 900, como antes. Las 100 libras esterlinas de capital disponible existen bajo la forma de capital–dinero. Pero no representan, en modo alguno, la parte del capital desembolsado que debe funcionar constantemente en forma de capital–dinero. Supongamos que del capital circulante desembolsado I =600 libras esterlinas se inviertan continuamente en materiales de producción 4/5 = 480 y 1/5 = 120 en salarios, o sea, 80 libras semanales en los primeros y 20 en los segundos. El capital II = 300 libras esterlinas deberá descomponerse asimismo en 4/5 = 240 libras para materiales de producción y 1/5 = 66 libras para salarios. El capital invertido en salarios debe desembolsarse siempre en forma de dinero. Tan pronto como refluye en dinero, como se vende el producto mercancías por su valor de 600 libras, puede destinarse a comprar, con 480 libras, materiales de producción (como reserva productiva), pero las 120 libras restantes deberán retener su forma de dinero, para poder destinarse al pago de salarios durante 6 semanas. Estas 120 libras esterlinas representan el mínimum del capital recuperado de 600 libras que debe renovarse y reponerse constantemente en forma de

capital–dinero, que debe, por tanto, existir siempre como parte del capital desembolsado que funcione bajo forma de dinero.

Ahora bien, si de las 300 libras periódicamente disponibles para las 3 semanas y que pueden descomponerse igualmente en 240 de reserva productiva y 60 de salarios, se desglosan al reducirse el tiempo de circulación 100 libras esterlinas en forma de capital–dinero, quedando completamente al margen del mecanismo de la rotación, ¿de dónde proviene el dinero para estas 100 libras esterlinas de capital–dinero? Sólo la quinta parte de esta cantidad se halla formada por el capital–dinero que va quedando periódicamente disponible dentro de las rotaciones. Pero 4/5 = 80 libras esterlinas se hallan ya repuestas por la reserva adicional de producción al mismo valor. ¿De qué modo se convierte en dinero esta reserva adicional de producción y de dónde procede el dinero para esta operación?

Una vez que se reduce el tiempo de circulación, de aquellas 600 libras esterlinas sólo se destinan 400 en vez de 480 a invertirse de nuevo en reserva de producción. Las 80 libras restantes se retienen en su forma de dinero y pasan a formar, con las 20 libras anteriores destinadas a salarios, las 100 libras esterlinas de capital disponible. Aunque estas 100 libras proceden de la circulación, de la venta del capital–mercancías, sustrayéndose ahora a aquélla, puesto que no vuelven a invertirse en salarios y elementos de producción, no debe olvidarse que, como dinero, vuelven a revestir la misma forma en que se lanzaron originariamente a la circulación. Originariamente, se invirtieron 900 libras esterlinas de dinero en reserva productiva y en salarios. Para desarrollar el mismo proceso de producción, sólo son necesarias ahora 800 libras. Las 100 libras que quedan así disponibles en forma de dinero constituyen ahora un nuevo capital–dinero en busca de inversión, una nueva parte integrante del mercado de dinero. Es cierto que ya antes esa cantidad aparecía periódicamente bajo forma de capital–dinero disponible y de capital productivo adicional, pero estos estados latentes eran, a su vez, condición del desarrollo, por serlo de la continuidad, del proceso de producción. Ahora, ya no son necesarios para ello y constituyen, por tanto, un nuevo capital–dinero y una nueva parte integrante del mercado de dinero, a pesar de que no forman, en modo alguno, ni un elemento adicional de la reserva social de dinero existente (pues ya existían al comenzar la industria y fueron lanzadas por ella a la circulación), ni un tesoro nuevamente acumulado.

Estas 100 libras esterlinas se hallan ahora, de hecho, sustraídas a la circulación, en cuanto constituyen una parte del capital–dinero desembolsado que no se aplica ya en la misma industria. Pero esta sustracción es posible, pura y simplemente, porque la transformación del capital–mercancías en dinero y la de éste en capital productivo, o sea, el proceso *M`* – *D* – *M*, se acelera en una semana, acelerándose también, por tanto, la circulación del dinero que actúa en este proceso. Se sustraen a ella porque ya no son necesarias para la rotación del capital X.

Aquí partimos del supuesto de que el capital desembolsado pertenece a quien lo emplea. Pero los términos del problema no cambiarían aunque fuese tomado en préstamo. Al reducirse el tiempo de circulación, sólo necesitaría obtener prestadas 900 libras en vez de 800, 100 libras esterlinas restituidas al prestamista siguen siendo 100 libras esterlinas de nuevo capital–dinero, sólo que ahora se hallan en manos de Y, en vez de estar en manos de X. Sí el capitalista X obtiene sus materiales de producción, por valor de 480 libras esterlinas, a crédito, bastándole por tanto con desembolsar 120 libras esterlinas para pago de salarios, ahora podrá reducir en 80 libras su crédito para adquirir materiales de producción y aquéllas pasarán a formar, por tanto, un capital–mercancías remanente para el capitalista que le abre crédito a X, mientras que éste se encontrará con 20 libras esterlinas disponibles en dinero.

La reserva adicional de producción se reduce ahora en 1/3. Como 4/5 de 300 libras esterlinas, del capital adicional II, era = 240 libras esterlinas, ahora es = 160 libras esterlinas solamente; es decir, representa una reserva adicional para 2 semanas, en vez de 3. Ahora, se renueva cada 2 semanas en vez de cada 3 y para 2 semanas solamente, en vez de 3, como antes. Por tanto, las compras, por ejemplo, en el mercado de algodón se repiten con mayor frecuencia y en menores proporciones. Pero al mercado se sustrae la misma cantidad de algodón, pues la masa del producto sigue siendo la misma que antes. Lo que ocurre es que esa cantidad se distribuye de distinto modo en el tiempo y en un período de tiempo más largo. Supongamos, por ejemplo, que se trate de 3 meses y de 2 y que el consumo anual de algodón sea de 1,200 balas. En el primer caso, el cuadro de ventas sería el siguiente:

1 enero	300	balas.	Quedan	en	almacén	900	balas.
1 abril	300	"	"	"	"	600	"
1 julio	300	"	"	"	"	300	"
1 octubre	300	"	"	"	"	0	"

En el segundo caso, el cuadro variaría del modo siguiente:

1 enero	Vendidas	200.	Quedan	en	almacén	1,000	balas
1 marzo	"	200.	"	"	"	800	"
1 mayo	"	200.	"	"	"	600	"
1 julio	"	200.	"	"	"	400	"
1 septiembre	"	200.	"	"	"	200	"
1 noviembre	"	200.	"	"	"	0	"

Por tanto, el dinero invertido en algodón sólo se recupera en su integridad un mes más tarde, en noviembre en vez de octubre. Por consiguiente, si al reducirse el tiempo de circulación y con él la rotación, se elimina 1/9 del capital desembolsado = 100 libras esterlinas en forma de capital–dinero y estas 100 libras se hallan formadas por 20 de capital–dinero periódicamente superfluo para el pago de salarios y 80 que existen para una semana como reserva periódicamente excedente de producción, la reducción de la reserva productiva remanente que, con respecto a estas 80 libras, supone esto para el fabricante, corresponde al aumento de la reserva de mercancías por parte del almacenista de algodón. El algodón permanece almacenado en poder de éste como mercancía el mismo tiempo que deja de hallarse situado en el almacén del fabricante, como reserva de producción.

Hasta aquí, hemos partido del supuesto de que la reducción del tiempo de circulación en la industria X proviene del hecho de que X vende o cobra su mercancía más aprisa, o bien de que, caso de venderla a crédito, se acorta el plazo de pago. La reducción se deriva, pues, del hecho de acortarse el plazo de venta de la mercancía, el plazo de transformación del capital–mercancías en capital–dinero, $M' – D$, la primera fase del proceso de circulación. Pero podría derivarse también de la segunda fase $D – M$ y, por tanto, de una modificación simultánea ya del período de trabajo, ya del tiempo de circulación de los capitales Y, Z, etc., que suministran al capitalista X los elementos de producción de su capital circulante.

Así, por ejemplo, si con los medios de transporte antiguos el algodón, el carbón, etc., tardan 3 semanas en llegar a su fuente de producción, o de sus depósitos hasta el centro de producción del capitalista X, es indudable que el mínimum de la reserva de producción de X hasta la llegada de nuevas reservas, deberá durar por lo menos 3 semanas. Mientras se hallen en camino, el algodón y el carbón no pueden ser útiles como medios de producción. Durante ese tiempo son, simplemente, objeto de trabajo de la industria del transporte y del capital invertido en ella, y para el productor de carbón y el vendedor de algodón capital–mercancías en estado de circulación. Supongamos que, al mejorarse los transportes, se reduzca la duración del viaje a 2 semanas. Esto permitirá reducir en la misma proporción, de 3 semanas a 2, la reserva de producción necesaria. De este modo, quedará disponible el capital adicional de 80 libras esterlinas desembolsado con este fin, y también el capital adicional de 20 libras para salarios, ya que el capital de 600 libras refluirá ahora una semana antes.

Por otra parte, sí se reduce por ejemplo el período de trabajo del capital que suministra las materias primas (de lo cual se adujeron ejemplos en los capítulos anteriores), y por tanto la posibilidad de renovar estas materias primas, puede disminuir también la reserva productiva y reducirse el plazo de un período de renovación al siguiente.

Por el contrario, si el tiempo de circulación, y por tanto el período de rotación, se alarga, se hará necesario proceder al desembolso de capital adicional. Del bolsillo del propio capitalista, suponiendo que lo posea. Pero este capital se hallará invertido en una forma cualquiera, como parte del mercado de dinero; para que sea disponible, deberá desprenderse de su forma antigua, por ejemplo, vendiendo acciones o retirando depósitos, con lo cual se ejercerá también una acción indirecta sobre el mercado de dinero. O bien deberá asumir aquella forma. En cuanto a la parte del capital adicional necesario para el pago de salarios, en

condiciones normales deberá desembolsarse siempre como capital–dinero, para lo cual el capitalista X ejercerá también su parte de presión directa sobre el mercado de dinero. Con respecto a la parte que ha de invertirse en materiales de producción, esto sólo es indispensable cuando el capitalista tenga que pagarlos al contado. Si puede obtenerlos a crédito, esto no ejercerá ninguna influencia directa sobre el mercado de dinero, ya que entonces el capital adicional se desembolsará directamente como reserva de producción y no como capital–dinero en primera instancia. Cuando el que le abra crédito lance de nuevo directamente al mercado de dinero la letra aceptada por X, la haga descontar por un banco etc., esto influirá sobre el mercado de dinero directamente, de segunda mano. En cambio, sí utiliza esta letra, por ejemplo, para saldar una deuda de vencimiento posterior, este capital desembolsado adicionalmente no influirá de un modo directo ni indirecto en el mercado de dinero.

Caso II. Cambian los precios de los materiales de producción, mientras todas las demás circunstancias permanecen invariables.

Partíamos del supuesto de que el capital global de 900 libras esterlinas se dividía así: 4/5 = 720 libras esterlinas para materiales de producción y 1/5 = 180 libras para pago de salarios.

Si los materiales de producción se reducen a la mitad, sólo exigirán para un período de trabajo de 6 semanas una inversión de 240 libras en vez de 480 y, como capital adicional II, 120 libras en vez de 240. Con ello, el capital I quedará reducido, por tanto, de 600 libras esterlinas a 240 + 120 = 360 libras, y el capital II de 300 libras a 120 + 60 = 180. El capital global descenderá, por consiguiente, de 900 libras esterlinas a 360 + 180 = 540. Quedarán disponibles, por tanto, 360 libras.

Este capital–dinero, ahora disponible e inactivo y que, por consiguiente, busca inversión en el mercado de dinero, no es sino un fragmento del antiguo capital de 900 libras esterlinas invertido como capital–dinero, que queda eliminado como sobrante al descender el precio de los elementos de producción en que periódicamente revierte, suponiendo que la industria no se amplíe, sino que se mantenga en la antigua escala de producción. Si esta baja de precio no obedeciese a circunstancias fortuitas (especialmente a una cosecha abundante, a una mayor oferta, etc.,), sino a un aumento de la productividad en la rama que suministra las materias primas, este capital–dinero representaría un incremento absoluto del mercado de dinero y, en general, del capital disponible en forma de capital–dinero, puesto que dejaría de ser una parte integrante del capital ya invertido.

Caso III. Varían los precios del producto mismo en el mercado.

Cuando el precio baja, se pierde una parte del capital, que debe, por tanto, reponerse mediante un nuevo desembolso de capital–dinero.

Puede ocurrir que esta pérdida del vendedor se traduzca en una ganancia para el comprador. Directamente, cuando el producto sólo baje de precio por la coyuntura fortuita del mercado, para volver a recobrar luego su precio normal. Indirectamente, cuando el cambio de precio obedezca al cambio de valor reaccionando sobre el producto anterior, y cuando este producto entre a su vez como elemento de producción en otra rama de producción, en la que deje disponible una parte proporcional de capital. En ambos casos, puede ocurrir que el capital perdido para X y para cuya reposición presione sobre el mercado de dinero, sea aportado por quienes deseen ayudarle en sus negocios, como nuevo capital adicional. En este caso, se operará una simple transferencia.

Sí, por el contrario, el precio del producto experimenta una subida, se apropiará, tomándola de la circulación, una parte del capital que no había sido desembolsado. No se trata de una parte orgánica del capital desembolsado en el proceso de producción; sí la producción no se amplía, esta parte constituye, por tanto, un capital–dinero disponible. Como partimos del supuesto de que los precios de los elementos del producto se hallan fijados antes de que éste aparezca en el mercado como capital–mercancías, puede ocurrir que la subida de precio responda a un verdadero cambio de valor, siempre y cuando que actúe retrospectivamente, como ocurre por ejemplo cuando las materias primas aumenten de valor *a posteriori*. En este caso, el capitalista X saldría ganando por un doble concepto: en el producto circulante como capital–mercancías y en su reserva de producción. Esta ganancia suministrará un capital adicional, capital que ahora

le será necesario para seguir explotando su industria, ante la subida de precios de los elementos de producción.

Puede darse, finalmente, el caso de que la subida de precios sea un fenómeno puramente transitorio. En este caso, la suma necesaria como capital adicional por parte del capitalista X aparece de otra parte como capital disponible, en la medida en que su producto constituya un elemento de producción para otras ramas industriales. Lo que uno pierde, lo gana otro.

NOTAS AL PIE DEL CAPÍTULO XV

1 Las semanas que caen dentro del segundo año de rotación figuran entre paréntesis.

Capítulo XVI

LA ROTACIÓN DEL CAPITAL VARIABLE

I. *La cuota anual de plusvalía*

Tomemos como base un capital circulante de 2,500 libras esterlinas dividido en 4/5 = 2,000 libras esterlinas de capital constante (materiales de producción) y 1/5 = 500 libras de capital variable, o sea, de capital invertido en salarios.

Supongamos que el período de rotación sea = 5 semanas, el período de trabajo = 4 semanas y el período de circulación = 1 semana. En estas condiciones, el capital I será = 2,000 libras esterlinas: 1,600 libras de capital constante y 400 libras de capital variable; el capital II = 500 libras, 400 de capital constante y 100 de capital variable. En cada semana de trabajo se invertirá un capital de 500 libras esterlinas. En un año de 50 semanas, se elaborará un producto anual de 50 X 500 = 25,000 libras esterlinas. El capital I de 2,000 libras constantemente empleado en un período de trabajo describirá, por tanto, l2 1/2 rotaciones. l2 1/3 X 2,000 = 25,000 libras esterlinas. De estas 25,000 libras, 4/5 = 20,000 libras son capital constante, capital invertido en medios de producción y 1/5 = 5,000 libras esterlinas, capital variable, capital invertido en salarios. En cambio, el capital global de 2,500 libras esterlinas refluye,

$$\frac{25{,}000}{2{,}500} = 10 \text{ veces}$$

El capital circulante variable invertido durante la producción sólo puede funcionar de nuevo en el proceso de circulación siempre y cuando que el producto en que su valor se reproduce se venda, se convierta de capital–mercancías en capital–dinero, para luego volver a invertirse en el pago de fuerza de trabajo. Y otro tanto acontece con el capital circulante constante invertido en la producción (en los materiales de producción) y cuyo valor reaparece como parte de valor en el producto. Lo que tienen de común estas dos partes –la parte constante y la parte variable del capital circulante– y lo que las distingue por igual del capital fijo no es el hecho de que su valor transferido al producto circule a través del capital–mercancías, es decir, a través de la circulación del producto como mercancía. Una parte del valor del producto y, por tanto, del producto que circula como mercancía, del capital–mercancías, proviene siempre del desgaste del capital fijo, o sea, de la parte de valor del capital fijo transferida al, producto en el transcurso de la producción. La diferencia consiste en que el capital fijo sigue actuando en el proceso de producción bajo su antigua forma útil, durante un ciclo más largo o más corto de períodos de rotación del capital circulante (= capital circulante constante + capital circulante variable), mientras que cada rotación de por sí tiene como condición la reposición de todo el capital circulante que pasa –bajo la forma de capital–mercancías– de la órbita de la producción a la órbita de la circulación. La primera fase de la circulación *M'–D'* es común al capital circulante constante y al variable. Pero, al llegar a la segunda fase, estas dos formas de capital se separan. Una parte del dinero en que vuelve a convertirse la mercancía se transforma en reserva de producción (capital circulante constante). Según los distintos plazos de compra de los elementos que la forman, puede ocurrir que una parte se convierta antes, y otra después, de dinero en materiales de producción, pero tarde o temprano toda ella acabará sufriendo esta transformación. Otra parte del dinero obtenido por la venta de la mercancía seguirá existiendo bajo la forma de reserva de dinero, para irse invirtiendo poco a poco en el pago de la fuerza de trabajo incorporada al proceso de producción. Esta parte forma el capital circulante variable. No obstante, la reposición de una u otra parte procede íntegramente de la rotación del capital, de su transformación en producto, del producto en mercancía y de ésta en dinero. He aquí por qué, en el capítulo anterior, hemos estudiado de un modo especial y en conjunto –incluyendo el constante y el variable– la rotación del capital circulante, sin fijarnos en el capital fijo.

El problema que ahora abordamos nos obliga a dar un paso más, fijándonos en la parte variable del capital circulante como si éste fuese en su totalidad capital variable. Es decir, prescindiendo del capital circulante constante, que acompaña a aquél en la rotación.

Supongamos que se desembolsan 2,500 libras esterlinas y que el valor del producto anual sea = 25,000 libras. Si la parte variable del capital circulante son 500 libras, el capital variable contenido en 25,000 libras será,

$$\frac{25{,}000}{5} = 5{,}000 \text{ libras}$$

Dividiendo estas 5,000 libras entre 500, obtendremos un número de 10 rotaciones, exactamente lo mismo que con un capital global de 25,000 libras.

Este cálculo medio, según el cual el valor del producto anual se divide entre el valor del capital desembolsado y no entre el valor de la parte de este capital invertida constantemente en un período de trabajo (es decir, en nuestro ejemplo, no entre 400, sino entre 500, no entre el capital I solamente, sino entre el capital I + capital II), es absolutamente exacto aquí en que sólo se trata de la producción de plusvalía. Más adelante veremos que, desde otro punto de vista, no es del todo exacto, como no lo es tampoco en términos generales. Este cálculo medio basta para los fines prácticos perseguidos por el capitalista, pero no expresa de un modo exacto o adecuado todos los factores reales que intervienen en la rotación.

Hasta aquí, hemos prescindido totalmente de una parte de valor del capital–mercancías, a saber: de la plusvalía contenida en él, que se crea durante el proceso de producción y se incorpora al producto. Ahora debemos fijar nuestra atención en ella.

Suponiendo que el capital variable de 100 libras semanalmente invertido produzca una plusvalía del 100 por 100 = 100 libras esterlinas, el capital variable de 500 libras invertido en el período de rotación de 5 semanas producirá una plusvalía de 500 libras; es decir, que la mitad de la jornada de trabajo consistirá en plusvalía.

Sí 500 libras esterlinas de capital variable producen 500 libras, 5,000 producirán, como es lógico, una plusvalía de 10 X 500 = 5,000 libras. Ahora bien, el capital variable desembolsado es = 500 libras. La proporción entre la masa global de plusvalía producida durante el año y la suma de valor del capital variable desembolsado es lo que llamamos la cuota anual de plusvalía. Esta será, pues, en nuestro ejemplo

$$\frac{5{,}000}{500} = 1{,}000$$

por 100. Si analizamos más de cerca esta cuota, vemos que es igual a la cuota de plusvalía que el capital variable desembolsado produce durante un período de rotación, multiplicada por el número de rotaciones del capital variable (el cual coincide con el número de rotaciones de todo el capital circulante).

El capital variable desembolsado durante un período de rotación es, en nuestro ejemplo, = 500 libras esterlinas; la plusvalía engendrada por él = 500 libras igualmente. La cuota de plusvalía durante un período de rotación será, por tanto,

$$\frac{500\,p}{500\,v} = 100$$

por 100. Esta cuota del 100 por 100, multiplicada por 10, que es el número de rotaciones del capital durante el año, da un resultado de

$$\frac{5{,}000\,p}{500\,v} = 1{,}000$$

por 100. Esto, en lo que se refiere a la cuota anual de la plusvalía. En lo tocante a la masa de la plusvalía producida durante un cierto periodo de rotación, vemos que esta masa es igual al valor del capital variable desembolsado durante este período, que aquí es = 500 libras esterlinas multiplicado por la cuota de la plusvalía, o sea, en nuestro ejemplo

$$\frac{500 \text{ X } 100}{100} = 500 \text{ X } 1$$

=500 libras esterlinas. Si el capital desembolsado fuese = 1,500 libras esterlinas, con la misma cuota de plusvalía, la masa de la plusvalía sería =

$$1{,}500 \text{ X } \frac{100}{} = 1{,}500 \text{ libras esterlinas}$$

Llamaremos capital *A* al capital variable de 500 libras esterlinas que describe 10 rotaciones al año y produce en el transcurso de éste una plusvalía de 500 libras esterlinas, cuya cuota anual de plusvalía es, por tanto, = 1,000 por 100.

Supongamos ahora que se desembolse otro capital variable *B*, de 5.000 libras esterlinas, para todo el año (es decir, para 50 semanas, según nuestra hipótesis), y que, por tanto, sólo describe una rotación anual. Supongamos asimismo que, al final del año, el producto sea pagado el mismo día en que acaba de producirse, es decir, que el capital–dinero en que se convierte refluya el mismo día. Según esto, el período de circulación, en el caso a que aludimos, será = 0 y el período de rotación igual al período de trabajo o sea = 1 año. Al igual que en el caso anterior, el proceso de trabajo recaerá semanalmente sobre un capital variable de 100 libras esterlinas, o sean, 5,000 libras esterlinas en las 50 semanas. Supongamos que la cuota de plusvalía sea también la misma = 100 por 100, es decir, que, con una duración igual de la jornada de trabajo, la mitad consista en plusvalía. Sí nos fijamos en el resultado de 5 semanas, vemos que el capital variable invertido es = 500 libras esterlinas, la cuota de plusvalía = 100 por 100 y, por tanto, la masa de plusvalía producida durante 5 semanas = 500 libras. La masa de fuerza de trabajo que aquí se explota y el grado de explotación de la misma son aquí, según la hipótesis de que se parte, exactamente iguales a las del capital *A*.

El capital variable de 100 libras esterlinas invertido engendra cada semana una plusvalía de 100 libras, lo cual quiere decir que en 50 semanas el capital invertido de 50 X 100 = 5,000 libras esterlinas arroja una plusvalía de 5,000 libras. La masa de la plusvalía producida anualmente es la misma que en el caso anterior = 5,000 libras esterlinas, pero la cuota anual de la plusvalía difiere totalmente, en este caso, de la anterior. Es igual a la plusvalía producida durante el año dividida entre el capital variable desembolsado:

$$\frac{5{,}000\ p}{5{,}000\ v} = 100$$

por 100, mientras que en el caso anterior, el del capital *A*, era = 1,000 por 100.

Lo mismo en el capital *A* que en el *B*, tenemos un desembolso semanal de 100 libras esterlinas de capital variable: el grado de valorización o la cuota de plusvalía es también la misma en ambos casos el 100 por 100; asimismo es igual la magnitud del capital variable = 100 libras esterlinas. Se explota la misma masa de fuerza de trabajo, la magnitud y el grado de la explotación son en ambos casos los mismos, y las jornadas de trabajo iguales y divididas por igual en trabajo necesario y trabajo sobrante. La suma de capital variable invertida durante el año, igual en los dos casos, 5,000 libras esterlinas, pone en acción la misma masa de trabajo y extrae de la fuerza de trabajo movilizada por los dos capitales iguales la misma masa de plusvalía, o sean 5,000 libras esterlinas. Sin embargo, entre la cuota de plusvalía del capital *A* y la del capital *B* media una diferencia del 900 por 100.

Este fenómeno parece indicar como si la cuota de plusvalía no dependiese solamente de la masa y del grado de explotación de la fuerza de trabajo movilizada por el capital variable, sino, además, de factores inexplicables, procedentes del proceso de circulación; así ha querido interpretarse, en efecto, este fenómeno, pero la explicación ha sufrido una derrota completa, aunque no bajo esta forma pura, sino bajo su forma más compleja y recóndita (la de la cuota de ganancia anual), en la escuela ricardiana, desde comienzos de la década del veinte.

Lo que puede tener de misterioso este fenómeno desaparece tan pronto como colocamos los dos capitales, el *A* y el *B*, no sólo de un modo aparente, sino de un modo real, exactamente bajo las mismas circunstancias. Estas sólo se dan cuando el capital variable *B* se invierte íntegramente dentro del mismo plazo de tiempo en el pago de fuerza de trabajo que el capital *A*.

Las 5,000 libras esterlinas del capital *B* se invertirán entonces en 5 semanas, a razón de 1,000 libras por semana, lo que supone una inversión total de 50,000 libras al cabo del año. La plusvalía seguirá siendo, según nuestra hipótesis, = 50,000 libras esterlinas. El capital recuperado = 50,000 libras, dividido entre el capital desembolsado = 5,000 libras, da como resultado el número de rotaciones = 10. La cuota de la plusvalía

$$\frac{5{,}000\ p}{} = 100$$

$$5{,}000\ v$$

por 100, multiplicada por el número de rotaciones = 10, arroja la cuota anual de la plusvalía

$$\frac{50{,}000\ p}{5{,}000\ v} = \frac{10}{1}$$

= 1,000 por 100. Por tanto, las cuotas anuales de la plusvalía para *A* y *B* son, ahora, iguales, a saber, del 1,000 por 100, pero las masas de la plusvalía serán: para el capital *B* 50,000 libras esterlinas y para el capital *A* 5,000. Las masas de la plusvalía producida guardarán entre sí la misma proporción que los valores–capitales desembolsados *B* y *A*, o sea, la proporción de 5,000 : 500 = 10 : 1. La explicación de ello está en que el capital *B* moviliza en el mismo tiempo diez veces más fuerza de trabajo que el capital *A*.

El único capital que engendra plusvalía es el que realmente se invierte en el proceso de trabajo: sólo para él rigen todas las leyes acerca de la plusvalía, entre ellas aquella según la cual la masa de la plusvalía, partiendo de una cuota de plusvalía dada, se determina por la magnitud relativa del capital variable.

El proceso de trabajo se mide por el tiempo. Partiendo de una longitud dada de la jornada de trabajo (como partimos aquí, al equiparar todos los factores entre los capitales *A* y *B*, para esclarecer bien la diferencia existente en cuanto a la cuota anual de la plusvalía), la semana de trabajo se halla formada por un determinado número de jornadas de trabajo. También podemos considerar un período de trabajo cualquiera, por ejemplo, en nuestro caso, un período de trabajo de cinco semanas, como una gran jornada de trabajo de 300 horas por ejemplo, suponiendo que la jornada de trabajo = 10 horas y la semana = 6 jornadas de trabajo. Pero, además, deberemos multiplicar esta cifra por el número de obreros que se emplean todos los días, simultáneamente, en el mismo proceso de trabajo. Suponiendo que este número sea, por ejemplo, de 10, el total de una semana será = 60 X 10 = 600 horas. y el de un periodo de trabajo de cinco semanas = 600 X 5 = 3,000 horas. Por tanto, los capitales variables serán iguales cuando, siendo las mismas la cuota de plusvalía y la duración de la jornada de trabajo, se movilicen masas iguales de fuerza de trabajo (una fuerza de trabajo del mismo precio, multiplicada por el mismo número) en el mismo plazo de tiempo.

Volvamos ahora a nuestros primeros ejemplos. En ambos casos, *A* y *B*, se emplean los mismos capitales variables, 100 libras esterlinas por semana, durante cada una de las semanas del año. Los capitales variables empleados y que funcionan realmente durante el proceso de trabajo son, por tanto, iguales, pero los capitales variables desembolsados difieren totalmente. En el caso *A*, se desembolsan para cada 5 semanas 500 libras esterlinas, de las cuales se emplean 100 libras por semana. En el caso *B*, hay que desembolsar para el primer periodo de 5 semanas 5,000 libras esterlinas, de las cuales sólo se emplean 100 libras esterlinas por semana, o sean, en las 5 semanas, 500 libras esterlinas = 1/10 del capital desembolsado. En el segundo período de 5 semanas, deberán desembolsarse 4,500 libras esterlinas, de las cuales sólo se emplearán 500. El capital variable desembolsado para un determinado período de tiempo sólo se convierte en capital variable empleado, y por tanto en capital variable que funciona y actúa realmente, en la medida en que se incorpora realmente al sector del período de tiempo que llena. el proceso de trabajo, durante el cual el proceso de trabajo funciona de un modo efectivo. Durante el tiempo en que una parte, de él permanece invertida para emplearse solamente en un momento posterior, es como si esta parte no existiese para el proceso de trabajo, por cuya razón no influye ni en el proceso de creación de valor ni en el de creación de plusvalía. Fijémonos, por ejemplo, en el capital *A*, de 500 libras esterlinas. Este capital se desembolsa para 5 semanas, pero sólo 100 libras se incorporan sucesivamente cada semana al proceso de trabajo. En la primera semana, se emplea 1/5 del capital y 4/5 se desembolsan sin emplearse, aunque tienen que hallarse en reserva para los procesos de trabajo de las cuatro semanas siguientes y desembolsarse, por tanto, desde el primer momento.

Las circunstancias que introducen diferencias en la proporción entre el capital variable desembolsado y el empleado sólo influyen en la producción de plusvalía –partiendo de una cuota dada de ésta– en la medida en que establecen por medio de ellas diferencias con respecto a la cantidad del capital variable que pueda emplearse realmente en un determinado período de tiempo, por ejemplo en 1 semana, en 5 semanas, etc. El capital variable desembolsado sólo funciona como capital variable durante el tiempo en que realmente se le emplea, pero no mientras se halla, aunque ya desembolsado, en reserva para ser empleado en el momento oportuno. Sin embargo, todas las circunstancias que diferencian la relación entre el capital variable desembolsado y el capital variable empleado se resumen en la diferencia de los períodos de rotación (determinada por la diferencia en cuanto al período de trabajo, en cuanto al período de circulación o en cuanto a ambos). La ley de la producción de plusvalía es que, a igual cuota de plusvalía, masas iguales de

capital variable en acción producen masas iguales de plusvalía. Si, por tanto, los capitales *A* y *B* emplean, en el mismo período, de tiempo y con la misma cuota de plusvalía, masas iguales de capital variable, producirán necesariamente en el mismo espacio de tiempo masas iguales de plusvalía, por mucho que difiera la proporción entre este capital variable empleado en determinados períodos de tiempo y el capital variable desembolsado durante el mismo tiempo y por mucho que difiera también, por tanto, la proporción entre las masas de plusvalía producidas y el capital variable, no empleado, sino simplemente desembolsado. Las diferencias que afectan a esta proporción, en vez de contradecir las leyes expuestas acerca de la producción de plusvalía, lo que hacen es confirmarlas y son una consecuencia inexcusable de ellas.

Fijémonos en la primera etapa de producción de cinco semanas del capital *B*. Al final de la 5ª semana se han empleado y consumido 500 libras esterlinas. El producto de valor es = 1,000 libras por tanto

$$\frac{500\,p}{500\,v} = 100$$

por 100. Exactamente lo mismo que en el capital *A*. El hecho de que en el capital *A* aparezca realizada la plusvalía junto al capital desembolsado y en el capital *B* no ocurra así, es cosa que no nos interesa aquí, donde sólo se trata de la producción de plusvalía y de la proporción existente entre ésta y el capital variable desembolsado durante su producción. En cambio, si calculamos la proporción de la plusvalía en *B*, no con respecto a la parte del capital desembolsado de 5,000 libras esterlinas que se emplea y, por tanto, se consume durante su producción, sino con respecto al capital desembolsado en su conjunto tenemos que

$$\frac{500\,p}{500\,v} = \frac{1}{10}$$

= 10 por 100. Por tanto, el 10 por 100 para el capital *B* y el 100 por 100 para el capital *A*, o sea, diez veces más. Si dijésemos que esta diferencia en cuanto a la cuota de plusvalía de capitales de igual magnitud que movilizan o han movilizado cantidades iguales de trabajo, y además de que se descompone en partes iguales de trabajo pagado y no retribuido, se halla en contradicción con las leyes que rigen la producción de la plusvalía, la respuesta, muy sencilla, nos la daría el examen puro y simple de los hechos: en el caso *A*, la proporción entre la plusvalía producida durante 5 semanas por un capital variable de 500 libras y este mismo capital variable. En el caso *B*, por el contrario, se establece el cálculo sobre una base que no tiene nada que ver ni con la producción de plusvalía ni con la determinación de la cuota de plusvalía a ella correspondiente. En efecto, las 500 libras esterlinas de plusvalía que se han producido con un capital variable de 500 libras no se calculan con relación a las 500 libras de capital variable desembolsadas durante su producción, sino con relación a un capital de 5,000 libras, de las cuales 9/10, o sean, 4,500 libras, no tienen absolutamente nada que ver con la producción de esta plusvalía de 500 libras, sino que están llamadas a funcionar gradualmente en el transcurso de las 45 semanas siguientes y que, por tanto, no existen para nada en el proceso de producción de las 5 primeras semanas, que es el único que aquí interesa. En este caso, la diferencia en cuanto a la cuota de plusvalía de *A* y de *B* no constituye, por tanto, problema alguno.

Comparemos ahora las cuotas anuales de la plusvalía en los capitales *B* y. *A*. La fórmula del capital *B* es

$$\frac{5{,}000\,p}{5{,}000\,v} = \begin{matrix}10\\0\end{matrix}$$

por 100; la del capital *A*

$$\frac{5{,}000\,p}{500\,v} = 1{,}000$$

por 100. Pero la proporción entre las dos cuotas de plusvalía es la misma de antes.

Esta era:

Cuota de plusvalía del capital *B* = 10 por 100

$$\frac{\text{Cuota de plusvalía del capital } A}{} = 100 \text{ por } 100$$

Ahora, la proporción es ésta:

$$\frac{\text{Cuota anual de plusvalía del capital } B}{\text{Cuota anual de plusvalía del capital } A} = \frac{100 \text{ por } 100}{1{,}000 \text{ por } 100,}$$

es decir, la misma proporción exactamente que arriba.

Sin embargo, el problema, ahora, se ha invertido. La cuota anual del capital *B*:

$$\frac{5{,}000\ p}{500\ v} = 100$$

por 100 no difiere en lo más mínimo –ni en un ápice– de las leyes sobre la producción y sobre la correspondiente cuota de plusvalía, que conocemos. Las 5,000 *v* desembolsadas y consumidas productivamente durante el año han producido 5,000 *p*. La cuota de plusvalía se expresa, pues, en el quebrado de más arriba:

$$\frac{5{,}000\ p}{5{,}000\ v} = 100$$

por 100. La cuota anual coincide con la cuota real de plusvalía. Esta vez no es, pues, como antes, el capital *B*, sino el capital *A* el que revela la anomalía que es necesario explicar.

Tenemos aquí la cuota de plusvalía

$$\frac{5{,}000\ p}{500\ v} = 1{,}000$$

por 100. Pero si en el primer caso 500 *p*, producto de 5 semanas, se calculaba con respecto a un capital desembolsado de 5,000 libras esterlinas, de las cuales 9/10 no se empleaban en su producción, ahora las 5000 *p* se calculan con relación a 500 *v* es decir, solamente a 1/10 del capital variable, o sea, a la parte realmente empleada en la producción de 5,000 *p*, pues las 5,000 *p* son, en efecto, el producto de un capital variable de 5,000 consumido productivamente durante 50 semanas y no del capital de 500 libras esterlinas consumido durante un período de cinco semanas solamente. En el primer caso, la plusvalía obtenida durante 5 semanas se calculaba con relación a un capital desembolsado para 50 semanas, es decir, con relación a un capital diez veces mayor que el necesario para 5 semanas. Ahora, en cambio, la plusvalía producida durante 50 semanas se calcula con relación a un capital desembolsado para 5 semanas, es decir, con relación a un capital diez veces menor que el necesario para 50 semanas.

El capital *A* de 500 libras esterlinas no se desembolsa nunca para más de 5 semanas. Al final de este período se recupera y puede recorrer el mismo proceso diez veces al año por medio de diez rotaciones. De donde se desprenden dos cosas:

Primero: el capital desembolsado en el caso *A* sólo es cinco veces mayor que la parte del capital constantemente empleado durante el proceso de producción de una semana. En cambio, el capital *B*, que sólo describe una rotación completa cada 50 semanas y que, por tanto, debe desembolsarse para las 50 semanas de una vez, es 50 veces mayor que la parte del mismo que puede emplearse constantemente durante una semana. La rotación modifica, por consiguiente, la proporción entre el capital desembolsado para el proceso de producción de un año y el que puede emplearse constantemente durante un determinado proceso de producción, una semana, por ejemplo. Y esto nos lleva al resultado del primer caso, donde la plusvalía de 5 semanas no se calcula con relación al capital empleado durante estas 5 semanas, sino con relación al empleado durante 50 semanas, que es un capital diez veces mayor.

Segundo: el período de rotación del capital *A* de 5 semanas sólo forma 1/10 del año; el año comprende, por tanto, 10 de estos períodos de rotación, en cada uno de los cuales se aplica de nuevo el capital *A* de 500 libras esterlinas. Aquí, el capital empleado es igual al capital desembolsado para 5 semanas multiplicado por el número de períodos de rotación durante el año. El capital empleado en el transcurso del año es = 500 X 10 = 5,000 libras esterlinas. El capital desembolsado durante el año =

$$\frac{5{,}000}{10} = 500 \text{ libras}$$

En realidad, aunque las 500 libras esterlinas estén constantemente en funciones, no se desembolsan nunca más que las mismas 500 libras cada 5 semanas. Por otra parte, en el capital *B*, es cierto que se emplean solamente 500 libras durante 5 semanas, cantidad desembolsada para este período de tiempo. Pero como aquí el período, de rotación = 50 semanas, resulta que el capital empleado durante el año es igual al desembolsado no para 5 semanas, sino para 50. Pero la masa de plusvalía producida anualmente se rige, a base de una cuota de plusvalía dada, por el capital empleado y no por el capital invertido durante el año. No es, pues, con respecto a este capital de 5,000 libras que describe una sola rotación al año, mayor que con respecto al capital de 500 libras que refluye diez veces al año, y si su magnitud es igual, ello se debe a que el capital que se recupera una vez al año es diez veces mayor que el que refluye diez veces en el mismo período de tiempo.

El capital variable que refluye durante el año –o sea la parte del producto anual, o la inversión anual igual a esta parte– es el capital variable realmente empleado, productivamente consumido a lo largo del año. De donde se sigue que si el capital variable *A* que refluye anualmente y el capital variable *B* que se recupera durante el año son iguales y se emplean en iguales condiciones de valorización, la cuota de plusvalía será la misma para ambos y también tendrá que ser la misma para ambos la masa de plusvalía producida anualmente: e igualmente la cuota de plusvalía calculada por años, en la medida en que se exprese por la fórmula

$$\frac{\text{masa de plusvalía producida anualmente}}{\text{capital variable que refluye anualmente}}$$

O, dicho en términos generales: cualquiera que sea la magnitud relativa de los capitales variables que refluyan, la cuota de su plusvalía producida al cabo del año se determina por la cuota de plusvalía con que funcionan los respectivos capitales en periodos medios (por ejemplo, en la media semana o en la media diaria).

Es ésta la única consecuencia que se desprende de las leyes sobre la producción de la plusvalía y sobre la determinación de la cuota de plusvalía.

Veamos ahora qué expresa la relación

$$\frac{\text{capital que refluye anualmente}}{\text{capital desembolsado}}$$

(teniendo en cuenta, como queda dicho, solamente el capital variable). La división arroja el número de rotaciones del capital desembolsado en un año.

Para el capital *A*, la fórmula es

$$\frac{\text{5,000 libras esterlinas de capital recuperado anualmente}}{\text{500 libras esterlinas de capital desembolsado}}$$

para el capital *B*:

$$\frac{\text{5,000 libras esterlinas de capital recuperado anualmente}}{\text{5,000 libras esterlinas de capital desembolsado}}$$

El numerador expresa en ambos quebrados el capital desembolsado multiplicado por el *número* de rotaciones: en *A*, 500 X 10; en *B*, 5,000 X 1. O bien, multiplicado por el *tiempo* inverso de rotación con relación a un año. El tiempo de rotación, en *A*, es 1/10 de año; el tiempo inverso de rotación es

$$\frac{10}{1}$$

de año, por tanto,

$$500 \times \frac{10}{1} = 5{,}000$$

en *B*,

$$5{,}000 \quad x \quad \frac{1}{1} \quad = \quad 5{,}000$$

El denominador expresa el capital que refluye multiplicado por el *tiempo* inverso de rotación; en *A*,

$$5{,}000 \quad x \quad \frac{10}{1}$$

en *B*,

$$5{,}000 \quad x \quad \frac{1}{1}$$

Las respectivas masas de trabajo (suma del trabajo pagado y del trabajo no retribuido) puestas en movimiento por los dos capitales variables que refluyen durante el año son, aquí, iguales, puesto que son también iguales los capitales que refluyen, como lo son asimismo sus cuotas respectivas de valorización.

La proporción entre el capital variable que refluye durante el año y el capital variable desembolsado, indica:

1) La proporción existente entre el capital variable que ha de desembolsarse y el capital variable empleado en un determinado período de trabajo. Si el número de rotaciones es = 10, como en *A*, y se fija el número de semanas del año en 50, el tiempo de rotación será = 5 semanas. En este caso, será necesario desembolsar capital variable para estas 5 semanas, y el capital desembolsado para las 5 semanas deberá ser cinco veces mayor que el capital variable que se emplee durante una semana. Dicho en otros términos, sólo podrá emplearse en el curso de una semana 1/5 del capital desembolsado (que aquí son 500 libras esterlinas). En cambio, en el capital *B* en que el número de rotaciones

$$= \frac{10}{1}$$

el tiempo de rotación es = 1 año = 50 semanas. La proporción entre el capital desembolsado y el capital empleado semanalmente será, por tanto, en este caso, de 50: 1. Sí en el caso *B* ocurriese lo mismo que en el caso *A*, *B* tendría que invertir semanalmente 1,000 libras esterlinas en vez de 100.

2) Se sigue de aquí que en el caso *B* se emplea un capital diez veces mayor (5,000 libras esterlinas) que en el caso *A* para poner en movimiento durante el año la misma masa de capital variable y, por tanto, la misma masa de plusvalía. La cuota real de plusvalía sólo expresa la proporción existente entre el capital. variable empleado en un determinado período de tiempo y la plusvalía producida en el mismo periodo, o la masa de trabajo no retribuido que moviliza el capital variable empleado durante este período de tiempo. No tiene absolutamente, nada que ver con la parte del capital variable que se desembolsa durante el tiempo en que no se emplea, ni tampoco con la proporción, modificada y diferenciada para distintos capitales por el periodo de rotación, entre la parte de ellos desembolsada durante determinado periodo de tiempo y la parte empleada en el mismo periodo.

De lo ya expuesto se desprende más bien que la cuota anual de plusvalía sólo coincide en un caso con la cuota real de plusvalía que expresa el grado de explotación del trabajo, a saber: cuando el capital desembolsado sólo describa una rotación al año, cuando, por tanto, el capital desembolsado sea igual al capital que refluya durante el año y, por consiguiente, la proporción entre la masa de plusvalía producida durante el año y el capital empleado en el transcurso del año para producirla coincida y sea idéntica con la proporción existente entre la masa de plusvalía producida durante el año y el capital desembolsado durante el mismo período de tiempo.

A. La cuota anual de plusvalía es igual a la

$$\frac{\text{masa de la plusvalía producida durante el año}}{\text{capital variable desembolsado}}$$

Pero la masa de la plusvalía producida durante el año es igual a la cuota real de la plusvalía multiplicada por el capital variable empleado en su producción. El capital empleado para producir la masa anual de plusvalía es igual al capital desembolsado multiplicado por el número de sus rotaciones, que llamaremos *n*. La fórmula *A* se convertirá, pues, en:

B. La cuota anual de la plusvalía es igual a la

$$\frac{\text{cuota real de la plusvalía X el capital variable desembolsado X } n}{\text{capital variable desembolsado}}$$

Por ejemplo, respecto al capital *B*, =

$$\frac{100\ \%\ \text{X}\ 5{,}000\ \text{X}\ \frac{1}{}}{5{,}000}$$

o sea, del 100 por 100. Sólo cuando $n = 1$, es decir, cuando el capital variable desembolsado sólo describa una rotación al año, es decir, cuando sea igual al capital empleado o que refluya durante el año, será la cuota anual de plusvalía igual a la cuota de plusvalía real.

Si llamamos a la cuota anual de plusvalía P', a la cuota real de plusvalía p' al capital variable desembolsado v y al número de rotaciones n, tendremos que

$$P' = \frac{p'\,V\,n}{v}$$

$p'\,n$; por tanto, $P' = p'n$, y sólo $= p'$ cuando $n = 1$, es decir, cuando $P' = p'$ X 1 = p'.

Se sigue asimismo de lo que dejamos expuesto que la cuota anual de plusvalía es siempre $= p'n$, es decir, igual a la cuota real de plusvalía producida en un período de rotación por el capital variable consumido durante este período, multiplicada por el número de rotaciones que este capital variable describe durante el año, o (lo que es lo mismo) multiplicada por su tiempo inverso de rotación, tomando el año como unidad. (Si el capital variable refluye diez veces al año, su tiempo de rotación será por tanto,

$$= \frac{10}{1} = 10.)$$

Se sigue, además, de lo que queda expuesto, que $P' = p'$ cuando $n = 1$. P' será mayor que p' cuando n sea mayor que 1, es decir, cuando el capital desembolsado refluya más de una vez al año, o cuando el capital que refluya sea mayor que el capital invertido.

Finalmente, P' será menor que p' cuando n' sea menor que 1, es decir, cuando el capital que refluye durante el año sólo represente una parte del capital desembolsado y el periodo de rotación dure, por tanto, más de un año.

Detengámonos brevemente en este último caso.

Mantenemos todas las premisas del ejemplo anterior, con la única diferencia de que el período de rotación se prolonga hasta 55 se manas. El proceso de trabajo exige semanalmente 100 libras esterlinas de capital variable, o sean 5,500 libras esterlinas para el período completo de rotación, y produce 100 p a la semana; p' es, por tanto, como hasta aquí, igual al 100 por 100. El número de rotaciones n es aquí, =

$$= \frac{50}{55} = \frac{10}{11}$$

porque el número de rotaciones, ahora, 1 + 1/10 de año (calculando el año como de 50 semanas)

$$= \frac{11}{10}$$

de año.

$$\frac{P' = 100\ \%\ \text{x}\ 5{,}500\ \text{x}10/11=}{5{,}000}\ 100\ \text{x}\ \frac{10}{11} = \frac{1{,}000}{11} = 90\ \frac{10}{11}\ \%$$

por tanto, menor que el 100 %. En realidad, si la cuota anual de plusvalía fuese del 100 %, 5,500 v debieran producir en un año 5,500 p, para lo cual se necesitarían 11/10 de año. Las 5,500 v sólo producen durante el año 5,500 p, por lo cual la cuota anual de plusvalía será.

$$\frac{= 5{,}000\,p}{5{,}000\,v} = \frac{10}{11} = 90\ \frac{10}{11}$$

por 100.

La cuota anual de plusvalía o la comparación entre la plusvalía producida durante el año y el capital variable *desembolsado* en su conjunto (a diferencia del capital variable que *refluye* durante el año) no es, por tanto, nada subjetivo, sino que es la dinámica real del capital la que engendra por si misma esta contraposición. Para el poseedor del capital *A*, su capital variable desembolsado = 500 libras esterlinas refluye al final del año, y además se encuentra con 5,000 libras de plusvalía. No es la masa de capital empleada por él durante el año, sino la que refluye periódicamente a él, la que expresa la magnitud de su capital desembolsado. Y los términos del problema aquí planteado no cambian en absoluto por el hecho de que el capital exista al final del año en parte bajo la forma de reserva de producción y en parte bajo la forma de capital–mercancías o capital–dinero, ni por la proporción en que se dividan estas distintas partes. Para el poseedor del capital *B*, habrán refluido 5,000 libras esterlinas, su capital desembolsado, y además 5,000 libras de plusvalía. Para el poseedor del capital *C* (del capital que últimamente poníamos como ejemplo, de 5,500 libras), se producirán durante el año 5,000 libras de plusvalía (las 5,000 libras invertidas y una cuota de plusvalía del 100 por 100), pero su capital desembolsado no habrá refluido todavía, ni tampoco la plusvalía producida por él.

$P' = p'$ expresa que la cuota de plusvalía que rige durante un período de rotación para el capital variable empleado:

$$\frac{\text{masa de plusvalía producida durante un período de rotación}}{\text{capital variable empleado durante un período de rotación}}$$

debe multiplicarse por el número de periodos de rotación o de períodos de producción del capital variable desembolsado, por el número de períodos durante los cuales renueva su ciclo.

Ya hemos visto, en el libro I, cap. IV (pp. 110 138), (cómo se convierte el dinero en capital y más adelante, en el libro I, cap. XXI (pp. 512–524) (reproducción simple), que el valor–capital, aunque desembolsado, no debe considerarse gastado, ya que, después de recorrer las diversas fases de su ciclo, retorna a su punto de partida, enriquecido, además, por la plusvalía. Esto es lo que caracteriza al valor–capital como desembolsado. El tiempo que transcurre entre su punto de partida y su retorno es el tiempo con vistas al cual se desembolsa. Todo el ciclo que recorre el valor–capital, medido por el tiempo que media entre su desembolso y su retorno, constituye su rotación, y la duración de ésta forma un período de rotación. Una vez transcurrido este período, terminado el ciclo, el mismo valor–capital puede iniciar de nuevo el mismo ciclo, y por tanto valorizarse de nuevo, producir nueva plusvalía. Sí el capital variable describe, como en el caso *A*, diez rotaciones al año, con el mismo desembolso de capital podrá obtenerse diez veces en el transcurso del año la masa de plusvalía que corresponde a un período de rotación.

Debemos poner en claro el carácter del desembolso desde el punto de vista de la sociedad capitalista.

El capital *A*, que describe diez rotaciones al año, se desembolsa diez veces durante el año. Es como si volviese a desembolsarse para cada nuevo período de rotación. Pero, al mismo tiempo, en el capital *A* no se desembolsa nunca más que el mismo valor–capital de 500 libras esterlinas ni se dispone en realidad más que de esa cantidad para atender el proceso de producción. Al terminar un ciclo estas 500 libras esterlinas, las pone a recorrer de nuevo el mismo ciclo; el capital, por su propia naturaleza, sólo conserva el carácter de tal funcionando constantemente como capital en repetidos procesos de producción. Aquí, el capital de 500 libras sólo se desembolsa para 5 semanas. Sí la rotación se prolonga más, el capital desembolsado no alcanza. Sí se acorta, quedará una parte sobrante. No se desembolsan diez capitales de 500 libras cada uno, sino un solo capital de 500 libras, desembolsado por diez veces, en períodos sucesivos. Por tanto, la cuota anual de plusvalía no se imputa a un capital de 500 libras desembolsado diez veces, o sea, a 5,000 libras, sino a un capital de 500 libras desembolsado una sola vez; del mismo modo que 1 tálero, aunque circule diez veces, no representa más que un solo tálero puesto en circulación, no obstante hacer las funciones de 10 táleros. Por muchas veces que cambie de mano, en poder de la persona en cuyas manos se encuentre en cada momento sigue representando el mismo valor idéntico de 1 tálero.

Otro tanto acontece con el capital *A*. En cada uno de sus reflujos, lo mismo que en su reflujo al término del año, indica que su poseedor opera siempre con el mismo valor–capital de 500 libras esterlinas. Son siempre las mismas 500 libras esterlinas las que refluyen a sus manos. Su capital desembolsado no excede, pues, nunca de esa cantidad. El capital desembolsado de 500 libras esterlinas forma, por tanto, el numerador del quebrado que expresa la cuota anual de la plusvalía. La fórmula con que más arriba expresábamos esta ecuación era: $P' =$

$$p' \, v \, n$$

$$\frac{}{v}$$

$= p'n$. Y como la cuota real de la plusvalía $p' = \frac{p}{v}$

igual a la masa de la plusvalía dividida entre el capital variable que la produce, podemos sustituir $p'n$ por el valor de p'; es decir, por p / v, con lo cual obtendremos la fórmula $P' = \frac{p\,n}{v}$

Sin embargo, por medio de sus diez rotaciones, equivalentes a diez renovaciones de su desembolso, el capital de 500 libras esterlinas cumple la función de un capital diez veces mayor, es decir, de un capital de 5,000 libras esterlinas, del mismo modo que 500 piezas de 1 tálero que circulen diez veces en un año cumplen la misma función de 5,000 monedas del mismo valor que sólo circulen una vez.

II. *La rotación de un solo capital variable*

"Cualquiera que sea la forma social del proceso de producción, éste tiene que ser por necesidad continuo o recorrer periódica y repetidamente las mismas fases...Por consiguiente, todo proceso, social de producción considerado en sus constantes vínculos y en el flujo ininterrumpido de su renovación es, al mismo tiempo, un proceso de reproducción ... Como incremento periódico del valor–capital" o "fruto periódico del capital en acción, la plusvalía reviste la forma de *renta* producida por el capital" (libro I, cap. XXI), (p. 512).

El capital *A* describe 10 períodos de rotación de cinco semanas cada uno. En el primer período de rotación se desembolsan 500 libras esterlinas de capital variable, lo que quiere decir que cada semana se invierten 100 libras esterlinas en fuerza de trabajo, con un total de 500 libras invertidas en esta atención al final del período de cinco semanas. Estas 500 libras, que primitivamente formaban parte del capital global desembolsado, han dejado de ser capital. Se han gastado en el pago de salarios. Los obreros las gastan, a su vez, en comprar sus medios de subsistencia; es decir, consumen medios de subsistencia por valor de 500 libras esterlinas. Se destruye, pues, una masa de mercancías por importe de este valor (lo que el obrero pueda ahorrar en dinero, por ejemplo, no es tampoco capital). Esta masa de mercancías se ha consumido improductivamente para el obrero, a menos que sirva para mantener en condiciones de funcionar su fuerza de trabajo, que constituye un instrumento indispensable para el capitalista.

En segundo lugar, estas 500 libras esterlinas se han invertido para el capitalista en fuerza de trabajo por el mismo valor (o el mismo precio). La fuerza de trabajo es consumida por él en el proceso de trabajo. Al final de las 5 semanas se encuentra con un producto de valor de 1,000 libras esterlinas. La mitad de esto, o sean, 500 libras, es el valor reproducido del capital variable invertido en el pago de fuerza de trabajo. La otra mitad, 500 libras, es plusvalía nuevamente producida. También se ha invertido, consumido, aunque productivamente, la fuerza de trabajo de cinco semanas en que se ha gastado una parte del capital para transformarse en capital variable. El trabajo que ayer funcionaba no es el mismo que funciona hoy. Su valor, más la plusvalía creada por él, existe ahora como valor de algo distinto de la fuerza de trabajo misma: el producto. Sin embargo, la transformación del producto en dinero permite cambiar de nuevo por fuerza de trabajo la parte de valor del mismo igual al valor del capital variable desembolsado, haciendo, por tanto, que funcione de nuevo como capital variable. El hecho de que el valor–capital no sólo reproducido, sino convertido otra vez en la forma–dinero, se destine o no a emplear los mismos obreros, es decir, los mismos portadores de la fuerza de trabajo, no hace al caso. Cabe perfectamente que el capitalista, en el segundo período de rotación. dé empleo a nuevos obreros en vez de ocupar a los antiguos.

En realidad, pues, se invierte en salarios, en los 10 períodos de 5 semanas, sucesivamente, un capital de 5,000 libras esterlinas y no de 500; salarios que luego gastan los obreros en pagar sus medios de subsistencia. El capital de 5,000 fibras esterlinas así desembolsado, se consume. Ya no existe. Por otra parte, se incorpora sucesivamente al proceso de producción fuerza de producción por valor, no de 500, sino de 5,000 libras esterlinas, fuerza de trabajo que no se limita a reproducir su propio valor = 5,000 libras, sino que produce además una plusvalía de 5,000 libras. El capital variable de 500 libras que se desembolsa en el segundo período de rotación no es el mismo capital de 500 libras desembolsado en el primer período. Este se ha consumido, se ha invertido en el pago de salarios. Pero viene a *reponerlo* un nuevo capital variable de 500

libras, que en el primer período de rotación se produjo en forma de mercancías y luego se transformó en dinero. Este nuevo capital de 500 libras es, pues, la forma–dinero de la masa de mercancías producidas en el primer período de rotación. El hecho de que vuelva a encontrarse en manos del capitalista una suma idéntica en dinero de 500 libras esterlinas, es decir –sí prescindimos de la plusvalía, exactamente el mismo capital–dinero que primitivamente desembolsó, viene a ocultar el hecho de que opera con un capital nuevamente producido. (Por lo que se refiere a las otras partes de valor del capital–mercancías que reponen las partes constantes del capital, la cosa es distinta: aquí no se produce un nuevo valor, sino que cambia simplemente la forma en que éste existía antes.)

Fijémonos ahora en el tercer período de rotación. Es evidente que el capital de 500 libras desembolsado por tercera vez no representa un capital antiguo, sino un capital nuevo, recién producido, pues es simplemente la forma–dinero de la masa de mercancías producida en el segundo período de rotación, es decir, de la parte de esta masa de mercancías cuyo valor es igual al valor del capital variable desembolsado. La masa de mercancías producida en el primer período de rotación, se ha vendido ya. Su parte de valor igual a la parte variable de valor del capital desembolsado se ha transformado en la nueva fuerza de trabajo del segundo período de rotación y ha producido una nueva masa de mercancías que ha vuelto a venderse y una parte de valor de la cual forma parte el capital de 500 libras desembolsado en el tercer período de rotación.

Y así sucesivamente, durante los diez períodos de rotación. Cada cinco semanas se producen y se lanzan al mercado nuevas masas de mercancías (cuyo valor, en la parte en que repone capital variable, es también valor nuevamente producido y no simple transformación, como ocurre con la parte del capital constante), para incorporar continuamente nueva fuerza de trabajo al proceso de producción.

Por tanto, lo que se consigue mediante las diez rotaciones del capital variable de 500 libras desembolsado no es que este capital de 500 libras pueda consumirse productivamente durante diez veces o que un capital variable suficiente para 5 semanas pueda emplearse durante 50. En las 50 semanas se emplean, por el contrario, 10 X 500 libras esterlinas de capital variable y el capital de 500 libras sólo alcanza para 5 semanas, debiendo al cabo de ellas reponerse con otro capital de 500 libras nuevamente producido. Y esto ocurre tanto con el capital *A* como con el capital *B*. Pero la diferencia comienza precisamente aquí.

Al final del primer período de 5 semanas, lo mismo *B* que *A* han desembolsado e invertido un capital variable de 500 libras. Lo mismo *B* que *A* han transformado su valor en fuerza de trabajo y lo han repuesto con la parte del valor del producto nuevamente creado por esta fuerza de trabajo igual al valor del capital variable de 500 libras desembolsado Lo mismo en *B* que en *A*, la fuerza de trabajo no se limita a reponer el valor del capital variable de 500 libras desembolsado con un nuevo valor del mismo importe, sino que además le añade una plusvalía, la cual es, según nuestra hipótesis, de la misma magnitud.

Sin embargo, en *B* el producto de valor que repone el capital variable desembolsado y añade una plusvalía a su valor no aparece bajo la forma en que pueda funcionar de nuevo como capital productivo o como capital variable. En cambio, sí reviste esta forma en *A*. Y durante todo el año, *B* no posee el capital variable invertido en las 5 primeras semanas y luego sucesivamente de 5 en 5 semanas, a pesar de ser repuesto por un valor nuevamente producido más la plusvalía, bajo la forma en que pueda volver a funcionar como nuevo capital productivo o bien variable. Su *valor* se repone y, por tanto, se renueva, indudablemente, por un nuevo valor, pero su *forma* de valor (que aquí es su forma absoluta de valor, su forma–dinero) no se renueva.

Para el segundo período de 5 semanas (y sucesivamente, para cada 5 semanas, durante el año) deberán tenerse en reserva, por tanto otras 500 libras esterlinas, lo mismo que para el primer período. Por consiguiente, prescindiendo de las posibles facilidades de crédito, deberán tenerse en reserva al empezar el año 5,000 libras esterlinas como capital–dinero latente desembolsado, aunque esta suma sólo vaya invirtiéndose realmente, transformándose en fuerza de trabajo, a lo largo del año, en períodos sucesivos.

Por el contrario, en el caso *A*, por cerrarse el ciclo o terminarse la rotación del capital desembolsado, la reposición del valor se presenta ya al final de las primeras 5 semanas bajo la forma que le permite poner en movimiento para otras 5 semanas nueva fuerza de trabajo: bajo su primitiva forma–dinero.

Tanto en el caso *A* como en el caso *B*, se consume en el segundo período de 5 semanas nueva fuerza de trabajo y se invierte para pagarla un nuevo capital de 500 libras esterlinas. Los medios de subsistencia de los obreros pagados con las primeras 500 libras han desaparecido; por lo menos, ha desaparecido de manos del capitalista el valor a eso destinado. Con las segundas 500 libras esterlinas se compra nueva fuerza de trabajo se sustraen al mercado nuevos medios de subsistencia En una palabra, se invierte un nuevo capital de 500 libras, no el antiguo. Pero en el caso *A*, este nuevo capital de 500 libras es la forma–dinero del valor nuevamente producido destinado a reponer las 500 libras ya gastadas. En cambio, en el caso *B*, esta

reposición de valor aparece bajo una forma en que no puede funcionar como capital variable. Existe, pero no bajo la forma de capital variable. Por eso, para poder proseguir el proceso de producción durante las 5 semanas siguientes tiene que existir y desembolsarse, bajo la forma–dinero indispensable en este caso, un capital adicional de 500 libras. Por donde lo mismo *A* que *B* invierten capital variable y pagan y emplean fuerza de trabajo durante 50 semanas. La diferencia está en que *B* tiene que pagarla con un capital desembolsado igual a su valor global = 5,000 libras esterlinas, mientras que *A* la va pagando sucesivamente con la forma–dinero constantemente renovada de la reposición de valor producida cada 5 semanas para cubrir el capital de 500 libras esterlinas, desembolsado en cada uno de esos períodos. Por tanto, aquí no se desembolsa nunca más capital–dinero que el necesario para 5 semanas, es decir, el capital de 500 libras desembolsado para las 5 semanas primeras. Estas 500 libras son suficientes para todo el año. Es evidente, por tanto, que, a igual grado de explotación del trabajo, a igual cuota real de plusvalía, las cuotas anuales de *A* y *B* deberán comportarse en razón inversa que las magnitudes de los capitales–dinero variables que han debido desembolsarse, para poder movilizar durante el año la misma masa de fuerza de trabajo. En

$$A \quad \frac{5{,}000\ p}{500\ v} = 1{,}000\ \%$$

en *B*:

$$\frac{5{,}000\ p}{1{,}000\ \%,\ \text{por } 100 : 1{,}000 \text{ por } 100.} \quad 100\ \%.\ \text{Pero } 500\ v : 5{,}000\ v = 1 : 10 = 100\ \%$$

La diferencia obedece a la diversidad de los períodos de rotación, es decir, de los períodos en los cuales puede funcionar de nuevo como capital, o sea, como nuevo capital, la reposición de valor del capital variable empleado en un determinado período de tiempo. En *B* y en *A* se opera la misma reposición de valor del capital variable empleado durante los mismos períodos. Y se opera también el mismo incremento de plusvalía durante éstos. Pero en *B*, aunque se produce cada 5 semanas una reposición de valor de 500 libras esterlinas más 500 libras esterlinas de plusvalía, esta reposición de valor no constituye un nuevo capital, puesto que no reviste la forma–dinero. En *A*, en cambio, no sólo se repone el antiguo valor–capital por otro nuevo, sino que además se lo reconstruye bajo su forma–dinero, es decir, se lo sustituye por un nuevo capital apto, para funcionar.

La temprana o tardía transformación de la reposición de valor–dinero y, por tanto, en la forma en que el capital variable se desembolsa, constituye, sin duda, un hecho que no tiene absolutamente importancia en lo que se refiere a la producción de plusvalía. Esta depende de la magnitud del capital variable empleado y del grado de explotación del trabajo. Aquel hecho, por su parte, modifica la magnitud del capital–dinero que debe desembolsarse para, poder movilizar durante el año una determinada cantidad de fuerza de trabajo, y determina, por tanto, la cuota anual de la plusvalía.

III. *La rotación del capital variable, socialmente considerada*

Detengámonos un momento a examinar el problema desde el punto de vista social. Supongamos que un obrero cueste 1 libra esterlina por semana y que la jornada de trabajo sea de 10 horas. Que lo mismo en el caso *A* que en el caso *B* se empleen durante el año 100 obreros (100 libras esterlinas por semana para 100 obreros arrojan en 5 semanas 500 libras esterlinas y en 50 semanas 5,000), y que cada uno de ellos trabaje 60 horas por semana de 6. Según esto, 100 obreros rendirán por semana 6,000 horas de trabajo, o sean 300,000 horas de trabajo en 50 semanas. Esta fuerza de trabajo se halla incautada tanto por *A* como por *B*, sin que, por, consiguiente, pueda la sociedad destinarla a otros fines. En sentido, pues, el problema, desde un punto de vista social se plantea lo mismo para *A* que para *B*. Además, lo mismo en *A* que *B*, cada 100 obreros obtienen un salario anual de 5,000 libras esterlinas (por tanto, los 200 en conjunto 10,000 libras) y sustraen a la sociedad medios de subsistencia cuyo equivalente lanzan también, tanto en uno como en otro caso, semanalmente a la circulación. La diferencia comienza aquí.

Primero. El dinero que el obrero lanza a la circulación en el caso *A* no es solamente, como ocurre con el obrero en *B*, la forma–dinero del valor de su fuerza de trabajo (en realidad, medio de pago de trabajo ya rendido); es, calculando ya a partir del segundo período de rotación después de iniciar la industria, la forma–dinero *de su propio producto de valor* (= al precio de la fuerza de trabajo más la plusvalía) del primer período de rotación, con el que se paga su trabajo durante el segundo período de rotación, No ocurre así en *B*.

Con respecto al obrero, aunque el dinero es aquí un medio de pago del trabajo ya rendido por él, este trabajo rendido no se paga con su propio producto monetizado de valor (con la forma–dinero del valor producido por él mismo). Esto sólo puede ocurrir a partir del segundo año, en que el obrero, en *B*, es pagado con su producto monetizado de valor del año precedente.

Cuanto más breve sea el período de rotación del capital –cuanto más cortos sean, por tanto, los períodos en que sus plazos de reproducción se renueven dentro del año–, más rápidamente se transformará la parte variable del capital primitivamente desembolsado por el capitalista en forma de dinero en la forma–dinero del producto de valor creado por el obrero para reponer este capital variable (y que encierra, además, la plusvalía); menos durará, por consiguiente, el período durante el cual el capitalista necesita desembolsar dinero de su propio fondo; más pequeña será, en proporción con el volumen dado de la escala de producción, el capital adelantado en general por él y mayor, proporcionalmente, la masa de plusvalía que obtenga durante el año a base de una cuota de plusvalía dada, ya que podrá comprar con tanta mayor frecuencia, continuamente, a los obreros, con la forma–dinero de su propio producto de valor y poner así en movimiento su trabajo.

Partiendo de una escala de producción dada, disminuye en proporción a la brevedad de los períodos de rotación la magnitud absoluta del capital–dinero variable desembolsado (como la del capital circulante en general) y aumenta la cuota anual de la plusvalía. Partiendo de una magnitud dada del capital desembolsado, aumenta la escala de la producción y, por tanto, a base de una cuota de plusvalía dada, aumenta la masa absoluta de la plusvalía producida durante un período de rotación, a la par con el aumento de la cuota anual de plusvalía que se logra mediante el acortamiento de los períodos de reproducción. De nuestra anterior investigación se desprende, en general, que, según la duración más o menos larga de los períodos de rotación, es necesario desembolsar un capital–dinero de muy diferente magnitud para poner en movimiento la misma masa de capital circulante productivo y la misma masa de trabajo con el mismo grado de explotación de éste.

Segundo. El obrero –y esto se halla relacionado con la primera distinción– lo mismo en *B* que en *A*, paga los medios de subsistencia por él comprados con el capital variable, que en sus manos se convierte en medio de circulación. No se limita por ejemplo, a sustraer al mercado trigo, sino que lo repone con un equivalente en dinero. Pero, como el dinero con que el obrero, en *B*, paga sus medios de subsistencia y los sustrae al mercado no es la forma–dinero de un producto de valor lanzado por él al mercado durante el año, como ocurre en el caso *A*, entrega al vendedor de su medios de subsistencia dinero, pero no le entrega una mercancía –medio de producción o medio de vida– que éste pueda comprar con el dinero rescatado, como ocurre por el contrario en *A*. Se sustraen, pues, al mercado fuerza de trabajo, medios de subsistencia para esta fuerza de trabajo, capital fijo bajo la forma de los medios de trabajo empleados en *B* y materiales de producción. Y para reponer todo eso se lanza al mercado un equivalente en dinero, pero no se lanza durante el año ningún producto para reponer los elementos materiales del capital productivo sustraídos al mercado.

Si concebimos la sociedad no al modo capitalista, sino al modo comunista, desaparecerá completamente el capital–dinero y, por tanto, el disfraz de las transacciones realizadas por medio de él. El problema se reducirá, sencillamente, a que la sociedad calcule de antemano la cantidad de trabajo, medios de producción y medios de subsistencia que puede emplear sin quebranto de ninguna de las ramas industriales que, como la construcción de ferrocarriles, por ejemplo, pasan largo tiempo, un año o más, sin suministrar medios de producción ni medios de subsistencia, ni rendir efecto útil alguno y que, sin embargo, sustraen trabajo, medios de producción y medios de subsistencia a la producción global anual. En cambio, en la sociedad capitalista, donde la razón social se impone siempre *post festum* (19) pueden producirse y se producen necesariamente y sin cesar grande perturbaciones. Por una parte, presión sobre el mercado de dinero, mientras que, a la inversa, las facilidades de este mercado provocan a su vez empresas de éstas en masa, es decir, aquellas circunstancias precisamente que más tarde presionarán sobre el mercado de dinero. El mercado de dinero se ve presionado porque aquí se hace necesario constantemente, durante un largo período de tiempo, el desembolso de capital–dinero en gran escala. Esto, sin tener en cuenta para nada que ciertos industriales y comerciantes lanzan a especulaciones ferroviarias, etc., el capital dinero necesario para la explotación de sus industrias o negocios, reponiéndolo en el mercado de dinero por medio de empréstitos. Por otra parte, presión sobre el capital productivo disponible de la sociedad. Como constantemente se sustraen al mercado elementos del capital productivo, sin que se lance al mercado más que un equivalente en dinero para reponerlos, esto hace que aumente la demanda solvente, sin ir acompañada por elemento alguno de oferta. Esto se traduce en el alza de los precios, tanto los de los medios de subsistencia como los de los materiales de producción. A esto hay que añadir que en tales períodos suele desarrollarse la especulación y se efectúan grandes transferencias de capital. Los especuladores, los corredores, los ingenieros, los abogados, etc.,

amasan grandes riquezas. Provocan en el mercado una fuerte demanda de consumo y hacen, paralelamente, subir los salarios. Es cierto que, por lo que se refiere a los productos alimenticios, esto sirve de acicate a la agricultura. Sin embargo, como estos productos alimenticios no pueden multiplicarse repentinamente, dentro del año, aumenta su importación, y en general la importación de artículos alimenticios exóticos (café, azúcar, vino, etc.) y de artículos de lujo. Esto conduce al exceso de importación y a la especulación en esta rama comercial. De otra parte, en las ramas industriales en que puede incrementarse rápidamente la producción (manufacturas en sentido estricto, minería, etc.) el alza de los precios provoca una repentina dilatación, seguida inmediatamente de la bancarrota. Y el mismo efecto se produce en el mercado de trabajo para atraer hacia las nuevas ramas industriales a grandes masas de la superpoblación relativa latente e incluso de los obreros que trabajan. Empresas de éstas en gran escala, como los ferrocarriles, sustraen al mercado de trabajo una determinada cantidad de fuerzas que sólo pueden proceder de ciertas ramas, tales como la agricultura, etc., donde se emplean exclusivamente hombres robustos. Este estado de cosas se mantiene, incluso, cuando ya las nuevas empresas se han convertido en ramas industriales permanentes, que disponen, por tanto, de la clase obrera ambulante de que necesitan. Tan pronto como, por ejemplo, la construcción de un ferrocarril se mantiene momentáneamente en una escala mayor que la media, se absorbe una parte del ejército obrero de reserva cuya presión mantenía bajos los salarios. Estos tienden en general a subir, incluso en las partes del mercado de trabajo en que hasta ahora no existía escasez de éste. Y este estado de cosas dura hasta que el inevitable *crack* vuelve a dejar libre al ejército obrero de reserva y los salarios descienden de nuevo a su nivel mínimo y aun por debajo de él.[1]

Cuando la mayor o menor duración de los períodos de rotación depende del período de trabajo en sentido estricto, es decir, del período necesario para elaborar el producto y ponerlo en condiciones, de lanzarlo al mercado, obedece a las condiciones materiales de producción de las distintas inversiones de capital existentes en cada caso, que en la agricultura presentan más bien el carácter de condiciones naturales de la producción y que en la manufactura y en la mayor parte de la industria extractiva cambian al irse desarrollando socialmente el proceso de producción.

Cuando la duración del período de trabajo obedece a la magnitud de las entregas (a la cantidad de producto que se lanza como norma general al mercado), esto tiene un carácter convencional. Pero lo convencional, a su vez, descansa en una base material, que es la escala de la producción, razón por la cual sólo en detalle puede considerarse como algo fortuito.

Finalmente, cuando la duración del período de rotación depende de la del período de circulación, tendremos que ésta se halla condicionada, indudablemente, por el cambio constante de la coyuntura del mercado, por la mayor o menor facilidad que existe para vender y, como consecuencia de ello, por la mayor o menor necesidad de llevar el producto, parcialmente a mercados más próximos o más lejanos. Prescindiendo del volumen de la demanda en general, desempeña aquí un papel fundamental el movimiento de los precios, ya que al descender éstos se restringen deliberadamente las ventas y marcha delante la producción y, por el contrario, al subir los precios, la producción y la venta se mantienen al unísono o se vende de antemano lo que se produce. Sin embargo, la verdadera base material que debe ser tenida en cuenta es la distancia real entre el centro de producción y el mercado.

Se venden, por ejemplo, tejidos o hilados ingleses con destino a la India. Supongamos que el exportador pague al fabricante inglés (cosa que los exportadores no hacen de buen grado si el mercado de dinero no marcha bien). La cosa se tuerce tan pronto como el propio fabricante repone su capital–dinero mediante operaciones de crédito. El exportador vende luego su mercancía, los hilados o los tejidos, en el mercado de la India, de donde le remiten el capital por él desembolsado. Hasta que este reflujo se opera, se plantea el problema exactamente en los mismos términos que en el caso en que la duración del período de trabajo exige el desembolso de nuevo capital–dinero para mantener en marcha el proceso de producción sobre la escala dada. El capital–dinero con que el fabricante paga a sus obreros y renueva los demás elementos de su capital circulante no constituye la forma–dinero de los hilados por él producidos. Para esto es necesario que el valor de estos hilados refluya ante todo y llegue a Inglaterra en dinero o en productos. Es, lo mismo que arriba, capital–dinero adicional. La única diferencia estriba en que aquí lo desembolsa, no el fabricante, sino el comerciante exportador, quien acaso lo haya gestionado, a su vez, mediante operaciones de crédito. Y antes de que este dinero se lance al mercado no se lanza tampoco al mercado inglés un producto adicional que pueda comprarse con ese dinero y destinarse al consumo productivo o individual. Y si esta situación se mantiene durante mucho tiempo y en gran escala, acarrea necesariamente las mismas consecuencias que antes un período prolongado de trabajo.

Ahora bien; cabe la posibilidad de que en la misma India vuelvan a venderse los hilados a crédito. Con este crédito se compran en la India productos, enviados en pago a Inglaterra, o bien se remite una letra de cambio por el importe. Si este estado de cosas se prolonga, se producirá una presión sobre el mercado de dinero de la India, que, al repercutir en Inglaterra, podrá provocar aquí una crisis. Esta crisis, a su vez, aunque relacionada con la exportación de metales preciosos a la India, provocará en este país una nueva crisis, debida a la bancarrota de las casas comerciales inglesas y de sus filiales indias, alimentadas por el crédito de los bancos locales. De este modo, surge una crisis simultánea tanto en el mercado *en contra* del cual, como en aquél a favor del cual, se manifiesta la balanza de comercio. Y este fenómeno puede presentar un carácter todavía más complicado. Puede ocurrir, por ejemplo, que Inglaterra haya enviado a la India lingotes de plata y que los acreedores ingleses de la India hagan efectivos allí sus créditos, con lo que aquel dominio se verá poco después en la imposibilidad de restituir sus lingotes de plata a Inglaterra.

Cabe la posibilidad de que el comercio de exportación a la India y el comercio de importación de la India a Inglaterra se compensen aproximadamente, aunque el segundo (si prescindimos de circunstancias especiales, tales como el encarecimiento del algodón, etc.), se halla determinado y estimulado en su volumen por el primero. La balanza comercial entre Inglaterra y la India puede parecer nivelada o acusar tan sólo débiles oscilaciones a uno u otro lado. Pero, tan pronto como estalla la crisis en Inglaterra, nos encontramos con que en la India se estancan los géneros textiles invendidos (es decir, no se transforman de capital–mercancías en capital–dinero: superproducción en este aspecto) y con que, por otra parte, en Inglaterra no sólo se estancan los productos de la India invendidos, sino que además queda sin pagar una gran parte de las existencias vendidas y consumidas. Lo que se manifiesta, por tanto, como crisis en el mercado de dinero se traduce a su vez, de hecho, en anomalías en el proceso de producción y reproducción.

Tercero. Con respecto al mismo capital circulante empleado (tanto el variable como el constante), la duración de los períodos de rotación, cuando obedecen a la duración del período de trabajo, se traduce en esta diferencia: cuando el capital describe varias rotaciones al año, puede ocurrir que algún elemento del capital circulante constante o variable sea suministrado por su propio producto, como sucede en los ramos de producción de carbón de bulla, de confección de ropas, etc. En otro caso no, al menos dentro del año.

NOTA AL PIE DE ESTE CAPÍTULOXVI

1 En el manuscrito aparece interpolada aquí la siguiente nota para ser desarrollada más adelante: "Contradicción del régimen de producción capitalista: los obreros como compradores de mercancías, son importantes para el mercado. Pero, como vendedores de su mercancía –de la fuerza del trabajo–, la sociedad capitalista tiende a reducirlos al mínimum del precio–. Otra contradicción: las épocas en que la producción capitalista pone en tensión todas sus fuerzas se revelan en general como épocas de superproducción, pues las fuerzas de la producción no pueden emplearse hasta el punto de que no sólo se produzca más valor, sino que además pueda realizarse; pero por la venta de las mercancías, la realización del capital–mercancías y también, por tanto, de la plusvalía, se halla limitada, no por la necesidad de consumo de la sociedad en general, sino por las necesidades de consumo de una sociedad la gran mayoría de cuyos individuos son pobres y tienen necesariamente que permanecer siempre en ese estado. Sin embargo. el estudio de esto corresponde a la sección siguiente".

Capítulo XVII

LA CIRCULACIÓN DE LA PLUSVALÍA

Hemos visto anteriormente que la diferencia en cuanto al período de rotación se traduce en una diferencia en cuanto a la cuota anual de la plusvalía, aun cuando permanezca idéntica la masa de la plusvalía producida anualmente.

Pero, además, se manifiesta necesariamente una diferencia en cuanto a la capitalización de la plusvalía, a la *acumulación*, diferencia que en este sentido afecta también a la masa de plusvalía producida durante el año, a base de una cuota de plusvalía mantenida invariable.

El capital *A* (en el ejemplo del capítulo anterior) produce una renta periódica corriente y, por tanto, exceptuando el período de rotación con que se inicia el año, cubre su propio consumo dentro del año con su producción de plusvalía, sin necesidad de desembolsar nada de su fondo propio. Esto es lo que, por el contrario, ocurre con el capital *B*. Es cierto que éste produce durante el mismo período de tiempo tanta plusvalía como *A*, pero esta plusvalía no aparece realizada, ni puede, por tanto, consumirse, individual ni productivamente. Para los fines del consumo individual, se anticipa la plusvalía. Los fondos necesarios para ello deben ser desembolsados.

Una parte del capital productivo, difícil de clasificar, a saber: el capital adicional necesario para la reparación y el sostenimiento del capital fijo, se presenta también bajo un aspecto distinto.

En el caso *A*, esta parte del capital –en todo o en gran parte– no se desembolsa al empezar la producción. No necesita hallarse disponible ni existir. Surge de la misma marcha de la industria, por la transformación misma de la plusvalía en capital, es decir, por una aplicación directa como capital. Una parte de la plusvalía que periódicamente se va produciendo y además realizando dentro del año puede cubrir los gastos necesarios para reparaciones, etc. De este modo, la propia industria produce sobre la marcha, mediante la capitalización de una parte de la plusvalía, parte del capital necesario para mantenerla en su escala primitiva. Este fenómeno no puede darse en el capital *B*. Aquí, la parte del capital en cuestión tiene necesariamente que integrar el capital primitivamente desembolsado. Esta parte del capital figurará en los libros del capitalista, en ambos casos, como capital desembolsado, como en efecto lo es, ya que, según la hipótesis de que partimos, constituye una parte del capital productivo necesario para mantener la industria en una escala determinada. Pero existe una diferencia muy grande según el fondo de que se desembolse ese capital. En el caso *B*, es realmente parte del capital que ha de desembolsarse o mantenerse disponible primitivamente. Por el contrario, en el caso *A* es, como capital, una parte aplicada de la plusvalía. Este último caso nos indica cómo no sólo el capital acumulado, sino también una parte del capital primitivamente desembolsado, puede consistir en simple plusvalía capitalizada.

La relación entre el capital primitivamente desembolsado y la plusvalía capitalizada se complica todavía más al interponerse el desarrollo del crédito. Por ejemplo, *A* toma a préstamo del banquero *C* una parte del capital productivo, con la que inicia su industria o la prosigue durante el año. No cuenta de antemano con el capital propio suficiente para mantener su industria. El banquero *C* le presta una suma, que consiste pura y simplemente en la plusvalía de los industriales *D*, *E*, *F*, etc., depositada en su banco. Para *A*, esta suma

no es todavía capital acumulado. Pero en realidad, para *D*, *E*, *F*, etc., *A* no es sino un agente que capitaliza la plusvalía por ellos apropiada.

Ya hemos visto (libro I, cap. XXII [pp. 525–533]) que la acumulación, la transformación de la plusvalía en capital, constituye por su contenido real un proceso de reproducción en escala ampliada, ya se manifieste esta ampliación de un modo extensivo, bajo la forma de incorporación de nuevas fábricas a las antiguas, o de un modo intensivo, ampliando la escala anterior de la industria.

La ampliación de la escala de la producción puede desarrollarse en pequeñas dosis, empleando una parte de la plusvalía en mejoras que o bien sólo aumentan la fuerza productiva del trabajo aplicado, o bien permiten al mismo tiempo explotarlo más intensivamente. Otras veces allí donde la jornada de trabajo no se halla limitada por la ley, basta con una inversión adicional de capital circulante (en materiales de producción y salarios) para ampliar la escala de la producción sin necesidad de engrosar el capital fijo, limitándose a prolongar su utilización diaria, a la par que se acorta proporcionalmente su período de rotación. Otras veces, la plusvalía capitalizada, cuando la coyuntura del mercado es favorable, permite ciertas especulaciones con materias primas, operaciones para las que no habría bastado el capital primitivamente desembolsado, etcétera.

Es evidente, sin embargo, que allí donde el mayor número de períodos de rotación se traduce en una realización más frecuente de la plusvalía dentro del año, se presentarán períodos en los que no podrá prolongarse la jornada de trabajo ni se podrán tampoco introducir mejoras de detalle, mientras por otra parte la ampliación de toda la industria en una escala proporcional, en parte en cuanto a la planta total del negocio, los edificios, por ejemplo, y en parte mediante la ampliación del fondo de trabajo, como ocurre en la agricultura, sólo es posible dentro de ciertos límites más amplios o más estrechos y requiere, además, un volumen de capital adicional que sólo puede suministrar la acumulación de la plusvalía al cabo de varios años.

Al lado de la verdadera acumulación, o sea, la transformación de la plusvalía en capital productivo (con su correspondiente reproducción en escala ampliada), discurre, pues, la acumulación de dinero, mediante la cual se va amasando una parte de la plusvalía como capital–dinero latente, llamado a funcionar como capital activo adicional tan pronto como cobra cierto volumen.

Así se plantea el problema desde el punto de vista del capitalista individual. Sin embargo, al desarrollarse la producción capitalista se desarrolla también, paralelamente, el sistema de crédito. El capital–dinero que el capitalista no puede emplear todavía en sus propios negocios es utilizado por otros, quienes le pagan los correspondientes intereses. Este capital funciona para él como capital–dinero en sentido específico, como una especie de capital distinto del capital productivo. Pero actúa como capital en manos de otros. Es evidente que, al hacerse más frecuente la realización de la plusvalía y aumentar la escala en que se produce, aumenta también la proporción en que se lanza al mercado de dinero nuevo capital–dinero o dinero como capital, siendo reabsorbido aquí, al menos en gran parte, para ampliar la producción.

La forma más simple en que puede presentarse este capital–dinero latente adicional es la del tesoro. Este tesoro puede consistir en oro o plata adicionales, obtenidos directa o indirectamente por intercambio con los países productores de metales preciosos. Es el único modo como puede aumentar en términos absolutos el tesoro en dinero dentro de un país. Pero cabe también –y es lo que ocurre en la mayoría de los casos– que este tesoro se

halle formado simplemente por el dinero sustraído a la circulación anterior y que reviste la forma de tesoro en manos de algunos capitalistas. Y cabe asimismo que este capital–dinero latente consista exclusivamente en signos de valor –por el momento, prescindimos aquí del dinero fiduciario– o en meros derechos de los capitalistas contra terceros (títulos jurídicos) garantizados mediante documentos legales. En todos estos casos, cualquiera que sea la modalidad que presente este capital–dinero adicional, sólo representa, en cuanto capital en ciernes, simples títulos jurídicos adicionales y mantenidos en reserva de los capitalistas sobre la futura producción anual adicional de la sociedad.

"La masa de la riqueza realmente acumulada, considerada en cuanto a su volumen,... es, pues, absolutamente insignificante sí se la compara con las fuerzas productivas de la sociedad a la que pertenece, cualquiera que sea su grado de civilización, o aunque sólo se la compare con el consumo real de esta misma sociedad durante unos pocos años; tan insignificante, que la atención fundamental de los legisladores y de los economistas hubo de dirigirse a las fuerzas productivas y a su futuro libre desarrollo, y no, como hasta entonces, a la mera riqueza acumulada que salta a la vista. La inmensa mayoría de la que se llama riqueza acumulada es puramente nominal y no se halla formada por objetos materiales, barcos, casas, géneros de algodón, mejoras en la tierra, etc., sino por simples títulos jurídicos, por el derecho a participar en las fuerzas productivas anuales futuras de la sociedad, títulos creados y perpetuados por expedientes o instituciones de un estado de inseguridad... El empleo de tales artículos (acumulaciones de objetos materiales o de riquezas real) como simple medio de que sus poseedores se valen para apropiarse la riqueza que crearán las fuerzas productivas futuras de la sociedad, se lo han ido sustrayendo gradualmente las leyes naturales de la distribución sin la acción de la violencia; apoyado por el trabajo cooperativo (*co-operative labour*), se les sustraería en unos cuantos años" (William Thompson, *Inquiry into the Principles of the Distribution of Wealth*, Londres, 1850, p. 453. La primera edición de esta obra vio la luz en 1824).

"Se tiene poco en cuenta, y la mayoría de la gente ni siquiera lo sospecha, cuán extraordinariamente pequeña, lo mismo en cuanto a la masa que en cuanto a la fuerza de acción, es la proporción existente entre las acumulaciones efectivas de la sociedad y las fuerzas humanas productivas, e incluso entre aquéllas y el consumo ordinario de una sola generación de hombres en el espacio de pocos años. La razón de esto salta a la vista, pero el efecto es bastante perjudicial. La riqueza que se consume anualmente desaparece al usarse; sólo permanece de manifiesto durante un instante y produce impresión solamente mientras se la disfruta o se la consume. En cambio, la parte de la riqueza que se va consumiendo lentamente, los muebles, las máquinas, los edificios, permanecen ante nuestra vista desde la infancia hasta la vejez, como monumentos perdurables del esfuerzo humano. La posesión de esta parte fija, permanente de la riqueza pública, que se va consumiendo poco a poco –de la tierra y de las materias primas contenidas en ella, de las herramientas con que se trabaja, de los edificios que albergan al hombre durante su trabajo–, permite a los propietarios de estos objetos dominar en provecho propio las fuerzas anuales de producción de todos los obreros verdaderamente productivos de la sociedad, por insignificantes que aquellos objetos puedan ser, comparados con los productos constantemente reiterados de este trabajo. La población de la Gran Bretaña e Irlanda es de 20 millones; el consumo medio de cada individuo, hombres, mujeres y niños, oscila probablemente alrededor de 20 libras esterlinas, lo que hace en conjunto una riqueza de unos 400 millones de libras esterlinas, que es el producto del trabajo consumido anualmente. El importe total del capital

acumulado de estos países no excede, según el censo, de 1,200 millones, o sea, el triple del producto anual del trabajo. Si se dividiese por partes iguales, los habitantes tocarían a 120 libras esterlinas por cabeza. Aquí, nos interesa más la proporción que los resultados absolutos más o menos exactos de este cálculo. Los intereses de este capital en su conjunto bastarían para mantener a la población total, en su nivel actual de vida, durante dos meses del año aproximadamente y el capital global acumulado (si se encontrasen compradores para él) la sustentaría sin trabajar durante tres años enteros. Al final de los cuales, encontrándose sin casas, sin vestido y sin alimento, los habitantes de estos países tendrían que echarse a morir de hambre o convertirse en esclavos de quienes los estuvieran sustentando durante todo este tiempo. La proporción que existe entre tres años y el tiempo normal de la vida de una generación sana, digamos 40 años, es la que guardan la magnitud y la importancia de la riqueza real, el capital acumulado aun del país más rico, con su fuerza productiva, con las fuerzas productivas de una sola generación de hombres; no con lo que podrían producir bajo normas racionales de seguridad igual y sobre todo en un régimen de trabajo cooperativo, sino con lo que realmente y en términos absolutos producen bajo las normas evasivas, defectuosas y decepcionantes, de la inseguridad ... Y para conservar y perpetuar en su estado actual esta masa aparentemente gigantesca del capital existente o mejor dicho, el mando y el monopolio que permite ejercer sobre los productos del trabajo anual, se pretende eternizar toda esa maquinaria espantosa, el vicio, el crimen y los sufrimientos de la inseguridad. Nada puede acumularse sin satisfacer ante todo las verdaderas necesidades y el gran torrente de las inclinaciones humanas fluye hacia el goce; de aquí el volumen relativamente insignificante de la riqueza real de la sociedad en cada momento dado. Es un ciclo eterno de producción y consumo. En esta masa inmensa de producción y consumo anuales puede desaparecer, sin apenas notarse, la acumulación real; y sin embargo, la atención. recae, no sobre aquella masa de fuerza productiva, sino sobre esta mínima acumulación. Pero ella se halla acaparada por unos cuantos y se ha convertido en el instrumento de apropiación de los productos anuales constantemente reiterados del trabajo de la gran masa. De aquí la importancia decisiva que el tal instrumento tiene para estos pocos... Una tercera parte aproximadamente del producto anual de la nación te es arrebatada hoy a los productores, bajo el nombre de cargas públicas, para ser consumido improductivamente por quienes no entregan a cambio de ello equivalente alguno, es decir, ningún equivalente que tenga carácter de tal para los productores ... La vista de la multitud se fija, asombrada, en las masas acumuladas, sobre todo cuando aparecen concentradas en manos de unos cuantos. Pero las masas producidas anualmente ruedan y pasan como las olas eternas e innumerables de una corriente poderosa y se pierden en el océano olvidado del consumo. Y. sin embargo, este consumo eterno condiciona, no sólo todo los goces, sino la misma existencia de todo el género humano. Sobre la cantidad y la distribución de este producto anual debieran recaer sobre todo nuestras reflexiones. La verdadera acumulación tiene una importancia absolutamente secundaria, que además se debe casi exclusivamente a la influencia que ejerce en la distribución del producto anual...Aquí (en la obra de Thompson), "la verdadera acumulación y distribución se consideran siempre con referencia a la fuerza productiva y en función de ella. Los demás sistemas proceden casi todos a la inversa: consideran la fuerza productiva con referencia a la acumulación y en función de ella y con vistas a la perpetuación del sistema de distribución existente. Comparados con la conservación de este sistema de distribución imperante, no se reputan dignos ni siquiera de una mirada la miseria o el bienestar continuamente reiterados de todo el género humano. Se

da el nombre de seguridad a la perpetuación de lo que es obra de la violencia, del fraude y del azar, y para conservar esta mentida seguridad se sacrifican implacablemente todas las fuerzas productivas del género humano” (obra cit., pp. 440–443).

En la reproducción, si prescindimos de las perturbaciones que entorpecen incluso la reproducción en una escala dada, sólo pueden presentarse dos casos normales:

La reproducción en escala simple, y

la capitalización de la plusvalía, a acumulación.

I. *Reproducción simple*

En la reproducción simple, la plusvalía producida y realizada anualmente o varías veces al año, periódicamente, cuando se den varios períodos de rotación dentro del año, es consumida por quien se la apropia, por el capitalista, individualmente, es decir, improductivamente.

El hecho de que el valor del producto se halle formado en parte por plusvalía y en la parte restante por la porción del valor consistente en el capital variable reproducido en él más el capital constante a él incorporado, no altera en lo más mínimo ni la cantidad ni el valor del producto total que entra constantemente en la circulación como capital–mercancías y que es sustraído a ella, también constantemente, para entregarse al consumo productivo o individual, es decir, para servir de medio de producción o de medio de consumo. Si prescindirnos del capital constante, esto sólo afecta a la distribución del producto anual entre obreros y capitalistas.

Por tanto, aun partiendo del supuesto de la reproducción simple, una parte de la plusvalía tiene que existir constantemente en dinero y no en productos, pues de otro modo no podría convertirse de dinero en productos para los efectos del consumo. Esta transformación de la plusvalía de su primitiva forma–mercancías en dinero debe ser investigada más a fondo aquí. Para simplificar el asunto se parte de la forma más simple del problema, a saber: de la circulación exclusiva de dinero metálico, de dinero consistente en un equivalente real.

Según las leyes establecidas para la circulación simple de mercancías (libro I, cap. III [pp. 103 ss.]), la masa del dinero metálico existente en un país no sólo debe ser suficiente para hacer circular las mercancías. Debe serlo también para hacer frente a las oscilaciones del curso del dinero, que en parte obedecen a las fluctuaciones que se observan en el ritmo de las circulaciones, en parte al cambio de precios de las mercancías y en parte a las distintas y variables proporciones en que el dinero funciona como medio de pago o como verdadero medio de circulación. La proporción en que la masa de dinero existente se divide en tesoro y en dinero circulante varía constantemente, pero la masa de dinero es siempre igual a la suma del dinero existente como dinero circulante y como tesoro. Esta masa de dinero (masa de metales preciosos) es un tesoro de la sociedad, gradualmente acumulado. La parte de este tesoro consumida por el desgaste debe reponerse anualmente, al igual que cualquier otro producto. En la realidad, esto se efectúa, mediante el cambio directo o indirecto de una parte del producto anual del país por el producto de los países productores de oro y plata. El carácter internacional de esta transacción encubre, sin embargo, su límpido desarrollo. Por tanto, para reducir el problema a su más simple y diáfana expresión, debemos partir de la hipótesis de que la producción de oro y plata se

efectúa dentro del mismo país, es decir, de que la producción de estos metales forma parte de la producción social global de este país.

Prescindiendo del oro y la plata destinados a la fabricación de artículos de lujo, el mínimum de la producción anual de estos metales debe ser igual al desgaste de los metales monetarios ocasionado por la circulación anual de dinero. Además, sí aumenta la suma de valor de la masa de mercancías que se producen y circulan anualmente tiene que aumentar también necesariamente la producción anual de oro y plata, siempre y cuando que la suma acrecentada de valor de las mercancías circulantes y la masa de dinero necesaria para su circulación (y el correspondiente atesoramiento) no sean compensadas por la mayor celeridad de la circulación monetaria y por la función más extensiva del dinero como medio de pago, es decir, por un mayor saldo mutuo de las compras y las ventas sin la interposición de dinero real.

Una parte de la fuerza social de trabajo y una parte de los medios sociales de producción tienen que invertirse, por tanto, anualmente, en la producción de oro y plata.

Los capitalistas que explotan la producción de oro y plata que –partiendo, como lo hacemos aquí, del supuesto de la reproducción simple– sólo la explotan dentro de los limites del desgaste medio anual y del consumo medio anual de oro y plata que eso ocasiona, lanzan su plusvalía –la cual, según la hipótesis establecida, consumen anualmente, sin capitalizar ninguna parte de ella– directamente a la circulación en forma de dinero, que es para ellos la forma natural y no, como en las otras ramas de producción, la forma transformada del producto.

Además, por lo que se refiere a los salarios –la forma–dinero en que se desembolsa el capital variable–, éstos son repuestos aquí igualmente, no por la venta del producto, por su transformación en dinero, sino por un producto cuya forma natural es desde el primer momento la forma–dinero.

Finalmente, esto ocurre también con la parte del producto de metales preciosos igual al valor del capital constante periódicamente consumido, tanto del capital constante circulante como del capital constante fijo absorbido durante el año.

Fijémonos en el ciclo o en la rotación del capital invertido en la producción de metales preciosos, primeramente bajo la forma *D–M*... *P*...*D*'. En la medida en que, en la fase *D–M*, *M* no está formada solamente por fuerza de trabajo y medios de producción, sino además por capital fijo, del cual sólo una parte del valor es absorbida por *P*, es evidente que *D*' –el productor– representa una suma de dinero igual al capital variable invertido en salarios más el capital constante circulante invertido en medios de producción, más la parte de valor del capital fijo desgastado, más la plusvalía. Si la suma fuese menor, conservando el oro su valor general inalterable, la inversión del capital en minas sería improductiva o –si éste fuese el caso, en términos generales– subiría en el futuro el valor del oro, comparado con las mercancías cuyo valor no aumenta; es decir, los precios de las mercancías descenderían y, por tanto, la suma de dinero invertida en *D–M* sería menor en el futuro.

Sí nos fijamos ante todo en la parte circulante del capital desembolsado en *D*' punto de partida de *D – M* ... *P*... *D*', vemos que se desembolsa, se lanza a la circulación una determinada suma de dinero para el pago de fuerza de trabajo y la compra de materiales de producción. Pero esta suma no es sustraída de nuevo a la circulación por el ciclo de este capital para ser lanzada otra vez a ella. El producto en su forma natural es ya dinero, no necesita, pues, convertirse en dinero por medio del cambio, por medio de un proceso de circulación. No pasa del proceso de producción al proceso de circulación bajo la forma de

capital–mercancías que necesita volver a convertirse en capital–dinero, sino como capital–dinero que necesita volver a convertirse en capital productivo, es decir, volver a comprar fuerza de trabajo y materiales de producción. La forma–dinero del capital circulante, consumido en fuerza de trabajo y medios de producción, no es absorbida por la venta del producto, sino por la forma natural del producto mismo; es decir. no por la nueva sustracción de su valor a la circulación en forma de dinero, sino por dinero adicional, nuevamente producido.

Supongamos que este capital circulante sea = 500 libras esterlinas, el período de rotación = 5 semanas, el período de trabajo = 4 semanas y el período de circulación = 1 semana solamente. Es necesario desembolsar de antemano dinero para 5 semanas, una parte en reserva de producción y otra parte como reserva en dinero para ir invirtiéndola gradualmente en el pago de salarios. Al comienzo de la 6ª semana, habrán refluido 400 libras esterlinas y quedarán disponibles 100. Esta operación se repite constantemente. Aquí, como en el caso anterior, se encontrarán durante cierto tiempo del período de rotación 100 libras esterlinas constantemente en la forma vinculada. Pero estas 100 libras consistirán en dinero adicional nuevamente producido, exactamente igual que las 400 libras restantes. Este capital describe 10 rotaciones al año y el producto anual producido es = 500 libras esterlinas oro. (Aquí, el período de circulación no lo determina el tiempo que cuesta convertir la mercancía en dinero, sino el tiempo que tarda en convertirse el dinero en elementos de producción.)

En cualquier otro capital de 500 libras esterlinas que refluye bajo las mismas condiciones, la forma–dinero constantemente renovada es la forma transformada del capital–mercancías producido que se lanza a la circulación cada cuatro semanas y que al venderse –es decir, mediante la sustracción periódica de la suma de dinero con cuya forma entró primitivamente en el proceso– vuelve a recobrar constantemente esta forma–dinero. Aquí, por el contrario, se lanza en cada período de rotación del mismo proceso de producción al proceso de circulación una nueva masa adicional de dinero por valor de 500 libras esterlinas, para sustraer constantemente a él materiales de producción y fuerza de trabajo. Este dinero lanzado a la circulación no vuelve a sustraerse a ella por el ciclo de este capital, sino que aumenta aún más mediante las masas de oro que constantemente se producen de nuevo.

Si nos fijamos en la parte variable de este capital circulante y lo suponemos como arriba, = 100 libras esterlinas, vemos que en una producción normal de mercancías estas 100 libras esterlinas bastarían, con una suma de diez rotaciones, para pagar constantemente la fuerza de trabajo. Aquí, en la producción de dinero, basta con la misma suma; pero las 100 libras esterlinas de reflujo con que se paga la fuerza de trabajo cada 5 semanas no son ahora la forma transformada de su producto, sino una parte de su mismo producto constantemente renovado. El productor de dinero paga a sus obreros, directamente, con una parte del oro producido por él mismo. Por tanto, las 1,000 libras esterlinas invertidas aquí anualmente en fuerza de trabajo y lanzadas por los obreros a la circulación no retornan por medio de la circulación a su punto de partida.

En lo que se refiere al capital fijo, éste requiere, en la primera inversión, el desembolso de un gran capital–dinero, el cual se lanza, por tanto, a la circulación. Y como ocurre con todo capital fijo, sólo refluye fragmentariamente a la vuelta de varios años. Pero refluye como una parte directa del producto, del oro, no mediante la venta del producto y su consiguiente transformación en dinero. Por tanto, no va adquiriendo gradualmente su forma

de dinero mediante la sustracción de dinero a la circulación, sino mediante la acumulación de una parte correspondiente del producto. El capital–dinero así restaurado no es una suma de dinero sustraída gradualmente a la circulación para compensar la suma de dinero primitivamente lanzada a ella en concepto de capital fijo. Es una masa de dinero adicional.

Finalmente, por lo que se refiere a la plusvalía, ésta es también igual a una parte del nuevo producto–oro lanzada a la circulación en cada nuevo período de rotación, para invertirse –según la hipótesis de que partimos– improductivamente, en pago de medios de subsistencia y de artículos de lujo.

Pero, según el supuesto de que aquí partimos, toda esta producción anual de oro –por medio de la cual se sustraen constantemente al mercado fuerza de trabajo y materiales de producción y se aporta constantemente a él dinero adicional –sólo repone el dinero desgastado durante el año, sólo sirve, por tanto, para mantener en su plenitud de medio de pago la masa social de dinero que existe constantemente, aunque en proporciones variables, bajo las dos formas de tesoro y de dinero en circulación.

Según la ley de la circulación de mercancías, la masa de dinero debe ser igual al volumen de dinero necesario para la circulación, más una cantidad de dinero que se encuentra en forma de tesoro y aumenta o disminuye según la contracción o la expulsión de la circulación, pero sirve sobre todo para la formación de los necesarios fondos de reserva de medios de pago. Lo que tiene que pagarse en dinero –si no media compensación de pagos– es el valor de las mercancías. El hecho de que una parte de este valor consista en plusvalía, es decir, no le haya costado nada al vendedor de las mercancías, no altera en lo más mínimo los términos del problema. Supongamos que los productores sean todos poseedores independientes de sus medios de producción y que, por tanto, la circulación se efectúe entre los productores directos. Prescindiendo de la parte constante de su capital, podríamos dividir su producto sobrante anual, por analogía con el régimen capitalista, en dos partes: una *a*), que se limita a reponer sus medios de subsistencia necesarios, y otra *b*) que aquéllos gastan en parte en artículos de lujo y en parte destinan a ampliar la producción. *a*) representaría, en este caso, el capital variable y *b*) la plusvalía. Pero esta división no influiría para nada en el volumen de la masa de dinero necesaria para poner en circulación su producto total. Permaneciendo iguales todas las demás circunstancias, el valor de la masa de mercancías circulante sería el mismo y la misma también, por tanto, la masa de dinero necesaria para cubrirlo. Estos productores tendrían que disponer igualmente de las mismas reservas en dinero, suponiendo que fuese igual la división en períodos de rotación; es decir, tendrían que mantener constantemente en forma de dinero la misma parte de su capital, puesto que, según el supuesto de que partimos, su producción seguiría siendo, al igual que antes, producción de mercancías. Por tanto, el hecho de que una parte del valor de las mercancías consista en plusvalía no altera absolutamente en nada la masa del dinero necesario para la explotación de la industria.

Un adversario de Tooke, que se atiene a la forma *M–M–D*', le pregunta cómo se las arregla el capitalista para sustraer constantemente a la circulación más dinero del que lanza a ella. Entiéndase bien. Aquí, no se trata de la *creación* de plusvalía. Esta, que constituye el único misterio, se comprende por sí misma desde el punto de vista capitalista. La suma de valor empleada no sería capital si no se incrementase con una plusvalía. Por eso, como es capital por definición, la plusvalía se comprende por sí misma.

El problema no estriba, por consiguiente, en saber de dónde proviene la plusvalía, sino de dónde proviene el dinero en que la plusvalía se convierte.

Pero los economistas burgueses consideran la existencia de la plusvalía como algo evidente por sí mismo. Por tanto, no sólo se da por supuesta, sino que con ella se da por sobrentendido también que una parte de la masa de mercancías lanzada a la circulación consiste en producto sobrante, y representa, por consiguiente, un valor que el capitalista no lanzó a la circulación con su capital; dan por supuesto, consiguientemente, que el capitalista lanza a la circulación, con su producto, un remanente sobre su capital, que es el que luego vuelve a sustraer a ella.

El capital–mercancías que el capitalista lanza a la circulación tiene mayor valor (no se explica o no se comprende de dónde proviene esto, pero es un hecho, desde el punto de vista de que ellos mismos parten) que el capital productivo sustraído por él a la circulación en forma de fuerza de trabajo y medios de producción. Partiendo de esta premisa, es claro, por tanto, por qué no sólo el capitalista *A*, sino también *B*, *C*, *D*, etc., pueden sustraer constantemente a la circulación, mediante el cambio de sus mercancías, más valor que el de su capital, el primitivo y el desembolsado constantemente, en períodos sucesivos. *A*, *B*, *C*, *D*, etc., lanzan continuamente a la circulación, en forma de capital–mercancías –y esta operación presenta tantos aspectos como capitales funcionan independientemente–, un valor en mercancías mayor que el que retiran de ella en forma de capital productivo. Por eso pueden repartirse constantemente entre sí (es decir, retirar de la circulación, cada cual por su lado, un capital productivo) una suma de valor igual a la de sus respectivos capitales productivos desembolsados; y, constantemente también, una suma de valor que lanzan todos ellos a la circulación en forma de mercancías, como remanente respectivo del valor de las mercancías sobre el valor de sus elementos de producción.

Pero el capital–mercancías, antes de volver a convertirse en capital productivo y antes de que pueda invertirse la plusvalía que encierra, necesita convertirse en dinero. ¿De dónde sale este dinero? Es un problema que parece difícil a primera vista y que ni Tooke ni ningún otro autor han contestado, hasta hoy.

Supongamos que el capital circulante de 500 libras esterlinas desembolsado en forma de capital–dinero, cualquiera que sea su período de rotación, represente el capital global circulante de la sociedad, es decir, de la clase capitalista, y que la plusvalía ascienda a 100 libras. ¿Cómo se las arregla la clase capitalista, en su conjunto, para sacar constantemente de la circulación 600 libras esterlinas, si sólo lanza a ella, constantemente, 500?

Primero, el capital–dinero de 500 libras esterlinas, se convierte en capital productivo; luego éste, en el proceso de producción, se transforma en un valor–mercancías de 600 libras y pone en circulación no sólo un valor–mercancías de 500 libras, igual al capital–dinero primitivamente desembolsado, sino además una plusvalía de 100 libras, nuevamente producida.

Esta plusvalía adicional de 100 libras esterlinas se lanza a la circulación en forma de mercancías. Esto no ofrece ninguna duda. Pero el dinero adicional necesario para la circulación de este valor adicional en mercancías no puede salir de esa misma operación.

No debemos, pues, intentar rehuir la dificultad mediante evasivas más o menos plausibles.

Por ejemplo: por lo que se refiere al capital circulante constante, es evidente que no todos lo invierten simultáneamente. Mientras que el capitalista *A* vende su mercancía y el capital desembolsado reviste, por tanto, para él, la forma de dinero, para el comprador *B*, por el contrario, su capital, existente en forma de dinero, asume ahora la forma de los

medios de producción producidos precisamente por *A*. El mismo acto por medio del cual *A* restituye a su capital–mercancías producido la forma–dinero, reintegra el de *B* en su forma productiva, vuelve a convertirlo de la forma–dinero, en medios de producción y fuerza de trabajo; la misma suma de dinero funciona en este proceso de doble lado como un cualquier simple acto de compra *M – D*. Por otra parte, al mismo tiempo que *A* vuelve a convertir el dinero en medios de producción, compra mercancías a *C* y éste paga con su dinero a *B*, etc. El fenómeno quedaría, pues, explicado de este modo. Pero:

El carácter capitalista del proceso de producción no modifica en modo alguno las leyes establecidas con respecto a la cantidad del dinero circulante en la circulación de mercancías (libro I, cap. III [pp. 103 ss.]).

Por tanto, cuando se dice que el capital circulante de la sociedad que debe desembolsarse en forma de dinero asciende a 500 libras esterlinas ya se tiene en cuenta que, si bien, por una parte, es ésta la suma que debe desembolsarse de una vez, por otra parte esta suma pone en movimiento más capital productivo de 500 libras esterlinas, puesto que funciona alternativamente como fondo de dinero de varios capitales productivos. Por consiguiente, esta explicación presupone ya como existente el dinero cuya existencia trata de explicar.

También podría decirse que el capitalista *A* produce artículos que el capitalista *B* consume individual e improductivamente. Que el dinero de *B* sirve, por tanto, para convertir en capital–dinero el capital–mercancías de *A*, convirtiendo en dinero al mismo tiempo la plusvalía de *B* y el capital constante circulante de *A*, Pero con ello daríamos por resuelto, aun más directamente que en el caso anterior, el problema que se trata de resolver, a saber: de dónde saca *B* este dinero para atender a su renta, cómo convierte en dinero por si mismo esta parte que representa la plusvalía de su producto.

Podría decirse, asimismo, que la parte del capital variable circulante que *A* desembolsa constantemente para pagar a sus obreros le refluye constantemente de la circulación, quedando constantemente en sus manos, inmovilizado para el pago de salarios, sólo una parte variable. Sin embargo, entre la inversión y la recuperación transcurre un determinado tiempo, durante el cual el dinero empleado para el pago de salarios puede servir también, entre otras cosas, para la realización monetaria de la plusvalía. Pero sabemos, en primer lugar, que cuanto mayor sea el tiempo que haya de transcurrir, mayor tiene que ser también, necesariamente, la masa de la reserva de dinero que el capitalista *A* ha de tener constantemente disponible. Y, en segundo lugar, los obreros invierten el dinero, compran con él mercancías, realizan, por tanto, monetariamente, en una parte proporcional, la plusvalía que en esas mercancías se contiene. Por consiguiente, el mismo dinero desembolsado en forma de capital variable sirve también, proporcionalmente, para convertir en dinero la plusvalía. No podemos entrar aquí más a fondo en este problema; diremos únicamente que el consumo de toda la clase capitalista y de las personas improductivas que giran alrededor de ella discurre paralelamente con el consumo de la clase obrera, por cuya razón los capitalistas tienen que lanzar dinero a la circulación a la par con el que lanzan los obreros, para invertir su. plusvalía como renta, lo cual supone una cantidad igual de dinero que se sustrae a la circulación. La explicación que acabamos de dar no haría sino reducir la cantidad necesaria, pero no la suprimiría.

Finalmente podría decirse que constantemente se lanza a la circulación una gran cantidad de dinero en las primeras inversiones de capital fijo, el cual sólo se va sustrayendo a ella gradual y fragmentariamente, a lo largo de los años, por los mismos que lo ponen en

circulación. ¿No puede esta suma bastar para convertir en dinero la plusvalía? A esto debe contestarse que en la suma de las 500 libras esterlinas (en la que se incluye también el atesoramiento para el fondo de reserva necesario) va implícito ya su empleo como capital fijo, ya sea por el mismo que la pone en circulación o por otro cualquiera. Además, la suma invertida para la adquisición de los productos que sirven de capital fijo entraña ya el supuesto de que ha sido pagada también la plusvalía contenida en estas mercancías, y de lo que se trata es precisamente de saber de dónde proviene este dinero.

La contestación general a esta pregunta ya se ha dado: cuando se pone en circulación una masa de mercancías de *x* X 1,000 libras esterlinas la cantidad de dinero necesaria para esta circulación no cambia en lo más mínimo por el hecho de que en el valor de esta masa de mercancías se contenga o no una plusvalía, de que la tal masa de mercancías se haya producido o no sobre bases capitalistas. Llegarnos, pues, a la conclusión de que el *problema de por sí no existe*. Partiendo de una serie de consideraciones dadas, el ritmo de circulación del dinero, etc., se necesita una determinada suma de dinero para que circule el valor–mercancías de *x* X 1,000 libras esterlinas, independientemente del hecho de que al productor directo de estas mercancías le corresponda una cantidad mayor o menor de. su valor. El problema que aquí pueda existir, suponiendo que exista alguno, coincide con el problema general, que es el de saber de dónde proviene la suma de dinero necesaria para la circulación de las mercancías dentro de un país.

Sin embargo, es indudable que, desde el punto de vista de la producción capitalista, existe la apariencia de un problema especial. Aquí, es el capitalista, en efecto, el que aparece como punto de partida, como el que lanza el dinero a la circulación. El dinero que los obreros invierten en comprar y pagar sus medios de subsistencia existe previamente bajo la forma de dinero del capital variable y, por tanto, es puesto primitivamente en circulación por el capitalista, como medio de compra o de pago de la fuerza de trabajo. Además. el capitalista lanza a la circulación el dinero que primitivamente asume en sus manos la forma–dinero de su capital constante, circulante y fijo, que invierte como medio de compra y de pago de medios de trabajo y materiales de producción. Fuera de esto, el capitalista ya no actúa como punto de partida de la masa de dinero circulante. A partir de ahora, sólo existen dos puntos de partida: el capitalista y el obrero. Todas las demás categorías de personas tienen que obtener el dinero para los servicios que presten de estas dos clases o son, en la medida en que lo perciban sin contraprestación alguna, coposeedores de plusvalía en forma de renta, de interés etc. Pero el hecho de que la plusvalía no se quede íntegramente en el bolsillo del capitalista industrial, sino que deba repartirla con otras personas, nada tiene que ver con el problema de que estamos tratando. Lo que interesa es saber cómo convierte en dinero su plusvalía y no cómo se distribuye luego el dinero así obtenido. Por consiguiente, para nuestro caso es como sí el capitalista fuese poseedor único y exclusivo de la plusvalía. En cuanto al obrero, ya hemos dicho que es simplemente un punto de partida secundario, pues el punto primario de partida del dinero que aquél lanza a la circulación es el capitalista. El dinero desembolsado primeramente como capital variable se halla ya describiendo su segunda rotación cuando el obrero lo emplea en comprar y pagar sus medios de subsistencia.

La clase capitalista constituye, pues, el punto de partida único de la circulación monetaria. Si necesita 400 libras esterlinas para pagar medios de producción y 100 para pagar fuerza de trabajo, lanza a la circulación 500 libras. Pero la plusvalía contenida en el

producto, suponiendo que su cuota sea de 100 por 100, es igual a un valor de 100 libras esterlinas, ¿Cómo puede retirar constantemente 600 libras, si no lanza a ella constantemente más de 500? De la nada no sale nada. La clase capitalista en su conjunto no puede retirar de la circulación lo que no ha lanzado previamente a ella.

Aquí, pasamos por alto la circunstancia de que la suma de dinero de 400 libras esterlinas tal vez baste, con 10 períodos de rotación, para hacer circular medios de producción por valor de 4,000 libras esterlinas y trabajo por valor de 1,000 libras, y que las 100 restantes sean también suficientes; para la circulación de 1,000 libras esterlinas de plusvalía. Esta relación existente entre la suma de dinero y el valor–mercancías puesto en circulación por ella no afecta para nada a nuestro problema. Este sigue en pie. Si no circulasen repetidas veces las mismas monedas, serían necesarias 5,000 libras esterlinas como capital puesto en circulación y harían falta 1,000 libras para realizar monetariamente la plusvalía. Interesa saber de dónde sale este último dinero, sean 1,000 libras o 100. Se trata, desde luego, de un remanente sobre el capital–dinero lanzado a la circulación.

En realidad, por paradójico que ello pueda parecer a primera vista, es la propia clase capitalista la que pone en circulación el dinero que sirve para realizar la plusvalía que en las mercancías se contiene. Pero, bien entendido que no lo lanza a la circulación como dinero desembolsado, es decir, como capital. Lo lanza como medio de compra para su consumo individual. No es, por tanto, dinero adelantado por ella, aunque constituya el punto de partida de su circulación.

Tomemos, como ejemplo, un determinado capitalista, *v. gr*. un arrendatario, en el momento de iniciar sus negocios. Durante el primer año desembolsa un capital–dinero, de 5,000 libras esterlinas supongamos, destinado a comprar y pagar medios de producción (4,000 libras) y fuerza de trabajo (1,000 libras). Supongamos que la cuota de plusvalía sea del 100 por 100 y la plusvalía apropiada por este capitalista = 1,000 libras esterlinas. Las 5,000 libras anteriores representan todo lo que desembolsa como capital–dinero. Pero, además, tiene que vivir, y no puede sacar ningún dinero de su explotación antes del final del año. Supongamos que su consumo ascienda a 1,000 libras esterlinas. Tiene necesariamente que poseer esta cantidad. Claro está que, según él se la tiene que adelantar él mismo durante el primer año. Sin embargo, este adelanto –que aquí sólo tiene una significación subjetiva– quiere decir, pura y simplemente, que durante el primer año tiene que cubrir su consumo individual con dinero sacado de su propio bolsillo, en vez de pagarlo con la producción arrancada gratis a sus obreros. Este dinero no es desembolsado por él como capital. Lo gasta, lo paga como equivalente de los medios de subsistencia consumidos por él. Este valor es invertido por él en dinero, lanzado a la circulación para retirar de ella el valor correspondiente en mercancías. Este valor en mercancías es el que consume. No guarda, pues, ya la menor relación con su valor. El dinero con que el capitalista lo paga existe como elemento de dinero circulante. Pero el valor de este dinero lo ha retirado de la circulación en forma de productos y con los. productos en que existía se destruye también su valor. Al final del año, nuestro capitalista pone en circulación un valor en mercancías de 6,000 libras esterlinas, y lo vende. Con ello, refluye a él: *1*) el capital–dinero de 5,000 libras por él desembolsado; *2*) la plusvalía de 1,000 libras convertida en dinero. El capitalista ha desembolsado, ha lanzado a la circulación como capital 5,000 libras esterlinas y retira de ella 6,000, 5,000 que representan el capital y 1,000 que constituyen la plusvalía. Estas 1,000 libras esterlinas se realizan monetariamente con el dinero que él mismo ha puesto en circulación, no como capitalista, sino como consumidor.

Ahora, estas 1,000 libras refluyen a él como la forma–dinero de la plusvalía por él producida. Y a partir de ahora, todos los años se repite la misma operación. Pero desde el segundo año, las 1,000 libras esterlinas gastadas por él son ya constantemente la forma transformada, la forma–dinero de la plusvalía que produce. Plusvalía que gasta anualmente y que anualmente revierte a él.

Sí su capital describiese más rotaciones durante el año, esto no alteraría para nada la cosa, pero sí la duración del plazo y, por tanto, la magnitud de la suma que tendría que poner en circulación, además del capital–dinero por él desembolsado, para atender a su consumo individual.

Este dinero no es puesto en circulación por el capitalista como capital. Pero, indudablemente para ser capitalista se necesita estar en condiciones de vivir, hasta el reflujo de la plusvalía, de los medios existentes en su poder.

En este caso, se partía del supuesto de que la suma de dinero que el capitalista lanza a la circulación para atender a su consumo individual hasta que su capital empieza a refluir, equivale exactamente a la plusvalía por él producida y que, por tanto, ha de ser convertida en dinero. Es, indudablemente, en lo que se refiere al capitalista individual, una hipótesis arbitraria. En cambio, tiene que ser necesariamente cierta con respecto a la clase capitalista en su conjunto, a base de la producción simple. Expresa simplemente lo que expresa este sistema de reproducción, a saber: que se consume improductivamente toda la plusvalía, pero sólo ésta, sin tocar en lo más mínimo al capital constitutivo inicial.

Arriba, partíamos del supuesto de que la producción total de metales preciosos (= 500 libras esterlinas) sólo basta para reponer el desgaste monetario.

Los capitalistas productores de oro poseen en oro todo su producto, tanto la parte de éste que se destina a reponer el capital constante y el variable como la que consiste en plusvalía. Una parte de la plusvalía de la sociedad se halla formada, pues, por oro y no por productos que hayan de convertirse en dinero mediante la circulación. Consiste desde el primer momento en oro y se lanza a la circulación para retirar de ella productos. Lo mismo podemos decir aquí del salario, del capital variable, y de la reposición del capital constante desembolsado. Por tanto, aunque una parte de la clase capitalista lanza a la circulación un valor–mercancías mayor (por la plusvalía) que el capital–dinero por ella desembolsado, otra parte pondrá en circulación un valor–dinero mayor (por la plusvalía) que el valor–mercancias que sustrae constantemente a ella para la producción de oro. Si una parte de los capitalistas retira constantemente de la circulación más dinero del que lanza a ella, la parte que produce oro incorpora a ella, en cambio, constantemente, más dinero del que toma de ella en medios de producción.

Sí bien una parte de este producto de 500 libras esterlinas oro representa la plusvalía de sus productores, la suma en su totalidad se destina, sin embargo, a reponer el dinero necesario para la circulación de las mercancías. No interesa, para estos efectos, saber qué una parte se destina a convertir en dinero la plusvalía de las mercancías y que parte a hacer lo mismo con los demás elementos de valor contenidos en ellas.

El hecho de que la producción de oro se desplace del país productor a otros países no altera en lo más mínimo la cosa. Una ,parte de la fuerza social de trabajo y de los medios sociales de producción en el país *A* se convierte en un producto, por ejemplo, lienzo por valor de 500 libras esterlinas, exportado al país *B*, para comprar allí oro. El capital productivo empleado así en el país *A* no lanza al mercado de este país mercancías, a diferencia de dinero; para estos efectos, es exactamente lo mismo que si se emplease

directamente en la producción de oro. Este producto de *A* aparece representado por 500 libras esterlinas oro y sólo entra como dinero en la circulación del país *A*. La parte de la plusvalía social contenida en este producto existe directamente en forma de dinero y para el país *A* no tiene ninguna otra forma de existencia. Y aunque para los capitalistas que producen el oro sólo una parte del producto represente plusvalía y otra parte se destine a reponer el capital, el problema de cuánto oro de éste, después de cubrir el capital circulante constante, se destina a reponer el capital variable y cuánto representa la plusvalía depende exclusivamente de las proporciones relativas que representen el salario y la plusvalía dentro del valor de las mercancías circulantes. La parte que representa plusvalía se distribuye entre los diversos miembros de la clase capitalista. Aunque la invierten constantemente en el consumo individual, obteniéndola otra vez mediante la venta de nuevos productos –estas compras y ventas son precisamente las que hacen circular entre ellos el dinero necesario para realizar monetariamente la plusvalía–, una parte de la plusvalía social se halla, sin embargo, bajo la forma–dinero, aun cuando en porciones variables, en el bolsillo del capitalista, lo mismo que una parte del salario se halla, por lo menos durante una parte de la semana, bajo forma de dinero, en el bolsillo del obrero. Y esta parte no se halla limitada por la parte de producto oro que forma originalmente la plusvalía de los capitalistas productores de oro, sino, como hemos dicho, por la proporción en que el producto superior de 500 libras esterlinas se distribuye entre capitalistas y obreros y en que el *stoch* de mercancías circulantes se halla formado por plusvalía y por los demás elementos integrantes del valor.

Sin embargo, la parte de la plusvalía que no existe bajo forma de otras mercancías, sino en dinero al lado de ellas, sólo puede consistir en una parte del oro anualmente producido en la medida en que una parte de la producción anual de oro circule para la realización de la plusvalía. La otra parte del dinero que se halla constantemente, en proporciones variables, como la forma–dinero de su plusvalía, en manos de la clase capitalista, no es elemento del oro producido anualmente, sino de las masas de dinero acumuladas con anterioridad en el país.

Según el supuesto de que aquí partimos, la producción anual de oro de 500 libras esterlinas sólo alcanza exactamente para reponer el dinero desgastado anualmente. Sí nos fijamos, por tanto, solamente en estas 500 libras esterlinas y prescindimos de la parte de la masa de mercancías producida anualmente y que circula por medio del dinero anteriormente acumulado, vernos que la plusvalía producida en forma de mercancías se encuentra en la circulación con el dinero necesario para realizarse en moneda precisamente porque de otra parte se produce en el año la plusvalía necesaria en forma de oro. Y lo mismo puede decirse de las otras partes del producto oro de 500 libras esterlinas que reponen el capital–dinero desembolsado.

Hemos de observar, a este propósito, dos cosas.

En primer lugar, de lo dicho se desprende que la plusvalía invertida por los capitalistas en dinero, al igual que el capital variable y el resto del capital productivo desembolsado en dinero por ellos, es en realidad producto de los obreros, concretamente de los obreros que trabajan en la producción de oro. Estos producen de nuevo tanto la parte del producto oro que se les “desembolsa” en forma de salarios como aquella otra parte en que directamente se materializa la plusvalía del productor capitalista de oro. Finalmente, la parte del producto oro que se limita a reponer el capital constante invertido en su producción reaparece bajo forma de oro (y siempre en productos) gracias al trabajo

desplegado anualmente por los obreros. En la fase inicial de la industria, es desembolsada por el capitalista en dinero que no forma parte de la nueva producción, sino de la masa de dinero social circulante. En cambio, a partir del momento en que se repone ya con nuevo producto, con dinero adicional, representa. el producto anual del trabajo del obrero. El desembolso del capitalista no es tampoco, en este caso, mas que una simple forma, basada en el hecho de que el obrero no posee sus medios propios de producción, ni dispone durante ésta de los medios de subsistencia producidos por los demás obreros.

En segundo lugar, por lo que se refiere a la masa de dinero que existe independientemente de esta reposición anual de 500 libras esterlinas, en parte en forma de tesoro y en parte bajo la forma de dinero circulante, la situación es y tiene que ser necesariamente la misma: originariamente, tuvo que comportarse por fuerza como estas 500 libras esterlinas se comportan anualmente. Al final del presente apartado, volveremos sobre este punto. Antes, queremos hacer algunas otras observaciones.

Hemos visto, al estudiar la rotación, que, en igualdad de circunstancias, al cambiar la duración de los períodos de rotación, cambian también las masas de capital–dinero necesarias para mantener la producción en la misma escala. Por consiguiente, la elasticidad de la circulación de dinero deberá ser lo bastante grande para adaptarse a estas alternativas de expansión y contracción.

Si partimos, además, del supuesto de que, permaneciendo iguales las demás circunstancias –entre ellas, la duración, la intensidad y la productividad de la jornada de trabajo– , *cambia la distribución del producto de valor* entre el salario y la plusvalía, porque aumente el primero y se reduzca la segunda, o viceversa, vemos que esto no afecta para nada a la masa del dinero circulante. Este cambio puede operarse sin que medie ninguna expansión o contracción de la masa de dinero que se halla en circulación. Fijémonos, concretamente, en el caso en que los salarios experimentan un alza general y en que, por tanto, –partiendo de las condiciones indicadas–, desciende de un modo general la cuota de la plusvalía y en que, además, según la hipótesis de que se parte, no sufre alteración alguna el valor de la masa circulante de valor. En este caso, aumentará indudablemente, el capital–dinero que es necesario desembolsar como capital variable en las mismas proporciones exactamente en que aumenta la masa de dinero necesaria para llena la función de capital variable, disminuirá la plusvalía y también, como es lógico, la masa de dinero necesaria para su realización. La suma de la masa de dinero necesaria para la realización del valor de las mercancías no resulta afectada para nada por este cambio, como tampoco el valor mismo de las mercancías. El precio de costo de la mercancía aumenta para cada capitalista de por sí, pero su precio social de producción permanece intacto. Lo que se altera es la proporción en que, independientemente de la parte constante del valor, se divide el precio de producción de las mercancías en salario y ganancia.

A esto se nos dice que una mayor inversión de capital–dinero variable (se parte, naturalmente, del supuesto de que el valor del dinero no ha variado) significa una masa mayor de medios pecuniarios en manos de los obreros. Esto trae como consecuencia una mayor demanda de mercancías por parte de ellos. Como consecuencia del mismo fenómeno aumenta también el precio de las mercancías. Se dice, asimismo: al subir los salarios, los capitalistas aumentan los precios de sus mercancías. El alza general de los salarios determina en ambos casos una subida de los precios de las mercancías. Por tanto, será necesaria una masa mayor de dinero para hacer circular las mercancías, cualquiera que sea la explicación que se dé de la subida de los precios.

Respuesta a la primera versión: la subida de los salarios traerá como consecuencia una mayor demanda de artículos de primera necesidad por parte de los obreros. Y aumentará también, aunque en menor grado, su demanda de artículos de lujo o se iniciara su demanda de objetos que antes no entraban en la órbita de su consumo. La demanda repentina y en mayor escala de artículos de primera necesidad hará subir incondicionalmente, de momento, sus precios. Consecuencia: una parte mayor del capital social se empleará en la producción de artículos de primera necesidad y una parte menor en la de artículos de lujo, puesto que bajará el precio de éstos al disminuir la plusvalía, disminuyendo con ella la demanda de los capitalistas en este terreno. Y aunque los obreros adquieran artículos de lujo, la subida de sus salarios –en esta extensión– no repercute sobre el aumento de precios de dichos artículos, pues lo único que hace es desplazar los compradores de esta clase de mercancías. En la misma proporción en que aumenta el consumo de artículos de lujo por parte de los obreros, disminuye el consumo de estas mercancías por parte de los capitalistas, *Voilá tout*. (20) Tras algunas vacilaciones , sigue oscilando una masa de mercancías del mismo valor que antes. Y en cuanto a las oscilaciones momentáneas, su único resultado consistirá en lanzar a la circulación interior del país el capital–dinero ocioso que antes buscaba salida en operaciones bursátiles de especulación o en el extranjero.

Respuesta a la segunda versión: si dependiese de los productores capitalistas el subir a su antojo los precios de sus mercancías, podrían hacerlo y lo harían, indudablemente, sin necesidad de subir los salarios. Los salarios no subirían nunca al bajar los precios de las mercancías. La clase capitalista no se opondría jamás a los sindicatos, puesto que podría hacer siempre y en cualesquier circunstancias lo que en la actualidad hace de hecho excepcionalmente en determinadas circunstancias especiales, en circunstancias locales, por decirlo así, a saber: aprovecharse de cualquier alza de los salarios para aumentar en una proporción mucho mayor los precios de las mercancías, es decir, para obtener mayores ganancias.

La afirmación de que los capitalistas pueden aumentar los precios de los artículos de lujo porque disminuye la demanda de esta clase de mercancías (al disminuir la demanda de los capitalistas, cuyos medios de compra para estos fines han quedado reducidos), representaría una originalísima aplicación de la ley de la oferta y la demanda. A menos que se opere un desplazamiento de los compradores de estos artículos viniendo los obreros a llenar los vacíos que dejan los capitalistas –y en la medida en que este desplazamiento se produce, la demanda de los obreros no influye en el alza de precios de los artículos de primera necesidad, pues la parte del aumento de salarios que los obreros destinan a comprar artículos de lujo no pueden emplearla al mismo tiempo en adquirir artículos de primera necesidad–, los precios de los artículos de lujo descienden por la razón contraria, por la disminución de la demanda. Esto hace que una parte del capital se retire de su producción hasta que su oferta se reduzca en la medida que corresponde a su distinto papel en el proceso social de producción. Al reducirse la producción, estos artículos recobran, siempre y cuando que su valor permanezca intacto, sus precios normales. Mientras dure esta contracción o este proceso de compensación, afluirá constantemente, si los precios de los medios de subsistencia suben, a la producción de éstos la misma masa de capital que se retira de la otra rama de producción, hasta el momento en que el mercado se sature. Al llegar ese momento, se restablecerá el equilibrio y el final de todo este proceso será que el

capital de la sociedad, incluido por tanto el capital–dinero, se distribuirá en diferente proporción entre la producción de artículos de primera necesidad y la de artículos de lujo.

Toda esta objeción se reduce a un tiro de alarma de los capitalistas y de sus sicofantes en el terreno de la economía. Los hechos que sirven de pretexto para este tiro de alarma son de tres clases:

1) Es una ley general de la circulación del dinero que, al aumentar la suma de precios de las mercancías circulantes –lo mismo sí este aumento de la suma de precios se refiere a la misma masa de mercancías o a una masa mayor–, siempre y cuando que las demás circunstancias no varíen, aumenta la masa. Los salarios suben (aun cuando raras veces y sólo por excepción proporcionalmente) cuando suben los precios de los artículos de primera necesidad. Su subida es consecuencia y no causa de la subida de los precios de las mercancías.

2) Una subida parcial o local de los salarios –es decir, una subida que sólo afecta a determinadas ramas concretas de producción– puede traducirse en un alza local de precios de los productos de estas ramas. Pero incluso esto depende de una serie de circunstancias. Por ejemplo, de que no se hagan descender en proporciones normales los salarios y de que, por tanto, la cuota de ganancia no sea anormalmente alta, de que el mercado para estas mercancías no se restrinja a consecuencia de la subida de precios (de que, por consiguiente, la subida de precios no haga necesaria una contracción previa de la demanda), etcétera.

3) Una subida general de los salarios hace que suban los precios de las mercancías producidas por las ramas industriales en las que predomina el capital variable y que bajen, en cambio, los de aquellas en que predomina el capital constante o el capital fijo.

Al estudiar la circulación simple de mercancías (libro I, cap. III, 2 [pp. 69–79]) vimos que, aun cuando dentro de la circulación de cada cantidad determinada de mercancías su forma–dinero tiende siempre a disminuir, el dinero que en la metamorfosis de una mercancía tiende necesariamente a desaparecer de manos de uno, ocupa su puesto en manos de otro, lo que quiere decir que el cambio o la reposición no sólo versan siempre sobre mercancías, sino que este cambio o esta reposición se efectúan siempre por medio de dinero o acompañados por él. “Al sustituirse una mercancía por otra, queda siempre adherida a una tercera mano la mercancía–dinero La circulación suda constantemente dinero” (libro I, [pp, 77 s.] Este mismo hecho se expresa, a base de la producción capitalista de mercancías, en la circunstancia de que una parte del capital existe constantemente en forma de capital–dinero y de que una parte de plusvalía se halla también constantemente bajo forma de dinero en manos de su poseedor.

Prescindiendo de esto, el *ciclo del dinero* –es decir, el *reflujo* del dinero a su punto de partida– es, considerado como momento de la rotación del capital, un fenómeno completamente distinto e incluso contrapuesto a la *circulación del dinero*,[1] que expresa su constante *alejamiento* del punto de partida a través de una serie de manos (libro I, [pp, 79 s.]). Sin embargo, la rotación acelerada implica *eo ipso* (21) una circulación acelerada.

En primer lugar, por lo que se refiere al capital variable, si, por ejemplo, un capital–dinero de 500 libras esterlinas describe en forma de capital variable diez rotaciones al año, es evidente que esta parte alícuota de la masa de dinero circulante hace circular diez veces su suma de valor = 5,000 libras esterlinas. Circula diez veces al año entre capitalistas y obreros. El obrero es pagado y paga diez veces al año con la misma parte alícuota de la masa de dinero circulante. Si, con la misma escala de producción, este capital variable sólo describiese una rotación al año, la masa de 5,000 libras esterlinas circularía una sola vez.

Supongamos, además, que la parte constante del capital circulante sea = 1,000 libras esterlinas. Sí el capital describe diez rotaciones, el capitalista venderá diez veces al año su mercancía, en la que va incluida también, como es lógico, la parte circulante constante de su valor. La misma parte alícuota de la masa de dinero circulante (= 1,000 libras esterlinas) pasa diez veces al año de manos de sus poseedores a manos del capitalista. Son diez desplazamientos de este dinero de unas manos a otras. En segundo lugar, el capitalista comprará medios de producción diez veces al año, lo que supone otras diez circulaciones del dinero de unas manos a otras. Con 1,000 libras esterlinas en dinero el capitalista industrial vende mercancías por valor de 10,000 y compra otras por la misma cantidad. Y si la circulación de las 1,000 libras se repitiese veinte veces, haría circular un *stock* de mercancías por valor de 20,000 libras.

Finalmente, al acelerarse la rotación circula también con mayor rapidez la parte del dinero que realiza la plusvalía.

En cambio, una circulación más rápida del dinero no implica, a la inversa, necesariamente, una rotación más acelerada del capital y, por tanto, una rotación más rápida del dinero; es decir, no implica forzosamente un acortamiento y una renovación más rápida del proceso de reproducción.

La circulación del dinero se acelera siempre que se efectúa con la misma masa de dinero una masa mayor de transacciones. Este fenómeno puede darse también con los mismos períodos de reproducción del capital, por efecto de ciertos cambios efectuados en la técnica de circulación del dinero. Además, puede aumentar la masa de las transacciones en que circula dinero sin expresar una circulación real de mercancías (con las llamadas operaciones diferenciales en bolsa, etc.). Por otra parte, puede ocurrir que desaparezca por completo la circulación de dinero. Por ejemplo, cuando el agricultor sea el mismo terrateniente no se efectuará la circulación de dinero que en otro caso medía entre el terrateniente y el arrendatario; cuando el capitalista industrial sea el mismo propietario del capital, no habrá lugar para la acostumbrada circulación entre el capitalista y el financiero que le abre crédito.

Aquí no es necesario que entremos a examinar a fondo lo que se refiere a la formación originaria de un tesoro de dinero en un país y a su apropiación por unos cuantos.

El régimen capitalista de producción –que tiene como base el trabajo asalariado y, por tanto, el pago de los obreros en dinero y, en general, la transformación de las prestaciones naturales en prestaciones pecuniarias– sólo puede desarrollarse en gran escala y a fondo en aquellos países en que exista una masa de dinero suficiente para la circulación y el atesoramiento (fondos de reserva, etc.) condicionado por ella. Esta premisa es histórica, aunque no debe interpretarse la cosa como sí primero se formase una masa suficiente de dinero y luego se desarrollase la producción capitalista. Esta se desarrolla, en realidad, a la par con el desarrollo de sus condiciones, y una de ellas es la afluencia de metales preciosos en cantidad suficiente. He aquí por qué, a partir del siglo XVI, la afluencia cada vez mayor de metales preciosos constituye un momento esencial en la historia del desarrollo de la producción capitalista. Pero si nos fijamos en la afluencia ulterior de material monetario, ya a base del régimen capitalista de producción, vemos que, por una parte, se lanza a la circulación plusvalía en forma de productos sin que exista el dinero necesario para su realización monetaria, y que, por otra parte, se hace lo mismo con la plusvalía en forma de oro, sin que previamente se transforme el producto en dinero.

Las mercancías adicionales que necesitan convertirse en dinero se encuentran con la suma de dinero necesaria para ella ya que, por lo demás, no el cambio, sino la producción, se encarga de lanzar a la circulación el oro (y la plata) que necesitan convertirse, a su vez, en mercancías.

II. *Acumulación y reproducción ampliada*

Cuando la acumulación se efectúa en forma de reproducción en escala ampliada, es evidente que no plantea ningún problema nuevo con respecto a la circulación del dinero.

En primer lugar, el capital–dinero adicional necesario para la función del capital productivo creciente es suministrado por la parte de la plusvalía realizada lanzada a la circulación por los capitalistas como capital–dinero, en vez de ser puesta en circulación como forma–dinero de la renta. El dinero se halla ya en manos de los capitalistas. Lo único que difiere es su empleo.

Como resultado *del* funcionamiento del capital productivo adicional, se pone en circulación, a modo de producto suyo, una masa adicional de mercancías. Con esta masa adicional de mercancías se lanza a la circulación, al mismo tiempo, una parte del dinero adición necesario para a su realización, siempre y cuando, concretamente, que el valor de esta masa de mercancías sea igual al valor del capital productivo consumido para producirla. Esta masa adicional de dinero se desembolsa precisamente como un capital–dinero adicional y refluye, por tanto, a manos del capitalista mediante la rotación de su capital. Y aquí vuelve a presentarse el mismo problema que nos salía al paso más arriba: ¿de dónde sale el dinero adicional para realizar la plusvalía adicional existente ahora bajo forma de mercancías?

Y la respuesta general a esta pregunta es también la misma que arriba. La suma de precios de la masa de mercancías circulante manuscrita, no porque hayan subido los precios de una masa de mercancías, sino porque la masa de las mercancías que ahora se hallan en circulación es compensada por una baja de los precios. El dinero adicional necesario para la circulación de esta masa mayor de mercancías, de valor superior, debe obtenerse por uno de dos modos: o economizando todavía más en la masa de dinero circulante –bien mediante el mecanismo de la compensación de pagos, etc., bien empleando medios que aceleren la circulación de las mismas monedas--, o poniendo en circulación una parte del dinero atesorado. Esto último no implica solamente el empleo activo como medio de compra o de pago del capital–dinero que hasta ahora permanece ocioso, o bien la circulación activa para la sociedad del capital–dinero utilizado como fondo de reserva, sin dejar de cumplir esta función con respecto a su poseedor (como ocurre con los depósitos bancarios empleados constantemente para hacer préstamos), sino además que los fondos monetarios de reserva estancados se economicen.

"Para que el dinero fluya constantemente como moneda, es necesario que ésta se cuaje constantemente como dinero. La circulación constante de la moneda se halla condicionada por su constante estancamiento, en proporciones mayores o menores, en fondos de reserva monetarios que brotan por todas partes dentro de la circulación y la condicionan, cuya formación, distribución, disolución y reproducción cambian continuamente, cuya existencia desaparece sin cesar y cuya desaparición subsiste incesantemente. A. Smith ha expresado esta transformación incesante de la moneda en dinero y del dinero en moneda en el sentido de que todo poseedor de mercancías debe tener

siempre en reserva, además de la mercancía especial que vende, una determinada suma de la mercancía general, para sus compras. Ya veíamos que, en la circulación *M–D–M*, el segundo eslabón *D–M* se fracciona constantemente en una serie de compras que no se efectúan de una vez, sino sucesivamente a lo largo del tiempo, de tal modo que una porción de *D* circula como moneda, mientras otra porción descansa como dinero. Aquí, el dinero sólo es, en realidad, moneda en suspenso y los distintos elementos integrantes de la masa monetaria circulante aparecen siempre alternativamente revistiendo tan pronto una forma como otra. Esta primera transformación del medio de circulación en dinero sólo representa, pues, un momento técnico de la misma circulación del dinero." (Carlos Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, 1859, pp. 105 s. Se emplea la palabra "moneda", por oposición a dinero, para designar el dinero en su función de simple medio de circulación por oposición a sus otras funciones.)

Cuando todos estos medios no basten, se debe recurrir a la producción adicional de oro o, lo que para los efectos es lo mismo, al cambio directo o indirecto por oro –producto de los países productores de metales preciosos– de una parte del producto adicional.

La suma total de la fuerza de trabajo y de los medios sociales de producción invertidos como medios de circulación en la producción anual de oro y plata representa una partida importante de los *faux frais* del régimen capitalista de producción y de todo régimen basado en la producción de mercancías. Sustrae el empleo social una suma proporcional de posibles medios adicionales de producción y de consumo, es decir, una parte proporcional de la riqueza efectiva. En la medida en que, partiendo de una escala dada e invariable de la producción o de un determinado grado de extensión, se reducen los gastos de esta maquinaria tan cara de circulación, aumenta la fuerza productiva del trabajo social. Por consiguiente, en la medida en que los recursos que se van perfeccionando con el régimen de crédito surten este efecto, aumenta directamente la riqueza capitalista, bien porque de este modo se efectúe sin intervención alguna de dinero real una gran parte del proceso social de producción y de trabajo, bien porque se eleve así la capacidad de funcionamiento de la masa de dinero que se halla realmente en funciones.

Queda resuelto de este modo el absurdo problema de si la producción capitalista (incluso considerada solamente desde este punto de vista) podría mantenerse con su desarrollo actual sin el sistema de crédito, es decir, a base de una circulación puramente metálica. No podría mantenerse, evidentemente. Tropezaría, por el contrarío, con obstáculos en el volumen de la producción de metales preciosos. Por otra parte, no hay que formarse tampoco ideas místicas acerca de la capacidad productiva del sistema de crédito, en la medida en que moviliza, o pone en circulación capital–dinero. Pero no es éste el lugar indicado para seguir des arrollando este problema.

* * *

Estudiemos ahora el caso en que no se opera verdadera acumulación, es decir, una ampliación directa de la escala de producción, sino en que una parte de la plusvalía realizada se acumula como fondo de reserva para un tiempo más largo o más corto, para convertirse más tarde en capital productivo.

La cosa es evidente cuando el dinero así acumulado es dinero adicional. Este dinero sólo puede ser una parte del oro adicional procedente de los países productores de este metal. Debe tenerse presente que el producto nacional entregado a cambio de este oro deja de existir dentro del país. Emigra al extranjero, en sustitución del oro que afluye a él.

Si, por el contrarío, se parte del supuesto de que sigue circulando en el país la misma masa de dinero que antes, esto quiere decir que el dinero acumulado y el que se acumula procede de la circulación y que lo único que cambia es su función. De dinero circulante se convierte en un capital–dinero que va formándose gradualmente, en capital–dinero latente.

El dinero que aquí se acumula es la forma–dinero de las mercancías vendidas, y concretamente de aquella parte de su valor que representa plusvalía para quien lo posee. (Aquí, se parte del supuesto de que no existe un sistema de crédito.) El capitalista que acumula este dinero ha vendido, en la parte correspondiente, sin comprar.

Si enfocamos este proceso parcialmente, resultará inexplicable. Una parte de los capitalistas retiene una parte del dinero obtenido por la venta de su producto, sin retirar por ello producto alguno del mercando. En cambio, otra parte convierte todo su dinero en producto, con excepción del capital–dinero constantemente necesario para poder seguir explotando la producción. Una parte del producto que se lanza al mercado como portador de plusvalía está formado por medios de producción o por los elementos reales del capital variable, por artículos de primera necesidad. Puede, por tanto, utilizarse directamente para ampliar la producción. Pues no se da por supuesto, en modo alguno, que una parte de los capitalistas acumule capital–dinero mientras los demás consume. íntegramente su plusvalía, sino simplemente que una parte efectúa su acumulación en forma de dinero, forma capital–dinero latente, mientras que los demás acumulan de un modo efectivo, es decir, amplían la escala de producción, amplían realmente su capital productivo, La masa de dinero existente sigue siendo suficiente para cubrir las necesidades de la circulación, aun cuando una parte de los capitalistas se dedique alternativamente a acumular dinero, mientras la parte restante amplía la escala de producción, y viceversa. Además, la acumulación de dinero en uno de los lados puede llevarse a cabo sin que medie dinero contante, por la simple acumulación de créditos.

Pero la dificultad surge cuando partimos del supuesto no de una acumulación parcial, sino de la acumulación general del capital–dinero entre la clase capitalista en su conjunto. Fuera de esta clase no existe, según el supuesto de que aquí se parte –régimen general y exclusivo de producción capitalista–, más clase que la obrera. Todo lo que la clase obrera compra equivale a la suma de sus salarios, a la suma del capital variable desembolsado por la clase capitalista en su totalidad. Este dinero refluye a la clase capitalista por medio de la venta de sus productos a la clase obrera. De este modo, el capital variable por ella desembolsado recobra su primitiva forma–dinero. Supongamos que la suma del capital variable sea = *x* X 100 libras esterlinas es decir, igual a la suma, no del capital variable desembolsado, sino del capital variable empleado durante el año; el hecho de que se desembolse durante el año, según la velocidad de rotación de este capital variable, mucho o poco dinero, no altera en lo más mínimo los términos del problema que tenemos planteado. Con este capital de *x* X 100 libras esterlinas, la clase capitalista compra una determinada masa de fuerza de trabajo o paga salarios a determinado número de obreros: primera transacción. Los obreros, con la misma suma, compran a los capitalistas una determinada cantidad de mercancías haciendo así refluir a manos de los capitalistas la suma de *x* X 100 libras esterlinas: segunda transacción. Y este proceso se repite continuamente. Por tanto, la suma de *x* X 100 libras esterlinas jamás permitirá a la clase obrera comprar la parte del producto que representa el capital constante, y mucho menos aún la parte en que se contiene la plusvalía de la clase capitalista. Con las *x* X 100 libras

esterlinas, los obreros no pueden comprar nunca más que una parte de valor del producto social igual a la parte de valor que representa el valor del capital variable desembolsado.

Prescindiendo del caso en que esta acumulación total no expresa sino la distribución de los metales preciosos adicionales importados, cualquiera que su proporción sea, entre los distintos capitalistas individuales, ¿corro se las arregla, pues, la clase capitalista en su conjunto para acumular dinero?

Para ello, todos tendrían que vender una parte de su producto, sin volver a comprar. El hecho de que todos ellos posean un determinado fondo de dinero, que lanzan a la circulación como medio de circulación para su consumo y una cierta parte del cual vuelve a recuperar cada uno de ellos de la circulación, no constituye absolutamente nada misterioso. Pero este fondo de dinero se hallará formado, entonces, precisamente como fondo de circulación, mediante la realización monetaria de la plusvalía, y en modo alguno como capital–dinero latente.

Si nos fijamos en la cosa tal y como se presenta en la realidad, vemos que el capital–dinero acumulado para su empleo ulterior se halla integrado:

1) Por los depósitos bancarios. Pero la suma de dinero de que los bancos pueden disponer realmente, es una suma relativamente pequeña. Aquí, sólo se acumula capital–dinero nominalmente. Lo que realmente se acumula son créditos de dinero, que son realizables monetariamente (siempre y cuando que lo sean, en efecto), por la sencilla razón de que se produce un equilibrio entre el dinero cuya devolución se reclama y el dinero depositado. La suma que se encuentra como dinero en poder del banco es siempre pequeña.

2) Por los títulos de la Deuda pública. Estos no constituyen en modo alguno capital, sino que son simples créditos que dan derecho a una parte del producto anual de la nación.

3) Por acciones. Sí no obedecen a una operación fraudulenta, las acciones son títulos posesorios sobre un capital efectivo perteneciente a una entidad colectiva, verdadero capital y derecho a percibir una parte de la plusvalía anual producida por él.

En ninguno de estos tres casos existe acumulación de dinero, sino que lo que por una parte aparece como acumulación de capital–dinero, aparece por la otra como una inversión de dinero contante y real. Para estos efectos, tanto da que el dinero sea invertido por aquel a quien pertenece o por otras personas, deudoras suyas.

Dentro de la producción capitalista, el atesoramiento como tal no constituye nunca una finalidad, sino el resultado de una de tres cosas: o de un estancamiento de la circulación –cuando asumen la forma de tesoro masas de dinero mayores que de costumbre–, de las acumulaciones condicionadas por la rotación o, finalmente, de la formación de un capital–dinero, que por el momento presenta forma latente, pero que está destinado a funcionar como capital productivo.

Por tanto, cuando por un lado se retira de la circulación una parte de la plusvalía realizada en dinero, para acumularla como tesoro, es que al mismo tiempo se convierte constantemente en capital productivo, de otro lado, otra parte de la plusvalía. Sí se exceptúa la distribución de los metales preciosos adicionales en el seno de la clase capitalista, la acumulación en forma de dinero no se opera nunca simultáneamente en todos los puntos.

A la parte del producto anual que representa plusvalía en forma de mercancías es aplicable exactamente lo mismo que vale para la parte restante del producto anual. Su circulación presupone la existencia de una cierta suma de dinero. Esta suma de dinero pertenece a la clase capitalista, al igual que la masa de mercancías anualmente producida que representa plusvalía. Originariamente, es la propia clase capitalista la que la pone en

circulación. Y por medio di la misma circulación, se distribuye constantemente entre los capitalistas. Lo mismo que ocurre con la circulación monetaria en general, una parte de esta masa se estanca constantemente en diversos puntos, variables, mientras que la parte restante circula continuamente. El hecho de que una parte de esta acumulación sea deliberada, con la intención de formar capital–dinero, no hace cambiar para nada el problema.

Aquí, se prescinde de las aventuras de la circulación por medio de las cuales un capitalista se apropia una parte de la plusvalía e incluso del capital de otro, produciéndose, por tanto, una acumulación y centralización unilaterales, tanto del capital–dinero como del capital productivo. Puede ocurrir, por ejemplo, que una parte de la plusvalía arrancada que *A* acumula como capital–dinero sea una parte de la plusvalía de *B* que no refluye a sus manos.

NOTA AL PIE DEL CAP 17

1 Aunque los fisiócratas confunden todavía ambos fenómenos, son, sin embargo, los primeros que subrayan el reflujo del dinero a su punto de partida como forma esencial de la circulación del capital, como forma de la circulación en cuanto vehículo de la reproducción. "Fijaos en el *Tableau Economique y v*eréis que la clase productiva entrega el dinero con que las otras clases compran sus productos, dinero que le restituyen al año siguiente, al hacerle las mismas compras... No veréis, pues, aquí más ciclo que el de los gastos seguidos de la reproducción y de la reproducción seguida de los gastos: ciclo recorrido por la circulación del dinero, que mide los gastos y la reproducción" (Quesnay, *Dialogues sur le Commerce, etc*., en Daire, *Physiocrates*, parte I, pp. 208 y 209). "Éste adelanto y reflujo constantes de los capitales forman lo que debernos llamar la circulación del dinero, esta circulación útil y fecunda que vivifica todos los trabajos de la sociedad, que mantiene el movimiento y la vida del estado y que podemos comparar con toda razón a la circulación de la sangre en el cuerpo animal' (Turgot, *Réflexions, etc*., en *Oeuvres*, ed. Daire, parte I, p. 45).

Sección Tercera

LA REPRODUCCIÓN Y CIRCULACIÓN DEL CAPITAL SOCIAL EN CONJUNTO

Capitulo XVIII[1]

INTRODUCCIÓN

Objeto de la investigación

El proceso inmediato de producción del capital es su proceso de trabajo y de valorización, proceso que tiene como resultado el producto–mercancía y como motivo determinante la producción de plusvalía.

El proceso de reproducción del capital abarca tanto este proceso inmediato de producción como las dos fases del proceso de circulación en sentido estricto; es decir, el proceso cíclico en su conjunto, el cual, considerado como proceso periódico –como un proceso que se repite constantemente en determinados períodos–, forma la rotación del capital.

Ya consideremos el ciclo bajo la forma *D*... *D*' o bajo la forma *P*... *P*', el proceso inmediato de producción *P* no es nunca más que una fase de este ciclo. Bajo la primera forma, actúa como eslabón del proceso de circulación; bajo la segunda, es el proceso de circulación el que le sirve de eslabón a él. Su renovación continua, la reaparición constante del capital como capital productivo, se halla condicionada en ambos casos por las transformaciones que experimenta en el proceso de circulación. Y, a su vez, el proceso de producción constantemente renovado es la condición de las transformaciones que sufre constantemente el capital en la órbita de la circulación, en las que aparece alternativamente como capital–dinero y capital–mercancías.

Sin embargo, cada capital de por sí no es más que una fracción sustantivada, dotada, por decirlo así, de vida individual, del capital social en conjunto, del mismo modo que cada capitalista de por sí no es más que un elemento individual de la clase capitalista. La dinámica del capital social se halla formada por la totalidad de los movimientos de sus fracciones sustantivadas, de las rotaciones de los capitales individuales. Así como la metamorfosis de cada mercancía constituye un eslabón en la cadena de metamorfosis del mundo de las mercancías en su totalidad –de la circulación de las mercancías–, la metamorfosis del capital individual, su rotación, es un eslabón en el ciclo del capital social.

Este proceso de conjunto encierra tanto el consumo productivo (el proceso inmediato de producción) y las mutaciones de forma (los cambios, considerados en cuanto a la materia) mediante las cuales se efectúa, como el consumo individual y las mutaciones de forma o cambios que lo hacen posible. Encierra, de una parte, la inversión del capital variable en fuerza de trabajo y, por tanto, la incorporación de ésta al proceso capitalista de producción, en la que el obrero aparece como vendedor de su mercancía, de la fuerza de trabajo, y el capitalista como comprador de la misma. Y, de otra parte, en la venta de las mercancías va implícita la compra de ellas por la clase obrera y, por consiguiente, el consumo individual de ésta. Aquí la clase obrera aparece como compradora y los capitalistas como vendedores de mercancías a los obreros.

La circulación del capital–mercancías incluye la circulación de la plusvalía y con ella, por tanto, las compras y las ventas en que se traduce el consumo individual de los capitalistas, el consumo de la plusvalía.

El ciclo de los capitales individuales, englobados en el capital social, es decir, considerados en su totalidad, abarca, por tanto, no sólo la circulación del capital, sino también la circulación general de las mercancías. Esta, primitivamente, sólo puede hallarse formada por dos elementos: 1º el propio ciclo del capital, y 2º el ciclo de las mercancías absorbidas por el consumo individual; es decir, de las mercancías en que el obrero invierte su salario y el capitalista su plusvalía (o una parte de ella). Claro está que el ciclo del capital abarca también la circulación de la plusvalía en la medida en que ésta forma parte del capital–mercancías, así como también la transformación del capital variable en fuerza de trabajo, el pago de los salarios. Pero la inversión de esta plusvalía y del salario en mercancías no constituye un eslabón de la circulación del capital, aunque la inversión del salario, por lo menos, condicione esta circulación.

En el libro I hemos analizado el proceso capitalista de producción, tanto de por sí como en cuanto proceso de reproducción: la producción de plusvalía y la producción del propio capital. Los cambios de forma y de materia que el capital experimenta dentro de la órbita de la circulación se daban por supuestos, sin detenerse a estudiarlos. Se daba por supuesto, por tanto, primero, que el capitalista vende el producto por su valor y, segundo, que encuentra a su disposición los medios materiales de producción necesarios para comenzar de nuevo el proceso o proseguirlo ininterrumpidamente. El único acto de la órbita de la circulación en que necesitábamos detenernos allí era la compra y la venta de la fuerza de trabajo, como condición fundamental de la producción capitalista.

En la sección primera de este libro II, hemos examinado las diversas formas que el capital adopta en su ciclo y las distintas formas del ciclo mismo. Al tiempo invertido en el trabajo, que examinamos en el libro I, hay que agregar ahora el tiempo invertido en la circulación.

En la sección segunda, hemos analizado el ciclo en su forma periódica; es decir, en su rotación. Expusimos, de una parte, cómo las diversas partes integrantes del capital (capital fijo y capital circulante) recorren el ciclo de las formas en distintos períodos y de distintas maneras. Y, de otra parte, investigamos las circunstancias que determinan la diversa duración del período de trabajo y del período de circulación. Al hacerlo, vimos cómo la duración del ciclo y la relación entre las distintas partes que lo integran influyen sobre la extensión del mismo proceso de producción y sobre la cuota anual de la plusvalía. En efecto, si en la sección primera se examinaron, principalmente, las formas sucesivas que el capital adopta y abandona sucesivamente en su ciclo, en la sección segunda vimos cómo, dentro de este flujo y sucesión de formas, un capital de una magnitud dada se divide al mismo tiempo, aunque en volumen variable, en las diversas formas de capital productivo, capital–dinero y capital–mercancías, de tal modo, que estas formas no sólo se suceden unas a otras, sino que las diversas partes del valor capital global aparecen y funcionan simultáneamente y de un modo constante bajo estas distintas modalidades. El capital–dinero, concretamente, se presentaba bajo una forma peculiar que no se nos había revelado en el libro I. Y descubrimos determinadas leyes con arreglo a las cuales las partes integrantes de un capital dado, partes de magnitud distinta, necesitan ser desembolsadas, y renovada constantemente la rotación, según las condiciones de forma de capital–dinero, para mantener constantemente en funciones un capital productivo de determinada magnitud.

Pero, tanto en la sección primera como en la segunda, se trataba siempre de un capital individual, de la dinámica de una parte sustantivada del capital social.

Sin embargo, los ciclos de los capitales individuales se entrelazan unos con otros, se presuponen y se condicionan mutuamente, y este entrelazamiento es precisamente el que forma la dinámica del capital social en su conjunto. Del mismo modo que en la circulación simple de mercancías, la metamorfosis global de una mercancía constituía el eslabón de la serie de metamorfosis del mundo de las mercancías en su totalidad, aquí la metamorfosis del capital individual es un eslabón en la cadena de metamorfosis del capital social. Pero, mientras que la circulación simple de mercancías no incluía necesariamente, en modo alguno, la circulación del capital –ya que puede también desarrollarse a base de un tipo de producción no capitalista–, el ciclo del capital social en conjunto abarca asimismo, como queda dicho, la circulación de mercancías que discurre al margen del capital individual; es decir, la circulación de aquellas mercancías que no constituyen capital.

Nos toca ahora estudiar el proceso de circulación (forma, en su conjunto, del proceso de reproducción) de los capitales individuales, considerados como partes integrantes del capital global de la sociedad y, por tanto, el proceso de circulación de este capital social en conjunto.

II. *Papel del capital–dinero*

(Aunque lo que sigue, a saber: el capital–dinero considerado como parte integrante del capital social en conjunto, debería exponerse más adelante, dentro de esta sección, queremos entrar a investigarlo inmediatamente.)

Estudiando la rotación del capital individual, hemos visto que el capital–dinero se presentaba en dos aspectos.

En el primero, constituye la forma en que todo capital individual aparece en escena para iniciar su proceso como capital. Es la forma bajo la que actúa como *primus motor*, poniendo en marcha todo el proceso.

En el segundo, con arreglo a la diversa duración del período de rotación y la diversa proporción en que se combinan sus partes integrantes –período de trabajo y período de circulación–, la parte integrante del valor–capital desembolsado que tiene que invertirse y renovarse constantemente en forma de dinero varía en proporción al capital productivo que pone en movimiento; es decir, en proporción a la escala continua de producción. Pero, cualquiera que esta proporción sea, la parte del valor–capital en acción que puede funcionar constantemente como capital productivo se halla en todo caso limitada por la parte del valor–capital desembolsado que tiene necesariamente que existir de continuo junto al capital productivo, en forma de dinero. Al decir esto, nos referimos solamente a la rotación normal; es decir, a un promedio abstracto. Y prescindimos también, aquí, del capital–dinero adicional utilizado para contrarrestar las interrupciones de la circulación.

Sobre el primer punto. La producción de mercancías presupone su circulación y ésta, a su vez, la representación de la mercancía como dinero, la circulación de dinero; el desdoblamiento de la mercancía en mercancía y dinero es una ley de representación del producto como mercancía. Del mismo modo, la producción capitalista de mercancías presupone –ya se considere en su aspecto social o en su aspecto individual– el capital en forma de dinero o capital–dinero como *primus motor* de todo negocio nuevo que comienza y como motor constante. El capital circulante en especial presupone como motor la aparición constantemente repetida y en cortos plazos del capital–dinero. Todo el valor–capital desembolsado, es decir, todos los elementos del capital consistentes en mercancías,

la fuerza de trabajo, los medios de trabajo y las materias de producción, han de comprarse, constantemente y sin interrupción, con dinero. Y lo que decimos del capital individual es también aplicable al capital social, que no es sino la suma de muchos capitales individuales. Sin embargo, como ya dijimos en el libro I, de aquí no se deduce, ni mucho menos, que el campo de acción del capital, la escala de la producción, dependa en términos absolutos, ni siquiera sobre bases capitalistas, del volumen del capital–dinero en funciones.

Al capital se incorporan elementos de producción cuya extensión es, dentro de ciertos límites, independiente de la magnitud del capital–dinero desembolsado. Con la misma retribución, la fuerza de trabajo puede ser explotada más extensiva o intensivamente. Y si esta mayor explotación aumenta el capital–dinero (es decir, eleva el salario), no lo aumentará, ni mucho menos, proporcionalmente, es decir, *pro tanto*

Las materias naturales explotadas productivamente –que no constituyen ningún elemento de valor del capital–, la tierra, el mar, los minerales, los bosques, etc., pueden explotarse en mayor proporción, intensiva o extensivamente, haciendo que el mismo número de obreros trabaje más, sin aumentar por ello el desembolso de capital–dinero. De este modo, sin necesidad de un desembolso adicional de capital–dinero, aumentan los elementos reales del capital productivo. En los casos en que este desembolso adicional es necesario para la adquisición de nuevas materias auxiliares, el capital–dinero en que se desembolsa el valor–capital no aumentará, ni mucho menos, proporcionalmente, es decir, *pro tanto*, en relación con el aumento de la eficacia del capital productivo.

Los mismos medios de trabajo y, por tanto, el mismo capital fijo pueden emplearse con mayor eficacia, ya sea prolongando el tiempo diario durante el cual se usan o dándoles un empleo más intensivo, sin necesidad de una inversión adicional de dinero en concepto de capital fijo. En estos casos, la rotación del capital fijo se operará más rápidamente y se movilizarán también con mayor rapidez los elementos de su reproducción.

Aun prescindiendo de las materias naturales, puede ocurrir que se incorporen también al proceso de producción, como agentes, con mayor o menor eficacia, fuerzas naturales que no cuesten nada. El grado de eficacia de estos agentes dependerá de los métodos y progresos de la ciencia, que no suponen ningún desembolso para el capitalista.

Otro tanto acontece con la combinación social de la fuerza de trabajo en el proceso de producción y con la pericia acumulada de los obreros individuales. Carey llega en sus cálculos a la conclusión de que el terrateniente no recibe nunca bastante, porque no se le paga todo el capital y todo el trabajo invertido en la tierra desde tiempo inmemorial para infundirle su actual capacidad de producción. (De la capacidad de producción que se le arrebata no se habla, naturalmente.) Según esto, habría que pagar a cada obrero teniendo en cuenta el trabajo empleado por el género humano en su totalidad para hacer de un salvaje un mecánico moderno. Más lógico sería decir lo contrario, a saber: que, si se calculase todo el trabajo no retribuido, pero convertido en dinero por terratenientes y capitalistas, metido en la tierra, habría razones para pensar que el capital invertido en ella ha sido saldado ya con creces y con intereses usurarios y que, por tanto, la propiedad de la tierra se halla ya redimida desde hace mucho tiempo, espléndidamente, por la sociedad.

Es cierto que la potenciación de las fuerzas productivas del trabajo, cuando no supone una inversión adicional de valores de capital, sólo acrecienta primordialmente la masa del producto, no su valor, Pero crea, al mismo tiempo, nueva materia de capital, y con ella la base para incrementar la acumulación de éste.

En la medida en que la organización del mismo trabajo social, y por tanto el aumento de la fuerza productiva social del trabajo, exige que se produzca en mayor escala y, por consiguiente, que los capitalistas desembolsen capital–dinero en grandes masas, ya expusimos en el libro I que esto se consigue, en parte, mediante la centralización de los capitales en pocas manos, sin necesidad de que aumente en términos absolutos el volumen de los capitales en funciones ni, por tanto, el volumen del capital–dinero. La magnitud de los capitales individuales puede aumentar mediante su centralización en pocas manos, sin que su suma social aumente. Lo único que cambia es la división de los distintos capitales.

Finalmente, en la sección anterior hemos visto que, acortando el período de rotación, cabe poner en movimiento el mismo capital productivo con menos capital–dinero o poner en acción con el mismo capital–dinero un capital productivo mayor.

Todo esto, indudablemente, no guarda la menor relación con el verdadero problema del capital–dinero. Indica únicamente que el capital productivo –una suma determinada de valor, compuesta en su forma libre, en su forma de valor, por una cierta suma de dinero–, después de convertirse en capital productivo, encierra potencias productivas cuyos límites no se contienen dentro de los límites de su valor, sino que pueden, hasta cierto punto, actuar con efectos diversos, ya sea intensiva o extensivamente. Partiendo de los precios de los elementos de producción –medios de producción y fuerza de trabajo–, podemos establecer la magnitud del capital–dinero necesario para comprar una determinada cantidad de estos elementos de producción disponibles como mercancías. O, lo que es lo mismo, podemos establecer la magnitud de valor del capital que ha de desembolsarse. Pero, el volumen en que este capital funciona como fuerza creadora de valor y de productos es siempre elástico y variable.

Sobre el segundo punto. Es evidente que la parte del trabajo social y de los medios sociales de producción que ha de invertirse anualmente en producir o comprar oro, para reponer las monedas desgastadas, viene a mermar *pro tanto* en la misma medida el volumen de la producción social. Pero, en lo que se refiere al valor–dinero que funciona en parte como medio de circulación y en parte como tesoro, éste existe, como algo adquirido, al lado de la fuerza de trabajo, de los medios de producción producidos y de las fuentes naturales de la riqueza. No puede ser considerado como límite de éstos. Al convertirse en medios de producción, mediante el cambio con otros pueblos, podría aumentar la escala de la producción. Pero esto presupone que el dinero siga desempeñando igual que antes su papel de dinero universal.

Según la menor o mayor duración del período de rotación, será necesario contar con una masa mayor o menor de capital–dinero para poner en movimiento el capital productivo. Hemos visto también que la división del período de rotación en período de trabajo y período de circulación determina un aumento del capital latente o en suspenso en forma de dinero.

En la medida en que el período de rotación es determinado por la duración del período de trabajo, se halla determinado también, siempre y cuando que las condiciones no varíen, por el carácter material del proceso de producción y, por consiguiente, no por el carácter específicamente social de este proceso. Sin embargo, sobre la base de la producción capitalista, operaciones más extensas o de más larga duración exigen desembolsos mayores de capital–dinero y por mayor tiempo. La producción, en estos terrenos, depende, pues, de los límites dentro de los cuales el capitalista individual disponga de capital–dinero. Este inconveniente se salva, no obstante, por medio del crédito

y las combinaciones sociales relacionadas con él, las sociedades anónimas, por ejemplo. Por eso las perturbaciones producidas en el mercado de dinero paralizan este tipo de negocios, y éstos, a su vez, provocan perturbaciones en el mercado de dinero.

Sobre la base de la producción social, hay que determinar la medida en que estas operaciones, que sustraen fuerza de trabajo y medios de producción durante largo período de tiempo sin aportar durante este tiempo un producto ni un efecto útil, pueden realizarse sin dañar a las ramas de producción que, continuamente o varias veces al año, absorben fuerza de trabajo y medios de producción, pero suministrando a cambio de ello medios de producción y medios de vida. Lo mismo en la producción social que en la producción capitalista, los obreros que trabajan en ramas de producción con períodos cortos de trabajo sustraen durante poco tiempo productos sin reponer otros a cambio de ellos, mientras que las ramas en que el período de trabajo sea largo estarán durante largo tiempo sustrayendo constantemente, antes de poder restituir. Esta circunstancia depende, por tanto, de las condiciones materiales del proceso de trabajo correspondiente, no de su forma social. En la producción social, el capital–dinero desaparece. La sociedad se encarga de distribuir entre las diversas ramas la fuerza de trabajo y los medios de producción. Por mí, no hay ningún inconveniente en que los productores reciban bonos a cambio de los cuales puedan retirar de los fondos sociales de consumo cantidades proporcionales al tiempo de trabajo aportado por ellos. Estos bonos no constituyen dinero. No entran en la circulación.

Como vemos, en la medida en que la necesidad de capital–dinero nace de la duración del período de trabajo, esta necesidad se halla determinada por dos circunstancias. *Primera*, que el dinero sea la forma que deba revestir todo capital individual (prescindiendo del crédito) para convertirse en capital productivo, como así lo exige la esencia misma de la producción capitalista y de la producción de mercancías, en general. *Segunda*, la cuantía del desembolso de dinero necesario nace del hecho de que durante largo tiempo se sustraen constantemente a la sociedad fuerza de trabajo y medios de producción sin restituirle durante este tiempo un producto reversible a dinero. La primera circunstancia, la de que el capital que ha de desembolsarse tiene que desembolsarse necesariamente en dinero, se mantiene en pie cualquiera que sea la forma de éste, ya se trate de dinero metálico, de dinero certifico, de signos de valor, etc. A la segunda circunstancia le es indiferente de todo punto el medio monetario o la forma en que se sustraigan a la producción trabajo, medios de producción y medios de vida sin restituir a la circulación un equivalente.

Notas del cap 18

1. Tomado del manuscrito II.

Capítulo XIX [1]

ESTUDIOS ANTERIORES SOBRE EL TEMA

I. *Los fisiócratas*

El *Tableau Economique* de Quesnay muestra a grandes rasgos cómo el rendimiento anual de la producción, determinado en cuanto al valor, se distribuye por medio de la circulación de modo que, siempre y cuando que las circunstancias no varíen, pueda efectuarse su reproducción simple, es decir, su reproducción en la misma escala. El punto de partida del período de producción lo constituye, lógicamente, la cosecha del año anterior. Los innumerables actos individuales de circulación se resumen inmediatamente en su movimiento de masas característico–social: en la circulación entre las grandes clases económicas de la sociedad, funcionalmente determinadas. Ahora bien; lo que aquí interesa es ver cómo una parte del producto global –que, al igual que cualquier otra parte de él, es, en cuanto objeto útil, un resultado nuevo del trabajo anual realizado– sólo es, al mismo tiempo, exponente del antiguo valor–capital, que reaparece aquí bajo la misma forma natural. No circula, sino que permanece en manos de sus productores, de la clase de los arrendatarios para iniciar de nuevo, en ellas, su función de capital. En esta parte del producto anual, que representa el capital constante, Quesnay incluye también elementos ajenos a ella, pero, a pesar de esto, da fundamentalmente en el clavo, gracias a las barreras que cerraban su horizonte visual haciéndole creer que la agricultura era la única base de inversión del trabajo humano creadora de plusvalía y, por tanto, desde el punto de vista capitalista, la única realmente productiva. El proceso económico de reproducción, cualquiera que sea su carácter específicamente social, se entrelaza siempre en este terreno (el de la agricultura) con un proceso natural de reproducción. Y las condiciones tangibles de éste aclaran las de aquél y evitan las confusiones provocadas exclusivamente por el espejismo de la circulación.

Las etiquetas de los sistemas se distinguen de las de otros artículos, entre otras cosas, en que no engañan solamente al comprador, sino también, no pocas veces, al mismo vendedor. El propio Quesnay y sus discípulos más cercanos creían, en efecto, que su divisa feudal era verdadera. Y así siguen pensando todavía hoy nuestros sabios ofíciales. La verdad es que el sistema fisiocrático es la primera versión sistemática de la producción capitalista. El representante del capital industrial –la clase de los arrendatarios– dirige en él todo el movimiento económico. La agricultura es explotada de un modo capitalista; es decir, como empresa de arrendatarios capitalistas, en gran escala; el cultivador inmediato de la tierra es el obrero asalariado. La producción crea, no sólo los artículos útiles, sino también su valor; pero su motivo propulsor es la obtención de plusvalía y su fuente la órbita de la producción, no la de la circulación. Entre las tres clases que figuran como agentes del proceso social de reproducción realizado por medio de la circulación, el explotador directo del trabajo "productivo", el productor de la plusvalía, el arrendatario capitalista, se distingue de quienes se limitan a apropiársela.

El carácter capitalista del sistema fisiocrático suscitó ya durante su período de esplendor la oposición de hombres como Linguet y Mably, por una parte, y, por otra, de los defensores de la pequeña propiedad libre del suelo.

El retroceso de Adam Smith[2] en su análisis del proceso de reproducción es tanto más sorprendente cuanto que, por lo general, este autor no sólo desarrolla, en sus estudios, los aceptados análisis de Quesnay, como ocurre, por ejemplo, con su concepto de los *avances primitives* y los *avances annualles*, que generaliza en los de capital "fijo" y capital "circulante",[3] sino que a ratos reincide por completo en los errores fisiocráticos. Por ejemplo, para demostrar que el arrendatario produce mayor valor que ningún otro grupo capitalista, dice: "Ahora bien, no hay capital que, en iguales circunstancias, ponga en movimiento mayor cantidad de trabajo productivo, que el del labrador. No sólo son trabajadores productivos sus jornaleros, sino que también es productivo el ganado de labor" (¡frase que envuelve, por cierto, una gran fineza para los jornaleros!). "En la agricultura, trabaja asimismo la naturaleza con el hombre, y aunque a ella nada le cuesta su trabajo, el producto de éste tiene su valor peculiar, tanto como el del operario más costoso. Las operaciones más importantes de la agricultura no se encaminan tanto al aumento de la fertilidad –aunque también lo facilitan– como a dirigir la fecundidad de la naturaleza hacia la producción de aquellas plantas que se consideran útiles para el hombre. Un terreno cubierto de abrojos y de maleza es, por sí, capaz de producir, en la mayor parte de los casos, una cantidad de vegetales igual a la que actualmente produce un viñedo o una tierra de labor bien cultivada. Las labores del campo, por lo común, más bien regulan que vigorizan la fecundidad activa de la naturaleza, porque, aun después de realizadas, una gran parte del esfuerzo ha de ser efectuado por ésta. Los trabajadores y el ganado que se emplean en la agricultura no sólo reproducen un valor igual al de su propio consumo, como los operarios de cualquier manufactura, o bien un valor igual al capital del que los emplea, conjuntamente con los beneficios correspondientes, sino que producen un valor mucho mayor. Además del capital del labrador y de sus beneficios, ocasionan la reproducción de la renta del terrateniente. Esta renta puede considerarse como producto de aquellas facultades productivas de la naturaleza, cuyo aprovechamiento arrienda el dueño al colono. Será esa renta mayor o menor según sean mayores o menores esas facultades productivas, o en otros términos, según sea la fertilidad natural o artificial de la tierra. Es la obra de la naturaleza la que resta, después de haber deducido o compensado todo cuanto puede considerarse como obra del hombre. Rara vez es menor de la cuarta parte del producto total y, por lo común, supera la tercera parte. No hay ninguna cantidad igual de trabajo productivo que, empleada en la manufactura, sea capaz de una eficiencia tan alta. En las manufacturas nada produce la naturaleza; todo lo hace el hombre, y su reproducción siempre ha de ser proporcionada a la fuerza de los agentes que la motivan. El capital que se emplea en la agricultura no sólo moviliza mayor cantidad de trabajo productivo que igual capital empleado en las manufacturas, sino que, aun atendida la proporción del trabajo productivo que emplea, agrega mucho más valor al producto anual de la tierra y del trabajo del país y, por lo tanto, a la riqueza y al ingreso de sus habitantes." (Libro II, cap. V, pp. 328 9).

Dice Adam Smith, libro II, cap. I: "El valor de las semillas hay que considerarlo, en realidad, como si fuera capital fijo". Por tanto, aquí capital = valor capital: existe en forma "fija". Aunque [la semilla] va y viene del campo al granero, no cambia de dueño y, por eso, no se puede decir justamente que circula. La ganancia del labrador no consiste en vender la semilla, sino en acrecentarla" (p. 254). La estrechez de visión, aquí, no está en que Smith, como había hecho ya Quesnay, no considere la reaparición del valor del capital constante como[4] un factor importante del proceso de reproducción, sino simplemente como un ejemplo más, y además falso, para ilustrar su diferencia entre capital fijo y capital

circulante En la traducción que hace Smith de los términos de *avances primitives* y *avances annuelles* por “fixed capital" y "circulating capital", el progreso reside en la palabra "capital", cuyo concepto se generaliza, independientemente de su proyección especial sobre el radio “agrícola” de acción de los fisiócratas: el retroceso, en concebir y retener las diferencias entre "fijo y "circulante" como diferencias decisivas.

II *Adam Smith*

1) Puntos de vista generales de Adam Smith

Dice Adam Smith, libro I, cap. VI p. 50: “En toda sociedad, pues, el precio de cualquier mercancía se resuelve en una u otra de esas partes (salario, ganancia, renta del suelo) o en las tres a un tiempo, y en todo pueblo civilizado las tres entran, en mayor o menor grado, con el precio de casi todos los bienes"; o, como se dice más adelante, pp. 51 – 2: "Salario, beneficio y renta son las *tres fuentes originarias* de toda clase de renta de *todo valor de cambio”* Más abajo investigaremos en detalle esta teoría de Adam. Smith sobre las "partes integrantes del precio de las mercancías”. Más adelante, dice: “Siendo éste el caso, como hemos visto, respecto a cada mercancía particular tomada separadamente, también ha de acontecer lo mismo respecto a todo el conjunto de las que componen el *producto anual de la tierra* y del trabajo de cada país. *El precio total* o el valor en cambio de aquel producto anual no puede por menos de *resolverse* necesariamente en esas tres partes, y *distribuirse* entre los habitantes del país, como *salarios* del trabajo, o como *beneficios* del capital, o como *renta* de la tierra" (libro II, cap. II, p. 259)

Después de descomponer así lo mismo el precio de todas las mercancías consideradas aisladamente que “el precio o valor de cambio total del producto anual de la tierra y del trabajo de cada país” en las tres fuentes de ingresos: la del obrero asalariado, la del capitalista y la del terrateniente, el salario, la ganancia y la renta del suelo, Adam Smith se ve obligado a dar un rodeo, para deslizar de contrabando un cuarto elemento, el elemento del capital. Para ello se vale de la distinción entre la renta bruta y la renta neta: “el ingreso bruto de todos los habitantes de un gran país comprende todo el producto anual de sus tierras y de su trabajo; la renta neta lo que les queda libre después de deducir los gastos para mantener, en primer lugar, su capital fijo, y en segundo lugar, el circulante, o sea aquello que, sin aminorar el capital, puede reservarse para el consumo inmediato, o gastarse en subsistencias, cosas convenientes y recreo. Esta riqueza real se halla también en proporción, no con la renta bruta, sino con la neta” (*loc. cit*., p. 260).

A esto observaremos lo siguiente:

1º A. Smith sólo habla aquí expresamente de la reproducción simple, sin referirse a la reproducción en escala ampliada o acumulación; y habla solamente de los gastos destinados al sostenimiento (*maintaining*) del capital en funciones. El ingreso “neto” equivale a la parte del producto anual, sea de la sociedad o del capitalista individual que puede destinarse al "fondo, de consumo”, pero sin que el volumen de este fondo pueda mermar el capital en activo (*encroach upon capital*). Por consiguiente, hay una parte de valor del producto, tanto del individual como del social, que no entra en el salario ni en la ganancia ni en la renta del suelo, sino en el capital.

2º A. Emith huye, de su propia teoría por medio de un juego de palabras, de la distinción entre *gross* y *net revenue*, entre ingreso bruto e ingreso neto. El capitalista individual, al igual que la clase capitalista en conjunto, o lo que se llama la nación, recibe en vez del capital consumido en la producción un producto–mercancía, cuyo valor –representable en partes proporcionales de este mismo producto– repone , de una parte, el valor–capital invertido, creando, por tanto, un *ingreso* y además, literalmente, una renta [*revenue*] (de *revenu*, participio pasivo de revenir, retornar), pero *nota bene*, (22), *renta* de capital o ingreso de capital. De otro lado, las partes integrantes de valor que "se distribuyen entre los diversos habitantes del país como salario de su trabajo, como ganancia de su capital o como renta de su propiedad de la tierra", es lo que en el lenguaje corriente se engloba bajo el nombre de *rentas*. Es decir, que el valor de todo el producto, ya sea para el capitalista individual o para todo el país, arroja siempre un ingreso para alguien: de una parte, un ingreso para el capital; de otra, rentas distintas de él. Por consiguiente, lo que se había eliminado al analizar el valor de la mercancía en sus partes integrantes, se cuela ahora por un portillo, y volvemos a encontrarnos con el doble sentido de la palabra "*renta*". Ahora bien; sólo es posible "recibir" las partes integrantes del valor del producto que ya existiesen en él. Para poder recibir como renta *capital*, es necesario desembolsar previamente capital.

Continúa diciendo A. Smith: "El nivel más bajo del beneficio ordinario ha de ser por lo menos algo más que suficiente para compensar las pérdidas ocasionales a que se expone cualquier colocación de capital: y es únicamente ese remanente lo que se puede considerar como beneficio neto o puro." (¿Qué capitalista llama ganancia a los desembolsos necesarios del capital?) "El llamado beneficio bruto no sólo suele comprender ese remanente, sino la parte que se retiene para compensar tales pérdidas extraordinarias" (libro I cap. IX, p. 101). Pero, esto no quiere decir sino que una parte de la plusvalía, considerada como parte de la ganancia bruta, debe destinarse a formar un fondo de seguros para la producción. Este fondo se crea con una parte del trabajo sobrante, que en este sentido produce directamente capital, es decir, el fondo destinado a la reproducción. Por lo que se refiere a los desembolsos para el "sostenimiento" del capital fijo, etc. (véase el pasaje citado más arriba), la reposición del capital fijo consumido por otro nuevo no constituye una nueva inversión de capital, sino que es, simplemente, la renovación del antiguo valor–capital bajo una forma nueva. Y en cuanto a la reparación del capital fijo, que A. Smith incluye también entre los gastos del sostenimiento, forma parte del precio del capital desembolsado. El hecho de que el capitalista, en vez de invertirlo de una vez pueda irlo desembolsando gradualmente y a medida que la necesidad lo exija, durante el funcionamiento del capital y a costa de las ganancias ya conseguidas, no hace cambiar para nada la fuente de esta ganancia. La parte integrante del valor de la que emana, prueba únicamente que el obrero rinde trabajo sobrante para alimentar aquel fondo de seguros y este fondo de reparaciones.

A continuación, A. Smith nos dice que de la *renta* neta, es decir, de la *renta* en sentido específico, hay que excluir todo el capital fijo, y además toda la parte del capital circulante necesaria para el sostenimiento y la reparación del capital fijo, así como para su renovación: es decir, en realidad todo el capital que no reviste una forma natural destinada al fondo de consumo.

"Los gastos que son necesarios para conservar el capital fijo deben excluirse evidentemente de la renta neta de la sociedad. Nunca forman parte de ella aquellos

materiales que son indispensables para conservar las máquinas y los instrumentos útiles... ni el producto del trabajo necesario para elaborar aquellos materiales en la forma adecuada. Es verdad que el precio de este trabajo puede constituir una parte de esa renta, pues el operario empleado en ese menester puede reservar para su consumo inmediato el valor total de sus jornales. Pero en otras especies de trabajo tanto el precio" (es decir, el salario abonado por este trabajo) “como su producto" (en que este trabajo se materializa) “van a parar a ese fondo; a saber, el precio al fondo del obrero, y el producto al de otras gentes, cuyo alimento, comodidades y distracciones aumentan con el trabajo de aquellos operarios" (libro. II, cap. II, p. 260).

A. Smith tropieza aquí con la importantísima distinción existente entre los obreros que trabajan en la producción de *medios de producción* y los que trabajan en la producción directa de *medios de consumo.* El valor del producto–mercancía de los primeros encierra una parte integrante igual a la suma de los salarios, es decir, al valor de la parte de capital invertida en la compra de fuerza de trabajo; esta parte de valor existe físicamente como una determinada parte alícuota de los medios de producción producidos por estos obreros. El dinero con que se pagan sus salarios constituye, para ellos, una renta, pero su trabajo no crea productos que sean consumibles, ni para ellos mismos ni para otros. Por tanto, estos productos no entran de por sí en la parte del producto anual destinado a alimentar el fondo social de consumo en el que está llamada a realizarse toda “renta neta”. A. Smith se olvida aquí de añadir que lo que dice de los salarios es también aplicable a la parte integrante del valor de los medios de producción que forma, en calidad de plusvalía dividida en las categorías de ganancia y renta del suelo, la renta (de primera mano) del capitalista industrial También estos elementos integrantes del valor existen en forma de medios de producción, de artículos no consumibles; sólo después de convertirse en dinero pueden absorber, con arreglo a su precio, una cantidad de los medios de consumo producido por la segunda clase de obreros y transferidos al fondo individual de consumo de sus poseedores. Con tanta mayor razón hubiera debido comprender A. Smith que la parte de valor de los medios de producción creados anualmente, la cual es igual al valor de los medios de producción que dentro de esta esfera de producción funcionan –es decir, de los medios de producción con que se fabrican otros medios de producción– y representa, por tanto, una parte de valor igual al valor del capital constante invertido aquí, queda excluida en absoluto, no sólo por la forma natural en que existe, sino también por función de capital, de toda parte integrante de valor creadora de renta.

Las indicaciones de A. Smith respecto a la segunda clase de obreros –los que producen directamente medios de producción– no son del todo exactas. Dice, en efecto, que en esta clase de trabajo ambas cosas, el precio del trabajo y el producto, entran en (*go to*) el fondo directo de consumo: “el precio" (o sea, el dinero obtenido en concepto de salarios) “en el fondo de consumo de los obreros, el *producto* en el de *otras gentes (that of other people)*, cuyo sustento, confort y placer se ven acrecentados por el trabajo de aquéllos". Pero el obrero no puede vivir del “*precio”*, de su trabajo, del dinero en que se le paga su salario; realiza este dinero al comprar artículos de consumo, los cuales pueden consistir, en parte, en mercancías producidas por él mismo. Por otra parte, puede ocurrir que sólo produzca artículos destinados al consumo de los explotadores del trabajo.

Después de excluir así totalmente el capital fijo de la “renta neta” de un país, A. Smith prosigue:

“Ahora bien, aun cuando es necesario excluir de la renta neta de la sociedad el gasto total que supone el mantenimiento del capital fijo, no ocurre así con el capital circulante. De las cuatro partes componentes de este último, a saber: el dinero, los víveres, los materiales y el producto terminado, las tres últimas se separan del mismo para convertirse en capital fijo de la sociedad, o en disponibilidades reservadas para el consumo inmediato. Cualquier porción de estos bienes consumibles, que no se emplee en mantener el primero" (el capital fijo), “va a parar al segundo” (al fondo destinado al consumo directo)” y constituye una parte de la renta neta de la sociedad. Para mantener, por consiguiente, estos tres elementos del capital circulante, no es necesario deducir del producto anual de la renta neta de la sociedad sino aquella proporción que es indispensable para mantener el capital fijo” (libro II, cap. II, p. 261).

No es más que una tautología: tanto da decir que una parte del capital circulante no entra en la producción de medios de producción como decir que entra en la producción de medios de consumo; es decir, en la parte del producto anual destinada al fondo de consumo de la sociedad. Lo importante es lo que viene a continuación:

“En este aspecto, el capital circulante de una sociedad es muy diferente del de cada individuo. El de éste no representa de ningún modo parte alguna de su renta neta, que sólo puede consistir en sus beneficios. Ahora bien, aun cuando el capital circulante de toda persona particular forma parte del total de la nación a que dicho individuo pertenece, no por eso se excluye el que forme parte, al mismo tiempo, de la renta neta de esa misma comunidad. Aunque todos los bienes que hay en la tienda de un comerciante no se pueden incluir en las disponibilidades reservadas para su propio consumo, sí pueden serlo en el de otras personas, las cuales, con las rentas derivadas de otros fondos, pueden reponer regularmente al comerciante el valor de sus mercancías, acompañado de sus ganancias, y sin que esto disminuya ni el capital de este último ni el de ellos” (libro II, cap. II, p. 261). Por consiguiente:

1º Lo mismo que el capital fijo y el capital circulante necesario para su reproducción (la función la olvida) y sostenimiento, el capital circulante de todo capitalista individual destinado a la producción de artículos de consumo se halla totalmente excluido de la renta neta de *este* capitalista, la cual sólo puede consistir en su ganancia. Por tanto, la parte de su producto–mercancía que repone su capital no puede descomponerse en los elementos integrantes del valor que forman la renta para él.

2º El capital circulante de todo capitalista individual constituye una parte del capital circulante de la sociedad, al igual que todo capital fijo individual.

3º El capital circulante de la sociedad, aunque no sea más que la suma de los capitales circulantes individuales, posee un carácter distinto del capital circulante de cada capitalista individual. Este no puede nunca formar parte de *su renta*; en cambio, una fracción del primero (a saber, la formada por los artículos de consumo) puede for mar parte al mismo tiempo de la *renta de la sociedad* o, como decía más arriba A. Smith, no merma necesariamente la renta neta de la sociedad en una parte del producto anual. En realidad, lo que A. Smith llama aquí capital circulante es el capital–mercancía producido anualmente que los capitalistas productores de medios de consumo lanzan todos los años a la circulación. Este producto global anual formado por mercancías está integrado en su totalidad por artículos consumibles y constituye, por tanto, el fondo en que se realizan o se invierten las rentas netas (incluyendo los salarios) de la sociedad. En vez de tomar como ejemplo las mercancías puestas a la venta en la tienda del comerciante al por menor, A.

Smith hubiera debido elegir las masas de artículos almacenados en los depósitos de mercancías de los capitalistas industriales.

Si A. Smith hubiese resumido las series de ideas que se le revelaban al estudiar, primero, la reproducción de lo que él llama capital fijo y luego la de lo que denomina capital circulante, habría llegado al resultado siguiente:

I. El producto anual de la sociedad está formado por dos partes: la primera comprende los medios de producción, la segunda los medios de consumo; ambas deben examinarse separadamente.

II. El valor total de la parte del producto anual consistente en *medios de producción* se distribuye como sigue: una parte de valor es simplemente el valor de los medios de producción absorbidos para elaborar estos medios de producción y, por tanto, valor–capital que reaparece sencillamente bajo una forma distinta; una segunda parte equivale al valor del capital invertido en fuerza de trabajo o lo que es lo mismo, a la suma de los salarios abonados por los capitalistas de esta esfera de producción. La tercera parte de valor, finalmente, constituye la fuente de la ganancia (incluyendo las rentas del suelo), de los capitalistas industriales de esta categoría.

El primer elemento integrante, según A. Smith el capital fijo reproducido dentro de todos los capitales individuales que operan en esta primera sección, queda, evidentemente, excluido y no puede jamás formar parte de la renta neta del capitalista individual ni de la sociedad. Funciona siempre como capital, nunca como renta. Hasta aquí, el “capital fijo" de cada capitalista individual no se distingue en nada del capital fijo de la sociedad. Pero los otros elementos de valor del producto anual de la sociedad consisten en medios de producción –elementos de valor que existen también, por consiguiente, en forma de partes alícuotas de esta masa de medios de producción– constituyen, indudablemente, *rentas para todos los agentes* que intervienen en esta producción, salarios para los obreros, ganancias y rentas para los capitalistas. Pero, no constituyen rentas, sino *capital para la sociedad*, a pesar de que el producto anual de la sociedad sólo consiste en la suma de los productos de los capitalistas individuales que la forman. En su mayor parte, sólo queden funcionar, por su propia naturaleza, como medios de producción e incluso aquellos que podrían, en caso necesario, actuar como medios de consumo se hallan destinados a servir de materias primas o materiales auxiliares pata la nueva producción. Pero no funcionan como tales –y, por tanto, como capital– en manos de quienes los producen, sino en manos de quienes los emplean, a saber:

III. De los capitalistas de la sección segunda, de los productores directos de *medios de consumo*. Reponen a éstos el capital empleado en la producción de artículos de consumo (en la medida en que este capital no se invierte en fuerza de trabajo, es decir, en pagar la suma de salarios a los obreros de esta sección) , mientras que el capital aquí empleado, que ahora se halla en forma de medios de consumo en manos de los capitalistas que los producen, forma a su vez –y, por tanto, desde el punto de vista social– *el fondo de consumo en que los capitalistas y obreros de la sección primera realizan su renta*.

Si A. Smith hubiese llevado su análisis hasta aquí, se habría acercado mucho a la solución de todo el problema. Y, en el fondo, estaba en camino de conseguirlo, puesto que ya había observado que determinadas partes de valor de una categoría de capitales–mercancías (la de los medios de producción) que forman el producto total anual de la sociedad, aun constituyendo renta para los obreros y capitalistas individuales dedicados a su producción, no forman, sin embargo, parte integrante de la renta de la sociedad, mientras

que una parte de valor de la *otra categoría* (la de los medios de consumo) constituye valor–capital para quienes se los apropian individualmente, para los capitalistas que actúan en esta esfera de inversión, pero solamente una parte de la renta social.

Pero, de lo que va expuesto se desprende, por lo menos, lo que sigue:

Primero. Aunque el capital social sólo sea igual a la suma de los capitales individuales y, por tanto, el producto–mercancías anual (o capital–mercancías) igual a la suma de los productos–mercancias de estos capitales individuales; aunque, por tanto, el análisis del valor–mercancías en sus elementos integrantes aplicable a todo capital–mercancías individual debiera ser aplicable también, como en última instancia lo es, en efecto, al de toda la sociedad, la forma en que uno y otro se presentan en el proceso social de producción visto en conjunto es *distinta*.

Segundo: Incluso en el plano de la reproducción simple, nos encontramos, no sólo con la producción de salarios (capital variable) y plusvalía, sino también con la producción directa de nuevo capital constante, aunque la jornada de trabajo esté formada solamente por dos partes: una, en que el obrero repone el capital variable, produce en realidad un equivalente de lo que se le paga por su fuerza de trabajo, y otra, en que produce plusvalía (ganancia, renta, etc.). En efecto, el trabajo diario empleado para reproducir los medios de producción –cuyo valor se descompone en salarios y plusvalía– se realiza en nuevos medios de producción que reponen el capital constante invertido en producir medios de consumo.

Donde se tropieza con las dificultades más importantes, la mayor parte de las cuales han quedado ya resueltas en las páginas anteriores, no es al estudiar la acumulación, sino al estudiar la reproducción simple. Por eso, tanto A. Smith (libro II) como, antes de él, Quesnay (*Tableau économique*) parten de la reproducción simple, cuando se trata de estudiar los movimientos del producto anual de la sociedad y su reproducción por medio de la circulación.

2) Cómo descompone A. Smith el valor de cambio en $v + p$

El dogma de A. Smith según el cual el precio o valor de cambio (*exchangeable value*) de cada mercancía – y también, por tanto, de todas las mercancías que en conjunto forman el producto anual de la sociedad (que él supone, con razón, sujeta en todas partes al régimen capitalista) – se compone de tres partes integrantes (*component parts*) o se descompone en (*resolves itself into*) el salario, la ganancia y la renta, puede reducirse a la tesis de que el valor de la mercancía = $v + p$; es decir, igual al valor del capital variable desembolsado más la plusvalía. Y al reducir así la ganancia y la renta a una unidad común, que llamamos p, lo hacemos respaldados expresamente por el propio A. Smith, como lo demuestran las citas transcritas a continuación, en las que prescindimos, por el momento, de todos los puntos accesorios, de cuanto pueda significar una desviación real o aparente del dogma según el cual el valor de las mercancías está formado exclusivamente por los elementos que llamamos $v + p$.

En la manufactura: “El valor que el trabajador añade a los materiales se resuelve en dos partes , una de ellas paga el salario de los obreros, y la otra las ganancias del empresario, sobre el fondo entero de materiales y salarios que adelanta” (libro I, cap. VI, p. 48). “Aunque el maestro haya adelantado al operario sus salarios, nada viene a costarle en realidad, pues el aumento de valor que recibe la materia, en que se ejercitó el trabajo, restituye, por lo general, con ganancias, los jornales adelantados” (libro II, cap. III, p. 299). “Cualquier porción del capital empleado por el hombre en este concepto, espera siempre

poder recuperarlo con un beneficio. Lo emplea, por consiguiente, en sostener manos productivas solamente, y después de haberle servido a él" (al patrono) "como capital, constituye un ingreso para aquéllos" (los obreros) libro II, cap. III, p. 301).

En el capitulo que acabamos de citar, A. Smith dice expresamente: "El total producto anual de la tierra y del trabajo de un país se ...divide naturalmente en dos partes. Una de ellas, y por regla general la mayor, se destina a reponer el capital, o a renovar las provisiones, materiales y la obra acabada ... la otra pasa a constituir un cierto ingreso del propietario del capital, *como beneficio correspondiente a él*, o de otra persona, en forma de renta de la tierra" (p. 301). Solamente una parte del capital, como nos dijo más arriba A. Smith, crea renta para todos al mismo tiempo, a saber: la que se invierte en comprar trabajo productivo. Esta –el capital, variable– realiza primeramente en manos del patrono y para él "la función de capital" y luego "crea una renta" para el mismo obrero productivo. El capitalista convierte una parte de su capital en fuerza de trabajo y, con ello mismo, en capital variable; esta transformación es precisamente la que permite que todo su capital y no sólo una parte de él funcione como capital industrial. El obrero –el vendedor de la fuerza de trabajo– obtiene, en forma de salario, el valor de la misma. En sus manos, la fuerza de trabajo no es más que una mercancía puesta en venta, la mercancía de cuya venta vive y que constituye, por tanto, su única fuente de ingresos; sólo en manos de su comprador, del capitalista, puede la fuerza de trabajo funcionar como capital variable, y el capitalista sólo adelanta aparentemente el precio pagado por dicha mercancía, pues en realidad el obrero le ha suministrado previamente su valor.

Después de exponer, como vemos, que el valor del producto, en la manufactura, $= v + p$ (donde p = ganancia del capitalista), A. Smith nos dice que en la agricultura los obreros, además de reproducir "un valor igual al de su propio consumo, o bien un valor igual al capital" (variable) "del que los emplea, conjuntamente con los beneficios correspondientes" "además del capital del labrador y de sus beneficios, ocasionan la reproducción de la renta del terrateniente" (libro II, cap. V, p. 328). El hecho de que la renta pase a manos del terrateniente es de todo punto indiferente para el problema que aquí nos ocupa. Para poder pasar a sus manos, tiene que encontrarse en manos del arrendatario, es decir, del capitalista industrial. Tiene necesariamente que constituir un elemento integrante del valor del producto, antes de poder convertirse en renta para nadie. Por tanto, el propio A. Smith concibe la renta y la ganancia como simples partes integrantes de la plusvalía, que el obrero productivo reproduce constantemente a la par que su propio salario, es decir, a la par que el valor del capital variable. Renta y ganancia son, por consiguiente, dos partes de la plusvalía p, por cuya razón el precio de todas las mercancías, según A. Smith, se descompone en $v + p$.

El dogma según el cual el precio de todas las mercancías (y también, por tanto, del total de las mercancías producto anual de la sociedad) se descompone en el salario, más la ganancia, más la renta del suelo adopta, incluso en la parte esotérica que cruza de un extremo a otro la obra de A. Smith, la forma de que el valor, de toda mercancía y también, por tanto, del total de las mercancías producto anual de la sociedad, $= v + p$, = valor capital invertido en fuerza de trabajo y constantemente reproducido por el obrero más la plusvalía que los obreros le añaden con su trabajo.

Y este resultado final a que llega A. Smith nos revela al mismo tiempo –véase más abajo– la fuente de que procede su análisis unilateral de los elementos integrantes en que se descompone el valor de las mercancías. La determinación de la magnitud de cada uno de

estos elementos y del límite de su suma de valor no tiene nada que ver, sin embargo, con el hecho de que constituyan, al mismo tiempo, distintas fuentes de renta para las distintas clases que actúan en la producción.

Cuando A. Smith dice: "Salarios, beneficio y renta son los tres puntos originarios de toda clase de renta y de todo valor de cambio. Cualquier otra clase de renta se deriva, en última instancia, de una de estas tres" (libro I, cap. VI, pp. 51–2), acumula toda una serie de *quid pro quo*.

1º Todos los miembros de la sociedad que no intervienen directamente en el proceso de reproducción, con o sin trabajo, sólo pueden obtener directamente su parte en el producto anual de mercancías –y, por tanto, sus medios de consumo– de manos de las clases entre las que se reparte de primera mano el producto: obreros productivos, capitalistas industriales y terratenientes. En este sentido, sus rentas se derivan *materialiter* (23) del salario (de los obreros productivos), de la ganancia o de la renta del suelo y aparecen, por tanto, como rentas derivadas, por oposición a éstas, que son rentas origínales. Pero, por otra parte, quienes reciben estas rentas que llamamos derivadas y que lo son en el sentido indicado, las perciben en gracia a su función social, como reyes, curas, profesores, prostitutas: caudillos guerreros, etc., razón por la cual pueden considerar también estas funciones como fuentes originales de sus rentas.

2º Y es aquí donde culmina la lamentable pifia de A. Smith: Después de comenzar determinando acertadamente los elementos integrantes del valor de las mercancías y la suma del producto de valor materializado en ellas, demostrando enseguida cómo estos elementos constituyen otras tantas fuentes distintas de renta;[5] después de derivar, por consiguiente, las rentas del valor, invierte completamente los términos– y ésta es, para él, la idea predominante– y convierte las rentas, de "partes integrantes (*component parts*) en las "*fuentes primarias* de todo valor de cambio", con lo cual se abren de par en par las puertas a toda la economía vulgar (véase, por ejemplo, nuestro Roscher).

3) *El capital constante*

Veamos ahora cómo A. Smith intenta descartar el capital constante, por arte de magia, del valor de la mercancía.

"En el precio del trigo, por ejemplo, una parte paga la renta del terrateniente." El origen de esta parte integrante del valor no tiene nada que ver con el hecho de que la perciba el terrateniente bajo la forma de renta del suelo y represente un ingreso para él, del mismo modo que el origen de las demás partes integrantes del valor no guarda la menor relación con el hecho de que sean fuentes de rentas, en concepto de ganancia y de salario.

"Otra parte paga los salarlos o el sustento de los obreros" (¡y del ganado de labor, añade!) empleados en su producción y la tercera parte la ganancia del colono. Estas tres partes parecen (*seem*; y en realidad así es: parecen) integrar "de una manera mediata o inmediata ... el precio total del grano".[6] Este precio total, es decir, la determinación de su magnitud, es independiente en absoluto de su distribución entre aquellas tres clases de personas. "Se pensará, acaso, que aún se necesita una cuarta parte para reponer el capital del colono y compensar el de mérito y depreciación del ganado de labor y de los aperos. Mas también ha de considerarse que el precio de cualquier elemento de labranza, como puede serlo un caballo de labor, se compone igualmente de tres partes, a saber: la renta de la tierra, sobre la cual se ha criado, el trabajo de atenderlo y criarlo, y los beneficios del

colono, que adelanta la renta de la tierra y los salarios correspondientes a ese trabajo. Así pues, aunque el precio del grano pague el precio del animal y su mantenimiento, la suma total se descompondrá inmediata o finalmente en los tres elementos componentes de siempre: renta, trabajo” (salarios, quiere decir), “y beneficio" (libro I, cap. VI, p. 50).

Es, literalmente, todo lo que A. Smith aduce en apoyo de su asombrosa doctrina. Su prueba se reduce, sencillamente. a repetir la misma afirmación. Reconoce que el precio del trigo no está formado solamente por $v + p$, sino también por el precio de los medios de producción consumidos para producir el trigo, es decir, por un valor–capital no invertido por el arrendatario en fuerza de trabajo. Pero los precios de todos estos medios de producción se descomponen a su vez, nos dice, en $v + p$, lo mismo que el precio del trigo: A. Smith se olvida, sin embargo, de añadir: y además, en el precio de los medios de producción consumidos para producir el trigo mismo. Se remite de una rama de producción a otra, y de esta nuevamente a la primera. Para que la afirmación de que el precio de las mercancías en su conjunto se descompone “directamente” o “en última instancia” (*ultimately*) en $v + p$ no fuese un vano subterfugio, tendría que demostrarnos que los productos–mercancías cuyo precio se descompone directamente en c (precio de los medios de producción absorbidos) + $v + p$ resultan compensados en último resultado por los productos–mercancías que aquellos “medios de producción consumidos” reponen en toda su extensión y que, a su vez. se producen mediante la simple inversión de capital variable. o sea, de capital invertido en la fuerza de trabajo. El precio de estos varía, entonces, directamente = $v + p$. De ese modo, el precio de los primeros, $c + u + p$, figurando c como capital constante, podría reducirse en última instancia a $v + p$. El propio A. Smith no creía haber aportado semejante prueba con su ejemplo de los recogedores de *Scoth pebbles* (24), los cuales según él, 1º no rinden plusvalía de ninguna clase: 2º no emplean ningún medio de producción (aunque parece que debieran de emplearlos, sin embargo, en forma de cestos, sacos y otros envases para el transporte de los guijarros).

Ya veíamos más arriba que el mismo A. Smith echa por tierra más tarde su propia teoría, pero sin llegar a darse cuenta de sus contradicciones. Sin embargo, la fuente de éstas hay que buscarla precisamente en la tesis de que arranca. El capital invertido en trabajo produce un valor mayor que el suyo propio. ¿Cómo? Por el hecho, dice A. Smith, de que los obreros, durante el proceso de producción, infunden a los objetos elaborados por ellos un valor que, además del equivalente de su propio precio de compra, crea una plusvalía (la ganancia y la renta) que no va a parar a manos de aquéllos, sino a la de quienes se la apropian. Pero esto es todo lo que ellos hacen y pueden hacer. Y lo que decimos del trabajo industrial durante una jornada, es también aplicable al trabajo puesto en movimiento durante un año por toda la clase capitalista. Por tanto, la masa total del producto anual de mercancías de la sociedad sólo puede descomponerse en $v+ p$, en el equivalente con que los obreros resarcen el valor–capital invertido en su propio precio de compra y en el valor adicional que tienen que entregar a sus patronos, después de cubierto aquél. Pero, estos dos elementos de valor de la mercancía constituyen al mismo tiempo la fuente de las rentas de las distintas clases que intervienen en la reproducción: la primera la del salario, o sea, la renta de los obreros; la segunda, la de la plusvalía, de la cual el capitalista industrial retiene para sí una parte en forma de ganancia y cede otra, en concepto de renta del suelo, al terrateniente. ¿De dónde puede provenir el otro elemento integrante de valor, si el producto anual de valor no encierra más elementos que $v + p$? Aquí, nos movemos en el plano de la simple reproducción. Si toda la suma anual del trabajo se descompone en el trabajo

necesario para la reproducción del valor–capital invertido en fuerza de trabajo y en el trabajo necesario para la obtención de una plusvalía, ¿de dónde puede salir, además, el trabajo necesario para producir un valor–capital no desembolsado en fuerza de trabajo?

La cosa se plantea del siguiente modo:

1º A. Smith determina el valor de una mercancía por la masa de trabajo que el obrero asalariado añade (*adds*) al objeto sobre que trabaja. El dice, literalmente, “a los materiales” puesto que se refiere a la manufactura, en la que se elaboran ya productos de trabajo, pero esto no altera para nada los términos del problema. El valor que el obrero añade (y esta expresión, "*adds*", es la que emplea Adam) es absolutamente independiente del hecho de que el objeto al que se añade valor tenga o no de por sí un valor *antes* de añadirle aquél. El obrero crea, pues, un producto de valor en forma de mercancía. Este producto es, según A. Smith, de una parte, el equivalente de su salario, y esta parte se halla, por tanto, determinada por el volumen de valor de su salario, por cuya razón deberá, para producir o reproducir un valor igual al de éste, añadir más trabajo cuanto mayor sea el salario que perciba. Pero, de otra parte, el obrero, después de rebasar este limite, añade nuevo trabajo, el cual crea plusvalía para el capitalista que lo emplea. El que esta plusvalía sea retenida en su integridad por el capitalista o cedida en parte por éste a terceras personas no altera para nada la determinación cuantitativa (la magnitud) de la plusvalía añadida por el obrero asalariado. Se trata de un valor como cualquiera otra parte del valor del producto, sí bien se distingue por el hecho de que el obrero no percibe ni antes ni después ningún equivalente a cambio de él, pues este valor se lo apropia el capitalista sin abonar equivalente alguno. El valor total de la mercancía se determina por la cantidad de trabajo que el obrero invierte en su producción; una parte de este valor total se determina por el hecho de ser igual al valor del salario, de ser el equivalente de éste. La segunda parte, la plusvalía, se determina, por tanto, necesariamente, por ser igual al valor total del producto menos la parte de valor de éste que constituye el equivalente de salario; es decir, igual al remanente del producto de valor creado en la elaboración de la mercancía, después de cubrir la parte de valor contenida en ella y que representa el equivalente del salario.

2º Y lo que decimos de la mercancía producida en una rama industrial determinada por cada obrero en particular, puede aplicarse al producto anual de todas las ramas industriales en conjunto. Lo que decimos del trabajo diario de un obrero productivo individual, es también aplicable al trabajo anual desarrollado por la clase obrera productiva en su totalidad. Este trabajo “plasma” (expresión de Smith) en el producto anual un valor global determinado por la cantidad del trabajo anual invertido, valor global que se descompone en una parte, determinada por la fracción del trabajo anual con que la clase obrera crea un equivalente de su salario, crea en realidad este salario mismo, y otra parte, determinada por el trabajo anual adicional con que el obrero crea una plusvalía para la clase capitalista. Por tanto, el producto de valor anual contenido en el producto anual está formado exclusivamente por dos elementos: el equivalente del salario anual percibido por la clase obrera y la plusvalía anual suministrada a la clase capitalista. El salario anual forma la renta de la clase obrera y la suma anual de la plusvalía la renta de la clase capitalista; ambas representan, por tanto (y este punto de vista es exacto cuando lo que se expone es la reproducción simple), partes alícuotas relativas del fondo anual de consumo y se realizan dentro de él. No queda, pues, margen para el capital constante, para la reproducción del capital invertido en medios de producción. Y que las partes del valor de las mercancías que funcionan como renta coinciden en su totalidad con el producto anual del trabajo destinado

al fondo social de consumo, lo dice A. Smith expresamente en la introducción a su obra: “El objeto de estos primeros cuatro libros consiste en explicar en qué consiste el ingreso regular del conjunto de los moradores de un país o cuál ha sido la naturaleza de aquellos fondos que han venido a satisfacer su consumo anual” (p. 6). Y ya en el primer párrafo de la introducción, nos dice: “El trabajo anual de cada nación es el fondo que en principio la provee de todas las cosas necesarias y convenientes para la vida, y que anualmente consume el país. Dicho fondo se integra siempre, o con el producto inmediato del trabajo, o con lo que mediante dicho producto se compra de otras naciones” (p. 3).

Ahora bien: el primer error de A. Smith consiste en identificar el *valor del producto* anual con el *producto de valor* anual. Este es *solamente* producto del trabajo del año anterior; aquél encierra además todos los elementos del valor consumidos para elaborar el producto anual, pero *producidos en el año precedente y en parte también en años anteriores*: medios de producción cuyo valor solamente *reaparece* y que, en lo tocante a su valor, no han sido producidos ni reproducidos por el trabajo invertido durante el año último. Esta confusión es la que le permite a A. Smith descartar la parte constante de valor del producto anual. Y, a su vez, esa confusión nace de otro error en la concepción fundamental de A. Smith. Este no distingue el doble carácter del trabajo mismo: el trabajo que, en cuanto inversión de la fuerza de trabajo, crea valor y el que, como trabajo concreto, útil, crea objetos útiles (valor de uso). La suma global de las mercancías producidas anualmente, es decir, el *producto total anual*, es producto del trabajo *útil* desarrollado durante el año anterior; si todas esas mercancías existen, es simplemente, por el hecho de que el trabajo socialmente invertido se desplegó con arreglo a un sistema muy complejo de modalidades de trabajo útil: gracias a ello, se conserva dentro de su valor total el valor de los medios de producción consumidos para producir todas aquellas mercancías, aunque reaparezca bajo una forma natural distinta. El *producto anual* global es, por consiguiente, resultado del trabajo *útil* invertido durante el año; pero durante éste sólo se crea una parte del *valor del producto* anual; esta parte es el *producto de valor* anual en que se materializa la suma del trabajo desarrollado durante el mismo año.

Por tanto, cuando A. Smith dice en el citado pasaje, que “el trabajo anual de cada nación es el fondo que en principio la provee, de todas las cosas necesarias...y que anualmente consume el país”, etc. adopta unilateralmente el punto de vista del trabajo simplemente útil, que es, sin duda, el que crea todos estos medios de vida en su forma consumible. Pero, olvida que esto habría sido imposible sin contar con los medios y objetos de trabajo trasmitidos por años anteriores y que, por tanto, el “trabajo anual” , aunque cree valor. no crea en modo alguno el valor íntegro del producto por él suministrado: que el producto del valor es inferior al valor del producto.

Si no se le puede reprochar a A. Smith el que en este análisis no vaya más allá que todos los autores posteriores a él (a pesar de que en los fisiócratas se mostraba ya un atisbo de solución acertada), en cambio, vemos cómo se deja arrastrar a un caos, principalmente porque su concepción “esotérica” del valor de la mercancía se entrecruza constantemente con la concepción exotérica, que en general, es la que predomina en él, si bien su instinto científico hace que el punto de vista esotérico se trasluzca de vez en cuando.

4) El capital y la renta en A. Smith

La parte de valor de toda mercancía (y también, por tanto, la del producto anual) que sólo constituye un equivalente del salario es igual al capital adelantado en salarios por el capitalista, es decir, igual a la parte variable del capital total adelantado por él. Esta parte del capital adelantado la rescata el capitalista con una parte integrante del valor que los obreros asalariados crean en la mercancía por ellos suministrada. Tanto da que el capital variable se adelante en el sentido de que el capitalista pague en dinero la parte del producto que corresponda al obrero pero que no se halla aún dispuesto para la venta o que, aun estándolo, no ha sido vendido todavía por el capitalista, que se lo pague con el dinero obtenido ya por la venta de la mercancía suministrada por el obrero o que anticipe este dinero a crédito: en todos estos casos, el capitalista adelanta capital variable que afluye en forma de dinero a los obreros y retiene por su parte el equivalente de este valor–capital en la parte de valor de las mercancías con que el obrero crea la parte alícuota que a él mismo le corresponde dentro del valor total de aquéllas, con que produce, para decirlo en otros términos, el valor de su propio salario. En vez de entregarle esta parte de valor bajo la forma natural de su propio producto, el capitalista se lo paga en dinero. Por consiguiente, para el capitalista la parte variable del valor–capital por él desembolsado existe ahora en forma de mercancía, mientras que el obrero percibe el equivalente de la fuerza de trabajo vendida por él en forma de dinero.

Por tanto, mientras que la parte del capital invertida por el capitalista en capital variable, mediante la compra de la fuerza de trabajo, funciona dentro del propio proceso de producción como fuerza de trabajo en activo y gracias a la acción de aquella fuerza es producido de nuevo, es decir, reproducido como nuevo valor en forma de mercancías –traduciéndose, por consiguiente, en una reproducción, o lo que es lo mismo, en una nueva producción del valor–capital desembolsado–, el obrero invierte el valor, o sea, el precio de su fuerza de trabajo vendida en medios de vida, en medios de reproducción de esta fuerza de trabajo. Su ingreso, es decir, su renta, que sólo dura lo que dura la posibilidad de vender su fuerza de trabajo al capitalista, representa una suma de dinero igual al capital variable.

La mercancía del obrero asalariado –su propia fuerza de trabajo– sólo funciona como mercancía cuando se incorpora al capital del capitalista, cuando funciona como capital; y, de otra parte, el capital del capitalista, invertido como capital–dinero en comprar fuerza de trabajo funciona como renta en manos del vendedor de la fuerza de trabajo, en manos del obrero asalariado.

Aquí, se entrelazan diversos procesos de circulación y de producción, que A. Smith no distingue.

Primero. Actos pertenecientes al proceso de *circulación*: el obrero vende su mercancía –lo fuerza de trabajo– al capitalista; el dinero con que éste la compra es para él dinero invertido en producir valor, es decir, capital–dinero; no es dinero gastado, sino adelantado. (Tal es el sentido real del concepto de “adelanto” [*Vorschuss*] –el *avance* de los fisiócratas–, siendo de todo punto indiferente de dónde tome el dinero el mismo capitalista. Para el capitalista constituye adelanto todo valor desembolsado con vistas al proceso de producción, ya sea previamente o *post festum*; es al propio proceso de producción a quien lo adelanta.) El fenómeno que aquí se da es el que se da en toda venta de mercancías: el vendedor se desprende de un valor de uso (aquí, de la fuerza de trabajo) y obtiene su valor

(realiza su precio) en dinero; el comprador se desprende de su dinero y obtiene a cambio la mercancía, que aquí es la fuerza de trabajo.

Segundo. En el proceso de *producción*, la fuerza de trabajo comprada constituye ahora una parte del capital en funciones y el propio obrero actúa aquí simplemente como una forma natural específica de este capital, distinta de los elementos del mismo existentes bajo la forma natural de medios de producción. Durante el proceso de producción, el obrero (prescindiendo de la plusvalía) añade a los medios de producción convertidos por él en producto, mediante la inversión de su fuerza de trabajo, un valor igual al de ésta; reproduce, por tanto, para el capitalista, en forma de mercancías, la parte de su capital que éste le adelanta o tiene que adelantarle como salario; le produce un equivalente de éste; produce, por consiguiente, para el capitalista, el capital que éste puede "adelantar" de nuevo para la compra de fuerza de trabajo.

Tercero. Al venderse la mercancía, una parte de su precio de venta resarce al capitalista, por tanto, el capital variable adelantado por él y, por consiguiente, le pone en condiciones de comprar nuevamente fuerza de trabajo, al mismo tiempo que permite al obrero vendérsela de nuevo.

En todas las compras y ventas de mercancías –si nos fijamos solamente en estas transacciones–, es de todo punto indiferente lo que pase, en manos del vendedor, con el dinero obtenido por su mercancía y en manos del comprador con los artículos de uso comprados por él. Asimismo es de todo punto indiferente, fijándonos solamente en el proceso de circulación, el hecho de que la fuerza de trabajo comprada por el capitalista reproduzca para él el valor del capital y de que, de otra parte, el dinero conseguido como precio de compra de la fuerza de trabajo constituya la renta del obrero. La magnitud de valor del artículo comercial del obrero, que es su fuerza de trabajo, no resulta afectada ni por el hecho de que constituya una "renta" para él ni por el hecho de que el uso de su artículo comercial por el comprador reproduzca el valor del capital de éste.

El que el valor de la fuerza de trabajo –es decir, el precio adecuado de venta de esta mercancía– se halle determinado por la cantidad de trabajo necesaria para su reproducción y ésta, a su vez, por la necesaria para producir los medios de vida indispensables del obrero, o sea, para el sustento de su vida, hace que el salario sea la renta de la que el obrero tiene que vivir.

Es totalmente falso lo que A. Smith dice (p. 301) de que "*la porción del capital* empleado ... en sostener manos productivas ... después de haberle servido" (al capitalista) "como capital, constituye un ingreso" (para los obreros). El *dinero* con que el capitalista paga la fuerza de trabajo comprada por él "le sirve como capital", pues le permite incorporar la fuerza de trabajo a los elementos reales de su capital, poniendo así a éste en condiciones de funcionar como capital productivo. Distingamos: la fuerza de trabajo es *mercancía*, no capital, en manos del obrero y constituye una renta para él siempre y cuando que pueda repetir constantemente su venta; *después* de vendida, en manos del capitalista, durante el propio proceso de producción, es cuando funciona como capital. Lo que aquí sirve dos veces es la fuerza de trabajo: como mercancía que se vende por su valor, en manos del obrero, como fuerza productiva de valor y de valor de uso, en manos del capitalista que la compra.

En cambio, el dinero que el obrero recibe del capitalista sólo está en posesión de este valor antes de pagarlo. No es, pues, el dinero el que funciona dos veces, primero como capital variable en forma de dinero y luego como salario. Es la fuerza de trabajo la que asume dos funciones, primero la de *mercancía*, al ser vendida (cuando se estipula el salario que ha de pagarse, el dinero sólo actúa como medida ideal de valor, sin que para ello necesite, ni mucho menos, hallarse en manos del capitalista), y luego en proceso de producción, donde actúa como *capital*, es decir, como elemento creador de valor de uso y de valor en manos del capitalista. Antes de que el capitalista pague su equivalente al obrero en forma de dinero, ya ella ha suministrado a aquél ese equivalente en forma de mercancía. Es, pues, el mismo obrero el que crea el fondo a costa del cual le paga el capitalista. Pero esto no es todo.

El dinero que recibe el obrero es invertido por él en sostener su fuerza de trabajo y, por tanto –enfocando la clase capitalista y la clase obrera en su conjunto–, para asegurar al capitalista el instrumento sin el cual no puede seguirlo siendo.

De una parte, la compra y venta continuas de la fuerza de trabajo eternizan, por tanto, la fuerza de trabajo como elemento del capital, gracias al cual éste puede aparecer como creador de mercancías, de artículos de uso dotados de un valor, y además la parte de capital invertida en comprar fuerza de trabajo puede crear constantemente su propio producto y el propio obrero, por consiguiente, constituir continuamente el fondo de capital con cargo al cual se le paga. De otra parte, la venta continua de la fuerza de trabajo se convierte en la fuente constantemente renovada de sustento del obrero, lo que hace que su fuerza de trabajo aparezca como el patrimonio de donde aquél saca la renta de la que vive. Renta, aquí, significa simplemente la apropiación de valores obtenida por la venta constantemente repetida de una mercancía (de la fuerza de trabajo), valores cuya finalidad es exclusivamente la reproducción constante de la mercancía destinada a venderse. En este sentido, tiene razón A. Smith cuando dice que la parte de valor del producto creado por el propio obrero y que el capitalista le retribuye con su equivalente en forma de salario, se convierte en una fuente de renta para el obrero. Pero, esto no hace cambiar para nada la naturaleza ni la magnitud de esta parte de valor de la mercancía, como no hace cambiar tampoco el valor de los medios de producción el hecho de que actúen como valores de capital ni altera la naturaleza o la magnitud de una línea recta el hecho de que aparezca como base de un triángulo o como diámetro de una elipse. El valor de la fuerza de trabajo se determina de por sí, exactamente lo mismo que el de aquellos medios de producción. Esta parte de valor de la mercancía no *se deriva de* la renta como de un factor independiente que la constituya, ni *se reduce* tampoco a la renta. El que este valor nuevo constantemente reproducido por el obrero constituya una fuente de renta para éste no quiere decir que su renta sea, a la inversa, parte integrante del nuevo valor producido por él. Es la magnitud de la parte alícuota del nuevo valor creado por él, que se le paga, la que determina el volumen de valor de su renta, y no al revés. El hecho de que esta parte del nuevo valor constituya una renta para él sólo indica a qué se destina, el carácter de su aplicación, y nada tiene que ver con el modo como se forma, que es tan ajeno a aquel hecho como cualquier otra creación de valor. Si ingresó diez táleros a la semana, este ingreso semanal no altera para nada ni la *naturaleza* de valor de los diez táleros ni su *magnitud* de valor. El valor de la fuerza de trabajo, como el de toda mercancía, se determina por la cantidad de trabajo necesaria para su reproducción: el hecho de que esta cantidad de trabajo

dependa del valor de los medios de vida necesarios para el sustento del obrero, siendo, por tanto, igual al trabajo necesario para la reproducción de sus propias condiciones de vida, es característico de esta mercancía (de la fuerza de trabajo), pero no más característico que el hecho de que el valor del ganado de carga se determine por el valor de los medios de vida necesarios para su sustento y, consiguientemente, por la masa del trabajo humano necesario para producirlos.

Lo que causa en A. Smith todo este desaguisado es la categoría "renta". Las diversas clases de rentas forman, según él las *component parts*, las partes integrantes del nuevo valor de las mercancías producido anualmente, mientras que, por el contrario, las dos partes en que este valor de las mercancías se descompone *para el capitalista* –el equivalente de su capital variable adelantado en forma de dinero al comprar la fuerza de trabajo y la otra parte de valor que le pertenece también a él pero que no le ha costado nada, o sea la plusvalía– constituyen fuentes de rentas. El equivalente del capital variable se adelanta de nuevo al invertirse en fuerza de trabajo y, en este sentido constituye una renta para el obrero bajo la forma del salario; la otra parte –la plusvalía–, como no tiene que resarcirse ningún capital adelantado por el capitalista, puede ser invertida por éste en medios de consumo –medios de consumo necesarios y de lujo–, puede ser gastada como renta, en vez de constituir valor–capital de ninguna clase. Esta renta tiene como premisa el propio valor de las mercancías, y sus partes integrantes sólo se distinguen, para el capitalista, en cuanto son, o bien el equivalente *de* o el remanente *sobre* el valor del capital variable adelantado por él. Ambas consisten exclusivamente en fuerza de trabajo aplicada durante la producción de mercancías, puesta en acción como trabajo. Consisten en un gasto, no en un ingreso o en una renta: en un gasto de trabajo.

Después de este *quid pro quo*, en que la renta se convierte en la fuente del valor de las mercancías y no éste en fuente de renta, el valor de las mercancías se presenta como "integrado" por las diversas clases de rentas, las cuales aparecen como determinadas independientemente las unas de las otras, siendo el valor total de la mercancía la suma del volumen de valor de estas rentas. Ahora bien; ¿cómo se determina el valor de cada una de estas rentas que en conjunto forman el valor de las mercancías? En el salario, es posible hacerlo, ya que el salario constituye el valor de su mercancía, de la fuerza de trabajo, y este se determina (como el valor de cualquier otra mercancía) por el trabajo necesario para la reproducción de ésta. Pero, ¿cómo se puede determinar la plusvalía, o mejor dicho, en A. Smith, sus dos formas, la ganancia y la renta del suelo? Al llegar aquí, todo se convierte en vacua charlatanería. A. Smith tan pronto presenta el salario y la plusvalía (o bien el salario y la ganancia) como las partes integrantes que forman el valor de las mercancías o el precio, y tan pronto, y a veces casi en la misma alentada, de cada una de estas rentas que en conjunto forman el valor de las mercancías; lo que, a la inversa, quiere decir que el valor de la mercancía es la premisa de la que hay que partir y que diversas partes de este valor dado corresponden, bajo la forma de diversas rentas, a las diversas personas interesadas en el proceso de producción. Y esto no es idéntico, ni mucho menos, a la tesis de que el valor se halla formado por estas tres "partes integrantes". Si determinamos la magnitud de tres líneas rectas distintas, cada una de por sí, y luego, partiendo de estas tres líneas como "partes integrantes", trazamos una cuarta línea recta igual en magnitud a la suma de las tres, no es lo mismo, ni mucho menos, que si, partiendo de una línea recta dada, la dividimos con cualquier motivo, la "descomponemos", para emplear el mismo término, en

tres partes distintas. En el primer caso, la magnitud de la línea variará completamente al variar la magnitud de las tres líneas con cuya suma se forma; en el segundo caso, la magnitud de las tres líneas parciales se halla delimitada de antemano por el hecho de ser partes de una línea de determinada magnitud.

Pero, en realidad, ateniéndonos a lo que se contiene de verdad en la exposición de A. Smith, a saber: que el *nuevo valor* que se encierra en el producto anual de mercancías de la sociedad (como en toda mercancía concreta o en el producto diario, semanal, etc.), *creado por el trabajo anual*, es igual al valor del capital variable adelantado (y por tanto, a la parte de valor destinada a comprar de nuevo fuerza de trabajo) más la plusvalía que el capitalista puede realizar –dentro de la reproducción simple y siempre que no varíen las demás circunstancias– en medios para su consumo individual; si nos atenemos asimismo al hecho de que A. Smith involucra el trabajo en cuanto fuente de valor, es decir, en cuanto inversión de fuerza de trabajo, y el trabajo en cuanto fuente de valor de uso, es decir, en cuanto aplicación de trabajo en forma útil, adecuada a un fin, toda esta concepción se resume en que el valor de toda mercancía es el producto del trabajo, y también, por tanto, el valor del producto del trabajo anual o el valor del producto anual de las mercancías de la sociedad. Pero, como todo trabajo se descompone en dos partes: *1º* tiempo de trabajo necesario, durante el cual el obrero no hace más que reproducir un equivalente del capital adelantado para comprar su fuerza de trabajo, y *2º* trabajo excedente, con el que produce un valor para el capitalista por el que éste no paga ningún equivalente, o, lo que es lo mismo, una plusvalía, resultará que el valor de las mercancías tiene que reducirse siempre a estas dos partes, creando, por tanto, en último resultado, como salario la renta de la clase obrera y como plusvalía la de la clase capitalista. Y, en lo que se refiere al capital constante, o sea, al valor de los medios de producción empleados para producir el producto anual, si bien no puede decirse (fuera de la frase según la cual el capitalista se lo carga al comprador al venderle su mercancía) cómo entra este valor en el valor del nuevo producto, es evidente que, en último resultado –*ultimately*–, puesto que los medios de producción son a su vez producto del trabajo, esta parte de valor sólo puede estar formada también por dos partes: el equivalente del capital variable y la plusvalía. El que los valores de estos medios de producción actúen como valores de capital en manos de quienes los emplean no impide que "originariamente", y además, si les seguimos concienzudamente la pista, en otras manos –aun cuando con anterioridad–, pudieran descomponerse en los mismos valores y, por consiguiente, en dos fuentes distintas de rentas.

Un punto exacto, aquí, es que, enfocando el movimiento del capital social –es decir, del conjunto de los capitales individuales–, la cosa se presenta de otro modo que si se enfoca cada capital individual de por sí, es decir, desde el punto de vista de cada capitalista individual. Para éste, el valor de la mercancía se descompone *1º* en un elemento constante (el cuarto, según Smith), *2º* en la suma de salario y plusvalía, o bien de salario, ganancia y renta del suelo. En cambio, desde el punto de vista social, el cuarto elemento de Smith, el capital constante, desaparece.

5) Resumen

La insulsa fórmula de que las tres rentas, el salario, la ganancia y la renta del suelo constituyen tres “partes integrantes” del valor de las mercancías, surge en A. Smith de la otra fórmula, más aceptable, según la cual el valor de las mercancías *resolves itself*, se descompone en dichas tres partes. También esto es falso, incluso suponiendo que el valor de las mercancías sólo pudiese dividirse en el equivalente de la fuerza de trabajo consumida y la plusvalía creada por ésta. Pero este error descansa, a su vez, en una base más profunda y verdadera. La producción capitalista se basa en la operación por la que el obrero productivo vende su propia fuerza de trabajo, como su mercancía, al capitalista en cuyas manos funciona simplemente como elemento de su capital productivo. Esta operación –la venta y la compra de la fuerza de trabajo–, perteneciente a la órbita de la circulación, no sólo inicia el proceso de producción, sino que determina *implicite* su carácter específico. La producción de un valor de uso e incluso la de una mercancía (pues ésta puede ser también obra de un trabajo productivo independiente) es aquí simplemente, un medio para la producción de plusvalía absoluta y relativa para el capitalista. Por eso, al analizar el proceso de producción veíamos cómo la producción de plusvalía absoluta y relativa determina: *1º* la duración del proceso diario de trabajo: *2º* toda la organización social y técnica del proceso capitalista de producción. Dentro de este mismo se realiza la distinción entre la simple conservación del valor (del capital constante), la verdadera reproducción del valor adelantado (equivalente de la fuerza de trabajo) y la producción de plusvalía, es decir, de valor por el que el capitalista no desembolsa equivalente alguno, ni de antemano ni *post festum*.

La apropiación de la plusvalía –del valor que queda después de cubrir el equivalente del valor desembolsado por el capitalista–, aunque se inicia con la compra–venta de la fuerza de trabajo, es un acto que se efectúa dentro del mismo proceso de producción y que constituye una fase esencial de éste.

El acto inicial, que constituye un acto de circulación, la compra–venta de la fuerza de trabajo, descansa a su vez sobre la distribución de los *elementos* de la producción, previa a la distribución de los *productos* sociales y presupuesta por ella, a saber: en la separación entre la fuerza de trabajo como mercancía del obrero y los medios de producción como propiedad de otros.

Pero, al mismo tiempo, esta apropiación de la plusvalía o esta separación que se establece en la producción de valor entre la reproducción del valor desembolsado y la producción de nuevo valor no retribuido por ningún equivalente (plusvalía), no altera para nada la sustancia del mismo valor ni el carácter de la producción de valor. La sustancia del valor es y sigue siendo simplemente fuerza de trabajo invertida –trabajo, independientemente del carácter útil específico que revista– y la producción de valor simplemente el proceso de esta inversión. El siervo despliega su fuerza de trabajo durante seis días, trabaja durante seis días, sin que ponga ninguna diferencia en cuanto al hecho de este trabajo de por sí el que, por ejemplo, invierta tres de estas jornadas de trabajo para sí mismo, en su propio campo, y otras tres en el campo de su señor, al servicio de éste. El trabajo voluntario que realiza para él y el trabajo forzoso que rinde para su señor no se diferencian en nada, en cuanto trabajo. Considerado como tal trabajo, con referencia a los valores o productos útiles creados por él, no se percibe diferencia alguna en el trabajo de estas seis jornadas. La diferencia recae exclusivamente sobre las diversas condiciones sociales en que se despliega la fuerza de trabajo durante las dos mitades de este período de

trabajo de seis días. Pues bien: lo mismo ocurre con el trabajo necesario y el trabajo excedente del obrero asalariado.

El proceso de producción finaliza en la mercancía. El hecho de haberse invertido en su producción fuerza de trabajo aparece ahora como una cualidad material de la mercancía: la cualidad de poseer valor; la magnitud de este valor se mide por la magnitud del trabajo invertido en ella; a esto se reduce el valor de las mercancías y en esto y exclusivamente en esto consiste. Si trazamos una línea recta de una determinada magnitud, "producimos" (de un modo meramente simbólico, claro está, cosa que desde luego sabemos) en primer lugar, por la naturaleza del trazado, ejecutado con arreglo a ciertas reglas (leyes) independientes de nuestra voluntad, una línea recta. Si dividimos esta línea en tres segmentos (que, a su vez, pueden responder a determinado problema), cada uno de estos tres trozos seguirá siendo una línea recta, y la línea entera de la que forman parte no se distinguirá en nada, por esta división, de lo que es una línea recta, para convertirse, por ejemplo, en una curva de cualquier clase. Ni podemos tampoco dividir una línea de una magnitud dada de tal modo, que la suma de estas partes sea mayor que la misma línea indivisa: a su vez, la magnitud de ésta no se halla tampoco determinada por las magnitudes de las líneas parciales, cualquiera que sea el modo cómo de determinen. Por el contrario, son las magnitudes relativas de éstas las que se hallan circunscritas de antemano por los límites de la línea de que forman parte.

La mercancía fabricada por el capitalista no se diferencia en nada, desde este punto de vista, de las mercancías producidas por un obrero independiente, por una colectividad de obreros o por esclavos. Sin embargo, en nuestro caso el producto del trabajo y todo su valor pertenecen íntegros al capitalista. Al igual que cualquier otro producto, éste tiene que convertir la mercancía, mediante su venta, en dinero, para poder seguir manipulando con él; tiene que transferirla a la forma de equivalente general.

Examinemos el producto–mercancía antes de que se convierta en dinero. Este producto pertenece íntegramente al capitalista. De otra parte, como producto útil del trabajo –como valor de uso–, es en su totalidad producto de un proceso de trabajo ya efectuado; pero no así su valor. Una parte de este valor no es más que el valor, reencarnado bajo una nueva forma, de los medios de producción empleados para producir la mercancía; este valor no se ha producido durante el proceso de producción de esta mercancía, pues lo poseían ya los medios de producción con anterioridad al proceso de producción e independientemente de él, y precisamente como exponentes de él han entrado en este proceso; lo único que se ha renovado y transformado es su forma de manifestarse. Esta parte del valor de la mercancía constituye, para el capitalista, un equivalente del capital constante adelantado por él y consumido durante la circulación de la mercancía. Antes, existía bajo la forma de medios de producción; ahora, existe como parte integrante del valor de la nueva mercancía producida. Tan pronto como ésta se convierte en dinero, este valor que ahora existe bajo forma de dinero tiene que volver a convertirse en medios de producción, que adoptar su forma primitiva, determinada por el proceso de producción y por su función dentro de él. Pero, la función de capital que este valor desempeña no altera para nada el carácter de valor de una mercancía.

Una segunda parte de valor de la mercancía es la que representa el valor de la fuerza de trabajo que el obrero asalariado vende al capitalista. Este valor se determina, como el de

los medios de producción, independientemente del proceso de producción en que ha de ser absorbida la fuerza de trabajo y se fija en un acto de circulación, la compra–venta de la fuerza de trabajo, antes de que ésta entre en el proceso de producción. Por su función –la explicación de su fuerza de trabajo–, el obrero asalariado produce un valor–mercancía igual al valor que el capitalista tiene que pagarle por el uso de su fuerza de trabajo. El obrero entrega al capitalista este valor en forma de mercancía y el capitalista se lo paga en dinero. El que esta parte del valor de la mercancía sólo represente para el capitalista un equivalente del capital variable que tiene que adelantar en salarlos no altera para nada el hecho de que representa un valor–mercancía nuevo creado durante el proceso de circulación y consiste exclusivamente en lo que consiste la plusvalía. a saber: en inversión ya efectuada de fuerza de trabajo. Y este hecho no resulta afectado tampoco para nada por la circunstancia de que el valor de la fuerza de trabajo que se paga al obrero en forma de salario revista para el obrero la forma de renta y de que, a través de ésta, se reproduzca constantemente no sólo la fuerza de trabajo, sino también la clase de obreros asalariados como tal, y con ella la base de toda la producción capitalista.

Pero la suma de estas dos partes de valor no forma el valor total de la mercancía. Queda un remanente sobre las dos: la plusvalía. Esta es, al igual que la parte del valor que resarce el capital variable adelantado en forma de salarios, un valor nuevo creado por el obrero durante el proceso de producción. Con la particularidad de que esta parte de valor no cuesta nada a quien se apropia el producto entero, al capitalista. Esta circunstancia permite al capitalista, en efecto, consumirla en su totalidad como renta, a menos que tenga que ceder algunas porciones de ella a otros copartícipes, como la renta del suelo al terrateniente, por ejemplo, en cuyo caso las partes cedidas constituyen rentas de las terceras personas beneficiadas. Dicha circunstancia es, además, el motivo propulsor que anima a nuestro capitalista a ocuparse de la producción de mercancías. Pero, ni esta mira suya inicial y bien intencionada, la mira de embolsarse plusvalía, ni el hecho de gastársela luego como renta solo o en unión de otras personas, afectan para nada a la plusvalía, como tal. No modifican en lo más mínimo el hecho de que se trata de trabajo cuajado no retribuido, ni modifican tampoco su magnitud, la cual se halla determinada por condiciones completamente distintas.

Ahora bien; si A. Smith quería ocuparse, como lo hace, ya al estudiar el valor de las mercancías, del papel que corresponde a sus diversas partes en el proceso total de la reproducción, era evidente que si algunas partes especiales funcionan como rentas otras funcionan constantemente también como capital, debiendo, por tanto, ser designadas asimismo, con arreglo a su lógica, como partes integrantes del valor de las mercancías o partes en que se descompone este valor.

A. Smith identifica la producción de mercancías en general y la producción capitalista de mercancías; los medios de producción, según él, son de antemano “capital”, el trabajo es de antemano trabajo asalariado; de aquí que “el número de obreros útiles y productivos se halla siempre en proporción a la cantidad de capital empleada en darles ocupación” (*to the quantity of the capital stock which is employed in settling them to work.* Obra cit., Introducción, pp. 4–5). En una palabra, los diversos factores del proceso de trabajo –los materiales y los personales– aparecen en escena desde el primer momento desempeñando los papeles propios del proceso capitalista de producción. Así se explica que el análisis del valor de la mercancía se haga coincidir directamente con el problema de

saber en qué medida este valor crea, de una parte, un número equivalente del capital invertido y de otra parte un valor "libre", que no resarce ningún valor–capital desembolsado, una plusvalía. Las fracciones del valor de la mercancía, comparadas entre sí desde este punto de vista, se transforman de este modo, por debajo de cuerda, en "partes integrantes" de él con existencia propia, y finalmente en las "fuentes de todo valor". Otra consecuencia que de aquí se deduce es la composición del valor de la mercancía y, alternativamente, su "descomposición" en rentas de diversas clases, por donde las rentas no consisten en valor de mercancías, sino éste en "rentas". Pero, del mismo modo que la naturaleza de un valor mercancías *qua* (25) valor–mercancías o del dinero *qua* dinero no cambia por el hecho de que funcionen como valor–capital, aquél no sufre tampoco modificación por el hecho de funcionar más tarde como renta de unos o de otros. La mercancía de que se ocupa A. Smith es ya de antemano capital–mercancía (que encierra, además del valor–capital consumido en la producción de la mercancía, la plusvalía), es decir, mercancía producida por métodos capitalistas, el resultado del proceso capitalista de producción. Hubiera sido necesario, por tanto, analizar previamente este proceso y también, por consiguiente, el proceso de valorización y de creación de valor contenido en él. Y, como éste tiene por premisa, a su vez, la circulación de mercancías, no es posible exponerlo sin un análisis, previo e independiente de él, de la mercancía. A. Smith, aun en los casos en que, procediendo "esotéricamente", da en el clavo de un modo transitorio, nunca se refiere a la producción de valor más que con ocasión del análisis de la mercancía, es decir, del análisis del capital mercancías.

III. *Autores posteriores* [7]

Ricardo reproduce casi al pie de la letra la teoría de A. Smith: "Debe entenderse que siempre se consume la producción total de un país; el hecho de que sean las personas que reproducen o aquellas que no reproducen algún valor quienes consumen los productos, constituye la máxima diferencia. Cuando afirmamos que se ahorra el ingreso y se añade al capital, lo que queremos decir es que la porción del ingreso que se agrega al capital, es consumida por trabajadores improductivos" (*Principios*, p. 114).

En realidad, Ricardo acepta íntegramente la teoría de A. Smith sobre la descomposición del precio de la mercancía en salario y plusvalía (o capital variable y plusvalía). En lo que discute con él es: *1º* en lo referente a las partes integrantes de la plusvalía: Ricardo elimina la renta del suelo como elemento necesario de ésta; *2º Descompone* el precio de la mercancía en estas partes integrantes. La magnitud de valor es, por tanto, lo primero. La suma de las partes integrantes se presupone como magnitud dada; se parte de ella, en vez de proceder a la inversa, como hace frecuentemente A. Smith, en contradicción con su propia visión profunda, estableciendo la magnitud de la mercancía *post festum* por adición de sus partes integrantes.

Ramsay observa, en contra de Ricardo: "Ricardo olvida que el producto no se distribuye en su totalidad entre el salario y la ganancia exclusivamente, sino que es necesario reservar también una parte para reponer el capital fijo". (*An Essay on the Distribution of Wealth*, *Edimburgo*, 1836, p. 174.) Por capital fijo entiende este autor lo que aquí llamamos capital constante: "El capital fijo existe bajo una forma en la que, aun

contribuyendo a la producción de la mercancía en elaboración, no contribuye, sin embargo, al sostenimiento del obrero” (p. 59).

A. Smith se rebelaba contra la consecuencia obligada de su descomposición del valor de la mercancía y también, por tanto, del valor del producto anual de la sociedad, en salario y plusvalía, y, por consiguiente, en simple renta: contra la consecuencia de que, en estas condiciones, todo el producto anual podría consumirse. No son nunca los pensadores originales los que sacan las consecuencias absurdas de sus teorías. Eso lo dejan para los Says y los MacCullochs.

Say no toma la cosa muy a pecho, en realidad. Lo que es para uno adelanto de capital es para el otro renta y producto neto, o lo era; la diferencia entre producto bruto y neto es puramente subjetiva, y “así, el valor global de todos los productos se distribuyen en la sociedad como renta” (Say, *Traité d’Economie politique*, 1817, II, p. 64). “El valor total de cada producto está formado por las ganancias de los terratenientes, de los capitalistas y de los industriosos” (el salario figura aquí *comme profits des industrieux!*) (26) “que han contribuido a su elaboración. Esto hace que la renta de la sociedad sea igual al *valor bruto producido* y no, como opinaba la secta de los economistas” (los fisiócratas), “igual al producto neto de la tierra”.

Este descubrimiento de Say se lo apropia también, entre otros, Proudhon.

Storch, que acepta también en principio la doctrina de A. Smith, encuentra, sin embargo, que la aplicación práctica que de ella hace Say es insostenible. “Si se admite que la renta de una nación es igual a su producto bruto, es decir, que no hay que deducir de éste ningún capital” (ningún capital constante, debiera decir), “hay que admitir también que esa nación puede consumir improductivamente el valor íntegro de su producto anual sin menoscabar en lo más mínimo su renta futura ... Los productos que forman el capital” (constante) “de una nación no son consumibles” (Storch, *Considérations sur la nature du revenu national*, París, 1824, pp. 147 y 150).

Sin embargo, Storch se olvida de decirnos cómo puede coordinarse la existencia de este capital constante con el análisis del precio que él toma de A. Smith según el cual el valor de la mercancía sólo encierra el salario y la plusvalía, sin contener capital constante alguno. Sólo a través de Say se da cuenta de que este análisis del precio conduce a resultados absurdos, y las últimas palabras que él mismo escribe acerca de esto rezan así: “que es imposible descomponer el precio necesario en sus elementos más simples” (Storch, *Cours d’Economie Politique*, Petersburgo, 1815, II, p. 141).

Sismondi, que se ocupa especialmente de la relación entre capital y renta y que, en realidad, hace de su concepción especial de esta relación la *differentia specifica* de sus *Nouveaux Principes*, no escribe ni *una sola* palabra científica acerca de esto, no contribuye ni en un ápice al esclarecimiento del problema.

Barton, Ramsay y Cherbuliez se esfuerzan en sobreponerse a la versión de A. Smith. Pero fracasan, porque desde el primer momento plantean el problema de un modo unilateral, ya que no distinguen claramente la diferencia entre capital constante y variable de la diferencia entre capital fijo y circulante.

John Stuart Mill se limita también a reproducir, con su presunción habitual, la doctrina trasmitida por A. Smith y sus sucesores.

Resultado: la confusión de pensamiento de A. Smith sigue imperando basta la hora presente y su dogma es artículo de fe ortodoxo de la economía Política

NOTA AL PIE CAP XIX

1 Comienza aquí el manuscrito VIII.

2 *El Capital*, tomo I de esta edición, p. 536, n. 16.

3 También en esto le habían preparado el camino algunos fisiócratas, sobre todo Turgot. Éste emplea ya con más frecuencia que Quesnay y los demás fisiócratas la palabra capital como sinónimo de *avances* e identifica más aún los *avances* o *capitaux* de los manufactureros con los de los arrendatarios. Por ejemplo: " Al igual que aquellos" (es decir, los empresarios de las manufacturas), "éstos" (o sean los arrendatarios, entendiendo por tales los arrendatarios capitalistas) "deberán obtener, además de la restitución de los capitales, etc." (Turgot, *Ouevres*, ed. Daire, París, 1844, tomo I, p. 40.)

4 Para que el lector no se deje desorientar por la frase "el precio de cualquier mercancía", lo que sigue nos indica como el propio A. Smith explica esta expresión: en el precio del pescado de mar, por ejemplo, no entra renta alguna, sino simplemente el salario y la ganancia; en el precio de las *Scotch pebbles* solamente el salario: "En algunas partes de Escocia, la gente pobre se dedica a recoger en las playas esas piedrecitas de colores que se conocen con el nombre de guijarros de Escocia. El precio que los tallistas de piedras les abonan por estos guijarros se halla formado exclusivamente por su salario, pues no forma parte de el ni la renta del suelo ni la ganancia."

5 Reproduzco esta frase literalmente, tal como aparece en el manuscrito aunque por su contextura parece hallarse en contradicción tanto con lo que la antecede como con lo que inmediatamente la sigue. Esta aparente contradicción se resuelve, sin embargo, más adelante, bajo el epígrafe 4: El capital y la renta en A. Smith. (*F. E.*)

6 Prescindiremos aquí en absoluto del hecho de que el ejemplo escogido por A. Smith es muy poco afortunado. El valor del trigo solo se descompone en salario, ganancia y renta concibiendo los medios de nutrición del ganado de labor como el salario de este ganado y al ganado mismo :como a obreros asalariados, lo que equivale a su vez, a concebir a los obreros asalariados como ganado de labor. (Adición tomada del manuscrito II)

7. Desde aquí hasta el final del capítulo, edición tomada del manuscrito II.

Capítulo XX

REPRODUCCIÓN SIMPLE

I. *Planteamiento del problema*

[1]Si nos fijamos en la función anual del capital social –y, por tanto, del capital en su conjunto, de que los capitales individuales no son más que fragmentos cuyo movimiento es a la par su movimiento individual y parte integrante del movimiento del capital global– en cuanto a su resultado; es decir si nos fijamos en el producto–mercancías que la sociedad crea al cabo del año, se nos revelará cómo se desarrolla el proceso de reproducción del capital social, qué caracteres distinguen a este proceso de reproducción del proceso de reproducción de un capital individual y qué caracteres son comunes a uno y otro. El producto anual incluye tanto las partes del producto social que reponen el capital, es decir, la reproducción social, como las partes que corresponden al fondo de consumo, que son consumidas por los obreros y los capitalistas y, por consiguiente, el consumo productivo y el consumo individual al mismo tiempo. Abarca conjuntamente la reproducción (es decir, el sostenimiento) de la clase capitalista y de la clase obrera y también, por tanto, la reproducción del carácter capitalista de todo el proceso de reproducción.

Es, evidentemente, la fórmula

$$M,- \left| \begin{array}{l} D - \ldots P \ldots M' \\ \\ d - m \end{array} \right.$$

la que tenemos que analizar. Y en ella desempeña necesariamente un papel el consumo, pues el punto de partida $M' = M + m$, el capital–mercancía, incluye tanto el valor–capital constante y variable como la plusvalía. Su movimiento aborda, por consiguiente, tanto el consumo individual como el consumo productivo. En los ciclos $D - M \ldots P \quad M' - D'$ y $P \ldots M' - D' - M \ldots P$ el movimiento del *capital* es punto de partida y punto de término, en lo que va incluido también, naturalmente, el consumo, puesto que la mercancía, el producto, necesita venderse. Pero si partimos del supuesto de que esto se ha hecho ya, es indiferente para el movimiento del capital individual la suerte que luego corra esta mercancía. En cambio, las condiciones de la reproducción social, tratándose del movimiento $M' \ldots M'$ las indica precisamente la suerte que corran todas y cada una de las partes integrantes del valor de este producto total M'. Aquí, el proceso total de reproducción incluye el proceso de consumo a que sirve de medio la circulación ni más ni menos que el proceso de reproducción del capital.

Además, dada la finalidad que aquí perseguimos, el proceso de reproducción debe enfocarse tanto desde el punto de vista de la reposición del valor como en lo tocante a la reposición material de las distintas partes integrantes de M'. Ahora ya no podemos limitarnos, como cuando se trataba de analizar el valor del producto de cada capital de por sí a partir del *supuesto* de que cada capitalista sólo puede convertir en dinero las partes integrantes de su capital mediante la venta de su producto–mercancías, para volver luego a transformarlo en capital productivo, invirtiendo de nuevo aquel dinero en los elementos de producción que se le ofrecen en el mercado de mercancías. Estos elementos de producción, siempre y cuando que consistan en cosas, son parte integrante del capital social, ni más ni menos que el producto individual terminado que se cambia por ellos y al que ellos vienen a reponer. Por otro lado, el movimiento de la parte del producto social en mercancías consumida por el obrero al gastar su salario y por el capitalista al gastar su plusvalía no sólo se articula como un eslabón con el movimiento del producto global, sino que además se entrelaza con el movimiento de los capitales individuales, razón por la cual sus manifestaciones no pueden explicarse dándolas simplemente por supuestas.

El problema, tal como se plantea directamente, es éste: ¿cómo se repone a base del producto actual el valor del *capital* absorbido por la producción y cómo se entrelaza el movimiento de esta reposición con el consumo de la plusvalía por los capitalistas y el del salario por los obreros? Se trata, por tanto, en primer lugar, de la reproducción simple. Además, se parte de la premisa, no sólo de que los productos se cambian con arreglo a su valor, sino también de que no se opera ninguna transformación de valor en cuanto a las partes integrantes del capital productivo. Por lo demás, en la medida en que los precios difieren de los valores, esta circunstancia no puede influir para nada en el movimiento del capital social. Seguirán cambiándose, en conjunto, las mismas masas de productos, aunque los distintos capitalistas se hallen ahora

interesados en ellas en cantidades de valor que no son ya proporcionales a sus respectivos desembolsos y a la masa de plusvalía producida por cada uno de ellos en particular. Por lo que se refiere a las transformaciones del valor, éstas no alteran en lo más mínimo las proporciones entre las partes integrantes del valor del producto anual en su conjunto, siempre y cuando que se distribuyan de un modo general y uniforme. Y si se distribuyen de un modo parcial y no uniforme, representarán perturbaciones que, en primer lugar, sólo podrán comprenderse, como tales, siempre que se las considere como *divergencias* de las proporciones de valor que permanecen iguales; y, en segundo lugar, una vez establecida la ley según la cual una parte de valor del producto anual repone el capital constante y otra el capital variable, cualquier transformación que afecte al valor del capital constante o al del capital variable, no alterará para nada esta ley. Sólo alterará la magnitud relativa de las partes de valor que funcionan como capital de una u otra clase, puesto que los valores primitivos serán sustituidos por otros nuevos.

Mientras examinábamos la producción de valor y el valor del producto del capital individualmente considerado, la forma natural del producto–mercancía era de todo punto indiferente; tanto daba que se tratase, por ejemplo, de máquinas, de trigo, o de espejos. Cualquier producto concreto no pasaba de ser un ejemplo y lo mismo podía servir de ilustración una rama de producción que otra. Entonces, nos interesaba el proceso inmediato de producción, que se revelaba en cada uno de sus puntos como proceso de un capital individual. Desde el punto de vista de la reproducción del capital, bastaba con partir del supuesto de que, dentro de la esfera de circulación, la parte del producto–mercancía que representaba valor–capital encontraría los medios necesarios para volver a convertirse en sus elementos de producción y, por tanto, para recobrar su forma de capital productivo; del mismo modo que bastaba partir de la premisa de que el capitalista y obrero encontrarían en el mercado, dispuestas para ser utilizadas, las mercancías en que invertir su plusvalía y su salario, respectivamente. Pero este método puramente formal de exposición no basta ya, cuando se trata de estudiar el capital social en su conjunto y el valor de su producto. La reversión de una parte del valor del producto a capital y la incorporación de otra parte al consumo individual de la clase capitalista y de la clase obrera constituyen un movimiento que se efectúa dentro del mismo valor del producto en que se traduce el capital global; y este movimiento no es solamente reposición de valor, sino también reposición de materia, por cuya razón se halla condicionada tanto por la relación mutua entre las partes integrantes del valor del producto social como por su valor de uso, por su forma material.

[2]La reproducción simple sobre la misma escala constituye una abstracción, puesto que, de una parte, la ausencia de toda acumulación o reproducción en escala ampliada es, sobre una base capitalista, un supuesto absurdo, y de otra parte las condiciones en que se produce no permanecen absolutamente iguales (como aquí se supone) en distintos años. La premisa de que se parte es que un capital social de determinado valor produce la misma masa de valores–mercancías en el año actual que en el anterior y satisface la misma cantidad de necesidades, aunque las formas de las mercancías puedan variar en el proceso de reproducción. Sin embargo, cuando existe acumulación, la reproducción simple es siempre parte de ella; puede enfocarse, por tanto, de por sí y constituye un factor real de la acumulación. El valor del producto anual puede disminuir aunque la masa de los valores de uso permanezca idéntica; puede permanecer invariable, aunque disminuya la masa de los valores de uso y puede, por fin, ocurrir que disminuyan al mismo tiempo la masa de valor y la masa de los valores de uso reproducidos. Todo esto se traduce en que la reproducción se desarrollará bajo condiciones más favorables que antes o bajo condiciones peores, en cuyo caso podrá resultar una reproducción imperfecta, defectuosa. Pero esto sólo puede afectar al aspecto cuantitativo de los distintos elementos de la reproducción, nunca a la función que cumplen como capital que se reproduce o como renta producida, dentro del proceso global.

II. Los dos sectores de la producción socia1[3]

El producto global y, por tanto, la reproducción total de la sociedad, se divide en dos grandes sectores:

I. *Medios de producción*, mercancías cuya forma les obliga a entrar en el consumo productivo, o por lo menos les permite actuar de este modo.

II. *Medios de consumo*, mercancías cuya forma las destina a entrar en el consumo individual de la clase capitalista y de la clase obrera.

Dentro de cada uno de estos dos sectores, las distintas ramas de producción a él pertenecientes forman en conjunto una gran rama de producción; de un lado la que produce medios de producción; de otro,

la que produce medios de consumo. El capital global invertido en cada una de estas dos ramas de producción forma un sector especial del capital y de la sociedad en su conjunto.

En cada uno de estos dos sectores, el capital se divide en dos partes:

1. *Capital variable*, que es en cuanto a su *valor*, igual al valor de la fuerza social de trabajo empleada en esta rama de producción y, por consiguiente, igual a la suma de los salarios pagados en ella. Desde un punto de vista material, esta parte consiste en la misma fuerza de trabajo puesta en acción o, lo que es lo mismo, en el trabajo vivo movilizado por este valor–capital.

2. *Capital constante*, o sea, el valor de todos los medios de producción empleados para producir en esta rama. Estos se subdividen, a su vez, en capital *fijo* –maquinaria, instrumentos de trabajo, edificios, ganado de labor, etc.– y capital *circulante*: o materiales de producción (materias primas y auxiliares, artículos a medio fabricar).

El valor del producto global creado durante el año con ayuda de este capital en cada uno de los dos sectores se divide en dos partes: una parte de valor representa el capital constante *c* absorbido por la producción y cuyo valor se limita a transferirse al producto; otra parte de valor es la que se añade al producto global del año. La segunda se subdivide, a su vez, en la destinada a reponer el capital variable *v* desembolsado y en el remanente que queda, el cual constituye la plusvalía *p*. Por tanto, el producto global del año de cada uno de los dos sectores se descompone, al igual que el valor de cada mercancía por separado, en $c + v + p$.

La parte de valor *c* que representa el capital constante *consumido* en la producción no coincide con el valor del capital constante *empleado* en la producción. Los materiales de producción se consumen en su totalidad y, por tanto, su valor se transfiere íntegro al producto. Pero el capital *fijo* invertido en la producción sólo se consume parcialmente en ella, por cuya razón se transfiere parcialmente al producto. Una parte del capital fijo, de las máquinas, de los edificios, etc., sigue existiendo y funcionando, aunque con un valor disminuido por el desgaste anual. Esta parte del capital fijo que sigue funcionando no existe para nosotros, cuando examinarnos el valor del producto. Constituye una parte del valor–capital, distinta e independiente de este valor–mercancías nuevamente producido y existente al lado de él. Ya hemos tenido ocasión de ver esto al examinar el valor del producto de un capital por separado (libro I, cap. VI, pp. 162–3). Sin embargo, aquí debemos prescindir por el momento, del punto de vista que allí adoptábamos. Al examinar el valor del producto de un capital por separado, veíamos que el valor sustraído al capital fijo por el desgaste se transfiere al producto–mercancías que durante el período de desgaste se crea, lo mismo si una parte de este capital fijo se repone en especie durante este tiempo a base de este valor transferido que si no se opera semejante reposición. En cambio, aquí, al examinar el producto global de la sociedad y su valor, nos vernos obligados a prescindir, de momento al menos, de la parte de valor transferida en el transcurso del año al producto anual por el desgaste del capital fijo, siempre que este capital fijo no se reponga nuevamente en especie dentro del mismo año. Más adelante, en otro apartado de este mismo capítulo, examinaremos este punto por separado.

Partiremos, para proceder a nuestra investigación de la reproducción simple, del siguiente esquema, en el que *c* = capital constante, *v* = capital variable y *p* = plusvalía, dando por sentada como cuota de valorización *p/v* la del 100 por 100. Las cifras pueden expresar, indiferentemente millones de marcos, de francos o de libras esterlinas.

I. *Producción de medios de producción:*

Capital.	4,000	*c*	+	1,000	*v*	=				5,000
Producto–mercancías.	4,000	*c*	+	1,000	*v*	+	1,000	*p*	=	6,000,

existentes en medios de producción,

II. *Producción de medios de consumo*:

Capital.	2,000	*c*	+	500	*v*	=	2,500			
Producto–mercancías.	2,000	*c*	+	500	*v*	+	500	*p*	=	3,000,

existentes en medios de consumo.

Resumiendo, producto–mercancías anual, en su totalidad:

I.	4,000	*c*	+	1,000	*v*	+	1,000	*p*	=	6,000	medios de producción.
II.	2,000	*c*	+	500	*v*	+	500	*p*	=	3,000	medios de consumo.

Valor total = 9,000, prescindiendo, según la hipótesis antes establecida, del capital fijo que sigue funcionando bajo su forma natural.

Si investigamos la circulación necesaria que se opera a base de la reproducción simple, en la que, por tanto, se consume improductivamente toda la plusvalía, dejando a un lado por el momento la circulación de dinero a través de la cual se realiza, nos encontraremos desde el primer momento con los tres grandes puntos de apoyo siguientes:

1. Los 500 *v*, salarios de los obreros, y los 500 *p*, plusvalía de los capitalistas del sector II, deberán invertirse en medios de consumo. Pero su valor existe en los medios de consumo por valor de 1,000 que, en manos de los capitalistas del sector II, reponen los 500 desembolsados y representan los 500 *p*. Por tanto, el salario y la plusvalía del sector II se cambian, dentro de este mismo sector, por productos de II. Con lo cual desaparecen del producto global (500 *v* + 500 *p*) II = 1,000 en medios de consumo.

2. Los 1,000 *v* + 1,000 *p* del sector I deben invertirse asimismo en medios de consumo, es decir, en productos del sector II. Deben cambiarse, pues, por el capital constante 2,000 *c* restante todavía de este producto e igual en cuanto a su importe. A cambio, entra en el sector II una cantidad igual de medios de producción, producto de I, en los que se materializa el valor de los 1,000 *v* + 1,000 *p* de I. Con ello desaparecen de la cuenta 2,000 II *c* y (1,000 *c* + 1,000 *p*) I.

3. Quedan todavía 4,000 I *c*. Estos consisten en medios de producción que sólo pueden emplearse en el sector I, para reponer su capital constante consumido, y que, por tanto, mediante el cambio mutuo entre los distintos capitalistas de I se agotan exactamente lo mismo que los (500 *v* + 500 *p*) de II mediante el cambio entre obreros y capitalistas, o bien entre los distintos capitalistas de II.

Por el momento, basta con esto para la mejor inteligencia de lo que vamos a exponer.

III. La circulación entre los dos sectores I (*v* + *p*) por II *c*[4]

Comencemos por el gran intercambio entre las dos clases (1,000 *v* + 1,000 *p*) de I: estos valores, que existen en manos de sus productores bajo la forma natural de medios de producción, se cambian por 2,000 II *c*, por valores que existen bajo la forma natural de medios de consumo. La clase capitalista II vuelve a invertir con ello su capital constante = 2,000 de la forma de medios de consumo en la de medios de producción de los medios de consumo, en una forma bajo la cual puede volver a funcionar como factor del proceso de trabajo y de valorización, como valor–capital constante. De otra parte, se realiza de este modo el equivalente de la fuerza de trabajo en I (1,000 I *v*) y la plusvalía de los capitalistas I (1,000 I *p*) en medios de consumo; ambos se convierten de su forma natural de medios de producción en una forma natural en que pueden ser consumidos como renta.

Pero este cambio mutuo se produce a través de una circulación de dinero, que, a la par que sirve de mediador de él, entorpece su comprensión, aunque tiene una importancia decisiva, ya que la parte variable del capital tiene necesariamente que presentarse una y otra vez bajo forma de dinero, como capital–dinero que se convierte de la forma–dinero en fuerza de trabajo. El capital variable, en todas las ramas industriales explotadas simultánea y paralelamente en la periferia de la sociedad, tiene necesariamente que desembolsarse bajo forma de dinero, lo mismo si esas ramas pertenecen al sector I que si forman parte del sector II. El capitalista compra la fuerza de trabajo antes de que entre el proceso de producción, pero sólo la paga, en los plazos convenidos, después de emplearla en la producción de valor de uso. Todo el valor del producto le pertenece a él, incluyendo la parte que sólo representa un equivalente del dinero invertido en pagar la fuerza de trabajo, es decir, la parte del valor del producto que representa el valor del capital variable. Con esta parte de valor, el obrero se adelanta a entregarle el equivalente de su salario. Pero es la reversión de la mercancía a dinero, su venta, la que reintegra al capitalista su capital variable como capital–dinero que puede desembolsar de nuevo para volver a comprar la fuerza de trabajo.

En el sector I el capitalista global ha pagado, por tanto, a los obreros 1,000 libras esterlinas (si digo libras esterlinas es simplemente para indicar que se trata de un valor en *forma de dinero*) = 1,000 *v* por la parte de valor del producto I existente ya como parte *v*, es decir, por la parte de los medios de producción consumidos por ellos. Con estas 1,000 libras esterlinas los obreros compran a los capitalistas de II medios de consumo por el mismo valor, con lo cual convierten en dinero una parte del capital constante II; los capitalistas de II, a su vez, compran con estas 1,000 libras esterlinas, a los capitalistas de I, medios de

producción por valor de 1,000; con ello la parte del capital variable = 1,000 *v*, que existía como parte de su producto bajo la forma natural de medios de producción, vuelve a convertirse para estos últimos en dinero y puede funcionar de nuevo en manos de los capitalistas I como capital–dinero invertido en fuerza de trabajo, o sea, en el elemento más importante del capital productivo. De este modo, refluye a ellos en forma de dinero su capital variable mediante la realización de una parte de su capital–mercancía.

El dinero necesario para cambiar la parte *p* del capital mercancías I por la segunda parte del capital constante II puede adelantarse de diversos modos. Esta circulación envuelve en realidad una masa inmensa de compras y ventas sueltas de los capitales individuales de ambas categorías, pero el dinero debe provenir, bajo una u otra forma, de estos capitalistas, puesto que hemos contado ya con la masa de dinero que los obreros lanzan a la circulación. Puede ocurrir que un capitalista del sector II compre medios de producción a los capitalistas del sector I, movilizando para ello el capital–dinero de que dispone además de su capital productivo o, a la inversa, que un capitalista del sector I compre medios de consumo a los capitalistas del sector II, valiéndose del fondo de dinero destinado a sus gastos personales y no a las necesidades del capital. Siempre será necesario, como ya se ha puesto de manifiesto más arriba en los apartados 1 y 2 de este mismo capítulo, dar por supuesta la existencia en manos del capitalista, junto a su capital productivo, de un cierto fondo de dinero, ya sea para invertirlo como capital, ya para gastarlo como renta. Supongamos –la proporción es en absoluto indiferente para nuestro propósito– que la mitad del dinero se invierta por los capitalistas de II en reponer su capital constante mediante la compra de medios de producción y la otra mitad por los capitalistas I para su consumo, así: el sector II invierte 500 libras esterlinas con las cuales compra a I medios de producción y repone en especie (incluyendo las 1,000 libras esterlinas de más arriba, procedentes de los obreros I) $^3/_4$ de su capital constante; el sector I, con las 500 libras esterlinas así obtenidas, compra medios de consumo al sector II, con lo cual la mitad de la parte de su capital–mercancías consistente en *p* recorre el ciclo de circulación *m–d–m*, es decir, realiza este producto en un fondo de consumo. Mediante este segundo proceso, las 500 libras esterlinas retornan a manos de II como capital–dinero, que estos capitalistas poseen además de su capital productivo. Por otra parte, el sector I anticipa por la mitad de la parte *p* de su capital–mercancías, que tiene todavía en sus manos como producto –antes de su venta–, un desembolso en dinero por valor de 500 libras esterlinas para comprar medios de consumo al sector II. Con las mismas 500 libras esterlinas el sector II compra medios de producción a I, reponiendo con ello en especie todo su capital constante (1,000 + 500 + 500 = 2,000), mientras que el sector I realiza en medios de consumo toda su plusvalía. En conjunto, se habrá operado una circulación de mercancías por valor de 4,000 libras esterlinas con una circulación en dinero de 2,000 libras esterlinas, el doble de ésta, lo cual se explica pura y simplemente porque el producto total del año se representa puesto en circulación de una vez en unas pocas grandes partes alícuotas. Lo importante para nuestro razonamiento es el hecho de que el sector II no vuelve a cambiar bajo la forma de medios de producción solamente su capital constante reproducido en forma de medios de consumo, sino que además refluyen a él las 500 libras esterlinas lanzadas a la circulación para comprar medios de producción; del mismo modo que el sector I no sólo vuelve a encontrarse en posesión, bajo forma de dinero, como capital–dinero, de su capital variable reproducido en forma de medios de producción, con la posibilidad de volver a invertirlo en fuerza de trabajo, sino que además refluyen a él las 500 libras esterlinas anticipadas antes de la venta de la parte de plusvalía de su capital para comprar medios de consumo. Pero refluyen a él no por el desembolso efectuado, sino por la subsiguiente venta de la parte de su producto–mercancías en que se contiene la mitad de su plusvalía.

En ambos casos, no sólo se da la circunstancia de que el capital constante del sector II vuelve a invertirse de la forma de producto en la forma natural de medios de producción indispensable para poder funcionar como capital, a la par que no sólo el capital variable de I se invierte en forma de dinero y la parte de plusvalía de los medios de producción de I en forma consumible, susceptible de ser gastada como renta, sino que además refluyen a II las 500 libras esterlinas de capital–dinero desembolsadas en comprar medios de producción, antes de haber vendido la parte correspondiente del valor del capital constante llamada a compensar ese desembolso y existente bajo la forma de medios de consumo del mismo modo que revierten a I las 500 libras esterlinas desembolsadas por adelantado para comprar medios de consumo. Si a II refluye el dinero desembolsado a cuenta de la parte constante de su producto–mercancías y a I el desembolso a cuenta de una parte de la plusvalía de su producto de la misma clase, ello se debe pura y exclusivamente a que una clase de capitalistas ha lanzado a la circulación 500 libras esterlinas en dinero además del capital constante existente bajo la forma de mercancías II y la otra la misma cantidad de dinero además del capital existente bajo la forma–mercancías I. Acaban pagándose mutua e íntegramente, mediante el intercambio de sus respectivos equivalentes en mercancías. El dinero que lanzan a la circulación por encima del importe de

circulación de sus mercancías, como medio para realizar este cambio de mercancías, refluye a cada uno de ellos nuevamente de la circulación, proporcionalmente a la parte alícuota que a la circulación ha lanzado. Ninguno de ellos se enriquece por este medio ni en un ochavo. II poseía un capital constante = 2,000 en forma de medios de consumo + 500 en dinero; ahora posee 2,000 en medios de producción y 500 en dinero, como antes; y lo mismo I, que posee, al igual que antes, una plusvalía de 1,000 (procedente de mercancías, de medios de producción, convertida ahora en fondo de consumo) + 500 en dinero. Por donde llegamos a la conclusión general de que del dinero que los capitalistas industriales lanzan a la circulación como medio para su propia circulación de mercancías, ya sea a cuenta de la parte constante de valor de la mercancía o de la plusvalía existente en forma de mercancías, cuando se invierta en concepto de renta, refluye a manos de los respectivos capitalistas exactamente la misma cantidad lanzada por ellos a la circulación.

En cuanto a la reversión del capital variable del sector I a la forma dinero, tenemos que este capital empieza existiendo para los capitalistas de I, después de invertirlo en salarios, bajo la forma de las mercancías en que se lo entregan los obreros. Ellos se lo han pagado a éstos bajo forma de dinero, como precio de su fuerza de trabajo. Los capitalistas les han pagado, por tanto, la parte de valor de su producto–mercancías que equivale a este capital variable desembolsado en dinero. Por eso se apropian esta parte del producto–mercancías. Pero la parte de la clase obrera que trabaja para ellos no es compradora de los medios de producción producidos por ella misma, sino de los medios de consumo producidos por II. Por tanto, el capital variable desembolsado en dinero para pagar la fuerza de trabajo no retorna directamente a los capitalistas del sector I. Pasa, mediante las compras de los obreros, a manos de los capitalistas que producen las mercancías necesarias y asequibles a los obreros, es decir, a manos de los capitalistas del sector II, y sólo cuando éstos invierten el dinero en comprar medios de producción retorna el dinero, dando un rodeo, a manos de los capitalistas del sector I.

De donde se deduce que, en la reproducción simple, la suma de valor $c + p$ del capital–mercancías I (y también, por tanto, una parte proporcional del producto global–mercancías I) tiene que ser necesariamente igual al capital constante IIc desglosado también como parte proporcional del producto global–mercancías de la clase II, o sea que I $(v + p)$ = IIc.

IV. *El cambio dentro del sector II.*

Medios de vida necesarios y artículos de lujo

Del valor del producto–mercancías del sector II debemos distinguir ahora, además, las partes $v + p$. Su estudio no guarda la menor relación con el importantísimo problema que aquí nos ocupa, a saber: en qué medida el desdoblamiento del valor de todo producto–mercancías de los capitales individuales en $c + v + p$, aunque se opere a través de diversas formas o modalidades, rige también para el valor del producto global de todo un año. Este problema se resuelve mediante el cambio de I $(v + p)$ por IIc, de una parte, y de otra por la investigación, que reservamos para más tarde, de la reproducción de Ic en el producto–mercancías anual del sector I. Y como II $(v + p)$ existe bajo forma natural de artículos de consumo y el capital variable desembolsado a los obreros como pago de su fuerza de trabajo tiene que ser invertido en su casi totalidad en artículos de consumo, del mismo modo que la parte p del valor de las mercancías, partiendo del supuesto de la reproducción simple, se invierte también, como renta, en artículos de consumo, es evidente (*prima facie* (*27*) que los obreros del sector II vuelven a comprar con el salario recibido de los capitalistas del mismo sector una parte de su propio producto, correspondiente al volumen del valor en dinero que reciben en concepto de salario. De este modo, la clase capitalista II vuelve a convertir en dinero el capital–dinero desembolsado en salarios; es exactamente lo mismo que si hubiese pagado a los obreros con simples contraseñas. Tan pronto como los obreros las hiciesen efectivas mediante la compra de una parte del producto de valor por ellos producido y perteneciente a los capitalistas, estas contraseñas volverían a manos de los mismos capitalistas; la única diferencia consiste en que, tratándose de dinero, las contraseñas no sólo representan el valor, sino que lo poseen en su corporeidad metálica, áurea o argentina. Más adelante tendremos ocasión de investigar a fondo esta clase de reflujo del capital variable desembolsado en forma de dinero por medio del proceso en que la clase obrera actúa como compradora y la clase capitalista como vendedora. Lo que aquí nos interesa es otro punto que conviene examinar, en este reflujo del capital variable a su punto de partida.

La categoría II de la producción anual de mercancías se halla formada por las ramas industriales más diversas, pero todas ellas pueden reducirse –por lo que a sus productos se refiere– a dos grandes categorías:

a) Medios de consumo que se destinan al consumo de la clase obrera y que, en cuanto representan artículos de primera necesidad, forman también parte del consumo de la clase capitalista, aunque con frecuencia difieren en cuanto a la calidad y al valor de los que consumen los obreros. Toda esta categoría podemos agruparla, para la finalidad que aquí perseguimos, bajo la rúbrica de medios de consumo *necesarios*, siendo indiferente para estos efectos el que se trate de productos como el tabaco, que pueden no ser artículos de consumo necesarios desde un punto de vista fisiológico; basta con que se consideren habitualmente como tales.

b) Medios de consumo *de lujo*, que sólo se destinan al consumo de la clase capitalista y que, por tanto, sólo pueden cambiarse por la plusvalía invertida como renta, la cual no corresponde jamás a los obreros. Es evidente que el capital variable invertido en la producción de la clase de artículos de la primera categoría tiene necesariamente que refluir en forma de dinero a la parte de la clase capitalista del sector II (es decir, a los capitalistas II*a*) que producen estos medios de vida necesarios. Lo que hacen es venderlos a sus propios obreros hasta el importe del capital variable que les pagan en concepto de salarios. Este reflujo guarda una relación *directa* con todo este sector *a* de la clase capitalista II, por muy numerosas que sean las transacciones realizadas entre los capitalistas de las diversas ramas industriales interesadas con arreglo a las cuales se distribuye proporcionalmente el capital que refluye. Son procesos circulatorios cuyos medios de circulación suministra directamente el dinero gastado por los obreros. Otra cosa acontece con el sector II*b*. La parte del producto de valor de que aquí se trata, II*b* ($v + p$) reviste íntegramente la forma natural de artículos de lujo, es decir, de artículos sustraídos a las posibilidades de compra de la clase obrera, ni más ni menos que el valor de las mercancías que reviste la forma de medios de producción, I*v*, a pesar de que tanto estos artículos de lujo como aquellos medios de producción son producto de los propios obreros. Por tanto, el reflujo por el que el capital variable desembolsado en este sector retorna a los productores capitalistas bajo forma de dinero no puede ser directo, sino que tiene que operarse indirectamente, lo mismo que en el caso I*b*.

Supongamos, por ejemplo, como arriba, que la proporción, para toda la clase II sea $v = 500$ y $p = 500$, pero, de tal modo que el capital variable y la plusvalía a él correspondiente se dividan del siguiente modo:

Categoría *a*: medios de vida necesarios: $v = 400$; $p = 400$: por tanto, una masa de mercancías en medios necesarios de consumo por valor de $400\,v + 400\,p = 800$, o sea, II*a* ($400\,v + 400\,p$).

Categoría *b*: artículos de lujo por valor de $100\,v + 100\,p = 200$, o sea, II*b* ($100\,v + 100\,p$).

Los obreros de II*b* reciben en dinero, como pago por su fuerza de trabajo 100 : 100 libras esterlinas, supongamos. Con ellas compran a los capitalistas de II*a* medios de consumo por valor de 100. Por tanto, esta clase capitalista comprará por valor de 100 de la mercancía II*b*, con lo cual refluirá a los capitalistas de II*b* su capital variable en forma de dinero.

En la categoría II*a* existen ya 400*v* que se encuentran de nuevo bajo forma de dinero en manos de los capitalistas por efecto del cambio con sus propios obreros; de la parte de su producto que representa la plusvalía se ha cedido además la cuarta parte a los obreros de II*b*, invirtiéndose con ello II*b* (100*v*) en artículos de lujo.

Si ahora partimos del supuesto de que entre los capitalistas II*a* y II*b* se establece la misma división proporcional de la renta gastada y suponemos que las dos inviertan $^3/_5$ en medios de vida necesarios y $^2/_5$ en artículos de lujo, resultará que los capitalistas de la categoría II*a* invierten $^3/_5$ de su renta plusvalía de 400*p*, o sean, 240, en sus propios productos, artículos de primera necesidad, y $^2/_5 = 160$ en artículos de lujo: estos últimos producidos y cambiados dentro de su propio círculo.

Los 160 de artículos de lujo que (II*a*) *p* recibe afluyen a los capitalistas II*a* como sigue: de los (II*a*) 400*p*, 100 se cambiaban, como veíamos, en forma de medios de vida necesarios por el mismo importe de (II*b*), que existen en forma de artículos de lujo, y otros 60 en medios de vida necesarios por (II*b*) 60*p* en artículos de lujo. El cálculo total se reduce, pues, a esta fórmula:

II*a*: 400*v* + 400*p*; II*b*: + 100*p*.

1. 400*v* (*a*) son absorbidos por los obreros II*a*, de cuyo producto (medios de vida necesarios) forman parte; los obreros se los compran a los productores capitalistas de su propio sector. A éstos refluyen, por tanto, 400 libras esterlinas en dinero, el mismo valor capital variable que pagaran a sus obreros en salarios, con las cuales pueden volver a comprar nueva fuerza de trabajo.

2. Una parte de 400*p* (*a*), igual a los 100 *v* (*b*), equivalente, por tanto, a $^1/_4$ de la plusvalía (*a*), se realiza en artículos de lujo, como sigue: los obreros (*b*) reciben de los capitalistas de su sector (*b*) 100 libras

esterlinas en concepto de salarios; compran con ellas $^1/_4$ de *p* (*a*), es decir, mercancías consistentes en artículos de primera necesidad; con este dinero, los capitalistas de *a* compran artículos de lujo por el mismo importe = 100*v* (*b*), es decir, la mitad de la producción total de esta clase de mercancías. De este modo, refluye a los capitalistas *b*, en forma de dinero, su capital variable, lo que les permite comenzar de nuevo su proceso de reproducción mediante una nueva compra de fuerza de trabajo, puesto que el capital constante de toda la clase II se ha repuesto ya íntegramente con el cambio de I (*v* + *p*) por II*c*. Por consiguiente, la fuerza de trabajo de los obreros productores de artículos de lujo sólo puede volver a vender si la parte de su propio producto creada como equivalente de su salario es incorporada a su fondo de consumo por los capitalistas II*a*. (Y otro tanto podemos decir de la venta de la fuerza de trabajo de I, puesto que el II*c* por el que se cambia I (*v* + *p*) se halla formado tanto por artículos de lujo como por medios de vida necesarios y lo que I (*v* + *p*) viene a renovar son los medios de producción de los artículos de lujo y de los artículos de primera necesidad conjuntamente.)

3. Pasamos ahora al cambio entre *a* y *b*, en la medida en que sólo se trata de un cambio realizado entre los capitalistas de ambos sectores. Con lo que queda dicho hemos descartado el capital variable (*400v*) y una parte de la plusvalía (100*p*) de *a* y el capital variable (l00*v*) de *b*. Partíamos, además, del supuesto de que la proporción media de lo gastado por los capitalistas como renta, en ambas clases, eran $^2/_5$ en artículos de lujo y $^3/_5$ en cubrir las atenciones necesarias de la vida. Por tanto, además de los 100 ya gastados en artículos de lujo, corresponde a toda la categoría *a* 60 más para fines de lujo y la cantidad proporcional, o sea, 40, a *b*.

(II*a*) *p* se divide, por consiguiente, en 240 para medios de vida y 160 para artículos de lujo = 240 + 160 = 400*p* (II*a*).

(II*b*) *p* se divide en 60 para medios de vida y 40 para artículos de lujo: 60 + 40 = 100*p* (II*b*). Los últimos 40 los consume esta clase de su propio producto ($^2/_5$ de su plusvalía); los 60 destinados a medios de vida necesarios los obtiene cambiando 60 de su producto excedente por 60*p* (*a*).

Llegamos, pues, si nos fijamos en toda la clase capitalista II (teniendo en cuenta que *v* + *p*, en la categoría *a*, consiste en medios de vida necesarios y en la categoría *b* en artículos de lujo), al siguiente resultado:

II*a* (400*v* + 400*p*) + II*b* (100*v* + 100*p*) = 1,000; realizados así a través del proceso: 500*v* (*a* + *b*) realizados en 400*v* (*a*) y 100*p* (*a*) + 500*p* (*a* + *b*) realizados en 300*p* (*a*) + 100*v* (*b*) + 100*p* (*a*) = 1,000.

Respecto a *a* y *b*, analizando cada una de por sí, llegamos a este resultado:

$$a)\qquad \frac{v}{400v\,(a)} + \frac{p}{240p\,(a) + 100v\,(b) + 60p\,(b)} = 800$$

$$b)\qquad \frac{v}{l00p\,(a)} + \frac{p}{60p\,(a) + 40p\,(b)} = \frac{200}{1000}$$

Si, para simplificar el problema, damos por supuesta la misma proporción entre el capital variable y el constante (aunque no sea necesario, naturalmente, que ocurra así), a 400*v* (*a*) corresponderá un capital constante = 1,600, y a 100*v* (*b*) un capital constante = 400, lo que arrojará para II las dos siguientes categorías *a* y *b*.

II*a*)	1,600*c*	+	400*v*	+	400*p*	=	2,400
II*b*)	400*c*	+	100*v*	+	100*p*	=	600,

o sea, en total:

2,000*c* + 500*v* + 500*p* = 3,000.

Por tanto, de los 2,000 IIc en medios de consumo cambiados por 2,000 I (*v* + *p*) 1,600 se invierten en medios de producción de medios de vida necesarios y 400 en medios de producción de artículos de lujo.

Una parte importante no sólo de los medios de trabajo en sentido estricto, sino también de las materias primas y materiales auxiliares, etc., es igual en ambos sectores. Por lo que se refiere a la inversión de las diversas partes de valor del producto global I (*v* + *p*), esta división es de todo punto indiferente. Tanto los

800 I*v* de más arriba como los 200 I*v* se realizan mediante la inversión del salario en medios de consumo 1,000 II*c*, lo cual quiere decir que el capital–dinero destinado al pago de salarios se distribuye, al refluir, entre los productores capitalistas de I; repone de nuevo, proporcionalmente, en dinero, el capital variable por ellos desembolsado. De otra parte, en lo tocante a la realización de los 1,000 I*p*, los capitalistas sacarán también proporcionalmente (en proporción a la magnitud de su *p*) de toda la segunda mitad de II*c* = 1,000, 600 II*a* y 400 II*b* en medios de consumo, o sean, aquellos que suplen el capital constante de II*a*.

480 ($^3/_5$) de 600*c* (II*a*) y 320 ($^2/_5$) de 400*c* (II*b*) = 800, que reponen el capital constante de II*b*.

120 ($^3/_5$) de 600*c* (II*a*) y 80 ($^2/_5$) de 400*c* (II*b*) = 200. Total = 1,000.

Lo arbitrario, aquí, tanto en I como en II, es la proporción entre el capital variable y el constante y la identidad de esta proporción en I y en II y en las respectivas categorías de estos dos sectores. Esta identidad se da por supuesta simplemente para no complicar el asunto, puesto que la hipótesis de condiciones más complicadas no alteraría para nada los términos del problema ni su solución. El resultado necesario a que se llega, siempre dentro del supuesto de la reproducción simple, es el siguiente:

1. El nuevo producto del valor del trabajo anual (desdoblable en *v* + *p*) creado bajo la forma natural de medios de producción es igual al capital constante *c* del valor del producto creado por la otra parte del producto anual y reproducido en forma de medios de consumo. Si fuese menor que II*c*, II no podría reponer íntegramente su capital constante; si fuese mayor, quedaría un remanente inútil. En ambos casos caería por tierra la premisa de que partimos, o sea, la de la reproducción simple.

2. El producto anual reproducido bajo la forma de medios de consumo, el capital variable *v* desembolsado en forma de dinero, sólo es realizable por quienes lo reciben, por los obreros, siempre y cuando que se trate de obreros productores de artículos de lujo, en aquella parte de los medios de vida necesarios que representa *prima facie* la plusvalía de los productores capitalistas de los mismos; por tanto el *v* invertido en la producción de lujo es igual a la parte de *p* equivalente a su volumen de valor y producida en forma de medios de vida necesarios, razón por la cual tiene que ser necesariamente menor que toda esta *p* –es decir, que (II*a*) *p*– y sólo la realización de aquel *v* en esta parte de *p* hace que refluya a los productores capitalistas de artículos de lujo, en forma de dinero, el capital variable por ellos desembolsado. Es un fenómeno completamente análogo a la realización de I (*v* + *p*) en II*c*; con la diferencia de que en el segundo caso (II*b*) *v* se realiza en una *parte* de (II*a*) *p* igual *a* él en cuanto al volumen de su valor. Estas proporciones dan la pauta cuantitativa en toda división del producto global del año, siempre y cuando que este producto entre realmente en el proceso de la reproducción realizada anualmente por medio de la circulación. I (*v* + *p*) sólo puede realizarse en II*c*, del mismo modo que II*c*, en su función de parte integrante del capital productivo, sólo es renovable mediante esta realización, (II*b*) *v* sólo es realizable en una parte de (II*a*) *p*, y (II*b*) *v* sólo puede influir así bajo su forma de capital–dinero. Y huelga decir que lo que decimos sólo rige en la medida en que todo esto sea realmente un resultado del mismo proceso de reproducción, siempre y cuando que, por ejemplo, los capitalistas de II*b* no obtengan el capital–dinero necesario para *v* en concepto de préstamo de otros. En cambio, las inversiones de las distintas partes del producto anual sólo pueden presentarse cuantitativamente en las mismas proporciones expuestas más arriba cuando la escala y las proporciones del valor de la producción se mantengan estacionarias y estas proporciones rígidas no se alteren por obra del comercio exterior.

Si se dijese, al modo de Adam Smith, que I (*v* + *p*) se reduce a II*c*, *y* II*c* a su vez, a I (*v* + *p*) o, como él suele decir con mayor frecuencia y de un modo aun más absurdo, que I (*v* + *p*) constituyen partes integrantes del precio (o del valor, pues él dice *value in exchange*) (28) de II*c* y éste, a su vez, toda la parte integrante del valor I (*v* + *p*), se podría y debería decir también que (II*b*) *v* se reduce a (II*a*) *p* o (II*a*) *p* a (II*b*) *v*, o que (II*b*) *v* constituye una parte integrante de la plusvalía II*a*, y viceversa, que la plusvalía se reduce de este modo a salario o capital variable y que el capital variable constituye una “parte integrante” de la plusvalía. Este absurdo aparece sostenido, en efecto, por A. Smith en el sentido de que según él el salario se halla determinado por el valor de los medios de vida necesarios y los valores de estas mercancías, a su vez, por el valor del salario (capital variable) y de la plusvalía en ellos contenidos. Tan absorbido se halla por las fracciones en que puede desdoblarse, a base del régimen capitalista, el producto de valor de una jornada de trabajo –a saber, en *v* + *p*–, que pierde de vista ante esto que en el régimen de simple intercambio de mercancías es de todo punto indiferente que los equivalentes existentes bajo una forma natural diversa representen trabajo pagado o no retribuido, ya que su producción cuesta la misma cantidad de trabajo tanto en uno como en otro caso; y pierde de vista asimismo que es también indiferente el que la mercancía de *A* sea un medio de producción y la de *B* un medio de consumo, el que, después de su venta, una mercancía esté destinada a funcionar como parte del capital y la otra, en cambio, a entrar en el fondo de consumo y a ser

absorbida como renta, según Adam Smith. El uso que el comprador individual haga de su mercancía no tiene absolutamente nada que ver con el cambio de mercancías, no tiene nada que ver con la órbita de la circulación ni afecta al valor de la mercancía. Y el problema no cambia en modo alguno porque, al analizar la circulación del producto global de la sociedad durante el año, haya de ser tenido en cuenta el uso concreto a que las mercancías se destinan, el factor consumo de las distintas partes integrantes de aquel producto.

En el cambio más arriba comprobado de (II*b*) *v* por una parte equivalente en valor de (II*a*) *p* y en los otros cambios efectuados entre (II*a*) *p* y (II*b*) *p* no se parte en modo alguno del supuesto de que, ya se trate de los distintos capitalistas de II*a* y II*b* o de sus respectivas colectividades, su plusvalía se divide necesariamente en la misma proporción entre artículos de consumo necesario y artículos de lujo. Puede ocurrir que el uno invierta más en esta clase de consumo y el otro invierta más en aquélla. Sobre la base de la reproducción simple, se parte solamente del supuesto de que se realiza en el fondo de consumo una suma de valor equivalente a toda la plusvalía. Se trazan, pues, los límites. Dentro de cada sector, puede ocurrir que uno invierta más en *a* y que el otro gaste más en *b*; pero estas diferencias pueden compensarse mutuamente, de modo que las clases capitalistas *a* y *b*, tomadas en conjunto, participen en la misma proporción en ambos. Pero las proporciones de valor –la parte proporcional que a cada una le corresponde en el valor total del producto II respecto a las dos clases de productores *a* y *b*–, y, por tanto, una determinada proporción cuantitativa entre las ramas de producción que suministran aquellos productos, son proporciones necesariamente dadas en cada caso concreto. Lo único hipotético es la proporción que figura como ejemplo; si el ejemplo se cambia, esto no altera para nada los términos cualitativos del problema; cambiarán solamente los términos cuantitativos. En cambio, si por cualesquiera circunstancias se operase un cambio real en cuanto a la magnitud proporcional de *a* y *b*, cambiarían también, a tono con ello, las condiciones de la reproducción simple.

Del hecho de que (II*b*) *v* se realiza en una parte equivalente de (II*a*) *p* se sigue que en la proporción en que aumenta la parte de artículos de lujo del producto anual, en que, por tanto, una parte alícuota creciente de la fuerza de trabajo es absorbida por la producción de lujo, en la misma proporción, la reversión del capital variable desembolsado en (II*b*) *v* a capital–dinero que vuelve a funcionar como forma–dinero del capital variable, y con ello la existencia y reproducción de la parte de la clase obrera ocupada en II*b* –su demanda de medios de vida necesarios–, se hallan condicionadas por el despilfarro de la clase capitalista, por la inversión de una parte considerable de su plusvalía en artículos de lujo.

Toda crisis restringe momentáneamente el consumo de artículos de lujo; amortigua, entorpece la reversión de (II*b*) *v* a capital–dinero, sólo deja que se desarrolle parcialmente y lanza así al arroyo a una parte de los obreros productores de artículos de lujo, con lo cual paraliza también y merma el mercado de artículos de primera necesidad. Esto, prescindiendo de los obreros improductivos licenciados simultáneamente y que reciben a cambio de sus servicios una parte de los gastos de lujo de los capitalistas (obreros que son, a su vez, por sí mismos y en la parte correspondiente, artículos de lujo), y que participan también considerablemente en el consumo de medios de vida necesarios, etc. Lo contrario de lo que ocurre en los períodos de prosperidad y sobre todo en las épocas en que florece la especulación, en las que, ya por otras razones, baja el valor relativo del dinero, expresado en mercancías (sin que, por lo demás, se opere una verdadera revolución de precios), en que, por tanto, aumenta el precio de las mercancías, independientemente de su propio valor. En estas épocas, no aumenta solamente el consumo de medios de vida necesarios; la clase obrera (a la que ahora se incorpora activamente todo su ejército de reserva) participa también momentáneamente en el consumo de artículos de lujo normalmente inasequible a ella y además en la clase de los artículos de consumo necesarios, que en otras condiciones sólo son “necesarios” por regla general para la clase capitalista, lo que a su vez provoca un alza de los precios.

Es una pura perogrullada decir que las crisis surgen de la falta de consumo solvente o de consumidores capaces de pagar. El sistema capitalista no conoce ninguna clase de consumo que no sea solvente, si se exceptúan los pobres de misericordia y los “granujas”. El hecho de que las mercancías queden invendibles quiere decir sencillamente que no se encuentran compradores o, lo que tanto vale consumidores solventes para ellas (lo mismo si las mercancías se destinan en última instancia al consumo productivo que si se destinan al consumo individual). Y si se pretende dar a esta perogrullada una apariencia de razonamiento profundo, diciendo que la clase obrera percibe una parte demasiado pequeña de su propio producto y que este mal puede remediarse concediéndole una parte mayor, es decir, haciendo que aumenten sus salarios, cabe observar que las crisis van precedidas siempre, precisamente, de un período de subida general de los salarios, en que la clase obrera obtiene realmente una mayor participación en la parte del producto anual destinada al consumo. En rigor, según los caballeros del santo y “sencillo” (!) sentido común, estos períodos parece que

debieran, por el contrario, alejar la crisis. Esto quiero decir, pues, que la producción capitalista implica condiciones independientes de la buena o la mala voluntad de los hombres, que sólo dejan un margen momentáneo a aquella prosperidad relativa de la clase obrera, que es siempre, además, un pájaro agorero de la crisis.[5]

Hemos visto más arriba cómo la relación proporcional entre la producción de medios de consumo necesarios y la producción de artículos de lujo condiciona la división de II ($v + p$) entre IIa y IIb y también, por tanto, la de IIc entre (IIa) c y (IIb) c. Afecta, pues, hasta la raíz al carácter y a las proporciones cuantitativas de la producción y es un factor determinante esencial de su conformidad en conjunto.

La reproducción simple se dirige intrínsecamente al consumo como fin, aunque la obtención de plusvalía aparezca como el motivo propulsor del capitalista individual; pero en última instancia la plusvalía –cualquiera que su magnitud proporcional sea– tiene aquí como función, exclusivamente, el consumo individual del capitalista.

En la medida en que la reproducción simple es también parte, y la parte más importante, de toda reproducción anual en escala ampliada, este móvil aparece como complemento y contraposición del móvil del enriquecimiento como tal. En realidad, la cosa parece ser más complicada porque los copartícipes (*partners*) en el botín –la plusvalía del capitalista– se prestan como consumidores independientes de él.

V. *Cómo media en los cambios la circulación de dinero*

La circulación entre las distintas clases de productos, tal como queda expuesta, se ha venido desarrollando con arreglo al siguiente esquema:

1. Entre la clase I y la clase II:

$$\begin{array}{lllllll} \text{I.} & 4{,}000c & + & \underline{1{,}000v} & \underline{+ \quad 1{,}000p} & & \\ \text{II.} & & & 2{,}000c\ldots & & + \quad 500v & + \quad 500p. \end{array}$$

Se liquida, pues, la circulación de IIc = 2,000, cambiada por I (1,000v + 1,000p).

Queda en pie todavía –puesto que por el momento dejamos a un lado los 4,000 Ic– la circulación de $v + p$ dentro de la clase II. Ahora II ($v + p$) se dividen entre las categorías IIa y IIb, como sigue:

$$2. \quad \text{II.} \quad 500v + 500p = a \quad (400v + 400p) + b \quad (100v + 100p).$$

Los 400v (a) circulan dentro de su propia subclase: los obreros a quienes se paga con ellos compran, de este modo a sus patronos, los capitalistas IIa, medios de vida necesarios producidos por ellos mismos.

Como los capitalistas de las dos categorías invirtieron $^3/_5$ de su plusvalía en productos de IIa (medios de vida necesarios) $^2/_5$ en productos de IIb (artículos de lujo), nos encontramos con que $^3/_5$ de la plusvalía a, es decir, 240, se gastan dentro de la misma categoría IIa y $^2/_5$ de la plusvalía b (que se produce y existe en forma de artículo de lujo) dentro de la categoría IIb.

Quedan, pues, todavía, para cambiar entre IIa y IIb: por parte de IIa: 160p,

por parte de IIb: 100v + 60p. Las fronteras, aquí, se confunden. Los obreros de IIb compran a IIa, con sus 100 percibidos en concepto de salarios, medios de vida necesarios por valor de 100. Los capitalistas IIb compran también a IIa sus medios de vida necesarios por valor de $^3/_5$ de su plusvalía = 60. Los capitalistas IIa obtienen así el dinero necesario para invertir los $^2/_5$, a que más arriba nos hemos referido, de su plusvalía = 160p en las mercancías de lujo producidas por IIp (100v, que se hallan en manos de los capitalistas IIb como el producto que viene a sustituir a los salarios abonados, y 60p). El esquema de esto es el siguiente:

$$\begin{array}{lllllll} 3. & \text{II}a & (400)\ v & + & (240p) & \underline{+ \quad 150p} & \\ & & & & & 100 + 60p & + \quad (40p), \end{array}$$

donde las partidas puestas entre paréntesis son aquellas que sólo circulan y se gastan dentro de su propia subclase.

El reflujo directo del capital–dinero desembolsado como capital variable, el cual sólo se efectúa con respecto al sector capitalista IIa, que produce medios de vida necesarios, representa solamente una manifestación, modificada por condiciones especiales, de la ley general enunciada más arriba, según la cual el dinero lanzado a la circulación por los productores de mercancías retorna a sus manos, si la circulación de

mercancías se desarrolla de un modo normal. De donde, dicho sea de pasada, se desprende que si detrás del productor de mercancías se halla un capitalista financiero que adelanta al capitalista industrial su capital–dinero (en el sentido más estricto de la palabra, o sea, el valor–capital en forma de dinero), el verdadero punto de reflujo del dinero es el bolsillo del capitalista financiero y no del capitalista industrial. De este modo, aunque el dinero circule más o menos a través de todas las manos, la masa del dinero circulante pertenece al sector del capital–dinero organizado y concentrado en los bancos, etc. El modo como este sector facilita a los capitalistas industriales su capital condiciona el reflujo constante final a él en forma de dinero, aunque este reflujo se opere, a su vez, por medio de la reversión del capital industrial a capital–dinero.

La circulación de mercancías requiere siempre dos cosas: mercancías puestas en circulación y dinero lanzado a ella. "El proceso de circulación no se reduce, como el intercambio directo de productos, al desplazamiento material o cambio de mano de los valores de uso. El dinero no desaparece al quedar eliminado de la serie de metamorfosis de una mercancía, sino que va a posarse sobre el puesto circulatorio que las mercancías dejan vacante", etc. (libro I, cap. III, *p*. 77).

Así, por ejemplo, en la circulación operada entre II*c* y I (*v* + *p*) partíamos del supuesto de que II desembolsaba 500 libras esterlinas en dinero para llevar a cabo esta circulación. Dada la serie infinita de procesos circulatorios en que se descompone la circulación entre grandes grupos sociales de productores, tan pronto actuará como comprador, lanzando, por tanto, dinero a la circulación, uno de este grupo como otro de aquél. Esto obedece, aun prescindiendo de circunstancias individuales, a la diversidad de los períodos de producción y, por tanto, a las distintas rotaciones de los diversos capitales–mercancía. Por consiguiente, II compra con 500 libras esterlinas medios de producción de I por el mismo valor, a la par que I compra a II medios de consumo por 500 libras esterlinas; el dinero refluye, por tanto, a II, el cual no se enriquece en nada con este retorno de su dinero. Lanza a la circulación 500 libras esterlinas en dinero y retira de ella mercancías por el mismo valor; vende luego mercancías por 500 libras esterlinas y retira de la circulación la misma cantidad de valor en dinero, con lo cual las 500 libras esterlinas refluyen a su punto de partida. En realidad, II lanza a la circulación 500 libras esterlinas en dinero y 500 en mercancías = 1,000 libras esterlinas, y retira de ella 500 libras esterlinas en mercancías y 500 en dinero. Para operar los cambios de 500 libras esterlinas en mercancías I y 500 libras en mercancías II, sólo necesita 500 libras esterlinas en dinero; por eso, quien haya desembolsado el dinero para comprar las mercancías ajenas se reintegra en él al vender las propias. Por consiguiente, si I se hubiese adelantado a comprar a II mercancías por valor de 500 libras esterlinas, vendiéndole luego mercancías por el mismo importe, las 500 libras refluirían a I en vez de refluir a II.

En el sector I, el dinero invertido en salarios, es decir, el capital variable desembolsado en forma de dinero, no refluye en esta forma directamente, sino indirectamente, dando un rodeo. En II, por el contrario, las 500 libras esterlinas de salarios refluyen directamente de los obreros a los capitalistas, reflujo directo que se opera siempre que la compra y la venta se repitan entre las mismas personas, turnándose constantemente como compradoras y vendedoras de mercancías. El capitalista del sector II paga la fuerza de trabajo en dinero; de este modo, incorpora la fuerza de trabajo a su capital sólo por medio de este proceso de circulación, que para él no es más que la transformación del capital–dinero en capital productivo, se enfrenta como capitalista industrial al obrero como obrero asalariado. Pero en segunda instancia, el obrero, que hasta ahora era vendedor, tratante en su propia fuerza de trabajo, aparece como comprador, como poseedor de dinero frente al capitalista, que ahora es vendedor de mercancías, con lo cual refluye a éste el dinero invertido por él en salarios. Siempre y cuando que la venta de estas mercancías no implique una estafa, etc., sino que entrañe un cambio de equivalentes en mercancías y dinero, el capitalista no puede enriquecerse por medio de este proceso. No le paga al obrero dos veces, primero en dinero y luego en mercancías; su dinero vuelve a sus manos tan pronto como el obrero lo convierte en sus mercancías.

Pero el capital–dinero transformado en capital variable –y, por tanto, el dinero desembolsado en salarios– desempeña un papel fundamental en la misma circulación de dinero, puesto que –teniendo en cuenta que la clase obrera vive al día, razón por la cual no puede abrir el capitalista industrial crédito a largo plazo– se hace necesario desembolsar simultáneamente en innumerables puntos locales de la sociedad variable a corto plazo, por semanas, etc. –en períodos de tiempo que se repiten con relativa rapidez (cuanto más cortos sean estos períodos menor podrá ser, en términos relativos, la suma global de dinero lanzada de una vez a la circulación por estos canales)–, cualesquiera que sean los distintos períodos de rotación del capital en las diversas ramas industriales. El capital–dinero así desembolsado forma en todo país de producción capitalista una parte proporcional decisiva de la circulación global, tanto más cuanto que el mismo dinero –antes de refluir a su punto de partida– discurre a través de los más diversos canales y funciona como medio de circulación de otro sinnúmero de operaciones.

Fijémonos ahora en la circulación entre I ($v + p$) y IIc desde otro punto de vista.

Los capitalistas de I desembolsan 1,000 libras esterlinas como pago de salarios, con las que los obreros compran a los capitalistas de II medios de vida por valor de 1,000 libras, cantidad que los capitalistas de II invierten, a su vez, en comprar medios de producción a los capitalistas de I. El capital variable de éstos refluye a sus manos en forma de dinero, mientras que los capitalistas de II hacen que la mitad de su capital constante revierta de la forma de capital–mercancías a la de capital productivo. Los capitalistas de II desembolsan otras 500 libras esterlinas en dinero para obtener medios de producción de I; los capitalistas de I invierten el dinero en medios de consumo de II; estas 500 libras esterlinas refluyen, pues, a los capitalistas de II, los cuales las invierten de nuevo para hacer que la última cuarta parte de su capital constante convertido en mercancías revierta a su forma natural productiva. Este dinero refluye de nuevo a I y vuelve a canjearse en II por medios de consumo por el mismo valor; con ello, las 500 libras esterlinas refluyen a II, cuyos capitalistas se encuentran ahora lo mismo que antes en posesión de 500 libras esterlinas en dinero y 500 libras esterlinas en capital constante, con la diferencia de que éste ha abandonado su forma de capital–mercancías para convertirse de nuevo en capital productivo. Con las 1,500 libras esterlinas en dinero se ha puesto en circulación una masa de mercancías de 5,000 libras, en las siguientes fases: *1*) paga a los obreros 1,000 libras esterlinas de fuerza de trabajo por igual valor; *2*) los obreros compran a II medios de vida por valor de 1,000 libras esterlinas; *3*) II compra a I medios de producción por el mismo importe, con lo cual I restaura sus 1,000 libras esterlinas de capital variable en forma de dinero; *4*) II compra a I 500 libras esterlinas de medios de producción; *5*) con estas mismas 500 libras, I compra a II medios de consumo; *6*) II compra a I medios de producción con las mismas 500 libras; *7*) I compra a II medios de vida con las mismas 500 libras, Refluyen a II 500 libras esterlinas lanzadas por él a la circulación además de sus 2,000 libras esterlinas en mercancías, sin sacar ningún equivalente en mercancías de la circulación.[6]

El proceso se desarrolla, pues, del modo siguiente:

1. I paga 1,000 libras esterlinas en dinero por fuerza de trabajo, es decir, por una mercancía = 1,000 libras esterlinas.

2. Los obreros compran a II medios de consumo con sus salarios por valor de 1,000 libras esterlinas, es decir, le compran mercancías = 1,000 libras esterlinas.

3. II compra a I medios de producción por el mismo valor de las 1,000 libras esterlinas puestas en circulación por los obreros = 1,000 libras esterlinas.

Con esto refluyen a I 1,000 libras esterlinas en dinero como forma–dinero del capital variable.

4. II compra a I medios de producción, es decir, mercancías, por valor de 500 libras esterlinas = 500 libras esterlinas.

5. I compra a II medios de consumo, es decir, mercancías, por las mismas 500 libras esterlinas = 500 libras esterlinas.

6. II compra a I medios de producción, es decir, mercancías, por las mismas 500 libras esterlinas = 500 libras esterlinas.

7. I compra a II medios de consumo, es decir, mercancías, por las mismas 500 libras esterlinas = 500 libras esterlinas.

Total de valor–mercancías puesto en circulación: 5,000 libras esterlinas.

Resultado:

1. I posee un capital variable en forma de dinero por valor de 1,000 libras esterlinas, la suma que empezó lanzando a la circulación; ha invertido además 1,000 libras esterlinas para su consumo individual, en su propio producto–mercancías; es decir, ha invertido el dinero (1,000 libias esterlinas) que ingresó por la venta de medios de producción.

De otra parte, la forma natural en que tiene que traducirse el capital variable existente en forma de dinero –es decir, la fuerza de trabajo– se ha mantenido reproducido, por medio del consumo y vuelve a existir como el único artículo comercial de que disponen sus poseedores y que no tienen más remedio que vender si quieren subsistir. Y se reproduce también, por tanto, la relación entre capitalistas y obreros asalariados.

2. El capital constante de II se repone en especie y las 500 libras esterlinas lanzadas a la circulación por el mismo II refluyen a él.

Para los obreros de I, la circulación presenta la fórmula de la circulación simple de

$$D–M–D, \qquad \overset{1}{M} \text{ (fuerza de trabajo)} \qquad \overset{2}{–\,D}$$

3

(1,000 libras esterlinas, forma–dinero del capital variable I) – *M* (medios de vida necesarios por valor de 100 libras esterlinas); estas 1,000 libras esterlinas convierten en dinero por el mismo importe el capital constante II existente en forma de mercancías (medios de vida).

Para los capitalistas de II, el proceso es éste: *M – D*, transformación de una parte de su producto–mercancías en forma de dinero, para luego volver a convertirse en los elementos integrantes del capital productivo, o sea, en una parte de los medios de producción necesarios para ellos.

En el desembolso de *D* (500 libras esterlinas) que los capitalistas de II hacen para comprar las otras partes de los medios de producción, se anticipa la forma–dinero de la parte de II existente aún en forma de mercancías (medios de consumo); en el acto *D–M*, donde II compra con *D* y I vende *M*, el dinero (II) se convierte en una parte del capital productivo, mientras que *M* (I) recorre el acto *M–D*, se convierte en dinero, pero en dinero que no representa una parte del valor–capital para I, sino plusvalía convertida en dinero, destinada a invertirse exclusivamente en medios de consumo.

En la circulación *D–M... P... M'–D'*, el primer acto *D–M* para un capitalista es el último acto *M'–D'* para otro (o parte de él); para los efectos de la circulación de mercancías, es de todo punto indiferente que esta *M* por medio de la cual *D* se convierte en capital productivo represente para el vendedor de *M* (que, por tanto, la convierte en dinero) una parte del capital constante, una parte del capital variable o plusvalía.

La clase I, en lo que se refiere a la parte *v + p*, de su producto–mercancías, saca de la circulación más dinero del que lanza a ella. En primer lugar refluyen a ellas las 1,000 libras esterlinas de capital variable; en segundo lugar, vende (véase *supra*, operación Nº 4) medios de producción por valor de 500 libras esterlinas con lo cual convierte en dinero la mitad de su plusvalía; luego (operación Nº 6) vuelve a vender medios de producción por valor de 500 libras esterlinas, la otra mitad de su plusvalía, con lo cual se sustrae a la circulación en forma de dinero la plusvalía en su totalidad; por tanto, en etapas sucesivas: *1*) capital variable que revierte a dinero = 1,000 libras esterlinas; *2*) la mitad de la plusvalía convertida en dinero = 500 libras esterlinas; *3*) la otra mitad de la plusvalía = 500 libras esterlinas, lo que arroja un total de 1,000*v* + 1,000*p* convertidas en dinero = 2,000 libras esterlinas. Aunque I (prescindiendo de las operaciones que más tarde examinaremos y que sirven de vehículo a la reproducción de I*c* sólo ha lanzado a la circulación 1,000 libras esterlinas, retira de ella el doble. La *p* convertida en dinero (traducida en *D*) desaparece inmediatamente, como es lógico, en otras manos (II), por el hecho de convertirse este dinero en medios de consumo. Los capitalistas de I retiran de la circulación en *dinero* el mismo valor que lanzan a ella en *mercancías*; el hecho de que este valor tenga el carácter de plusvalía, es decir, no cueste nada a los capitalistas, no altera en lo más mínimo el valor de estas mercancías de por sí; es, por tanto, en lo que se refiere al cambio de valor en la circulación de mercancías, absolutamente indiferente. La conversión de la plusvalía en dinero tiende, naturalmente, a desaparecer, como todas las demás formas que recorre el capital desembolsado en sus cambios. Dura exactamente lo que dura el intervalo entre la transformación de la mercancía I en dinero y la subsiguiente transformación del dinero I en mercancía II.

Si los períodos de rotación fuesen más cortos –o, desde el punto de vista de la circulación simple de mercancías, si la serie de los cambios del dinero circulante fuese más rápida–, haría falta aún menos dinero para poner en circulación los valores de las mercancías cambiadas; la suma –partiendo de un número dado de cambios sucesivos– depende siempre de la suma de precios o suma de valores de las mercancías circulantes. Es de todo punto indiferente, para estos efectos, la proporción que dentro de esta suma de valor representen la plusvalía, de una parte, y de otra el valor–capital.

Si, en nuestro ejemplo, los salarios, en I se pagasen cuatro veces al año, tendríamos 4 X 250 = 1,000. Por tanto, en estas condiciones bastarían 250 libras esterlinas en dinero para la circulación de I*v* –$^1/_2$ II*c* y para la circulación entre el capital variable I*v* y la fuerza de trabajo I. Si la circulación entre I*p* y II*c* se operase en cuatro rotaciones, bastarían también 250 libras esterlinas para ello, o sea, en total, una suma de dinero o un capital–dinero de 500 libras esterlinas para la circulación de mercancías por valor de 5,000 libras esterlinas. En estas condiciones, la plusvalía, en vez de convertirse en dinero por etapas sucesivas de la mitad, se convertiría en dinero por etapas sucesivas de una cuarta parte cada una.

Si en el cambio Nº 4 apareciese como comprador I en vez de II, invirtiendo, por tanto, 500 libras esterlinas en medios de consumo por el mismo valor, en el cambio Nº 5 II compraría, a su vez, medios de producción con la misma cantidad de 500 libras; en 6, I compraría medios de consumo con las mismas 500 libras esterlinas; en 7, aparecería II comprando con las mismas 500 libras esterlinas medios de producción; por donde las 500 libras esterlinas refluyen en último resultado a I, como antes refluían a II. Aquí, la plusvalía se traduce a metálico por medio del dinero que el propio productor capitalista gasta en su consumo privado y que representa renta adelantada, ingreso anticipado de la plusvalía encerrada en la mercancía aún no vendida.

La plusvalía no se convierte en dinero mediante el reflujo de las 500 libras esterlinas, pues además, de las 1,000 libras esterlinas existentes en mercancías de I*v*, al final de la operación Nº 4 I ha lanzado a la circulación 500 libras esterlinas en dinero, cantidad suplementaría y no –por lo que sabemos– producto de la mercancía vendida. Si este dinero refluye a I, éste no hará más que recobrar con ello el dinero suplementario que desembosó, pero no convertirá en dinero su plusvalía. La plusvalía de I sólo se convierte en dinero mediante la venta de las mercancías I*p* en que esa plusvalía se encierra y ese proceso sólo dura el tiempo necesario para que el dinero obtenido por la venta de las mercancías se invierta de nuevo en medios de consumo.

I compra a II, con el dinero suplementario (500 libras esterlinas), medios de consumo; este dinero es invertido por I, el cual recibe como equivalente mercancías de II; el dinero refluye la primera vez cuando II compra a I mercancías por valor de 500 libras esterlinas; refluye, pues, como equivalente de las mercancías vendidas por I, pero estas mercancías no le cuestan a I nada, constituye, pues, plusvalía para él, con lo cual el *dinero lanzado por él mismo a la circulación traduce a metálico su propia plusvalía*. Y lo mismo en la segunda compra (Nº 6), en que I recibe su equivalente en mercancías de II. Suponiendo que II no comprase (Nº 7) medios de producción a I, éste habría pagado en realidad medios de consumo por 1,000 libras esterlinas –habría consumido como renta toda la plusvalía–, o sean, 500 libras en sus mercancías I (medios de producción) y 500 libras en dinero; en cambio, tendría todavía en el almacén mercancías I (medios de producción) por valor de 500 libras y se desharía de 500 libras en dinero.

A cambio de esto, tres cuartas partes del capital constante de II revertirían de nuevo de la forma de capital–mercancías a la forma de capital productivo y la cuarta parte restante a la forma de capital–dinero (500 libras esterlinas), en realidad de dinero inactivo o de dinero que interrumpe su función y se halla en expectativa de ella. Si esta situación se mantuviese durante mucho tiempo, II se vería obligado a reducir en una cuarta parte la escala de la producción. Pero los 500 en medios de producción que aparecen adjudicados a I no representan plusvalía existente en forma de mercancías, sino que ocupan el puesto de las 500 libras desembolsadas en dinero que I poseía además de su plusvalía de 1,000 libras esterlinas en forma de mercancías. Como dinero, presentan una forma susceptible de realización en cada momento; como mercancías, son de momento, invendibles. Lo que está claro es que aquí la reproducción simple –en que todo elemento del capital productivo de II debe reponerse en I– sólo puede realizarse si los 500 pájaros de oro retornan a los nidos de I, de donde levantaron el vuelo.

Cuando un capitalista (y, aquí, sólo tenemos ante nosotros capitalistas industriales, que son a la par representantes de todos los demás) gasta su dinero en medios de consumo, este dinero sigue para él el camino de la tumba. Y sólo puede retornar a sus manos si lo saca de la circulación a cambio de sus mercancías, es decir, de su capital–mercancías. Al igual que el valor de todo su producto–mercancías anual (que es para él = capital–mercancías), el valor de cada uno de los elementos del mismo, es decir, el valor de cada mercancía, puede desdoblarse para él en valor–capital constante, valor–capital variable y plusvalía. La transformación en dinero de cada una de las mercancías (que integran como elementos el producto–mercancías) es, pues, al mismo tiempo, transformación en dinero de una cierta parte alícuota de la plusvalía encerrada en todo el producto–mercancías. Es, por tanto, literalmente exacto, en el caso que damos por supuesto, afirmar que el propio capitalista lanza a la circulación el dinero –al invertirlo en medios de consumo– con que su plusvalía se traduce a metálico o, dicho en otros términos, se realiza. Lo cual no quiere decir, naturalmente, que se trate exactamente de las mismas monedas, sino de una cantidad en dinero contante y sonante igual (o parte igual) a la lanzada por él a la circulación para la satisfacción de sus necesidades personales.

En la práctica, ésto sucede de dos modos: si la empresa sólo empieza a funcionar dentro del año en curso, tendrá que pasar bastante tiempo, en el mejor de los casos algunos meses, antes de que el capitalista pueda sacar de ella el dinero necesario para sus atenciones personales. Pero no por ello puede dejar éstas en suspenso ni siquiera un instante. Lo que hace es adelantar (de su propio bolsillo o del bolsillo ajeno, por medio del crédito: diferencia que no interesa aquí en lo más mínimo) el dinero necesario a cuenta de la plusvalía que pueda obtener, y con él el medio circulante para la realización de la plusvalía que haya de hacerse efectiva más tarde. Por el contrario, si la empresa lleva ya algún tiempo desarrollándose normalmente, los pagos y los ingresos se distribuirán en distintos plazos a lo largo del año. Pero el consumo del capitalista se desarrollará ininterrumpidamente, anticipándose y calculándose en cuanto a su volumen, a base de cierta proporción con los ingresos habituales o proyectados. Con cada porción de mercancía vendida se realiza también una parte de la plusvalía que ha de conseguirse durante el año. Pero si durante todo el año sólo se vendiese la cantidad de mercancía producida necesaria para reponer el capital constante y variable contenido en ella o si los precios bajasen tanto que al vender todo el producto–mercancías anual sólo se

realizase el valor del capital encerrado en él, resaltaría con toda claridad el carácter de anticipo del dinero desembolsado a cuenta de la futura plusvalía. En caso de quiebra de nuestro capitalista, sus acreedores y los tribunales investigarán si sus gastos privados hechos a cuenta de los beneficios que espera percibir guardan proporción con el volumen de su negocio y de la plusvalía normal o usual correspondiente.

En cambio, con relación a la clase capitalista en su conjunto, la tesis de que es ella misma la que tiene que lanzar a la circulación el dinero necesario para la realización de su plusvalía (o bien para la circulación de su capital constante y variable) no sólo no aparece paradójica, sino que se presenta como la condición necesaria de todo el mecanismo. Pues aquí sólo existen dos clases: la clase obrera, que no dispone más que de su fuerza de trabajo, y la clase capitalista, monopolizadora tanto de los medios de producción como de dinero. La paradoja existiría si fuese la clase obrera en primera instancia la que adelantase de sus propios medios el dinero necesario para la realización de la plusvalía contenida en las mercancías. Pero el capitalista individual hace siempre este adelanto actuando bajo la forma de comprador, *desembolsando* dinero para comprar medios de consumo o *adelantando* dinero para adquirir los elementos de su capital productivo, es decir, la fuerza de trabajo y los medios de producción. Se desprende siempre del dinero a cambio de un equivalente. Lanza siempre a la circulación el dinero del modo como lanza sus mercancías. Actúa en ambos casos como punto de partida de su circulación.

Dos circunstancias contribuyen a oscurecer la realidad de este proceso:

1. La aparición del *capital comercial* (cuya primera forma es siempre el dinero, puesto que el comerciante como tal no crea ningún “producto”, ninguna “mercancía”) y del *capital–dinero* como objeto de manipulación de una categoría especial de capitalistas en el proceso de circulación del capital industrial.

2. El desdoblamiento de la plusvalía –que primariamente debe venir a parar siempre a manos del capitalista industrial– en distintas categorías como cuyos representantes aparecen, al lado del capitalista industrial, el terrateniente (respecto a la renta del suelo), el prestamista (respecto a los intereses), etc., y además el gobierno y sus funcionarios, rentistas, etc. Estos caballeros aparecen como compradores con respecto al capitalista industrial y, en cuanto tales, como transformadores en dinero de su plusvalía; en la parte que les corresponde, también ellos lanzan dinero a la circulación y el capitalista industrial lo recibe de sus manos. Ante este fenómeno es fácil olvidar y se olvida constantemente de qué fuente proviene siempre primariamente ese dinero y su constante renovación.

VI. *El capital constante del sector I* [7]

Queda todavía por investigar el capital constante del sector I = 4,000 I*c*. Este valor es igual al de los medios de producción consumidos para producir la masa de mercancías que forman el producto–mercancías I y reaparece en él. Este valor que reaparece y que no se produce en el proceso de producción I, sino que se incorpora a él el año anterior como valor constante, como el valor dado de sus medios de producción, existe ahora en la parte íntegra de la masa de mercancías I, no absorbida por la categoría II; y el valor de esta masa de mercancías que queda así en manos del capitalista es = $^{2}/_{3}$ del valor de todo su producto–mercancías anual. Tratándose de un capitalista individual que produce un medio de producción determinado, podríamos decir: vende su producto–mercancía, lo convierte en dinero. Al convertirlo en dinero, hace revertir también a dinero la parte constante de valor de su producto. Con esta parte de valor convertida en dinero vuelve a comprar luego a otros vendedores de mercancías sus medios de producción o convierte la parte constante de valor de su producto en una forma natural que le permita funcionar de nuevo como capital constante productivo. Pero ahora este supuesto es imposible. La clase capitalista I abarca la totalidad de los capitalistas que producen medios de producción. Además, el producto–mercancías de 4,000 que queda en sus manos es una parte del producto social, el cual no puede cambiarse por ningún otro, pues ya no existe ninguna otra parte del producto anual. Exceptuados estos 4,000, se ha dispuesto ya de todo el resto; una parte es absorbida por el fondo social de consumo y otra parte se destina a reponer el capital constante del sector II, que ha cambiado ya todo el producto de que puede disponer en intercambio con el sector I.

La dificultad se resuelve muy fácilmente si se tiene en cuenta que todo el producto–mercancías I consiste, en cuanto a su forma natural, en medios de producción, es decir, en los elementos materiales del mismo capital constante. Se nos presenta aquí el mismo fenómeno con que nos encontrábamos más arriba, en II, aunque bajo otro aspecto. En II, el producto–mercancías estaba formado en su totalidad por medios de consumo; por consiguiente, una parte del mismo, determinada por los salarios, y la plusvalía contenidos en él, podía ser consumida por sus propios productores. Aquí, en I, el producto–mercancías se compone, en su totalidad, de medios de producción, edificios, maquinaria, envases, materias primas y auxiliares, etc. Una

parte de estos medios de producción, la que repone el capital constante invertido en esta esfera, puede, por tanto, volver a funcionar inmediatamente bajo su propia forma natural, como parte integrante del capital productivo. Si entra en circulación, circula dentro del sector I. En II es consumida en especie una parte del producto–mercancías por sus propios productores individuales; en I, por el contrario, es consumida productivamente por sus productores capitalistas.

En la parte del producto mercancías I = 4,000*c* reaparece el valor–capital constante consumido dentro de esta categoría, y reaparece bajo una forma natural que le permite volver a funcionar inmediatamente como capital constante productivo. En II, la parte del producto–mercancías de 3,000, cuyo valor es igual a los salarios más la plusvalía (= 1,000), entra directamente en el consumo individual de los capitalistas y obreros de II; por el contrario, el valor–capital constante de este producto–mercancías (= 2,000) no vuelve a entrar en el consumo productivo de los capitalistas de II, sino que debe reponerse mediante el intercambio con I.

Al contrario de lo que sucede en I, donde la parte de su producto–mercancías de 6,000, cuyo valor es igual a los salarios más la plusvalía (= 2,000), no entra en el consumo individual de sus productores, ni puede entrar con arreglo a su forma natural. No tiene más remedio que cambiarse previamente con el producto–mercancías de II. La parte constante de valor de este producto = 4,000 presenta, en cambio, una forma natural que –fijándonos en la clase capitalista I en su conjunto– le permite volver a funcionar directamente como su capital constante. Dicho en otros términos: el producto del sector I se halla formado en su totalidad por valores de uso, cuya forma natural –en el régimen de producción capitalista– sólo les permite ser empleados como elementos del capital constante. Por tanto, una tercera parte (2,000) de este producto con un valor de 6,000 repone el capital constante del sector II y los $^{2}/_{3}$ restantes sustituyen el capital constante del sector I.

El capital constante de I se halla formado por una masa de diversos grupos de capital invertidos en las distintas ramas productivas de medios de producción, tanto en la siderurgia, como en minas de carbón, etc. Cada uno de estos grupos de capital o cada uno de estos capitales sociales reunidos en grupos se halla integrado, a su vez, por una masa mayor o menor de capitales individuales que funcionan independiente los unos de los otros. En primer lugar, el capital global de la sociedad, por ejemplo, 7,500 (cifra que puede representar millones, etc.), se divide en diversos grupos de capital; el capital social de 7,500 se desdobla en diversas partes, cada una de las cuales se halla invertida en una rama especial de producción; la parte del capital social invertida en cada rama especial de producción se halla formada, en parte, por lo que a su forma natural se refiere, por los medios de producción propios de cada órbita de producción determinada, y en parte por la fuerza de trabajo necesaria para su explotación y calificada con arreglo a cada industria y modificada, a su vez, de distinto modo según el régimen de división del trabajo correspondiente a cada tipo de trabajo que haya de rendirse en cada órbita de producción. La parte del capital social invertida en cada rama especial de producción se halla formada, a su vez, por la suma de los distintos capitales independientes invertidos en ella. Y esto es aplicable, naturalmente, a los dos sectores, tanto al I como al II.

Refiriéndonos ahora al valor–capital constante que reaparece en I bajo la forma de su producto–mercancías, diremos que éste vuelve a entrar como medio de producción en parte en la órbita especial de producción (o incluso en la empresa individual) de la que ha salido como producto, el trigo, por ejemplo, vuelve a entrar en la producción de trigo, el carbón en la producción de carbón, el hierro, en forma de máquinas en la producción siderúrgica, etc.

Cuando los productos parciales que forman el capital constante de I no vuelven a entrar directamente en su órbita especial o individual de producción, no hacen más que cambiar de lugar. Entran bajo su forma natural en otra órbita de producción del sector I, mientras que el producto de otras ramas de producción del sector I los repone en especie. Se opera un simple cambio mutuo de lugar entre estos productos. Todos ellos vuelven a entrar en el proceso como factores que reponen el capital constante de I, aunque en un grupo distinto de este mismo sector. Cuando media intercambio entre los distintos capitalistas de I es siempre, en estos casos, intercambio de una forma natural de capital constante por otra forma natural de capital constante, de una clase de medios de producción por otras clases de medios de producción. Es un intercambio de las distintas partes de los capitales constantes individuales de I entre sí. Los productos, cuando no funcionan directamente como medios de producción de sus propias ramas de producción, se alejan de sus centros de producción a otros, reponiéndose así mutuamente. Dicho en otros términos (lo mismo que hacíamos en II con respecto a la plusvalía): cada capitalista de I saca de la masa de mercancías los medios de producción correspondientes que necesita, con arreglo a la proporción en que es copropietario de este capital constante de 4,000. Si la producción fuese social en vez de ser capitalista es evidente que estos productos del sector I se distribuirían tan continuamente como ahora para fines de reproducción entre las ramas de producción de este sector, como medios de producción; una parte permanecería directamente en la órbita de producción que los

produce y otra parte emigraría a otras esferas de producción, estableciéndose un desplazamiento constante y recíproco entre los productos de las distintas órbitas de producción de este sector.

VII. *El capital variable y la plusvalía, en ambos sectores*

El valor total de los medios de consumo producidos anualmente es igual, por tanto, al capital variable II reproducido durante el año más la plusvalía de II nuevamente producida (es decir, igual al valor producido en II durante el año) más el capital variable de I reproducido durante el año y la plusvalía de I nuevamente producida (por consiguiente, más el valor producido en I durante el año).

Siempre partiendo del supuesto de la reproducción simple, el valor total de los medios de consumo producidos anualmente es igual, por tanto, al producto de valor anual, es decir, igual al valor total producido por el trabajo social durante el año, y no tiene más remedio que ser así, puesto que en la reproducción simple se consume todo este valor.

La jornada total de trabajo de la sociedad se divide en dos partes: *1*) trabajo necesario, que crea al cabo del año un valor de 1,500*v*; *2*) trabajo excedente, que crea un valor adicional o plusvalía de 1,500*p*. La suma de estos valores = 3,000 equivale al valor de los medios de consumo de 3,000 producidos durante el año. El valor total de los medios de consumo producidos durante el año es igual, por tanto, al valor total producido al cabo del año por la jornada total de trabajo de la sociedad, o sea, igual al valor del capital social variable más la plusvalía social, igual al nuevo producto total producido durante el año.

Pero sabemos que aunque estas dos magnitudes de valor coincidan, no por ello se puede pensar que el valor total de las mercancías de II, de los medios de consumo, se produce precisamente en este sector de la producción social. Coinciden porque el valor–capital constante que reaparece en II es igual al valor (capital variable más plusvalía) nuevamente producido en I; porque, por tanto, I$v + p$ puede comprar la parte del producto de II que representa para sus productores (en el sector II) valor–capital constante. He aquí por qué, aunque para los capitalistas de II el valor de su producto se descompone en $c + v + p$, desde un punto de vista social el valor de este producto se desdobla en $v + p$. Acontece así, en efecto, simplemente porque IIc es igual aquí a I ($v + p$) y porque estas dos partes integrantes del producto social pueden cambiar entre sí, mediante su intercambio, sus formas naturales, lo que permite que después de esta operación IIc reaparezca bajo la forma de medios de producción y I ($v + p$) bajo la forma de medios de consumo.

Esta es la razón que lleva a Adam Smith a afirmar que el valor del producto anual se descompone en $v + p$. Pero esto, en primer lugar, sólo rige para la parte del producto anual consistente en medios de consumo, y en segundo lugar no rige en el sentido de que este valor total se produzca en II y de que su valor–producto sea, por tanto, igual al capital variable desembolsado en II más la plusvalía producida en II, sino solamente en el sentido de que II, ($c + v + p$) = II ($v + p$) + I ($v + p$) o porque IIc = I ($v + p$).

De lo dicho se desprende, además, lo que sigue:

Aunque la jornada social de trabajo (es decir, el trabajo desplegado durante el año por toda la clase obrera), lo mismo que cualquier jornada de trabajo individual, sólo consta de dos partes, o sea, del trabajo necesario más el trabajo sobrante; aunque, por tanto, el valor producido por esta jornada de trabajo sólo se descompone asimismo en dos partes, en el valor–capital variable, es decir, en la parte de valor con que el obrero compra sus propios medios de reproducción, y en la plusvalía, que el capitalista puede invertir en su propio consumo individual, visto el problema en un plano social nos encontramos con que una parte de la jornada social de trabajo se destina exclusivamente a la *producción de capital constante nuevo*, o sea, de productos destinados exclusivamente a funcionar en el proceso de trabajo como medios de producción y, por tanto, como capital constante en el proceso de valorización que le acompaña. Según el supuesto de que partimos, la jornada social de trabajo representa en total un valor en dinero de 3,000, de los cuales solamente $^1/_3$ = 1,000 se producen en el sector II, que produce medios de consumo, es decir, mercancías en las que se realizan en último resultado todo el capital variable y toda la plusvalía de la sociedad. Por consiguiente, según este supuesto, $^2/_3$ de la jornada social de trabajo se dedican a la producción de nuevo capital constante. Aunque, desde el punto de vista de los capitalistas y obreros individuales del sector I, estos $^2/_3$ de la jornada social de trabajo se destinen exclusivamente a la producción de capital variable más la plusvalía, exactamente igual que el último tercio de la jornada social de trabajo en el sector II, considerados desde un punto de vista social –y también en cuanto al valor de uso del producto–, estos $^2/_3$ de la jornada de trabajo de la sociedad sólo sirven para reponer el capital constante absorbido por el proceso de consumo productivo. Y aunque los consideremos individualmente, estos $^2/_3$ de la jornada de trabajo, si bien producen un valor total igual

solamente al capital variable más la plusvalía para su productor, no producen valores de uso en que puedan invertirse los salarios o la plusvalía; su producto es, exclusivamente, un medio de producción.

En primer lugar, debe advertirse que ninguna parte de la jornada social de trabajo, ni en I ni en II, sirve para producir el valor del capital constante empleado en estas dos grandes órbitas de producción y puesto a funcionar en ellas. Estas esferas sólo producen valor adicional, 2,000 I ($v + p$) + 1,000 II ($v + p$), valor adicional al capital constante = 4,000 I + 2,000 IIc. El nuevo valor producido bajo la forma de medios de producción no es todavía capital constante. Su destino es, simplemente, funcionar en el futuro como tal.

El producto total de II –los medios de consumo– es, en cuanto a su valor de uso, un producto concreto, con una forma natural determinada, producto de la tercera parte de la jornada social de trabajo rendida por II, producto de una serie de trabajos prestados dentro de este sector y que revisten una forma concreta: del trabajo del tejedor, del panadero, etc., y que funcionan como el elemento subjetivo del proceso de trabajo. En cambio, la parte del valor constante de este producto II se limita a reaparecer en un nuevo valor de uso, bajo una nueva forma natural, bajo la forma de medios de consumo, mientras que antes se presenta bajo la de medios de producción. El proceso de trabajo transfiere su valor de su forma natural antigua a una forma natural nueva. Pero el *valor* de estos $^2/_3$ del valor del producto = 2,000 no ha sido producido en el proceso de valorización II del año actual.

Y del mismo modo que, considerado desde el punto de vista del proceso de trabajo, el producto de II es el fruto de trabajo vivo en nuevo proceso de funcionamiento y, frente a él, medio de producción presupuesto en el que se realiza como en sus condiciones objetivadas, desde el punto de vista del proceso de valorización el valor del producto de II = 3,000 se halla integrado por el valor nuevo que produce la tercera parte de la jornada social de trabajo añadida (500v + 500p = 1,000) y por un valor constante en el que se materializan $^2/_3$ de una jornada social de trabajo pretérita, desarrollada con anterioridad al proceso de producción de II que aquí examinamos. Esta parte de valor del producto de II toma cuerpo en una parte del producto mismo. Existe en una cantidad de medios de consumo por valor de 2,000 = $^2/_3$ de una jornada social de trabajo. Es ésta la nueva forma útil bajo la que reaparece.

El intercambio de una parte de los medios de consumo = 2,000 IIc por medios de producción de I = (1,000v + 1,000p) es, por tanto, en realidad, intercambio de $^2/_3$ de la jornada total de trabajo, que no forman parte del trabajo de este año, sino que se han efectuado con anterioridad, por $^2/_3$ de la jornada de trabajo de este año, añadidos en el año actual. Los $^2/_3$ de la jornada social de trabajo de este año no podrían emplearse en la producción de capital constante y crear al mismo tiempo capital variable más plusvalía para sus propios productores si no pudiesen cambiarse por una parte de valor de los medios de consumo anualmente consumidos, en la que se contiene $^2/_3$ de una jornada social de trabajo invertida y realizada antes del año actual y no dentro del mismo. Se trata del cambio de $^2/_3$ de jornada social de trabajo de este año por $^2/_3$ de jornada social de trabajo invertida antes de este año, del cambio de tiempo de trabajo de este año por tiempo de trabajo del año anterior. Esto es lo que explica el enigma de por qué el producto del valor de toda la jornada social de trabajo puede descomponerse en el capital variable más la plusvalía, a pesar de que $^2/_3$ de esta jornada de trabajo no se han invertido en la producción de artículos en que pueda realizarse el capital variable o la plusvalía, sino en la producción de medios de producción destinados a reponer el capital invertido durante el año. El enigma se explica sencillamente por el hecho de que $^2/_3$ del valor del producto de II, en que los capitalistas y obreros de I realizan el capital variable producido por ellos más la plusvalía (y que representan $^2/_9$ de todo el valor del producto anual) son en cuanto al valor el producto de $^2/_3$ de una jornada social de trabajo rendida antes del año actual.

La suma del producto social de I y II, de los medios de producción y los medios de consumo, es, considerada en cuanto a su valor de uso, en su aspecto concreto, por su forma natural, el producto del trabajo de este año, pero sólo en la medida en que este trabajo mismo se considere como un trabajo útil, concreto y no como inversión pura y simple de fuerza de trabajo, como trabajo creador de valor. Y aun lo primero sólo en el sentido de que los medios de producción se hayan transformado en un nuevo producto, en el producto de este año, gracias solamente al trabajo vivo incorporado a ellos, al trabajo que los pone en acción. De otro modo, no habría podido tampoco transformarse en producto el trabajo del año actual sin medios de producción independientes de él, sin medios de trabajo y materiales de producción.

VIII. *El capital constante en ambos sectores*

El análisis del valor total del producto de 9,000 y de las categorías en que se descompone no ofrece mayor dificultad que el del valor del producto de un capital individual, sino que es más bien idéntico a él.

En el producto total anual de la sociedad se contienen aquí tres jornadas sociales de trabajo de un año. La expresión de valor de valor de cada una de estas tres jornadas sociales de trabajo es = 3,000; por tanto, la expresión de valor del producto total = 3 X 3,000 = 9,000.

Además, en este período de trabajo, el proceso de producción de un año, cuyo producto analizamos, ha ido *precedido*: en el sector I por $^4/_3$ de jornada de trabajo (producto de valor = 4,000) y en el sector II por $^2/_3$ de jornada de trabajo (producto de valor = 2,000). En total, 2 jornadas sociales de trabajo, cuyo producto de valor = 6,000. Por tanto, figuran aquí 4,000 I*c* + 2,000 II*c* = 6,000 como el valor de los medios de producción o capital constante que reaparecen en el valor total del producto de la sociedad.

De la jornada actual de trabajo nuevamente añadida tenemos además que, en el sector I, $^1/_3$ es trabajo necesario o trabajo que repone el valor del capital variable 1,000 I*v* y que cubre el precio del trabajo invertido en I. Asimismo, en II tenemos que $^1/_6$ de la jornada social de trabajo es trabajo necesario con un valor de 500. Por tanto, 1,000 I*v* + 500 II*v* = 1,500*v*, expresión de valor de media jornada social de trabajo, es la expresión de valor de la primera mitad de la jornada total de trabajo añadida en este año y formada por trabajo necesario.

Finalmente, en I tenemos que $^1/^3$ de la jornada total de trabajo, producto de valor = 1,000, representa trabajo sobrante, y en II $^1/_6$ de la jornada de trabajo, producto de valor = 500, representa trabajo sobrante también; y estas dos fracciones juntas forman la otra mitad de la jornada total de trabajo añadida. Por tanto, la plusvalía total producida = 1,000 I*p* + 500 II*p* = 1,500*p*.

Por consiguiente:

Parte constante del capital del valor social del producto (*c*):

2 jornadas de trabajo invertidas antes del proceso de producción, expresión de valor = 6,000.

Trabajo necesario invertido durante el año (*v*):

Media jornada de trabajo invertida en la producción anual, expresión de valor = 1,500.

Trabajo sobrante invertido durante el año (*p*).

Media jornada de trabajo invertida durante la producción anual, expresión de valor = 1,500.

Producto de valor del trabajo anual (*v* + *p*) = 3,000.

Valor total del producto (*c* + *v* + *p*) = 9,000.

La dificultad no estriba, por tanto, en el análisis del mismo valor social del producto, sino que surge cuando se compraran los elementos de *valor* de producto social con sus elementos *materiales.*

La parte del valor constante que se limita a reaparecer es igual al valor de la parte de este producto formada por *medios de consumo* y se halla materializada en ella.

Pero prescindiendo de excepciones indiferentes para estos efectos, los medios de producción y los medios de consumo son clases totalmente distinta de mercancías, productos de forma natural o útil completamente distinta y, por tanto, productos de modalidades de trabajo concretas totalmente diferentes. El trabajo que produce medios de vida mediante el empleo de máquinas difiere totalmente del trabajo que produce maquinaria. La jornada total de trabajo anual de la sociedad cuya expresión de valor = 3,000 parece invertida en la producción de medios de consumo = 3,000, en los que no reaparece ninguna parte de valor constante, puesto que estos 3,000 = 1,500*v* + 1,500*p* sólo se descomponen en capital variable + plusvalía. Por otra parte, el capital constante = 6,000 reaparece en una clase de productos completamente distinta de los medios de producción, ya que no parece invertirse en la producción de estos nuevos productos ninguna parte de la jornada social de trabajo; esta jornada social de trabajo parece invertirse más bien exclusivamente en clases de trabajo que no se traducen en medios de producción, sino en medios de consumo. El misterio está ya aclarado. El producto de valor del trabajo anual es igual al valor del producto del sector II, igual al valor total de los medios de consumo nuevamente producidos. Pero este valor del producto es $^2/_3$ mayor que la parte del trabajo anual invertida dentro de la producción de medios de consumo (sector II). En su producción sólo se invierte $^1/_3$ del trabajo anual. $^2/_3$ de este trabajo anual se invierten en producir medios de producción, es decir, en el sector I. El producto del valor creado durante este tiempo en I, igual al capital variable más la plusvalía producida en I, es igual al capital constante que reaparece en II bajo la forma de medios de consumo. Pueden, por tanto, cambiarse mutuamente y reponerse en especie. El valor total de los medios de consumo de II es igual, por consiguiente, a la suma del nuevo producto de valor de I + II o II (*c* + *v* + *p*) = I (*v* + *p*) + II (*v* + *p*), es decir, igual a la suma del nuevo valor producido por el trabajo anual bajo forma de *v* + *p*.

Por otra parte, el valor total de los medios de producción I es igual a la suma del capital constante que reaparece bajo la forma de medios de producción I y de medios de consumo II, es decir, igual a la suma del capital constante que reaparece en el producto total de la sociedad. Este valor total es igual a la expresión

de valor de $^4/_3$ de jornadas de trabajo anteriores al proceso de producción de I y a $^2/_3$ anteriores al proceso de producción de II, lo que hace un total de dos jornadas globales de trabajo.

La dificultad, en el producto anual de la sociedad, proviene, por tanto, del hecho de que la parte de valor constante toma parte en una clase de productos –los medios de producción– completamente distinta que aquellos en que se traduce el nuevo valor $v + p$ incorporado a esta parte constante de valor, o sean, los medios de consumo. De aquí la apariencia de que $^2/_3$ de la masa de productos absorbida reaparecen bajo una nueva forma, como producto nuevo, sin que se haya empleado en su producción ningún trabajo de la sociedad. Esta apariencia no se da en los capitales individuales. Cada capitalista individual emplea una determinada clase concreta de trabajo que convierte en un producto los medios de producción característicos de ella. Supongamos, por ejemplo, que se trate de un capitalista constructor de maquinaria, que el capital constante empleado durante el año = 6,000*c* el variable = 1,500*v*, la plusvalía = 1,500*p* y el producto = 9,000, admitiendo que el producto sean 18 máquinas, cada una de las cuales = 500. Aquí, todo el producto reviste la misma forma, o sea, la forma de maquinaria. (Si el capitalista produce varias clases de máquinas, cada una de ellas se tiene en cuenta de por sí para los cálculos). Todo el producto–mercancías es producto del trabajo invertido durante el año en construcción de maquinaria, combinación de la misma modalidad de trabajo concreto con los mismos medios de producción. Las diversas partes del valor del producto aparecen, por tanto, bajo la misma forma natural: 12 máquinas encierran 6,000*c*, 3 máquinas 1,500*v*, 3 máquinas 1,500*p*. Aquí, es evidente que el valor de las 12 máquinas = 6,000*c*, no porque en estas 12 máquinas se materialice simplemente el trabajo anterior a la construcción de maquinaria y no el trabajo invertido en ellas. El valor de los medios de producción para 18 máquinas no se ha transformado por sí mismo en 12 máquinas, pero el valor de estas 12 máquinas (formado a su vez por 4,000*c* + 1,000*v* + 1,000*p*) es igual al valor total del capital constante contenido en las 18 máquinas. Por consiguiente, el capitalista constructor de maquinaria tendrá que vender 12 máquinas de las 18 para poder reponer el capital constante que necesita invertir para reponer las 18 máquinas nuevas. En cambio, la cosa sería inexplicable si, a pesar de que el trabajo invertido es exclusivamente de construcción de maquinaria, diese como resultado, por una parte, 6 máquinas = 1,500*v* + 1,500*p* y, por otra, hierro, cobre, tornillos, correas, etc., por valor de 6,000*c*, es decir, los medios de producción de las máquinas en su forma natural, medios de producción que, como es sabido, no produce directamente el capitalista individual constructor de máquinas, sino que tiene que reponerlos a través del proceso de circulación. Y sin embargo, a primera vista parece como si la reproducción del producto anual de la sociedad se efectuase de este modo tan absurdo.

El producto del capital individual, es decir, de un fragmento cualquiera del capital social que funciona independientemente y dotado de vida propia, puede presentar una forma natural cualquiera. La única condición es que tenga realmente una forma útil, un valor de uso que haga de él, un miembro del mundo de las mercancías susceptibles de circulación. Es de todo punto indiferente y fortuito el que pueda volver a entrar o no como medio de producción en el mismo proceso de producción del que salió como producto y, por tanto, el que la parte de su valor de producto que representa el capital constante posea o no una forma natural que le permita volver a actuar realmente como capital constante. En el segundo caso, esta parte del valor del producto volverá a revestir mediante su venta y su compra la forma de sus elementos materiales de producción, reproduciendo así el capital constante en su forma natural apta para funcionar.

Otra cosa acontece con el producto de la totalidad del capital social. Todos los elementos materiales de la reproducción deben constituir, en su forma natural, partes de este producto. La parte del capital constante consumida sólo puede ser repuesta por la producción global siempre y cuando que en el producto reaparezca toda la parte del capital constante que debe reaparecer bajo la forma natural de nuevos medios de producción, apto realmente para funcionar como capital constante. Por tanto, partiendo del supuesto de la reproducción simple, el valor de la parte del producto consistente en medios de producción, deberá ser igual a la parte constante del valor del capital social.

Además, considerado el problema en un plano individual, el capitalista sólo produce en su valor del producto, mediante el nuevo trabajo incorporado, su capital variable más la plusvalía, mientras que la parte de valor constante se transfiere al producto mediante el carácter concreto del nuevo trabajo incorporado.

Desde un punto de vista social, la parte de la jornada de trabajo social que produce medios de producción y que, por tanto, incorpora a ellos valor nuevo a la par que les transfiere el valor de los medios de producción consumidos para producirlos, sólo produce nuevo *capital constante*, destinado a reponer el capital constante consumido bajo la forma de los antiguos medios de producción, lo mismo en I que en II. Sólo crea producto destinado a ser absorbido por el consumo productivo. El valor total de este producto es, por tanto, valor que sólo puede funcionar de nuevo como capital constante, con el que sólo puede volverse a comprar

capital constante bajo su forma natural y que, por consiguiente, desde un punto de vista social no se descompone en capital variable ni en plusvalía. De otro lado, la parte de la jornada de trabajo social que produce medios de consumo no produce ninguna parte del capital social de reposición. Sólo crea productos destinados bajo la forma natural a realizar el valor del capital variable y de la plusvalía en I y en II.

Cuando se habla del punto de vista social y, por tanto, se considera la totalidad de la producción social que incluye tanto la reproducción del capital social como el consumo individual, no debe caerse en el método que Proudhon copia de la economía burguesa, viendo el problema como si una sociedad basada en el régimen capitalista de producción perdiese, al ser enfocada en bloque, como totalidad, este carácter económico, específico e histórico. Por el contrario, en este caso, nos enfrentamos con el capitalista colectivo. Es como si el capital total de la sociedad fuese el capital de una gran sociedad por acciones formada por todos los capitalistas individuales. En esta sociedad por acciones ocurre, como en tantas otras, que todo accionista sabe lo que mete en ella, pero *no* lo que ha de sacar.

IX. *Ojeada retrospectiva a Adam Smith, Storch y Ramsay*

El valor global del producto social asciende a 9,000 = 6,000*c* + 1,*500v* + 1,500*p;* dicho en otros términos: 6,000 reproducen el valor de los medios de producción y 3,000 el valor de los medios de consumo. El valor de la renta social (*v* + *p*) sólo representa, pues, $^1/_3$ del valor del producto total y sólo por valor de este tercio puede la totalidad de los consumidores, tanto obreros como capitalistas, sustraer mercancías, productos, al producto global de la sociedad para incorporarlos a su fondo de consumo. En cambio, 6,000 = $^2/_3$ del valor del producto representan el valor del capital constante que debe reponerse en especie. Por tanto, deberán volver a incorporarse al fondo de producción medios de producción por este valor. Storch sienta esto como necesario, aunque sin poder demostrarlo: “Es evidente que el valor del producto anual se divide en capitales y ganancias y que cada una de estas partes del valor del producto anual sirve para comprar regularmente los productos que la nación necesita, tanto para mantener su capital como para renovar su fondo de consumo... Los productos que forman el *capital* de una nación *no son consumibles”* (Storch, *Considérations sur la nature du revenu nationale*, París, 1824, p. 150).

Sin embargo, Adam Smith establece este fabuloso dogma, que hasta hoy encuentra crédito, no sólo en la forma ya mencionada según la cual todo el valor social del producto se descompone en renta, en salario más plusvalía o, según su expresión, en salario más ganancia (interés), más renta del suelo. Lo establece también en la forma más popular según la cual *los consumidores* tienen, en última instancia (*ultimately*), que pagar a los productores *todo el valor del producto*. Esta tesis es hasta hoy uno de los lugares comunes más acreditados o, mejor dicho, una de las verdades eternas de la llamada ciencia de la economía política. Esta afirmación se ilustra del siguiente y plausible modo: Tomemos un artículo cualquiera, por ejemplo, camisas de lienzo. El fabricante de hilados tiene, ante todo, que pagar al labrador que cultiva el lino el valor íntegro de este producto, incluyendo, por tanto, la simiente, los abonos, el forraje para el ganado, etc., además de la parte de valor que transfiere al producto el capital fijo del labrador, los edificios, los aperos de labranza (ganancia y renta del suelo contenida en el producto), y, finalmente, los gastos de transporte del lino desde su centro de producción hasta la fábrica de hilados. Luego, viene el fabricante de tejidos, el cual deberá resarcir al fabricante no sólo el precio del lino sino también la parte de valor de la maquinaria, de los edificios, etc., en una palabra, del capital fijo, transferida al lino para hilarlo, y además todas las materias auxiliares consumidas durante el proceso de hilados, los salarios de los hilanderos, la plusvalía, etc., y lo mismo el industrial que blanquea el lienzo, el cual deberá resarcir los gastos de transporte del tejido, hasta llegar finalmente al fabricante de camisas, quien deberá abonar el precio íntegro a todos los productores anteriores a él, los cuales le entregan simplemente su materia prima. En sus manos, se produce un nuevo incremento de valor, en parte a través del valor del capital constante consumido para la fabricación de camisas en forma de medios de trabajo, materias auxiliares, etc., y en parte por medio del trabajo invertido en esta fabricación, el cual añade el valor del salario de los obreros camiseros más la plusvalía del fabricante de camisas. Supongamos que el producto terminado cueste, por último, 100 libras esterlinas y que ésta sea la parte que la sociedad invierte en camisas dentro del valor total del producto anual. Los consumidores de camisas pagan las 100 libras esterlinas, es decir, el valor de todos los medios de producción contenidos en las camisas y, además, los salarios más la plusvalía del labrador que produce el lino, del fabricante de hilados, del de tejidos, del industrial que blanquea el lienzo, del fabricante de camisas y de todas las empresas de transporte. Hasta aquí, todo es absolutamente claro y cualquier niño podría verlo. Pero luego sigue diciendo A. Smith: lo mismo acontece con el valor de todas las demás mercancías. En realidad, debiera decir: lo mismo acontece con el

valor *de todos los medios de consumo*, con el valor de la parte del producto social destinada al fondo de consumo, es decir, con la parte del valor del producto social que puede invertirse como renta. Indudablemente, la suma de valor de todas esas mercancías es igual al valor de todos los medios de producción consumidos en ellas (partes del capital constante) más el valor creado por el trabajo nuevo que se les incorpora (salarios más plusvalía). Por consiguiente, la totalidad de los consumidores puede pagar esta suma total de valor porque, si bien el valor de toda mercancía de por sí se compone de $c + v + p$, la suma de valor de todas las mercancías destinadas al fondo de consumo en su totalidad sólo puede, en cuanto al máximum, ser igual a la parte del valor del producto social que se descompone en $v + p$, es decir, igual al valor añadido a los medios de producción preexistentes –al capital constante– por el trabajo desplegado durante el año. En cuanto al capital constante, ya sabemos que puede reponerse, a base de la masa social de productos, de dos modos. En primer lugar, mediante intercambio de los capitalistas de II, que producen medios de consumo, con los capitalistas de I, que producen los necesarios medios de producción. Aquí es donde se encuentra la fuente de la clase según la cual lo que para unos es capital es para otros renta. Pero no es así como ocurre, en realidad. Los 2,000 II, que existen en forma de medios de consumo por un valor de 2,000, constituyen para el sector capitalista II capital constante. No pueden, por tanto, consumirlos directamente, a pesar de tratarse de productos destinados por su forma natural a ser consumidos. De otra parte, 2,000 I ($v + p$) de los productos creados por el sector capitalista y obrero de I representan salarios más plusvalía. Existen bajo la forma natural de medios de producción, de cosas en las que no puede consumirse su propio valor. Tenemos, pues, una suma de valor de 4,000, de los cuales, lo mismo antes que después del cambio, la mitad sólo repone capital constante y la otra mitad sólo constituye renta. Y en segundo lugar, el capital constante del sector I se repone en especie, en parte mediante intercambio entre los capitalistas de I y en parte mediante reposición en especie dentro de cada industria de por sí.

La afirmación de que todo el valor del producto anual debe ser pagado en última instancia por los consumidores sólo sería exacta si se tuviesen en cuenta dos clases de consumidores completamente distintas: los consumidores individuales y los consumidores productivos. Pero el hecho de que una parte del producto deba consumirse *productivamente* no significa sino que *debe funcionar* como capital y no puede ser *consumido como renta*.

Si dividimos el valor del producto total = 9,000 en $6{,}000c + 1{,}500v + 1{,}500p$ y sólo consideramos los 3,000 ($v + p$) en su calidad de renta, parece, por el contrario, que el capital variable desaparece y que el capital, socialmente considerado, se reduce al capital constante. En efecto, lo que primitivamente aparecía como $1{,}500v$ se disuelve en parte de la renta social, en los salarios, que son la renta de la clase obrera, con lo cual se esfuma su carácter de capital. Esta es, en efecto, la conclusión a que llega Ramsay. Según él, el capital, socialmente considerado, sólo consta de capital fijo, pero por capital fijo entiende este autor el capital constante, la masa de valor consistente en medios de producción, ya se trate de medios de trabajo o de material de trabajo, de materias primas, artículos a medio fabricar, materias auxiliares, etc. Ramsay llama al capital variable capital circulante: "El capital circulante consiste exclusivamente en medios de sustento y en otros artículos necesarios adelantados al obrero antes de la elaboración del producto de su trabajo... Sólo el capital fijo, no el circulante, es en sentido estricto fuente de la riqueza nacional... El capital circulante no es una fuerza que actúe directamente en la producción ni constituye tampoco un factor esencial en ésta, sino que es simplemente un expediente impuesto por la lamentable pobreza de la masa del pueblo... Sólo el capital fijo forma, desde el punto de vista nacional, parte integrante de los costos de producción" (Ramsay, *op. cit.*, pp. 23–26 *pass.*). Ramsay define más en detalle el capital fijo, por el que entiende el capital constante, en estos términos: "El tiempo durante el cual una parte del producto de aquel trabajo [o sea, del trabajo empleado en producir una mercancía cualquiera] ha existido como capital fijo, es decir, bajo una forma en la que, aun contribuyendo a la elaboración de una mercancía futura, *no sustenta a ningún obrero*" (p. 59).

He aquí, comprobado una vez más, el daño que ha causado A. Smith al embeber la diferencia entre el capital constante y el variable en la diferencia entre el capital fijo y el circulante. El capital constante de Ramsay se halla formado por los medios de trabajo, su capital circulante por los medios de subsistencia; ambos son mercancías de un valor dado, ninguna de las cuales puede producir una plusvalía.

X. *Capital y renta: capital variable y salarios*[8]

Toda la reproducción anual, el producto íntegro de este año, es producto del trabajo útil del año actual. Pero el valor de este producto global es superior a la parte de valor del mismo en que se materializa el trabajo anual, considerado como la fuerza de trabajo invertida durante este año. El *producto de valor* de este

año, el nuevo valor creado en forma de mercancías durante el mismo, es menor que el *valor del producto*, el valor global de la masa de mercancías producida durante el año entero. La diferencia que resulta si deducimos del valor global del producto anual el valor añadido a él por el trabajo del año corriente, no es un valor realmente reproducido, sino simplemente un valor ya existente que reaparece bajo una nueva modalidad; un valor transferido al producto anual de otro valor preexistente y que, según la duración de los elementos constantes del capital que cooperan al proceso de trabajo social de este año puede ser de fecha anterior o posterior, puede proceder del valor de un medio de producción engendrado el año antes o en una serie de años anteriores. Es, en todo caso, valor transferido de los medios de producción de años anteriores al producto del año en curso.

Volviendo a nuestro esquema, tenemos después del cambio de los elementos hasta ahora examinados entre I y II y dentro del sector II:

I) 4,000*c* + 1,000*v* + 1,000*p* (los últimos 2,000 realizados en medios de consumo II*c*) = 6,000.

II) 2,000*c* (reproducción mediante intercambio con I (*v* + *p*) + 500*v* + 500*p* = 3,000.

Suma total de valor = 9,000.

El valor nuevo producido durante el año sólo se contiene en *v* y *p*. La suma del producto del valor de este año es igual, por tanto, a la suma de *v* + *p* = 2,000 I (*v* + *p*) + 1,000 II (*v* + *p*) = 3,000. Todas las demás partes de valor del valor del producto de este año son solamente valor transferido del valor de anteriores medios de producción consumidos durante la producción anual. Fuera del valor de 3,000, el trabajo del año en curso no produce ningún valor; es todo su producto de valor anual.

Ahora bien, los 2,000 I (*v* + *p*) del sector II reponen, como veíamos, sus 2,000 II*c* bajo la forma natural de medios de producción. Dos terceras partes del trabajo anual invertido en el sector I han producido, pues, de nuevo el capital constante de II, tanto en cuanto a su valor como en cuanto a su forma natural. Por consiguiente, desde el punto de vista social nos encontramos con que dos terceras partes del trabajo invertido durante el año han reproducido el capital constante, realizado en la forma natural correspondiente al sector II. La mayor parte del trabajo social del año se ha invertido, pues, en la producción de nuevo capital constante (en capital existente bajo la forma de medios de producción) destinado a reponer el capital constante empleado en la producción de medios de consumo. Lo que aquí distingue a la sociedad capitalista de los salvajes no es, como entiende Senior,[9] el hecho de que sea privilegio y característica del salvaje el emplear su trabajo en un determinado tiempo sin procurarle ninguna renta, es decir, ningún fruto susceptible de ser reducido a (de ser cambiado por) medios de consumo, sino que la diferencia estriba en lo siguiente:

a) La sociedad capitalista emplea una cantidad mayor de su trabajo anual disponible en la producción (y, por tanto, de capital constante) que no son susceptibles de ser reducidos a renta, ni bajo la forma de salarios ni bajo la de plusvalía, sino que sólo pueden funcionar como capital.

b) Cuando el salvaje fabrica arcos, flechas, martillos de piedra, hachas, cestas, etc., sabe perfectamente que el tiempo empleado en estas faenas no se emplea en la elaboración de medios de consumo, que con ello cubre, por tanto, sus necesidades de medios de producción y nada más. Además, el salvaje comete un grave pecado económico con su total indiferencia ante el despilfarro de tiempo, empleando a veces, por ejemplo, como dice Taylor, un mes entero en construir una flecha.[10]

La idea corriente según la cual una parte de los economistas quieren quitarse de encima las dificultades teóricas, es decir, la comprensión de las relaciones verdaderas –a saber, que lo que para unos es capital es para otros renta, y viceversa– es en parte justa, pero se convierte en una idea completamente falsa (que encierra, por tanto, sólo la palabra completa de todo el proceso del cambio que se opera con la reproducción anual y también, por consiguiente, una incomprensión del fondo de verdad parcial que contiene realmente) al pretender formularla con carácter general.

Estableceremos ahora las condiciones reales sobre que descansa la verdad parcial de esta idea y que revelarán, al propio tiempo, la falsa concepción acerca de ellas.

1. El capital variable funciona como capital en manos del capitalista y como renta en manos del obrero asalariado.

El capital variable empieza existiendo en manos del capitalista como *capital–dinero*; funciona como *capital–dinero* al ser utilizado para comprar fuerza de trabajo. Mientras permanece en sus manos adoptando la forma–dinero, no es más que un valor dado existente bajo esta forma y, por tanto, una magnitud constante y no variable. Su cualidad de capital variable sólo es potencial y se debe a su capacidad para invertirse en fuerza de trabajo. Sólo se convierte en capital variable real al despojarse de su forma–dinero, después de invertirse en fuerza de trabajo y a partir del momento en que ésta funciona como elemento del capital productivo en el proceso de producción.

El *dinero*, que empezó funcionando como forma–dinero del capital variable en manos del capitalista, funciona ahora en manos del obrero como forma–dinero de su salario, que invierte en medios de subsistencia; es decir, como forma–dinero de la *renta* obtenida por él mediante la venta continua de su fuerza de trabajo.

Aquí, nos encontramos con el simple hecho de que el *dinero* del comprador, que en este caso es el capitalista, pasa de sus manos a manos del vendedor, que es, en este caso, el vendedor de la fuerza de trabajo, del obrero. No es el *capital* variable el que funciona dos veces, como capital en manos del capitalista y como renta en manos del obrero, sino que es el mismo *dinero* el que primero existe en manos del capitalista como forma–dinero de su capital variable y, por tanto, como capital variable potencial, y luego, una vez que el capitalista lo invierte en fuerza de trabajo, sirve en manos del obrero como equivalente de la fuerza de trabajo vendida. Y el hecho de que el mismo dinero encuentre en manos del vendedor otro empleo útil que en manos del comprador constituye un fenómeno común a todas las compras y ventas de mercancías.

Los economistas apologéticos exponen el problema de un modo falso, como se ve sobre todo si nos fijamos exclusivamente en el acto de circulación *D–T* (= *D–M*), inversión de dinero en fuerza de trabajo por parte del comprador capitalista y *T–D* (= *M–D*), cambio de la mercancía fuerza de trabajo por dinero, por parte del vendedor, del obrero, sin preocuparnos por el momento de lo que más adelante se verá. Estos economistas dicen: el mismo dinero realiza aquí dos capitales; el comprador –el capitalista– invierte su capital–dinero en fuerza de trabajo viva, que incorpora a su capital productivo; por otra parte, el vendedor –el obrero– convierte su mercancía –la fuerza de trabajo– en dinero, que emplea como renta, lo que le permite precisamente volver a vender continuamente y mantener así en pie su fuerza de trabajo; su fuerza de trabajo es, pues, su propio capital en forma de mercancía, del que emana constantemente su renta. En realidad, la fuerza de trabajo es su patrimonio (un patrimonio reproductivo, en constante renovación), no su capital. Es la única mercancía que puede vender y tiene que vender continuamente para poder vivir y que sólo funciona como capital (variable) en manos del comprador, del capitalista. El hecho de que un hombre se vea constantemente obligado a vender a otro su fuerza de trabajo, es decir, a venderse a sí mismo, demuestra, según estos economistas a que nos referimos, que es un capitalista, porque tiene constantemente una "mercancía" (él mismo) que vender. En este sentido, también sería capitalista el esclavo, a pesar de ser vendido por otro como mercancía de una vez para siempre, pues la naturaleza de esta mercancía –del esclavo destinado al trabajo– lleva consigo el hecho de que su comprador no sólo lo haga trabajar de nuevo cada día, sino además el de que le suministre los medios de subsistencia que le permiten trabajar continuamente. (Ver acerca de esto a Sismondi y Say en las cartas a Malthus.)

2. Por tanto, en el cambio de 1,000 I*v* + 1,000 I*p* por 2,000 II*c*, lo que para unos es capital constante (2,000 II*c*) se convierte para otros en capital variable y plusvalía, es decir, en renta en general, y viceversa, lo que para unos es capital variable y plusvalía (2,000 I *(v + p)*) es decir, renta en general, se convierte en capital constante para otros.

Examinemos en primer lugar el cambio de I*v* por II*c*, situándonos primeramente en el punto de vista del obrero.

El obrero colectivo de I ha vendido su fuerza de trabajo al capitalista colectivo de I por 1,000, valor que se le abona en dinero bajo forma de salarios. Con este dinero compra a II medios de consumo por el mismo valor. El capitalista de II se enfrenta con él simplemente como vendedor de mercancías y nada más, aun cuando el obrero compre a su propio capitalista, como hacía, por ejemplo, más arriba (p. 382) a cambio de los 500 II*v*. La forma de circulación que recorre su mercancía, la fuerza de trabajo, es la de la circulación simple de mercancías, encaminada a la mera satisfacción de necesidades, al consumo, o sea la fórmula *M* (fuerza de trabajo) –*D–M* (medios de consumo). Resultado de este proceso de circulación es que el obrero se mantiene como fuerza de trabajo para el capitalista de I, y para seguir manteniéndose como tal no tiene más remedio que repetir constantemente el mismo proceso *T* (*M*)– *D–M*. Su salario se realiza en medios de consumo, se invierte como renta y enfocando la clase obrera en su conjunto, vuelve a invertirse constantemente en carácter de tal.

Examinemos ahora el mismo cambio de I*v* por II*c* desde el punto de vista del capitalista.

El producto–mercancías de II se halla formado todo él por medios de consumo, es decir, por cosas destinadas al consumo anual y, por tanto, a servir de base para la realización de la renta de cualquiera; en el caso que estamos examinando, la del obrero colectivo de I. En cambio, para el capitalista colectivo de II, una parte de su producto–mercancías = 2,000 es ahora la forma convertida en mercancías de la parte constante de su capital productivo, llamada a abandonar de nuevo esta forma–mercancías para volver a convertirse en la forma natural que le permita funcionar otra vez como la parte constante del capital productivo. Lo que hasta ahora ha conseguido el capitalista de II es hacer revertir a dinero mediante la venta al obrero de I la mitad (=

1,000) de su capital constante reproducido en forma de mercancías (medios de consumo). No es, pues, tampoco el capital variable de I*v* el que se invierte en la primera mitad del capital constante II*c*, sino que el dinero que funcionaba como capital–dinero para I a cambio de la fuerza de trabajo pasa así a manos del vendedor de la fuerza de trabajo, para el que no representa tal capital, sino simplemente renta en forma de dinero, es decir, dinero invertido como medio de compra de medios de consumo. El dinero = 1,000 que afluye a los capitalistas de II de manos de los obreros de I no puede tampoco funcionar como elemento constante del capital productivo de II. Es, simplemente, la forma–dinero de su capital–mercancías, que necesita ser invertida todavía en los elementos fijos o circulantes del capital constante. Por consiguiente, con el dinero obtenido de los obreros de I, compradores de sus mercancías, II compra a I medios de producción por valor de 1,000. Con ello se renueva la mitad del importe total del capital constante de II bajo una forma natural que le permite funcionar de nuevo como elemento del capital productivo de II. La fórmula de circulación aplicada en este caso es la de *M–D–M*: medios de consumo por valor de 1,000 –dinero = 1,000– medios de producción por valor de 1,000.

Pero, aquí, esta fórmula, *M–D–M*, es la fórmula del movimiento del capital. *M*, vendida a los obreros, se convierte en *D*, y este *D* se invierte, a su vez, en medios de producción; es la reversión de la mercancía a los elementos materiales que la forman. Por otra parte, del mismo modo que el capitalista II sólo se enfrenta con el capitalista I como vendedor de mercancías, el capitalista I sólo se enfrenta con el capitalista II en concepto de tal. I empieza comprando con 1,000, cantidad destinada a funcionar como capital variable, fuerza de trabajo por valor de 1,000; obtiene, por tanto, un equivalente por sus 1,000*v* desembolsados en forma de dinero; el dinero pertenece ahora al obrero, quien lo invierte en comprar medios de consumo a II; I sólo puede recobrar este dinero que ingresa en la caja de II volviendo a posesionarse de él mediante la venta de mercancías por el mismo importe.

Primeramente, I se hallaba en posesión de una determinada suma de dinero = 1,000, destinada a funcionar como capital variable; funciona en concepto de tal al cambiarse por fuerza de trabajo por el mismo valor. Pero, como resultado del proceso de producción, el obrero le entrega una masa de mercancías (medios de producción) por valor de 6,000, $^1/_6$ de la cual, o sean 1,000 en cuanto a su valor, representa un equivalente del capital variable desembolsado en dinero. El capital variable que antes no funcionaba como tal bajo forma de dinero, no funciona tampoco ahora con este carácter en forma de mercancías; para ello, necesita invertirse previamente en fuerza de trabajo viva y necesita, además, que ésta funcione realmente en el proceso de producción. Como dinero, el capital variable no era sino capital variable potencial. Pero revestía una forma que le permitía invertirse directamente en fuerza de trabajo. Como mercancía, este mismo capital variable no es tampoco más que dinero potencial; sólo revierte a su forma primitiva de dinero mediante la venta de la mercancía; aquí, mediante el acto por el que II vende a I mercancías por valor de 1,000. El movimiento circulatorio, aquí, es: 1,000*v* (dinero) –fuerza de trabajo por valor de 1,000– 1,000 en mercancías (equivalente del capital variable) –1,000*v*, (dinero); por tanto, *D–M*... *M–D* (= *D*–A... *M–D*). El proceso de producción enclavado entre *M*... *M* no forma parte por sí mismo de la órbita de circulación; no se manifiesta en el cambio de los distintos elementos de la reproducción anual entre sí, a pesar de que este cambio incluye la reproducción de todos los elementos del capital productivo, tanto de su elemento constante como el variable, o sea, la fuerza de trabajo. Todos los agentes de este cambio aparecen simplemente como compradores y vendedores, o ambas cosas a la vez; los obreros sólo aparecen aquí como vendedores de mercancía; los capitalistas, unas veces como compradores y otras como vendedores y, dentro de ciertos y determinados límites, solamente como compradores o vendedores de mercancías.

Resultado: el de que I entre de nuevo en posesión de la parte variable de su capital en forma de dinero, la única que le permite invertirse directamente en fuerza de trabajo; es decir, el que vuelva a poseerla bajo la única forma en que puede desembolsarse realmente como elemento variable de su capital productivo. Por otra parte, para poder actuar de nuevo como comprador de mercancías, el obrero debe aparecer de nuevo, previamente, como vendedor de su mercancía, o sea, de la fuerza de trabajo.

En lo que se refiere al capital variable del sector II (500 II*v*), el proceso de circulación entre capitalistas y obreros del mismo sector de producción se verifica sin intermediario alguno, siempre y cuando que lo enfoquemos, como hacíamos más arriba, como operado entre el capitalista colectivo II y el obrero colectivo II.

El capitalista colectivo II desembolsa 500*v* en comprar fuerza de trabajo por el mismo valor: el capitalista colectivo es aquí comprador y el obrero colectivo vendedor. Luego, el obrero, con el dinero obtenido por su fuerza de trabajo, pasa a ser comprador de una parte de las mercancías producidas por él mismo. Aquí el capitalista es, por tanto, vendedor. El obrero repone al capitalista el dinero que le pagó al

comprarle su fuerza de trabajo y se lo repone mediante una parte del capital–mercancías producidas en II, o sean, 500*v* en mercancías; el capitalista posee ahora en forma de mercancías el mismo *v* que poseía en dinero antes de comprar la fuerza de trabajo; el obrero, por su parte, realiza el valor de su fuerza de trabajo en dinero y ahora vuelve a realizar este dinero al invertirlo como renta en atender a su consumo, mediante la compra de una parte de los medios de consumo producidos por él mismo. Es el intercambio de la renta del obrero en dinero por los 500*v* en mercancías del capitalista reproducida por aquél bajo esta forma. De este modo, este dinero retorna al capitalista II como forma–dinero de su capital variable. Un valor–renta equivalente en forma de dinero repone aquí el valor del capital variable en forma de mercancías.

El capitalista no se enriquece por el hecho de que, al vender al obrero una masa equivalente de mercancías, le sustraiga de nuevo el dinero que le pagó al comprar su fuerza de trabajo. Si le pagase primero 500 al comprarle la fuerza de trabajo y le entregase gratis la masa de mercancías por valor de 500 que le ha hecho producir, le pagaría en realidad doble. Y, por el contrario, si el obrero le produjese un equivalente de 500 en mercancías por el precio de su fuerza de trabajo de 500, el capitalista se encontraría después de realizar esta operación exactamente donde se encontraba antes. Pero el obrero reproduce un producto de 3,000: conserva la parte del valor constante del producto, es decir, el valor de los medios de producción contenidos en él = 2,000, al transformarlos en un producto nuevo, y además añade a este valor dado un valor de 1,000 ($v + p$). (La idea según la cual el capitalista se enriquece obteniendo una plusvalía por el reflujo de los 500 en dinero aparece desarrollada en Destutt de Tracy, y a ella nos referiremos más extensamente en el apartado 13 de este capítulo.)

Mediante la compra de medios de consumo por valor de 500 el obrero II reintegra al capitalista en dinero II el valor de 500 II*v* que hasta hace poco poseía en forma de mercancías; es decir, se lo reintegra bajo la forma en que aquél primitivamente lo desembolsó. Resultado inmediato de esta transacción, como de cualquier otra venta de una mercancía, es la transposición del valor dado de la forma–mercancía a la forma–dinero. Y tampoco constituye nada específico el retorno así efectuado del dinero a su punto de partida. Si el capitalista II hubiese comprado con los 500 en dinero mercancías al capitalista I, vendiendo luego a I mercancías por valor de 500, habría recuperado también los 500 en dinero. Los 500 en dinero le habrían servido solamente para circular una masa de mercancías de 1,000 y habrían refluido, según la ley general expuesta más arriba, a manos de aquel que lanzó el dinero a la circulación para hacer circular esta masa de mercancías.

Pero los 500 en dinero que refluyen al capitalista II son, al mismo tiempo, nuevo capital variable potencial en forma de dinero. ¿Por qué? El dinero, incluyendo también por consiguiente el capital–dinero, sólo es capital variable potencial porque y en la medida en que puede invertirse en fuerza de trabajo. El retorno de las 500 libras esterlinas en dinero al capitalista II va acompañado por el retorno al mercado de fuerza de trabajo II. El retorno de ambos en polos opuestos –y, por tanto, la reaparición de los 500 en dinero, no sólo como dinero, sino también como capital variable en forma de dinero– se halla condicionado por el mismo procedimiento. El dinero = 500 refluye al capitalista II porque vende al obrero II medios de consumo por valor de 500, es decir, porque el obrero gasta su salario para poder mantenerse y mantener a su familia, conservando con ello su fuerza de trabajo. Para poder seguir viviendo y actuando como vendedor su mercancía, no tiene más remedio que vender una y otra vez, constantemente, su fuerza de trabajo. Por eso, el retorno de los 500 en dinero al capitalista II es, al mismo tiempo, el retorno o el mantenimiento de la fuerza de trabajo como mercancía susceptible de ser comprada por los 500 y, por tanto, el retorno de los 500 en dinero como capital variable potencial.

Con respecto al sector II*b*, productor de artículos de lujo, el problema, en lo tocante a *v*– (II*b*) *v*–, se plantea en los mismos términos que con relación a I*v*. El dinero que renueva en forma de dinero el capital variable de los capitalistas de II*b* afluye a ellos por medio de un rodeo, a través de los capitalistas de II*a*. Sin embargo, no supone diferencia alguna el que los obreros compren sus medios de subsistencia directamente a los productores capitalistas a quienes venden su fuerza de trabajo o a otra categoría de capitalistas, que luego se encargan de hacer que el dinero retorne a manos de aquéllos. Como la clase obrera vive al día, compra mientras puede comprar. No ocurre lo mismo con los capitalistas, por ejemplo, en el cambio de II*c* por 1,000 I*v*. El capitalista no vive al día. El móvil que le impulsa es obtener el mayor rendimiento posible de su capital. Por consiguiente, si se presentan en circunstancias de cualquier clase por virtud de las cuales el capitalista II considera más ventajoso retener, parcialmente al menos, durante más tiempo en forma de dinero su capital constante, en vez de renovarlo inmediatamente, se demorará el reflujo a I de los 1,000 II*c* (en dinero) y también, por tanto, la restauración de los 1,000 en forma de dinero, y el capitalista I sólo podrá seguir produciendo en la misma escala que antes si cuenta con dinero de reserva; el capital de reserva en dinero es

asimismo necesario, en general, para poder seguir produciendo el dinero ininterrumpidamente sin preocuparse del reflujo más rápido o más lento del capital variable.

Cuando se investiga la circulación de los distintos elementos que entran en la reproducción del año en curso, hay que investigar también el resultado del trabajo del año anterior, del año que ha finalizado ya. El proceso de producción que se traduce en este producto anual pertenece ya al pasado, se concreta en su producto, y lo mismo ocurre, con tanta mayor razón, en lo que se refiere al proceso de circulación que precede al de producción o discurre paralelamente con él, a la transposición del capital variable potencial en capital variable real, es decir, a la compra y venta de la fuerza de trabajo. El mercado de trabajo no forma ya parte del mercado de mercancías que tenemos ante nosotros. Ahora, el obrero no solamente ha vendido ya su fuerza de trabajo, sino que ha entregado, además de la plusvalía, un equivalente en mercancías del precio de su fuerza de trabajo; por otro lado, ha percibido su salario y sólo figura como comprador de mercancías (medios de consumo). Pero por otra parte, el producto anual debe contener todos los elementos de la reproducción, restaurar todos los elementos del capital productivo y, principalmente, por tanto, el más importante de todos, o sea, el capital variable. Ya hemos visto cuál es, con respecto al capital variable, el resultado de esta operación: como comprador de mercancías, mediante la inversión de su salario y el consumo de las mercancías compradas, el obrero conserva y reproduce la única mercancía que puede vender: y del mismo modo que refluye al capitalista el dinero por él desembolsado para comprar esta fuerza de trabajo, refluye también al mercado de trabajo dicha fuerza como mercancía cambiable por aquel dinero; como resultado, referido aquí especialmente a 1,000 I*v*, tenemos: 1,000*v* en dinero por parte de los capitalistas I y, en el campo de enfrente, fuerza de trabajo por valor de 1,000 del lado de los obreros I, con lo cual puede iniciarse de nuevo todo el proceso de reproducción I. Tal es uno de los resultados del proceso de circulación.

Por otro lado, la inversión del salario del obrero I ha descargado a II de medios de consumo por valor de 1,000*c*, convirtiendo éstos, por tanto, de su forma de mercancías en forma de dinero; de esta forma de dinero II los hace revertir a la forma natural de su capital constante mediante la compra de mercancías = 1,000*v* a I, a quien de este modo refluye de nuevo en forma de dinero su capital variable.

El capital variable I sufre tres transformaciones, que no aparecen para nada o sólo se insinúan en la circulación del producto anual.

1. La primera forma, 1,000 I*v* en dinero, que se invierte en dinero por el mismo importe. Este cambio no aparece directamente en la circulación de mercancías entre I y II, pero su resultado se revela en el hecho de que la clase obrera I se enfrenta con 1,000 en dinero al vendedor de mercancías II, del mismo modo que la clase obrera II se enfrenta con 500 en dinero al vendedor de mercancías de 500 II*v* en forma de mercancías.

2. La segunda forma, la única en que el capital variable varía en realidad, funciona realmente como tal capital variable, en que aparece una fuerza creadora de valor en lugar del valor dado que por él se cambia, corresponde exclusivamente al proceso de producción que dejamos atrás.

3. La tercera forma, en que el capital variable demuestra su carácter de tal como resultado del proceso de producción, es el producto anual de valor, por tanto, en I = 1,000*v* + 1,000*p* = 2,000 I (*v* + *p*). Su primitivo valor = 1,000 en dinero es sustituido por un valor doble = 2,000 en mercancías. El capital variable = 1.000 en mercancías sólo representa, pues, la mitad del producto–mercancías creado por el capital variable como elemento del capital productivo. Los 1,000 I*v* en mercancías son el equivalente exacto de la parte del capital global de I primitivamente invertida en dinero y que es, por su función, capital variable; pero, bajo forma de mercancías sólo son dinero potencial (que sólo se convertirá en dinero real mediante su venta) y, por tanto, con mayor razón, capital–dinero variable potencial. Finalmente, se convierten en capital variable real mediante la venta de la mercancía 1,000 I*v* a II*c* y la inmediata reaparición de la fuerza de trabajo como mercancía susceptible de ser comprada, como material en que pueden invertirse los 1,000*v* en dinero.

Durante todas estas transformaciones, el capitalista I retiene constantemente en sus manos el capital variable: *1*) lo retiene inicialmente como capital–dinero; *2*) luego, como elemento de su capital productivo; *3*) más tarde, como parte del valor de su capital–mercancías y, por tanto, como valor–mercancías; *4*) finalmente, convertido de nuevo en dinero, con el que vuelve a enfrentarse la fuerza de trabajo en que puede invertirse. Durante el proceso de trabajo, el capitalista tiene en sus manos el capital variable convertido en fuerza de trabajo puesta en acción, como fuerza de trabajo fuente de valor, pero no como un valor de una magnitud dada; sin embargo, como sólo paga al obrero después que su fuerza de trabajo lleva ya funcionando determinado tiempo, más corto o más largo, esto quiere decir que antes de pagarle tiene ya en sus manos el valor de reposición creado por la fuerza de trabajo más la plusvalía.

Puesto que el capital variable permanece siempre bajo una forma u otra en manos del capitalista, no puede afirmarse en modo alguno que se traduzca en renta para nadie. Las 1,000 I*v* en mercancía se

convierten más bien en dinero mediante su venta a II, a quien reponen la mitad de su capital constante en especie.

Lo que se traduce en renta no es el capital variable I, 1,000*v* en dinero; este dinero deja de funcionar como forma–dinero del capital variable I tan pronto como se invierte en fuerza de trabajo, del mismo modo que el dinero de cualquier otro vendedor de mercancías deja de ser algo que le pertenezca tan pronto como se invierte en mercancías de un vendedor. Los cambios que sufre en manos de la clase obrera el dinero que recibe en concepto de salarios no son cambios del capital variable, sino del valor de su fuerza de trabajo convertido en dinero; exactamente lo mismo que el cambio del producto de valor creado por el obrero (2,000 I ($v + p$) es simplemente el cambio de una mercancía perteneciente a los capitalistas y que no afecta en lo más mínimo a los obreros. Pero al capitalista –y más aún a su intérprete teórico, el economista– le cuesta trabajo sustraerse a la idea de que el dinero que se paga al obrero es dinero suyo, dinero del capitalista. Cuando el capitalista es productor de oro, la parte variable del capital –es decir, el equivalente en mercancía que le repone el precio de compra del trabajo– reviste directamente forma de dinero y puede, por tanto, funcionar de nuevo como capital–dinero variable sin el rodeo de un reflujo. Por lo que se refiere a los obreros de II –prescindiendo por el momento de los obreros que trabajan en las industrias productoras de artículos de lujo–, los 500*v* existen ya en forma de mercancías destinadas al consumo del obrero y que éste, considerado como obrero colectivo, vuelve a comprar directamente al mismo capitalista colectivo a quien ha vendido su fuerza de trabajo. La parte variable del capital II consiste, por lo que a su forma natural se refiere, en medios de consumo, destinados en su mayor parte a ser consumidos por la clase obrera. Pero no es el capital variable el que es invertido en esta forma por los obreros; es el salario, el dinero del obrero, el que precisamente al realizarse en estos medios de consumo vuelve a restituir a su forma–dinero para el capitalista el capital variable 500 II*v*. El capital variable II*v* se reproduce en medios de consumo, al igual que el capital constante 2,000 II*c*; ni uno ni otro se traducen en renta. Lo que se traduce en renta es, en ambos casos, el salario.

Pero el hecho de que la inversión del salario como renta reintegre a su función de capital–dinero, en un caso 1,000 II*c* y en otro caso, también por medio del mismo rodeo, 1,000 I*v* y lo mismo 500 II*v*, es decir, el capital constante y el variable (en lo que al segundo se refiere, en parte mediante reflujo directo y en parte mediante reflujo indirecto), constituye un hecho importante en la circulación del producto anual.

XI. *Reposición del capital fijo*

Una gran dificultad con que nos encontramos al exponer las operaciones de cambio que se presentan en la reproducción anual es la siguiente. Partiendo de la forma más simple en que la cosa se presenta, tenemos:

(I)	4,000*c*	+	1,000*v*	+	1,000*p*	+	
(II)	2,000*c*	+	500*v*	+	500*p*	=	9,000,

lo que en último resultado se traduce en 4,000 I*c* + 2,000 II*c* + 1,000 I*v* + 500 II*v* + 1,000 I*p* + 500 II*p* = 6,000*c* + 1,500*v* + 1,500*p* = 9,000. Una parte de valor del capital constante, siempre y cuando que esta parte se halle formada por verdaderos medios de trabajo (como sector bien deslindado de los medios de producción), se transfiere de los medios de trabajo al producto del trabajo (a la mercancía); estos medios de trabajo siguen funcionando como elementos del capital productivo sin abandonar su antigua forma natural; es su desgaste, la pérdida de valor que van experimentando poco a poco durante su funcionamiento a lo largo de un determinado período, el que reaparece como elemento de valor de las mercancías productivas por medio de ellos, transfiriéndose del instrumento de trabajo al producto del trabajo. Por consiguiente, por lo que a la reproducción anual se refiere, aquellas partes integrantes del capital fijo cuya vida sea mayor de un año. Si se agotan por entero dentro del año, también ellos deberán ser repuestos y renovados en su integridad por la reproducción anual, por cuya razón el punto de que aquí tratamos no les afecta y hay que prescindir de ellos de antemano. Tratándose de máquinas y de otras formas de capital fijo de mayor duración, puede ocurrir –y ocurre con alguna frecuencia– que ciertos órganos parciales de ellas deben reponerse íntegramente dentro del año, aunque el cuerpo del edificio o de la máquina tenga largo tiempo de vida. Por tanto, estos órganos parciales entrarán en la misma categoría de los elementos del capital fijo que deben ser repuestos dentro del año.

Este elemento de valor de las mercancías no debe confundirse en modo alguno con los gastos de reparación Al venderse la mercancía, este elemento de valor se convierte en dinero, ni más ni menos que los otros; pero, una vez convertido en dinero, se manifiesta su diferencia con respecto a los otros elementos de

valor. Las materias primas y materias auxiliares consumidas en la producción de mercancías deben reponerse en especie para que pueda comenzar la reproducción de las mercancías (para que el proceso de producción de las mercancías en general pueda ser continuo); y asimismo es necesario reponer con fuerza de trabajo nueva la fuerza de trabajo ya invertida. Por consiguiente, el dinero obtenido por la venta de las mercancías deberá volver a invertirse constantemente en estos elementos del capital productivo, convirtiéndolo de su forma–dinero en forma de mercancías. En nada hace cambiar los términos del problema el hecho de que, por ejemplo, las materias primas y materias auxiliares se compren periódicamente en grandes cantidades –formando *stocks* de producción– y de que, por tanto, estos medios de producción no necesiten volver a comprarse en algún tiempo, con lo cual, mientras duren las existencias, el dinero obtenido por la venta de mercancías pueda acumularse –y en la parte destinada a este fin– y de que esta porción del capital constante aparezca, por tanto, temporalmente, como un capital–dinero cuya función activa queda en suspenso. No por ello se convierte en un capital renticio; sigue siendo un capital productivo, paralizado en forma de dinero. La renovación de los medios de producción debe efectuarse con un ritmo constante, aunque la forma de esta renovación en lo tocante a la circulación, pueda variar. La nueva compra, la operación circulatoria por medio de la cual se renueva, se repone, puede efectuarse en plazos más largos, en cuyo caso será necesario invertir más dinero de una vez, lo cual se compensará con la formación del *stock* de producción correspondiente, o en plazos más cortos y más seguidos, lo que exigirá dosis más pequeñas de inversión de dinero y se traducirá en *stocks* más reducidos de producción. Esto no altera en lo más mínimo los términos del problema. Y lo mismo ocurre con la fuerza de trabajo. Allí donde la producción se desarrolla de un modo continuo y en la misma escala durante todo el año se opera una renovación constante de la fuerza de trabajo consumida por otra nueva; en cambio, donde el trabajo se efectúa por temporadas o se aplican distintas porciones de trabajo en diferentes períodos, como ocurre en la agricultura, se hace necesario comprar tan pronto una cantidad mayor como una cantidad más reducida de fuerza de trabajo. Por el contrario, el dinero obtenido por la venta de mercancías, en la parte en que representa la liquidación de la parte de valor de las mercancías equivalente al desgaste del capital fijo, no se revierte de nuevo a la parte del capital productivo cuya pérdida de valor repone. Cristaliza junto al capital productivo y permanece bajo su forma de dinero. Y esta cristalización en dinero se repite hasta que haya transcurrido la época de reproducción, formada por un número mayor o menor de años, durante la cual el elemento fijo del capital constante sigue funcionando en el proceso de producción bajo su antigua forma natural. Tan pronto como el capital fijo, (los edificios, la maquinaria, etc.), agota su vida, deja de funcionar en el proceso de producción, su valor existe junto a él, repuesto íntegramente en dinero, como la suma de las cristalizaciones de dinero, de los valores que el capital fijo va transfiriendo gradualmente a las mercancías a cuya producción contribuye y que mediante la venta de éstas se convierte en dinero. Este dinero sirve luego para reponer en especie el capital fijo (o los elementos del mismo, puesto que sus distintos elementos tienen distinto tiempo de vida), renovando así realmente esta parte del capital productivo. Este dinero es, pues, la forma–dinero de una parte del capital constante, del capital fijo de éste. Por tanto, este atesoramiento es, a su vez un elemento del proceso de reproducción capitalista, reproducción y acumulación –en forma de dinero– del valor del capital fijo o de sus distintos elementos hasta el momento en que el capital fijo se haya extinguido y, consiguientemente, haya transferido todo su valor a las mercancías producidas, teniendo necesidad de ser renovado en especie. Pero este dinero sólo pierde su forma de tesoro y, por consiguiente, sólo vuelve a incorporarse activamente al proceso de reproducción del capital operado por medio de la circulación, tan pronto como vuelve a convertirse en nuevos elementos del capital fijo, llamados a reponer los ya agotados.

Del mismo modo que la circulación simple de mercancías no es idéntica al mero intercambio de productos, la circulación del producto anual de mercancías no puede reducirse tampoco a un simple intercambio directo y recíproco de sus diversas partes integrantes. El dinero desempeña aquí un papel específico, papel que se revela también, precisamente, en el modo de reproducción del capital fijo. (Más adelante investigaremos cómo se presentaría la cosa en el supuesto de que la producción fuese colectiva y no revistiese la forma de la producción de mercancías.)

Volviendo ahora al esquema fundamental, teníamos para el sector II: $2{,}000c + 500v + 500p$. El total de los medios de consumo producidos durante el año es, aquí, igual al valor de 3,000, y cada uno de los distintos elementos–mercancías que forman la suma total de mercancías se descompone, en cuanto a su valor, en $^2/_3c + {}^1/_6v + {}^1/_6p$, o, representado en tantos por ciento, en $66^2/_3c + 16^2/_3v + 16^2/_3p$. Puede ocurrir que las distintas clases de mercancías del sector II contengan distinta proporción de capital constante; y asimismo puede ocurrir que la parte fija del capital constante difiera en ellas; también puede diferir la duración de las partes del capital fijo y, por tanto, el desgaste anual o la parte de valor que transfieren proporcionalmente a

las mercancías a cuya producción contribuyen. Todo esto es, aquí, indiferente. Por lo que se refiere al proceso social de reproducción, se trata exclusivamente del cambio operado entre los sectores II y I. II y I sólo se enfrentan aquí en sus proporciones sociales de masa; la magnitud proporcional de la parte de valor *c* del producto–mercancías II (que es lo único decisivo en el problema de que aquí se trata) es, por tanto, la proporción media, englobando todas las ramas de producción comprendidas en el sector II.

Cada una de las clases de mercancías (y son, en gran parte, las mismas) cuyo valor global se resume en las cifras 2,000*c* + 500*v* + 500*p* es, por tanto, uniformemente, en cuanto al valor, = $66^2/_3$ por 100*c* + $16^2/_3$ por 100*v* + $16^2/_3$ por 100*p*. Y esto es aplicable igualmente a cada 100 de las mercancías que figuran bajo *c* y a las que figuran bajo *v* y bajo *p*.

Las mercancías en que se materializan los 200*c* pueden descomponerse, a su vez en cuanto al valor, en:

1.	$1{,}333^1/_3c$	+	$333^1/_3v$	+	$333^1/_3p$	=	2,000*c*.
2.	$333^1/_3c$	+	$83^1/_3v$	+	$83^1/_3p$	=	500*v*.

y, finalmente, los 500*p* en:

3.	$333^1/_3c$	+	$83^1/_3v$	+	$83^1/_3p$	=	500*p*.

Si ahora sumamos las distintas partidas de *c* en 1, 2 y 3, tenemos $1{,}333^1/_3c + 333^1/_3c + 333^1/_3c$ = 2,000. Y lo mismo $333^1/_3v + 83^1/_3v + 83^1/_3v$ = 500, y exactamente lo mismo por lo que se refiere a *p;* la suma dará, en conjunto, el valor total de 3,000, como arriba.

Por tanto, en 2,000*c* se contiene todo el capital constante contenido en la masa de mercancías II por valor de 3,000, sin que ni los 500*v* ni los 500*p* encierren ni un átomo de él. Y lo mismo por lo que se refiere a *v* y a *p*.

Dicho en otros términos: toda la parte alícuota de la masa de mercancías II que representa capital constante y que, por tanto, es susceptible de volver a circular, sea bajo su forma natural o bajo su forma–dinero, existe en 2,000*c*. Todo lo referente a la circulación del valor constante de las mercancías II se limita, pues, al movimiento de 2,000 II*c*, y esta circulación sólo puede operarse en intercambio con I (1,000*v* + 1,000*p*).

Y lo mismo en lo que respecto al sector I: todo lo referente a la circulación del capital constante de este sector debe limitarse a la consideración de los 4,000 I*c*.

1) Reposición de la parte del valor de desgaste en forma de dinero

Fijémonos ahora, para empezar, en:

I	4,000*c* +	1,000 *v* + 1,000 *p*	
II		2,000 *c*	+ 500 *v* + 500 *p*.

El cambio de las mercancías 2,000 II*c* por mercancías del mismo valor I (1,000*v* + 1,000*p*) presupondría que los 2,000 II*c* volviesen a cambiarse íntegramente en especie por las partes integrantes naturales del capital constante II; pero el valor–mercancías de 2,000 en que existe este último capital contiene un elemento destinado a la pérdida de valor del capital fijo que no puede reponerse directamente en especie, sino que debe transformarse en dinero y que va acumulándose paulatinamente como suma total hasta que vence el plazo de renovación del capital fijo en su forma natural. Cada año es el año de muerte del capital fijo que tiene que reponerse en esta o aquella empresa concreta o en tal o cual rama industrial; dentro del mismo capital individual ha de reponerse esta o aquella parte del capital fijo (puesto que las partes que lo forman tienen distinto tiempo de vida). Cuando nos fijamos en la reproducción anual –aunque sea en escala simple, es decir, prescindiendo de la acumulación– no empezamos nunca *ab ovo* (29); se trata de un año en el transcurso de muchos, no del año en que nace la producción capitalista. Los distintos capitales invertidos en las múltiples ramas de producción del sector II tienen, por tanto, distinto tiempo de vida y del mismo modo que todos los años muere alguna de las personas que actúan en estas ramas de producción, llegan también al término de su vida durante este año algunas de las masas de capital fijo, debiendo reponerse en especie a base del fondo de dinero acumulado. En este sentido, el cambio de 2,000 II*c* por 2,000 I*v* (*v* + *p*) incluye el cambio el, 2,000 II*c* de su forma–mercancía (como medios de consumo) en elementos naturales, que no constan solamente de materias primas y materias auxiliares, sino también de elementos naturales del capital fijo, máquinas, herramientas, edificios, etc. Por consiguiente, el desgaste que hay que reponer en *dinero* del valor 2,000 II*c* no corresponde, ni mucho menos, al volumen del capital fijo en funciones, puesto que anualmente

ha de reponerse *en especie* una parte del mismo; lo cual, a su vez, presupone que en años anteriores se haya acumulado en manos de los capitalistas del sector II el dinero necesario para este cambio. Y de esta premisa se parte precisamente tanto para el ano en curso como para los años anteriores.

En el cambio efectuado entre I (1,000*c* + 1,000*p*) y 2,000 II debe observarse ante todo que la suma de valor I (*v* + *p*) no contiene ningún elemento del capital constante y tampoco, por tanto, ningún elemento de valor para la reposición del desgaste, es decir, para el valor transferido en la parte fija del capital constante a las mercancías, bajo cuya forma natural existen *v* + *p*. Este elemento existe, en cambio, en II, y es precisamente una parte de este elemento de valor adeudado al capital fijo el que no tiene que transformarse directamente de la forma dinero en su forma natural, sino que ha de permanecer por el momento bajo forma de dinero. En el cambio de I (1,000*v* + 1,000*p*) por 2,000 II*c* surge, pues, inmediatamente la dificultad de que los medios de producción I bajo cuya forma natural existen los 2,000 (*v* + *p*) son susceptibles de ser cambiados por todo su valor de 2,000 por el equivalente en medios de consumo de II, mientras que, por otra parte, los medios de consumo 2,000 II*c* no pueden cambiarse en todo su valor por los medios de producción (1,000*v* + 1,000*p*) porque una parte alícuota de su valor –igual al desgaste o pérdida de valor del capital fijo que ha de reponerse– ha de cristalizar ante todo en dinero que no vuelve a funcionar como medio de circulación dentro del período anual de reproducción en curso, el único que estamos examinando. Y el dinero por el que se cambia el elemento de desgaste contenido en el valor–mercancías 2,000 II*c* sólo puede provenir de I, puesto que II no se paga a sí mismo, sino que se paga precisamente por medio de la venta de su mercancía y puesto que, según el supuesto de que partimos, I (*v* + *p)* compra la suma total de mercancías de II; por consiguiente, el sector I tiene que convertir en dinero mediante esta compra aquel desgaste de II. Pero, según la ley que antes exponíamos, el dinero lanzado a la circulación refluye al productor capitalista, que más tarde vuelve a lanzar a la circulación la misma cantidad en mercancía. Evidentemente, al comprar a II*c*, I no puede entregarle 2,000 en mercancías y además una suma complementaria de dinero de una vez para todas (sin que ésta refluya a él mediante la operación del cambio). De otro modo, vendería la masa de mercancías II*c* por encima de su valor. Si, en realidad, II sólo entrega a I (1,000*v* + 1,000*p*), en cambio, lo correspondiente a sus 2,000*c*, no puede exigirle a I más de esto, y el dinero que circula durante este cambio refluye a I o II, al que lo haya lanzado a la circulación, es decir, al que haya actuado antes como comprador. Al mismo tiempo, en este curso, II volvería a convertir su capital–mercancías, en cuanto al volumen íntegro de su valor, en la forma natural de medios de producción, mientras que el supuesto de que se parte es que una parte alícuota del mismo, después de su venta, no vuelve a convertirse durante el período de reproducción anual en curso de dinero en la forma natural de los elementos fijos de su capital constante. Por consiguiente, sólo podría refluir a II un saldo si II, aun vendiendo a I por valor de 2,000, le comprase por menos de esta cantidad, por ejemplo, por valor de 1,800; en este caso, I tendría que compensar la diferencia mediante 200 en dinero, cantidad que no refluiría a él, puesto que este dinero lanzado a la circulación no sería sustraído de nuevo a ella mediante la puesta en circulación de mercancías = 200. En este caso, tendríamos un fondo en dinero para II a cuenta de su desgaste del capital fijo; pero tendríamos también de otro lado, en I, una superproducción de medios de producción por valor de 200, con lo cual se desmoronaría toda la base del esquema, o sea, la reproducción sobre escala igual, que presupone, por tanto, una absoluta proporcionalidad entre los distintos sistemas de producción. No haríamos más que eliminar una dificultad para sustituirla por otra mucho más complicada.

Como este problema plantea dificultades especiales y hasta ahora no ha sido tratado por los economistas, vamos a examinar sucesivamente todas las soluciones posibles (aparentemente posibles, por lo menos), o más bien los diferentes planteamientos del problema.

Primeramente, acabamos de partir del supuesto de que II vende a I 2,000 en mercancías y sólo le compra por valor de 1,800. En el valor–mercancías 2,000 II*c* se contenían 200 para reponer el desgaste, destinados a atesorarse en dinero; de este modo, el valor de 2,000 II*c* se descomponía en 1,800, destinados a cambiarse por medios de producción I, y 200 para reponer el desgaste, destinados a retenerse en dinero (después de la venta de los 2,000*c* a I). O, para expresarlo con relación a su valor, 2,000 II*c* serían = 1,800*c* + 200*c* (*d*), llamando *d* al *déchet* (30) (*F. E.*).

Tendríamos, así, que examinar

el cambio de	I.	1,000*v*	+	1,000*p*		
	II.		1,800*v*	+	200*c*	(*d*).

I compra por 1,000 libras esterlinas que afluyen a los obreros como salario, en pago de su fuerza de trabajo, por valor de 1,000 II*c* de medios de consumo; II compra con las mismas 1,000 libras esterlinas por

valor de 1,000 I*v* de medios de producción. Con esto refluye a los capitalistas I su capital variable en forma de dinero, con lo cual pueden comprar al año siguiente fuerza de trabajo por el mismo valor, es decir, reponer en especie la parte variable de su capital productivo, II compra, además, con las 400 libras esterlinas desembolsadas, medios de producción a I*p* y I*p* compra, con las mismas 400 libras esterlinas medios de consumo a II*c*. Las 400 libras esterlinas lanzadas a la circulación por II refluyen así a los capitalistas de II, pero sólo como equivalente de las mercancías vendidas. I compra con las 400 libras desembolsadas medios de consumo; II compra a I 400 libras esterlinas de medios de producción, con lo cual estas 400 libras esterlinas refluyen a I. El cálculo, hasta ahora, es pues, el siguiente:

I lanza a la circulación 1,000*v* + 800*p* en mercancías; pone en circulación además 1,000 libras esterlinas en dinero para pago de salarios y 400 libras esterlinas para el cambio con II. Después de efectuado el cambio, I tiene: 1,000*v* en dinero, 800*p* invertidos en 800 II*c* (medios de consumo) y 400 libras esterlinas en dinero.

II lanza a la circulación 1,800*c* en mercancías (medios de consumo) y 400 libras esterlinas en dinero; después de efectuado el cambio, tiene: 1,800 en mercancías I (medios de producción) y 400 libras esterlinas en dinero.

Ahora tenemos, además, en I 200*p* (en medios de producción) y en II 200*c* (*d*) (en medios de consumo).

Según el supuesto de que partimos, I compra con 200 libras esterlinas los medios de consumo *c* (*d*) por valor de 200; pero II retiene estas 200 libras esterlinas, puesto que 200*c* (*d*) representan el desgaste y no pueden, por tanto, volver a invertirse directamente en medios de producción. Por tanto, 200 I*p* son invendibles; $^{1}/_{10}$ de la plusvalía I que ha de reponerse es irrealizable, no puede abandonar su forma natural de medios de producción para adoptar la de medios de consumo.

Esto no sólo contradice al supuesto de la reproducción en escala simple; no es de por sí ninguna hipótesis para explicar la conversión en dinero de 200*c* (*d*); significa, simplemente, que es inexplicable. Como no es posible demostrar cómo van a convertirse en dinero los 200*c* (*d*), se da por supuesto que I tiene la amabilidad de convertirlos en dinero, precisamente porque no se halla en condiciones de convertir en dinero su propio resto de 200*p*. Concebir esto como una operación normal del mecanismo de cambio es exactamente lo mismo que si se admitiese que todos los años llueven del cielo 200 libras esterlinas para convertir periódicamente en dinero las 200*c* (*d*).

Sin embargo, el carácter absurdo de semejantes hipótesis no salta directamente a la vista si I*p*, en vez de presentarse como aquí en su primitiva modalidad –es decir, como parte integrante del valor de mercancías que sus productores capitalistas tienen que realizar en dinero por medio de su venta–, aparece en manos de los copartícipes de los capitalistas, por ejemplo, en manos del terrateniente como renta del suelo en manos del financiero como intereses. Pero si la parte de la plusvalía de las mercancías que el capitalista industrial se halla obligado a ceder a otros copropietarios de la plusvalía en concepto de renta del suelo o de intereses no es realizable a la larga mediante la venta de las mercancías, se vendrá a tierra también el pago de la renta o de los intereses y, por tanto, ni el terrateniente ni el financiero pueden actuar, mediante su desembolso, como *dens ex machina* (31) para invertir en dinero a su antojo determinadas partes de la reproducción anual. Y lo mismo acontece con los gastos de todos los llamados obreros improductivos, funcionarios públicos, médicos, abogados, etc., y de cuantos, bajo una u otra forma del “gran público”, prestan a los economistas el “servicio” de explicar lo que no son capaces de explicar ellos.

Tampoco constituye ninguna solución el hecho de que, en vez de fijarse en el intercambio directo entre I y II –entre los dos grandes sectores de la producción capitalista–, se interfiera como mediador el comerciante, salvando todas las dificultades con su “dinero”. Llegado el momento, los 200 I*p*, por ejemplo, deberán ser entregados final y definitivamente a los capitalistas industriales de II. Aunque pase por las manos de una larga serie de comerciantes, el último de éstos se enfrentará –con arreglo a nuestra hipótesis– con II y se encontrará ante él en la misma situación en que los productores capitalistas de I se encontraban desde el primer momento, es decir, en la situación de no poder vender a II los 200 I*p*; y la suma de compra ya utilizada no podrá renovar el mismo proceso con I.

Se ve aquí cómo, prescindiendo de nuestra verdadera finalidad, es absolutamente necesario considerar el proceso de reproducción en su forma fundamental –prescindiendo de todas las figuras intermediarias, que sólo sirven para oscurecerlo– para descartar los falsos subterfugios que producen la apariencia de una explicación “científica”, como ocurre cuando el análisis recae inmediatamente sobre el proceso social de reproducción en su forma concreta complicada.

La ley según la cual, cuando la reproducción se desarrolla normalmente (ya sea en escala simple o en escala ampliada), el dinero lanzado a la circulación por el productor capitalista debe retornar a su punto de partida (siendo indiferente, para estos efectos, el que el dinero le pertenezca a él mismo o lo tome a préstamo de otro), excluye como vemos, de una vez para siempre, la hipótesis de que los 200 II*c* (*d*) se conviertan en dinero mediante el dinero desembolsado por I.

2) Reposición del Capital fijo en especie

Descartada la hipótesis que acabamos de examinar sólo quedan las posibilidades que, aparte de la reposición del desgaste en dinero, incluyen la reposición en especie del capital fijo completamente agotado.

Antes, dábamos por supuesto:

a) que las 1,000 libras esterlinas pagadas en concepto de salario por I eran invertidas por los obreros en II*c*, es decir, que se gastaban en comprar medios de consumo.

Cuando decimos que aquí las 1,000 libras esterlinas son desembolsadas por I en dinero, no hacemos más que consignar un hecho. Los salarios deben abonarse en dinero por los respectivos productores capitalistas; este dinero es invertido luego por los obreros en medios de vida y sirve, por su parte, a los vendedores de éstos como medio de circulación para convertir su capital constante de capital–mercancías en capital productivo. Es cierto que tiene que pasar por muchos canales (tenderos, propietarios de casas, recaudadores de contribuciones, obreros improductivos tales como médicos, etc., que los mismos obreros necesitan) y que, por tanto, sólo en parte refluye directamente de manos de los obreros de I a manos del sector capitalista II. Puede ocurrir que el flujo de este dinero se estanque más o menos, lo cual exige nuevas reservas de dinero por parte de los capitalistas. Todo esto no nos interesa para el estudio de esta forma fundamental.

b) Se daba por supuesto que, de una parte, I desembolsaba otras 400 libras esterlinas en dinero para comprar mercancías a II, dinero que refluía a él, del mismo modo que, por otra parte, II desembolsaba en dinero otras 400 libras esterlinas para comprar mercancías a I, volviendo a refluír a él el mismo dinero. Hay que partir de este supuesto, ya que el supuesto contrario, o sea, el de que el sector capitalista I o el sector capitalista II lanza a la circulación unilateralmente el dinero necesario para el cambio de mercancías, sería arbitrario. Y como en el apartado anterior *1*) ha quedado demostrado que debe rechazarse como absurda la hipótesis según la cual I lanza a la circulación dinero complementario para convertir en dinero los 200 I*c* (*d*), parece como si sólo quedase ya la hipótesis aún más absurda de que es el mismo II quien lanza a la circulación el dinero con que se realiza la parte de valor de la mercancía llamada a reponer el desgaste del capital fijo. Por ejemplo, la parte de valor que la máquina de hilar del señor X pierde en la producción reaparece como parte de valor del hilado; por donde lo que su máquina de hilar pierde por una parte de su valor, como desgaste, se acumula por otra parte en ella como dinero. X puede ahora, por ejemplo, comprar 200 libras esterlinas de algodón a *Y*, lanzando así a la circulación 200 libras esterlinas en dinero, *Y* le compra hilados con las mismas 200 libras esterlinas, las cuales sirven ahora a X como fondo para reponer el desgaste de la máquina de hilar. El resultado de todo esto no sería otro sino el que X prescindiendo de su producción, de su producto y de la venta de éste, se reserva *in petto* (32) 200 libras esterlinas para resarcirse a sí mismo la pérdida de valor de su máquina de hilar, con lo cual además de la pérdida de valor de su máquina, equivalente a 200 libras esterlinas, tendría que poner todos los años otras 200 libras en dinero de su bolsillo para encontrarse al final en condiciones de poder comprar una máquina nueva.

Pero el absurdo de todo esto salta a la vista. El sector II está formado por capitalistas cuyo capital fijo tiene plazos de reproducción completamente distintos. Para unos, el plazo se cumple en el momento en que ha de ser repuesto en especie. Para otros, el plazo se halla más o menos alejado de este momento; todos los de la segunda clase coinciden en que su capital fijo no se reproduce de un modo efectivo, es decir, no se renueva en especie o mediante un ejemplar del mismo género, sino que su valor va acumulándose sucesivamente en dinero. Los primeros se encuentran exactamente (o bien parcialmente, cosa que aquí no interesa) en la misma situación que al iniciar el negocio, en que salieron al mercado con un capital en dinero para invertirlo, de una parte, en capital constante (fijo y circulante) y de otra parte en capital variable, o sea, en fuerza de trabajo. Ahora se ven en la necesidad de lanzar de nueva cuenta a la circulación este capital–dinero, es decir, lo mismo el valor del capital fijo constante que el del capital circulante y el variable.

Si partimos, pues, del supuesto de que de las 400 libras esterlinas que el sector capitalista II lanza a la circulación para el cambio con el sector I, la mitad proviene de aquellos capitalistas del sector II que no sólo tienen que renovar en especie, con sus mercancías, sus medios de producción que forman parte del capital circulante, sino además, con su dinero, su capital fijo, mientras que la otra mitad de los capitalistas del sector II sólo repone en especie, con su dinero, la parte circulante de su capital constante, pero no su capital fijo, no habrá absolutamente nada contradictorio en el hecho de que las 400 libras esterlinas que refluyen (que

refluyen tan pronto como I las invierta en comprar medios de consumo) se repartan en distintas proporciones entre estas dos categorías del sector II. Estas 400 libras esterlinas refluyen al sector II, pero no retornan a las mismas manos, sino que se distribuyen de distinto modo dentro de este sector, pasan de una parte del mismo a otra.

Una parte de II, además de la parte de medios de producción, cubierta en última instancia con sus mercancías, ha invertido 200 libras esterlinas de dinero en nuevos elementos en especie del capital fijo. El dinero así desembolsado –como al iniciar el negocio– sólo va refluyendo a él de la circulación sucesivamente, en series de años, como la parte destinada al desgaste en el valor de las mercancías que han de producirse con este capital fijo.

En cambio, la otra parte II no recibe de I, por las 200 libras esterlinas, ninguna mercancía, sino dinero con el que la primera parte de II ha comprado elementos del capital fijo. Una parte de II vuelve a poseer su capital fijo bajo nueva forma natural, mientras que la otra se ocupa de acumularlo en forma de dinero para poder reponer más tarde su capital fijo en especie.

El estado de cosas de que tenemos que partir, después de los cambios anteriores, es el resto de las mercancías cambiables por ambas partes: en I, 400*p*; en II, 400*c*.[11] Partimos del supuesto de que II desembolsa 400 en dinero para la circulación de estas mercancías por valor de 800. La mitad de las 400 (= 200) debe invertirse en todo caso por la parte de II*c* que acumula 200 en dinero como valor de desgaste y que ahora tiene que volver a convertir este valor en la forma natural de su capital fijo.

Del mismo modo que el valor del capital constante, el del capital variable y el de la plusvalía –en que puede descomponerse lo mismo el valor del capital mercancías de II que el de I– se puede representar en especiales partes alícuotas proporcionales de las mercancías de II y de las de I, dentro del valor del capital constante ocurre lo mismo con la parte de valor que no se destina a invertirse aún en la forma natural del capital fijo, sino a irse atesorando por el momento, gradualmente, en forma de dinero. Una determinada cantidad de mercancías II (en nuestro caso, por tanto, la mitad del resto = 200) sólo es aquí exponente de este valor de desgaste que ha de cristalizar mediante el cambio en dinero. (La primera parte de los capitalistas II que repone capital fijo en especie, puede haber realizado ya una parte de su valor de desgaste con la parte de desgaste de la masa de mercancías, de la que aquí sólo figura el resto; pero aún le quedan 200 por realizar.)

Por lo que se refiere a la segunda mitad (= 200) de las 400 libras esterlinas lanzadas a la circulación por II en esta operación restante, sirve para comprar a I elementos circulantes del capital constante. Una parte de estas 200 libras esterlinas puede ser lanzada a la circulación por ambas partes de II o sólo por aquella que no renueva en especie la parte del capital fijo.

Con las 400 libras esterlinas se sacan, por tanto, de I: *1*) mercancías por importe de 200 libras esterlinas, consistentes solamente en elementos del capital fijo; *2*) mercancías por importe de 200 libras esterlinas que se limitan a reponer los elementos naturales de la parte circulante del capital constante de II. Con esto, I vende todo su producto–mercancías anual, en la medida en que puede vendérselo a II: pero el valor de una quinta parte de él, o sean, 400 libras esterlinas, se halla ahora en sus manos bajo forma de dinero. Sin embargo, este dinero es plusvalía liquidada, que como renta debe invertirse en medios de consumo. Por tanto, I compra con las 400 todas las existencias de mercancías de II = 400. El dinero refluye, pues, a II, haciendo desaparecer sus mercancías.

Examinemos ahora tres casos: llamaremos a la parte de los capitalistas II que repone en especie el capital fijo “parte 1” y a la que va acumulando el valor de desgaste del capital fijo en forma de dinero “parte 2”. Los tres casos a que nos referimos son los siguientes: *a*) el de que los 400 que quedan todavía como resto en mercancías de II una parte alícuota de las partes 1 y 2 (digamos $^1/_2$) tengan que reponer ciertas partes alícuotas de los elementos circulantes del capital constante; *b*) el de que la parte 1 haya vendido ya toda su mercancía, lo que significa que la parte 2 tenga que vender todavía 400; *c*) el de que la parte 2 haya vendido toda su mercancía excepto los 200 que representan el valor de desgaste.

Obtenemos así las siguientes divisiones:

a) Del valor–mercancías = 400*c* que se hallan todavía en manos de II, la parte 1 posee 100 y la parte 2 posee 300, de los cuales 200 representan el desgaste. En este caso, de las 400 libras esterlinas en dinero que I restituye ahora para saldar las mercancías de II la parte 1 ha invertido originalmente 300, de ellos 200 en dinero, de los cuales salen de I elementos del capital fijo en especie, y 100 en dinero también para facilitar su intercambio de mercancías con I; en cambio, la parte 2 sólo desembolsa $^1/_4$ de 400, o sean, 100, también para facilitar su intercambio de mercancías con I.

Por tanto, de los 400 en dinero la parte 1 sólo ha desembolsado 300 y la parte 2 ha desembolsado 100.

Pero de estos 400 refluyen:

A la parte 1: 100, es decir, solamente $^1/_3$ del dinero desembolsado por ella. En cambio, los $^2/_3$ del valor de 200 los posee el capital fijo renovado. Por este elemento fijo del capital que representa un valor de 200 ha entregado a I dinero, pero no ha tenido que entregarle ninguna mercancía más. Con respecto a ella, se enfrenta con I simplemente como comprador; no necesita volver a actuar como vendedor. Por tanto, este dinero no puede refluir a la parte 1, pues de otro modo sería como si 1 le regalase los elementos fijos del capital. Con respecto al último tercio del dinero por ella desembolsado, la parte 1 sólo actúa como compradora de los elementos circulantes de su capital constante. Con el mismo dinero le compra a I el resto de su mercancía por valor de 100. El dinero refluye, por tanto, a ella (a la parte 1 de II), puesto que actúa como vendedora de mercancías inmediatamente después de haber actuado como compradora. Si ese dinero no refluyese, II (parte 1) habría regalado a I, primero mercancías por valor de 100 y luego 100 en dinero y además otros 100 en mercancías; le habría regalado, por tanto su mercancía.

En cambio, a la parte 2, que invierte 100 en dinero, refluyen 300 en dinero; 100, porque como comprador lanza a la circulación 100 en dinero, que luego recobra como vendedor; 200 porque sólo actúa como vendedor de mercancías por un valor de 200, y no como comprador. Por consiguiente, este dinero no puede refluír a I. El desgaste del capital fijo queda saldado, pues, por el dinero lanzado a la circulación por II (parte 1) al comprar los elementos fijos del capital; pero no pasa a manos de la parte 2 como el dinero de la parte 1, sino como el dinero perteneciente al sector I.

b) Partiendo de este supuesto, el resto de II*c* se distribuye de tal modo que la parte 1 se halla en posesión de 200 en dinero y la parte 2 de 400 en mercancías.

La parte 1 ha vendido toda su mercancía, pero 200 en dinero representan la forma transformada de la parte fija de su capital constante que tiene que reponer en especie. Aquí sólo actúa, por tanto, como comprador y obtiene, en vez de su dinero, mercancía de I por el mismo valor como elementos naturales del capital fijo. La parte 2 sólo tiene que lanzar a la circulación, como máximum (siempre y cuando que I no desembolse ningún dinero para el intercambio de mercancías entre I y II), 200 libras esterlinas, puesto que, en lo que se refiere a la mitad de su valor–mercancías, se limita a vender a I, sin ser su comprador.

Retornan a él, de la circulación, 400 libras esterlinas; 200, porque habiéndolas desembolsado como comprador, las recobra como vendedor de 200 en mercancía; 200, porque vende a I mercancías por valor de 200 sin obtener de él, a cambio, ningún equivalente en mercancías.

c) La parte 1 posee 200 en dinero y 200*c* en mercancías; la parte *2, 200c* (*d*) en mercancías. La parte *2*, siempre bajo este supuesto, no tiene que adelantar nada en dinero, pues ya no actúa frente a I como vendedor (debiendo, por tanto, esperar a que le compren.

La parte 1 desembolsa 400 libras esterlinas en dinero, 200 para el intercambio de mercancías con I y 200 como simple comprador de I. Con estas últimas 200 libras esterlinas compra los elementos fijos de su capital.

I compra, con 200 libras esterlinas en dinero, por valor de 200 en mercancías a la parte 1, a la cual refluyen así las 200 libras esterlinas en dinero desembolsadas por ella en este cambio de mercancías; y I compra con las otras 200 libras esterlinas –obtenidas también de la parte 1– por valor de 200 en mercancías a la parte 2, la cual ve cristalizar así en dinero el desgaste de su capital fijo.

Los términos del problema no se alterarían en modo alguno por el hecho de que en el caso *c*) fuese II (parte 1) el que desembolsase los 200 en dinero para la circulación de las mercancías existentes. En estas condiciones, si I se adelanta a comprar a II, parte 2, por valor de 200 en mercancías –partiendo del supuesto de que II, parte 2, tenga que vender aún este resto de mercancías–, las 200 libras esterlinas no refluyen a I, puesto que II, parte 2, no actúa de nuevo como comprador; pero II, parte 1, dispondrá entonces de 200 libras esterlinas en dinero para poder comprar y además 200 en mercancías para poder cambiar; es decir, dispondrá en conjunto de 400 para poder cambiar por I. En este caso, refluirán a I, de manos de la parte 1 (II) 200 libras esterlinas en dinero. Si I vuelve a invertirlas para comprar a la parte 1 (II) 200 en mercancías, refluirán a él tan pronto éste rescate de manos de I la segunda mitad de los 400 en mercancías. La parte 1 (II) habrá invertido 200 libras esterlinas en dinero como simple comprador de elementos del capital fijo; por tanto, esta suma no refluirá a ella, sino que servirá para convertir en dinero los 200*c* en mercancías que forman el resto de II, parte 2, mientras que refluirán a I las 200 libras esterlinas invertidas en circular las mercancías, no a través de II, parte 2, sino a través de II, parte 1. Por su mercancía de 400 refluirá a ella un equivalente en mercancías; recobrará las 200 libras esterlinas desembolsadas por ella para la circulación de 800 en mercancías, y de este modo todo quedará en orden.

La dificultad que surgía en la circulación I. 1,000*v* + 1,000*p*

II. 2,000*c*

ha quedado reducida a la dificultad que plantea la circulación de los restos:

I.....400*p*

II. (1) 200 en dinero + 200*c* en mercancía + 200*c* en mercancía, o, para que la cosa sea todavía más clara:

I. 200*p* + 200*p*

II. (1) 200 en dinero + 200 en mercancía + (2) 200*c* en mercancía.

Como en II, parte 1, 200*c* en mercancía se cambia por 200 I*p* (mercancía), y como todo el dinero que circula en este cambio de 400 en mercancía entre I y II refluye al que lo ha desembolsado, I o II, este dinero, considerado como elemento de cambio entre I y II, no constituye en realidad ningún elemento del problema aquí planteado. O para expresar la cosa en otros términos: supongamos que el cambio entre 200 I*c* (mercancía) y 200 II*c* (mercancía de II, parte 1) el dinero funcione como medio de pago, no como medio de compra y, por tanto, tampoco como "medio de circulación" en el sentido más estricto; en este caso, es evidente, ya que las mercancías 200 I*p* y 200 II*c* (parte 1) tienen el mismo valor, que los medios de producción por valor de 200 se cambian por medios de consumo y por valor de 200; es decir, que el dinero sólo funciona aquí de un modo ideal, sin que sea necesario lanzar realmente a la circulación dinero alguno para cubrir el saldo de cualquiera de las dos partes. Por tanto, el problema sólo se presenta en toda su pureza si borramos tanto en I como en II la mercancía 200 I*p* y su equivalente, la mercancía 200 II*c* (parte l).

Una vez eliminadas estas dos cantidades de mercancías de idéntico valor (I y II) que se saldan mutuamente, quedará, pues, el resto de la circulación en que se planteará el problema en toda su pureza, a saber:

I. 200*p* en mercancías.

II. (1) 200*c* en dinero + (2) 200*c* en mercancías.

Aquí es evidente que II, parte 1, compra con 200 en dinero los elementos de su capital fijo 200 Ip; con ello se repone en especie el capital fijo de II, parte 1, la plusvalía de I, por valor de 200, se convierte de su forma–mercancías (medios de producción y, concretamente, elementos del capital fijo) en forma–dinero. Con este dinero, I compra a II, parte 2, medios de consumo y el resultado para II es que la parte 1 repone en especie una parte fija de su capital constante y que la parte 2 ve cristalizar en dinero otra parte (que repone el desgaste del capital fijo); y esto un año tras otro, mientras que se repone también esta parte del capital.

Aquí, la condición previa es, evidentemente, que esta parte fija del capital constante II, cuyo valor íntegro vuelve a convertirse en dinero y, por tanto, debe reponerse todos los años en especie (parte l), sea igual al desgaste anual de la otra parte fija del capital constante II que sigue funcionando bajo su antigua forma natural y cuyo desgaste, por el valor que transfiere a las mercancías a cuya producción contribuye, debe reponerse primeramente en dinero. Este equilibrio aparecería así como ley de la reproducción en escala fija; lo que quiere decir, en otras palabras, que en el sector I, productor de medios de producción, la división proporcional del trabajo debe mantenerse inalterable, en la medida en que suministra al sector II, de una parte, los elementos circulantes y, de otra, los elementos fijos del capital constante.

Pero antes de entrar a investigar a fondo este aspecto, debemos ver cómo se plantea el problema cuando el resto de II*c* (1) no es igual al resto de II*c* (2), pues puede ser mayor o menor. Examinemos por separado cada uno de estos dos casos.

Primer caso

I. 200*p*.

II. (1) 220*c* (en dinero) + (2) 200*c* (en mercancías).

Aquí, II*c* (1) compra con 200 libras esterlinas las mercancías 200 I*p* y I compra, con el mismo dinero, las mercancías 200 II*c* (2), es decir, la parte del capital fijo que debe cristalizar en dinero y que de este modo queda realizada. Pero quedan 200 II*c* (1) en dinero que no pueden volver a convertirse en capital fijo en especie.

Esta dificultad parece que podría resolverse calculando el resto de I*p* no en 200, sino en 220, de tal modo que de los 2,000 I sólo se liquiden mediante un cambio anterior, en vez de 1,800 solamente 1,780. Por tanto, en este caso tendríamos:

I. 220*p*.

II. (1) 220*c* (en dinero) + (2) 200*c* (en mercancías).

II*c*, parte 1, compra por 220 libras esterlinas en dinero las 220 I*p* y I compra luego con 200 libras esterlinas las 200 II*c*, parte 2, en mercancías. Pero en este caso quedarán 20 libras esterlinas en dinero en manos de I, un fragmento de la plusvalía que sólo podrá retener en dinero, que no podrá invertir en medios de consumo. Por tanto, no habremos hecho otra cosa que desplazar la dificultad de II*c*, parte 1, a I*p*.

Supongamos ahora que II*c*, parte 1, sea menor que II*c*, parte 2, y tendremos el

Segundo caso

I. 200*p* (en mercancías) .

II. (1) 180*c* (en dinero) + (2) 200*c* (en mercancías).

II. (parte I) compra mercancías de I*p* por valor de 180 con 180 libras esterlinas; I compra con este dinero mercancías por el mismo valor a II (parte 2), es decir, 180 II*c* (2); quedarán, pues, 20 I*p* invendibles por una parte, y por la otra 20 II*c* (2), mercancías por valor de 40 que no podrán convertirse en dinero.

De nada serviría suponer que el resto I = 180; en este caso, no quedaría ningún remanente en I, pero seguiría quedando un remanente de 20 en II*c* (2) invendible, no susceptible de convertirse en dinero.

En el primer caso, en que II (1) es mayor que II (2), queda en II*c* (1) un remanente en dinero que no puede volver a convertirse en medios de consumo.

En el segundo caso, en que II*c* (1) es menor que II*c* (2), queda un déficit en dinero por parte de 200 I*p* y II*c* (2) y el mismo remanente de mercancías por ambas partes, y si suponemos que el resto de I*p* = II*c* (2), quedarán un déficit en dinero y un superávit en mercancías por parte de II*c* (2).

Si partimos del supuesto de que los restos de I*p* son siempre iguales a II (1) –puesto que son los encargos los que determinan la producción y los términos de la reproducción no cambian porque este año se produzcan más elementos fijos y al año siguiente más elementos circulantes del capital constante II y I–, tendremos que en el primer caso I*p* sólo podría volver a convertirse en medios de consumo siempre y cuando que I comprase con ello una parte de la plusvalía de II y, por tanto, ésta, en vez de ser consumida, fuese acumulada en dinero por I; en el segundo caso, no cabría más solución que hacer que el propio I entregase el dinero, que es precisamente la hipótesis desechada por nosotros.

Si II*c* (1) es mayor que II*c* (2) será necesario importar mercancías de fuera para poder realizar el superávit de dinero de I*p*. Si II*c* (1) es menor que II*c* (2), el recurso será al contrario: exportar mercancías de II (medios de consumo) para poder realizar la parte de desgaste II*c* en medios de producción. En ambos casos habrá que acudir, por tanto, al comercio exterior.

Suponiendo, pues, que para el estudio de la reproducción en escala fija debe partirse del supuesto de que la productividad de todas las ramas industriales y, por tanto, las proporciones de valor entre sus productos respectivos, permanezcan constantes, los dos casos últimamente examinados, en que II*c* (1) es mayor o menor que II*c* (2), siempre ofrecerían un interés para la producción en escala ampliada, en que estos casos pueden indiscutiblemente presentarse.

3) *Resultados*

Con respecto a la reposición del capital fijo, debe observarse, en términos generales, lo siguiente:

Cuando partiendo del supuesto de que todos los demás factores, es decir, no sólo la escala de la producción, sino también, principalmente, la productividad del trabajo, permanecen invariables– se agota una parte mayor del elemento fijo de II*c* que el año anterior, y, por tanto, hay que reponer también en especie una parte mayor de él, la parte del capital fijo que se halla en vías de agotamiento y que, entretanto que llegue a agotarse del todo, debe reponerse provisionalmente en dinero, deberá disminuir en la misma proporción, puesto que partimos del supuesto de que la suma (también la suma de valor) de la parte fija del capital que funciona en II*c* sigue siendo la misma. Pero esto lleva consigo las siguientes circunstancias. *Primero*: si una parte mayor del capital–mercancías I se halla formada por elementos del capital fijo de II*c*, requerirá una parte proporcionalmente menor de elementos circulantes de II*c*, puesto que la producción global de I para II*c* permanece invariable. Al aumentar una de las partes, disminuye necesariamente la otra, y viceversa. Por otra parte, la producción global del sector II sigue siendo de la misma magnitud que antes. Pero, ¿cómo es esto posible, si disminuyen sus materias primas, sus artículos a medio fabricar y sus materias auxiliares (es decir los elementos circulantes del capital constante de II)? *Segundo*: Una parte mayor del capital fijo II*c* restaurado bajo forma de dinero afluye a I para revertir de su forma–dinero a su forma natural. Por tanto, afluye a I más dinero, además del que circula entre I y II para el simple cambio de mercancías; más dinero que no sirve de intermediario en el intercambio de mercancías, sino que sólo funciona unilateralmente en función de medio de compra. Pero, al mismo tiempo, disminuirá proporcionalmente la masa de mercancías de II*c* que representa la reposición del valor de desgaste y, por tanto, la masa de mercancías de II destinada a

cambiarse, no por mercancías de I, sino solamente por dinero de I. De este modo afluirá de II a I más dinero que el utilizado como simple medio de compra y habrá menos mercancías de II frente a las cuales I actúe como simple comprador. Por consiguiente, habrá una parte mayor de mercancías I*p* –pues I*v* se ha cambiado ya por mercancías de II– que no pueda cambiarse por mercancías de II y que no tenga más remedio que mantenerse bajo su forma–dinero.

No necesitamos, pues, según esto, seguir analizando el caso inverso, en que en un año la reproducción de los casos de agotamiento del capital fijo de II son menores y, por tanto, la parte de desgaste mayor.

Esto conducirá, pues, a una crisis –crisis de producción–, a pesar del supuesto de la reproducción en escala fija.

En una palabra: si, tratándose de reproducción simple y en circunstancias idénticas, es decir, de la misma productividad, el mismo volumen global y la misma intensidad del trabajo –no estableciendo la premisa de una proporción constante entre el capital fijo que se agota (y que es necesario reponer) y el que sigue funcionando bajo su antigua forma natural simplemente para reponer el valor de desgaste que añade a los productos)–, tendríamos que en un caso la masa de los elementos circulantes necesitados de reproducción sería la misma, pero aumentaría, en cambio, la masa de los elementos fijos sujeta a reproducción; es decir, que la producción global de I, aumentaría o, en otro caso, aun prescindiendo de las proporciones del dinero, se presentaría un déficit de reproducción.

Veamos ahora el otro caso: si la magnitud proporcional del capital fijo de II que ha de reproducirse en especie disminuyere, y por tanto aumentare en la misma proporción la parte del capital fijo de II que sólo ha de reponerse en dinero, la masa de los elementos circulantes reproducidos por I del capital constante no variaría y, en cambio, disminuiría la del capital fijo sujeto a reproducción. Por tanto, no cabrían más que dos posibilidades: o disminuiría la producción global de I o resultaría un superávit (como antes resultaba un déficit), y un superávit no susceptible de convertirse en dinero.

En efecto, el mismo trabajo puede, en el primer caso, al aumentar su productividad, su duración o su intensidad, arrojar un producto mayor, con lo cual podría cubrirse el déficit en el primer caso. Pero este cambio no se producirá nunca sin un desplazamiento de trabajo y de capital de una u otra rama de producción de I, y cada uno de estos desplazamientos iría acompañado de perturbaciones momentáneas. El segundo lugar (al aumentar la duración y la intensidad del trabajo), I tendría que cambiar más valor por menos valor de II; es decir, se produciría una depreciación del producto de I.

Lo contrario de lo que ocurriría en el segundo caso, en que I se vería obligado a reducir su producción, lo que supone la crisis para los obreros y capitalistas de este sector, o a producir un remanente, lo que significa también crisis. De por sí, estos casos de superávit no constituyen ningún mal, sino una ventaja; pero dentro de la producción capitalista, representan un perjuicio.

La solución en ambos casos podría ser el comercio exterior: en el primer caso, para invertir en medios de consumo la mercancía I estancada en forma de dinero; en el segundo caso, para dar salida al remanente de mercancías. Pero el comercio exterior, cuando no se limita a reponer los elementos (también en cuanto a su valor) no hace más que desplazar las contradicciones a una esfera más extensa, abriendo ante ellas un campo mayor de acción.

Si se elimina la forma capitalista de la reproducción, el problema quedará reducido al hecho de que la magnitud de la parte del capital fijo que se agota y que, por tanto, debe reponerse en especie (en nuestro caso concreto, de la parte que funciona en la producción de medios de consumo) varíe en años sucesivos, compensándose así. Si un año es muy grande (superior al tipo medio de mortalidad, como entre los hombres), al año siguiente será, indudablemente, menor. La masa de materias primas, artículos a medio fabricar y materias auxiliares necesaria para la producción anual de artículos de consumo –siempre y cuando que las demás circunstancias no varíen– no disminuirá, por tanto; la producción global de medios de producción deberá, por consiguiente, aumentar en unos casos y disminuir en otros. Sólo podrá hacer frente a esto mediante una continua superproducción relativa; por una parte, una cierta cantidad de capital fijo que produzca más de lo directamente necesario; por otra parte, y muy concretamente, existencias de materias primas, etc., que excedan de las necesidades inmediatas anuales (cosa aplicable muy especialmente a los medios de subsistencia). Este tipo de superproducción equivale al control de la sociedad sobre los medios objetivos de su propia reproducción. Pero dentro de la sociedad capitalista sería un elemento de anarquía,

Este ejemplo del capital fijo –partiendo de una escala permanente de reproducción– es palmario. La desproporción en la producción del capital fijo y del capital circulante constituye una de las razones predilectas de los economistas para explicar las crisis. Para ellos, representa algo nuevo el hecho de que esta

desproporción puede producirse y se produce necesariamente en los casos de simple *conservación* del capital fijo; que puede y debe producirse partiendo del supuesto de una producción normal ideal, a base de la reproducción simple del capital social ya en funciones.

XII. *La reproducción del material–dinero*

Hasta aquí, hemos prescindido enteramente de un factor, que es la reproducción anual de oro y plata. Considerados simplemente como material empleado en artículos de lujo, en dorados, etc., no habría para qué mencionarlos especialmente, ya que son productos como otros cualesquiera. En cambio, estos metales desempeñan un importante papel considerados como material–dinero y, por tanto, como dinero potencial. Para simplificar el problema, partimos aquí del supuesto de que el material–dinero empleado es exclusivamente el oro.

La reproducción anual de oro ascendía en total, según datos antiguos, a unas 800 a 900,000 libras, equivalentes en números redondos a unos 1,100 o 1,250 millones de marcos. Según Soetbeer,[12] por el contrario, como producción media de los años 1871 a 1875, solamente 170,675 kilos, con un valor, en números redondos, de 476 millones de marcos. De ellos corresponden, aproximadamente, 167 millones a Australia, 166 a los Estados Unidos y 93 a Rusia. El resto se distribuye entre diversos países en cantidades menores de 10 millones de marcos. La producción anual de plata durante el mismo período fue, aproximadamente, de 2 millones de kilos con un valor de $354^1/_2$ millones de marcos, distribuidos sobre poco más o menos así: México 108, los Estados Unidos 102, América del Sur 67, Alemania 26 millones, etc.

Entre los países en que predomina la producción capitalista sólo los Estados Unidos son productores de oro y plata; los países capitalistas europeos reciben casi todo su oro y la inmensa mayoría de su plata de Australia, los Estados Unidos, México, la América del Sur y Rusia.

Desplazaremos, sin embargo, las minas de oro al país de producción capitalista cuya reproducción anual analizamos aquí. Por la razón siguiente:

La producción capitalista es inseparable del comercio exterior. Y el supuesto de una reproducción normal anual a base de una escala dada lleva aparejado también el supuesto de que el comercio exterior sólo supla los artículos del interior del país mediante artículos de otra forma útil y natural sin afectar con ello a las proporciones de valor, ni tampoco, por consiguiente, a las proporciones de valor entre las dos categorías de los medios de producción y los medios de consumo ni a las que rigen entre el capital constante, el capital variable y la plusvalía, en que puede descomponerse el valor del producto de cada una de aquellas dos categorías. Por eso, el tener en cuenta el comercio exterior cuando se trata de analizar el valor del producto reproducido anualmente sólo sirve para mover a confusión sin aportar ningún criterio nuevo ni en cuanto a los términos del problema ni en cuanto a su solución. Debemos, pues, prescindir en absoluto de ese factor, considerando también el oro como elemento directo de la reproducción anual y no como un elemento de valor importado mediante el intercambio.

La producción de oro figura, como la de metales preciosos en general, en el sector I, es decir, en la categoría que engloba la producción de medios de producción. Supongamos que la producción anual de oro sea = 30 (la calculamos, para mayor comodidad, muy por encima de las cifras de nuestro esquema) y que se descomponga en $20c + 5v + 5p$: $20c$ podrán cambiarse por otros de Ic, como más adelante veremos: pero los $5v + 5p$ (I) se cambiarán por elementos de IIc, es decir, por medios de consumo.

Por lo que respecto a los $5v$, toda empresa productora de oro empieza comprando la fuerza de trabajo necesaria para su explotación; no la compra con el oro que ella misma produce, sino con una parte alícuota del oro existente ya en el país. Con estos $5v$, los obreros obtienen medios de consumo de II, el cual compra con este dinero medios de producción a I. Supongamos que II compra a I oro por valor de 2 como materia–mercancías, etc., (parte integrante de su capital constante); refluirán a los productores de oro de I $2v$ en dinero incorporado ya desde antes a la circulación. Aunque II no compra a I ningún otro material, I lo compra a II al lanzar su oro como dinero a la circulación, ya que el oro puede comprar cualquier mercancía. La diferencia, estriba simplemente en que I no actúa aquí como vendedor, sino exclusivamente como comprador. Los productores de oro de I pueden dar salida en todo momento a su mercancía; ésta reviste una forma susceptible de ser cambiada en todo momento.

Supongamos que un fabricante de hilados pague $5v$ a sus obreros y que éstos le suministren –prescindiendo aquí de la plusvalía–, a cambio de ello, un producto = 5; los obreros comprarán a IIc por valor de 5, IIc comprará a I hilados por el mismo valor, con lo cual los $5v$ refluirán en dinero al fabricante de hilados. En el caso que aquí examinamos, por el contrario, lo (como designaremos a los productos de oro)

desembolsa a sus obreros 5*v* en dinero que se hallaba ya antes dentro de la circulación; los obreros invierten este dinero en medios de subsistencia; pero de los 5 sólo 2 refluyen de II a I. Sin embargo, I*o* puede comenzar de nuevo el proceso de reproducción, exactamente lo mismo que el fabricante de hilados, pues sus obreros le han entregado 5 en oro, de los cuales ha vendido 2 y conserva 3 en oro, que no tiene, por tanto, más que acuñar[13] o convertir en billetes de banco para que directamente, sin ninguna otra mediación de II, todo su capital variable vuelva a encontrarse en sus manos en forma de dinero.

Pero ya en este primer proceso de la reproducción anual se ha operado un cambio en cuanto a la masa de dinero que se halla en circulación de un modo real o virtual. Hemos supuesto que II*c* ha comprado 2*v* (I*o*) como material y que 3 es invertido de nuevo por I*o* dentro de II como forma–dinero del capital variable. Por consiguiente, de la masa de dinero suministrada por la nueva producción de oro quedan 3 dentro de II, que no refluyen a I. Según el supuesto de que se parte, II satisface sus necesidades de material oro. Los 3 permanecen en su poder como tesoro. Como no pueden constituir ningún elemento de su capital constante y como, además, II poseía ya antes suficiente capital–dinero para comprar la fuerza de trabajo necesaria; como, además, si exceptuamos el elemento de desgaste, estos 3*o* complementarios no tienen ninguna función que desempeñar dentro de II*c*, por una parte del cual se han cambiado (sólo podrían servir para cubrir proporcionalmente el elemento de desgaste, si II*c* (1) *fuese mayor que* II*c* (2), cosa fortuita); y por otra parte exceptuando precisamente el elemento de desgaste, todo el producto–mercancías II*c* puede cambiarse por medios de producción I (*v* + *p*); este dinero debe transferirse íntegramente de II*c* a II*p*, ya exista éste en medios de subsistencia o en artículos de lujo, transfiriéndose a cambio de ello el correspondiente valor–mercancías de II*p* a II*c*. Resultado: que una parte de la plusvalía se acumulará como tesoro en dinero.

Al segundo año de reproducción, si se sigue empleando como material la misma proporción del oro producido anualmente, volverán a refluir 2 a I*o* y 3 se repondrán en especie, es decir, volverán a quedar libres en poder de II como tesoro, etc.

Con respecto al capital variable en general: el capitalista de I*o* tiene que desembolsar constantemente en dinero este capital, como otro capitalista cualquiera, para comprar trabajo. En lo que se refiere a este *v*, no es él, sino que son sus obreros quienes tienen que comprar a II; no puede darse, pues nunca el caso de que este capitalista actúe como comprador, es decir, de que lance a II una cantidad de oro sin su iniciativa. Pero en la medida en que II le compra a él material, tenga que invertir en material oro su capital constante II*c*, refluirá a él de II una parte de (I*o*)*v*, del mismo modo que refluya a los otros capitalistas de I; y cuando esto no ocurra repondrá su *v* en oro directamente a base de su propio conducto. Y en la proporción en que no refluya a él el *v* desembolsado como dinero por II, una parte de la circulación ya existente (del dinero que afluya a él de I y no retorne a éste) se convertirá en tesoro en manos de II, sin que una parte de su plusvalía se invierta en medios de consumo. Y como constantemente se ponen en explotación nuevas minas de oro o se reanuda la explotación de otras antiguas, nos encontramos con que una determinada proporción del dinero de I*o* destinado a invertirse en *v* forma siempre parte de la masa de dinero existente antes de la nueva producción de oro y que I*o* lanza a II por medio de sus obreros, la cual, cuando no retorne de manos de II a I*o*, se convierte allí en materia de atesoramiento.

En cuanto a (I*o*)*p*, I*o* puede actuar siempre aquí como comprador; lanza su *p* como oro a la circulación y saca de ella, a cambio, medios de consumo II*c*; aquí, el oro se emplea en parte como material y funciona, por tanto, como elemento real de la parte constante *c* del capital productivo; en la medida que no ocurre esto, se convierte de nuevo en elemento de atesoramiento, como la parte de II*c* que conserva su forma de dinero. Se revela así –aun prescindiendo de I*c*, de que luego trataremos[14]– cómo aun en el caso de reproducción simple, descartando la hipótesis de la acumulación en el sentido estricto de la palabra, es decir, de la reproducción en escala ampliada, se produce necesariamente el fenómeno de la acumulación de dinero o atesoramiento. Y como éste se repite todos los años, se explica con ello el supuesto de que se parte al estudiar la producción capitalista, a saber: que, al iniciarse la reproducción, se encuentra en manos de los sectores capitalistas I y II una masa de medios pecuniarios proporcional a la circulación de mercancías. Y esta acumulación se produce aun descontando el oro que se pierde por el desgaste del dinero circulante.

De suyo se comprende que cuanto más avanzado se halle el proceso de vida de la producción capitalista mayor será la masa de dinero acumulada en todas partes y menor, por tanto, la proporción que la nueva producción anual de oro añadirá a esta masa, por muy importante que pueda ser este aumento en cuanto a su cantidad absoluta. Sólo hemos de referirnos de nuevo aquí, con carácter general, a la objeción hecha contra Tooke: ¿cómo es posible que cada capitalista saque una plusvalía en dinero del producto anual, es decir, saque de la circulación más dinero del que lanza a ella, puesto que en última instancia es la misma clase capitalista la que debe considerarse como la fuente que lanza el dinero a la circulación?

Observaremos acerca de esto, resumiendo lo que ya más arriba (cap. XVII [pp. 303–332]) hubimos de exponer:

1. La única premisa que es necesario sentar aquí, a saber: que exista dinero suficiente para poner en circulación los diversos elementos de la masa de reproducción anual, no resulta menoscabada en modo alguno por el hecho de que una parte del valor–mercancías consista en plusvalía. Suponiendo que toda la producción perteneciese a los mismos obreros, que, por tanto, su trabajo sobrante fuese trabajo sobrante para ellos y no para los capitalistas, la masa del valor–mercancías circulante seguiría siendo la misma y exigiría, en igualdad de condiciones, la misma masa de dinero para su circulación. Por tanto, en ambos casos sólo cabe preguntar: ¿de dónde procede el dinero para poner en circulación este valor–mercancías global? Pero en modo alguno puede preguntarse: ¿de dónde procede el dinero necesario para realizar la plusvalía?

Es cierto, para volver aún sobre este punto, que toda mercancía se desdobla en $c + v + p$ y que para la circulación de la masa global de mercancías es necesaria, de una parte, una determinada suma de dinero para poner en circulación el capital $c + v$, y de otra parte, otra suma de dinero para poner en circulación la renta de los capitalistas, la plusvalía p. Lo mismo que para el capitalista individual, para toda la clase capitalista en conjunto es el dinero en que desembolsa su capital distinto del dinero en que invierte la renta. ¿De dónde procede éste? Sencillamente, de que dentro de la masa de dinero que se halla en manos de la clase capitalista y, por tanto, vista la cosa en conjunto y a grandes rasgos, en la masa de dinero existente dentro de la sociedad, circula una parte de la renta de los capitalistas. Ya hemos visto más arriba cómo todo nuevo capitalista que emprende un negocio recupera el dinero invertido para su sustento en medios de consumo como el dinero que sirve para realizar su plusvalía, tan pronto como el negocio se pone en marcha. Pero, hablando en términos generales, toda la dificultad con que aquí nos encontramos obedece a dos causas.

Primera. Si sólo nos fijamos en la circulación y la rotación del capital y, por tanto, sólo tenemos en cuenta a los capitalistas como personificación del capital –no como consumidores capitalistas, con sus necesidades y voces correspondientes–, los vemos, es cierto, lanzar constantemente plusvalía a la circulación como parte integrante de su capital–mercancías, pero no vemos nunca en sus manos el dinero como forma de la renta; no les vemos nunca lanzar dinero a la circulación para el consumo de la plusvalía.

Segunda. Si la clase capitalista lanza a la circulación una determinada suma de dinero en forma de renta, parece como si pagase un equivalente por esta parte del producto global anual y como si, por tanto, éste dejase con ello de representar plusvalía. Pero el producto sobrante en que toma cuerpo la plusvalía no cuesta nada a la clase capitalista. Como clase, lo posee y lo disfruta gratis, sin que la circulación de dinero pueda modificar en lo más mínimo este hecho. El cambio operado por medio de ésta consiste, pura y simplemente, en que cada capitalista, en vez de consumir en especie su producto sobrante, cosa que en la mayoría de los casos es imposible, saque y se apropie del *stoch* global del producto sobrante anual de la sociedad, mercancías de todas clases hasta cubrir el importe de la plusvalía apropiada por él. Pero el mecanismo de la circulación ha demostrado que si la clase capitalista lanza a la circulación dinero para invertir su renta, vuelve a sacarlo de ella, con lo cual puede iniciar constantemente de nuevo el mismo proceso; que, por tanto, considerada como clase capitalista, sigue hallándose en posesión de esta suma de dinero necesaria para la realización de la plusvalía. Por consiguiente, si el capitalista no se limita a sustraer del mercado de mercancías, en forma de éstas, para su fondo de consumo, la plusvalía, sino que al mismo tiempo refluye a él el dinero con que compra estas mercancías, esto quiere decir, evidentemente, que saca de la circulación las mercancías sin pagar ningún equivalente. No le cuestan nada, a pesar de pagarlas con dinero. Si compro mercancías con una libra esterlina y el vendedor de estas mercancías me devuelve la libra esterlina por un producto sobrante que no me ha costado nada, es indudable que obtengo las mercancías gratis. La repetición constante de esta operación no altera para nada el hecho de que sustraigo constantemente mercancías y me hallo constantemente en posesión de la libra esterlina, aunque transitoriamente me desprenda de ella para obtener las mercancías. El capitalista recobra constantemente este dinero como realización de la plusvalía, la cual no le cuesta nada.

Veíamos que Adam Smith reduce todo el valor social del producto a renta, a $v + p$, que por tanto reduce a cero el valor del capital constante. De aquí se desprende necesariamente que el dinero suficiente para la circulación de la renta anual es también suficiente para la circulación de todo el producto anual; que, por tanto, en nuestro caso, el dinero necesario para la circulación de los medios de consumo por valor de 3,000 es suficiente también para la circulación de todo el producto anual, equivalente a 9,000. Tal es, en efecto, el criterio de Adam Smith, sostenido también por Th. Tooke. Esta falsa idea sobre la relación entre la masa de dinero necesario para realizar la renta y la masa de dinero que pone en circulación el producto total de la sociedad es un resultado necesario del hecho de no haber comprendido y de representarse falsamente el modo

como se reproducen y se reponen todos los años los distintos elementos materiales y de valor del producto global anual. Este punto de vista ha sido ya refutado.

Pero oigamos cómo se expresan Smith y Tooke.

Smith dice, en el libro II, cap. 2 de su obra: “La circulación en cualquier país debe considerarse dividida en dos ramas: la que tiene lugar entre los mismos comerciantes, y la que se efectúa entre negociantes y consumidores. Aunque las mismas piezas de moneda, bien sean de papel o de metal, pueden emplearse unas veces en una circulación, y otras en otra, como ambas están al mismo tiempo en movimiento, cada una requiere una cierta cantidad de una y otra especie para llevarse a efecto. El valor de los bienes que circulan entre negociantes, nunca puede exceder del valor de los que circulan entre negociantes y consumidores, puesto que cuanto compran los comerciantes no tiene otro destino sino la venta a los consumidores. Como la circulación entre negociantes afecta a las compras al por mayor, requiere generalmente una suma mayor para cada transacción particular; por el contrario, la que versa entre negociantes y consumidores, por tener lugar al por menor, necesita sumas más pequeñas, basta el punto de que a veces basta un chelín, y aun medio penique. Sin embargo, estas pequeñas cantidades circulan con mayor velocidad que las mayores. Por consiguiente, aunque el valor de lo que anualmente compran los consumidores es casi siempre igual al de las compras anuales que efectúan los negociantes, se realizan, no obstante, con menores sumas de dinero que las de éstos.”

A propósito de este pasaje de Adam Smith, observa Th. Tooke (*An Inquiry into the Currence Principle*, Londres 1844, pp. 34–36 *ss*.): “No puede caber la menor duda de que esta distinción que aquí se establece es exacta, en cuanto al fondo del asunto... El intercambio entre comerciantes y consumidores incluye también el pago de salarios, que constituye el ingreso principal (*the principal means*) de los consumidores... Todas las operaciones hechas de comerciante a comerciante, es decir, todas las ventas del productor o importador, pasando por todos los grados de los procesos intermedios de la manufactura, etc., hasta llegar al comerciante al por menor o al exportador, pueden reducirse a movimientos de transferencia del capital. Pero las transferencias de capital no presuponen necesariamente ni llevan realmente aparejado, en la gran mayoría de las operaciones, un traspaso efectivo de billetes de banco o de monedas –nos referimos a un traspaso material, no a un traspaso ficticio– en el momento mismo de realizarse... El importe global de los cambios realizados por los comerciantes entre sí tiene que determinarse y delimitarse en última instancia por el importe de los cambios efectuados entre comerciantes y consumidores.”

Si la afirmación final apareciese desligada del resto del pasaje podría pensarse que Tooke se limitaba a consignar la existencia de una relación entre los cambios efectuados por los comerciantes entre sí y los realizados entre comerciante y consumidor o, para decirlo en otras palabras, una relación entre el valor de la renta global anual y el valor del capital con que se produce. Pero no es así. Tooke abraza expresamente la concepción de Adam Smith. Huelga, por tanto, detenerse a criticar especialmente su teoría de la circulación.

2. Todo capitalista industrial, al comenzar sus negocios, lanza de una vez a la circulación el dinero necesario para todo su capital fijo, que sólo va sustrayendo gradualmente de ella a lo largo de una serie de años, mediante la venta de su producto anual. Empieza, por tanto lanzando a la circulación más dinero del que retira de ella. Este fenómeno se repite siempre que es necesario renovar en especie el capital total; se repite todos los años con respecto a un determinado número de empresas cuyo capital fijo ha de renovarse en especie; se repite fragmentariamente en todos los casos de reparación, de renovación puramente fragmentaria del capital fijo. Por consiguiente, si por una parte se retira de la circulación más dinero del que se lanza a ella, por otra parte ocurre a la inversa.

En todas las ramas industriales cuyo período de producción (que se considera distinto del período de trabajo) abarca largo tiempo, los productores capitalistas lanzan constantemente a la circulación durante él cantidades de dinero destinadas en parte a pagar la fuerza de trabajo empleada y en parte a comprar los medios de producción necesarios; de este modo, sustraen al mercado de mercancías, directamente, una cantidad de medios de producción, así como también una cantidad de medios de consumo, en parte indirectamente, a través de los obreros que invierten su salario, y en parte directamente, por medio de los propios capitalistas, que no suspenden en modo alguno su consumo, sin que estos capitalistas lancen por el momento al mercado, simultáneamente, un equivalente en mercancías. Durante este período, el dinero puesto en circulación por ellos, sirve para realizar el valor de las mercancías, incluyendo la plusvalía encerrada en él. Este aspecto es muy importante, dentro de la producción capitalista ya desarrollada, en empresas a largo plazo organizadas en forma de sociedades anónimas, etc., tales como la construcción de ferrocarriles, de canales y de puertos, de grandes edificios urbanos, de buques metálicos, el drenaje de tierras en gran escala, etc.

3. Mientras que los otros capitalistas, prescindiendo de las inversiones en capital fijo, retiran más dinero de la circulación del que lanzan a ella mediante la compra de la fuerza de trabajo y de los elementos del capital circulante, los capitalistas productores de oro y plata, si se prescinde de la cantidad de metal precioso que sirve de materia prima, sólo lanzan dinero a la circulación y sólo retiran de ella mercancías.

4. Por una parte, es cierto que circulan toda clase de mercancías que no se producen durante el año, tales como fincas, casas etc., y además productos cuyo período de producción dura más de un año ganado, madera, vino, etc. Con respecto a estos y otros fenómenos, es importante tener presente que aparte de la suma de dinero necesaria para la circulación inmediata, hay siempre una determinada cantidad que se encuentra en estado latente, no en funciones, pero dispuesta a entrar en actividad al recibir el impulso necesario. El valor de estos productos circula también, con frecuencia, fragmentaria y gradualmente, como ocurre con el valor de las casas alquiladas por una serie de años.

Por otra parte, no todos los movimientos del proceso de reproducción se efectúan por medio de la circulación de dinero. Esta no interviene para nada en todo el proceso de producción, una vez reunidos los elementos necesarios. Además, tenemos todo el producto que el productor vuelve a consumir directamente, sea de un modo individual o de un modo productivo, incluyendo también el sustento natural de los obreros ocupados en la agricultura.

Por tanto, la masa de dinero que hace circular el producto anual existe en la sociedad, se ha ido acumulando poco a poco. No forma parte del producto de valor del año actual, exceptuando tal vez el oro destinado a reponer las monedas desgastadas.

Partimos en esta exposición del supuesto de la circulación exclusiva de dinero formado por monedas de oro y plata y dentro de ésta, a su vez, de la forma más simple de la compra–venta al contado; claro está que aun sobre la base de la simple circulación metálica el dinero puede funcionar también, y ha funcionado históricamente, como medio de pago, habiéndose desarrollado sobre este fundamento un sistema de crédito y determinados aspectos de su mecanismo.

Este supuesto se establece no sólo por razones metódicas, cuya importancia se revela ya en el hecho de que tanto Tooke y su escuela como sus adversarios se veían constantemente obligados, en sus controversias, al tratar de la circulación de los billetes de banco, a remontarse de nuevo a la hipótesis de la circulación puramente metálica. Se veían obligados a hacerlo *post festum*, pero lo hacían de un modo muy superficial, cosa obligada porque el punto de partida, expuesto así, sólo desempeña la función de un punto incidental en el análisis.

Pero el examen, por superficial que sea, de la circulación de dinero expuesta bajo su forma *original* –circulación que constituye aquí un factor importante del proceso anual de reproducción–, revela lo siguiente:

a) Que, partiendo de la premisa de la producción capitalista y, por tanto, del régimen del trabajo asalariado, el capital–dinero desempeña, manifiestamente, un papel fundamental, en la medida en que se trata de la forma bajo la cual se desembolsa el capital variable. A medida que se desarrolla el sistema del trabajo asalariado, todo el producto se va convirtiendo en mercancías y paralelamente con ello debe operarse también necesariamente –con pocas excepciones– la transformación en dinero como una fase de su movimiento. La masa del dinero circulante tiene que ser suficiente para esta realización de las mercancías y la mayor parte de esta masa se aporta en forma de salario, es decir, del dinero desembolsado por el capitalista industrial como forma–dinero del capital–dinero en pago de la fuerza de trabajo y que en manos de los obreros sólo funciona –en su gran masa– como medio de circulación (medio de compra). Es la antítesis completa de la economía natural, tal y como predomina a base de todo sistema de vasallaje (incluyendo la servidumbre), y más aún en las comunidades más o menos primitivas, ya impliquen o no un régimen de vasallaje o de esclavitud.

En el sistema esclavista, el capital–dinero invertido para comprar la fuerza de trabajo desempeña el papel propio de la forma–dinero del capital fijo, el cual sólo va reponiéndose gradualmente, al expirar el período de vida activa del esclavo. Por eso los atenienses consideraban las ganancias obtenidas por un esclavista, ya fuese directamente, mediante la explotación industrial de sus esclavos, o indirectamente, al alquilarlos a otro para que los explotasen industrialmente (por ejemplo, en trabajos de minería), como simples intereses (más la amortización) del capital–dinero desembolsado, exactamente lo mismo que en la producción capitalista el capitalista industrial contabiliza una parte de la plusvalía más el desgaste del capital fijo como intereses y reposición de su capital fijo; y así acostumbran a hacerlo también los capitalistas que alquilan capital fijo (casas, máquinas, etc.). Los simples esclavos domésticos, ya se destinen a la ejecución de servicios necesarios o a la mera ostentación, como esclavos de lujo, caen fuera de este punto de vista; corresponden a lo que es hoy la clase de nuestros domésticos. Pero también el sistema esclavista –allí donde constituye la forma predominante de la agricultura, la navegación, etc., como ocurría en los estados más

desarrollados de Grecia y de Roma– contiene un elemento de economía natural. El mercado de trabajo se ve constantemente surtido de mano de obra por la guerra, la piratería, etc., y estos robos se desarrollan también al margen de todo proceso de circulación, pues constituyen pura y simplemente actos de apropiación de la fuerza de trabajo ajena por medio de la violencia física descarada. Hasta en los Estados Unidos, después de que la zona intermedia entre los estados del Norte, en que regía el sistema de trabajo asalariado, y los estados esclavistas del Sur, se transformó en una zona de abastecimiento de esclavos, en que, por tanto, el esclavo lanzado al mercado esclavista se convertía a su vez en elemento de la reproducción anual, llegó un momento en que esto no bastaba y fue necesario recurrir por el mayor tiempo posible a la trata de esclavos africanos para tener el mercado abastecido.

b) El flujo y reflujo del dinero, tal como se operan de un modo natural en la circulación del producto anual; los desembolsos de capital fijo hechos de una vez por todo el volumen de su valor, y la sustracción de su valor de la circulación realizada de un modo sucesivo a lo largo de períodos de varios años y, por tanto, su reconstitución gradual en forma de dinero mediante el atesoramiento anual, atesoramiento que difiere totalmente por su esencia del otro atesoramiento paralelo, basado en la nueva producción anual de oro; la diversa duración del tiempo en que, según la distinta duración de los períodos de producción de las mercancías, es necesario desembolsar dinero y, por consiguiente, debe tenerse acumulado de antemano para poderlo retirar de la circulación mediante la venta de las mercancías; la distinta duración del período de desembolso, determinada ya por el mero grado de alejamiento mayor o menor del centro de producción con respecto al mercado, y asimismo la diferencia en cuanto a la magnitud y al período del reflujo según el estado o la magnitud relativa de los *stocks* de producción en las distintas industrias y según los diversos capitalistas de la misma rama industrial y, por tanto, los plazos de compra de los elementos que forman el capital constante, todo durante el año de reproducción: todos estos diversos factores que influyen en el movimiento natural sólo necesitan manifestarse y destacarse mediante la experiencia para impulsar con arreglo a un plan tanto los recursos mecánicos del sistema de crédito como la captación efectiva de los capitales existentes y susceptibles de ser prestados.

A esto hay que añadir la diferencia entre las industrias cuya producción, siempre y cuando que las demás condiciones sean normales, se desarrolla continuamente en la misma escala y aquellas que emplean diferente volumen de fuerza de trabajo según las distintas épocas del año, como ocurre en la agricultura.

XIII. *La teoría de la reproducción de Destutt de Tracy*[15]

Sirva como ejemplo de la confusa y al mismo tiempo jactanciosa vacuidad de los economistas al estudiar la reproducción social el gran lógico Destutt de Tracy (cfr. tomo I, pp. 126, n. 31), a quien el propio Ricardo toma en serio y llama “autor muy distinguido” (*Principios*, etc., p. 213).

Este distinguido escritor expone los siguientes criterios acerca del proceso social de reproducción y circulación visto en conjunto:

“Se me preguntará cómo estos empresarios industriales realizan tan grandes ganancias y de quién pueden sacarlas. Contesto que lo consiguen vendiendo todo lo que producen más caro de lo que les ha costado producirlo, y que lo venden:

1) unos a otros hasta cubrir la parte íntegra de su consumo, destinada a la satisfacción de sus necesidades y que pagan con una parte de sus ganancias;

2) a los obreros asalariados, tanto a los pagados por ellos mismos como a los pagados por los capitalistas ociosos y de los cuales recobran por este medio todo su salario, exceptuando si acaso algunas pequeñas economías que puedan hacer;

3) a los capitalistas ociosos, que les pagan con la parte de su renta que no han empleado ya para pagar los salarios de los obreros a quienes emplean directamente; por donde toda la renta que abonan anualmente a estos capitalistas refluye de nuevo a ellos por uno de estos dos caminos” (Destutt de Tracy, *Traité de la volonté et de ses effects*, París, 1826, página 239).

Por tanto, según esto, los capitalistas se enriquecen, en primer lugar, engañándose todos mutuamente en la circulación de la parte de su plusvalía que dedican a su consumo privado o que consumen como renta. Por consiguiente, suponiendo que esta parte de su plusvalía o de su ganancia sea = 400 libras esterlinas, estas 400 libras se convertirán, digamos, en 500 mediante el recargo del 25 por 100 con que cada interesado en las 400 libras cambiará al otro su parte correspondiente. Pero como todos harán esto, el resultado será en fin de cuentas el mismo que si se vendiesen mutuamente sus mercancías por lo que verdaderamente valen. Lo único que ocurrirá será que para circular un valor–mecancía de 400 libras esterlinas necesitarán una masa de dinero

de 500 libras, lo cual más bien parece un método para empobrecerse que para enriquecerse, ya que les obliga a guardar improductiva una parte considerable de su fortuna global bajo la forma ociosa de medios de circulación. Todo este mecanismo se reduce a que la clase capitalista, a pesar del recargo nominal del precio de sus mercancías por parte de todos ellos, distribuyen entre sí un *stock* de mercancías por valor de 400 libras esterlinas para su consumo privado, pero dándose mutuamente el gusto de circular estas 400 libras esterlinas de valor–mercancías por medio de una masa de dinero que podría distribuir mercancías por valor de 500 libras.

1. Prescindamos de que aquí se da por supuesta ya "una parte de sus ganancias" y, por tanto, un *stock* de mercancías en que la ganancia toma cuerpo, cuando de lo que trata Destutt de Tracy es precisamente de demostrar de dónde sale esta ganancia. La masa de mercancías en que toma cuerpo la ganancia parece provenir del hecho de que los capitalistas no sólo se venden unos a otros esta masa de mercancías, que ya es de suyo bastante hermoso y profundo, sino que además se las venden todos ellos con un recargo. Ya sabemos, pues, cuál es una de las fuentes del enriquecimiento de los capitalistas. Es, sobre poco más o menos, el secreto del "inspector Bräsig" según el cual la gran miseria proviene de la gran pobreza.

2. Los mismos capitalistas venden además sus mercancías "a los obreros asalariados, tanto a los pagados por ellos mismos como a los pagados por los capitalistas ociosos y de los cuales recobran por este medio todo su salario, exceptuando si acaso algunos pequeños ahorros".

El reflujo a los capitalistas del capital–dinero bajo cuya forma los capitalistas han desembolsado los salarios de los obreros constituye, pues, según el señor Destutt, la segunda fuente del enriquecimiento de estos capitalistas.

Por tanto, si la clase capitalista paga a los obreros, por ejemplo, 100 libras esterlinas en concepto de salarios y luego estos obreros compran a los mismos capitalistas mercancías por valor de 100 libras esterlinas, con lo cual la suma de 100 libras que los capitalistas han desembolsado como compradores de la fuerza de trabajo refluye de nuevo a ellos como vendedores de las mercancías compradas por los obreros, esto sirve para que los capitalistas se *enriquezcan*. Vista la cosa a través del sano sentido común, parece que a la vuelta de todo este mecanismo los capitalistas no hacen sino recobrar las 100 libras esterlinas que poseían con anterioridad. Al iniciarse el mecanismo se hallan en posesión de 100 libras esterlinas en dinero, que invierten en comprar fuerza de trabajo. El trabajo comprado con estas 100 libras esterlinas produce mercancías que valen, según lo que sabemos hasta ahora, 100 libras esterlinas. Mediante la venta de las 100 libras esterlinas de mercancías a los obreros, los capitalistas recobran las 100 libras esterlinas en dinero. Por tanto, los capitalistas vuelven a hallarse en posesión de 100 libras en dinero y los obreros entran en posesión de las 100 libras de mercancías producidas por ellos. No se comprende cómo pueden enriquecerse los capitalistas por este procedimiento. Si las 100 libras esterlinas no volviesen a sus manos, resultaría que además de pagar a los obreros 100 libras esterlinas en dinero por su trabajo les entregarían gratis el producto de este trabajo, 100 libras esterlinas en medios de consumo. Por tanto, el reflujo de las 100 libras podría explicar, a lo sumo, por qué los capitalistas no se empobrecen mediante esta operación, pero nunca por qué se enriquecen.

Problema distinto a éste es, naturalmente, el de saber cómo poseen los capitalistas las 100 libras esterlinas y por qué los obreros, en vez de producir mercancías por su cuenta, se ven obligados a cambiar su fuerza de trabajo por estas 100 libras esterlinas. Pero esto es algo que para un pensador del calibre de Destutt se comprende por sí mismo.

Destutt, por su parte, no queda del todo satisfecho con esta solución. El no nos había dicho que los capitalistas se enriqueciesen por el hecho de desembolsar una suma de dinero de 100 libras recuperándola después, es decir, por el reflujo de las 100 libras esterlinas en dinero, lo cual sólo demuestra, en realidad, por qué esta suma de dinero no se pierde. Nos había dicho, en realidad, que los capitalistas se enriquecen "vendiendo todo lo que producen en forma más cara de lo que les ha costado producirlo".

Por consiguiente, también en sus transacciones con los obreros se enriquecerán los capitalistas vendiéndoles más caras sus mercancías. ¡Magnífico! "Les pagan el salario... y todo esto refluye a ellos mediante los gastos de todas estas gentes, las cuales les pagan [los productos] más caros de lo que por medio de este salario les han costado [a los capitalistas]" (p. 240). Por consiguiente, los capitalistas pagan 100 libras esterlinas a los obreros como salario y luego les venden por 120 libras, supongamos, las mercancías producidas por ellos mismos, con lo cual además de recuperar las 100 libras desembolsadas saldrán ganando otras 20 libras. Pero esto es imposible. Los obreros sólo pueden pagarles con el dinero que reciben en concepto de salario. Si los capitalistas les pagan 100 libras esterlinas de salarios, no podrán comprarles mercancías por 120. Por este camino no se consigue nada, por tanto. Pero queda otro. Cabe, en efecto, que los obreros compren a los capitalistas mercancías por 100 libras esterlinas y que en realidad sólo obtengan

mercancías por valor de 80. Por este medio se les estafarían 20 libras de cada 100 y el capitalista se enriquecería incuestionablemente en 20 libras esterlinas, pues pagaría la fuerza de trabajo en realidad un 20 por 100 menos de su valor o impondría, por medio de un rodeo, un descuento del 20 por 100 sobre el salario nominal.

La clase capitalista conseguiría el mismo resultado adelantándose a pagar a los obreros 80 libras solamente en concepto de salario, suministrándoles luego mercancías por un valor real de 80 libras esterlinas a cambio de estas 80 libras en dinero. Y éste parece ser –considerada la clase en conjunto– el camino normal, ya que según el mismo señor Destutt la clase obrera debe percibir un "salario suficiente" (p. 219), teniendo en cuenta que este salario debe alcanzar, por lo menos, para conservar su existencia y su aptitud para trabajar, "para procurarse el sustento más estricto " (p. 180). Si los obreros no perciben este salario suficiente, ello representará, según el propio Destutt, "la muerte de la industria" (p. 208) y no será, por tanto, al parecer, el camino para que los capitalistas se enriquezcan. Pero, cualquiera que sea la cuantía del salario que la clase capitalista abone a la clase obrera, siempre tendrá un determinado valor, por ejemplo 80 libras esterlinas. Por consiguiente, si la clase capitalista paga a los obreros, 80 libras, deberá entregarles a cambio de ellas mercancías por valor de 80 libras, cuyo recobro no la enriquecerá. Si les paga 100 libras esterlinas en dinero y les vende por 100 libras un valor–mercancías de 80 libras, les pagará en dinero un 25 por 100 más de su salario normal y les entregará un 25 por 100 menos de mercancías.

Dicho en otros términos: el fondo de donde la clase capitalista saca su ganancia se formaría, según esto, con los descuentos deducidos del salario normal, por el hecho de pagar la fuerza de trabajo por menos de su valor, es decir, por menos del valor de los medios de subsistencia necesarios para la reproducción normal del obrero asalariado. Si, por tanto, se pagase el salario normal, como Destutt sostiene que debe hacerse, no existiría ningún fondo de ganancias ni para los industriales ni para los capitalistas ociosos.

Por eso, el señor Destutt habría debido reducir todo el secreto del enriquecimiento de la clase capitalista al mecanismo del descuento operado sobre los salarios. Explicado así el problema, los otros fondos de la plusvalía de que nos habla en los apartados 2 y 3 no tiene razón de ser.

Por tanto, en todos los países en que el salario básico de los obreros se halla reducido al valor de los medios de consumo necesarios para poder subsistir como clase no existirá ningún fondo de consumo ni de acumulación para los capitalistas ni tampoco, como es lógico, ningún fondo de existencia para la clase capitalista, lo que equivale a decir que no existirá clase capitalista. Y esto ocurría, según Destutt, en todos los países ricos y desarrollados de la civilización antigua, pues aquí, "en nuestras añejas sociedades, el fondo del que salen los salarios es... una magnitud casi constante" (p. 202).

Y, aun partiendo de la deducción operada en los salarios, el enriquecimiento de los capitalistas no proviene tampoco del hecho de que primero pague al obrero 100 libras esterlinas en dinero y luego le entregue por esta cantidad 80 libras esterlinas en mercancías –lo que, en realidad, significaría que sólo circularían 80 libras esterlinas de mercancías por una suma de 100 libras en dinero, es decir, por una suma un 25 por 100 mayor–, sino del hecho de que el capitalista se apropia en el producto del obrero –además de la plusvalía de la parte del producto en que se contiene la plusvalía–, el 25 por 100 de la parte del producto que debiera corresponderle al obrero en forma de salario. Por el método tan absurdo preconizado por Destutt, la clase capitalista no ganaría absolutamente nada. Pagaría a los obreros 100 libras esterlinas por salarios y a cambio de ellas les devolverá 80 libras esterlinas en valor–mercancías de su propio producto. Pero a la siguiente operación tendrá que desembolsar, con el mismo método, otras 100 libras esterlinas. Se dará, pues, el gusto inútil de desembolsar 100 libras esterlinas en dinero y entregar a cambio de ellas 80 libras esterlinas en mercancías solamente, en vez de desembolsar 80 libras en dinero y entregar el mismo valor en mercancías. Es decir, desembolsará continuamente un 25 por 100 más del capital–dinero necesario para la circulación de su capital variable, lo cual constituye, por cierto, un método bastante peregrino de enriquecerse.

3. Finalmente, la clase capitalista vende "a los capitalistas ociosos, que le pagan con la parte de su renta que no han empleado ya para pagar los salarios de los obreros a quienes emplean directamente; por donde toda la renta que abona anualmente a estos capitalistas [a los socios] refluye de nuevo a ellos por uno de estos dos caminos".

Hemos visto más arriba que los capitalistas industriales "pagan con una parte de sus ganancias" "la parte íntegra de su consumo destinada a la satisfacción de sus necesidades". Supongamos que sus ganancias sean = 200 libras esterlinas, de las cuales destinen 100 a su consumo individual. Pero la otra parte = 100 libras no les pertenecerá a ellos, sino a los capitalistas ociosos, es decir, a los terratenientes en concepto de renta del suelo y a los capitalistas que prestan dinero a interés. Tendrán que pagar, pues, 100 libras esterlinas en dinero a estos señores. Digamos que de las 100 libras éstos sólo necesiten gastar 80 en sus propias

necesidades y destinen las 20 restantes a pagar criados, etc. Que dediquen, por tanto, 80 libras a comprar a los capitalistas industriales, a cambio de 80 libras esterlinas de sus productos, 80 libras en dinero, o sean, $^4/_5$ de las 100 libras que han pagado a los capitalistas ociosos en forma de renta, intereses, etc. Además, la clase doméstica, los asalariados directos de los capitalistas ociosos, recibirán de sus señores 20 libras esterlinas que invertirán también en comprar a los capitalistas industriales medios de consumo por el mismo valor. Con lo cual, estas 20 libras refluirán a los capitalistas industriales, a cambio de 20 libras de su producto, 20 libras en dinero, o sea, $^1/_5$ restante de las 100 libras en dinero pagadas por ellos a los capitalistas ociosos en concepto de renta, intereses, etc.

Al final de la transacción refluyen a los capitalistas industriales las 100 libras esterlinas en dinero que habían cedido a los capitalistas ociosos en concepto de renta, intereses, etc., mientras que la mitad de su producto sobrante = 100 libras esterlinas ha pasado de sus manos al fondo de consumo de los capitalistas ociosos.

Por consiguiente, en cuanto al problema de que aquí se trata es completamente superfluo el hacer entrar en juego el reparto de las 100 libras esterlinas entre los capitalistas ociosos y sus asalariados directos. La cosa es muy sencilla: sus rentas, intereses, etc., en una palabra, la parte que les corresponde en la plusvalía = 200 libras esterlinas les es pagada en dinero, con 100 libras esterlinas, por los capitalistas industriales. Con 100 libras compran, a éstos, directa o indirectamente, medios de consumo. Les reembolsan, por tanto, las 100 libras esterlinas, a cambio de lo cual retiran de su producto medios de consumo por el mismo valor.

De este modo refluyen a los capitalistas industriales las 100 libras esterlinas en dinero pagadas por ellos a los capitalistas ociosos. ¿Es este reflujo de dinero, como Destutt piensa, un medio de enriquecimiento para los capitalistas industriales? Antes de la transacción, éstos poseían una suma de valor de 200 libras, 100 en dinero y otras 100 en medios de consumo. Después de la transacción, sólo poseen la mitad de la primitiva suma de valor. Vuelven a poseer las 100 libras esterlinas en dinero, pero han perdido las 100 libras esterlinas en medios de consumo, que han pasado a manos de los capitalistas ociosos. Tienen, por tanto, 100 libras menos en vez de tener 100 libras más. Lejos de enriquecerse, se han empobrecido.

Si en vez de dar el rodeo de pagar 100 libras esterlinas para luego recobrarlas a título de pago de las 100 libras esterlinas de medios de consumo, hubiesen pagado directamente la renta, los intereses, etc., en la forma natural de su producto, no refluirían a sus manos 100 libras esterlinas de la circulación, puesto que no las habrían lanzado a ella. Bajo la forma del pago en especie, la cosa se presentaría sencillamente así: retendrían la mitad del producto sobrante = 200 libras esterlinas y entregarían la otra mitad a los capitalistas ociosos sin recibir a cambio ningún equivalente. En cuy caso, ni el mismo Destutt podría explicar esto como un medio de enriquecimiento.

La tierra y el capital que los capitalistas industriales toman en arriendo o en préstamo de los capitalistas ociosos y por los que tienen que pagarles una parte de la plusvalía en forma de renta de suelo, de intereses, etc., benefician naturalmente a los primeros, pues son una de las condiciones de la producción tanto del producto en general como de la parte del producto que constituye el producto sobrante, en el que toma cuerpo la plusvalía. Este beneficio fluye del empleo de la tierra y del capital prestados, pero no del precio que se paga por ello. Este precio representa, por el contrario, una deducción del beneficio obtenido. Para no admitir esto habría que demostrar que los capitalistas industriales se empobrecerían en vez de enriquecerse reteniendo para sí la otra mitad de la plusvalía en lugar de entregarla a otros. Esta es la confusión que se crea, en efecto, cuando se involucran fenómenos de la circulación como el reflujo del dinero con la distribución del producto, en que aquellos fenómenos de la distribución se limitan a servir de mediadores.

Y sin embargo, Destutt es tan ladino, que observa: “¿De dónde provienen las rentas de estas gentes ociosas? ¿No provienen de la renta que les pagan a costa de su beneficio los que hacen trabajar a los capitales de los primeros, es decir, quienes con el fondo de los primeros pagan el salario de un trabajo que produce más de lo que cuesta; en una palabra, los industriales? Es a éstos, por tanto a quienes hay que remontarse siempre que se trate de descubrir la fuente de toda la riqueza. Ellos son, en realidad, quienes alimentan a los obreros asalariados que trabajan para los primeros” (p. 246).

Por tanto, ahora resulta que el pago de esta renta del suelo, etc., viene a mermar la ganancia de los industriales. Antes, en cambio, se presentaba como el medio por el que éstos se enriquecían.

Pero a nuestro Destutt le queda un consuelo. Estos laboriosos industriales se portan con los capitalistas ociosos lo mismo que se portan entre sí y con respecto a los obreros. Les venden todas sus mercancías con un recargo, por ejemplo, del 20 por 100. Aquí caven dos posibilidades. Puede ocurrir que los capitalistas ociosos dispongan de otros recursos pecuniarios además de las 100 libras esterlinas que anualmente reciben de los industriales, o que todo su dinero se reduzca a esto. En el primer caso, los

industriales podrán venderles mercancías y valores de 100 libras por un precio, digamos, de 120. De este modo, refluirán a ellos, por la venta de sus mercancías, no sólo las 100 libras que han pagado a los ociosos, sino además otras 20 libras, que representarán para ellos realmente un valor nuevo. ¿Cómo sale la cuenta? Según ésta, habrán regalado 100 libras esterlinas en mercancías, pues de las 100 libras con que se las paga, una parte de ellas era dinero suyo. Les pagarán, por tanto, sus mercancías con su propio dinero. La cuenta arroja, pues, una pérdida de 100 libras esterlinas. Pero, además, obtienen 20 libras como diferencia de más del precio sobre el valor. Por tanto, una ganancia de 20 libras esterlinas; descontando las 100 libras de pérdida, tenemos un déficit de 80 libras. Por este camino, jamás se obtendrá un superávit. La estafa de 20 libras de que los capitalistas industriales hacen víctima a los ociosos reduce la pérdida de los primeros, pero no por ello puede convertir la pérdida de riqueza en un medio de enriquecimiento. Además, este método no puede a la larga mantenerse, pues los ociosos se verán en la imposibilidad de pagar todos los años 120 libras en dinero si sólo reciben 100.

Veamos, pues, el otro método: los capitalistas industriales venden mercancías que valen 80 libras por las 100 libras en dinero que han pagado a los ociosos. En este caso, siguen entregando 80 libras esterlinas de mercancía gratis, en forma de renta, intereses, etc. Por medio de esta estafa reducen el tributo que abonan a los ociosos, pero el tributo sigue existiendo, y los ociosos, acogiéndose a la misma teoría según la cual los precios dependen del capricho del vendedor, se hallarán en condiciones de reclamar en lo sucesivo 120 libras esterlinas de renta, intereses, etc., por su tierra y su capital, en vez de las 100 que venían cobrando hasta aquí.

Esta brillante manera de exponer el problema es perfectamente digna del profundo pensador que por una parte copia de Adam Smith la tesis de que “el trabajo es la fuente de toda riqueza” (p. 242), de que los capitalistas industriales, “emplean su capital para pagar el trabajo que lo reproduce con ganancia” (p. 246), mientras por otra parte concluye que estos capitalistas industriales “alimentan a todos los demás hombres, son los únicos que incrementan la riqueza pública y los que crean todos nuestros medios de disfrute” (p. 242), es decir, que no son los obreros los que alimentan a los capitalistas, sino éstos los que alimentan a los obreros, por la sencilla y brillante razón de que el dinero con que se paga a los obreros no se queda en sus manos, sino que retorna constantemente a los capitalistas en pago de las mercancías producidas por los obreros. “No hacen más que recibir con una mano y devolver con la otra lo que han recibido. Su consumo debe, pues, ser considerado como obra de aquellos a sueldo de los cuales trabajan” (p. 235).

Después de exponer así, de un modo exhaustivo, el mecanismo, de la reproducción y el consumo sociales, tal como se desarrollan a través de la circulación de dinero, Destutt prosigue: “Tal es lo que completa este *perpetuum mobile* de la riqueza, un movimiento que, aunque mal conocido (*mal connu*, evidentemente), ha recibido fundamentalmente el nombre de circulación, pues se trata en realidad de un movimiento cíclico, que retorna constantemente a su punto de partida. Este punto es aquel en que tiene lugar la producción” (pp. 239, 240).

Destutt, *that very áistinguished writer membre de l’Institut de France et de la Societé Philosophique de Philadelphie* y que es, realmente, a su modo, una lumbrera entre los economistas vulgares, acaba pidiendo al lector que admire la maravillosa claridad de luz que derrama sobre este problema y se muestra, después de todo, lo bastante condescendiente para poner en conocimiento del lector de dónde procede este conocimiento. Pero es mejor que lo leamos en el original:

“Se advertirá, al menos así lo espero, que este modo de concebir el consumo de nuestras riquezas coincide con todo lo que dejamos expuesto acerca de su producción y su distribución y, al mismo tiempo, *qué claridad tan grande difunde sobre todo el movimiento de la sociedad.* ¿De dónde nace esta coincidencia y esta *claridad*? Sencillamente, del hecho de que hemos descubierto la verdad. Es como esos espejos en los que se reflejan los objetos nítidamente y en sus verdaderas proporciones cuando se adopta el punto de vista acertado y, en cambio, devuelven las imágenes desfiguradas y borrosas cuando se los coloca demasiado lejos o demasiado cerca” (pp. 242, 243).

Voilá le crétinisme bourgeois dans toute sa bèatitude! (33)

Notas al pie del Cap XX

1 Tomado del manuscrito II.
2. Tomado del manuscrito VIII
3. Tomado, en lo sustancial, del manuscrito II. El esquema, del manuscrito VIII.
4. A partir de aquí, tomado del manuscrito VIII.

5. *Ad notam* de ciertos secuaces de la teoría de las crisis de Rodbertus.– F.E.
6. Aquí la exposición difiere algo de la de más arriba (pp. 379–80). Allí, I arrojaba también a la circulación una suma independiente de 500. Aquí, es II solamente el que suministra el materia, dinero adicional para la circulación. Sin embargo, esto no altera en lo más mínimo el resultado final.– F.E.
7. A partir de aquí, tomado del manuscrito II.
8. A partir de aquí, tomado del manuscrito VIII.
9. "Cuando el salvaje fabrica arcos ejerce una industria, pero no practica la abstinencia" (*Senior*, *Principes fondamentaux de l'Économie Politique*, trad. de Arrivabene, París, 1836, p. 432). "Cuanto más progresa la sociedad, más abstinencia requiere" (*ob. cit.*, 312). Cfr. *El Capital*, libro I cap. XXII, 3, p. 541.
10. E. B. Taylor, *Forschungen über die Urgeschichte der Menschheit*, trad. de H. Müller, Leipzig, s. f., p. 240.
11. Volvemos a encontrarnos con que las cifras no coinciden con las indicadas anteriormente, pero esto no importa, pues lo que interesa aquí son las proporciones. *F. E.*
12. A. Soetbeer, *Edelmetall–Produktion*, Gotha, 1879
13. "Una cantidad considerable de oro en bruto (*gold bullion*)... es llevado directamente por los cavadores de oro a la Casa de la Moneda de San Francisco". *Reports of H. M. Secretaries of Embassy and Legation*, 1879, parte III, p. 337.
14 No figura en el manuscrito la investigación sobre el intercambio del oro de nueva producción dentro del capital constante de la sección I. –F. E.
15. Tomado del manuscrito II.

Capitulo XXI

LA ACUMULACION Y LA REPRODUCCION EN ESCALA AMPLIADA

En el libro I expusimos cómo se desarrolla la acumulación con respecto al capitalista individual. Al convertirse en dinero el capital–mercancías se convierte también en dinero el producto sobrante en que toma cuerpo la plusvalía. Esta plusvalía ya convertida en dinero es invertida de nuevo por el capitalista en los elementos naturales adicionales de su capital productivo. De este modo, en el siguiente ciclo de producción el capital incrementado arroja un producto incrementado. Y lo que sucede con el capital individual tiene que suceder también necesariamente con la producción anual, en su conjunto, del mismo modo que al estudiar la reproducción simple veíamos que la sucesiva cristalización en dinero de los elementos fijos consumidos por el capital individual que se atesoraban para volver a invertirse se expresaba también en la reproducción anual de toda la sociedad:

si un capital individual es = 400*c* + 100*v* y la plusvalía anual = 100, el producto mercancías será = 400*c* + 100*v* + 100*p*. Estos 600–mercancías se convertirán en dinero. De este dinero volverán a invertirse, 400*c* en la forma natural de capital constante, 100*v* en

fuerza de trabajo y además –en el supuesto de que se acumule toda la plusvalía– los 100*p* se convertirán en capital constante adicional, mediante su inversión en los elementos naturales del capital productivo. Las premisas de que se parte aquí son las siguientes: 1) La de que esta suma bajo las condiciones técnicas existentes, sea suficiente, bien para ampliar el capital constante– en funciones bien para emprender una industria nueva. Pero también ocurrir que la conversión de la plusvalía en dinero y el atesoramiento de este dinero hayan de continuarse durante mucho más tiempo para que pueda operarse este proceso y efectuarse, por tanto, una verdadera acumulación, ampliarse la producción. 2) Se presupone, además, que ya antes se haya desarrollado realmente una producción en escala ampliada, pues para poder convertir el dinero (la plusvalía atesorada en forma de dinero) en elementos del capital productivo, es necesario que os elementos existan y puedan adquirirse en el mercado corno mercancías. No importa, para estos efectos, que no exista todavía como mercancía terminadas y puestas a la venta, sino que hayan de producirse por encargo. El hecho es que no se pagan hasta que existen, y cuando ya se ha desarrollado con respecto a ellas una reproducción real en escala ampliada, una extensión de la producción que era normal hasta este momento. Tienen que existir potencialmente, es decir, en cuanto a sus elementos, puesto que para que se efectúe realmente su producción, basta con el impulso del encargo, que no es sino una compra previa a la existencia de la mercancía, y de su venta anticipada. La existencia del dinero de una parte provoca, de la otra, su reproducción ampliada, sencillamente porque se da su posibilidad aun *sin* dinero; pues el dinero de por si no constituye un elemento de la reproducción real.

Cuando el capitalista *A*, por ejemplo, vende las cantidades de producto–mercancías sucesivamente producidas por él durante un año o una larga serie de años, va convirtiendo también sucesivamente en dinero la parte del producto–mercancías en que toma cuerpo la plusvalía, o sea, el producto sobrante, y con él la plusvalía misma producida bajo la forma de mercancías, va atesorando gradualmente este dinero y se forma así un nuevo capital–dinero potencial; potencial en cuanto a su función de llegar a invertirse en elementos del

capital productivo. Pero, en realidad, se limita a una simple operación de atesoramiento, la cual no constituye de por si un elemento de la verdadera reproducción. De momento, lo que hace es, simplemente, ir retirando sucesivamente dinero circulante de la circulación, lo que, naturalmente, no excluye la posibilidad de que el dinero circulante que encierra en sus arcas fuese ya de suyo –antes de entrar en circulación– parte de otro tesoro. Este tesoro de *A*, que es Potencialmente un nuevo capital–dinero, no representa una riqueza social adicional, lo mismo que no la representaría si se invirtiese en artículos de consumo. Es, sencillamente, dinero retirado de la circulación, que por tanto se movía dentro de ella, ya se hallase acumulado antes como parte de un tesoro o fuese la forma–dinero del salario, el exponente en dinero de medios de producción o de otras mercancías cualesquiera, el medio de circulación del capital constante o de la renta de un capitalista. No representa nueva riqueza, del mismo modo que el dinero, considerado desde el punto de vista de la circulación simple de mercancías, no es exponente, no ya del valor que en él existe, sino de un valor diez veces mayor por el hecho de circular diez veces al cabo del día, de realizar diez valores–mercancias distintos. Las mercancías existen sin el dinero y éste sigue siendo lo que es (mejor dicho, tiende incluso a disminuir por el desgaste), ya describa una rotación o diez. Sólo en la producción de oro –siempre y cuando que el producto oro encierre producto sobrante, materialización de plusvalía– se crea nueva riqueza (dinero potencial), y sólo en la medida en que entra en circulación todo el nuevo producto–dinero incrementa el material–dinero de los nuevos capitales–dinero potenciales.

Aunque no sea una riqueza social nueva, adicional, esta plusvalía atesorada en forma de dinero representa nuevo capital–dinero potencial, gracias a la función con vistas a la cual se atesora. (Más adelante veremos que el nuevo capital–dinero puede surgir también por otro camino, que no es este de la conversión gradual de la plusvalía en dinero.)

El dinero se retira de la circulación y se va atesorando mediante la venta de las mercancías no seguida de compra. Por tanto, sí esta operación se concibiese como realizada de un modo general, no se ve de dónde habrían de salir los compradores, puesto que en el transcurso de este proceso –que no hay más remedio que concebir como general, ya que todo capital individual puede perfectamente hallarse en trance de acumulación– todo el mundo querrá vender para atesorar y nadie querrá comprar.

Si nos presentásemos el proceso de circulación entre las diversas partes de la reproducción anual como un proceso en línea recta –lo cual sería falso, puesto que, con pocas excepciones, se halla formado siempre por movimientos mutuos de retroceso–, habría que comenzar por el productor de oro (o de plata) que compra sin vender y partir del supuesto de que todos los demás le venden a él. En este caso, iría pasando a sus manos todo el producto sobrante anual de la sociedad (en que toma cuerpo toda la plusvalía) y todos los demás capitalistas se distribuirían proporcionalmente entre sí su producto sobrante existente por naturaleza en dinero, la orificación natural de su plusvalía, pues la parte del producto del productor de oro llamada a reponer su capital en funciones está ya destinada y se ha dispuesto de ella. En estas condiciones, la plusvalía del productor de oro producida en este metal precioso sería el único fondo del que los demás capitalistas podrían sacar la materia necesaria para convertir en oro su producto sobrante anual. Tendría que ser, por tanto, en cuanto a su magnitud de valor, igual a toda la plusvalía anual de la sociedad, que ahora se encierra en su crisálida, atesorándose. Este supuesto tan absurdo sólo sirve para explicar la posibilidad de un atesoramiento general y simultáneo, que haría que la reproducción no avanzase ni un paso más por parte de los productores de oro.

Pero antes de poder resolver esta aparente dificultad, debemos distinguir dos clases de acumulación: la realizada en el sector I (producción de medios de producción) y la realizada en el sector II (producción de medios de consumo). Comencemos por el sector I.

I. *La acumulación en el sector I*

a) Atesoramiento

Es evidente que tanto las inversiones de capital en las numerosas ramas industriales que forman el sector I como las distintas inversiones individuales de capital dentro de cada una de estas ramas industriales se hallan en distintas fases del proceso de la sucesiva conversión de la plusvalía, en capital–dineron potencial según la vida que aún les quede, es decir, según lo que lleven ya recorrido de su tiempo de funcionamiento y aun prescindiendo de su volumen, condiciones técnicas, situación del mercado, etc., lo mismo si el capital dinero potencial se destina a ampliar su capital en funciones que si se destina a invertirse en nuevas industrias, que son las dos formas a través de las cuales puede ampliarse la producción. Por eso una parte de los capitalistas convierte su capital–dinero potencial, cuando, ha crecido en las proporciones necesarias, en capital productivo; es decir, compra con el dinero atesorado mediante la realización de la plusvalía medios de producción, elementos adicionales del capital constante, mientras que otra parte sigue dedicada a atesorar su capital dinero potencial. Por tanto, los capitalistas pertenecientes a estas dos categorías se enfrentan entre sí, los unos como compradores, los otros como vendedores, y cada una de ellas representa este exclusivo papel**.**

Supongamos que *A* venda, por ejemplo, a *B* (que puede representar a uno o más compradores) 600 (=400*c* + 100*v* + 100*p*). Le vende mercancías por valor de 600 por 600 en dinero, de los cuales 100 representan la plusvalía retirada por él de la circulación, atesorada en dinero: pero estos 100 no son sino la forma–dinero del producto sobrante en que tomaba cuerpo un valor de 100. El atesoramiento no es nunca producción. La acción del capitalista que atesora consiste simplemente en retirar de la circulación el dinero obtenido mediante la venta del producto sobrante por valor de 100, en retenerlo y guardárselo. Y esta operación no la realiza solamente *A*, se realiza también en numerosos puntos de la periferia de la circulación por *A'*, *A”*, *A””*, etc., es decir, por otros capitalistas que trabajan con el mismo celo que aquél en esta obra de atesoramiento. Estos numerosos puntos en que se retira dinero de la circulación para acumularse en numerosos tesoros o capitales–dinero potenciales individuales, parecen otros tantos obstáculos opuestos a la circulación, porque inmovilizan el dinero y lo privan de su capacidad de circulación por un período de tiempo más o menos largo. Pero debe tenerse presente que el fenómeno del atesoramiento se presenta en la circulación simple de mercancías, mucho antes de que tenga como base la producción de mercancías de tipo capitalista; la cantidad de dinero existente en la sociedad excede siempre de la parte que circula activamente, aunque en ciertas condiciones esta parte pueda aumentar o disminuir. Estos mismos tesoros y este mismo atesoramiento son los que encontramos aquí, pero ahora corno un factor inmanente al proceso de producción capitalista.

Se imagina uno fácilmente la alegría que causa el ver cómo, gracias al sistema de crédito, todos estos capitales potenciales, concentrados en –manos de los bancos, etc., se convierten en capital disponible, en *loanable capital*, en capital–dinero, y no de un modo

pasivo y como una cantinela del porvenir, sino de un modo activo y en proceso de crecimiento.

Pero *A* sólo realiza este atesoramiento siempre y cuando que aparezca –con respecto a su producto sobrante– solamente como vendedor y no actúe posteriormente como comprador. Por tanto su atesoramiento tiene como condición previa su producción sucesiva de producto sobrante, materialización de su plusvalía destinada a convertirse en dinero. En ciertos casos, en que la circulación sólo se enfoca dentro del sector I, la forma natural del producto sobrante igual que la del producto global de que aquél forma parte, es forma natural de un elemento del capital constante del sector I, es decir, pertenece a la categoría de los medios de producción de medios de producción. A qué conduce esto, es decir qué función cumple en manos de los compradores *B, B', B''*, etc., hemos de verlo enseguida.

Por el momento, importa tener presente lo que sigue: Aunque *A* retire de la circulación dinero para su plusvalía y lo atesore, lanza a ella mercancías sin retirar otras a cambio, lo que permite a *B, B'*, etcétera.

Una observación de pasada: volvemos a encontrarnos aquí, lo mismo que al tratar de la reproducción simple, con que la inversión de las diversas partes que forman el producto anual, es decir, su circulación (la cual tiene que englobar también la reproducción del capital, y, concretamente, su restauración en sus diversas funciones: capital constante y variable, capital–dinero fijo y circulante, capital–mercancías), no presupone en modo alguno la simple compra de mercancías complementadas por la venta subsiguiente o, a la inversa, la simple venta complementada por la compra posterior lo que en realidad equivaldría a un simple cambio de unas mercancías por otras, como entiende la economía política y especialmente la escuela del librecambio, desde los fisiócratas y Adam Smith. Sabemos que el capital fijo, una vez hecho el desembolso correspondiente, no se renueva durante todo el tiempo de su funcionamiento, sino que sigue actuando bajo su antigua forma, mientras su valor va cristalizando gradualmente en dinero. Ahora bien, sabemos que la renovación periódica del capital fijo de II*c* (cuyo capital II*c* se invierte todo él en elementos por valor de I ($v + p$) presupone, de una parte, la *simple compra* de la parte fija de II*c*, que revierte de su forma–dinero a su forma natural y a la que corresponde la simple venta de I*p;* y de otro lado, presupone la *simple venta* por parte de II, la venta de la parte fija del valor (de desgaste) del mismo que cristaliza en dinero y a la que corresponde la simple compra de I*p*. Para que el cambio se efectúe aquí de un modo normal hay que partir del supuesto de que la simple compra por parte de II, sea igual, en cuanto a su volumen de valor, a la simple venta por parte de II, así como también de que la simple venta de I*p* a II*c* parte 1 sea igual a una simple compra de II*c* parte 2 (véase la pág. 440). De otro modo se verá entorpecida la reproducción simple; la simple compra en uno de los lados tiene que coincidir con la simple venta en *el* otro lado. Asimismo se arranca del supuesto de que la simple venta de la parte atesorada *A, A', A''*, de I*p* guarde equilibrio con la simple compra de la parte *B, B''*, de I*p*, que convierte su tesoro en elementos del capital productivo adicional.

Tan pronto como el equilibrio se restablece al aparecer el comprador posteriormente y por el mismo importe como vendedor y viceversa, se efectúa el reflujo del dinero a la parte que lo ha desembolsado para comprar, que ha actuado como vendedora antes que como compradora. Pero el verdadero equilibrio, en lo que se refiere al cambio mismo de las mercancías, al cambio entre las diversas partes del producto anual, se halla condicionado por la identidad de valor de las mercancías que se cambian entre sí.

Cuando se realizan cambios puramente unilaterales, una masa de simples compradores de una parte y de otra una masa de simples vendedores –y ya hemos visto que el cambio normal del producto anual a base del régimen capitalista condiciona estas metamorfosis unilaterales–, el equilibrio sólo existe partiendo del supuesto de que coincidan el importe de valor de las compras unilaterales y el de las ventas unilaterales. El hecho de que la producción de mercancías sea la forma general de la producción capitalista lleva ya implícita la función que desempeña en ella el dinero, no sólo como medio de circulación, sino también como capital–dinero, y engendra ciertas condiciones del cambio normal peculiares de este sistema de producción, que son por tanto condiciones del desarrollo normal de la reproducción, lo mismo en escala simple que en escala ampliada y que se truecan en otras tantas condiciones de desarrollo anormal, en otras tantas posibilidades de crisis, puesto que el mismo equilibrio constituye algo fortuito dentro de la estructura elemental de este régimen de producción.

Asimismo hemos visto que en el cambio de I por la cantidad correspondiente de importe de valor de II*c* se opera, en último resultado, la reposición de la mercancía II por el mismo importe de valor de la mercancía I; es decir, que por parte del capitalista global II la venta de la propia mercancía se complementa aquí con la compra de la mercancía I por el mismo importe de valor. Se opera, indudablemente, esta reposición, pero no un intercambio de los capitalistas I y II en esta circulación de sus mercancías respectivas. II vende sus mercancías a la clase obrera del sector I, la cual aparece frente a aquél, unilateralmente, como compradora de mercancías, del mismo modo que él aparece ante ella, unilateralmente, como vendedor. Con el dinero así obtenido, el sector II actúa unilateralmente como comprador de mercancías ante el capitalista global I, y éste aparece frente a él, unilateralmente, como vendedor de mercancías hasta el importe de I*v*. Esta venta de mercancías es lo único que permite a I volver a reproducir en última instancia su capital variable en forma de capital–dinero. A la par que el capital de I aparece unilateralmente ante el de II como vendedor de mercancías hasta el importe de I*v*, aparece ante su clase obrera como comprador de mercancía, por lo que a la compra de su fuerza de trabajo se refiere. Y a la par que la clase obrera de I aparece unilateralmente como compradora de mercancías ante el capitalista global II (concretamente, como compradora de medios de subsistencia), aparece unilateralmente ante el capitalista I como vendedora de mercancía, como vendedora de su fuerza de trabajo.

La oferta continua de fuerza de trabajo por parte de la clase obrera en I la reversión de una parte del capital –mercancías de I a la forma–dinero del capital variable, la reposición de una parte del capital –mercancías II por los elementos naturales del capital constante II*c*: todas estas premisas necesarias se condicionan entre sí, pero operan por medio de un proceso muy complicado, que engloba tres procesos de circulación independientes unos de otros, pero mutuamente entrelazados. La complejidad del proceso mismo crea otros tantos motivos de desarrollo anormal.

b) El capital constante adicional

El producto sobrante, en que toma cuerpo la plusvalía, no cuesta nada a quienes se lo apropian, a los capitalistas del sector I. No necesitan desembolsar, para obtenerlo, ni dinero ni mercancías. Ya los fisiócratas veían en el desembolso *(avance*), la forma general del valor, realizada en elementos del capital productivo. Lo que desembolsan, por tanto,

no es sino su capital constante y variable. El obrero, con su trabajo, no se limita a conservar su capital constante; no se limita tampoco a reponer su capital variable, al crear, en forma de mercancía, una nueva parte de valor destinada a sustituir la que se consume: con su trabajo sobrante, les suministra además una plusvalía existente bajo la forma de producto sobrante. Mediante la venta sucesiva de este producto sobrante, los capitalistas van formando su tesoro, su capital dinero potencial adicional. En el caso que estamos examinando, este producto sobrante se halla formado desde el primer momento por medios de producción. Al llegar a manos de *B, B', B"*, etc. (I), este producto sobrante funciona como capital constante adicional, pero virtualmente ya lo es antes de ser vendido, en manos de los atesoradores *A, A', A"*, etc. (I). Si nos fijamos solamente en el volumen de valor de la reproducción por parte de I, nos seguiremos moviendo dentro de los límites de la reproducción simple, pues no se ha puesto en movimiento ningún capital adicional para crear este capital constante adicional virtual (el producto sobrante) ni un trabajo sobrante mayor que el invertido sobre la base de la reproducción. La diferencia, aquí, estriba solamente en la forma del trabajo sobrante empleado en la naturaleza concreta de su específica modalidad útil. Este trabajo ha sido invertido en medios de producción para I*c* en vez de invertirse en medios de producción para II*c*; es decir, se ha invertido en medios de producción para producir medios de producción y no para producir medios de consumo. En la reproducción simple se partía del supuesto de que toda la plusvalía de I se invertía como renta, es decir, en mercancías de II; sólo consistía, pues, en medios de producción destinados a reponer el capital constante II*c* en su forma natural. Por tanto, para que la reproducción simple se convierta en reproducción en escala ampliada es necesario que la producción del sector I se halle en condiciones de fabricar menos elementos del capital constante para II y más, en cambio, para I. Este tránsito, que no siempre se efectuará sin dificultades, es facilitado por el hecho de que hay una serie de productos de I que pueden servir como medios de producción en ambos sectores.

De aquí se desprende, pues, que –fijándonos exclusivamente en el volumen de valor– dentro de la reproducción simple se produce el sustrato material de la reproducción en escala ampliada. Este sustrato consiste, sencillamente, en la producción directa de medios de producción, en la creación de un capital adicional virtual de I, a base del trabajo sobrante desplegado por la clase obrera de este mismo sector. La creación de un capital–dinero adicional virtual por parte de *A, A', A"* (I) –mediante la venta sucesiva de su producto sobrante, creado sin desembolso alguno de dinero del bolsillo de los capitalistas– no es aquí, por tanto, más que la simple forma–dinero de los medios de producción adicionalmente producidos en el sector I.

La producción del capital adicional virtual no expresa, pues, en nuestro caso (ya que, como veremos, la cosa puede presentarse también bajo una forma muy distinta) otra cosa que un fenómeno del mismo proceso de producción, producción bajo una determinada forma, de elementos del capital productivo.

La producción en gran escala de capital–dinero adicional virtual –en numerosos puntos de la periferia de la circulación– no es, por consiguiente, sino el resultado y la expresión de capital productivo virtual adicional, cuya formación no presupone, a su vez ningún desembolso adicional de dinero por parte de los capitalistas industriales.

La transformación sucesiva de este capital productivo adicional en capital–dinero virtual

(tesoro) por parte de *A, A', A”*, etc. (I), condicionada por la venta sucesiva de su producto sobrante –es decir, por la reiterada venta unilateral de sus mercancías no acompañada de compra–, se opera retirando repetidamente dinero de la circulación para atesorarlo. Este atesoramiento –si se exceptúa el caso de que el productor de oro interviene como comprador– no presupone en modo alguno una riqueza adicional de metales preciosos, sino simplemente un cambio de función del dinero que hasta ahora venía circulando. Hasta hace poco, venía funcionando como medio de circulación; ahora, funciona como tesoro, como un nuevo capital–dinero virtual, en formación. No existe, pues, enlace casual entre la formación de un capital–dinero adicional y la masa del metal precioso existente en un país.

De lo dicho se desprende, por tanto, además, que cuanto mayor sea el capital productivo que funciona ya en un país (incluyendo la fuerza de trabajo incorporada a él, fuente del producto sobrante); cuanto más desarrollada se halle la fuerza productiva de trabajo y con ella los medios técnicos para extender más rápidamente la producción de medios de producción; cuanto mayor sea, por consiguiente la masa del producto sobrante tanto en cuanto a su valor como en cuanto a la masa de los valores de uso en que toma cuerpo, mayores serán también:

1° el capital productivo adicional virtual en forma de producto sobrante que se halle en manos de *A, A', A”*, etc. y

2° la masa de este producto sobrante convertido en dinero y, por tanto, del capital–dinero adicional virtual que aparece en manos de *A, A', A”*, etc.; así, pues, el hecho de que Fullarton, por ejemplo, no admita la existencia de la superproducción en sentido usual, pero sí la de la superproducción de capital, y concretamente de capital–dinero, demuestra a su vez lo poco que los mejores economistas burgueses saben acerca del mecanismo de su sistema.

Si el producto sobrante, producido directamente y apropiado por los capitalistas *A, A', A”*, etc. (I) constituye la base real de la acumulación del capital, es decir, de la reproducción ampliada, aunque sólo llegue a funcionar efectivamente de este modo en manos de *B, B', B”*, etc. (I), bajo su crisálida–dinero –como tesoro y capital–dinero virtual que sólo va formándose paulatinamente– es absolutamente improductivo, discurre paralelamente al proceso de producción bajo esta forma, pero al margen de él. Representa un peso muerto *(dead weight)* de la producción capitalista. La tendencia a utilizar esta plusvalía que va atesorándose como capital–dinero virtual para los fines tanto de la. ganancia como de la renta encuentra su objetivo en el sistema de crédito y en los “títulos”. El capital–dinero conquista así, bajo una forma distinta, la influencia más enorme sobre la circulación y el desarrollo gigantesco del sistema de producción capitalista.

El producto sobrante convertido en capital–dinero virtual será, en cuanto a su masa, tanto mayor cuanto mayor sea la suma global del capital ya en funciones que lo ha producido. Pero, dado el crecimiento absoluto de volumen del capital–dinero virtual anualmente reproducido, es también más fácil su segmentación, la que permite invertirlo más rápidamente en una industria determinada, ya sea en manos del mismo capitalista o en manos de otro (por ejemplo, de distintos miembros de la familia, en caso de partición hereditaria, etc.). Segmentación del capital–dinero quiere decir, aquí, su separación total del capital matriz para invertirse como nuevo capital–dinero en una empresa nueva e independiente.

Si los vendedores del producto sobrante *A, A′, A″*, etc. (I) han obtenido lo mismo como resultado directo del proceso de producción**,** el cual no exige más actos de circulación que el desembolso de capital constante y variable necesario para la reproducción simple; si con ello estos vendedores sientan, además, las bases para la reproducción en escala ampliada, fabricando de hecho capital adicional y virtual, otra cosa acontece con *B, B′, B″*, etc. (I). *1)* El producto sobrante de *A, A′, A”*, etc., sólo puede llegar a funcionar de un modo efectivo como capital constante adicional (el otro elemento del capital productivo, la fuerza de trabajo adicional, o sea, el capital variable adicional, lo dejamos por el momento a un lado) en manos de *B, B′, B″*, etc.; 2) para que pase a sus manos, es necesario que medie un acto de circulación, es decir, que compren el producto constante.

Por lo que se refiere a *1)* debe observarse que sí bien una gran parte del producto sobrante (del capital constante adicional virtual) producido por *A, A′, A”* (I) se produce dentro del año actual, sólo puede llegar a funcionar de un modo efectivo como capital industrial en manos de las *B, B′, B″* (I) al año siguiente o más tarde; por lo que se refiere a 2) se plantea el problema de saber de dónde sale el dinero necesario para el proceso de circulación.

Cuando los producto producidos por *B, B′, B”*, etc. (I) vuelven a incorporarse en especie a su proceso de producción se comprende de suyo que una parte proporcional de su propio producto sobrante se transfiere directamente (sin que medie circulación) a su capital productivo, entrando en él como elemento adicional del capital constante. En esta parte proporcional, no convierten en dinero, por tanto, el producto sobrante de *A, A′*, etc. (I). Prescindiendo de esto ¿de dónde sale el dinero? Sabemos que forman su tesoro, como *A, A′*, etc., mediante la venta de sus respectivos productos sobrantes, habiendo llegado a la meta, al momento en que su capital–dinero virtual, acumulado como tesoro, puede funcionar como un capital–dinero adicional efectivo. Pero con esto nos vemos dentro de un círculo vicioso. El problema sigue residiendo en saber de dónde sale el dinero que *B, B′*, etc. (I) retiraron antes de la circulación, para acumularlo.

Sabemos ya por el examen de la reproducción simple que los capitalistas de los sectores I y II deben contar con una determinada masa de dinero para invertir su producto sobrante. Allí, el dinero, destinado simplemente a ser invertido como renta en medios de consumo, refluía a los capitalistas a medida que los desembolsaban para hacer circular sus respectivas mercancías; aquí reaparece el mismo dinero, pero con distinta función, *A, A′*, etc., y *B, B′*, etc. (I) se cambian entre sí el dinero para convertir el producto sobrante en capital–dinero virtual y lanzan de nuevo a la circulación, por turno, el capital–dinero nuevamente formado como medio de compra.

La única premisa que esto supone es la de que la masa de dinero existente dentro del país (suponiendo que el ritmo de circulación y las demás circunstancias sean iguales) baste tanto para la circulación activa como para el atesoramiento de reservas; es la misma premisa que como veíamos había de darse en la circulación simple de mercancías. Lo único que difiere aquí es la función del tesoro. La masa de dinero existente deberá ser también mayor; *1)* porque en la producción capitalista todo producto (con excepción de los metales preciosos de nueva producción y de los pocos productos consumidos por el mismo productor) se produce como mercancía, debiendo pasar, por tanto, por la crisálida–dinero; *2)* porque, sobre la base capitalista, la masa del capital–mercancías y su volumen de valor no sólo son mayores en términos absolutos, sino que aumentan además con ritmo

incomparablemente mayor; *3)* porque un capital variable cada vez más extenso debe invertirse necesariamente en capital–dinero, y *4)* porque a medida que se desarrolla la producción tienen que irse formando en consonancia con ella nuevos capitales–dinero, debiendo existir, por tanto, el material necesario para su atesoramiento. Esto que rige en todo su alcance para la primera fase de la producción capitalista, en que el sistema de crédito va acompañado por una circulación predominantemente metálica, rige también para la fase más avanzada del sistema de crédito, siempre y cuando que tenga como base la circulación de metales preciosos. Por una parte, la producción adicional de metales preciosos, cuando es demasiado abundante o demasiado escasa, puede ejercer una influencia perturbadora sobre los precios de las mercancías, no sólo en períodos largos, sino también dentro de periodos muy cortos; por otra parte, todo el mecanismo de crédito se encamina constantemente a reducir a un mínimum, susceptible siempre de ser reducido todavía más en términos relativos, la circulación efectiva de metales, por medio de toda clase de operaciones, métodos e inventos técnicos, con lo cual aumentan en la misma proporción el artificio de todo el mecanismo y las probabilidades de que se entorpezca su funcionamiento normal.

Los diversos *B, B′, B″*, (I), cuyo nuevo capital–dinero virtual entra en funciones como capital–dinero activo, pueden comprarse y venderse mutuamente, los unos a los otros, sus productos (partes de sus productos sobrantes). En la medida en que lo hagan, el dinero desembolsado para la circulación del producto sobrante –en el desarrollo normal del proceso– refluirá a *B, B′, B″*, etc., en la misma proporción en que lo hayan desembolsado para la circulación de sus mercancías respectivas. Si el dinero circula como medio de pago, sólo será necesario cubrir los saldos, cuando no coincidan las compras y ventas mutuas. Pero es importante partir siempre, como aquí se hace, de la circulación metálica en su forma más simple y primitiva, ya que con ello el flujo y el reflujo, la compensación de saldos, en una palabra, todos los aspectos que en el sistema de crédito aparecen como procesos conscientemente regulados, se presentan aquí como fenómenos independientes del sistema de crédito, bajo su forma elemental y no, como ocurrirá más tarde, de un modo reflejo.

c) El capital variable adicional

Hasta aquí sólo hemos tratado del capital constante adicional. Digamos ahora algo acerca del capital adicional variable.

En el libro I se ha expuesto ampliamente cómo, dentro de la producción capitalista, existe siempre fuerza de trabajo disponible, y cómo, cuando es necesario, se puede movilizar mayor cantidad de trabajo sin necesidad de que aumente el número de obreros empleados o la masa de fuerza de trabajo puesta en acción. No necesitamos, pues, insistir aquí en ello, bastándonos con dar por sentado que la parte del capital–dinero de nueva formación susceptible de ser convertida en capital variable dispone siempre de la fuerza de trabajo en que ha de invertirse. En el libro I se ha expuesto también cómo un determinado capital puede ampliar su *stock* de producción dentro de ciertos límites sin necesidad de acumulación. Pero aquí se trata de la acumulación de capital en sentido específico, en que la ampliación de la producción se halla condicionada, consiguientemente, por la transformación de la plusvalía en capital adicional, lo que a su vez implica, por tanto, la ampliación de la base de capital de la producción.

El productor de oro puede acumular una parte de su plusvalía dorada como capital–dinero virtual: tan pronto como haya alcanzado el volumen necesario, puede invertirla directamente en nuevo capital variable, sin necesidad de adelantarse para ello a vender su producto sobrante; asimismo puede invertirla en elementos del capital constante. Pero, en este caso, necesitará encontrar estos elementos materiales de su capital constante, lo mismo sí todo productor, como hemos dado por supuesto hasta aquí, produce para almacenar sus mercancías y luego lanzarlas al mercado, que sí trabaja por encargo. En ambos casos, se parte del supuesto de la ampliación real y efectiva de la producción, es decir, del producto sobrante; en el primer caso, considerándolo existente de un modo real; en el segundo caso, considerándolo existente de un modo virtual, para el momento de entregarlo.

II. *La acumulación en el sector II*

Hasta aquí hemos partido del supuesto de que los *A*, *A'*, *A"*, etc. (I) venden su producto sobrante a los *B*, *B'*, *B"* , etc., pertenecientes al mismo sector. Supongamos ahora que *A* (I) convierta en dinero su producto sobrante mediante la venta a un *B* del sector II. Esto sólo puede ocurrir sí *A* (I), después de vender a *B* (II) medios de producción, no compra posteriormente medios de consumo, es decir, mediante una venta unilateral por su parte. Ahora bien, en la medida en que II*c*, sólo puede cambiar su forma de capital–mercancías por la forma natural de capital productivo constante, cambiando no sólo I*v*, sino también una parte al menos de I*p* por una parte de II*c*, el cual II*c* existe bajo la forma de medios de consumo, y como *A* convierte en dinero su I*p* por el hecho de que este cambio no se realiza, sino que nuestro *A* sustrae a la circulación el dinero obtenido de II por la venta de su I*p*, en vez de invertirlo en la compra de medios de consumo de II, nos encontrarnos con que si bien en manos de A (I) se forma un capital–dinero virtual adicional, por otro lado una parte del capital constante de *B* (II) igual en cuanto a su volumen de valor se inmoviliza en forma de capital–mercancías, sin poder invertirse en la forma natural de capital constante productivo. Dicho en otros términos: una parte de las mercancías de *B* (II), y además, *prima facie*, una parte sin cuya venta su capital constante no puede revertirse íntegramente a su forma productiva, se ha hecho invendible; con respecto a ella existe, por tanto, superproducción, la cual entorpece también con respecto a ella la reproducción, incluso en escala igual.

En este caso, aunque el capital–dinero adicional virtual es, pues, por parte de *A* (I) la forma convertida en dinero del producto sobrante (plusvalía), el producto sobrante (la plusvalía), considerado como tal, representa aquí un fenómeno de reproducción simple y aún no de reproducción en escala ampliada. I*v* + *p*, donde esto rige desde luego con respecto a una parte de *p*, debe invertirse en última instancia por II*c* para que la reproducción de II*c* se efectúe en la misma escala. *A* (I), mediante la venta de su producto sobrante a *B* (II), entrega a éste, en forma natural, una parte correspondiente de valor del capital constante, pero al mismo tiempo, al sustraer a la circulación el dinero –por no complementar su venta con la subsiguiente compra–, hace que quede invendible una parte de la mercancía de *B* (II) igual en valor. Si nos fijamos, por tanto, en la reproducción social en conjunto –que engloba por igual a los capitalistas de I y de II– vemos que la transformación del producto sobrante de *A* (I) en capital–dinero virtual expresa la no reversión de un capital–mercancías de *B* (II) igual por su volumen de valor en capital productivo (constante); no expresa, por tanto, virtualmente, una producción en escala ampliada, sino

entorpecimiento de la reproducción simple y, por consiguiente, déficit en esta reproducción. Y como la creación y venta del producto sobrante de *A* (I) constituyen de por si fenómenos normales de la producción simple, nos encontrarnos, ya a base de ésta, con los siguientes fenómenos que se condicionan mutuamente: formación en el sector I de capital–dinero virtualmente adicional (y, por tanto, déficit de consumo desde el punto de vista del sector II) ; inmovilización de *stocks* de mercancías en el sector II, que no revierten a capital productivo (y, por tanto, superproducción relativa en II) : capital–dinero sobrante en I y déficit en la reproducción de II.

Sin detenernos más en este punto, nos limitaremos a observar que, al exponer la reproducción simple, se partía del supuesto de que la plusvalía de I y II se invertía íntegramente como renta. Sin embargo, en realidad sólo se invertía como renta una parte de la plusvalía, mientras que otra parte se convertía en capital. Es ésta la premisa necesaria para que exista verdadera acumulación. Decir –así, en términos generales– que la acumulación se efectúa a costa del consumo, constituye de por si una ilusión que choca contra el carácter de la producción capitalista, pues da por supuesto que la finalidad y el móvil propulsor de este régimen de producción es el consumo y no la obtención de plusvalía y su capitalización, es decir, la acumulación.

Examinemos ahora un poco más de cerca la acumulación en el sector II.

La primera dificultad que surge con respecto a II*c*, es decir, a la reversión de una parte del capital–mercancías de II a la forma natural del capital constante de II, se refiere a la reproducción simple. Tomemos el esquema anterior:

(1,000*v* + 1,000*p*) I se cambian por: 2,000 II*c*.

Supongamos ahora, a título de ejemplo, que la mitad del producto sobrante de I, o sea

$$\frac{}{2}\ p \text{ o } 500\ \text{I}p,$$

se incorporen de nuevo, como capital constante, al sector I: esta parte del producto sobrante retenida en I no puede reponer parte alguna de II*c*. En vez de invertirse en medios de consumo (y aquí, en este sector de la circulación entre I y II se efectúa –a diferencia de la reposición de 1.000 II*c* por 1,000 I*v* operada por medio de los obreros del sector I– un verdadero intercambio y, por tanto, un doble cambio de lugar de las mercancías), aquella suma deberá actuar en forma de medios adicionales de producción en I. No podrá desempeñar esta función en I y en II simultáneamente. El capitalista no puede invertir el valor de su producto sobrante en medios de consumo y, al mismo tiempo, consumir productivamente el producto sobrante, es decir, incorporarlo a su capital productivo. Por consiguiente, en vez de 2,000 I (*v* + *p*) sólo podrán invertirse en 2,000 II*c* 1,500, o sean (l,000*v* + 500*p*) I; tendremos, por tanto, 500 II*c* que no podrán revertir de su forma–mercancías a la forma de capital productivo (constante) de II. Se operará, pues, una superproducción en el sector II, cuyo volumen corresponderá exactamente al volumen de la ampliación de la producción efectuada en el sector I. Podrá ocurrir que la superproducción de II repercuta de tal modo en I que hasta el reflujo de los 1,000 invertidos en medios de consumo de II por los obreros de I sólo se opere parcialmente y que, por tanto, estos 1,000 no retornen en forma de capital–dinero variable a manos de los capitalistas de I. De este modo, los capitalistas de I se verían entorpecidos incluso para la reproducción en escala ampliada, siendo la causa de ello el simple intento de ampliarla. Y hay que tener en cuenta

que en el sector I sólo se ha efectuado, en realidad, una reproducción simple y que sólo se han reagrupado de distinto modo con vistas a una ampliación en el porvenir, al año siguiente supongamos, los elementos que aparecen señalados en el esquema.

Cabría eludir estas dificultades, o intentar hacerlo de este modo: diciendo que los 500 II*c* almacenados en poder de los capitalistas y que no pueden revertir directamente a la forma de capital productivo están tan lejos de representar una superproducción que constituyen, por el contrario, un elemento necesario de la reproducción, desdeñado hasta aquí. Veíamos que las reservas de dinero deben acumularse, es decir, sustraerse a la circulación, en muchos puntos, en parte para hacer posible la formación de nuevo capital–dinero en el sector I y en parte para retener transitoriamente en forma de dinero el valor del capital fijo que va consumiéndose gradualmente. Pero como, al trazar el esquema, todo el dinero y todas las mercancías se hallan de antemano exclusivamente en manos de los capitalistas de I y de II, sin que existan aquí comerciantes, traficantes en dinero, banqueros ni clases puramente consumidoras, no interesadas directamente en la producción de mercancías, es indispensable que se formen también constantemente *stocks* de mercancías en manos de sus respectivos productores, para poder mantener en marcha la maquinaria de la reproducción. Los 500 II*c* almacenados en poder de los capitalistas de II representan, por tanto, el *stock*–mercancías de medios de consumo que facilita la continuidad del proceso de consumo incluido en la reproducción; representan, por tanto, aquí, al tránsito de un año a otro. El fondo de consumo, que aquí se encuentra todavía en manos de sus vendedores, que son al mismo tiempo sus productores, no puede descender este año a cero para comenzar al año siguiente con cero, lo mismo que no puede ocurrir esto en el tránsito de un día a otro; como ha de producirse constantemente una nueva formación de estos *stocks* de mercancías, aunque con volumen variable, es necesario que los productores capitalistas de II dispongan también en II de un capital–dinero en reserva que les permita seguir desarrollando su proceso de producción, aunque una parte de su capital productivo aparezca inmovilizado transitoriamente en forma de mercancías. Según el supuesto de que se parte, son ellos, en efecto, los llamados a mantener el enlace entre los comerciantes y los productores. Para ello deberán disponer del capital–adicional que, al sustantivarse las distintas funciones del proceso de reproducción entre distintas categorías de capitalistas, se encuentre en manos de los comerciantes.

A esto puede replicarse: 1) Que esta formación de reservas y su necesidad rigen para todos los capitalistas, tanto los de I como los de II. Considerados como simples vendedores de mercancías, sólo se distinguen por el hecho de vender mercancías de distintas clases. El *stock* de mercancías II presupone un *stock* anterior de mercancías. Si se descuida uno de estos dos *stocks*, se descuidará también necesariamente el otro. Y si se tienen en cuenta por igual los dos, no se alterarán los términos del problema. 2) Del mismo modo que el año actual se cierra, por parte de II, con un *stock* de mercancías para el año siguiente, se ha iniciado con un *stock* de mercancías en el mismo sector, transmitido por el año anterior. Por tanto, al analizar la reproducción anual –reducida a su expresión más abstracta–, deberemos tacharlo las dos veces dejando a este año su producción íntegra, en la que va incluido lo que se transfiere como *stock* de mercancías al año siguiente; debemos descontar, por otra parte, el *stock* de mercancías recibido por él del año anterior y obtendremos así, en realidad, el producto global de un año medio, como objeto de análisis. El simple hecho de que la dificultad que se trata de soslayar no nos saliese al paso al estudiar la reproducción simple, demuestra que se trata de un problema específico planteado solamente por la distinta

reagrupación (con respecto a la reproducción) de los elementos de I, de una distinta reagrupación sin la cual no podría existir en modo alguno una reproducción en escala ampliada.

III, *Exposición esquemática de la acumulación*

Examinemos ahora la reproducción con arreglo al siguiente esquema:

Esquema a)

I. 4,000*c* + 1,000*v* + 1,000*p* = 6,000

Total = 8,252.

II. 1,500*c* + 376*v* + 376*p* = 2,252

Se advierte, en primer lugar, que la suma total del producto anual de la sociedad = 8,252 es menor que la del esquema anterior, en que era = 9,000. Lo mismo podríamos poner una suma mucho mayor, multiplicada incluso por diez. Si elegimos una suma menor que en el esquema anterior es precisamente para poner de manifiesto que la reproducción en escala ampliada (que aquí sólo concebimos como una producción desarrollada con una inversión mayor de capital) no tiene nada que ver con la magnitud absoluta del producto, que para una determinada masa de mercancías sólo presupone una distinta combinación o una distinta determinación funcional de los diversos elementos que forman el producto dado, y que por tanto, en cuanto al volumen de valor, no es, por el momento, más que una reproducción simple. No es la cantidad, sino la determinación cualitativa de los elementos dados de la reproducción simple lo que cambia, y este cambio constituye la premisa material de la reproducción en escala ampliada que más tarde se efectuará.[2]

El esquema podría variar haciendo variar las proporciones entre el capital variable y el constante, por ejemplo así:

Esquema b)

I. 4,000*c* + 875*v* + 875*p* = 5,750

Total = 8,252.

II. 1,750*c* + 376*v* + 376*p* = 2,502

Así se podrían combinar los elementos para la reproducción en escala simple, con lo cual la plusvalía se invertiría íntegramente como renta y no se acumularía. En arribos casos, en *a) y en* b), tenemos un producto anual del mismo volumen de valor, pero en uno de ellos, en *b*), con una agrupación funcional de sus elementos que hace que la reproducción se reanude en la misma *escala*, mientras que en el otro, en *a*), sirve de base material para la reproducción en escala ampliada. En efecto, en *b*) (875*v* + 875*p*) = 1,750 I (*v* + *p*) se cambian por 1,750 II*c* sin que quede remanente alguno, mientras que en *a)* (1,000*v* + 1,000*p*) I =2,000 I(*v* + *p*), al cambiarse por 1,500 II*c*, dejan un remanente de 500 I*p* para la acumulación en el sector I.

Y pasemos ahora al análisis más detenido del esquema *a).* Aquí partimos del supuesto de que tanto en I como en II se acumula la mitad de la plusvalía en vez de gastarla como renta,

es decir, se la convierte en elemento del capital adicional. Como la mitad de 1,000 I*p* = 500, acumulada bajo una u otra. forma, se invierte como capital–dinero adicional, es decir, se convierte en capital productivo adicional, sólo se gastan como renta (1,000*v* + 500*p*) I. Por tanto, aquí sólo figura la cifra de 1,500 como magnitud normal de II*c*. No hay por qué pararse a investigar el cambio entre 1,500 I (*v* + *p*) y 1,500 II*c*, puesto que ya ha sido estudiado como el proceso de la reproducción simple; tampoco hay por qué examinar los 4,000 I, ya que su reajuste para la reproducción que comienza de nuevo (y que esta vez se efectúa en escala ampliada) ha sido asimismo objeto de examen como el proceso de la reproducción simple.

Por tanto, lo único que tenemos que investigar aquí es: 500 I*p* y (376*v* + 376*p*) II, en lo que se refiere, de una parte, a las relaciones internas tanto en I como en II y, de otra parte, al movimiento entre ambos sectores. Puesto que se da por seguro que en II ha de acumularse también la mitad de la plusvalía, deberán convertirse en capital, aquí, 188, de ellos ¼ en capital variable = 47, digamos en números redondos 48; quedarán, pues, 140 para convertir en capital constante.

Tropezamos aquí con un nuevo problema cuya mera existencia tiene que resultar asombrosa para quienes comparten el punto de vista corriente de que se cambia mercancías de una clase por mercancías de otra clase, mercancías por dinero y, luego, este mismo dinero por otra clase de mercancías. Los 140 II*p* pueden convertirse en capital productivo por el hecho de reponerse con una parte de las mercancías de I*p* por el mismo valor. De suyo se comprende que la parte de I*p* que ha de cambiarse por II*p* debe consistir en medios de producción que puedan entrar tanto en la producción de I como en la de II, o bien exclusivamente en la de II. Esta reposición sólo puede efectuarse mediante compra unilateral por parte de II, ya que el producto sobrante total de 500 I*p*, que hemos de examinar aún, tiene que servir para la acumulación dentro de I, razón por la cual no puede cambiarse por mercancías de II; dicho en otros términos, I no puede acumularlo y comérselo al mismo tiempo. Por tanto, II deberá comprar con dinero contante 140 I*p*, sin que este dinero refluya a él mediante la venta posterior de su mercancía a I. Y éste es un proceso que se repite constantemente en cada nueva producción anual, siempre que se trate de reproducción en escala ampliada. ¿Dónde está, para ello, la fuente del dinero en II?

Para la formación de nuevo capital–dinero, que de hecho empieza presentándose como un simple fenómeno de atesoramiento que acompaña a la acumulación real y que en la producción capitalista la condiciona, II parece ser, por el contrario, un campo absolutamente estéril.

Tenemos en primer lugar 376 II*v*; el capital–dinero de 376, invertido en fuerza de trabajo, refluye constantemente como capital variable, en forma de dinero, al capitalista de II mediante la compra de mercancías de II. Este movimiento constantemente repetido de flujo y reflujo de y al punto de partida –al bolsillo del capitalista– no aumenta en lo más mínimo el dinero que se mueve dentro de este ciclo. No es ésta, pues, una fuente de acumulación de
dinero; este dinero no puede ser sustraído tampoco a esta circulación para formar un capital–dinero atesorado, virtualmente nuevo.

Pero veamos sí no es posible obtener aquí una pequeña ganancia.

No debemos olvidar que el sector II tiene sobre el sector I la ventaja de que los obreros empleados por aquél se ven obligados a volver a comprarle las mercancías que ellos mismos producen. El sector II es comprador de fuerza de trabajo y al mismo tiempo

vendedor de mercancías a los poseedores de la fuerza de trabajo por él empleada. Por consiguiente, el sector II puede:

1) Hacer descender sencillamente el salario por debajo de su límite medio normal, cosa

que comparte con los capitalistas del sector I. De este modo, queda libre una parte del dinero que funciona como capital variable, la cual podría, al repetirse constantemente el mismo proceso, llegar a convertirse en una fuente normal de atesoramiento y, por tanto, de formación de capital–dinero virtualmente suplementario en el sector II. Aquí no, tenemos, naturalmente, nada que ver con las eventuales ganancias fraudulentas puesto que se trata de la formación del capital por la vía normal. Pero no debe olvidarse que el salario normal realmente abonado (y que *caeteris paribus* determina la magnitud del capital variable) no se paga, ni mucho menos, por una bondad de los capitalistas, sino porque, en ciertas y determinadas condiciones, no hay más remedio que pagarlo. Con ello queda eliminado este tipo de explicación. Si partimos del supuesto de que el capital variable que debe desembolsar el sector II son 376*v* no podemos, para resolver un problema nuevo que se nos presente, deslizar de golpe y porrazo la hipótesis de que el capital variable desembolsado son, por ejemplo, 350*v* solamente, y no 376*v*.

2) Pero, por otra parte, ya hemos dicho que el sector II, considerado en conjunto, tiene sobre el sector I la ventaja de ser al mismo tiempo comprador de fuerza de trabajo y revendedor de su mercancía a los propios obreros. Todos los países industriales nos ofrecen los testimonios más tangibles del modo cómo se explota esto, cómo nominalmente se paga el salario normal, pero de hecho se vuelve a embolsar o, dicho de otro modo, a robar una, parte de él sin entregar la correspondiente equivalencia en mercancías, lo que se efectúa, en parte, por medio de la forma llamada *trucksystem* (34) mediante falsificaciones (aun cuando no sean denunciadas legalmente) del medio de circulación. Tal ocurre, por ejemplo, en Inglaterra y en los Estados Unidos. (Esto deberá desarrollarse, en este lugar, a la luz de unos cuantos ejemplos.) Es la misma operación que se realiza en el apartado anterior, aunque disfrazada y ejecutada aquí por medio de un rodeo. Debe rechazarse, por tanto, lo mismo que aquélla. El salario a que aquí nos referimos es el salario real y no el salario nominal.

Como vemos, en un análisis objetivo del mecanismo capitalista, no pueden servir de subterfugio para eludir las dificultades teóricas ciertas taras infamantes que aún pueda llevar excepcionalmente. Pero, cosa extraña, la gran mayoría de mis críticos burgueses ponen el grito en el cielo como sí yo hubiera extorsionado a los capitalistas (por ejemplo en el libro I de *El Capital)* al admitir que ellos pagan la fuerza de trabajo por su justo valor, lo que en su mayor parte, no hacen. (Aquí podría citar a Schäffle, con la magnanimidad que me atribuye).

En resumen, no podemos hacer nada con los 376 II*v* para resolver el problema.

Pero la situación se presenta todavía más difícil, al parecer, en lo que se refiere a los 376 II*p*. Aquí, sólo se enfrentan capitalistas del mismo sector, que se compran y venden unos a otros los medios de consumo por ellos producidos. El dinero necesario para estos cambios funciona solamente como medio de circulación y debe, en el desarrollo normal de las cosas, refluir a los interesados en la medida en que ha sido lanzado por ellos a la circulación, para recomenzar siempre el mismo circuito.

La retirada de este dinero de la circulación para la formación de un capital–dinero adicional virtual, parece que sólo es posible de dos modos. Uno consiste en que una parte de los capitalistas de II estafe a la otra, robándole su dinero. Para la formación de un nuevo capital–dinero no es necesario, como sabemos, que se amplíe previamente el medio de circulación; basta con que el dinero sea retirado en ciertos puntos de la circulación y acumulado como tesoro. El hecho de que se robase el dinero y de que, por tanto, la formación de un capital–dinero adicional por una parte de los capitalistas de II llevase aparejada una pérdida positiva de dinero por otra parte, no haría cambiar para nada las cosas. La parte estafada de los capitalistas de II tendría que vivir un poco menos holgadamente: a esto se reduciría todo.

El otro camino consiste en que una parte de II*p* bajo forma de medios de vida necesarios, se convierte directamente en nuevo capital variable dentro del sector II. Cómo se lleva esto a cabo lo veremos al final de este capítulo (apartado 4).

a) Primer ejemplo

A) Esquema de la reproducción simple

I. 4,000*c* + 1,000*v* + 1,000*p* = 6,000

Total = 9,000.

II. 2,000*c* + 500*v* + 500*p* = 3,000

B) Esquema inicial para la reproducción en escala ampliada

I. 4,000*c* + 1,000*v* + 1,000*p* = 6,000

Total = 9,000.

II. 1,500*c* + 750*v* + 750*p* = 3,000

Suponiendo que en el esquema *B* se acumule la mitad de la plusvalía de I, es decir, 500, tenemos (1,000*v* + 5,000*p*) I o 1,500 I *(v + p*) a reponer por 1,500 II*c*; quedará, pues, en I: 4,000*c* + 500*p*, cuya última suma se destinará a ser acumulada. La reposición de (1,000*v* + 500*p*) I por 1,500 II*c* es un proceso de reproducción simple y ha sido estudiado ya a propósito de ésta.

Supongamos ahora que de los 500 I*p*, 400 hayan de convertirse en capital constante y 100 en capital variable. El cambio dentro de I de los 400*p* que han de capitalizarse de este modo ha sido estudiado ya; pueden, por tanto, ser anexionadas sin más a I*c*, con lo cual obtendremos el siguiente resultado para I:

4,400*c* + 1,000*v* + 100*p* (a cambiar por 100*v*).

A su vez, II compra a I para fines de acumulación los 100 I*p* (existentes en medios de producción) que ahora constituyen capital constante adicional de II, mientras que los 100 en dinero que paga por ellos se convierten en la forma–dinero del capital variable adicional de I. Tenemos así, para I, un capital de 4,400*c* + 1,100*v* (estos últimos en dinero) = 5,500.

II tiene ahora, como capital constante, 1,600*c*; para explotarlo necesita desembolsar otros 50*v* en dinero destinado a comprar nueva fuerza de trabajo, con lo cual su capital variable aumenta de 650 a 800. Esta ampliación del capital de II, tanto del constante como del variable, sale de su plusvalía; de los 750 II*p* sólo quedarán, pues, 600*p* como fondo de

consumo de los capitalistas de II, cuyo producto anual se distribuirá ahora del modo siguiente:

II. 1,600*c* + 800*v* + 600*p* (fondo de consumo) = 3,000.

Los 150p producidos en medios de consumo que se invierten aquí en (100*c* + 50*v*) II entran íntegros, bajo su forma natural, en el consumo de los obreros: 100 son consumidos por los obreros de I (100 I*v*) y 50 por los obreros de II (50 II*v*), como ha quedado expuesto más arriba. Es indudable que en II, cuyo producto global se produce bajo una forma necesaria para la acumulación, debe reproducirse en forma de medios de consumo *necesarios* una parte de la plusvalía mayor en 100. Cuando se inicia realmente la reproducción en escala ampliada, los 100 de capital–dinero variable de I refluyen a través de sus obreros al sector II, el cual, a cambio de ello, transfiere a I 100*p* en *stock* de mercancías y otros 50 también en mercancías a su propia clase obrera.

El reajuste hecho con fines de acumulación se presenta ahora así:

I. 4,400*c*+1,100*v*+500*p* (fondo de consumo) = 3,000
II 1,600*c*+ 800*v*+600*p* (fondo de consumo) = 6,000
Total : 9,000, como arriba.

De esto, son capital:

I. 4,400*c* + 1,100*v* (dinero) = 5,500
= 7,900.
II. 1,500*c* + 800*v* (dinero) = 2,400

mientras que la producción comienza con

I. 4,000*c* + 1,000*v* = 5,000
= 7,250.
II. 1,500*c* + 750*v* = 2,250

Ahora bien, si la verdadera acumulación se desarrolla sobre esta base, es decir, sí se produce realmente con este capital incrementado, tendremos al final del año siguiente:

I. 4,400*c* + 1,100*v* + 1,100*p* = 6,600
= 9,800.
II. 1,600*c* + 800*v* + 800*p* = 3,200

Supongamos ahora que en I se siga acumulando en la misma proporción, es decir, que se inviertan como renta 550*p* y se destinen 550*p* a ser acumulados. En primer lugar, se repondrán 1,100 I*v* por 1,100 II*c*, y además deberán realizarse 550 I*p* en la misma cantidad de mercancías de II; es decir, en total 1,650 I (*v* + *p*). Pero el capital constante de II que ha de ser repuesto será solamente = 1,600; los 50 restantes deberán completarse, por tanto, con

800 II*p*. Sí, por el momento, prescindimos aquí del dinero, tenemos como resultado de esta transacción:

I. 4,400*c* + 550*p* (que han de capitalizarse); además, en el fondo de consumo de los capitalistas y de los obreros, 1,650 (*v* + *p*), realizados en mercancías de II*c*.

II. 1,650c (o sea, 50 añadidos, según lo expuesto más arriba, de II*p*) + 800*v* + 750*p* (fondo de consumo de los capitalistas).

Pero sí se mantiene en II la antigua proporción entre *v* y *c*, habrá que desembolsar para 50*c* otros 25*v*, los cuales deberán tomarse de los 750*p*; y así tendremos:

II. 1,650*c* + 825*v* + 725*p*.

En I hay que capitalizar 550*p*; si se mantiene la proporción anterior, 440 de ellos serán capital constante y 110 capital variable. Estos 110 deberán salir eventualmente de los 725 II*p*, es decir, que medios de consumo por valor de 110 serán consumidos por los obreros de I en vez de serlo por los capitalistas de II, lo cual quiere decir que estos últimos se verán obligados a capitalizar los 110*p* no consumidos por ellos. Así quedarán libres de los 725 II*p*, 615 II*p*. Pero si II convierte estos 110 en capital constante adicional, necesitará un nuevo capital variable adicional de 55, que habrá de salir también de su plusvalía; decontándolo de 615 II*p*, quedarán libres 560 para el consumo de los capitalistas de II, con lo que tendremos, después de efectuar todas las transferencias reales y potenciales, como valor capital:

I. (4,400*c* + 440*c*) + (1,100*v* + 110*v*) = 4,840*c* + 1,210*v* =.....6,050
II. (1,600*c* + 50*c* + 110*c* + (800*c* + 25*v* + 55*v*) = 1,760*c* + 880*v* =.....2,640
8,690

Para que la cosa se desarrolle normalmente, la acumulación en II deberá operarse más rápidamente que en I, pues de otro modo la parte de I (*v* + *p*) que ha de cambiarse por mercancías de II*c* aumentará más aprisa que II*c*, que es lo único por lo que puede cambiarse.

Sí la reproducción prosigue sobre esta base y las demás circunstancias permanecen invariables, tendremos al final del siguiente año:

I. 4,840*c* + 1,210*v* + 1,210*p* = 7,260
= 10,780.
II. 1,760*c* + 880*v* + 880*p* = 3,520

Permaneciendo igual el tipo de división de la plusvalía, I podrá empezar invirtiendo como renta 1,210*v* y la mitad de *p* = 605, en total = 1,815. Este fondo de consumo vuelve a exceder en 55 de II*c*. Los 55 deberán descontarse de 880*p*, y quedarán 825. 55 II*p* convertidos en II*c* supone además deducción de II*p* para el capital variable correspondiente = 27 ½ ; quedan para consumir 797 ½ II*p*.

Quedan para capitalizar en I 605*p*; de ellos, capital constante 484 y variable 121; estos últimos deben descontarse de II*p*, que ahora = 797 ½, con lo cual quedarán 676 ½ II*p*. II convertirá, pues, otros 121 en capital constante, para lo cual necesitará nuevo capital variable = 60 ½ ; éstos saldrán igualmente de 676 ½ ; quedarán, pues, 616 para consumir.

Tendremos, entonces, como capital:

I. Constante 4,840 + 484 = 5,324.
Variable 1,210 + 121 = 1,331.
II. Constante 1,760 + 55 + 121 = 1,936.
Variable 880 + 27 ½ + 60 ½ = 968.

Totales:
I. 5,324*c* + 1,331*v* = 6,655
= 9,559.
II. 1,936*c* + 968*v* = 2,904

Al fin del año, en producto:

I. 5,324*c* + 1,331*v* + 1,331*p* = 7,986
= 11,858.
II. 1,936*c* + 968*v* + 968*p* = 3,872

Repitiendo el mismo cálculo y redondeando los quebrados, obtendremos al final del año siguiente un producto de:

I. 5,856*c* + 1,464*v* + 1,464*p* = 8,784
= 13,043.
II. 2,129*c* + 1,065*v* + 1,065*p* = 4,259

Y al final del otro año:

I. 6,442*c* + 1,610*v* + 1,610*p* = 9,662
= 14,348.
II. 2,342*c* + 1,172*v* + 1,172*p* = 4,686

En el transcurso de cinco años de reproducción en escala ampliada, el capital global de I y II aumenta de 5,500*c* + 1,750*v* = 7,250 a 8,784*c* + 2,782*v* = 11,566, es decir, en una proporción de 100: 160. La plusvalía total, que antes era de 1,750, es ahora de 2,782. La plusvalía consumida era antes de 500 en I y de 600 en II, en total = 1,100; en el último año asciende a 732 en I y a 746, en II; en total = 1,478. Ha aumentado, por tanto, en una proporción de 100 : 134.

b) Segundo ejemplo

Tomemos ahora el producto anual de 9,000, que aparece en su totalidad como capital–mercancías en manos de la clase capitalista industrial, bajo una forma en que la proporción media general entre el capital variable y el constante es de 1 : 5. Esto presupone un desarrollo considerable de la producción capitalista y, consiguientemente, de la fuerza productiva del trabajo social; una ampliación considerable y previa de la escala de producción; finalmente, el desarrollo de todos los factores que se traducen en una

superproducción relativa de la clase obrera. En estas condiciones, el producto anual se distribuirá, redondeando los quebrados, del modo siguiente:

I. 5,000*c* + 1,000*v* + 1,000*p* = 7,000
= 9,000.
II. 1,430*c* + 285*v* + 285*p* = 2,000

Supongamos ahora que la clase capitalista I consuma la mitad de la plusvalía = 500 y acumule la otra mitad. En este caso, habría que invertir (1,000*v* + 500*p*) 1 = 1,500 en 1,500 II*c*. Como aquí II*c* solamente = 1,430, habrá que añadir 70 sacados de la plusvalía, restando esto de 285 II*p*. Tendremos, por tanto:

I. 5,000*c* + 500*p* (a capitalizar) + 1,500 (*v* + *p*) en el fondo de consumo de los capitalistas y obreros.

II. 1,430*c* + 70*p* (a capitalizar) + 285*v* + 215*p*.

Como aquí 70 II*b* son anexionados directamente por II*c*, se necesita para poner en movimiento este capital constante adicional un capital variable de

$$\frac{70}{5} = 14;$$

estos 14 se deducen, pues, también de 215 II*p*; quedan 210 II*p*, y así tenemos:

II. (1,430*c* + 70*c*) + (285*v* + l4*v*) + 201*p*.

El cambio de 1,500 I (*v* + ½ *p*) por 1,500 II*c* es un proceso de reproducción simple, que por tanto hemos estudiado ya. Sin embargo, hemos de destacar aquí algunas características nacidas del hecho de que en la reproducción destinada a acumularse I (*v* + ½ *p*) no se repone por II*c* solamente, sino por II*c* más una parte de II*p*.

Que, partiendo del supuesto de la acumulación, I (*v* + *p)* es mayor que II*c* y no igual a II*c*, como en la reproducción simple, se comprende por sí mismo, por dos razones: 1) incorpora una parte de su producción sobrante a su propio capital productivo y convierte 5/6 de él en capital constante, por cuya razón no puede reponer al mismo tiempo estos 5/6 por medios de consumo, 2) I tiene que suministrar con su producto sobrante la materia para el capital necesario para la acumulación dentro de II, del mismo modo que II tiene que suministrar a I la materia para el capital variable que ha de poner en movimiento la parte del producto sobrante de I movilizada por éste como capital constante adicional. Sabemos que el verdadero capital variable, incluyendo el adicional, se halla formado por fuerza de trabajo. No es el capitalista de I el que compra a II artículos de primera necesidad para almacenarlos o los acumula para destinarlos a la fuerza de trabajo adicional que ha de emplear, como tenía que hacer el esclavista. Son los propios obreros quienes tratan con II. Pero esto no impide que, desde el punto de vista del capitalista, los medios de consumo de la fuerza de trabajo adicional sólo sean medios de producción y de sustento de su eventual fuerza de trabajo adicional, es decir, la forma natural de su capital variable. Su propia operación inmediata, aquí la de I, consiste exclusivamente en acumular el nuevo capital–dinero necesario para comprar la fuerza de trabajo complementaria. Una vez

incorporada ésta, el dinero pasa a ser medio de compra de las mercancías de II para esta fuerza de trabajo y debe, por tanto, encontrar en el mercado sus medios de consumo.

Una advertencia de pasada. El señor capitalista, al igual que su prensa, se muestra con frecuencia descontento del modo como los obreros invierten su dinero y de las mercancías de II en que este dinero se realiza. Con este motivo filosofan, divagan sobre la cultura y la filantropía, según lo hace por ejemplo el señor Drummond, secretario de la embajada inglesa de Washington: *The Nation* (un periódico) publicó en octubre de 1879 un interesante
artículo, que dice entre otras cosas: "Los obreros no marchan en el terreno de la cultura a tono con el progreso de los descubrimientos; tienen a su alcance masas de objetos que no saben usar y para los cuales no crean, por tanto, ningún mercado". (Todo capitalista desea, naturalmente, que los obreros compren sus mercancías). “No hay ninguna razón para que el obrero no apetezca el mismo confort que el sacerdote, el abogado, o el médico, que ganan lo mismo que él”. (Evidentemente esta clase de abogados, sacerdotes o médicos que ganan lo que gana un obrero podrán apetecer mucho confort, pero todo se quedará en apetencia). "Sin embargo, no lo hace. El problema está en saber cómo se puede hacer subir su nivel como consumidor por medio de un procedimiento sano y racional; no es un problema sencillo, pues su ambición no pasa del deseo de reducir sus horas de trabajo y los demagogos le incitan a esto más que a elevar su nivel de vida por medio del mejoramiento de sus capacidades espirituales y morales”. *(Reports of H. M.'s Secretaries of Embassy and Legation of the Manufactures, Commerce, etc., of the Countries in wich they reside,* Londres, 1879. p. 404).

Una jornada larga de trabajo es, por lo visto, la clave del secreto del procedimiento sano racional por el que puede elevarse el nivel de vida del obrero mediante el mejoramiento de sus capacidades espirituales y morales y convertirlo en un consumidor racional. Para convertirse en un consumidor racional de las mercancías de los capitalistas tiene que empezar sobre todo –pero, desgraciadamente, los demagogos se lo impiden– por permitir que su propio capitalista consuma de un modo irracional y atentatorio para la salud del obrero, su propia fuerza de trabajo. Qué entiende el capitalista por consumo racional lo vemos allí donde éste se rebaja a intervenir directamente en el comercio de artículos de consumo de sus obreros: en el *trucksystem,* una de cuyas muchas ramas es el suministro de viviendas a los obreros, con que su capitalista se erige al mismo tiempo en su casero.

Este mismo Drummond, cuya noble alma se entusiasma con los esfuerzos de los capitalistas por elevar el nivel de vida de la clase obrera, nos habla en su informe, entre otras, de las fábricas modelo de hilados y tejidos de algodón de los Lowell y Lawrence Mills. Las casas en que las obreras comen y se alojan pertenecen a la misma sociedad anónima que es propietaria de la fábrica; el personal que regentea estas casas se halla a sueldo de la misma sociedad, que les prescribe sus reglas de conducta; ninguna muchacha puede salir de casa después de las 10 de la noche. Y ahora viene lo bueno. La policía especial de la sociedad patrulla los alrededores de la fábrica para impedir toda transgresión contra este reglamento doméstico.
Después de las 10 de la noche no se deja entrar ni salir a ninguna obrera. Ninguna puede vivir fuera de los terrenos pertenecientes a la sociedad, en los que cada vivienda le produce unos 10 dólares de alquiler a la semana. Aquí vemos en todo su esplendor lo que es el consumidor racional que se preconiza: “En muchas de las mejores viviendas de estas obreras he visto un piano, lo cual quiere decir que la música, el canto y la danza

desempeñan un papel importante en la vida de estas muchachas que, después de diez horas de trabajo continuo junto al telar, necesitan variación después de la monotonía, más que verdadero descanso” (p. 412). Pero el secreto principal de cómo hacer del obrero un consumidor racional viene ahora. El señor Drummond visita la fábrica de cuchillos de Tunner's Falls (Connecticut River), donde el señor Oakman, tesorero de la sociedad anónima, después de decirle al visitante que los cuchillos norteamericanos de mesa son superiores en calidad a los ingleses, continúa: “También en cuanto a los precios daremos la batalla a Inglaterra; ahora, les llevamos ya la delantera en cuanto a calidad, como todo el mundo lo reconoce; pero debemos conseguir precios más bajos, y esto lo lograremos tan pronto como obtengamos el hierro más barato y reduzcamos el costo del trabajo” (p. 427). Reducción de los salarios y aumento de la jornada de trabajo: he ahí el meollo del procedimiento sano y racional que elevará al obrero a la dignidad de un consumidor racional, para que cree un mercado en que pueda encontrar salida la masa de objetos que ponen a su alcance la cultura y el progreso de los descubrimientos.

Por tanto, así como I tiene que suministrar a base de su producto sobrante el capital constante adicional de II, II suministra en este sentido el capital variable adicional de I. II acumula para I y para sí mismo, en lo tocante al capital variable, al reproducir una parte considerable de su producción global, incluyendo por tanto, especialmente, su producto sobrante, en forma de medios de consumo de primera necesidad.

I (v + p), en la producción sobre una base creciente de capital, debe ser = IIc más la parte del producto sobrante que se reincorpora como capital, más la parte adicional del capital constante necesaria para ampliar la producción en II; y el mínimum de esta ampliación es aquello sin lo que no sería realizable la verdadera acumulación, es decir, la verdadera ampliación de la producción en I.

Si ahora volvernos al último caso examinado más arriba, vemos que se da la característica peculiar de que IIc es menor que I (v + 1/2 p), que la parte del producto de I gastada como renta en medios de consumo, del tal modo que para invertir los 1,500 I (v + p) se realiza inmediatamente por medio de ello una parte del producto sobrante de II = 70. Por lo que se refiere a IIc = 1,430, tiene que ser, en igualdad de circunstancias, repuesto por I (v + p) por el mismo valor, para que en II pueda operarse una reproducción simple, así es que, en este sentido, no tenemos nada que estudiar aquí. Otra cosa acontece con los 70 IIp complementarios. Lo que para I era simple reposición de renta por medios de consumo, un cambio de mercancías dirigido simplemente al consumo, no es para II**,** aquí –como ocurre en la reproducción simple–, simple: reversión de su capital constante de la forma de capital–mercancías a su forma natural, sino proceso directo de acumulación, transformación de una parte de su producto sobrante de la forma de medios de consumo en la de capital constante. Si I compra por 70 libras esterlinas (reserva–dinero para la inversión de plusvalía) los 70 IIp y II no compra con ello 70 Ip, sino que acumula las 70 libras esterlinas como capital–dinero, éste será siempre expresión de producto adicional (y precisamente del producto sobrante de II, del que es una parte alícuota), a pesar de no serlo de un producto que vuelve a entrar en la producción; pero entonces, esta acumulación de dinero por parte de II seria al mismo tiempo expresión de los 70 Ip en medios de producción invendibles. Se operaría, pues, una superproducción relativa en I, correspondiente a esta no ampliación simultánea de la reproducción por parte de II.

Pero, prescindiendo de esto: durante el tiempo en que los 70 en dinero que proceden de I no han refluido aún o sólo han refluido en parte a I mediante la compra de 70 Ip por parte

de II, los 70 en dinero figuran en todo o en parte como capital–dinero adicional virtual en manos de II. Y esto es aplicable a todo cambio entre I y II antes de que la reposición mutua de las mercancías de ambos sectores haya determinado el reflujo del dinero a su punto de partida. Pero el dinero, en el curso normal de las cosas, sólo figura aquí transitoriamente en este papel. Ahora bien, en el sistema de crédito, en que todo dinero adicional que queda momentáneamente libre tiene que entrar a funcionar enseguida activamente como capital–dinero adicional, este capital–dinero que sólo transitoriamente queda libre puede emplearse por ejemplo para nuevas empresas de I siempre y cuando que el producto adicional retenido en otras empresas pueda movilizarse. Debe advertirse asimismo que la anexión de los 70 I*p* al capital constante de II exige al mismo tiempo la ampliación del capital variable de II por valor de 14. Esto presupone –lo mismo que en I en los casos de incorporación directa del producto sobrante I*p* al capital I*c*– que la producción en II siga ya su curso con la tendencia a la ulterior capitalización; presupone, pues, el que esta reproducción incluya la ampliación de la parte del producto sobrante formada por medio de subsistencia de primera necesidad.

El producto de 9,000 en el segundo ejemplo deberá distribuirse para fines de reproducción, como veíamos, del siguiente modo, sí se trata de capitalizar 500 I*p*. Para ello tomamos en consideración solamente las mercancías y prescindimos de la circulación de dinero.

I. 5,000*c* + 500*p* (a capitalizar) + 1,500 (*v* + *p*) de fondo de consumo = 7,000 en mercancías.

II. 1,500*c* + 299*v* + 201*p* = 2,000 en mercancías. Suma global 9,000 en producción de mercancías.

La capitalización se desarrolla ahora del modo siguiente:

En I se dividen los 500*p* que se capitalizan en 5/6 = 417*c* + 1/6 = 83*v*. Los 83*v* sustraen una suma igual a II*p*, la cual compra elementos del capital constante, es decir, se incorpora a II*c*. Un aumento de II*c* en 83 condiciona un aumento de II*v* en 1/5 de 83 = 17. Tendremos, pues, después de la operación:

I. (5,000*c* + 417*p*) *c* + (1,000*v* + 83*p*) *v* = 5,417*c* + 1,083*v* = 6,500.	
II. (1,500*c* + 83*p*) *c* + (299*v* + 17*p*) *v* = 1,583*c* + 316*v* = 1,899.	
Total :	8.399.

El capital de I aumenta de 6,000 a 6,500, es decir, en 1/12. El de II aumenta de 1,715 a 1,899, es decir, en un poco menos de 1/9.

La reproducción operada sobre esta base el segundo año da al final del año el siguiente capital:

I. (5,417*c* + 452*p*) *c* + (1,083*v* + 90*p*) = 5,869*c* + 1,173*v* .....= 7,042.
II. (1,583*c* + 42*p* + 90*p*) *c* + (316*v* + 8*p* + 18*p*) *v* = 1,715*c* + 342*v*.....= 2,057.

y al final del tercer año, en producto:

I. 5,869*c* + 1,173*v* + 1,173*p*
II. 1,715*c* + 342*v* + 342*p*

Si aquí I acumula, como hasta ahora, la mitad de la plusvalía, tendremos I (v + ½ p) 1,173u + 587 (1/2 p) = 1,760, que será por tanto mayor que todos los 1,715 IIc, con una diferencia de 45. Esta diferencia deberá, por tanto, compensarse sumando a IIc una cantidad igual de medios de producción. IIc aumentará, por consiguiente,

II. (1,500c + 83p)c + (299c + l7p)v = 1,583c + 316v = 1,899.

en 45, lo que condiciona un aumento de 1/5 = 9 en IIv. Además, los 587 Ip capitalizados se repartirán en 5/6 y 1/6 en 489c y 98c; estos 98 condicionan en II un nuevo aumento del capital constante de 98 y éste, a su vez, un aumento del capital variable de II en 1/5 = 20. Y así, tendremos:

I. (5,869c + 489p) c + (1,173v + 98p) v = 6,358c + 1,271v.....= 7,629.
II. (1,715c + 45p + 98p) c + (342v + 9p + 20p) v = 1,815c + 371v.....= 2,229.
Capital total.....= 9.858.

En tres años de reproducción creciente, el capital global de I aumentará, pues, de 6,000 a 7,629; el de II de 1,715 a 2,224, y el capital global de la sociedad de 7,715 a 9,858.

c) Cambio de II*c* con acumulación

En el cambio entre I (v + p) y IIc se dan, pues, diversos casos.

En la reproducción simple, ambos deben ser iguales y reponerse mutuamente, pues de otro modo, como veíamos más arriba, la reproducción simple no podría desarrollarse sin perturbaciones.

En la acumulación hay que tener en cuenta ante todo la cuota de acumulación. En los casos anteriores suponíamos que la cuota de acumulación en I =1/2p, y suponíamos asimismo que esta cuota permanecía constante a través de los distintos años. Sólo hacíamos variar la proporción según la cual este capital acumulado se divide en variable y constante. Y así, se daban tres casos distintos.

1) I (v + ½ p) = IIc, el cual es, por tanto, menor que I (v + p). Así tiene que ocurrir siempre, pues de otro modo I no podría acumular.

2) I (v + ½ p) es mayor que II. En este caso, la reposición se lleva a cabo añadiendo a IIc una parte proporcional de IIp, de tal modo que la suma = I (v + ½ p). Aquí, el cambio no es, para II, la reproducción simple de su capital constante, sino que es ya acumulación, aumento del mismo en la parte del producto sobrante que se cambia por medios de producción de I; este aumento implica al mismo tiempo que II aumente además proporcionalmente su capital variable a base de su propio producto sobrante.

3) I (v + ½ p) es menor que IIc. En este caso, II no reproduce completamente su capital constante mediante el cambio y tiene, por tanto, que suplir el déficit comprado a I. Pero esto no exige más acumulación del capital variable de II, puesto que su capital constante sólo se reproduce plenamente, en cuanto a su magnitud, por medio de esta operación. Por otra parte, mediante este cambio, la parte de los capitalistas de I que sólo acumula capital–dinero, adicional ha realizado ya una parte de esta especie de acumulación.

La premisa de la reproducción simple, según la cual I (v + p) = IIc, no sólo es

incompatible con la producción capitalista, lo que por lo demás no excluye la posibilidad de que en el ciclo industrial de 10–11 años, haya frecuentemente años que arrojen menos producción global que los anteriores, es decir, en los cuales no se logre ni siquiera una reproducción simple en comparación con los años precedentes, sino que además, dado el aumento natural anual de la población, la reproducción simple sólo podría operarse en la medida en que un número proporcionalmente mayor de servidores improductivos contribuyese a consumir de los 1,500 que representan la plusvalía global. En cambio, en estas circunstancias sería imposible la acumulación de capital, y por tanto, una verdadera producción capitalista. El hecho de la acumulación capitalista excluye, pues, la posibilidad de que IIc = I (v + p). Sin embargo, incluso en la acumulación capitalista podría darse el caso de que, a consecuencia de la marcha de los procesos de acumulación efectuados en la serie anterior de períodos de producción, IIc fuese no sólo igual, sino mayor que I (v + p). Esto significaría una superproducción en II, que sólo podría compensarse mediante un gran *crack* que hiciese pasar una parte del capital de II a I. Las proporciones entre I (v + p) y II no se alteran tampoco por el hecho de que una parte del capital constante de II se reproduzca automáticamente, como, ocurre por ejemplo en la agricultura, cuando se emplean simientes producidas por el propio agricultor. Esta parte de IIc no tiene por qué ser tomada en consideración para los efectos del cambio efectuado entre I y II, del mismo modo que no hay por qué tomar en consideración aquí el factor Ic. Y los términos del problema no cambian tampoco porque una parte de los productos de II pueda entrar en I en concepto de medios de producción. Estos se cubrirán con una parte de los medios de producción suministrados por I y esta parte deberá descontarse de antemano de un lado y otro, si queremos investigar en su estado puro y sin mezcla el intercambio entre los dos grandes sectores de la producción social, el formado por los productores de medios de producción y el formado por los productores de medios de consumo.

Por consiguiente, en la producción capitalista, I (v + p) no puede ser igual a IIc, ni ambos pueden cubrirse mutuamente en el intercambio. Por el contrario, sí

$$\mathrm{I}\,\frac{p}{x}$$

representa la parte de Ip que se invierte como renta de los capitalistas, puede ocurrir que

$$v + \frac{p}{x}$$

sea igual, mayor o menor que IIc; pero I

$$v + \frac{p}{x}$$

tiene que ser siempre necesariamente menor que la parte de IIp que el sector capitalista II debe en todo caso consumir por sí mismo.

Debe advertirse que en esta exposición de la acumulación el valor del capital constante, en la medida en que es una parte del valor del capital–mercancías a cuya producción contribuye, no es completamente exacta. La parte fija del capital constante nuevamente acumulado sólo se transfiere al capital–mercancías gradual y periódicamente, de distinto modo según la naturaleza de estos elementos fijos; por consiguiente, allí donde

las materias primas, artículos a medio fabricar, etc., entran en masa en la producción de mercancías, el capital–mercancías consiste en gran parte en reposición de los elementos circulantes del capital constante y del capital variable. (Sólo puede procederse así en gracia a la rotación de los elementos circulantes; con ello se da por supuesto que la parte circulante, unida a la parte de valor del capital fijo transferida a él, describe dentro del año las rotaciones necesarias para que la suma global de las mercancías suministradas sea igual al valor del capital global incorporado a la producción de todo el año.) Pero allí donde las máquinas sólo trabajan con materias auxiliares, sin materias primas, el elemento de trabajo = *v* tiene necesariamente que aparecer como una parte mayor dentro del capital–mercancías. Mientras que en la cuota de ganancia la plusvalía se calcula sobre el capital global, independientemente del hecho de que los elementos fijos transfieran periódicamente al producto mucho valor o poco, cuando se trata del valor de todo capital–mercancías producido periódicamente, la parte fija del capital constante sólo debe incluirse en el cálculo cuando, mediante su desgaste, transfiera por término medio algún valor al producto.

IV. *Notas complementarias*

La fuente primitiva de dinero para II es $v + p$ de la producción de oro I, cambiado por una parte de II*c*; sólo en la medida en que el productor de oro acumula plusvalía o la convierte en medios de producción de I, es decir, en la medida en que amplía su producción, evita que su $v + p$ entre en II; por otra parte, en la medida en que la acumulación de dinero por parte del mismo productor de oro conduce en último resultado a la reproducción en escala ampliada, la parte de la plusvalía de la producción de oro que no se invierte como renta, se incorpora al capital variable adicional del productor de oro en II y estimula aquí un nuevo atesoramiento o da a comprar nuevos medios de I, sin vendérselos de nuevo directamente. Del dinero procedente de este I $(v + p)$ de la producción de oro, hay que descontar la parte del oro que ciertas ramas de producción de II emplean como materia prima, etc., es decir, como elemento de reposición de su capital constante. Es elemento para el atesoramiento provisional –realizado con fines de futura reproducción en escala ampliada– en el intercambio entre I y II: para I, solamente cuando una parte de I*p* se venda unilateralmente a II sin ir combinada con otra compra y sirva aquí de capital constante adicional de II; para II, cuando ocurra lo mismo por parte de I en cuanto al capital variable adicional; y asimismo, cuando una parte de la plusvalía invertida por I como renta no la cubra II*c*, es decir, cuando se compre con II*c* una parte de II*p* y se convierta así en dinero. Sí I

$$v + \frac{p}{x}$$

sea mayor que II*c*, II*c* no necesita reponer para su reproducción simple con mercancías de I, lo qué I haya consumido de II*p*. Surge el problema de saber hasta qué punto puede realizarse atesoramiento dentro del intercambio de los capitalistas de II entre sí, intercambio que sólo puede consistir en un intercambio de II*p*. Sabemos que dentro de II se efectúa acumulación directa por el hecho de que una parte de II*p* se convierte directamente en capital variable (exactamente lo mismo que en I una parte de I*p* se convierte directamente en capital constante). En las diferentes capas de la acumulación que corresponden a diversas épocas dentro de las distintas ramas industriales de II, y dentro de

cada una de ellas en cuanto a los diversos capitalistas, el problema se resuelve, *mutatis mutandis*, lo mismo que en I. Unos se hallan todavía en la fase del atesoramiento, venden sin comprar; los otros se hallan ya en la etapa de una ampliación efectiva de la reproducción, compran sin vender. Aunque el capital–dinero variable adicional se invierta por el momento en fuerza adicional de trabajo, ésta compra medios de subsistencia a los poseedores atesoradores de los medios de consumo adicionales destinados al consumo de los obreros. El dinero, en proporción a su atesoramiento, no retorna de manos de éstos a su punto de partida, sino que es acumulado.

Notas al pie de Cap. 21

1 Desde aquí hasta el final, tomado del manuscrito VIII.

2 Esto pone fin de una vez para siempre a la polémica sobre la acumulación del

capital sostenida por James Mill y S. Bailey, examinada ya desde otro punto de vista en el libro I (cap., XXII, 5, pp. 554 y 555 , notas 47 y 48), a saber: la polémica , en torno a la posibilidad de que se extiendan los efectos del capital industrial permaneciendo idéntica la magnitud del mismo. Sobre esto habremos de volver más adelante.

Apendices

V. I. LENIN

Fragmento del estudio

SOBRE LA CARACTERIZACION DEL ROMANTICISMO ECONOMICO[1]

El mercado extranjero "como salida a la dificultad" que plantea la realización de la plusvalía

Otro error de Sismondi, que brota de la errónea teoría sobre la renta y el producto sociales en la sociedad capitalista, es su tesis de la imposibilidad de realizar el producto en general y la plusvalía en particular, y como consecuencia de esta imposibilidad, la necesidad del mercado extranjero. Por lo que se refiere a la realización del producto en general, el análisis hecho más arriba demuestra que la "imposibilidad" se reduce a la falsa eliminación del capital constante y de los medios de producción. Suprimido este error, desaparece también la "imposibilidad". Y lo mismo debe decirse en lo que se refiere en particular a la plusvalía: este análisis explica también su realización. No existe absolutamente ningún motivo racional para desglosar la plusvalía del producto global, en lo tocante a su realización. La afirmación en contrario de Sismondi (y de nuestros populistas) es, sencillamente, el resultado de no comprender las leyes fundamentales de la realización en general, de no ser capaces de distinguir, con respecto al valor, tres (y no dos) partes del producto, y con respecto a la forma material dos clases de productos (medios de producción y medios de consumo). La afirmación de que los capitalistas no pueden consumir la plusvalía no es más que una repetición vulgarizada de la duda de Adam Smith acerca de la realización en general. Sólo una parte de la plusvalía se halla formada por medios de consumo; otra parte consiste en medios de producción (por ejemplo, la plusvalía del fabricante de hierro). El "consumo" de esta última plusvalía se efectúa al emplearla en la producción; los capitalistas que crean el producto en forma de medios de producción no consumen por si mismos la plusvalía, sino el capital constante que cambian con otros capitalistas. Por eso los populistas, cuando hablan de la imposibilidad de realizar la plusvalía, se ven lógicamente obligados negar también la posibilidad de realizar el capital constante, con lo cual llegan sanos y salvos a Adam Smith... Claro está que semejante retorno al "padre de la economía política" representaría un progreso enorme en autores como éstos, que nos sirven como verdaderos viejos errores descubiertos por su propio intelecto"

¿Y el mercado extranjero? ¿Es que nosotros negamos la necesidad de un mercado extranjero para el capitalismo? Naturalmente que no. Lo que ocurre es que el problema del mercado extranjero *no tiene absolutamente nada que ver con el problema de la realización,* y el intento de unir estos dos problemas formando uno solo caracteriza el deseo romántico de "contener" el capitalismo, al mismo tiempo que la falta de lógica de que adolecen los románticos. Así lo ha demostrado con absoluta claridad la teoría que explica el problema de la realización. El romántico dice: los capitalistas no pueden consumir la plusvalía, razón por la cual tienen que darle salida en el extranjero. Ahora bien, ¿acaso los capitalistas

regalan sus productos a los extranjeros o los arrojan al mar? Lo que hacen es venderlos, es decir, obtienen un equivalente a cambio de ellos; exportan sus productos, importando a cambio de ellos otros. Cuando hablamos de la realización del producto social, eliminamos ya por este solo hecho la circulación de dinero y admitimos solamente un intercambio de unos productos por otros, pues el problema de la realización estriba también en analizar cómo se reponen, tanto en cuanto al valor como en cuanto a la forma material, todas las partes que integran el producto social. Por tanto, empezar hablando de la realización para terminar diciendo que "ya se dará salida al producto por dinero" es algo tan ridículo como si se quisiera resolver el problema de la realización del capital constante en medios de consumo diciendo: "ya se venderán". Es, sencillamente, un burdo error lógico: esas gentes se dejan llevar del problema de la realización del producto global de la sociedad al punto de vista del empresario individual, a quien sólo interesa "la venta al extranjero". Confundir el comercio exterior, la exportación, con el problema de la realización, significa rehuir el problema, desplazarlo a un campo más extenso, pero *sin aclararlo en lo más mínimo*[2] El problema de la realización no avanzara ni un palmo por el hecho de que en vez de fijarnos en el mercado de un solo país nos fijemos en el mercado de un conjunto de países. Cuando los populistas afirman que el mercado extranjero es la "salida a la dificultad"[3] con que tropieza el capitalismo para la realización del producto, no hacen más que encubrir con esta frase el triste hecho de que el "mercado extranjero" es la "salida a la dificultad" con que ellos tropiezan por no comprender la teoría. Pero no es sólo esto. La teoría que abarca el mercado extranjero con el problema de la realización del producto global de la sociedad no demuestra solamente que no se comprende lo que es esta realización, sino que encierra además *una concepción extraordinariamente superficial de las contradicciones peculiares a esta realización*. "Los obreros consumen el salario y los capitalistas no pueden consumir la plusvalía". Fijémonos un poco de cerca en esta "teoría" desde el punto de vista del mercado externo. ¿De dónde sabemos que "los obreros consumen el salario" ¿Qué derecho hay a suponer que los productos destinados de antemano por toda la clase capitalista de un determinado país al consumo de todos los obreros de este país resultarán realmente iguales, en cuanto a su valor, al salario de estos obreros y lo repondrán, y que, por tanto, no se planteará con respecto a estos productos la necesidad del mercado extranjero? No existe, decididamente, ninguna razón para suponer esto, y tampoco ocurre así en la realidad. No sólo productos (o partes de los productos) que reponen la plusvalía, sino también aquellos que reponen el capital variable, no sólo los productos que reponen el capital variable, sino también aquellos que reponen el capital constante (y que nuestros "economistas" olvidan sin acordarse de su afinidad... con Adam Smith); no sólo los productos que existen bajo la forma de medios de consumo, sino también aquellos que existen bajo la forma de medios de producción: todos ellos se realizan siempre entre "dificultades," a través de constantes oscilaciones, cada vez más fuertes a medida que se desarrolla el capitalismo, entre una furiosa concurrencia que *obliga* a todo empresario a aspirar a una extensión ilimitada de la producción, rebasando las fronteras del propio Estado y lanzándose en busca de nuevos mercados a países no absorbidos aún por el sistema de circulación capitalista de mercancías. Y así hemos llegado al problema de por qué el mercado extranjero es necesario para un país capitalista. No es, ni mucho menos, porque el producto no pueda realizarse en modo alguno dentro del orden capitalista. Pensar esto sería disparatado. El mercado externo es necesario porque la producción capitalista *implica* la tendencia a la extensión *ilimitada*, por oposición a todos los antiguos sistemas de producción, circunscritos a los límites de la

aldea, de la heredad, de la tribu, del territorio o del estado. Mientras que en todos los antiguos sistemas económicos la producción se renovaba siempre del mismo modo y en la misma escala en que venía desarrollándose antes, bajo el régimen capitalista esta renovación es *imposible* y la extensión *ilimitada*, el perenne avance se convierte en ley de la producción.[4]

De este modo, la distinta manera de comprender la realización (o, mejor dicho: su incomprensión, de una parte, y su absoluta incomprensión por los románticos, de otra parte), conduce a dos concepciones diametralmente opuestas sobre la significación del mercado extranjero. Para unos (los románticos), el mercado extranjero es el índice de aquella "dificultad" que el capitalista opone al desarrollo social. Para otros, por el contrario, el mercado extranjero revela cómo el capitalismo *elimina* aquellas dificultades que se interponen ante el desarrollo social y que la historia crea en forma de los diversos obstáculos que llevan aparejados el municipio, la tribu, el territorio y la nación.[5]

Como se ve, la diferencia estriba toda ella en el "punto de vista" solamente. Sí, solamente". La diferencia entre los jueces románticos del capitalismo y otra clase de jueces consiste "solamente" en el "punto de vista", solamente en el hecho de que unos se sitúan para emitir sus juicios en el punto de vista del pasado y los otros en el punto de vista del porvenir; mientras que unos se fijan en el orden social que el capitalismo destruye, otros atienden al orden social creado por el capitalismo.[6]

La falsa concepción acerca del mercado extranjero suele ir asociada, en los románticos, a referencias sobre las "peculiaridades en la situación internacional del capitalismo de un determinado país, sobre la imposibilidad de controlar un mercado, etc."; todos estos argumentos van encaminados a un fin; hacer "desistir" a los capitalistas de su búsqueda de un mercado externo. Cuando hablamos de "referencias", nos expresamos en realidad de un modo impreciso, pues los románticos no nos ofrecen un análisis real del comercio exterior de un país, de su movimiento progresivo en el campo de los nuevos mercados, de sus actividades de colonización, etc. A ellos no les interesa en absoluto el estudio y el esclarecimiento del proceso real; lo único que les interesa es la moral contra este proceso. Para que el lector pueda convencerse de la absoluta identidad que existe entre la moral de los románticos rusos de nuestros días y la del romántico francés, pondremos algunos ejemplos tomados de las doctrinas de este último. Ya hemos visto cómo amenazaba Sismondi a los capitalistas con que no encontrarían mercado. Pero no afirmaba solamente esto. Afirmaba también que "el mercado mundial se halla ya suficientemente abastecido" (II, 328), demostrando la imposibilidad de seguir el camino del capitalismo y la necesidad de abrazar un camino distinto... Aseguraba a los empresarios ingleses que el capitalismo no estaría en condiciones de absorber todos los obreros que el sistema de las grandes explotaciones agrícolas dejaría disponibles en el campo (I, 255–256). ¿ Acaso aquellos a quienes se sacrificasen los agricultores obtendrían con ello, a la larga, ninguna ventaja? Los agricultores son los consumidores más directos y más seguros de los artículos manufacturados ingleses. Al cesar su consumo, la industria sufriría un rudo golpe. más funesto para ella que el cierre de uno de los más grandes mercados extranjeros (I, 256). Y aseguraba a los granjeros ingleses que no podrían hacer frente a la competencia de los

pobres campesinos polacos, a quienes el trigo no les costaba nada apenas y que les amenazaba la competencia aun más espantosa del trigo ruso embarcado en los puertos del

Mar Negro. “Los norteamericanos –exclama Sismondi– se han asimilado el nuevo principio: producir sin calcular el mercado (*Produire sans calculer le marché*), produciendo cada vez más”, por donde “el rasgo característico del comercio de los Estados Unidos, de una punta a otra del país, es la plétora de mercancías de todas clases por sobre las necesidades del consumo... y esta plétora de capitales comerciales que no pueden cambiarse por renta trae como consecuencia una serie de bancarrotas diarias” (I, 455–456) ¿Qué diría el buen Sismondi si viese la Norteamérica de nuestros días y su gigantesco desarrollo sobre la base de este mercado interior, llamado necesariamente a “comprimirse”, según la teoría de los románticos?

Las crisis

La tercera conclusión que Sismondi saca de la falsa teoría tomada por él de Adam Smith es su doctrina de las crisis. La concepción de Sismondi según la cual la acumulación (el desarrollo de la producción en general) se halla determinada por el consumo, y su modo falso de explicar la realización del producto global de la sociedad (reduciéndolo a la participación de los obreros y a la de los capitalistas en la renta) conducen natural e inevitablemente a la doctrina de que las crisis obedecen a la desproporción entre la producción y el consumo. Sismondi abrazaba íntegramente esta teoría. Estaba tomada, además, de Rodbertus, que la formulaba con una ligera variación, explicando las crisis por el hecho de que, al crecer la producción, disminuía la participación del obrero en el producto, con lo cual incurría en el mismo error de Adam. Smith al dividir el producto global de la sociedad en trabajo y “renta” (“renta” es, según su terminología, la “plusvalía,” o sea, la ganancia más la renta del suelo). El análisis científico de la acumulación en la sociedad capitalista[7] y el de la realización del producto vino a minar todos los argumentos de esta teoría, demostrando que es precisamente en los períodos que preceden a las crisis cuando aumenta el consumo de los obreros; que el consumo insuficiente (con el que se pretende explicar las crisis) ha existido bajo los más diversos sistemas económicos, mientras que las crisis son características de *un* sistema solamente, del capitalismo. Esta teoría explica las crisis mediante otra contradicción, a saber, la contradicción entre el carácter social de la producción (socializada por el capitalismo) y el carácter privado, individual de la apropiación. Aunque podría parecer que la profunda diferencia existente entre estas teorías es ya clara de por sí, no tenemos más remedio que detenernos a examinarla de cerca, pues son precisamente los secuaces rusos de Sismondi quienes intentan *esfumar* esta diferencia y embrollar la realidad. Las dos teorías de las crisis de que hablamos contienen explicaciones totalmente distintas. La primera teoría las explica partiendo de la contradicción existente entre la producción y el consumo de la clase obrera; la segunda se basa en la contradicción existente entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación. La primera encuentra, pues, las raíces del fenómeno *fuera* de la producción (de aquí que Sismondi, por ejemplo, ataque de un modo general a los clásicos, quienes ignoran el consumo y sólo se ocupen de la producción); la segunda busca esas raíces precisamente en las condiciones de producción. Dicho en términos más concisos, la primera teoría explica las crisis como efecto de un déficit de consumo, la segunda como obra de la anarquía de la producción. Por tanto, aunque ambas teorías explican las crisis partiendo de una contradicción inherente al orden económico, discrepan plenamente al definir esta contradicción. ¿Pero es que la segunda teoría contradice la existencia de una contradicción entre la producción y el consumo, la existencia de un

déficit de consumo? *Evidentemente, no*. Reconoce plenamente este hecho, pero le asigna el lugar secundario que le corresponde, como un hecho que sólo se refiere a un sector de toda la producción capitalista. Nos dice que este hecho por sí solo no puede explicar las crisis, puesto que responde a una contradicción más profunda y fundamental del sistema económico vigente: a la contradicción existente entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación. ¿Qué decir, pues, de quienes, siendo en realidad partidarios de la primera teoría se esconden detrás de referencias al modo como los representantes de la segunda teoría comprueban la contradicción existente entre la producción y el consumo? Evidentemente, estos autores no han *profundizado* en lo que sirve de base a la diferencia entre las dos teorías y no han llegado a comprender debidamente la segunda. Entre estos autores figura por ejemplo el señor N.–on (sin hablar del señor W. W.). Ya el señor Tugan–Baranowski ha señalado, en nuestra literatura, que esos autores figuran entre los secuaces de Sismondi (*Crisis industriales*, p. 477, sí bien, en lo que se refiere al señor N.–on, con la curiosa reserva de "al parecer"). Pero el señor N.–on, que nos habla de la comprensión del mercado interior" y de la "disminución de la capacidad del consumo del pueblo" (puntos centrales de sus ideas), se remite, no obstante, a los representantes de la segunda teoría, que *constatan* la existencia de una contradicción entre la producción y el consumo, el hecho del déficit de consumo. Evidentemente, estas referencias sólo acusan la capacidad característica de estos autores para traer a colación citas sin venir a cuento. Así, por ejemplo, todos los lectores que conozcan sus *Apuntes* recordarán sin duda esta "cita": "los obreros", como compradores de mercancías son importantes para el mercado. Pero, considerados como vendedores de su mercancía –la fuerza de trabajo–, la sociedad capitalista tiende a reducirlos a su precio mínimo" (*Apuntes*, p. 178). Y recordarán también los lectores de esta obra cómo el señor N.–on pretende derivar de aquí tanto la "comprensión del mercado interior" (*ob*. cit., p. 203 y *ss*.) como las crisis (*ob. cit*., p. 298 y *ss*.). Al hacer esta cita (que, como hemos expuesto, no prueba nada) nuestro autor *suprime* el final de la nota de que está tomada. Se trata de una *nota interpolada en el manuscrito* de la sección II del libro II de *El Capital*; era una idea apuntada allí "para su desarrollo futuro", y el editor del manuscrito la puso en una nota. *Según las palabras citadas, la nota dice: Sin embargo, el estudio de esto corresponde a la sección siguiente"*[8] es decir, a la sección III ¿Qué sección es ésta? Precisamente la que contiene la crítica de la teoría de A. Smith sobre las dos partes del producto global de la sociedad (en unión de las manifestaciones acerca de Sismondi que citábamos más arriba) y el análisis de la "reproducción y circulación del capital global de la sociedad", es decir, de la realización del producto. Por tanto, para confirmar sus ideas, repetición de las de Sismondi, nuestro autor cita una observación correspondiente a la sección en que Sismondi es refutado y en que se demuestra que los capitalistas pueden realizar la plusvalía, y que el incluir el comercio exterior en el análisis de la realización constituye un absurdo...

Otro intento de esfumar la diferencia entre las dos teorías y defender la vieja pacotilla romántica al amparo de las más modernas doctrinas, lo encontramos en el artículo de Efrussi. Este autor cita la teoría de las crisis de Sismondi y señala su falsedad (*Russkoie Bogatstvo*, núm. 7, p. 162). Su exposición es extraordinariamente confusa y contradictoria. Por una parte, repite los argumentos de la teoría opuesta, al declarar que la demanda de una nación no se reduce a los artículos de primera necesidad. Por otra parte, afirma que la explicación que Sismondi da de las crisis "sólo pone de manifiesto una de las muchas causas que entorpecen la distribución de la producción nacional con arreglo a la demanda

de la población y a su poder adquisitivo”. Se trata, pues, de hacer creer al lector que la explicación de la crisis debe buscarse precisamente en la “distribución”, que el error de Sismondi se limita a señalar de un modo incompleto las causa que entorpecen esta distribución. Pero no es esto lo fundamental... “Sismondi –dice Efrussi– no se contentaba con la anterior explicación. En la primera edición de los *Nouveaux Principes* encontramos ya un capítulo altamente instructivo: “De la connaissance du marché” En este capítulo, Sismondi expone 1as causas fundamentales a que obedece la perturbación del equilibrio entre la producción y el consumo' [fijémonos bien en esto] con una claridad que encontramos ante este problema en muy pocos economistas” (1. c.). Y Efrussi, quien transcribe algunas citas para demostrar que el fabricante no puede conocer el mercado, dice: “Engels dice casi lo mismo” (p. 163), tras cuya afirmación viene una cita para demostrar que el fabricante no puede conocer la demanda. Inserta luego otras citas en las que se habla de otros obstáculos que se oponen al restablecimiento del equilibrio entre la producción y el consumo” (p. 164) y asegura que “en ellas se contiene precisamente la explicación de las crisis que tiende a convertirse cada vez más en la doctrina dominante. Más aún: Efrussi entiende que “en cuanto al problema de las causas de las crisis económicas, existen razones poderosas para considerar a Sismondi como el padre de las ideas que más tarde habrán de desarrollarse de un modo más claro y más consecuente” (p. 168).

Con todo esto, Efrussi delata su pleno desconocimiento del problema. ¿Qué son las crisis? Superproducción, producción de mercancías que no pueden ser realizadas, que no encuentran demanda. Si las mercancías no encuentran demanda, ello quiere decir que el fabricante no conocía la demanda en el momento de producirlas. Ahora bien, cabe preguntar: ¿Acaso es explicar las crisis el poner de manifiesto esta condición de su posibilidad? Es que Efrussi no ha comprendido realmente la diferencia que existe entre la referencia a la posibilidad y la explicación de la necesidad de un fenómeno. Sismondi dice: las crisis son posibles, pues el fabricante no conoce la demanda, y son necesarias, pues en la producción capitalista no puede existir equilibrio entre la producción y el consumo (es decir, no puede realizarse el producto). Engels dice: las crisis son posibles, pues el fabricante no conoce la demanda; y son necesarias, pero no, ni mucho menos, porque el producto no pueda ser realizado. Esto no es exacto: el producto puede realizarse. Las crisis son necesarias porque el carácter colectivo de la producción choca con el carácter individual de la apropiación. Y he aquí que viene un economista y asegura que Engels sostiene “casi lo mismo”, que Sismondi nos da “la misma explicación de las crisis”. Por eso me maravilla –dice Efrussi– que el señor Tugan–Baranowski... haya perdido de vista lo más importante y más valioso de la teoría de Sismondi” (p. 168). Pero el señor Tugan–Baranowski no ha perdido de vista nada.[9] Por el contrario, ha puesto de manifiesto con toda precisión la contradicción fundamental a que conduce la nueva teoría (p. 455 y ss.) esclareciendo la significación de Sismondi, quien primeramente llamó la atención hacía la contradicción revelada en las crisis, pero sin saber explicarla acertadamente (p. 457: Sismondi señaló antes de Engels que las crisis brotan de la organización económica actual: p. 491: Sismondi estableció las condiciones para la posibilidad de las crisis, pero “no toda posibilidad se convierte en realidad”). Y Efrussi no sabe en absoluto salir de la confusión, lo embrolla todo y “se maravilla del lío ante el que se encuentra”. “Es cierto dice el economista del *Russkoie Bogatstvo*– que no encontramos en Sismondi expresiones que hoy han adquirido carta general de naturaleza, tales como las de “anarquía de la producción”,

“producción carente de planes”; pero lo esencial que se encierra en estas expresiones aparece claramente destacado en él (p. 168). ¡Con qué facilidad el romántico moderno revive al romántico de tiempos pasados! Todo el problema se reduce a una distinción de palabra. Lo que en realidad ocurre es que Efrussi no entiende las palabras que repite. “Anarquía de la producción”, “producción carente de plan:” ¿qué significan estas expresiones? La contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter individual de la apropiación. Pues bien, a cualquiera que conozca la literatura económica analizada se le puede preguntar: ¿es que Sismondi o Rodbertus reconocen esta contradicción? ¿acaso derivan de ella las crisis? No, no lo hacen ni podían hacerlo, pues *ninguno de ellos comprende en modo alguno esta contradicción*. No se les ocurría ni siquiera pensar que la crítica del capitalismo no se basa en frases sobre el bienestar general [10] o la falsedad de una “circulación confiada a sí misma”, [11] sino que es necesario tomar como base el carácter que informa el desarrollo de las relaciones de producción.

Nos damos perfecta cuenta de por qué nuestros románticos rusos hacen tantos esfuerzos por esfumar la diferencia entre las dos indicadas teorías sobre las crisis. Lo hacen porque a estas teorías van asociadas del modo más intimo y directo actitudes fundamentalmente distintas ante el problema del capitalismo. En efecto, sí explicamos las crisis por la imposibilidad de realizar los productos, por la contradicción entre la producción y el consumo, llegamos por este camino a la negación de la realidad, de la conveniencia del camino seguido por el capitalismo, consideramos éste como un “camino falso”, lo que nos obliga a buscar “otros caminos”. Sí derivamos las crisis de esta contradicción, tenemos que admitir que cuanto más se desarrolle la contradicción, *más difícil* es encontrarle una salida. Y ya hemos visto con cuánta ingenuidad expresaba Sismondi este punto de vista, al decir que el capitalismo era todavía soportable cuando el capital se acumulaba lentamente, pero que se convertía en insoportable cuando la acumulación se desarrollaba con gran rapidez. Por el contrario, si explicamos las crisis por la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter individual de la apropiación, reconocemos con ello la realidad y el carácter progresivo del camino capitalista, rechazando como un romanticismo absurdo todo intento de buscar “otros caminos”. Reconocemos con ello que cuanto más se desarrolla esta contradicción más fácil es encontrarle una salida, y que la salida está precisamente en el desarrollo del orden económico establecido.

Como ve el lector, también aquí nos encontramos con diferentes “puntos de vista”...

Es absolutamente natural que nuestros románticos busquen confirmaciones teóricas para sus ideas. Es absolutamente natural también que vayan a buscarlas a la vieja pacotilla desterrada desde hace ya mucho tiempo por los economistas de la Europa occidental. Y como se dan cuenta de ello proceden de un modo absolutamente lógico al intentar restaurar esta pacotilla, pintando con bellos colores a los románticos del occidente de Europa o pasando de contrabando el romanticismo bajo la bandera de citas inadecuadas y desencajadas de su sitio. Pero se equivocan de medio a medio sí creen que este contrabando pasará inadvertido.

Después de terminar con la exposición de la doctrina teórica fundamental de Sismondi y con las conclusiones teóricas principales que saca de ella, tenemos que añadir aún algunas palabras, que se refieren también a Efrussi. En su segundo artículo sobre

Sismondi (continuación del primero), dice: “Aún más interesantes (comparadas con la doctrina sobre las rentas del capital) son las ideas de Sismondi sobre las diversas clases de renta” (*Russk. Bog*., núm. 8, p. 42). Según él, Sismondi divide la renta nacional, lo mismo que hace Rodbertus, en dos partes: “una va a parar a los propietarios del suelo y de los medios de producción, otra a los representantes del trabajo” (*ibid*.). Siguen unas citas en las que Sismondi habla de la división no sólo de la renta nacional, sino también del producto global. La producción anual o el resultado de todos los trabajos de una nación en el transcurso del año se compone asimismo de dos partes, etc. (*Nouveaux Principes*, I, p. 105. cit. en *Russk Bog.*, núm. 8, p. 43). “Los pasajes citados– así termina nuestro economista– demuestran con toda claridad que Sismondi se ha asimilado plenamente (!) aquella misma clasificación de la renta nacional que tan importante papel desempeña entre los modernos economistas, a saber: la división de la renta nacional en rentas basadas en el trabajo y en rentas al margen del trabajo. Aunque en general las ideas de Sismondi acerca de la renta no siempre tiene un carácter claro y concreto, se trasluce en ellas, sin embargo, la conciencia de la diferencia que existe entre las rentas de la economía privada y las rentas de la economía nacional” (p. 43).

El pasaje citado –decimos ahora nosotros– demuestra con toda claridad que Efrussi se ha asimilado plenamente la sabiduría de los manuales alemanes, a pesar de lo cual (o tal vez a causa de lo cual) ha pasado por alto en absoluto la dificultad teórica del problema de la renta nacional como algo distinto de la renta individual. Efrussi se expresa de un modo muy poco cauteloso. Veíamos que en la primera parte de su artículo calificaba como “economistas novísimos a los teóricos de una determinada escuela”. El lector creerá con razón que también aquí alude a ellos. Pero en realidad se refiere a algo completamente distinto. Ahora figuran ya en él como economistas modernos los socialistas alemanes de cátedra La defensa que hace Sismondi consiste en acercar su teoría a las doctrinas de los socialistas de cátedra. ¿En qué consiste la doctrina de estas “novísimas” autoridades de Efrussi? Sencillamente, en que la renta nacional se divide en dos partes.

Pero ésta es la doctrina de A. Smith, no, ni mucho menos, la de los “novísimos” economistas. Cuando A. Smith divide la renta en salario, beneficio y renta del suelo (*Riqueza de las Naciones*, Libro I, cap. VI; libro II cap. II), contrapone precisamente a la primera categoría las otras dos como rentas al margen del trabajo, designándolas como deducciones del trabajo (libro I, cap. VIII) y combatiendo el punto de vista según el cual la ganancia constituye el salario abonado por una modalidad especial de trabajo (libro I, cap. VI). Tanto Sismondi como Rodbertus, al igual que los “novísimos” autores de manuales alemanes, se limitan a repetir esta doctrina de A. Smith. La diferencia entre ellos consiste simplemente en que A. Smith comprendía que no le era posible totalmente separar la renta nacional del producto nacional y que caía en una contradicción al desglosar del producto individual el capital constante (según la terminología moderna), después de haberlo incluido en él. En cambio, los “modernos economistas” que repiten los errores de A. Smith no hacen más que envolver su doctrina en una forma ampulosa (“clasificación de la renta nacional”), perdiendo de vista la contradicción ante la que se detuvo A. Smith. Estos métodos podrán ser muy eruditos, pero no tienen nada de científicos.

PIE DE PAGINA

1 Lenin, Obras completas (ed. rusa), tomo II (*N. del ed*.).

2 Esto es tan evidente, que hasta Sismondi reconocía que, en el análisis de la realización, había que prescindir del comercio exterior. “Para poder hacer estos cálculos con mayor seguridad –dice, refiriéndose a la coordinación entre la producción y el consumo– y simplificar los problemas, hemos prescindido completamente, hasta aquí, del comercio exterior, partiendo del supuesto de una nación aislada; la misma sociedad humana constituye esta sociedad aislada, y todo lo que podamos decir de una nación sin comercio es aplicable igualmente a todo el género humano” (I, 115).

3 N.–on. *Apuntes sobre nuestra economía, desde la reforma* (ed. rusa), p. 205.

4 Ver Sieber, *David Ricardo*, etc. [ed. rusa]. San Petersburgo, 1885, p. 466, nota.

5 Ver más abajo [C. Marx], *Discurso sobre el librecambio*.

6 Aquí me refiero solamente a la valoración, no a la comprensión del capitalismo, en punto a la cual los románticos no están, corno veíamos, por encima de los clásicos.

7 En A. Smith y otros economistas posteriores nos encontramos con una concepción errónea acerca de la “acumulación del capital individual”, concepción que se halla relacionada con la teoría según la cual el producto total, en la economía capitalista, “se halla formado por dos partes”. Estos autores sostenían, en efecto, que la parte acumulada de la ganancia se desembolsaba íntegramente en salarios, cuando en realidad se desembolsa: *1°* en capital constante y *2°* en salarios. Sismondi vuelve a incurrir en este error de los clásicos

8 *El Capital*, tomo II, p, 300, nota

9 En mi obra *El desarrollo del capitalismo* (Obras completas, t. III, pp. 15 y 18 [pp. 551 y *ss*. del presente volumen. *Ed*.] he señalado ya las inexactitudes y los errores del señor Tugan–Baranowski, que más tarde habrían de empujarlo a pasarse de lleno al campo de los economistas burgueses [nota de Lenin a la edición de 1908.]

10 Ver Sismondi, *ob. cit*., I, p. 8.

11 Rodbertus. Observaremos por lo demás, que Bernstein, que se ha dedicado en general a restaurar los prejuicios de la economía burguesa, ha sembrado también confusión en este problema con su afirmación de que la teoría de las crisis de Marx no se distingue gran cosa de la de Rodbertus (*Die Voraussetzungen*, etc. Stuttgart 1899, p. 67) y de que Marx se contradice al reconocer como causa última de las crisis el carácter limitado del consumo de las masas. [Nota de Lenin a la edición de 1908].

V. I. LENIN

Fragmento de la obra

"EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO EN RUSIA" [1]

La teoría de los populistas sobre la imposibilidad de realizar la plusvalía

El problema que ahora nos plantea la teoría del mercado interior es el siguiente. Es sabido que el valor del producto, en la reproducción capitalista, se divide en tres Partes: *1)* la primera repone el capital constante, es decir, el valor que también antes existía bajo forma de materias primas y auxiliares, máquinas y medios de producción, etc., y que se limita a reproducirse en una determinada parte del producto acabado; *2)* la segunda parte repone el capital variable, es decir, costea los salarios de los obreros; finalmente *3)* la tercera parte forma la plusvalía, perteneciente al capitalista. Generalmente, se cree (exponiendo el problema con arreglo al criterio de los señores V. V. N.–on) y que la realización (es decir, el logro del correspondiente equivalente, la venta en el mercado) de las (los primeras partes no ofrece ninguna dificultad, puesto que la primera se incorpora a la producción y la segunda entra en el consumo de la clase obrera. Pero, ¿cómo se realiza la tercera parte, es decir, la plusvalía? Es evidente que no puede ser consumida íntegramente por los capitalistas. Nuestros economistas llegan a la conclusión de que "la salida a las dificultades" que plantea la realización de la plusvalía hay que buscarla "en la conquista del mercado exterior" (N. –on, *Apuntes*, sección 2 *f* 15 en general y p. 305 en particular; V. V., "El remanente en el abastecimiento del mercado con mercancías" en los *Otetschestveniye Sapiski*, 1883 y *Resumen de economía teórica*, San Petersburgo, 1895, pp. 179 *ss*.). Los citados autores explican la necesidad del mercado exterior para la nación capitalista diciendo que los capitalistas no tienen otro camino para realizar los productos; que el mercado interior de Rusia se restringe a consecuencia de la ruina de los campesinos y de la imposibilidal de realizar la plusvalía sin mercado exterior, pero que este se halla cerrado para un país joven que ha abrazado ya demasiado tarde la senda de desarrollo del capitalismo, con lo cual, y a base exclusivamente de razonamientos apriorísticos (y además teóricamente falsos), considera demostrado que el capitalismo ruso carece de una base sólida y es, por tanto, un aborto.

Es indudable que, al tratar el problema de la realización, N.–on ha tenido presente la teoría de Marx referente a este punto, (a pesar de que en este pasaje de sus *Apuntes* no aparece para nada el nombre de Marx), pero no la ha entendido en absoluto y la tergiversa, como enseguida veremos, hasta el punto de que no hay quien la conozca. Por eso, nos encontramos con la curiosa circunstancia de que en todo lo esencial sus ideas coinciden con las del señor V. V., a quien no se le puede acusar, ni mucho menos, de incomprensión de la teoría, puesto que sería la mayor de las injusticias sospechar que la conozca ni siquiera superficialmente. Ambos autores presentan la teoría de tal modo, como sí fuesen los primeros que tratan este problema, llegando por "su propia cuenta" a ciertos resultados. Ambos ignoran soberanamente lo expuesto por los antiguos economistas acerca de este tema; ambos repiten los viejos errores, refutados ya del modo más concienzudo en el segundo tomo de *El Capital*.[2] Ambos reducen todo el problema de la realización del producto al problema de la realización de la plusvalía, partiendo evidentemente del

supuesto de que la realización del capital constante no ofrece ninguna dificultad. Este modo simplista de ver el problema implica el error fundamental del que brotaban todos los demás errores en que incurrían los populistas, en su teoría de la realización. En realidad, la dificultad del problema de la realización estriba precisamente en encontrar una explicación a la realización del capital constante. Para poder realizarse, el capital constante necesita incorporarse de nuevo a la producción, cosa que directamente sólo puede hacer el capital cuyo producto consiste en medios de producción. Cuando el producto destinado a reponer la parte constante del capital consiste en medios de consumo, no puede aplicarse directamente a la producción; en este caso tiene que mediar previamente un *intercambio* entre el sector de la producción social que crea medios de producción y el que produce medios de consumo. Y aquí es precisamente donde radica toda la dificultad del problema, que *no advierten siquiera* nuestros economistas. El señor V. V. presenta la cosa, en general, como sí la mira de la producción capitalista no fuese la acumulación, sino el consumo; dice, queriendo ser profundo, que "se concentra en manos de una minoría una masa de objetos materiales que rebasa la capacidad de consumo del organismo (*sic*!) en un momento dado de su desarrollo (*ibid.*, p.149), que "la causa del remanente de la producción no es la modestia o el retraimiento de los fabricantes, sino la limitación o la falta de elasticidad del organismo humano (!!), que no está en condiciones de aumentar su capacidad de consumo con el mismo ritmo con que aumenta la plusvalía" (*ibid*., página 161). El señor N.–on se esfuerza en enfocar el problema como sí no considerase el consumo como la finalidad de la producción capitalista, como sí tuviese en cuenta la función y la importancia que los medios de producción desempeñan en el problema de la realización; pero en realidad demuestra una confusión completa en cuanto al proceso de la circulación y la reproducción del capital social en su conjunto y se embrolla en una serie de contradicciones. No nos detendremos a examinar todas estas contradicciones en detalle (pp. 203–205 de los *Apuntes* del señor N.–on): sería una tarea muy ingrata, que en parte ha sido realizada ya, además, por Bulgakov[3] en su libro titulado *Sobre los mercados en la producción capitalista* (Moscú, 1897, pp. 237–245). Por otra parte, para demostrar cuán fundada es la crítica que acaba de hacerse de las ideas del señor N.–on, basta con investigar su confusión final, según la cual la solución de las dificultades que plantea la realización de la plusvalía está en el mercado exterior. Esta conclusión a que llega el señor N.–on (y que es, en esencia, una simple repetición de la conclusión formulada por el señor V. V.) demuestra del modo más palmario que no ha comprendido nada ni del mecanismo de la realización del producto en la sociedad capitalista (es decir, de la teoría del mercado interior) ni de la función del mercado exterior. En efecto, ¿es que se encierra ni un adarme de sentido común en la invocación del mercado exterior como la salida al problema de la "realización"? El problema de la realización consiste en que cada una de las diversas partes del producto capitalista encuentre en el mercado otra parte del producto que la sustituya, lo mismo en cuanto al valor (capital constante, capital variable y plusvalía) que en cuanto a su forma material (medios de producción y medios de consumo, y en especial artículos de primera necesidad y artículos de lujo). Es evidente que debe dejarse a un lado para ello el comercio exterior pues este factor no nos acerca ni una pulgada a la solución del problema, sino que más bien nos aleja de ella, al desplazar el problema de un solo país a un conjunto de países. El mismo N.–on, que ve en el comercio exterior "la salida a las dificultades" que plantea la realización de la plusvalía, habla en los siguientes términos refiriéndose, por ejemplo, al salario: los productores los obreros que perciben un salario sólo pueden retirar del mercado

la parte de los medios de subsistencia que corresponda por su valor a la suma bruta de los salarios percibidos" (p. 203). A lo cual, cabe preguntarse: ¿por dónde sabe nuestro economista que los capitalistas de un determinado país producirán medios de subsistencia precisamente en la cantidad y calidad necesarias para que puedan realizarse mediante los salarios? ¿Por dónde sabe que en este caso se puede resolver el problema sin recurrir al mercado exterior? Es evidente que no puede saberlo por ningún lado y que aquí descarta sencillamente el problema del mercado exterior, pues cuando se trata de la realización del capital variable la reposición de una parte del producto por otra es importante, pero en cambio no lo es el saber si esta reposición se efectúa dentro del país o entre dos países. Sin embargo, ante el problema de la plusvalía abandona este supuesto necesario y rehuye la solución del problema recurriendo al expediente del comercio exterior. La venta del producto en el mercado extranjero reclama, a su vez, una explicación, es decir, obliga a encontrar un equivalente para la parte del producto que se trata de vender, a encontrar otra parte del producto capitalista que pueda sustituir a aquélla. Por eso dice Marx: "El tener en cuenta el comercio exterior cuando se trata de analizar el valor del producto reproducido anualmente sólo sirve para mover a confusión sin aportar ningún criterio nuevo ni en cuanto a los términos de problema ni en cuanto a su solución" (*El Capital*, t. II, p. 445). Los señores V. V. y N.–on creían haber valorado en toda su profundidad las contradicciones del imperialismo al invocar las dificultades que presenta la realización de la plusvalía. En realidad, lo que hacen es presentar de un modo completamente superficial estas contradicciones del capitalismo, pues cuando se habla de las "dificultades" de la realización de las crisis provocadas por ellas, etc., debe reconocerse también que estas "dificultades" no sólo son posibles, sino que son inevitables, y que lo son además con respecto a todas las partes que forman el producto capitalista y no con respecto a la plusvalía solamente. Dificultades de este tipo, provenientes de la falta de proporcionalidad entre las distintas ramas industriales, surgen constantemente no sólo a propósito de la realización de la plusvalía, sino también con motivo de la realización del capital constante y del variable; no sólo en lo tocante a la realización del producto que presenta la forma de medios de consumo, sino también en lo referente a la del producto que reviste la forma de medios de producción. Sin esta clase de "dificultades" y de crisis seria inconcebible la producción capitalista, un régimen de producción a base de productores aislados que producen para un mercado mundial que desconocen.

La teoría marxista de la realización

De lo que dejamos expuesto se desprende ya que las premisas fundamentales en que se basa la teoría de Marx se contienen en las dos tesis siguiente: *Primera*: el producto global de un país capitalista se halla formado, al igual que cualquier producto suelto, por tres partes: *1*) el capital constante *2*) el capital variable, *3*) la plusvalía. Esta tesis la comprenderá sin necesidad de razonarla cualquiera que se halle familiarizado con el análisis del proceso de producción del capital contenido en el tomo primero de la obra de Marx. *Segunda*, que puede formularse así: dentro de la producción capitalista es necesario distinguir dos grandes sectores, que son: I) producción de medios de producción, de objetos destinados al consumo productivo, es decir, a la producción, no al consumo de las personas, sino al consumo del capital, y II) producción de medios de consumo, es decir, de artículos destinados al consumo individual. "Esta división encierra ya por sí sola más sentido teórico

que todas las anteriores sutilezas de palabras sobre la teoría del mercado” (Bulgakov, *ibid*., p. 27). Surge el problema de saber por qué esta clasificación de los productos con arreglo a su forma natural se hace necesaria precisamente aquí, al analizar la reproducción del capital social, siendo así que el análisis de la producción y la reproducción del capital individual pudo llevarse a cabo sin necesidad de esta división y prescindiendo completamente del problema de la forma natural del producto. ¿Por qué razón hemos de plantear a propósito de la investigación teórica de la economía capitalista el problema de la forma natural del producto, cuando esta economía se basa exclusivamente en el valor de cambio del producto? Al analizar la producción del capital individual, el problema de cómo y dónde se vende el producto, de dónde y cómo compran los obreros los medios de consumo y los capitalistas los medios de producción se dejaba a un lado, porque no tenían nada que ver con el análisis y era indiferente en cuanto a éste. Allí sólo interesaba estudiar el valor de los distintos elementos de la producción y el resultado de ésta. Aquí, en cambio, se trata precisamente de saber ¿de dónde sacan los obreros y los capitalistas sus medios de consumo? ¿Dónde se procuran los capitalistas sus medios de producción? ¿De qué modo satisface el producto creado todas estas exigencias, permitiendo además que se amplíe la producción? Por consiguiente, el problema aquí planteado “no es sólo la reposición del valor, sino la reposición de la materia”. (*El Capital*, t. II, cap XIX). Por eso es incuestionablemente necesario distinguir entre dos clases de productos que desempeñan una función absolutamente distinta en el proceso de la economía social.

Sí tenemos en cuenta estas dos tesis fundamentales, desaparecerán todas las dificultades que plantea el problema de la realización del producto social dentro de la sociedad capitalista. Tomemos primeramente la reproducción simple, es decir, la reiteración del proceso de producción en escala permanente, sin acumulación. Es evidente que el capital variable y la plusvalía del sector II (cuyos productos presentan la forma de medios de consumo) se realizan mediante el consumo individual de los obreros y capitalistas de este sector (pues la reproducción simple presupone el consumo de la plusvalía en su totalidad, sin que ninguna parte de ella se convierta en capital). A su vez, el capital variable y la plusvalía que presentan la forma de medios de producción (sector I) deben trocarse, para su realización, en medios de consumo para los obreros y capitalistas que se dedican a crear medios de producción. Y lo mismo ocurre con el capital constante que se presenta bajo la forma de medios de consumo (sector II) : para poder incorporarse de nueva la producción al año siguiente, tiene que realizarse necesariamente mediante el intercambio con medios de producción. Se obtiene así un intercambio de capital variable y plusvalía en forma de medios de producción por capital constante en forma de medios de consumo: los obreros y los capitalistas (en el sector de los medios de producción) obtienen de este modo medios de subsistencia, mientras que los capitalistas (en el sector de los medios de consumo) dan salida a su producto y obtienen capital constante para poder seguir produciendo. En las condiciones de la reproducción simple, las dos partes que se cambian deben ser iguales entre sí: la suma del capital variable y de la plusvalía contenidos en los medios de producción debe ser igual al capital constante contenido en los medios de consumo. Por el contrario, cuando se parte del supuesto de la reproducción en escala ampliada, es decir, de la acumulación, la suma de los primeros debe ser mayor que el segundo, pues tiene que existir un remanente de medios de producción para poder iniciar la *nueva* producción. Pero volvamos al supuesto de la reproducción simple. Nos quedaba aún una parte no realizada del producto social, a saber: el capital constante contenido en los

medios de reproducción. Esta se realiza en parte mediante intercambio entre los capitalistas del mismo sector (mediante el intercambio, por ejemplo, de, carbón por hierro, pues cada uno de estos productos es un material o un instrumento necesario para la producción del otro) y en parte mediante su empleo directo en la producción (así, por ejemplo, carbón extraído para ser utilizado en la misma empresa extractora de carbón, el trigo en la producción agrícola, etc.). En cuanto a la acumulación, tiene por punto de partida, como sabemos, el excedente de medios de producción (procedente de la plusvalía de los capitalistas de este sector), que exigía también el empleo parcial como capital de la plusvalía existente en forma de medios de consumo. No creemos necesario investigar aquí en detalle el problema de cómo esta producción adicional se combina con la reproducción simple. No es nuestro propósito entrar en una investigación especial de la teoría de la realización. Basta con lo dicho, para poner de manifiesto los errores de los economistas populistas y poder llegar a determinadas conclusiones teóricas acerca del mercado interior.[4]

La conclusión más importante de la teoría marxista de la realización, en cuanto al problema del mercado interior que aquí nos interesa, es la siguiente: el desarrollo de la producción capitalista y también, consiguientemente, del mercado interior no se efectúa tanto a expensas de los medios de consumo como a expensas de los medios de producción. Dicho en otros términos: el aumento de los medios de producción rebasa el de los medios de consumo. Veíamos, en efecto, que se cambiaba capital constante en forma de medios de consumo (sector II) por capital variable en forma de medios de producción (sector I). Ahora bien, es una ley general de la producción capitalista que el capital constante aumenta más rápidamente que el capital variable. Por consiguiente, el capital constante en forma de medios de consumo tiene que aumentar más rápidamente que el capital variable y la plusvalía en forma de medios de la misma clase: y el capital constante en forma de medios de producción tiene que aumentar con la máxima rapidez, superando tanto el aumento del capital variable (+ la plusvalía) existente en los medios de producción como el crecimiento del capital constante existente en los objetos de consumo. El sector de la producción social que crea medios de producción como el crecimiento del capital constante bajo forma de medios de consumo. El sector de la producción social que crea medios de producción deberá crecer, por consiguiente, con mayor rapidez que el que se dedica a producir medios de consumo. Por donde el desarrollo del mercado interior, bajo el capitalismo, es hasta cierto punto “independiente” del desarrollo del consumo individual, ya que se apoya más bien en el consumo productivo. Pero sería falso concebir esta “independencia” en el sentido de una separación completa entre el consumo productivo y el consumo individual: el primero puede y debe aumentar más rápidamente que el segundo (a esto se limita, en realidad, la tal “independencia”), pero es evidente que en última instancia el consumo productivo no puede desligarse nunca del consumo individual. Marx dice, refiriéndose a esto: “Además, como ya hemos visto [libro II, sec. 3°], se produce una circulación continua entre unos y otros capitales constantes [Marx alude al capital constante en forma de medios de producción realizado mediante el intercambio dentro del mismo sector]... que es independiente, por el momento, del consumo individual en el sentido de que no entra nunca en él, pero que se halla en definitiva limitada por él, puesto que la producción de capital constante no se realiza nunca por la producción misma, sino simplemente porque hay más demanda de él en las distintas ramas de producción cuyos productos entran en el consumo individual” (*El Capital*, t. III, cap. XVIII).

Este empleo de una cantidad mayor de capital constante no es otra cosa que lo que en la terminología del valor de cambio se llama un desarrollo mayor de las fuerzas productivas, pues la parte principal de los "medios de producción" que van en rápido aumento se halla formada por materias primas, maquinaria, herramientas, edificios y demás instalaciones para la gran industria y en especial para la producción mecánica. Es, por tanto, muy natural que la producción capitalista, que desarrolla las fuerzas productivas de la sociedad y que ha creado la gran industria y la industria mecánica, se caracterice también por el aumento especial de aquella parte de la riqueza social consistente en medios de producción. "Lo que en este punto [es decir, en lo que se refiere a la creación de medios de producción] distingue a la sociedad capitalista de los salvajes no es, como cree Senior, el hecho de que el salvaje tenga como privilegio y característica el invertir su trabajo en un determinado tiempo, que no le procura frutos susceptibles de ser reducidos (traducidos) a renta, es decir, a medios de consumo, sino que la diferencia estriba en lo siguiente:

a) La sociedad capitalista emplea una cantidad mayor de su tiempo anual disponible en la producción de medios de producción (o sea de capital constante) no susceptible de ser reducido a renta [*revenu*] ni bajo la forma de salario ni bajo la forma de plusvalía, sino que sólo puede funcionar como capital.

b) Cuando el salvaje fabrica arcos, flechas, martillos de piedra, hachas, cestas, etc., sabe perfectamente que el tiempo empleado en estas faenas no se emplea en la elaboración de medios de consumo, que con ello cubre, por tanto, sus necesidades de medios de producción, y nada más (*El Capital*, t. II, p. 415).

La sociedad capitalista ya no tiene "plena conciencia", como el salvaje, de la posición que ocupa dentro de la producción, pues se lo oculta el fetichismo inherente a ella, que envuelve las relaciones sociales entre los hombres bajo el ropaje de relaciones entre productos; se lo oculta la transformación de cada producto en una mercancía producida para un consumidor desconocido y destinada a realizarse en un mercado desconocido. Y como al productor individual le tiene sin cuidado la *clase* de artículos que produce –pues todo producto le suministra una "renta" –surge así un punto de vista individual y superficial, que los teóricos proyectan luego sobre la sociedad en su conjunto y que les impide penetrar en el proceso de reproducción del producto total de la sociedad dentro de la economía capitalista.

El que el desarrollo de la producción (incluyendo, por tanto, el mercado interior) se efectúe, fundamentalmente, a base de los medios de producción, parece algo paradójico y envuelve indudablemente una contradicción. Se trata, realmente, de una "producción por la producción misma", de un aumento de la producción que no va acompañado del correspondiente aumento de consumo. Pero esta contradicción no es inherente a la doctrina, sino a la vida real: es una contradicción que responde enteramente a la propia naturaleza del capitalismo y a las demás contradicciones características de este sistema de economía social. Este aumento de la producción desligado de un aumento paralelo del consumo responde también a la misión histórica del capitalismo y a su estructura social; su misión consiste en desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad, su estructura excluye la posibilidad de explotar estas conquistas técnicas en favor de las masas de la población. Entre la tendencia incontenible a desarrollar la producción, inherente al capitalismo, y el consumo limitado de las masas del pueblo (limitado, a consecuencia de su situación

proletaria) existe, indudablemente, una contradicción. Es la que Marx pone de relieve en las tesis que tanto gustan de citar los populistas como supuesta confirmación de sus ideas sobre la restricción del mercado interior, sobre el carácter no progresivo del capitalismo, etc., etc. He aquí algunas de estas tesis: "contradicción del régimen de producción capitalista: los obreros considerados como compradores de mercancías, son importantes para el mercado. Pero, como vendedores de sus mercancías –la fuerza de trabajo– , la sociedad capitalista tiende a reducirlos al mínimo de precio" (*El Capital*, t. II, p. 304, nota). "Las condiciones... de la realización... se hallan... limitadas... por la proporcionalidad con las diversas ramas de producción y por la capacidad de consumo de la sociedad... Y cuanto más se desarrolla la capacidad productiva más choca con la base limitada sobre que descansan las relaciones de consumo" (*El Capital*, t. III). "Los límites dentro de los cuales tienen que moverse necesariamente la conservación y valorización del valor capital, basados en la expropiación y la depauperación de la gran masa de los productores, chocan por tanto constantemente con los métodos de producción que el capital se ve obligado a emplear para sus fines y que tienden al aumento ilimitado de la producción, a la producción por la producción misma, al desarrollo incondicional de las fuerzas sociales productivas del trabajo... Por tanto, si el régimen capitalista de producción constituye un medio histórico para desarrollar la capacidad productiva material y crear el mercado mundial correspondiente a ella, constituye al mismo tiempo una contradicción constante entre esta misión histórica y las relaciones sociales de producción características de él" (*El Capital*, t. III). "La razón suprema de toda verdadera crisis sigue siendo la pobreza y las limitaciones de consumo de las masas frente a la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si no tuviesen más límite que la capacidad absoluta de consumo de la sociedad"[5] (*El Capital*, t. III). En todos estos pasajes se pone de relieve, pura y simplemente, la contradicción señalada más arriba entre la tendencia ilimitada al aumento de la producción y la limitación de consumo.[6] Nada sería más absurdo que el llegar, partiendo de estos pasajes de *El Capital*, a la conclusión de que Marx pone en duda la posibilidad de realizar la plusvalía dentro de la sociedad capitalista, de que explica las crisis como consecuencia de la falta de consumo, etc. El análisis marxista de la realización pone de manifiesto "que la circulación entre capital constante y capital constante... se halla definitivamente limitada por él [es decir, por el consumo individual]", pero este mismo análisis descubre el verdadero carácter de esta "limitación" y demuestra que, en la creación del mercado interior, los medios de consumo tienen una función menos importante que los medios de producción. Finalmente, nada más absurdo que querer deducir de las contradicciones del capitalismo la imposibilidad de este régimen, su carácter no progresivo, etc.; esto es pretender escapar de una realidad desagradable, pero inexorable, huyendo a las nubes de la fantasía romántica. La contradicción entre la tendencia al aumento ilimitado de la producción y la restricción del consumo no constituye la única contradicción del capitalismo, el cual no podría existir ni desarrollarse sin contradicciones. Las contradicciones del capitalismo acreditan su carácter históricamente perecedero, explican las condiciones y las causas de su desocupación y de su transformación en una forma superior, pero no excluyen en modo alguno ni la posibilidad ni el carácter progresivo del capitalismo, comparado con los sistemas de economía social que le precedieron.[7]

¿Por qué necesitan un mercado exterior las naciones capitalistas?

La teoría de la realización del producto en la sociedad capitalista, tal como queda expuesta, podría justificar esta pregunta: ¿no se halla en contradicción esta teoría con la tesis según la cual ninguna nación capitalista puede prescindir del mercado exterior?

Debemos recordar que el análisis de la realización del producto en la sociedad capitalista, tal como ha sido expuesto, partía del supuesto de la inexistencia de un mercado exterior: este supuesto quedó señalado ya más arriba, demostrándose también su necesidad, en relación con dicho análisis. Es evidente que la importancia y la exportación de productos no habría conducido en modo alguno al esclarecimiento del problema y sólo habría servido para embrollarlo. El error de los señores V. V. y N.–on consiste precisamente en recurrir al mercado exterior para *explicar* la realización de la plusvalía; con ello, sin explicar absolutamente nada, lo que hacen es, simplemente, encubrir sus errores teóricos; esto, por una parte. Por otra parte, ello les permite esquivar, con ayuda de estas "teorías" erróneas, la necesidad de explicar el hecho del desarrollo del mercado interior en lo que al capitalismo ruso se refiere.[8] El "mercado exterior" es para ellos, pura y simplemente, un subterfugio que les permite paliar el desarrollo del capitalismo (y con él el del mercado) dentro del país, subterfugio tanto más cómodo cuanto que les exime además de la obligación de investigar los hechos que acreditan la conquista de mercados extranjeros por el capitalismo ruso.[9]

La necesidad del mercado exterior para un país capitalista no se halla determinada en modo alguno por las leyes que rigen la realización del producto social (y en particular de la plusvalía), sino, en primer lugar, por el hecho de que el capitalismo sólo aparece como resultado de una circulación de mercancías muy desarrollada, que rebase las fronteras del Estado. Por eso no es posible concebir una nación capitalista sin comercio exterior, ni tal nación capitalista ha existido nunca en la realidad.

Como el lector ve, esta causa tiene un carácter histórico. Y los populistas no podían desentenderse de ella con un par de frases trilladas sobre "la imposibilidad del consumo de la plusvalía por los capitalistas". Sí hubiesen querido plantearse realmente el problema del mercado extranjero, habrían tenido que investigar, en este punto, el desarrollo histórico del comercio exterior, el desarrollo histórico de la circulación de mercancías. Y después de haber investigado este desarrollo histórico, les habría sido imposible, naturalmente, presentar al capitalismo, como una desviación accidental.

En segundo lugar, la coincidencia entre las distintas partes de la producción social (lo mismo en cuanto a su valor que en cuanto a su forma natural) que la teoría de la reproducción del capital social daba por supuesta como una necesidad y que en realidad sólo se presenta como el resultado medio de una serie de constantes oscilaciones; esta coincidencia se ve continuamente alterada en la sociedad capitalista a consecuencia del aislamiento en que se hallan los distintos productores que trabajan para un mercado incierto. Las diversas ramas industriales que sirven como "mercado" las unas de las otras se desarrollan con ritmo desigual, se adelantan unas a otras y las industrias más desarrolladas se buscan un mercado exterior. Pero esto no significa, ni mucho menos, que "sea imposible, para la nación capitalista, realizar la plusvalía", como los populistas se empeñan en sostener. Indica solamente la falta de proporción en el desarrollo de las distintas industrias. Con otra distribución del capital nacional podría realizarse dentro del país la misma masa de productos. Pero, para que el capital abandone una rama industrial y emigre a otra, tiene que producirse una crisis en aquélla, ¿y qué razones podrían hacer a los capitalistas

amenazados de semejante crisis desistir de buscar un mercado exterior y exigir primas para fomentar la exportación, etc.?

En tercer lugar, para los métodos precapitalistas de producción rige la ley de la repetición del proceso de producción con la misma, extensión y sobre las mismas bases que antes: esta ley regía para la economía a base de prestaciones personales del terrateniente, para la economía natural del campesino, para la producción artesana del industrial. La ley de la producción capitalista, en cambio, es ésta: cambios constantes de los métodos de producción y aumento ilimitado de su volumen. Con los viejos métodos de producción, las distintas unidades económicas podían mantenerse durante siglos y siglos sin cambiar de carácter ni de volumen, sin salirse de los límites de la heredad del terrateniente, de la tierra del campesino o del pequeño mercado vecino al que llevaban sus productos los artesanos rurales y los pequeños industriales (los llamados *kustari*). En cambio, la empresa capitalista tiende inevitablemente a rebasar los límites de la comuna rural, del mercado local, de la comarca y, por último, del Estado. Y como el aislamiento y el carácter cerrado del Estado han sido destruidos ya por la circulación de mercancías, resulta que la tendencia natural de toda rama industrial capitalista le impone como necesidad el buscar un mercado exterior.

Por donde la necesidad de buscar un mercado exterior no demuestra en modo alguno la limitación del capitalismo, como gustan de hacer creer los economistas populistas. Muy por el contrario. Esta necesidad demuestra palmariamente la obra histórica de progreso del capitalismo, que viene a destruir el aislamiento y el carácter cerrado de los antiguos sistemas económicos (y con ellos la estrechez de la vida espiritual y política de aquellas épocas), agrupando a todos los países del mundo en una gran unidad económica.

Vemos, pues, que también las dos últimas causas que explican la necesidad de un mercado exterior presentan un carácter histórico. Para comprenderlas, es necesario investigar cada rama industrial de por sí, su desarrollo dentro del país, su transformación hasta elevarse a la forma capitalista, en una palabra, es necesario conocer los hechos que nos hablan del desarrollo del capitalismo en cada país. Y no puede extrañarnos que los populistas aprovechasen la ocasión para volver la espalda a estos hechos y recurrir a frases triviales y vacuas sobre la “imposibilidad”, tanto del mercado interior como del exterior.

Conclusiones del capítulo primero

Resumamos ahora los puntos teóricos investigados que se refieren directamente al problema del mercado interior.

1. El proceso fundamental para la formación del mercado interior (es decir, para el desarrollo de la producción de mercancías y del capitalismo) es la división social del trabajo. Esta consiste en que las distintas clases de elaboración de materias primas (y las diversas operaciones de esta elaboración) se vayan separando gradualmente de la agricultura para pasar a formar ramas industriales independientes, que cambian sus productos (convertidos ya en mercancías) por productos agrícolas. Y el mismo proceso de especialización se opera en la agricultura, la cual se convierte así en una industria más (es decir, en una rama de producción de mercancías).

2. Una consecuencia directa que se desprende de la tesis anterior es la ley vigente en toda economía progresiva productora de mercancías y especialmente en la economía capitalista, según la cual la población industrial (es decir, la población no agrícola) crece

más rápidamente que la población agrícola y es cada vez mayor el número de personas que pasan de la agricultura a la industria.

3. La separación entre el productor directo y sus medios de producción, es decir, su expropiación, que caracteriza el tránsito de la producción simple de mercancías a la producción capitalista (y que constituye la premisa necesaria de este tránsito), crea el mercado interior. Este proceso del nacimiento del mercado interior se opera de dos modos: por una parte, los medios de producción de que se "separa" al pequeño productor se convierten en manos de su nuevo poseedor en capital, sirven para la producción de mercancías y pasan a ser mercancías ellos mismos. De este modo, la simple reproducción de estos medios de producción exige ya su compra (antes, estos medios de producción eran reproducidos en gran parte bajo su forma natural y en parte se fabricaban en la misma casa), es decir, se forma un mercado para los medios de producción, con lo cual se convierte también en mercancía el producto fabricado ahora con estos medios de producción. Por otra parte, los medios de subsistencia de estos pequeños productores se convierten ahora en elementos materiales del capital variable, es decir, de la suma de dinero que el empresario (ya sea el agricultor, el proveedor, el tratante en madera, el fabricante, etc.) paga a sus obreros. Por donde estos medios de subsistencia se convierten, a su vez, en mercancías y crean, por tanto, el mercado interior para los medios de consumo.

4. La realización del producto en la sociedad capitalista (y también, consiguientemente, la realización de la plusvalía) no puede explicarse sin aclarar: 1° que el producto social, lo mismo que el individual, se divide, con arreglo a su valor, en tres partes y no en dos (en capital constante + capital variable + plusvalía), y no solamente en capital variable + plusvalía, como enseñaban Adam Smith y toda la economía política anterior a Marx, 2° que, por su forma natural, debe dividirse en dos grandes sectores: el de los medios de producción (que se consumen en el proceso de producción) y el de los medios de consumo (que se consumen individualmente). Estas tesis teóricas fundamentales permitieron a Marx explicar perfectamente el proceso de la realización del producto en general y de la plusvalía en particular, dentro de la producción capitalista, y poner al descubierto el error palmario que supone el recurrir al mercado exterior a propósito del problema de la realización.

5. La teoría marxista de la realización ha venido a arrojar también luz en lo tocante a los problemas del consumo nacional y de la renta nacional.

De lo dicho más arriba se desprende por sí mismo que el problema del mercado interior, considerado corno un problema aparte e independiente de la fase de desarrollo del capitalismo, no existe. Es justamente por esta razón que la teoría de Marx no plantea nunca ni en parte alguna, este problema aisladamente. El mercado interior surge cuando surge la economía basada en la mercancía; es creado por el desarrollo de este tipo de economía, y el grado de la divisibilidad en la división social del trabajo es lo que determina el nivel de su desarrollo al transferirse el concepto de mercancía de los productos a la fuerza de trabajo y sólo en el grado en que la fuerza de trabajo se convierte en mercancía conquista el capitalismo la producción total del país, desarrollándose principalmente a costa de los medios de producción, que ocupan en la sociedad capitalista un lugar de importancia cada vez mayor. El capitalismo se crea el "mercado interior" mediante su propio desarrollo, el cual ahonda la división social del trabajo y divide a los productores directos en capitalistas y obreros. El grado de desarrollo del mercado interior indica la fase del desarrollo

capitalista de un país. Es falso plantear el problema de los límites del mercado interior (como lo hacen los populistas) desligándolo del problema del grado de desarrollo del capitalismo.

Por eso el problema de cómo se estructura el mercado interior para el capitalismo ruso nos remite a este otro problema: ¿cómo y en qué dirección se desarrollan las distintas ramas de la economía nacional de Rusia? ¿En qué estriban el entronque y la interdependencia entre estas diversas ramas?

[...]

Importancia de las zonas de la periferia Mercado interior y mercado exterior.

En el capitulo primero se señaló la falsedad de la teoría que enlaza el problema del mercado exterior para el capitalismo con el problema de la realización del producto (pp. 611 *ss*.). La necesidad del mercado exterior para el capitalismo no se explica, ni mucho menos, por imposibilidad de realizar el producto en el mercado interior, sino por el hecho de que el capitalismo no se halla en condiciones de repetir el mismo proceso de producción con su volumen anterior y bajo distintas condiciones (como ocurría bajo los sistemas económicos precapitalistas), por el hecho de que el capitalismo conduce inevitablemente a un desarrollo ilimitado de la producción, que rebasa los límites estrechos de las unidades económicas de otros tiempos. Debido a la desigualdad de ritmo característica del desarrollo del capitalismo, unas ramas industriales se adelantan a las otras y tienden a traspasar los límites de las zonas en que rigen relaciones económicas antiguas. Tomemos, por ejemplo, la industria textil a comienzos de la época posterior a la reforma. Esta industria, bastante desarrollada en un sentido capitalista (régimen de manufactura que empieza a orientarse hacia el régimen fabril), se había adueñado completamente del mercado de Rusia central. Sin embargo, las grandes fábricas que crecieron con tanta rapidez no podían contentarse ya con la extensión del mercado anterior y empezaron a buscar un mercado más lejano entre la nueva población, que ha colonizado la nueva Rusia, la zona sudoriental del otro lado del Volga, el norte del Cáucaso, Siberia, etc. La tendencia de las grandes fábricas a salirse del marco de los antiguos mercados, es indiscutible. Ahora bien, ¿significa esto que en las zonas que servían de mercados antiguos no podía destinarse al consumo una cantidad mayor de productos de la industria textil? ¿Significa, por ejemplo, que las provincias industriales y las provincias agrícolas centrales no se hallan ya en condiciones de absorber grandes cantidades de géneros fabriles? No. Sabemos que la desintegración de los campesinos, el desarrollo de la agricultura para el mercado y el crecimiento de la población industrial no han dejado nunca ni dejan tampoco ahora de ampliar también en esta antigua zona el mercado interior. Pero esta ampliación del mercado interior se ve contenida por numerosas circunstancias (principalmente, por el mantenimiento de instituciones anticuadas que entorpecen el desarrollo del capitalismo en la agricultura), y los fabricantes no esperarán, naturalmente, hasta que las demás ramas de la economía nacional se pongan, en su desarrollo capitalista, a la altura de la industria textil. Los fabricantes necesitan un mercado inmediatamente, y si el atraso de las demás ramas de la economía nacional restringe el mercado en la antigua zona, irán a buscarlo a otras zonas o a otros países, o a las colonias del país antiguo.

Pero, ¿qué es una colonia, desde el punto de vista de la economía política? Ya más arriba hemos indicado que las características fundamentales de este concepto, según Marx, son las siguientes:

creó el mercado para sus productos. Este país, que a comienzos del periodo posterior a la reforma se hallaba muy poco poblado o habitado por montañeses que vivían al margen de la economía mundial e incluso al margen de la historia, fue convirtiéndose en un país de industriales petroleros, de tratantes en vinos, de productores de trigo y de tabaco, y mister Cupón despojó a los orgullosos moradores de las montañas caucasianas de su poético traje nacional para embutirlos en la librea de un lacayo de Europa (Glieb Usperiski).13 Paralelamente con el proceso de la colonización cada vez más intensa del Cáucaso y del crecimiento intensivo de su población agrícola, discurría el proceso (velado por este crecimiento) del encauzamiento de la población de la agricultura a la industria. La población urbana del Cáucaso acusó de 1863 a 1897 un aumento de 350, *1)* Existencia de colonos desocupados, libres; zonas de territorio fácilmente asequibles; *2)* una división del trabajo en escala mundial y un mercado mundial, que permita a las colonias especializarse en la producción en masa de productos agrícolas y obtener como contraprestación artículos industriales "que en otras condiciones tendrían que fabricar ellas mismas". Ya dejamos dicho más arriba que las zonas de la periferia del sur y del este de la Rusia europea, colonizadas después de la reforma, presentan las características señaladas y son, con respecto a la Rusia central europea, colonias en sentido económico.[10] Y este concepto cuadra aún mejor a las demás zonas de la periferia, por ejemplo al Cáucaso. La conquista económica de este territorio por Rusia fue considerablemente posterior a su conquista política y aun hoy no se halla terminada. Después de la reforma, se llevó a cabo, por una parte, una fuerte colonización del Cáucaso,[11] una roturación de terreno en gran escala por los colonos (especialmente en el norte del Cáucaso) productores de trigo, tabaco, etc., para la venta, y que hacían venir de Rusia a jornaleros agrícolas en masa. Por otra parte, la antiquísima industria local de los *kustari* se vio desplazada y sometida a la concurrencia de las mercancías de importación procedentes de Moscú. La vieja industria de forja de armas sucumbió ante la competencia de las armas importadas de Tula y de Bélgica, la producción artesanal de hierro hubo de rendirse a la concurrencia de los productos de importación de la industria siderúrgica rusa, y lo mismo la elaboración artesanal del cobre, el oro y la plata, la arcilla, la grasa y la sosa, las pieles, etc.;[12] todos estos productos se fabricaban más baratos en las fábricas rusas, que enviaban sus artículos al Cáucaso. Asimismo declinó la producción de grandes vasos de cuerno, al decaer en Georgia el régimen feudal, con sus festines históricos, así como la producción de gorros de piel como consecuencia del desplazamiento de los trajes asiáticos por los europeos, la fabricación de odres y de jarros para los vinos del país, al ponerse éstos por vez primera a la venta fuera (con lo que se desarrolló la tonelería), conquistando a su vez el mercado ruso. De este modo, el capitalismo ruso incorporó el Cáucaso al comercio mundial de mercancías, niveló las características locales –supervivencias del antiguo aislamiento patriarcal– y se *creó el mercado* para sus productos. Este país, que a comienzos del período posterior a la reforma se hallaba muy poco poblado o habitado por montañeses que vivían al margen de la economía mundial e incluso al margen de la historia, fue convirtiéndose en un país de industriales petroleros, de tratantes en vinos, de productores de trigo y de tabaco, y *mister* Cupón despojo a los orgullosos moradores de las montañas caucasianas de su poético traje nacional para embutirlos en la librea de un lacayo de Europa (Glieb Uspenski).13

Paralelamente con el proceso de la colonización cada vez más intensa del Cáucaso y del crecimiento intensivo de su población agrícola discurría el proceso (velado por este crecimiento) del encausamiento de la población de la agricultura a la industria. La población urbana del Cáucaso acusó de 1863 a 1897 un aumento de 350,000 almas a 900,000 –aproximadamente (de 1851 a 1897, el censo total de población del Cáucaso aumentó en un 95 por 100). Huelga añadir que el mismo proceso se ha operado y sigue operándose en el Asia central, en Siberia, etcétera.

Esto plantea, naturalmente, el siguiente problema: ¿dónde se halla realmente el límite entre el mercado interior y el mercado exterior? Si nos fijásemos simplemente en las fronteras políticas del Estado, daríamos al problema una solución puramente mecánica, que además probablemente no sería tal solución. Si llegamos a la conclusión de que el Asia central es mercado interior y Persia mercado ,exterior, ¿qué serán entonces China y Bujara? Si Siberia es mercado interior y China mercado exterior, ¿dónde incluiremos a la Manchuria? Son problemas, todos éstos, de carácter secundario. Lo esencial es que el capitalismo no puede existir ni desarrollarse sin una constante ampliación de su órbita de poder, sin la colonización de nuevos países y la incorporación de países antiguos y no capitalistas al torbellino de la economía mundial. Y esta circunstancia se ha dado y se da con una fuerza enorme en la Rusia posterior a la reforma.

El proceso de la formación del mercado para el capitalismo revela, pues, dos aspectos, a saber: el desarrollo del capitalismo en profundidad es decir, el crecimiento progresivo de la agricultura y la industria capitalistas en un determinado territorio, concreto y aislado, y el desarrollo del capitalismo en extensión, es decir, la extensión de la órbita de poder del capitalismo sobre nuevos territorios. Siguiendo el plan del presente trabajo, nos hemos limitado a examinar casi exclusivamente el primer aspecto, el proceso, razón por la cual creernos necesario subrayar aquí que también el otro aspecto del proceso tiene una importancia extraordinaria. Una investigación un poco completa del proceso de colonización de las zonas de la periferia y de la extensión del territorio ruso desde el punto de vista del desarrollo del capitalismo exigiría un trabajo aparte. Aquí, nos limitaremos a observar que Rusia ocupa una situación especialmente favorable con respecto a otros países capitalistas, gracias a la abundancia de territorios no ocupados, asequibles a la colonización, en las zonas de la periferia[14] Aun prescindiendo de la Rusia asiática, también en la Rusia europea disponemos de zonas de éstas en la periferia, que –a consecuencia de las enormes distancias y las malas vías de comunicación– mantienen todavía vínculos extraordinariamente débiles con la Rusia central. Fijémonos, por ejemplo, en el "Extremo Norte", en el gobierno de Arjángelsk; sus inmensos terrenos y los tesoros naturales de su tierra todavía no se explotan más que en una medida insignificante. Uno de los productos principales de esta región se exportaba principalmente, hasta estos últimos tiempos, a Inglaterra. A este respecto, dicha región de la Rusia europea era, pues, mercado exterior para Inglaterra sin ser mercado interior para Rusia. Los empresarios rusos envidiaban, naturalmente, a los ingleses, y ahora, después de la construcción del ferrocarril de Arjangelsk, se sienten atraídos hacía esta región, pues prevén un "fortalecimiento del espíritu de empresa y las actividades que tendrán las diversas ramas industriales en esta región"[15]

.

Pies de pagina

1 Las siguientes páginas están tomadas de la obra de Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, cap. I, pp. 4, 6, 8 y 9 y cap. VIII, p. 5 (Lenin, *Obras completas*, tomo III, pp. 7–11, 15–23, 28– 34, 549 –554). (*N. del ed.*)

2 El señor V. V. viola aquí con un cinismo especial las leyes de la decencia literaria. Después de exponer sus teorías, haciendo gala de su desconocimiento total del tomo II de *El Capital*, que es precisamente el que trata de la realización, declara casi en la misma alentada que ha usado para "sus construcciones" la teoría de Marx (! !) (*Bosquejo de economía teórica* [en ruso], III, "La ley capitalista (*sic¡?!*) de la producción, de la distribución y del consumo, p. 162).

3 Merece la pena recordar al lector de hoy que todavía en 1899 el señor Bulgakov, lo mismo que los señores Struve y Tugan–Baranowski, autores a quienes habremos de citar frecuentemente más adelante. se esforzaban en hacerse pasar por marxistas. De entonces acá, todos ellos se han convertido, afortunadamente, de "críticos de Marx" en simples economistas burgueses.

4 Véase *El Capital*, tomo II, sección 3°, donde se investiga con toda precisión tanto la acumulación como la división de los medios de consumo en artículos de uso diario y en artículos de lujo, así como la circulación del dinero, el desgaste del capital básico, etc. Al lector a quien no le sea posible familiarizarse con el tomo II de *El Capital*, le recomendamos la exposición que de la teoría marxista de la realización se hace en el libro de S. Bulgakov citado más arriba. La exposición de Bulgakov es más satisfactoria que la de Tugan–Baranowski (*Las crisis industriales* [en ruso], pp. 407–438). quien incurre en la formación de sus esquemas en desviaciones muy desafortunadas con respecto a Marx: y explica de un modo defectuoso la teoría marxista, y mejor también que la exposición de A. Skvorzov (*Fundamentos de economía política* [en ruso]. San Petersburgo, 1898, pp. 281–295), quien mantiene concepciones falsas ante problemas tan extraordinariamente importantes como los de la ganancia y la renta del suelo.

5 Es precisamente este pasaje el que cita el célebre (célebre en sentido erostrático) Eduard Bernstein en su obra *Die Voraussetzungen des Sozialismus*, etc., Stuttgart, 1889, p. 67. Huelga decir que nuestro oportunista, en su tránsito del marxismo a la vieja teoría económica burguesa se apresura a observar que estamos aquí ante una contradicción de la teoría marxista de las crisis, que esta concepción de Marx "no se distingue gran cosa de la teoría de las crisis de Rodbertus". En realidad, la única contradicción que se advierte es la que existe entre las pretensiones de Bernstein, de una parte, y de otra su vacuo eclecticismo

y su afán de no entender la teoría marxista. Cuán poco ha comprendido Bernstein la teoría marxista de la realización lo demuestra su afirmación verdaderamente ridícula de que el enorme incremento de la masa del producto sobrante significa necesariamente el aumento del número de los poseedores (o el incremento del bienestar de los obreros), ya que, según él, los capitalistas –¡fíjense ustedes bien en esto!– , en unión de sus "servidores" (*sic!* pp. 51 y 52) no pueden "consumir" por sí mismos todo el producto sobrante (!!)

6 Incurre en un error Tugan–Baranowski cuando afirma que Marx, al sentar esta tesis, cae en contradicción con su propio análisis de la realización (*Mir Boshij*), 1898, núm. 6, p. 123, en el artículo titulado "El capitalismo y el mercado"). No existe en Marx tal contradicción, puesto que también el análisis de !a realización se refiere a la conexión entre el consumo productivo y el consumo individual.

7 *Ver Sobre la caracterización del romanticismo económico. Sismondi nuestros sismondistas indígenas* [en ruso].

8 Muy acertadamente observa Bulgakov, en la obra citada más arriba: "Hasta ahora, la producción algodonera destinada al mercado campesino ha sido en constante aumento; por consiguiente, esta reducción absoluta del consumo del pueblo (de la que charla N–on) sólo es concebible teóricamente" (pp. 214 y 215).

9 Wolgin, *La fundamentaci6n del populismo en las obras del señor Woronzov* [ed. rusa], San Petersburgo, 1896. pp. 71– 76

10 "... Sólo y exclusivamente gracias a ellas, gracias a estas formas populares de producción y a base de ellas, pudo colonizarse y poblarse todo el sur de Rusia (N–on, en su *Bosquejo*, p. 284). ¡Qué concepto tan notablemente amplio y rico en contenido, éste de formas populares de producción"! Es un concepto que abarca cuanto a uno se le antoje: la agricultura campesina patriarcal, el trabajo como forma de redención de deudas, el artesanado primitivo, la pequeña producción de mercancías, las relaciones típicamente capitalistas dentro de la comunidad campesina, que hemos estudiado más arriba (cap. II) a base de los datos que tenemos de los gobiernos de Táuride y Samara, etc., etc.

11 Ver los estudios de P. Semenov en *Wiestniz Finanssov*, 1897, núm. 21 y de W. Mijailovski, en *Novoie Slovo*, junio, 1897.

12 Véanse los artículos de R. Chatissov en el segundo volumen de *Informes e investigaciones sobre la industria artesana* [ed. rusa] y de P. Ostriakov en el cuaderno quinto de los *Trabajos de la Comisión artesanal* [ed. rusa]

13 Glieb Uspenski habla en sus *Cartas de viaje* de los habitantes de las montañas del Cáucaso y del "señor Cupón" (*Ed*.)

14 La circunstancia de que se habla en el texto presenta otro aspecto, además de éste. La colonización de las zonas de la periferia retrasa el desarrollo en profundidad del capitalismo en el territorio antiguo, poblado de mucho tiempo atrás. La solución de las contradicciones propias del capitalismo y emanadas de (1 se demora temporalmente por el hecho de que al capitalismo le sea fácil desarrollarse a lo ancho. La coexistencia. por ejemplo, de las formas agrícolas semimedievales representa, indudablemente una contradicción. Sí el capitalismo ruso no hubiera podido extenderse en ningún sitio más allá de las fronteras de los territorios anexionados ya por él a comienzos del período que sigue a la Reforma, esta contradicción entre la gran industria capitalista y las instituciones anticuadas de la agricultura (encadenamiento del campesino a la gleba, etc.), habría tenido que conducir rápidamente a la total eliminación de estas instituciones, dejando totalmente libre el camino para el capitalismo en Rusia. Pero el hecho de que el fabricante tuviese la posibilidad de buscar y encontrar un mercado en las zonas colonizadas de la periferia y el campesino de trasladarse a nuevas tierras atenúa la fuerza de esta contradicción y retrasa su solución. Claro está que *este retraso* en el desarrollo del capitalismo significa un crecimiento aún mayor y más extenso en el próximo porvenir.

15 *Fuerzas productivas* [ed. rusa], tomo XX, p. 12

V. I. LENIN

LA TEORIA DE LA RENTA

El señor Bulgakov no ha entendido en lo absoluto la teoría marxista de la renta. Está convencido de haber destruido esta teoría con las dos objeciones siguientes: 1) Según Marx, el capital agrario entra en el mecanismo de compensación de la cuota de ganancia, por lo cual la renta del suelo se forma con la ganancia extraordinaria que rebasa la cuota de ganancia media. Esto es falso, a juicio de Bulgakov, ya que el monopolio de la propiedad territorial destruye la libre concurrencia, sin la cual no puede concebirse el proceso de compensación de la cuota de ganancia. 2) La renta absoluta constituye sólo una modalidad de la renta diferencial y es falso distinguirla de ésta; esta distinción responde a una interpretación doble y totalmente arbitraria del mismo hecho: la posesión monopolista de uno de los factores de la producción. El señor Bulgakov está tan firmemente convencido de la fuerza palmaría de sus argumentos, que no puede contenerse y lanza contra Marx un torrente de crudas expresiones, tales como *petitio principii*, (38) ausencia de todo marxismo, fetichismo lógico, incapacidad para respetar el libre vuelo del pensamiento, etc. Ahora bien, sus dos argumentos se basan en un error bastante tosco. La misma simplificación unilateral del tema que lleva a Bulgakov a elevar un caso entre los muchos casos posibles (el descenso de la productividad de las inversiones adicionales de capital) a ley universal, a la ley del rendimiento decreciente de la tierra, le desvía ante el problema que nos ocupa a manejar sin asomo de sentido crítico el concepto de "monopolio", atribuyendo también a este concepto una especie de universalidad y confundiendo así las consecuencias que en la organización capitalista de la agricultura se derivan, de una parte, de la limitación de la superficie de tierras y, de otra parte, de la propiedad privada sobre el suelo. Son, sin embargo, cosas completamente distintas. Expliquemos esto:

"*Condición previa*, aunque no fuente, del nacimiento de la renta del suelo– escribe Bulgakov– es lo mismo que hace posible también la monopolización de la tierra, a saber: la limitación de las fuerzas productivas del suelo y la necesidad sin cesar creciente que el hombre siente de ellas" (I, p. 90).

Donde dice "limitación de las fuerzas productivas del suelo" debiera decir *"limitación de la superficie de tierras"*. (La limitación de las fuerzas productivas del suelo se reduce, como ya se ha dicho, a la "limitación" de la técnica y de las fuerzas productivas en un momento dado). La limitación de la superficie de tierras se halla condicionada efectivamente, en la sociedad capitalista, por la monopolización de la tierra, pero no de la tierra como objeto del derecho de propiedad, sino como objeto de explotación económica. La premisa de la organización capitalista de la agricultura lleva implícita necesariamente la premisa de que la tierra toda se halla repartida entre distintas explotaciones privadas, pero no, ni mucho menos, la de que toda la tierra es propiedad privada de estos agricultores o de otras personas1 o propiedad privada en general. El monopolio de la propiedad territorial basado en el derecho de propiedad y el monopolio de la explotación económica de la tierra son no sólo lógicamente, sino también desde un punto de vista histórico, dos cosas perfectamente distintas. Lógicamente, podemos imaginarnos muy bien una organización puramente capitalista de la agricultura con la ausencia total de la propiedad privada sobre la tierra, en que ésta sea propiedad del Estado, del municipio, etc. Y en efecto, vemos que en

todos los países capitalistas adelantados la tierra toda se halla repartida entre distintas explotaciones económicas privadas, pero éstas no explotan solamente sus terrenos propios, sino también las tierras arrendadas a sus propietarios, así como las pertenecientes al Estado y a los municipios (por ejemplo, en Rusia, donde como es sabido se hallan al frente de las explotaciones privadas, en las tierras comunales de los campesinos, las empresas agrarias capitalistas). No en balde hace Marx, al comenzar su análisis de la renta, la observación de que el régimen de producción capitalista se encuentra (y somete a su imperio) las formas más diversas de propiedad territorial, desde la propiedad del clan y la propiedad feudal sobre la tierra hasta la pequeña propiedad campesina combinada con el régimen de bienes comunales.

La limitación de la superficie de tierras sólo presupone inevitablemente, por tanto, el monopolio de la explotación económica de la tierra (bajo el imperio del capitalismo). Y se plantea el problema de saber cuáles sean las consecuencias necesarias de esta monopolización, en lo que a la renta se refiere. La limitación de tierras hace que el precio del trigo no se halle determinado por las condiciones de producción en las tierras de calidad media, sino por las que rigen en las tierras cultivadas de peor calidad. Este precio del trigo reembolsa al *farmer* (= empresario capitalista en la agricultura) sus gastos de producción y le rinde la ganancia medía sobre su capital. El *farmer* que cultiva tierras mejores obtiene una ganancia extraordinaria, que constituye precisamente la *renta diferencial.* El problema de si existe o no propiedad privada sobre la tierra no guarda relación alguna con el problema de la formación de la renta diferencial, que es inevitable en la agricultura capitalista, aun tratándose de tierras municipales, del Estado o sin dueño. La única consecuencia de la limitación de tierras, bajo el capitalismo, es la creación de una renta diferencial como consecuencia de la distinta productividad de las diversas inversiones de capital. El señor Bulgakov ve una segunda consecuencia en la eliminación de la libre competencia en la agricultura y entiende que la ausencia de esta libertad impide al capital agrícola participar en la formación de la ganancia media. Trátase de una confusión manifiesta del problema de la explotación económica de la tierra con el problema del derecho de propiedad sobre ella. Del hecho de la limitación de tierras (independientemente del hecho de que exista o no un régimen de propiedad privada sobre el suelo) sólo se sigue lógicamente una consecuencia; la ocupación de toda la tierra por agricultores capitalistas, pero en modo alguno la necesidad de cualquier limitación del régimen de libre competencia entre ellos. La limitación de tierras es un fenómeno general que imprime inevitablemente su fisonomía a toda agricultura capitalista. Además, la historia viene a confirmar de un modo muy claro que es lógicamente insostenible la confusión de estas dos cosas distintas. No queremos hablar de Inglaterra, donde la separación entre la propiedad territorial y la explotación económica de la tierra es evidente, donde la libre competencia entre los *farmers* es casi ilimitada y el empleo en la agricultura del capital creado en el comercio y en la industria adoptaba y sigue adoptando las más amplias proporciones. Pero también en los demás países capitalistas, en todos ellos, se desarrolla (contra el parecer de Bulgakov, quien, siguiendo al señor Struve, intenta en vano considerar la renta “inglesa” como un fenómeno peculiar y exclusivo) *exactamente el mismo proceso* de separación entre la propiedad territorial y la explotación económica de la tierra, aunque bajo las formas más diversas (arrendamiento, hipoteca). El señor Bulgakov pasa por alto este proceso (insistentemente destacado por Marx), porque los árboles le impiden, al parecer, ver el bosque. En todos los países europeos observamos que después de abolirse la servidumbre

se produce la destrucción del régimen feudal de propiedad de la tierra, la movilización de la propiedad territorial, la penetración del capital comercial e industrial en la agricultura, el aumento de los contratos de arriendo y de las deudas hipotecarias. También en Rusia, a pesar de ser éste el país en que quedan en pie más restos del régimen de servidumbre, se advierte después de la Reforma [1861] una corriente progresiva de compras de tierras por parte de los campesinos, funcionarios y comerciantes, un aumento del arriendo de tierras privadas, del Estado y los municipios, etc., etc. ¿Qué demuestran todos estos fenómenos? El nacimiento de la libre competencia en la *agricultura, a pesar* del monopolio de la *propiedad privada* y sin perjuicio de las formas infinitamente diversas que adopta esta propiedad. Al presente, todo poseedor de capital puede, en cualquier país capitalista, invertir su capital en la agricultura (mediante compra o arriendo de tierras) con la misma o casi la misma facilidad que en una rama cualquiera comercial o industrial.

En su objeción contra la teoría marxista de la renta diferencial, el señor Bulgakov señala que

"... todas estas diferencias [las diferencias en cuanto a las condiciones de producción de los productos agrícolas] son contradictorias y *pueden* [subrayado por nosotros. L.] anularse mutuamente. La distancia puede ser contrarrestada, como señalaba ya Rodbertus, por la fertilidad, y la fertilidad desigual puede resultar compensada por una producción intensiva en zonas más fértiles" (I, p. 81).

Desgraciadamente, nuestro riguroso erudito se olvida de que Marx registra este hecho y ha sabido valorarlo de un modo menos unilateral.

"Es evidente, asimismo –escribe Marx–, que estas dos causas distintas de la renta diferencial, la fertilidad y la situación, pueden actuar en sentido opuesto. Una tierra puede estar muy bien situada y ser muy poco fértil, y viceversa. Esta circunstancia es importante, pues explica por qué para roturar las tierras de un país dado se puede proceder empezando por las tierras mejores y pasando luego a las peores, o al revés. Por último, es evidente que los progresos de la producción social en general ejercen, de una parte, una acción niveladora sobre la situación como fuente de una renta diferencial, al crear mercados locales y modificar el factor situación mediante el fomento de los medios de comunicación y de transporte, mientras, de otra parte, se acentúan las diferencias entre las situaciones locales de las tierras mediante la separación que se establece entre la agricultura y la industria y la creación de grandes centros de producción, por un lado, y por otro el relativo aislamiento del campo. (*El Capital.* III).

Es decir, que mientras el señor Bulgakov repite con aire triunfador una referencia desde hace mucho tiempo conocida a la *posibilidad* de una mutua anulación de las diferencias, Marx plantea el problema *ulterior* de la transformación de esta posibilidad en una realidad y muestra que al lado de los efectos niveladores se imponen también efectos diferenciales. El resultado final de los efectos contradictorios entre sí consiste, como todo el mundo sabe, en la *existencia* en todos los países y en todas partes de enormes diferencias entre las tierras en cuanto a fertilidad y situación. La objeción del señor Bulgakov sólo prueba una cosa: la absoluta superficialidad de sus observaciones.

"El concepto de la última y menos productiva inversión de trabajo y capital –sigue objetando el señor Bulgakov– es empleado con la misma ausencia de sentido crítico por Ricardo y por Marx. Es fácil darse cuenta de la arbitrariedad que se desliza con este concepto. Supongamos que se inviertan en la tierra l0 *a* de capital, de tal modo que cada a sucesiva se caracterice por su decreciente productividad; el producto total de la tierra será A. Evidentemente, la productividad media de cada *a* será igual

$$\frac{A}{10}$$

y el precio, considerando el capital en conjunto como un todo, se determinará precisamente por esta su productividad media" (I, p. 82).

Lo evidente es, por el contrario, digamos replicando a esto, que el señor Bulgakov, llevado de sus frases grandilocuentes sobre la "limitación de las fuerzas productivas de la tierra" pasa por alto una *pequeñez*: la limitación de la tierra misma. Esta limitación crea –sin que ello guarde la menor relación con ninguna *propiedad* sobre la tierra– un cierto monopolio. En efecto, como toda la tierra se halla ocupada por agricultores y existe demanda para todo el trigo producido en la tierra toda, aun en los terrenos de peor calidad y más alejados del mercado, es evidente que el precio del trigo se determina por el precio de producción en las tierras peores (o por el precio de producción con la última y menos productiva inversión de Capital). La "productividad media" de Bulgakov es aritmética vacua, ya que la formación efectiva de este promedio tropieza con el obstáculo de la limitación de las tierras. Para que pueda formarse esta "productividad media" y determinar los precios es necesario que cada capitalista, además de estar en condiciones de invertir capital en la agricultura (mientras en la agricultura rija, como ya hemos dicho, la libre competencia), pueda también, en todo momento, crear una *nueva* explotación agrícola además de las ya existentes. Pero en este caso no existiría la menor diferencia entre la agricultura y la industria y no podría producirse ninguna renta. Y es precisamente la limitación de las tierras lo que impide que así suceda.

Prosigamos. En nuestras anteriores consideraciones, hemos prescindido totalmente del problema de la propiedad territorial. Hemos visto que este método se apoya tanto en razones lógicas como en los hechos históricos, los cuales prueban que la agricultura capitalista surge y se desarrolla bajo todas las formas de propiedad territorial. Pero introduzcamos ahora esta nueva condición. Supongamos que toda la tierra sea de propiedad privada. ¿Cómo repercutirá esto sobre la renta? El terrateniente arrebatará al agricultor la renta diferencial en virtud de su derecho de propiedad. Como la renta diferencial representa un remanente de ganancia sobre la ganancia normal, media del capital y como en la agricultura rige (o es creado por el desarrollo capitalista) un sistema de libre competencia en el sentido de libertad de inversión de capital, el terrateniente encontrará siempre un agricultor que se contente con la ganancia media y le ceda a él, al terrateniente, la ganancia extraordinaria. La propiedad privada sobre el suelo no crea la renta diferencial; lo que hace es, sencillamente, transferirla de manos del agricultor a manos del terrateniente. ¿Se limita a esto la influencia de la propiedad privada sobre la tierra? ¿Puede esperarse acaso que el terrateniente permita al agricultor explotar *gratis* aquellas tierras de peor calidad y situación que sólo rinden al capital una ganancia media? Naturalmente que no. La propiedad territorial es un monopolio, amparado en el cual el terrateniente exigirá que el agricultor le abone también un canon por estas tierras. Este canon será la *renta absoluta*, que no tiene absolutamente nada que ver con la diferente productividad de las distintas inversiones de capital y *se deriva simplemente de la propiedad privada sobre el suelo*. Cuando el señor Bulgakov acusa a Marx de dar una interpretación doble y arbitraria al mismo monopolio, no se toma la molestia de pararse a meditar que estamos en realidad ante un monopolio doble. Tenemos, en primer lugar, el monopolio de la explotación económica (capitalista) de la tierra. Este monopolio responde a la limitación de las tierras y es inevitable, por tanto, en toda sociedad capitalista. Este monopolio trae como consecuencia que el precio del trigo se determine por las condiciones de producción en las tierras peores, mientras que el remanente de ganancia, la ganancia extraordinaria que produce la inversión de capital en las tierras mejores o la inversión de capital más productiva constituye la renta diferencial. Esta renta surge absolutamente al margen de la

propiedad privada sobre el suelo, la cual sólo permite al terrateniente arrebatársela al agricultor. En segundo lugar, tenemos el monopolio de la propiedad privada sobre la tierra. Este monopolio no se halla inseparablemente[2] unido al anterior, ni desde el punto de vista lógico ni desde el punto de vista histórico. No es un monopolio *necesario* para la sociedad capitalista ni para la organización capitalista de la agricultura. Por una parte, podernos representarnos perfectamente una agricultura capitalista sin propiedad privada sobre la tierra, pues no en vano muchos economistas burgueses consecuentes preconizan la nacionalización del suelo. Por otra parte, la realidad nos demuestra la existencia de una organización capitalista de la agricultura sin propiedad privada sobre la tierra, por ejemplo, en los terrenos del Estado y de los municipios. Por eso deben mantenerse incondicionalmente separadas estas dos clases de monopolio y, por consiguiente, es necesario reconocer al lado de la renta diferencial la existencia de una renta absoluta, *nacida* de la propiedad privada sobre la tierra.[3]

Marx explica la posibilidad de que la renta absoluta nazca de la plusvalía del capital agrícola diciendo que en la agricultura la participación del capital variable en la composición orgánica total del capital es superior a la media (hipótesis absolutamente natural, sí se tiene en cuenta el indiscutible atraso de la técnica agrícola en comparación con la técnica industrial). Y partiendo de aquí, se sigue que el valor de los productos agrícolas es siempre superior a su precio de producción y la plusvalía superior a la ganancia. El monopolio de la propiedad privada sobre la tierra impide, sin embargo, que este remanente entre en su totalidad en el proceso de compensación de la ganancia, y la renta absoluta nace de este remanente. El señor Bulgakov, muy descontento con esta explicación, exclama:

> "¿Qué es esta plusvalía que puede bastar o no bastar para cubrir una posible demanda, como si se tratase de lienzo, algodón u otra mercancía cualquiera? Ante todo, no es ninguna cosa material, sino un concepto que expresa determinadas relaciones sociales de producción" (I, p. 105).

Esta contraposición entre "cosas materiales" y conceptos constituye un ejemplo plástico de ese escolasticismo que hoy gustan algunos de invocar presentándolo como "crítica". ¿Qué importancia tendría el concepto de la participación en el producto social sí no correspondiesen a él determinadas "cosas materiales"? La plusvalía representa el equivalente en dinero del producto sobrante, consistente en una determinada cantidad de lienzo, algodón, trigo y otras mercancías cualesquiera. (Claro está que lo de determinada no debe entenderse en el sentido de que la ciencia pueda determinar concretamente esta participación, sino en el sentido de que se conocen las condiciones que determinan en general la magnitud de ella). En la agricultura, el producto sobrante es (en proporción al capital) mayor que en otras ramas industriales, y este remanente puede, naturalmente, "bastar o no bastar para cubrir la demanda por parte del terrateniente monopolista.

Podemos ahorrar al lector una exposición detallada de la teoría de la renta que el señor Bulgakov, según su propia confesión de modestia, se ha compuesto "por sus propias fuerzas" y "siguiendo caminos propios" (I, p. 111). Bastarían unas cuantas observaciones para caracterizar este producto de la última y menos productiva inversión" del trabajo profesaron. La "nueva" teoría de la renta se atiene a la vieja receta de lo blanco y lo negro. Sí existe libre competencia, no puede existir absolutamente ninguna restricción (a pesar de que no ha existido nunca ni en parte alguna una libertad absoluta de competencia). Sí existe monopolio, no puede existir otra cosa. Por tanto, la renta no nace en modo alguno de la

plusvalía, ni siquiera del producto agrícola; nace del producto del trabajo no agrícola; es, sencillamente, un tributo, un impuesto, una deducción de la producción social total, una letra de cambio librada por el terrateniente.

"El capital agrícola, con su ganancia, y el trabajo agrícola, la agricultura en general como esfera de inversión del trabajo y el capital constituyen, por tanto, un Estado dentro del Estado en el reino capitalista... Todas [¡*sic*!] del capital, la plusvalía, el salario y el valor en general resultan ser dimensiones imaginarias al aplicarse a la agricultura" (I, p. 99).

¿Ah, sí? Ahora está todo claro. ¿De modo que tanto los capitalistas como los obreros asalariados son, en la agricultura, dimensiones imaginarías? Sin embargo, aunque el señor Bulgakov descienda de vez en cuando a majaderías como ésta, en ocasiones no razona mal. Catorce páginas más adelante, dice:

"La producción de productos agrícolas cuesta a la sociedad una cierta cantidad de trabajo; esto es su valor."

Excelente. Vemos, pues, que las "definiciones" del valor por lo menos no son tales dimensiones imaginarias. Y prosigue.

"Una vez que la producción se organiza de un modo capitalista, el capital se pone al frente de la producción, el precio del trigo se acomodará a los precios de producción y, con arreglo a esto, se tomará en consideración la productividad de la inversión concreta de trabajo y capital, comparada con la productividad social media."

Muy bien. Esto quiere decir que tampoco las "definiciones" del capital, la plusvalía y el salario son tales dimensiones imaginarias.

Según esto, existe, pues, una libertad de competencia (aunque no absoluta, puesto que sin la transferencia del capital de la agricultura a la industria y viceversa sería imposible calcular "la productividad, comparándola con la productividad social media". Y más adelante:

"Gracias al monopolio de la tierra, el precio rebasa el valor hasta aquellos límites que imponen las condiciones del mercado."

Magnífico. Pero entonces ¿dónde ha visto el señor Bulgakov que un tributo, un impuesto, una letra de cambio o algo parecido a esto dependan de las condiciones del mercado? Sí el precio aumenta, a consecuencia del monopolio, hasta alcanzar los limites que le trazan las condiciones del mercado, toda la diferencia entre la "nueva" teoría de la renta y la "antigua" se reduce a que el "camino propio" seguido por el autor se basa en el desconocimiento de la diferencia existente, de una parte, entre lo que significa la limitación de las tierras y lo que representa la propiedad privada sobre el suelo y, de otra parte, de la conexión entre el concepto de "monopolio" y el concepto de "la última y menos productiva inversión de trabajo y capital". Por eso no es sorprendente que el señor Bulgakov, siete páginas más allá (1, p. 120), vuelva a olvidarse de "su" teoría para perderse en consideraciones sobre el modo de distribución de este producto [agrícola] entre los terratenientes, los agricultores capitalistas y los obreros agrícolas". Es, verdaderamente, una manera brillante de coronar una crítica brillante. Un resultado destacado de la nueva *teoría bulgakoviana de la renta*, que ha venido a enriquecer a la ciencia de la economía política.

V. I. Lenin

Capítulo II de la obra *El problema agrario y los "críticos de Marx"*, escrito en el segundo semestre de 1901 y publicado en la revista *Saria*, diciembre de 1901.

Notas al pie La Teoría de la Renta

2 Huelga decir, evidentemente, que aquí, al tratar de la teoría general de la renta del suelo y de la organización capitalista de la agricultura, prescindimos de hechos como los orígenes y la extensión de la propiedad privada sobre la tierra o el socavamiento de la forma de monopolio últimamente examinada, así como también, parcialmente, de sus dos formas, por obra de la competencia ultramarina, etc., etc.

3 En la segunda parte del segundo tomo de sus *Teorías sobre la plusvalía* [*Histórica crítica de la teoría de la plusvalía,* T. IV y V de esta obra (ENC)], esclarece Marx el problema de la renta absoluta en un sentido que confirma la exactitud de mi interpretación (principalmente, con respecto a los dos tipos de monopolio). Los pasajes a que nos referimos dicen así: "Si la tierra fuese un elemento ilimitado, no sólo con relación al capital y a la población, sino de hecho 'ilimitada', como 'el aire y el agua', sí fuese ilimitada en cuanto a cantidad' [palabras de Ricardo], es evidente que su apropiación por unos no excluiría su apropiación por otros. En este caso, no podría existir propiedad privada (y tampoco propiedad 'pública' 0 del Estado) sobre el suelo. En este caso, si además toda la tierra tuviese en todas partes la misma calidad, no podría pagarse renta alguna por ella... La gracia del asunto está, pues, en lo siguiente: si la tierra existe en condiciones de abundancia elemental frente al capital, este se mueve en la agricultura del mismo modo que en otra rama industrial cualquiera. Pero entonces no existen la propiedad territorial ni la renta... En cambio, si la tierra, primero, es ilimitada, y segundo se halla apropiada, el capital se encontrará con la propiedad territorial como premisa, y esto es lo que acontece allí donde La producción capitalista se desarrolla; cuando no se encuentra con aquella premisa ya existente, como en la vieja Europa, se la crea ella misma, como en los Estados Unidos: de un modo o de otro, la tierra deja de ser ya desde el primer momento un campo elemental de acción para el capital. De aquí que exista una renta del suelo, independientemente de la renta diferencial" (pp. 339 ss.). Marx distingue aquí con toda la precisión apetecible entre la limitación de la tierra y la existencia de la propiedad privada sobre el suelo (nota de Lenin a la edición de 1908). (*Nota de la ed. alemana*.)

V. I. LENIN

Fragmentos del artículo

“INSISTIENDO EN EL PROBLEMA DE LA TEORIA DE LA REALIZACION”

10. “¿En qué consiste la significación real de la teoría de la realización?”, se pregunta Struve, quien cita la opinión de Bulgakov según el cual la posibilidad de la ampliación de la producción capitalista se abre paso en la realidad, aunque sea a través de una serie de crisis. “La producción capitalista crece en el mundo entero”, de clara el señor Bulgakov, “Este argumento –replica Struve– es completamente insostenible. El problema está en que la 'ampliación de la producción capitalista' no se desarrolla realmente, ni mucho menos, en ese estado capitalista ideal o aislado que Bulgakov supone y que es, según el supuesto de que él parte, un estado autárquico, sino en la palestra de la economía mundial, en la que chocan las más diversas etapas del desarrollo económico y las diversas formas de la vida económica.”

La objeción de Struve consiste, pues, en sostener que en la práctica la realización no se desarrolla en un estado capitalista aislado, autárquico, sino “en la palestra de la economía mundial”, es decir, mediante la venta de los productos en otros países. Fácil es comprender que esta objeción obedece a un error. ¿Es que el problema de la realización cambiará en lo más mínimo porque no nos limitemos al mercado interior (al capitalismo “autárquico”), sino que recurramos al mercado exterior? ¿Porque tomemos varios países en vez de uno solo? Si no admitimos que los capitalistas arrojen sus mercancías al mar o las regalen a los extranjeros; sí no admitimos casos concretos o períodos excepcionales, es evidente que tendremos que aceptar la existencia de cierta regularidad en las exportaciones y las importaciones. Si un determinado país exporta ciertos productos que realiza “en la palestra de la economía mundial”, importa otros a cambio de ellos. Desde el punto de vista de la teoría de la realización, hay que admitir que “el comercio exterior sólo supla los artículos de] interior del país mediante artículos de otra forma útil y natural” [*El Capital*, II, página 514] cit. por mí en *Nautschonoie Oborrenie*, p. 38. La esencia del proceso de realización no cambia en lo más mínimo, lo mismo si enfocamos un país que si nos fijamos en un conjunto de países. En su objeción contra el señor Bulgakov, Struve incurre, pues en el viejo error de los *narodniki*, cuando enlazan el problema de la realización con el problema del mercado exterior.[1]

En realidad, estos dos problemas no tienen nada que ver el uno con el otro. El problema de la realización es un problema abstracto, que forma parte de la teoría general del capitalismo. Las leyes fundamentales de la realización descubiertas por Marx son las mismas, ya nos fijemos en un solo país o en el mundo entero.

El problema del comercio exterior o del mercado extranjero es, en cambio, un problema histórico, un problema relacionado con las condiciones concretas del desarrollo del capitalismo en tal o cual país, en esta o aquella época.

11. Volvamos ahora un poco sobre el problema que “desde hace mucho preocupa a Struve.” ¿Cuál es el verdadero valor científico de la teoría de la realización?

Exactamente el mismo que el de las demás tesis de la teoría abstracta de Marx. Si a Struve le inquieta el hecho de que "la plena realización constituye el ideal de la producción capitalista, pero no, ni mucho menos, su realidad", le recordaremos que lo mismo acontece con otras leyes del capitalismo descubiertas por Marx, que expresan exactamente lo mismo que ésta, simplemente el ideal del capitalismo, pero no, ni mucho menos, su realidad. "Nuestra misión –escribe Marx– es exponer simplemente la organización interna del régimen capitalista de producción en su media ideal, por decirlo así" (*El Capital*, t. III).

La teoría del capital presupone el que el obrero obtenga el valor íntegro de su fuerza de trabajo. Esto, que es el ideal del capitalismo, no constituye en modo alguno su realidad. La teoría de la renta del suelo presupone la división de toda la población agrícola en terratenientes, capitalistas y jornaleros. Esto, que es el ideal del capitalismo, no constituye en modo alguno su realidad. La teoría de la realización presupone una distribución proporcional de la producción. Esto, que es el ideal del capitalismo, no constituye en modo alguno su realidad.

El valor científico de la teoría marxista consiste en haber explicado el proceso de la reproducción y la circulación del capital social en su conjunto. La teoría marxista ha puesto de manifiesto, además, cómo se realiza la contradicción inherente al capitalismo y consistente en que el formidable desarrollo de la producción no va acompañado, ni mucho menos, por un desarrollo equivalente del consumo del pueblo. Por eso la teoría marxista no restaura en modo alguno la teoría burguesa–apologética (como cree Struve), sino que suministra, por el contrario, *el arma más aguda contra la apologética*. De esta teoría se deduce que, incluso suponiendo que la reproducción y la circulación del capital social en su conjunto se desarrollen de un modo normal y proporcional, queda en pie como algo inevitable la contradicción existente entre el crecimiento de la producción y el marco limitado dentro del cual se desenvuelve el consumo. Además, en la práctica, el proceso de la realización no se desarrolla con arreglo a una proporcionalidad normal ideal, sino abriéndose paso por entre "dificultades", "oscilaciones", "crisis", etc.

La teoría marxista de la realización nos suministra, además, el arma más aguda no sólo contra la apologética, sino también contra la crítica filisteo–reaccionaría del capitalismo. Esta crítica del capitalismo es precisamente la que nuestros populistas intentaban reforzar con su errónea teoría de la realización. La concepción marxista de la realización conduce inevitablemente al reconocimiento del carácter histórico progresivo del capitalismo (desarrollo de los medios de producción y también, consiguientemente, de las fuerzas productivas de la sociedad), pero, con ello, no se esfuma el carácter históricamente perecedero del capitalismo, sino que lo explica.

12. Con relación a la "sociedad" capitalista ideal o aislada, "autárquica", Struve afirma que en ella es imposible la reproducción en escala ampliada "porque no se sabe de dónde han de salir los obreros adicionales incondicionalmente necesarios".

Yo no puedo mostrarme en modo alguno de acuerdo con esta afirmación de Struve. Struve no ha demostrado y es imposible que pueda demostrar la imposibilidad de sacar obreros adicionales del ejército de reserva. Contra la tesis de que pueden salir obreros adicionales del crecimiento natural de la población, Struve declara sin fundamento alguno que "la reproducción ampliada que se basa en el crecimiento natural no puede ser idéntica, aritméticamente, a la reproducción simple, aunque desde el punto de vista de la práctica

capitalista, es decir, desde el punto de vista económico, coincida íntegramente con ella”. Struve, que se da cuenta de que no cabe probar teóricamente la imposibilidad de encontrar obreros adicionales, rehuye el problema remitiéndose a las condiciones históricas y prácticas. “No creo –dice– que Marx pudiese resolver un problema histórico (¿!) a base de esta construcción completamente abstracta”... “El capitalismo autárquico es, históricamente (¡), un límite inconcebible”... “La intensificación del trabajo que puede imponerse al obrero se halla circunscrita, no sólo de un modo real, sino también de un modo lógico, dentro de límites muy estrechos”... “El aumento incontenible de la productividad del trabajo tiene que conducir de una manera inevitable a una atenuación de la coacción para trabajar”...

La falta de lógica de todas estas afirmaciones salta a la vista. Ninguno de los autores contra los que Struve polemiza ha sostenido nunca ni en parte alguna el absurdo de que los problemas históricos puedan resolverse por medio de construcciones abstractas. Pero lo cierto es que Struve no plantea, ni mucho menos, un problema histórico, sino el problema totalmente abstracto, puramente teórico “de una sociedad capitalista ideal” (p. 57). ¿No es evidente que lo que hace es, sencillamente, esquivar la cuestión? No quiero negar, naturalmente, que existen numerosas condiciones históricas y prácticas (para no hablar siquiera de las contradicciones inmanentes del capitalismo) que conducen y conducirán mucho más rápidamente al hundimiento del capitalismo que a la transformación del capitalismo moderno en un capitalismo ideal. Pero en lo que se refiere al problema puramente teórico de una “sociedad capitalista ideal”, mantengo mi criterio anterior de que no puede haber razones teóricas de ninguna clase para negar la posibilidad de una reproducción ampliada dentro de una sociedad de este tipo.

Pie de pagina

1 Este error de los *populistas* ha sido investigado críticamente por mí en *Estudios*, pp. 25– 29.

V. I. LENIN

OBSERVACION SOBRE EL PROBLEMA DE LA TEORIA DE LOS MERCADOS[1]

(Con motivo de la polémica entre los señores Tugan–Baranowski y Bulgakov)

Como es sabido, el problema de los mercados en la sociedad capitalista ocupa un lugar importantísimo en la doctrina de los economistas del populismo, a cuya cabeza se hallan los señores V. V.[2] y N.–on. Por eso es absolutamente natural que los economistas contrarios a las teorías de los populistas hayan considerado necesario dirigir la atención a este problema y esclarecer ante todo los puntos fundamentales teórico abstractos de la "teoría de los mercados". Este intento de esclarecimiento es el que acomete el señor Tugan–Baranowski en su libro *Las crisis industriales en la Inglaterra actual*, en que el capítulo I de la segunda parte lleva el título de "Teoría de los mercados". A este mismo problema hubo de consagrar también el señor Bulgakov una obra publicada el año pasado con el título de *Sobre los mercados en la producción capitalista* (Moscú, 1897). Ambos autores coinciden en cuanto a sus concepciones fundamentales. Los dos toman como centro de gravedad la exposición del magnífico análisis de la "circulación y reproducción del capital social en su conjunto" que hace Marx en la sección tercera del libro II de *El Capital*. Ambos autores están también de acuerdo en que las teorías de los señores V. V. y N.–on sobre el mercado (especialmente el interior) en la sociedad capitalista son incuestionablemente erróneas y debidas bien a la ignorancia o a la incomprensión del análisis de Marx. Los dos autores reconocen que la producción capitalista, al desarrollarse, crea su propio mercado, a expensas, fundamentalmente, *de los medios de producción y no de los medios de consumo*; que la realización del producto en general y de la plusvalía en particular puede perfectamente explicarse sin recurrir al mercado extranjero; que la necesidad del mercado extranjero para un país capitalista no se desprende en modo alguno de las condiciones de la realización, como entienden los señores V. V. y N.–on, sino que obedecen a condiciones históricas, etc. Ante esta plena coincidencia entre los señores Bulgakov y Tugan–Baranowski podría pensarse que no existe entre ellos ningún punto litigioso y que ambos pueden emplear conjuntamente sus fuerzas en seguir criticando a fondo las doctrinas económicas de los populistas. Pero, en realidad, se ha desatado entre los dos mencionados autores una polémica (Bulgakov, obra citada, pp. 246 257 y *ss*.; Tugan–Baranowski, en *Mir Boshij, (El Mundo de Dios)* 1898, núm. 6. "El capitalismo y el mercado", a propósito del libro de S. Bulgakov). A nuestro juicio, tanto el señor Bulgakov como el señor Tugan–Baranowski van demasiado lejos en la polémica y dan a sus observaciones un carácter exclusivamente personal. Examinemos, ante todo, sí existe entre ellos una disparidad real de criterio y, caso de que exista, cuál de los dos tiene más razón.

Ante todo, el señor Tugan–Baranowski acusa al señor Bulgakov de ser "poco original" y demasiado aficionado a *jurare in verba magistri* (39) (*Mir Boshij*, p: 123). "La solución del problema sobre la función del mercado extranjero para un país capitalista expuesta por mí, y que el señor Bulgakov ha tomado íntegramente, no procede en modo alguno de la de Marx, escribe el señor Tugan Baranowski. A nosotros nos parece que esta explicación es inexacta, pues la solución que el señor Tugan–Baranowski da al problema está tomada *precisamente de Marx*; por ello, sin duda, ha sido recogida por el señor Bulgakov. Es decir, que la polémica no puede girar en torno a la originalidad, sino en torno

a la concepción de esta o la otra tesis de Marx, de la necesidad de interpretar a Marx de este o del otro modo. El señor Tugan–Baranowski dice que Marx, "en el tomo II, no toca para nada el problema del mercado extranjero"(*ibid.).* Esto no es exacto. La misma sección (la tercera) del tomo II en que se expone el análisis de la realización del producto, Marx explica de un modo muy concreto la relación entre este problema y el del comercio exterior, lo que implica también el mercado exterior. Dice acerca de esto lo siguiente:

"La producción capitalista es inseparable del comercio exterior. Y el supuesto de una reproducción normal anual a base de una escala dada *lleva aparejado también el supuesto de que el comercio exterior sólo supla los artículos del interior del país mediante artículos de otra forma útil y natural* sin afectar con ello a las proporciones de valor, ni tampoco, por consiguiente, a las proporciones de valor entre las dos categorías de los medios de producción y los medios de consumo ni a las que rigen entre el capital constante, el capital variable y la plusvalía, a las proporciones en que puede descomponerse el valor del producto de cada una de aquellas dos categorías. Por eso, el tener en cuenta el comercio exterior cuando se trata de analizar el valor del producto reproducido anualmente sólo sirve para mover a confusión sin aportar ningún criterio nuevo ni en cuanto a los términos del problema ni en cuanto a su solución. Debemos, pues, prescindir en absoluto de ese factor..." (*El Capital*, t. II. p. 445. Subrayado por nosotros). La solución que da al problema Tugan– Baranowski– "... en todo país que importa mercancías del extranjero puede quedar capital sobrante, el mercado exterior es incondicionalmente necesario, para tales países" (*Crisis industriales*, p. 429, cit, en *Mir Boshij, ibid*. 121) constituye una simple paráfrasis de la tesis de Marx. Marx dice que cuando se trata de analizar la realización no hay por qué tomar en consideración el comercio exterior, ya que éste se limita a sustituir unas mercancías por otras. El señor Tugan–Baranowski, que se dedica precisamente a investigar el problema de la realización (sección 1 de la parte 2 de su obra *Crisis industriales*) dice que un país que importe mercancías debe también exportarlas, es decir, tener un mercado exterior. ¿Puede, a la vista de esto, decirse que la "solución del problema" que ofrece Tugan–Baranowski no está "en modo alguno tomada de Marx"? El señor Tugan–Baranowski dice más adelante que "los tomos II y III de *El Capital* no son más que un esbozo que dista mucho de hallarse terminado, razón por la cual el tomo III no nos ofrece las conclusiones del magnífico análisis contenido en el tomo II (artículo *cit*., p. 123). También esta afirmación es inexacta. Junto a distintos análisis de la reproducción social (*El Capital*, tomo III), a la explicación de en qué sentido y hasta qué punto es la realización del capital constante "independiente" del consumo individual, encontramos en el tomo III un capítulo especial (el cap. XLIX: "Sobre el análisis del proceso de producción") consagrado a las conclusiones del magnífico análisis contenido en el tomo II, un capitulo en el que los resultados de este análisis se aplican a la solución del importantísimo problema de las clases de renta social dentro de la sociedad capitalista. Y asimismo debemos considerar falsa la afirmación del señor Tugan– Baranowski según la cual "Marx, en el tomo III de *El Capital* se expresa de un modo completamente distinto respecto a este problema", de que en el tercer tomo "aparecen incluso afirmaciones que este análisis contradice resueltamente" (artículo *cit*., p. 123) . El señor Tugan–Baronowski aduce en la p. 122 de su artículo dos de estas afirmaciones de Marx, que según él son incompatibles con la doctrina fundamental por él sustentada. Examinémoslas un poco de cerca. En el tomo III dice Marx: "Las condiciones de la explotación directa y las de su realización no son idénticas. No sólo difieren en cuanto al tiempo y al espacio, sino

también en cuanto al concepto. Las primeras sólo se hallan limitadas por la capacidad productiva de la sociedad, las segundas por la proporcionalidad entre las diversas ramas de producción y por la capacidad de consumo de la sociedad... Pero cuanto más se desarrolle la capacidad productiva, más chocará con la angosta base sobre que descansan las relaciones de consumo. El señor Tugan–Baranowski interpreta así estas palabras: "La proporcionalidad en la distribución de la renta nacional no garantiza por sí sola la posibilidad de dar salida a los productos. Cabe que los productos no encuentren mercado aunque el reparto de la producción sea proporcional: tal es, evidentemente, el sentido de las citadas palabras de Marx." No es ése el sentido de sus palabras. No hay ninguna razón para ver en ellas ninguna corrección a la teoría de la realización expuesta en el tomo II. Marx se limita a poner de manifiesto aquí una contradicción del capitalismo señalada ya en otro sitio de *El Capital*, a saber: la contradicción entre la tendencia a la ampliación *ilimitada* de la producción y la necesidad de un consumo *limitado* (a consecuencia de la situación proletaria de las masas del pueblo). El señor Tugan–Baranowski no negará, naturalmente, que esta contradicción es peculiar al capitalismo, y, como Marx la señala en el mismo pasaje, no tenemos ningún derecho a atribuir otro sentido, cualquiera que él sea, a sus palabras. La "capacidad de consumo de la sociedad y la proporcionalidad entre las diversas ramas de producción", no son ni mucho menos dos condiciones absolutamente distintas la una de la otra y que no guarden la menor relación entre sí. Lejos de ello, un cierto nivel de consumo constituye uno de los elementos determinantes de la proporcionalidad. En efecto, el análisis de la realización ha demostrado que la formación del mercado interior para el capitalismo no se realiza tanto a expensas de los medios de consumo como a expensas de los medios de producción. De donde se sigue que el primer sector de la producción social (la fabricación de medios de producción) puede y debe desarrollarse más rápidamente que el segundo (la fabricación de medios de consumo). Lo que, naturalmente, no se sigue de aquí ni en lo más mínimo que la fabricación de los medios de producción pueda desarrollarse *independientemente en absoluto* de la fabricación de medios de consumo y *sin la menor conexión con ella*. Marx dice. refiriéndose a esto: "Además, como hemos visto (libro II, sección 3°), se opera una circulación continua entre el capital constante y el capital variable (aun prescindiendo de la acumulación acelerada), la cual es, por el momento, independiente del consumo individual en el sentido de que no se incorpora a él, pero se halla, sin embargo, definitivamente limitada por él, ya que la producción de capital constante no se realiza nunca en gracia a si misma, sino solamente porque se emplea una parte mayor de ella en las ramas de producción cuyos productos se destinan al consumo individual (*El Capital*, tomo III). Por tanto, en último resultado el consumo productivo (el consumo de medios de producción) se halla siempre vinculado con el consumo individual, depende siempre de él. Sin embargo, el capitalismo lleva siempre implícita, de una parte, la tendencia a la ampliación ilimitada del consumo productivo, a la ampliación ilimitada de la acumulación y la producción y, de otra parte, la tendencia a la proletarización de las masas del pueblo, que traza límites bastante estrechos a la ampliación de consumo individual. Es evidente que estamos ante una contradicción inherente a la producción capitalista, contradicción que Marx señala en el citado pasaje.[2] El análisis de la realización en el tomo II no refuta en modo alguno esta contradicción (piense lo que quiera el señor Tugan–Baranowski), puesto que, por el contrarío, pone de manifiesto la conexión existente entre el consumo productivo y el consumo individual. De suyo se comprende que sería un burdo error querer deducir de esta contradicción del capitalismo (o de otras contradicciones

inherentes a él) la imposibilidad o el carácter regresivo del régimen capitalista en comparación con otros sistemas económicos anteriores (como gustan de hacerlo nuestros populistas. El desarrollo del capitalismo sólo puede concebirse a través de una serie de contradicciones, y el señalamiento de estas contradicciones no hace sino esclarecernos el carácter histórico transitorio del capitalismo, las condiciones y las causas de su tendencia a transformarse en una forma superior.

Resumiendo todo lo que llevamos dicho, llegamos a la siguiente conclusión: la solución que el señor Tugan–Baranowski da al problema de la función del mercado exterior está tomada precisamente de Marx; entre el tomo II y el III de *El Capital* no existe contradicción alguna en lo que se refiere al problema de la realización (y a la teoría de los mercados).

Prosigamos. El señor Bulgakov acusa al señor Tugan–Baranowski de no valorar exactamente las doctrinas sobre los mercados establecidas por los economistas anteriores a Marx. El señor Tugan–Baranowski acusa al señor Bulgakov de desgarrar las concepciones de Marx de la base científica sobre la que surgieron, de exponer la cosa como si las concepciones de Marx no tuviesen la menor conexión con las ideas de sus predecesores". Este último reproche es completamente infundado, pues el señor Bulgakov no sólo no ha expresado semejante absurda opinión, sino que por el contrario cita las concepciones mantenidas por los representantes de las diversas escuelas anteriores a Marx. A nuestro juicio, tanto el señor Bulgakov como el señor Tugan–Baranowski, al exponer la historia del problema, han prestado sin razón una atención demasiado pequeña a Adam Smith, cuya doctrina habrían debido, indiscutiblemente, analizar con el mayor detenimiento en su estudio *especial* de la "teoría de los mercados"; incuestionablemente, pues, es precisamente Adam Smith el padre y fundador de la errónea teoría según la cual el producto social se descompone en capital variable y plusvalía (salario, ganancia y renta del suelo, según la terminología empleada por Adam Smith, la cual se mantenía tenazmente antes de Marx y no permitía, no ya resolver, sino ni siquiera plantear en sus debidos términos el problema de la realización). El señor Bulgakov declara con absoluta razón que "a la vista de la falsedad de los puntos de partida y de la falsa formulación del problema, estos mismos litigios" surgidos en la literatura económica en torno a la teoría de los mercados "podrían degenerar fácilmente en sutilezas vacuas y escolásticas sobre palabras" (p. 21 de la citada obra, nota). Sin embargo, el autor sólo dedica una página a toda la obra de A. Smith y pasa por alto el profundo y brillante análisis de la teoría de A. Smith que Marx hace en el capítulo XIX del tomo II de *El Capital* (pp. 341–371), ocupándose en cambio de las doctrinas de autores de segundo plano y carentes de originalidad como J. St. Mill y von Kirchmann. Por lo que se refiere al señor Tugan–Baranowski, *omite totalmente* a Adam Smith, por cuya razón, al exponer las ideas de los economistas posteriores *descarta su error fundamental* (consiste en repetir el error de A. Smith señalado más arriba). Huelga decir que, en estas condiciones, su exposición dista mucho de ser satisfactoria. Pondremos solamente dos ejemplos. Después de exponer su esquema núm.1, que ilustra la reproducción simple, dice el señor Tugan–Baranowski: "Pero el caso de la reproducción simple examinado por nosotros no suscita ninguna duda; los capitalistas consumen, según el supuesto de que aquí partimos, toda su ganancia, debiendo darse por sentado que la oferta de mercancías no superará a la demanda" (*Crisis industriales*, p. 409). Esto no es exacto. No debe darse por sentada tal cosa en lo que se refiere a los economistas anteriores,

ya que ellos no se hallaban ni siquiera en condiciones de explicar la reproducción simple del capital social; y no eran capaces de explicarla, porque no habían comprendido que el producto social se descompone, en cuanto a su valor, en *capital constante* + capital variable + plusvalía, y en cuanto a su forma material en los dos grandes sectores de los medios de producción y los medios de consumo. Por eso este caso suscitaba en Adam Smith la "duda" que, según ha puesto de manifiesto Marx, le arrastra a la confusión.

El hecho de que los economistas posteriores incurran en el error de A. Smith sin incurrir en su duda, sólo demuestra una cosa: que en el aspecto teórico y en lo que a este problema se refiere, han dado un paso atrás. También se equivoca el señor Tugan–Baranowski cuando dice: "La teoría de Say–Ricardo es absolutamente exacta desde un punto de vista teórico; sí sus adversarios se hubiesen tomado el trabajo de calcular numéricamente el modo como se distribuyen las mercancías en la economía capitalista, habrían llegado fácilmente a la conclusión de que la negación de esta teoría implica una contradicción lógica" (*ibid*., p. 427). No, la teoría de Say–Ricardo es absolutamente falsa, en su aspecto teórico. Ricardo vuelve a incurrir en el error de A Smith. (Véase su obra, trad. por Sieber, San Petersburgo 1882, p. 220 [cap. XXVI, la renta bruta y la renta neta]) y Say lleva a su término este error al afirmar que la distinción entre el producto bruto y el producto neto de la sociedad es absolutamente subjetiva. Por mucho que Say–Ricardo y sus adversarios "calculasen numéricamente", jamás llegarían a un resultado, pues aquí no se trata, ni mucho menos, de cifras, como ya ha puesto de relieve Bulgakov, con absoluta razón, a propósito de otro pasaje de la obra de Tugan–Baranowski (Bulgakov, *ibid*., p. 21, nota).

Con esto, llegamos a otro de los puntos sobre que versa la polémica entre los señores Bulgakov y Tugan–Baranowski, a saber: el problema de los esquemas matemáticos y del valor que debe atribuírseles. El señor Bulgakov afirma que los esquemas del señor Tugan–Baranowski "por diferir del modelo (es decir, de los esquemas de Marx) pierden una parte considerable de su fuerza de convicción y no explica el proceso de la reproducción social" (*ibid*., 248), mientras que el señor Tugan–Baranowski dice que el señor Bulgakov "no entiende con claridad la verdadera función de estos esquemas" (*Mir Boshij*, núm. 6, año 1898, p. 125). A nuestro juicio, la razón se halla en este caso de parte del señor Tugan–Baranowski, quien cree que "prueban una conclusión" *ibid.).* Los esquemas de por si no pueden probar nada; sólo pueden *ilustrar un proceso, siempre y cuando los distintos elementos que los forman se hallen teóricamente esclarecidos*. El señor Tugan–Baranowski establece sus propios esquemas, distintos de los demás (e incomparablemente menos claros que los de éste), omitiendo el esclarecimiento teórico de los elementos del proceso que los esquemas tratan de ilustrar. La tesis fundamental de la teoría de Marx que demuestra que el producto social no se descompone solamente en capital variable + plusvalía (como entienden A. Smith, Ricardo, Proudhon, Rodbertus y otros), sino en capital constante + las partes indicadas, no es explicada en modo alguno por el señor Tugan–Baranowski, a pesar de darla por supuesta en sus esquemas. El lector del libro del señor Tugan–Baranowski, no está en condiciones de comprender esta tesis fundamental de la nueva teoría. El señor Tugan– Baranowski no razona de ningún modo la necesidad de separar los dos sectores de la producción social (I: medios de producción y II medios de consumo), cuando según advierte exactamente el señor Bulgakov "esta división encierra un sentido teórico mayor que todas las anteriores sutilezas de palabras sobre la teoría de los mercados" (*ibid*., p. 27).

Por eso precisamente la exposición de la teoría marxista que hace el señor Bulgakov es mucho más clara y mucho más exacta que la del señor Tugan–Baranowski.

Entrando, ya para terminar, algo más a fondo en el libro del señor Bulgakov, debemos poner de manifiesto lo siguiente. Una tercera parte afortunadamente de su libro se ocupa de los problemas referentes a las "diferencias de las rotaciones de capital" y al "fondo de salarios". Los apartados que llevan estos dos epígrafes son los menos logrados. En el primero de ellos, intenta el autor (véase p. 63, nota) completar el análisis de Marx y se engolfa en cálculos y esquemas complicadisimos para ilustrar el desarrollo del proceso de la realización en relación con las diferencias en cuanto a la rotación del capital. A nosotros nos parece que la conclusión definitiva a que llega el señor Bulgakov (a saber, que para explicar la realización cuando difiere la rotación del capital se debe dar por supuesta la existencia de reservas por parte de los capitalistas de ambos sectores, ver. p. 85) se desprende por sí misma de las leyes generales de la producción y la circulación del capital, por cuya razón no era necesario en modo alguno dar por supuestos distintos casos de relaciones de rotación del capital en el segundo sector y en el primero y establecer toda una serie de gráficos. Y otro tanto puede decirse en lo que se refiere al segundo de los dos apartados aludidos. El señor Bulgakov señala con absoluta razón la falsedad de la afirmación del Herzensteins, quien encuentra una contradicción en la teoría de Marx sobre este problema. El autor observa, con razón: "Si suponemos que la rotación de todos los capitales es igual a un año, al comenzar este año los capitalistas serán propietarios tanto del producto global de la producción del año anterior como de la suma de dinero igual a este valor" (pp. 142–143). Pero el señor Bulgakov toma sin razón alguna (pp. 92 y *s*.) el planteamiento puramente escolástico de este problema en los economistas anteriores (¿los salarios salen de la producción corriente o de la producción del período de trabajo anterior?) y se crean dificultades superfluas al "dar de lado la afirmación de Marx que "parece hallarse en contradicción con su punto de vista fundamental", "cuando da por supuesto que el salario no sale del capital, sino de la producción en curso" (p. 135). Marx no plantea en modo alguno el problema de esta manera. El señor Bulgakov se ve en la necesidad de "dar de lado" la afirmación de Marx al aplicar la teoría de éste a un planteamiento del problema totalmente ajeno a ella. Una vez puesto en claro de qué modo se desarrolla el proceso de la producción social en su conjunto en relación con el consumo del producto a través de las diversas clases de la sociedad y de qué modo invierten los capitalistas el dinero necesario para la circulación del producto; una vez aclarado todo esto, carece ya de toda importancia esencial el problema de saber si el salario sale de la producción en curso o de la producción pasada. Por eso el editor de los dos últimos tomos de *El Capital*, Engels, dice en el prólogo al tomo II que las especulaciones de un Rodbertus, por ejemplo, acerca de "sí el salario proviene del capital o de la renta son puro escolasticismo y quedan definitivamente liquidadas en la sección tercera de este Libro segundo de *El Capital*" (prólogo al tomo II de *El Capital*, p. 21.

Pie de pagina

1 Este artículo, escrito en febrero de 1899, se publicó el mes siguiente en el núm. 3 de la revista *Natchalo* (*El Origen*), mensual, literaria y política de los “marxistas legales”. El texto que publicamos y las notas que lo acompañan han sido traducidos del tomo IV, p. 41– 50 de las (*Obras Completas* de Lenin, 4° edición en ruso, Moscú, 1946). (N.R).

2 V. V (pseudónimo de V. P. Vorontsov, uno de los ideólogos del populismo liberal de los años 1880 –1890.

2 Es exactamente el mismo sentido que presenta otro pasaje citado por el señor Tugan– Baranowski. al igual que el siguiente pasaje sobre la crisis: “La causa última de toda verdadera crisis es siempre la pobreza y la limitación de consumo de las masas frente a la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como sí no tuviesen más límite que la capacidad absoluta del consumo de la sociedad.” Y el mismo sentido encierra también la siguiente observación de Marx: “Contradicción del régimen de producción capitalista: los obreros, como compradores de mercancías, son importantes para el mercado. Pero, como vendedores de su mercancía –de la fuerza de trabajo–, la sociedad capitalista tiende a reducirlos al mínimum del precio” (*El Capital*, tomo II, p. 300). La falsa interpretación que da a este pasaje el señor N–on ha sido comentada ya por nosotros en el *Novoie Slovo*, 1897, mayo [Wanse pp. 542 –3 del presente volumen. *Ed*.] Entre todos estos pasajes y el análisis de la realización que se contiene en la sección del tomo II, no existe contradicción alguna.

.

SIETE ARTICULOS DE ENGELS SOBRE EL TOMO PRIMERO DE "EL CAPITAL"

INTRODUCCION

por ERNST CZOBE [1]

El lector de la correspondencia cruzada entre Marx y Engels de las cartas de Marx a Kugelmann no ignora que, con conocimiento de Marx y ayudado por él, Engels escribió varías notas bibliográficas sobre el tomo primero de *El Capital* con el objeto de estimular un poco el "éxito" de la obra.

Marx cifraba grandes esperanzas en la aparición de *El Capital.* Era mucho lo que representaba para él y para la prosecución de sus estudios e investigaciones el éxito de esta obra, publicada después de muchas penalidades y anunciada desde hacía ya tantos años.

Pese a todo su optimismo, sabia muy bien que no debía hacerse ilusiones respecto al éxito "espontáneo" de su libro. Tenía la experiencia amarga de la acogida dispensada a su obra *Contribución a la Crítica de la Economía política*, al ver la luz en 1859. Esta obra, precursora de *El Capital*, fue enterrada literalmente en el silencio por la "canalla de los literatos alemanes" (carta de Marx a Kugelmann, 28 diciembre 1862). Sólo tenemos noticia de dos notas bibliográficas en que se comentase la aparición de este libro. Una de ellas vio la luz en un periódico alemán de Norteamérica. La otra, en una hojilla de emigrados que se publicaba en Londres y sobre la que Marx influía mucho personalmente: el *Volk*; esta segunda nota bibliográfica fue redactada por Engels a instancia de Marx (carta de Marx a Engels, 18 julio 1859).

La economía oficial no ha sabido oponer nada a esta obra: así caracterizaba Engels más tarde el silencio absoluto de los "sabios profesionales" ante la *Contribución a la Crítica*.[2]

Había que evitar a todo trance que ocurriera lo mismo con *El Capital*. Para Marx, el "éxito" de su obra representaba muchas cosas: no sólo el reconocimiento científico del valor de sus estudios, sino también una venta rápida del libro, la perspectiva de una segunda edición, la traducción de la obra al inglés y al francés, la consolidación de sus condiciones financieras, bases todas para la preparación y edición de los tomos segundo, tercero y cuarto de *El Capital*, cuyos originales, como es sabido, existían ya en gran parte, por aquel entonces, en la misma forma en que Engels habría de encontrarlos a la muerte de Marx.

De las notas bibliográficas escritas por Engels acerca del primer tomo de *El Capital*, para estimular la buena acogida de la obra, y que él y Marx, por medio de sus amigos y de los amigos de sus amigos, se esforzaron en dar a la publicidad en diversos periódicos y revistas, reproducimos más abajo siete. Salvo una, todas ellas vieron la luz en vida de su autor. El trabajo que figura con el número VII es un artículo redactado también por Engels

para un órgano obrero, el periódico que en Alemania dirigía Guillermo Liebknecht; constituye el primer ensayo certero en que se ponen al alcance del público obrero algunas de las enseñanzas fundamentales de *El Capital*, principalmente las teorías de la plusvalía y de la acumulación. Ninguno de estos trabajos fueron reproducidos desde entonces.[3]

Teóricamente, estas notas bibliográficas no contienen nada nuevo, ni su contenido requiere tampoco mayores comentarios. Se desenvuelven casi todas ellas –a veces con reservas tácticas y con latente ironía– bajo el signo de la *captatio benevolentiae* (35) del público a quien se destinaban; así deben ser interpretadas, por ejemplo, las mordaces alusiones a Lassalle, que reflejan, por supuesto, el verdadero criterio del autor de estos artículos, a la "literatura socialdemócrata tan en boga" (II), a los "socialistas vulgares" y a "todo ese socialismo de profesión", es decir, a todo el utopismo. Engels se esfuerza, empleando para ello los más diversos tonos, en hacer hablar a los "portavoces cultos y no cultos de la burguesía alemana".[4] Algo de lo que Engels apunta aquí, hablando del nivel de la ciencia económica en Alemania (véase, principalmente, I), aparece expresado también, aunque de un modo más amplío y más profundo, en el "Postfacio" de Marx a la segunda edición del tomo primero (fechado el 24 de enero de 1873).

Los artículos bibliográficos publicados en el transcurso del año1867 fueron todos redactados por Engels, salvo uno, que escribió Kugelmann. En el número de enero de su *Vorbote*, J. Ph. Becker caracteriza muy exactamente estas notas –naturalmente, sin saber que se trataba de artículos salidos de la pluma de Engels– al decir, refiriéndose a la buena acogida dispensada a *El Capital*, que las críticas reconocen sin disputa el valor científico de la obra, aunque "se esfuerzan en sacar de los hechos establecidos en ella conclusiones distintas a las del autor".[5] Al siguiente año comienzan a aparecer ya críticas espontáneas. Su número no es grande; sin embargo, el siguiente cuadro orientará al lector acerca del número y autores de las notas bibliográficas que vieron la luz hasta el otoño de 1868:

1. *Die Zukunft.* [6] *Berlín* 30 octubre 1867; núm. 254, suplemento.	Anónimo. Redactado por Engels. Publicación gestionada por Kugelmann y Liebknecht (*infra*. I).
2. *Elberfelder Zeitung* 2 noviembre 1867; núm. 302.	Anónimo. Redactado por Engels. Publicación gestionada por Siebel (*infra*, III).
3. *Deutsche Voltaszeitung*, órgano del Partido alemán y de los intereses especiales de Hannover, 10 noviembre 1867.	Firmado: K. Redactado por Kugelmann.
4. *Dusseldorfer Zeitung*, 17 noviembre 1867; núm. 316.	Anónimo. Redactado por Engels. Publicación gestionada por Siebel (*infra*, IV).
5. *Barmer Zeitung*, 17 de noviembre de 1867; núm. 316.	Firmado: S. Redactado por Siebel.
6. *Der Beobachter*, [7] periódico popular de Suabia. Stuttgart, 27 diciembre 1867; núm.	Anónimo. Redactado por Engels. Publicación gestionada por Kugelmann

303; folletón.	(*infra*, V).
7. *Staatsanzeiger fur Wurttenberg.* Suplemento: "Gewerbeblatt aus Wurttenberg", 27 diciembre 1867; núm. 306.	Anónimo. Redactado por Engels. Publicación gestionada por Kugelmann (*infra* VI).
8. *Frankfurter Borsenzeitung*, fines de 1867.[8]	Anónimo. Redactado por Engels. Publicación gestionada por Siebel.
9. *Erganzungsblatter zur Kenntnis der Gegenwart*, revista mensual. Hildburghausen, t. 3, 1868.	Autor: Eugen Duhring.
10. *Der Sozial–Demokrat*, edit. Por J. B. Schweitzer y J. B. Von Hofstetten, Berlín. Diez artículos, desde núm. 10, de 22 enero 1868 hasta núm. 49, de 24 abril 1868.	Autor: J. B. Schweitzer.
11. *Borsenhalle*, Hamburgo. Periódico de la noche para el Comercio, la Navegación y la Política. 14 febrero 1868; núm. 17348.	**Anónimo. [9] A iniciativa de Meissner.**
12. *Rhein–und Ruhrzeitung*, Duisburg, marzo 1868. [10]	Anónimo. Redactado por Engels. Publicación gestionada por Siebel.
13. *Demokratisches Wochenblatt* dirig. por G. Liebknecht, Leipzig. 21 marzo 1868 (núm. 12), 28 marzo 1868 (núm. 13). [11]	Anónimo. Redactado por Engels. (*infra*, VII).
14. Un periódico de Mannheim, [12] hacia abril de 1868.	Anónimo. Redactado por Engels. Publicación gestionada por Siebel.
15. *Vierteljahrsschrift fur Volkswirtschaft und Kulturgeschichte*, dirig. por Julius Faucher, Berlín. Año V (t. 20), 1867. Publicado en junio 1868.	Firmado: 1. Autor: J. Faucher.
16. *Elberfelder Zeitung*, 17, 20, 23, 25, 27 junio y 2, 3, julio 1868.	Firmado: E. F. S. Friedrich Schnacke. [13]
17. *Hannoverscher Courier*, 4 junio 1868; 4322, suplemento.	Anónimo. Redactado por Engels. (Coincide totalmente con núm. VI, *infra*).
18. *Literarisches Zentralblatt*, Berlín 24 julio 1868; núm. 28.	Firmado: h.
19. *Demokratisches Wochenblatt*, dirigida por G. Liebknecht, Leipzig 1, 22, 29 agosto, 5 septiembre 1868; núms. 31, 34, 35, 36.	Autor: Josef Dietzgen.

Esta relación no es, indudablemente, completa. Está formada a base de las cartas cruzadas entre Marx y Engels, y aquél y su amigo Kugelmann, de las que no siempre se

deduce con claridad si las notas bibliográficas enviadas o gestionadas llegaron o no a ver la luz; en ciertos casos, no nos ha sido posible, por razones materiales, consultar los periódicos aludidos. Sin embargo, como Marx, Engels y Kugelmann y el editor Meissner seguían atentamente todo lo que se publicaba en la prensa acerca de El Capital, teniéndose al corriente entre sí, hay que suponer que ninguna crítica de importancia habrá escapado a su vigilante atención.

De las veinte notas bibliográficas que aproximadamente llegaron a ver la luz hasta el otoño del 1868,[14] diez por lo menos –de las cuales solamente una se publicó en un periódico obrero– proceden de la pluma de Engels.

Entre los representantes alemanes un poco destacados de la ciencia económica, el único que se dignó enjuiciar públicamente *El Capital* fue Faucher. Su critica, muy parcial, apareció en la revista por él dirigida, órgano científico de los manchesterianos alemanes (núm. 15 de nuestra lista). El autor de esta critica bibliográfica presenta a Marx como un discípulo descarriado de Bastiat. A pesar del poco valor de la crítica y de su parcialidad, a Marx: le produjo gran alegría, como síntoma de que los economistas profesionales comenzaban ya, por fin, a volcar su indignación.[15] Pero su creencia era ilusoria. Fuera de Faucher– y ya medio año antes que él–, el único "especialista" que publicó una nota bibliográfica sobre *El Capital*, antes del otoño de 1868, fue Dühring, un profesor de la universidad de Berlín, situado al margen de la ciencia académica.[16]

En general, el "éxito literario" alcanzado en Alemania por el tomo primero de *El Capital* fue bastante débil y la acogida que se le dispensó muy tibia. El número de críticas que se publicaron fue reducido y los periódicos en que vieron la luz eran publicaciones de importancia puramente local, o bien –como ocurría con los periódicos obreros– órganos ajenos a los sectores de la "gente culta", del público solvente con posibilidades económicas para comprar la obra. "Los grandes periódicos burgueses y reaccionarios, tales como la *Ko1nische*, la *Augsburger*, la *Neue Preussische*, la *Vossische*, etc., guardaban un "prudente silencio".[17] No se produjo, ni mucho menos, la "sensación," y no digamos la "gran sensación", que Engels esperaba ni se armó en torno a la obra el "ruido" que hubiera deseado Marx.

Como es lógico, la venta de la obra se desarrollaba lentamente, a pesar de la gran propaganda que algunos amigos, sobre todo Kugelmann, hacían de palabra y por escrito para impulsar la difusión del libro en sus medios. Donde mejor se vendía la obra, relativamente, era en Hannover. "Si en todas las ciudades importantes– escribía Meissner a Marx (21 agosto 1868), refiriéndose a Kugelmann– tuviésemos tan buenos agentes, pronto podríamos hacer una nueva edición". El primer año de venta no arrojó aún ningún beneficio, y como Marx, en su contrato con el editor, no se había reservado ninguna cantidad fija, sino la mitad de las ganancias líquidas, al hacerse la liquidación del primer año no percibió nada. El editor le informo de este deplorable resultado avergonzado y con un poco de miedo. Los gastos excedían de los ingresos en unos 240 táleros. Confiaba en que podría comunicarle alguna noticia mejor después de la próxima feria, "pero, aunque de buena gana lo habría evitado, no tengo más remedio que exponerle la dura verdad".[18] La explicación de la lentitud con que se vendía la obra había que buscarla, según el editor, no sólo en el "difícil contenido" y en la gran extensión del libro, sino en la insuficiencia de la crítica. "A pesar de toda su buena voluntad, nuestros amigos no han sabido abrir el apetito a

la gente."[19] Hasta el año 1869 no se logró alguna ganancia. Sin embargo, con ser tan reducida la edición [20] quedaban todavía 308 ejemplares en el almacén. Durante todo el ano 1870, no se vendieron más que 50 ejemplares. El año de la Comuna de París hizo subir la venta de tal modo, que el 28 de noviembre de 1871 el editor pudo comunicar a Marx "la grata noticia" de que la primera edición estaba casi –salvo unos 50 ejemplares– agotada, haciéndose necesario emprender los trabajos para una segunda edición que debería comenzar a tirarse "ya en enero de 1872". [21] La parte que a Marx le correspondió en las ganancias y que le fue abonada en tres veces, según las liquidaciones anuales de 1870, 1871 y 1872, ascendía a un total de unos 400 táleros, equivalentes a 60 libras esterlinas, cantidad que él ganaba en menos de tres meses como corresponsal de la *New York Daily Tribune.*

El propio Marx hace constar, en una carta a Kugelmann, que a pesar de los esfuerzos de sus amigos, el éxito literario y financiero de la obra no había respondido, ni con mucho, a sus esperanzas: "la cobardía de los mandarines especialistas", que no se atrevían a exteriorizar su parecer, y "la conspiración del silencio urdida por la prensa burguesa y reaccionaria", le producían "gran quebranto"[22] Pero no tardó en adaptarse a la realidad. Después de aparecer la crítica de Dühring, publicada en una revista de vulgarización científica, y los artículos de su "enemigo personal" Schweitzer, escribía a Engels que había que dejar ya "a los alemanes en paz" y preocuparse más de las críticas inglesas.[23] Marx se daba por contento con la situación, que Engels resumía en los siguientes términos, después de ver la luz la crítica de Faucher, el articulo de Schnacke en la *Elberfelder Zeitung* y la nota bibliográfica publicada en el *Literarisches Zentralblatt*: "El silencio mortal está ya vencido y ahora la cosa llevará una marcha segura, aunque lenta."[24] En una carta a Kugelmann, dos meses después, Marx habla del "buen estado de las cosas", "en lo que se refiere a la propaganda que se ha hecho por mi obra y a la acogida que ésta ha encontrado por parte de los obreros alemanes" [25]

Razón tenía Marx al invocar la acogida dispensada a su obra por los obreros alemanes. Contrastando con la actitud ignorante u hostil adoptada por los representantes de la ciencia oficial y los órganos de la opinión pública burguesa, los lideres y publicistas de la clase obrera alemana saludaron con gran entusiasmo la aparición de *El Capital* y supieron asimilarse y propagar rápidamente sus ideas fundamentales, aprovechando para la labor de agitación la gran riqueza de materiales que el libro encerraba. Las grandes masas del proletariado carecían de la preparación necesaria para llegar a dominar científicamente la obra. Pero esto no quiere decir, ni mucho menos, que *El Capital* no comenzase a surtir efecto rápidamente entre las masas obreras influidas por el trabajo socialista de propaganda y organización. Las ideas fundamentales del libro de Marx no tardaron en trasplantarse a los discursos de los oradores y a los artículos de los publicistas de la clase obrera, penetrando indirectamente, por cientos y miles de canales, en la conciencia de las masas.

El viejo publicista obrero J. Ph. Becker formuló en el *Vorbote* el siguiente voto: "Ayudaremos con todas nuestras fuerzas a convertir en patrimonio común de todos los oprimidos y desheredados los tesoros aquí [en *El Capital*] descubiertos.[26] Los jefes de los dos partidos obreros alemanes, que tan sañudamente se combatían el uno al otro, rivalizaban en su celo por propagar la obra de Marx. El órgano de Liebknecht, el *Demokratisches Wochenblatt*, reprodujo el prólogo e inserté, además de varios extractos y noticias sobre el libro, los dos artículos de Engels, el brillante estudio de Dietzgen (en

cuatro partes) y la biografía que Engels hizo de Marx .[27] En el quinto Congreso de las Asociaciones de obreros alemanes celebrado en Nuremberg (5– 7 septiembre 1868), en el debate sobre el programa, tanto Schweitzer como Liebknecht sacaron argumentos de *El Capital*, "ante cuya argumentación enmudece impotente la ciencia económica de la burguesía". El "cabecilla lassalleano" Schweitzer publicó en el órgano de la Asociación General de Obreros alemanes, en diez artículos editoriales, extractos de la obra de Marx, proclamando que esta obra "sería objeto de atención mientras el mundo posea una ciencia económica".[28] Marx fue invitado como huésped de honor a la asamblea general de la Asociación, convocada en Hamburgo para los días 2 a 25 de agosto de 1868. En la carta de invitación, fechada el 6 de julio, carta que hubo de dar la vuelta a Alemania para recoger las firmas de los veinte vocales de la junta directiva, se invocan como razón en apoyo de este honor especial los méritos verdaderamente extraordinarios" que la obra de Marx encierra "para la causa obrera". La asamblea general "recibió con aplausos la contestación de Marx, leída por Schweítzer.[29] En su discurso de apertura (24 de agosto), Schweitzer habló de *El Capital* –según reza el acta de la sesión– "en términos muy elogiosos, diciendo que en la obra se ponen de relieve, con lógica irrefutable, el sistema y la miseria del actual régimen de producción". En la segunda sesión pública, celebrada el 25 de agosto, Guillermo Bracke habló acerca de "La obra de Carlos Marx".

Esta "acogida dispensada por los obreros alemanes" a *El Capital* influyó también, indudablemente, en la venta de la obra. Teniendo en cuenta precisamente el interés de los obreros, Meissner hizo en 1872 una tirada mucho más grande que la primera. Al comunicar a Marx que de esta segunda edición se proponía tirar 3,000 ejemplares, añadía: "Para ello, tengo en cuenta principalmente a los obreros, entre los que creo poder colocar unos mil ejemplares."[30]

En las Palabras finales a esta segunda edición, Marx pudo ya decir, volviendo la vista a los años anteriores: "La rápida comprensión que *El Capital* ha encontrado en amplios sectores de la clase obrera alemana, es la mejor recompensa que podía apetecer para mi trabajo." Palabras que resultan todavía más exactas si se las proyecta sobre el porvenir. A medida que el proletariado se iba asimilando las "conclusiones tendenciosas" de *El Capital*, iba convirtiéndose también en el eje del éxito de la obra, del éxito científico literario y del "éxito" material. El segundo no llegó a disfrutarlo ya el autor, pero el libro si lo alcanzó, y en proporciones gigantescas. Las vicisitudes y el triunfo de *El Capital* rebasan el concepto de lo que se entiende por "éxito". En la primera fase de este gran proceso histórico, es indudable que los artículos de Engels cumplieron su misión: dieron su primer impulso a la difusión del libro y alegraron muchas horas del hombre que habla consagrado a esta obra "la salud, la dicha y la familia."[31]

I

Es un hecho entristecedor para cualquier alemán lo poco que nuestro pueblo, el pueblo de los pensadores, ha producido hasta hoy en el campo de la economía política: nuestros prestigios en esta ciencia son, en el mejor de los casos, simples compiladores como Rau y Roscher. Los que aportan algo original profesan el proteccionismo, como Liszt (de quien, por lo demás, se dice que ha plagiado a un francés), o el socialismo, como ocurre con Rodbertus y Marx. Tal parece como si nuestra economía política ortodoxa se empeñase en empujar hacía el campo socialista a cuantos toman en serio la ciencia económica. Ya hemos

visto cómo toda la economía oficial se atrevió a negar frente a un Lassalle la vieja y conocida ley de la determinación del salario, dejando a Lassalle la tarea de defender a hombres corno Ricardo contra los ataques de los Schulze–Deliztsch y otros. Desgraciadamente, nadie podría negar quiera enfrentarse en el plano científico con un Lassalle y que –por mucho respeto que sus aspiraciones prácticas puedan merecernos– no aciertan a desembarazarse del reproche de que toda su ciencia se reduce a diluir las armonías de un Bastiat, con las que se esfuman todas las contradicciones y dificultades. Se eleva a los altares a Bastiat y se reniega de Ricardo: ¡he ahí la economía alemana oficial de nuestros días! Pero no debemos sorprendernos demasiado de que así sea. Por desdicha, en Alemania la economía es una materia que a nadie interesa como ciencia; los que estudian economía, lo hacen para ganarse la vida, como materia de examen para ingresar en la administración pública o para pertrecharse con las armas más superficiales que pueda imaginarse con vistas a la agitación política. ¿Dónde está la raíz de este mal? ¿En la desintegración de Alemania, corno estado? ¿En el carácter, tan rudimentario todavía, desgraciadamente, de nuestra industria? ¿O en nuestra tradicional mediatización por el extranjero, en el campo de los estudios económicos?

En estas condiciones, es grato encontrarse con un libro corno este que comentamos, en el que el autor compara con indignación esa economía aguada ahora en boga y que él, muy acertadamente, llama “economía vulgar”, con los que fueron sus precursores clásicos, hasta Ricardo y Sismondi, y adopta también frente a éstos una actitud crítica, pero procurando no desviarse jamás de una línea de rigurosa investigación crítica, Los anteriores escritos de Marx, sobre todo el publicado en 1859 por la editorial Duncker, de Berlín, sobre la naturaleza del dinero, se caracterizaban ya por su espíritu rigurosamente científico, a la par que por su crítica despiadada; hasta hoy, que nosotros sepamos, la economía oficial alemana no ha podido oponer nada a estas investigaciones.

Y si esto ocurrió con aquella obra, ¿qué sucederá ahora con esta otra, dedicada al capital y que abarca 49 pliegos? Entendámonos. No querernos decir que las deducciones de este libro sean inatacables, ni que Marx haya aportado pruebas definitivas en apoyo de sus conclusiones; afirmamos únicamente que, a nuestro modo de ver, no habrá entre los economistas alemanes ni uno solo capaz de refutarlas. Las investigaciones que se contienen en este libro son de una agudeza científica incomparable. Señalemos ante todo la armazón artística, dialéctica, en que. descansa toda la obra, el modo cómo dentro del concepto de la mercancía se presenta ya el dinero en existencia virtual y cómo del dinero se desarrolla el capital. Confesemos que el nuevo concepto de la *plusvalía*, descubierto por el autor, representa, a nuestro entender, un gran progreso; que no se nos alcanza que pueda objetarse nada contra la tesis de que lo que en el mercado se cotiza como una mercancía no es precisamente el *trabajo*, sino la *fuerza* de trabajo; que la enmienda hecha por el autor a la ley ricardiana de la cuota de ganancia (al sustituir este concepto por el de plusvalía) es totalmente exacta, a nuestro parecer. Hemos de reconocer que encontramos muy acertado el sentido histórico que inspira toda la obra y con arreglo al cual el autor se abstiene de concebir las leyes económicas como verdades eternas y se limita a ver en ellas el reflejo de las condiciones de vida de ciertos estados sociales transitorios. Sería inútil, desgraciadamente, que buscásemos en los libros de nuestros economistas oficiales la erudición y la agudeza con que aquí se exponen, desde este punto de vista, los diversos estados sociales históricos y sus respectivas condiciones de existencia. Investigaciones

como las que aquí se desarrollan sobre las condiciones y leyes económicas de la esclavitud, de las diversas formas de la servidumbre y sobre el origen de los obreros libres, no tienen precedente, hasta hoy, en las obras de nuestros economistas profesionales. También nos gustaría conocer la opinión de estos señores acerca del estudio que aquí se hace de la cooperación, la división del trabajo y la manufactura, el maquinismo y la gran industria, en sus conexiones y en sus resultados históricos y económicos. Es indudable que en esta obra pueden aprender muchas cosas nuevas. ¿Y qué decir sobre todo acerca del hecho –que no se compadece con ninguna de las teorías tradicionales sobre la libre concurrencia y que, sin embargo, aparece aquí documentado con datos oficiales– de que en Inglaterra, patria de la libre concurrencia, no exista ya apenas una sola rama de trabajo en la que no intervenga el Estado para fijar la duración de la jornada de trabajo y que no se halle bajo la mirada escrutadora del inspector fabril? ¿Y con respecto al hecho comprobado de que, pese a esto, al paso que la jornada de trabajo se reduce, no sólo sube el nivel de las distintas ramas industriales, sino que el obrero individual fabrica más artículos que antes en el mismo tiempo?

Hay que reconocer, desgraciadamente, que el tono bastante duro que el autor emplea al referirse a los economistas oficiales alemanes está justificado. Todos ellos se hallan encuadrados, quien más quien menos, en el marco de la economía vulgar"; todos, dejándose arrastrar por la popularidad de un día, han prostituido su ciencia y renegado de sus corifeos clásicos. Nos hablan de "armonía" y se mueven dentro de las más triviales contradicciones. ¡Ojalá que el fuerte aldabonazo de este libro sirva para sacarlos de su letargo y les recuerde que la economía no es precisamente una vaca lechera para ordeñarla, sino una ciencia que impone a quien la profesa un culto serio y celoso!

(*Publicado en* "Die Zukunft", *Berlín 30 octubre 1867, núm. 254, suplemento*.)[1]

II

El sufragio universal ha incorporado al cuadro de nuestros partidos parlamentarios tradicionales un nuevo partido: el partido *socialdemócrata*. En las últimas elecciones al parlamento de la Alemania del Norte, este partido ha proclamado candidatos propios en la mayoría de las grandes ciudades, en todos los centros fabriles, ha logrado sacar triunfantes de las urnas seis u ocho diputados.

Si comparamos este resultado con los de las elecciones anteriores, vemos que el nuevo partido se ha fortalecido considerablemente, existiendo por tanto razones para presumir que, por lo menos, seguirá desarrollándose en lo sucesivo. Sería una necedad el obstinarse en seguir envolviendo en un silencio elegante la existencia, la actuación y las doctrinas de este partido, en un país en que el sufragio universal ha concedido la última palabra a las clases más numerosas y más pobres de la nación.

Por muchas que sean las fracciones en que se dividan y dispersen los pocos parlamentarios socialdemócratas triunfantes, bien podemos asegurar que todas ellas acogerán el libro que reseñamos como su *Biblia teórica*, como el arsenal en el que pueden

pertrecharse con sus mejores argumentos. Aunque sólo fuese por esto, merecería ser examinada atentamente la obra a que nos estamos refiriendo, Pero este libro está llamado, además, a producir sensación por su contenido. Los principales argumentos de *Lassalle* –quien en materia de economía política. no era mas que un discípulo de Marx– limitábanse a repetir insistentemente la llamada ley ricardiana del salario. En la obra que comentamos se estudian, con una erudición verdaderamente extraordinaria, todas las relaciones entre el capital y el trabajo, en conexión con toda la ciencia económica. El fin último que esta obra persigue es el de "descubrir la *ley económica por la que se rige* la dinámica de la sociedad moderna", para llegar, después de una serie de investigaciones innegablemente sinceras y basadas en un conocimiento indiscutible de la materia, al resultado de que es necesario abolir todo el "régimen capitalista de producción". Pero, independientemente de las conclusiones finales de la obra, queremos insistir de un modo especial en que a lo largo de ella, se estudia toda una serie de problemas fundamentales de la economía desde puntos de vista totalmente nuevos y se llega, con un planteamiento rigurosamente científico de esos problemas, a conclusiones que difieren notablemente de las mantenidas hasta por la economía en boga y que los economistas profesionales tendrán que analizar en un plano crítico serio y refutarlas científicamente, sí no quieren que se vengan a tierra todas sus doctrinas anteriores. Hay que desear, en interés de la ciencia, que en la literatura especializada se abra debate sin pérdida de momento sobre los puntos aquí tratados.

Marx empieza exponiendo las relaciones entre mercancía y dinero, aunque la parte sustancial de este estudio había sido publicada ya por él en una obra especial, aparecida hace bastante tiempo. De aquí pasa al capital y enseguida nos vemos situados en el punto álgido de la obra. ¿Qué es capital? Dinero que se convierte en mercancías, para luego, arrancando de éstas, volver a convertirse en más dinero del que representaba la suma original. Si compro algodón por 100 táleros y luego lo vendo por 110, mis 100 táleros funcionan como capital, como valor que engendra por si mismo nuevo valor. Ahora bien, ¿de dónde salen los 10 táleros que gano en esta operación? ¿Cómo se explica que, por un simple cambio doble, los 100 táleros se conviertan en l10? La economía parte, en efecto, del supuesto de que en los cambios se truecan siempre valores iguales. Marx examina todos los casos posibles (oscilaciones de los precios de las mercancías, etc.), para probar que, si esta premisa de que parte la economía fuese cierta, seria imposible que los 100 táleros primitivos arrojasen 10 táleros de *plusvalía*. Y sin embargo, esta operación se realiza diariamente, sin que los economistas hayan sabido darnos hasta ahora una explicación de ella. Es Marx quien nos da esta explicación, en los términos siguientes. El enigma –nos dice– sólo puede resolverse descubriendo en el mercado una mercancía de naturaleza especial, cuyo valor de uso consista precisamente en crear valor de cambio. Esta mercancía existe, en realidad: es la *fuerza de trabajo*. El capitalista compra la fuerza de trabajo en el mercado y la pone a trabajar a su servicio, para vender luego su producto. Lo primero es, por tanto, investigar la fuerza de trabajo.

¿Cuál es el valor de la fuerza de trabajo? Es, según la conocidísima ley, el valor de los medios de vida necesarios para que el obrero se sustente y perpetúe, dentro de las condiciones históricas concretas de un país y una época dados. Partimos del supuesto de que al obrero se le retribuye la fuerza de trabajo por su valor íntegro. Supongamos, además, que este valor se traduce en un trabajo de seis horas diarias o de medía jornada de trabajo. El capitalista, sin embargo, afirma que él ha comprado la fuerza de trabajo para toda la

jornada y hace que el obrero trabaje doce o más horas. Por tanto, suponiendo que la jornada de trabajo dure doce horas, el capitalista obtiene el producto de seis horas diarias de trabajo sin pagar nada por él. De donde Marx deduce que *toda plusvalía* –cualquiera que sea el modo cómo se distribuya, en forma de ganancia del capitalista, de renta del suelo, de impuestos, etc.– *es trabajo no retribuido*.

El antagonismo entre el interés del fabricante, que estriba en arrancar dentro de la jornada la mayor cantidad posible de trabajo no retribuido, y el interés del obrero, que consiste en lo contrarío, provoca la lucha existente en torno a la duración de la jornada de trabajo. En una ilustración histórica muy interesante, que ocupa unas cien páginas de su obra, describe Marx la trayectoria de esta lucha en la gran industria inglesa, lucha que, pese a las protestas de los fabricantes librecambistas, condujo en la primavera pasada a la promulgación de una ley fabril implantando la jornada máxima de trabajo de diez horas y media para las mujeres y los jóvenes menores de 18 años– lo que, indirectamente, afecta también a los adultos en las ramas industriales más importantes– y haciendo extensiva esta restricción a toda la grande y pequeña industria e incluso a la industria casera. Esta medida, según demuestra el autor, lejos de perjudicar a la industria inglesa, la ha beneficiado, pues con ello se hacía que el trabajo del obrero individual ganase en intensidad más de lo que perdía en duración.

La prolongación de la jornada de trabajo más tiempo del necesario para producir los medios de vida indispensables o su valor no es, en efecto, el único medio de aumentar la plusvalía. Según nuestra hipótesis anterior, una jornada concreta de trabajo, de doce horas supongamos, encierra seis horas de trabajo necesario y seis horas de trabajo creador de plusvalía. Pues bien, sí por cualquier medio se consigue reducir el trabajo necesario a cinco horas, las dedicadas a producir plusvalía aumentarán a siete. ¿Cómo puede lograrse esto? Acortando el tiempo de trabajo indispensable para la producción de los medios de vida necesarios o, dicho en otros términos, abaratando los medios de vida, lo que, a su vez, se consigue introduciendo ciertas mejoras en su producción. Al llegar a este punto, Marx vuelve a ilustrar profusamente su investigación y analiza o describe los tres métodos fundamentales con ayuda de los cuales se pueden introducir esas mejoras: *1)* la *cooperación* o multiplicación de las fuerzas, que se consigue mediante la colaboración simultánea de muchos con arreglo a un plan*; 2)* la *división del trabajo*, tal como se desarrolló durante el período propiamente manufacturero (hasta 1770, aproximadamente); y, finalmente, *3)* la *maquinaría*, con ayuda de la cual se viene desenvolviendo desde aquella época la gran industria. Estas descripciones son también del mayor interés y revelan un conocimiento asombroso de la materia, que llega hasta a los más pequeños detalles tecnológicos.

No podemos entrar aquí en el pormenor de las investigaciones que en esta obra se contienen acerca de la plusvalía y el salario. Diremos tan sólo, para evitar equívocos, que, como Marx demuestra apoyándose en gran abundancia de citas, la economía profesional no ignora tampoco que el salario es inferior al producto integro del trabajo. Es de esperar que este libro brinde a los señores profesores una oportunidad para que nos ilustren un poco más a fondo acerca de este punto, harto sorprendente por cierto. Todos los materiales de documentación aportados por Marx provienen, y ello es muy plausible, de las mejores fuentes; la mayoría de ellos están tomados de informes parlamentarios oficiales. Y aprovecharnos la ocasión para apoyar desde aquí la propuesta que el autor formula indirectamente en el. prólogo a su obra: que en Alemania se proceda también a investigar

concienzudamente, por medio de, comisarios del gobierno –pero que no sean burócratas parciales– las condiciones de trabajo imperantes en las diversas industrias, sometiéndose sus informes al parlamento y al público en general.

El primer tomo de la obra que comentamos termina con el estudio de la acumulación del capital. Es este punto acerca del cual se ha escrito ya bastante, aunque hay que reconocer que también en este aspecto aporta muchas cosas nuevas la obra a que nos referimos, al presentar desde nuevos puntos de vista muchos de los problemas estudiados ya por otros autores. Lo más característico de esta parte de la obra es la tesis, que el autor se esfuerza en demostrar, de que, a la par con la concentración y acumulación del capital y al unísono con ella, se desarrolla la acumulación de una población obrera sobrante y de que ambas tendencias acaban haciendo, por una parte necesaria y por otra parte posible, una transformación social.

Cualquiera que sea la opinión que el lector se forme de las ideas socialistas sustentadas por el autor, creemos haber demostrado con lo dicho que tenemos ante nosotros un libro cuya importancia se destaca muy por encima de la literatura social democrática corriente. Añadiremos que, aparte de las primeras 40 páginas, en que se desarrollan doctrinas un poco profundas por su forma dialéctica, la obra, pese a su rigor científico, es de fácil inteligencia, y el estilo sarcástico del autor, que no perdona nada ni a nadie, la hace todavía más interesante.

(*Manuscrito inédito*.)

III

¡Cincuenta pliegos de erudición para demostrarnos que todo el capital de nuestros banqueros, comerciantes, fabricantes y grandes terratenientes no es más que trabajo acumulado, trabajo arrancado sin retribución a la clase obrera! Recordamos que en el año 1848 un periódico, la *Neue Rheinische Zeitung*, formuló en nombre de los campesinos de Silesia la reivindicación de los “mil millones silesianos”. En mil millones de táleros se calculaba, en efecto, la suma estafada solamente a los campesinos de Silesia al abolirse la servidumbre y las prestaciones feudales, para metérsela en el bolsillo a los grandes terratenientes; era la suma que el periódico reclamaba para aquellos campesinos. Estos señores de la *Neue Rheinische Zeitung* son como la bienaventurada Sibila, con sus Libros: cuanto menos les dan, más piden. Pues ¿qué son mil millones de táleros al lado de la gigantesca reivindicación formulada en nombre de toda la clase obrera por el libro cuya aparición reseñamos? Es así, indudablemente, como debemos interpretar el sentido que lo informa. Si todo el capital acumulado en manos de la clase poseedora no es más que “trabajo no retribuido”, ¿no va implícita ya en esta sola afirmación la exigencia de que se le retribuya todo junto a quien lo rindió, es decir, de que se devuelva al trabajo, de donde salió, todo ese capital dudosamente acumulado? Claro está que, para ello, habría que saber ante todo *quién* tendría títulos de legitimidad para hacerse cargo de toda esta riqueza.

Pero, hablando en serio. Por muy radical y muy socialista que sea la manera de este libro a que nos estamos refiriendo; por muy cruel e implacable que sea su actitud ante gentes consideradas hasta aquí por todo el mundo como autoridades, tenemos que reconocer que se trata de una obra extraordinariamente profunda y de riguroso carácter científico. La prensa ha anunciado repetidas veces el propósito de Marx de recoger en una crítica de toda la economía política anterior a él los resultados de sus largos años de

estudios, dando con ella una base científica a las aspiraciones socialistas, la base que no lograron darle un Fourier ni un Proudhon, ni tampoco un Lassalle. Este trabajo había sido anunciado por los periódicos desde hace mucho tiempo, y reiteradamente. En 1859 se publicó en la editorial Duncker, de Berlín, "un primer cuaderno" con algunas de las investigaciones anunciadas. Pero su aparición no produjo gran revuelo, por tratarse en él ampliamente de materias que no encerraban un interés práctico inmediato. Los siguientes cuadernos no llegaron a ver la luz y ya parecía como si la nueva ciencia socialista no fuese a sobrevivir a los dolores del parto. ¡Cuántos chistes se hicieron a costa de esta nueva revelación, tantas veces anunciada y que no acababa de alumbrarse! Pues bien, aquí tenemos el "primer tomo" de la tan esperada obra "cincuenta pliegos de imprenta, como queda dicho– y nadie podrá quejarse de que en él no se contiene abundancia y superabundancia de ideas nuevas, audaces e intrépidas, ni de que todas estas ideas no se presentan bajo una forma absolutamente científica. Esta vez, Marx no apela con sus insólitas afirmaciones a las masas, sino a los hombres de ciencia. Y son éstos quienes tendrán que salir a la palestra, en defensa de las leyes de su teoría económica, impugnadas aquí en sus mismos fundamentos, y aportar la prueba de que el capital, aun siendo trabajo acumulado, no es, como Marx sostiene, trabajo acumulado *sin retribuir*. Lassalle era un agitador; para combatirle, bastaba con acudir a las tribunas de la agitación, en la prensa diaria y en los mítines. Pero lo que esta obra de que hablamos nos presenta es una teoría sistemática, científica, frente a la cual no es la prensa diaria, sino la ciencia, la que tiene que decir la última palabra. Hay que esperar que hombres como Roscher, Rau, Max Wirth y otros aprovecharán esta ocasión que se les depara para salir por los fueros de la economía política, hasta ahora respetados por todo el mundo, repeliendo este ataque nuevo, que harían muy mal en desdeñar. La simiente social democrática, que empieza ya a dar fruto en la nueva generación y en la población obrera de no pocos sitios, recibirá nuevo impulso con la obra que acaba de aparecer.

(*Publicado en la* "Elberfelder Zeitung",

2 noviembre 1867, núm. 302.)

IV

Seguramente este libro producirá una gran decepción a cierta clase de lectores. Trátase de una obra cuya aparición venía siendo anunciada por determinados elementos desde hace ya varios años. Se esperaba, sin duda, que en ella se revelasen los verdaderos misterios y la panacea del socialismo y puede que algunas gentes, al saber que la obra salía por fin a la luz pública, creyeran que iban a ver reseñado en ella, con todos sus detalles, el reino milenario del comunismo. Desde luego, quien se dispusiera a delectarse en la contemplación de ese futuro, a través de las páginas de este libro, se ha equivocado de medio a medio. Lo que el lector averigua en esta obra no es precisamente cómo han de ocurrir las cosas, sino cómo no debieran suceder; esto sí se lo dice el autor, con una claridad y una dureza sin ambages, y a quien tenga ojos para ver no puede ocultársele tampoco que en este libro se defiende con una claridad diáfana la necesidad de una revolución social. No se trata ya del emplasto de las asociaciones obreras con capital del Estado, como aquellas que proponía Lassalle; se trata de algo más profundo: de la *abolición del capital* en términos absolutos.

Marx es y sigue siendo el mismo revolucionario que ha sido siempre y jamás ni bajo ningún concepto, aunque se trate de una obra científica, recataría este hombre sus ideas a este respecto. ¿Qué ocurrirá después de la revolución social? En su obra sólo se contienen alusiones muy vagas a este punto. Se nos dice que la gran industria "agudiza las contradicciones y los antagonismos de la forma capitalista del proceso de producción, haciendo por tanto madurar los factores constitutivos de la nueva sociedad y los factores de transformación revolucionaría de la sociedad vieja". Y se nos dice también que, al abolirse la forma capitalista de producción, será "restaurada la propiedad individual, pero sobre la base de las conquistas de la era capitalista, de la cooperación de obreros libres y de su propiedad colectiva sobre la tierra y sobre los medios de producción creados por los propios obreros".

Y con estas indicaciones habremos de contentarnos, pues a juzgar por el tomo ya publicado, no debemos esperar que los tomos segundo y tercero de la obra, cuando en su día vean la luz, nos digan tampoco gran cosa acerca de este problema. Por esta vez, habremos de atenernos simplemente a una "critica de la economía política" que sí se subtítula el libro, y no es, por cierto, campo demasiado reducido. No nos es posible entrar aquí, naturalmente, en un análisis científico de las numerosas deducciones a que llega el autor en obra tan voluminosa como ésta, ni podemos siquiera resumir las tesis fundamentales que en ella se mantienen. La teoría socialista, más o menos vulgarizada, se reduce esencialmente a preconizar que, en la sociedad actual, no se le retribuye al obrero el valor íntegro del producto de su trabajo. Esta tesis constituye también el *leitmotiv (37)* de la obra que comentamos. Sólo que aquí aparece precisada con mayor nitidez, desarrollada más lógicamente en todas las consecuencias que encierra y más íntimamente relacionada con los principios fundamentales de la economía política o más directamente enfrentada con ellos que en ninguna otra obra anterior. Esta parte del libro se distingue muy ventajosamente de todas las obras de esta clase publicadas con anterioridad y que nosotros conocemos, por el rigor científico con que el autor enfoca los problemas, como un hombre a quien no interesa solamente su teoría, sino la ciencia en general.

En la obra a que nos estamos refiriendo nos ha llamado la atención sobre todo el hecho de que los principios de la economía política no se consideren en ella, según la tradición, corno verdades eternas y absolutas, sino simplemente como las resultantes de determinados procesos históricos. Al paso que las mismas ciencias naturales van tendiendo a convertirse cada vez más en una ciencia histórica –basta fijarse, para comprender esto, en la teoría astronómica de Laplace, en toda la geología y en las obras de Darwin–, la economía venía encastillándose hasta aquí en una posición científica tan abstracta y absoluta como las matemáticas. Ignoramos la suerte que habrán de correr las otras doctrinas de este libro de Marx, pero creemos que jamás podrá discutírsele a su autor el mérito de haber puesto fin a esta concepción cerrada de la ciencia económica. Después de esta obra, ya no será posible que ningún economista enjuicie en bloque y desde un punto de vista unitario instituciones como, por ejemplo, el trabajo de los esclavos, el trabajo feudal y el trabajo asalariado de los obreros libres, o que aplique sin más a las instituciones de la Antigüedad o a los gremios de la Edad Media leyes que tienen su razón de ser en nuestros días, en la época de la gran industria sujeta a la acción de la libre concurrencia, o que abomine de aquellas instituciones antiguas sencillamente porque no se avienen a las leyes modernas. Alemania es el país en que más se ha destacado el sentido histórico, tal vez el único que posee este sentido; no

tiene, pues, nada de extraño que sea un alemán quien viene a restablecer los fueros de las relaciones históricas en el campo de la ciencia económica.

(*Publicado en la* “Düsseldorfer Zeitung”,

17 noviembre 1867, núm. 316.)

V

Cualquiera que sea el modo como se piense acerca de la tendencia que informa este libro, creemos poder afirmar que su publicación honra al espíritu alemán. No deja de ser característico que su autor, aunque prusiano, sea uno de esos prusianos del Rin que, hasta hace poco, gustaban de llamarse “prusianos a la fuerza”, y además, un prusiano que ha vivido largos años lejos de Prusia, en el destierro. Prusia ha dejado de ser, desde hace ya mucho tiempo, un país de iniciativa científica; en materia histórica, política o social, la ciencia no tiene, en Prusia, nada que decir, En realidad, Prusia no representa hoy el espíritu alemán, sino el espíritu ruso.

En cuanto a la obra cuya aparición comentamos, cabe perfectamente distinguir en ella dos partes muy distintas: de un lado, las aportaciones positivas y fecundas que se sostienen en sus páginas; de otro lado las conclusiones tendenciosas que el autor deduce de ellas. Las primeras representan, en gran parte, una adquisición positiva para la ciencia. El autor, en ellas, aplica a las relaciones económicas un método totalmente nuevo, materialista, histórico. Así, en su estudio del dinero y en la argumentación minuciosa y concienzuda acerca de cómo las diversas formas sucesivas de producción industrial, la cooperación, la división del trabajo, enlazada con la manufactura en sentido estricto, y finalmente el maquinismo, la gran industria y las combinaciones y relaciones sociales correspondientes a cada una de estas formas se han ido desarrollando las unas a base de las otras, de un modo orgánico y natural.

Por lo que a la tendencia del autor se refiere, podemos distinguir también una doble orientación. Cuando se esfuerza por demostrar que la sociedad actual, económicamente considerada, lleva en su entraña otro tipo de sociedad superior que pugna por alumbrarse, no hace otra cosa que pretender proclamar como ley en el campo social el mismo proceso gradual de transformación que Darwin ha puesto de relieve en el campo de las ciencias naturales. Este proceso de gradual transformación ha venido operándose en las instituciones sociales desde la Antigüedad hasta nuestros días, pasando por la Edad Media, y no creemos que nadie que aspire a gozar de cierta solvencia y seriedad científica pueda afirmar que Adam Smith y Ricardo han pronunciado la última palabra acerca de los derroteros futuros de la sociedad actual. La teoría liberal del progreso entraña también la idea del progreso en materia social, y el hecho de que quienes se llaman socialistas quieren arrogarse el monopolio del progreso social no es más que una de esas paradojas arrogantes en que ellos suelen incurrir. Marx se distingue de los socialistas al uso –y no puede disputársele este mérito– en el hecho de que reconoce la existencia de un progreso aun allí donde las instituciones actuales, llevadas al extremo y desarrollándose de un modo unilateral, conducen a consecuencias repelentes. Tal ocurre, por ejemplo, con el sistema fabril en gran escala, con su séquito de riqueza y miseria, etc. Este punto de vista crítico que el autor adopta ante la materia, hace que nos suministre precisamente –tal vez contra su voluntad– los mejores argumentos contra todos los socialistas de profesión.

Muy otra cosa acontece con la tendencia, con las conclusiones subjetivas del autor, con el modo como se imagina y expone el resultado final del proceso histórico–social a que estamos asistiendo. Estas conclusiones no forman parte de lo que hemos llamado el contenido positivo de la obra, sí dispusiéramos de espacio para ello, podríamos incluso demostrar que aquí las creencias *subjetivas* del autor chocan con el propio desarrollo *objetivo* de su obra.

En Lassalle, todo el socialismo se reducía a denostar a los capitalistas y adular a los terratenientes feudales prusianos, precisamente lo contrario de lo que hace el libro a que nos venimos refiriendo. Su autor demuestra claramente la necesidad histórica del régimen capitalista de producción, como él llama a la fase social que estamos viviendo, y demuestra al mismo tiempo la inutilidad de la aristocracia terrateniente, que consume sin producir. Lassalle abrigaba grandes ilusiones acerca de la misión que a Bismarck le estaba reservada como instaurador del reino milenario del socialismo; el señor Marx no se recata para desautorizar a su descarriado discípulo. No sólo declara expresamente que él no tiene nada que ver con todo ese "socialismo gubernativo monárquico prusiano", sino que en las pp. 762 *ss*. de su obra afirma rotundamente que, sí no se le sale pronto al paso, el sistema hoy imperante en Francia y Prusia no tardará en desencadenar sobre Europa el régimen del, látigo ruso.

Advertiremos, para terminar, que en esta nota nos hemos limitado a señalar los aspectos más salientes de la extensa obra; tenemos que omitir forzosamente muchas cosas interesantes que, en estudio más detenido, sería obligado destacar. Dejemos que lo hagan las revistas profesionales, muy numerosas por cierto, y que seguramente no habrán de dejar pasar inadvertida esta obra, notabilísima por muchos conceptos.

(*Publicado en* "Der Beobachter, Ein Volksblatt aus Schwaben", *Stuttgart, 27 diciembre* 1867; núm. 303; folletón.)[2]

VI

Si nos detenemos a examinar esta obra no es, ni mucho menos, por la tendencia específicamente socialista que la informa y que su autor pone de manifiesto abiertamente ya desde el mismo prólogo.

Lo hacemos porque esta obra, *aparte* de su tendencia, contiene argumentaciones científicas y materiales concretos dignos de ser tenidos en cuenta. Cae fuera de nuestro propósito analizar el contenido científico del libro a que nos referimos; nos limitaremos a la parte material.

No creemos que exista –ni en alemán ni en cualquier otro idioma– ninguna obra en que los principios analíticos de la historia moderna de la industria desde la Edad Media hasta nuestros días, se expongan en una síntesis tan clara y tan completa como en los tres últimos capítulos que ocupan las pp. 302 a 495 del presente libro, [3] acerca de la cooperación, la manufactura y la gran industria. En estas páginas se hacen resaltar a tono con sus méritos todos los aspectos concretos del progreso industrial, y aunque de vez en cuando se trasluzca la tendencia específica de la obra, hay que hacer a su autor la justicia de reconocer que

jamás modela los hechos arbitrariamente a la medida de su teoría, sino que, por el contrarío, se esfuerza siempre en exponer su teoría como un resultado de los hechos.

Y estos hechos va a buscarlos siempre a las mejores fuentes, a fuentes que, por lo que a las instituciones modernas se refiere, no tienen par hasta hoy, en Alemania, en lo tocante a fuerza de autenticidad: los informes parlamentarios ingleses. Los industriales alemanes que no se limiten a enfocar su industria a través del prisma de la diaria ganancia, sino que la consideren como un eslabón esencial en el gran proceso industrial moderno de todos los países y se interesen también, en consecuencia, por aquellas cosas que no formen directamente parte de su propia rama comercial, encontrarán en esta obra copiosa fuente de enseñanzas y nos agradecerán que llamemos su atención hacia ella. Han pasado ya los tiempos en que cada rama industrial se desenvolvía por sí sola, en el más completo aislamiento; hoy, todas dependen las unas de las otras, de los progresos que se logran en los países más remotos como en las comarcas más próximas y de las variables coyunturas del mercado mundial. Y si, como parece muy posible, los nuevos tratados de unión aduanera vienen a restringir los aranceles protectores vigentes, todos nuestros fabricantes se verán obligados a estudiar en términos generales la historia de la moderna industria para documentarse en ella y saber de antemano cuál es la actitud más conveniente que cabe adoptar ante cambios de este tipo. A los alemanes nos ha salvado siempre, pese a la desintegración política, la alta cultura; ésta es también en este caso la mejor arma que podemos esgrimir contra los ingleses, con su sentido toscamente materialista.

Ello nos lleva a otra consideración. Es posible que las nuevas leyes de unión aduanera planteen a los propios fabricantes de los países incluidos en la unión, la conveniencia de exigir una reglamentación uniforme de la jornada de trabajo. Sería manifiestamente inicuo que en un Estado la regulación de la jornada de trabajo, sobre todo en lo referente a la mujer y al niño, se dejase por entero al arbitrio del fabricante, mientras que en otro Estado se la sometía a considerables restricciones. Creemos que será difícil escapar a un acuerdo que establezca normas comunes a este respecto, sobre todo sí se aspira realmente a rebajar las tarifas arancelarias. Ahora bien, la experiencia de los alemanes en estas cuestiones es muy imperfecta, por no decir nula, y no contamos con más enseñanzas que las que pueda brindarnos la legislación de otros países, principalmente la de Inglaterra, y los resultados obtenidos en su aplicación. El autor de la obra a que nos referimos presta a la industria alemana un gran servicio, al exponer del modo más minucioso y basándose en documentos oficiales, la historia de la legislación fabril inglesa y sus frutos (consúltense las pp. 207–281, 399–496 [4] y algunos pasajes posteriores). Toda esta página de la historia industrial de Inglaterra es casi desconocida en Alemania, y causa maravilla saber que una ley votada este año por el parlamento alemán ha puesto bajo control del gobierno a millón y medio de obreros. En Inglaterra, casi todo el trabajo industrial, la mayoría del trabajo a domicilio y una parte del trabajo agrícola se hallan sometidos actualmente a la fiscalización de funcionarios públicos y a toda una serie de restricciones directas e indirectas en cuanto al tiempo. Invitamos a nuestros fabricantes a que no se dejen sugestionar por la tendencia de este libro y a que estudien serenamente esta parte de la obra. El problema que en estas páginas se expone tendrá que ser afrontado por ellos, sin ningún género de duda, más pronto o más tarde.

(*Publicado en el* “Staatsanzeiger für Württenberg”.

27 diciembre 1867; núm. 306; *suplemento:*

"Gewerbeblatt aus Württenberg", p. 3272.)

VII

"ELCAPITAL", POR MARX [5]

1

Desde que existen en el mundo capitalistas y obreros, no se ha publicado ningún libro que tenga para los obreros la importancia de éste. Se estudia científicamente en él, por vez primera, la relación entre el capital y el trabajo, que es el eje en torno al cual gira toda la sociedad moderna, con una profundidad y una agudeza de que sólo podía hacer gala un alemán. No cabe negar los méritos que corresponden y les serán discernidos siempre a las obras de hombres como Owen, Saint–Simon y Fourier; pero tenía que ser un alemán quien remontase la cima desde la que se domina, claro y nítido, todo el panorama de las modernas instituciones sociales, como se columbra el paisaje de los valles desde la cumbre de las montañas.

La economía política al uso nos enseña que el trabajo es la fuente de toda la riqueza y la medida de todos los valores, por virtud de lo cual dos objetos cuya producción haya costado el mismo tiempo de trabajo encerrarán idéntico valor; y como, por término medio, el cambio versa sobre valores iguales entre si, estos objetos podrán ser cambiados el uno por el otro. Pero, a la par que esto, nos enseña que existe también una especie de trabajo acumulado, al que esa economía da el nombre de capital, y que este capital, gracias a los resortes que encierra, eleva a la centésima y a la milésima potencia la capacidad productiva del trabajo vivo, en premio a lo cual se reserva una cierta remuneración, a la que se da el nombre de beneficio o ganancia. Todos sabemos que lo que ocurre en la realidad es que, mientras las ganancias del trabajo muerto o acumulado crecen en proporciones cada vez más pasmosas y los capitales de los capitalistas se hacen cada día más gigantescos, el salario del trabajo vivo va reduciéndose más y más y la masa de los obreros que viven de un jornal es cada vez más numerosa y más pobre. ¿Cómo resolver esta contradicción? ¿Cómo explicarse que el capitalista obtenga una ganancia, sí es verdad que al obrero se le retribuye el valor integro del trabajo incorporado por él al producto? Como partimos del supuesto de que el cambio versa siempre sobre valores iguales, parece, en efecto, que al obrero se le retribuye necesariamente el valor íntegro de su trabajo. Mas, por otra parte, ¿no resulta contradictorio que se cambien valores iguales y que al obrero se le retribuya íntegramente el valor de su producto sí, como muchos economistas reconocen, este producto se distribuye entre el obrero y el patrono? Ante esta contradicción flagrante, la economía en boga se queda perpleja y se limita a pronunciar o balbucir unas cuantas frases confusas que nada dicen. Por su parte, los críticos socialistas de la economía anteriores a nuestra época se contentan con poner de manifiesto la contradicción; ninguno había logrado resolverla, hasta que por fin Marx, en esta obra, analiza el proceso de formación de la ganancia, calando hasta su verdadera raíz y poniendo en claro, con ello, todo el problema.

En su investigación del capital, Marx parte del hecho sencillo y palmario de que los capitalistas explotan e incrementan su capital por medio del cambio: compran con su dinero mercancías, que luego venden por más de lo que les han costado. Por ejemplo, un. capitalista compra algodón por valor de 1,000 táleros y lo revende por 1,100, operación que

le deja, por tanto, una ganancia de 100 táleros. Este remanente de 100 táleros, que viene a incrementar el capital primitivo, es lo que Marx llama *plusvalía*. ¿De dónde sale esta plusvalía? Los economistas parten del supuesto de que se cambian siempre valores iguales, lo cual, en el plano de la teoría abstracta, es verdad. Por tanto, la operación comercial consistente en comprar algodón y en revenderlo no puede engendrar la plusvalía, pues es exactamente lo mismo que si se cambiase un tálero por treinta silbergrosen de plata. después de realizar esta operación, el poseedor del tálero no es más rico ni más pobre que antes. Tampoco puede buscarse la fuente de la plusvalía en el hecho de que los vendedores cobren sus mercancías por más de lo que valen o de que los compradores las obtengan por menos de su valor, pues lo que interesa no es el comprador o vendedor individual, sino la operación social en su conjunto; los que hoy actúan como vendedores pasan a ser mañana compradores, con lo cual toda posible diferencia quedaría compensada. Ni puede buscarse tampoco la explicación de que compradores y vendedores se engañen los unos a los otros: esto no creará un valor nuevo o plusvalía y servirá únicamente para desplazar de unos capitalistas a otros el capital existente, dándole una nueva distribución. Pues bien, a pesar de comprar y vender las mercancías por lo que valen, el capitalista saca de ellas más valor del que en ellas invirtió. ¿Cómo puede explicarse esto?

La clave del misterio está en que, bajo el régimen social vigente, el capitalista encuentra en el mercado una mercancía que encierra la peregrina cualidad de que, al consumirse, engendra, crea nuevo valor. esta mercancía es la *fuerza de trabajo*.

¿Cuál es el valor de la fuerza de trabajo? El valor de toda mercancía se mide por el trabajo necesario para producirla. La fuerza de trabajo aparece encarnada en el obrero vivo, el cual, para vivir y mantener además a una familia que garantice la continuidad de la fuerza de trabajo después de morir él, necesita una determinada cantidad de medios de subsistencia. El tiempo de trabajo necesario para producir estos medios de subsistencia es, por tanto, lo que determina el valor de la fuerza de trabajo. El capitalista se lo paga al obrero, semanalmente por ejemplo, y con el salario le compra el uso de su trabajo durante una semana. Hasta aquí, esperamos que los señores capitalistas no disentirán gran cosa de nosotros, en lo que al valor de la fuerza de trabajo se refiere.

Ahora, el capitalista pone a su obrero a trabajar. Al cabo de determinado tiempo, el obrero le rinde la cantidad de trabajo representada por su salario semanal. Supongamos que el salario semanal de un obrero equivalga a tres días de trabajo; según esto, si el obrero empieza a trabajar el lunes por la mañana, el miércoles por la noche habrá reintegrado al capitalista el *valor íntegro de su salario*. ¿Pero, acaso deja de trabajar, a partir de este momento? En modo alguno. El capitalista le ha comprado el trabajo de una semana; por tanto, el obrero tiene que seguir trabajando hasta cubrir los tres días que faltan para completarla. Pues bien, este *trabajo de más* que el obrero rinde después de haber trabajado el tiempo necesario para reponer al patrono el salario que le abona, es la *fuente que alumbra la plusvalía*, la ganancia, la fuente del incremento incesante y progresivo del capital.

¿Se nos dirá, acaso, que es una suposición caprichosa nuestra la de que el obrero rescata en tres días de trabajo el salario que percibe y que los tres días restantes de trabajo, no son para él, sino para el capitalista? El que sean precisamente tres días, o dos, o cuatro, los que el obrero necesita trabajar para reponer el salario, es cosa que de momento no nos

interesa y que depende de diversas circunstancias. Lo importante y lo innegable es que, además del trabajo pagado, el capitalista arranca al obrero una cantidad de trabajo, mayor o menor, que *no le retribuye*. Y esto no es ninguna hipótesis caprichosa, sino una realidad palmaria; el día en que el capitalista, como norma, sólo obtuviese del obrero la cantidad de trabajo que le remunera mediante el salario, cerraría la fábrica, pues no obtendría de ella ganancia alguna.

He ahí la solución de todas aquellas contradicciones con que tropezábamos. Descubierto esto, el origen de la plusvalía (una parte importante de la cual es la ganancia del capitalista) ya no constituye ningún secreto. Al obrero se le abona, indiscutiblemente, el valor de la fuerza de trabajo. Lo que ocurre es que este valor que la fuerza de trabajo tiene es muy inferior al que el capitalista sabe sacar de ella, y la diferencia, o sea, el *trabajo no retribuido*, es precisamente la parte que se apropia el capitalista, o, mejor dicho, la clase capitalista en su conjunto. De este trabajo no retribuido tiene que salir, en efecto, pues no cabe otra posibilidad –a menos que la mercancía suba de precio–, hasta aquella ganancia que en nuestro ejemplo anterior obtenía el comerciante algodonero, al revender el algodón comprado por él. En efecto, para obtener su ganancia, el comerciante tiene necesariamente que vender su mercancía, directa o indirectamente, a un fabricante de géneros de algodón que pueda sacar de su producto, además de aquellos 100 táleros con que el intermediario se beneficia, una ganancia para si, compartiendo de este modo con el comerciante el trabajo no retribuido de sus obreros, que él se apropia. De este trabajo no retribuido viven absolutamente todos los miembros ociosos de la sociedad. De él salen los impuestos y contribuciones que perciben el Estado y el Municipio y que gravan sobre la clase capitalista, las rentas de los terratenientes, etc. Sobre él descansa todo el orden social existente.

Sería absurdo, sin embargo, suponer que no existió trabajo no retribuido hasta que vino el régimen actual, en que la producción funciona a base de capitalistas, por una parte, y de obreros asalariados, por la otra. Nada más lejos de la verdad. En todas las épocas de la historia se ha visto la clase oprimida obligada a rendir trabajo no retribuido. Durante los largos siglos en que la forma predominante de organización del trabajo fue la esclavitud, los esclavos veíanse reducidos a la necesidad de trabajar bastante más de lo que se les pagaba en forma de medios de subsistencia. Y otro tanto acontecía bajo el régimen de la servidumbre y hasta la abolición del sistema de vasallaje en el campo; en los tiempos del feudalismo, era incluso patente, visible, la diferencia entre el tiempo durante el cual trabajaba el campesino para pagarse su sustento y el remanente de trabajo que rendía para el señor feudal, por la sencilla razón de que entre el primero y el segundo no mediaba, como hoy media, una solución de continuidad. Hoy, la forma ha cambiado, pero el fondo sigue siendo el mismo. Y mientras “una parte de la sociedad posee el monopolio de los medios de producción nos encontramos con el fenómeno de que el obrero, libre o esclavizado, tiene que añadir al tiempo de trabajo necesario para poder vivir una cantidad de tiempo suplementario, durante el cual trabaja para producir los medios de vida destinados al propietario de los medios de producción”. (Marx, *El Capital*, t. I, p. 243) 6

2

En nuestro artículo anterior, veíamos que todo obrero empleado por un capitalista rinde un doble trabajo: durante una parte de su tiempo de trabajo repone el salario que el capitalista le abona: esta parte M trabajo es lo que Marx llama *trabajo necesario*. Pero, aun tiene que

seguir trabajando algún tiempo más, durante el cual produce la *plusvalía* para el capitalista, una parte importante de la cual está representada por la ganancia: esta parte del trabajo recibe el nombre de plustrabajo, o trabajo excedente.

Supongamos que el obrero trabaje tres días de la semana para reponer su salario y los tres días restantes para crear plusvalía para el capitalista. Esto vale tanto como decir que, siendo la jornada de doce horas, trabaja seis horas diarias para pagar su salario y otras seis horas para la producción de plusvalía. Pero, si de una semana sólo pueden sacarse seis días o siete a lo sumo, aprovechando los domingos, a cada día se le pueden sacar seis, ocho, diez, doce, quince horas de trabajo, y aún más. El obrero ha vendido al capitalista, por el jornal, una jornada de trabajo. ¿Pero *qué se entiende por jornada de trabajo*? ¿Ocho horas, o dieciocho?

El capitalista tiene interés, naturalmente, en alargar todo lo posible la jornada de trabajo. Cuanto más larga sea, mayor plusvalía le producirá. En cambio, al obrero le dice su certero instinto que cada hora más que trabaja después de reponer el salario es una hora que se le arranca ilegítimamente, y las consecuencias que trae consigo el trabajar con exceso, las sufre en su propio cuerpo. El capitalista lucha por su ganancia, el obrero por su salud, por un par de horas de descanso al día, por el derecho a poder sentirse también un poco hombre y que su vida no se reduzca a una cadena incesante de trabajar, comer y dormir. Diremos de pasada que, por muy buenas que puedan ser las intenciones de cada capitalista en particular, no tiene más remedio que luchar por sus intereses, pues la competencia obliga hasta a los más humanitarios a hacer lo que hacen los otros y a obligar a sus obreros a trabajar, como norma general, el mismo tiempo que trabajan todos.

La lucha por la fijación de la jornada de trabajo dura desde que aparecen en la escena de la historia los obreros libres hasta nuestros días. En diversas industrias rigen diversas jornadas de trabajo tradicionalmente establecidas, pero en la práctica son contados los casos en que se respeta la tradición. Sólo puede decirse que exista verdadera jornada normal de trabajo allí donde la ley se encarga de estatuirla y se cuida de velar por su aplicación. Hasta hoy, puede afirmarse que esto sólo acontece en los distritos fabriles de Inglaterra. En las fábricas inglesas rige la jornada de diez horas (diez horas y media los cinco primeros días de la semana y siete horas y media los sábados) para todas las mujeres y para los jóvenes de trece a dieciocho años; de hecho, también los adultos gozan de la misma jornada, puesto que no pueden trabajar sin la cooperación de aquellos elementos. El arrancar esta ley les costó a los obreros fabriles de Inglaterra largos años de perseverancia, de lucha tenaz y obstinada contra los fabricantes, para la cual supieron utilizar la libertad de prensa y el derecho de reunión y asociación y supieron también explotar hábilmente las disensiones que se manifestaban en el seno de la propia clase dominante. Esta ley se ha convertido en el palenque de los obreros ingleses, que han logrado que se vaya aplicando poco a poco a todas las grandes ramas industriales y que, durante el año pasado, se hiciese extensiva a *todas las industrias*, por lo menos a todas aquellas en las que trabajan mujeres y jóvenes menores de dieciocho años. La historia de esta reglamentación legal de la jornada de trabajo en Inglaterra se documenta con datos abundantisimos en la obra a que nos estamos refiriendo. Sabemos que en la próxima legislatura del parlamento de la Alemania del Norte se discutirá un proyecto de ordenanza industrial y se pondrá a debate, por tanto, la organización del trabajo fabril. Esperamos que ninguno de los diputados llevados a la cámara por los votos de los obreros alemanes intervendrá en la discusión de esta ley sin

antes compenetrarse bien con la obra de Marx. *Hay en ella mucho que llevar a la práctica.* Las disensiones existentes entre las clases dominantes son hoy más favorables a los obreros de lo que nunca lo fueron en Inglaterra, pues el *régimen de sufragio universal obliga a esas clases a captarse las simpatías de los obreros*. En estas condiciones, cuatro o cinco representantes parlamentarios del proletariado pueden constituir una potencia, sí saben aprovecharse de su situación y, sobre todo, si saben qué es lo que realmente se ventila, cosa que ignoran los burgueses. El libro de Marx les brinda, ordenados y dispuestos, todos los elementos de juicio necesarios para esta batalla.

Pasando por alto toda una serie de investigaciones hermosísimas, pero de carácter predominantemente teórico, nos detendremos en el capitulo último de la obra, que trata de la acumulación o incrementación del capital. En él se demuestra, en primer lugar, que el método de producción capitalista, es decir, el método de producción que funciona a base de capitalistas, de una parte, y de la otra obreros asalariados, no sólo reproduce constantemente el capital del capitalista, sino que reproduce también incesantemente la pobreza del obrero, asegurando por tanto la existencia constante, de un lado, de capitalistas en cuyas manos se concentra la propiedad de todos los medios de vida, materias primas e instrumentos de producción, y, de otro lado, de la gran masa de obreros obligados a vender a estos capitalistas su fuerza de trabajo por una cantidad de medios de subsistencia que, en el mejor de los casos, alcanza estrictamente para sostenerlos en condiciones de trabajar y de traer al mundo una nueva generación de proletarios aptos para el trabajo. Pero el capital no se limita a reproducirse, sino que aumenta y crece incesantemente, con lo cual aumenta y crece también su poder sobre la clase obrera, desposeída de toda propiedad. Y, del mismo modo que se reproduce a sí mismo en crecientes proporciones, el moderno régimen capitalista de producción reproduce también en proporciones cada vez mayores, en número sin cesar creciente, la clase obrera desposeída. “La acumulación del capital reproduce las proporciones del capital en escala progresiva; a más capitalistas o a capitalistas más poderosos en un polo, corresponden en el otro polo más obreros asalariados... *La acumulación del capital supone, por tanto, un aumento del proletariado*(p. 645).[7] Pero como, por otra parte, los progresos del maquinismo, los procedimientos cada día más perfeccionados de cultivo de la tierra, etc., hacen que cada vez se necesiten menos obreros para producir la misma cantidad de artículos, y como este proceso de perfeccionamiento, y por tanto de eliminación de obreros inútiles, se desarrolla con mayor rapidez que el proceso de crecimiento del capital, ¿a dónde va a parar este contingente cada vez más numeroso de obreros sobrantes? Pasa a formar un ejército industrial de reserva, integrado por obreros a quienes en las épocas malas y medianas se paga su trabajo por menos de lo que vale y que muchas veces se quedan sin trabajo o a merced de la beneficencia pública, pero que son indispensables para la clase capitalista en las épocas de gran prosperidad, como ocurre actualmente, a todas luces, en Inglaterra, y que en todo caso sirven para vencer la resistencia de los obreros que trabajan normalmente y mantener bajos sus salarios. “Cuanto mayor es la riqueza social... tanto mayor es también la superpoblación relativa (el. exceso de población o ejército industrial de reserva). Y cuanto mayor es este ejército de reserva en relación con el ejército obrero en activo (o sea, con los obreros que trabajan normalmente), tanto mayor también la masa de superpoblación consolidada (permanente) o las capas obreras cuya miseria está en razón inversa a su tormento de trabajo. Finalmente, cuanto más extenso es en la clase obrera el sector de la pobreza y más numeroso el ejército

industrial de reserva, tanto mayor también el pauperismo oficial. *Tal es la ley general, absoluta, de la acumulación capitalista* (p. 679).[8]

He ahí, demostradas con todo rigor científico –y los economistas oficiales, prudentemente, no han intentado siquiera refutarlas– algunas de las leyes fundamentales del moderno sistema social, o sea, del sistema capitalista. Pero, ¿es esto todo? No, ni mucho menos. Con la misma agudeza y nitidez con que pone de manifiesto los lados de la producción capitalista, Marx demuestra que esta forma social era necesaria para elevar las fuerzas productivas de la sociedad hasta un nivel que hiciese posible un desarrollo igual y humanamente digno para todos los miembros de la sociedad. Las formas sociales anteriores eran demasiado pobres para que con ellas pudiera lograrse esto. Gracias a la producción capitalista se crearon las riquezas y las fuerzas productivas para llenar esta aspiración y se creó al mismo tiempo, con las masas de obreros oprimidos, la clase social obligada cada vez más de lleno por su propia situación a adueñarse de estas riquezas y fuerzas productivas para emplearlas al servicio de toda la sociedad, y no como hoy, en interés de una clase monopolista.

(*Publicado en el* "Demokratisches Wochenblatt" *Leipzig, 21 y 28 marzo 1868; núms. 12 y 13, pp. 94 s. y 100 S.)*

Pie de página Introducción

1 Este trabajo, del que tomamos aquí la parte sustancial, fue publicado acompañando a los artículos bibliográficos de Engels, en el *Marx–Engels Archiv, Zeitschrift des Marx–Engels–Institut in Moskau, t.* II, Francfort s. M., 1827 pp. 427–462. (*Ed.*)

2 Carta de Marx a Kugelmann, 28 diciembre 1862.

3 Solamente una, la que aparec *infra* (36) con el núm.VI, fue reproducida en otro periódico al año siguiente de su publicación. También el artículo bibliográfico escrito para el *Demokratisches Wochenblatt* (*infra*, VII) fue reeditado por Liebknecht, años más tarde, en su *Volksstaat* (núms. 28 y 29, de 5 y 8 abril 1871). Del *Volksstaat* pasó, en traducción francesa, al órgano socialista de Bruselas *La Liberté* (núms. 47 y 50, de 6 y 9 junio 1871).

4 Marx, en "Postfacio" a la segunda edición de *El Capital* (1873), p. XXVIII de la presente edición.

5 *Der Vorbote*, Ginebra, año 3, núm. 1, enero 1868, p. 16.

6 Entre los periódicos no obreros, *Die Zukunft*, revista poco difundida, pero que contaba también a algunos obreros entre sus lectores, hizo una gran propaganda por Marx y *El Capital.* Ya el 4 de septiembre de 1867 (núm. 206) reprodujo la mayor parte del prólogo. El 12 de diciembre (núm. 291) publicó, bajo el título de "Plagio", un cotejo, enviado por Marx y acompañado de comentarios bastante duros, de citas tomadas de un discurso del lassalleano von Hofstetten con algunas de las páginas de *El Capital* sobre la jornada de trabajo (ver cartas de Marx: a Engels, 7 dic. 1867, de Engels a Marx, 12 dic., de Marx a Engels, 14 dic., de Engels a Marx, 16 dic., de Marx a Engels, 17 dic.) En el núm. 292, de

25 de junio 1868, unas “Cartas sobre Economía” de autor anónimo hacen "grandes elogios" de *El Capital*; “en realidad, estas cartas están, en gran parte copiadas de él”. observa Marx (en carta a Engels, 4 agosto 1868). El 11 de agosto de 1869 (núm.185) apareció en esta revista –anónimo– el primero de los ensayos biográficos sobre Marx redactado por Engels, en el que se subraya especialmente y se comenta con bastante detalle la importancia de *El Capital*. Este ensayo había sido escrito para una revista titulada *Gartenlaube*. ver Mehring, *Carlos Marx*, 4° ed., Leipzig, 1923, p. 388. Engels reformó el texto del artículo para enviarlo al *Zukunft*; ver carta de Marx a Kugelmann, 15 julio 1869.

7 Este periódico publicó también el prólogo a *El Capital*, el 7 de septiembre de 1867.

8 Ver cartas de Engels a Marx 10 de noviembre 1867, Marx a Engels 1 febrero 1868, Engels a Marx 11 febrero 1868, Meissner a Marx 16 marzo 1868. No nos ha sido posible encontrar esta nota bibliográfica.

9 Hacía unas treinta líneas: al parecer, improvisado a base del prólogo e índice de la obra. Sin embargo, en realidad se tomaron como base tres notas bibliográficas (las que figuran en nuestra lista con los números 1, 3 y 8), que Meissner entregó como fuente de información a “uno de los redactores” del periódico (carta de Meissner a Marx, 19 noviembre 1867).

10 Ver carta de Siebel a Engels, 27 marzo 1868. Esta crítica no ha podido ser encontrada.

11 Este periódico reprodujo el prologo a *El Capital* en los números 1 y 2, de 4 y 11 enero 1868. En los días 11, 18 y 25 de abril de 1868 (números 15, 16 y 17) insertó algunos trozos de la obra sobre la cuestión irlandesa.

12 En las cartas de Marx y Engels no aparece el título exacto de este periódico, que tampoco ha podido averiguarse por otros conductos.

13 Socialista doctrinal en la década del cuarenta: colaborador de varios periódicos y revistas. Su crítica, “muy amable”, pero “mucha confusión en el modo de tratar el asunto”. (Marx a Engels, carta 29 junio 1868; a Kugelmann, carta 2 julio 1868.)

14 Después de esta fecha, sobreviene una larga pausa: la nota bibliográfica más próxima no ve la luz hasta la segunda mitad de 1869. en los *Jahrbücher fur National–okonomie und Statistik* de Hildebrand (Jena, año VII [1869], t. I. cuad. 6, pp. 457–67, firmada: Rr, o sea Hermann Rosler (1834–1894), a la sazón profesor en Rostock.

15 Marx y Kugelmann, carta 21 julio 1868; ver además, sobre la crítica de Faucher, carta de W. Eichoff a Marx, 29 junio 1868: Marx a Kugelmann, 11, julio 1868; Marx a Siegfried Meyer, 4 julio 1867; Marx a Engels. 11 julio 1868.

16 Acerca de esta nota crítica (la que figura con el No. 9 en nuestra lista) vease Kugelmann a Marx, carta 3 enero: Engels a Marx. 7 enero; Marir a Engels, 8 enero. Marx a Kugelmann, 11 enero; Kugelmann a Marx, 18 enero 1868; Marx a S. Meyer, 4 julio 1867

17 Marx a S. Mayer, carta 4 julio 1868.

18 Meissner a Marx, carta 27 enero 1869.

19 Meissner a Marx, carta 21 agosto 1868.

20 Meissner a Marx, carta 18 septiembre 1872. En las cartas del editor a Marx no se da ninguna cifra de tirada de la primera edición. Cabe inferir, sin embargo, sin mucho temor a

equivocarse que la tirada de la primera edición de *El Capital*, descontando los ejemplares no destinados a la venta, fue de unos 1,000 ejemplares, o poco más.

21 Ver “Palabras finales” de Marx a la segunda edición, p. XXV.

22 Marx a Kugelmann, carta de 11 febrero 1869.

23 Marx a Engels, carta 6 marzo 1858. En efecto, Engels escribió un largo artículo en inglés para la *Fortnightly Review*, el cual no fue aceptado por la redacción, Este artículo ha sido publicado últimamente en el primer cuaderno (1926) de la revista del Instituto Marx – Engels, *Letopisi Marksisma* (*Anales de Marxismo*).

24 Engels a Marx, carta 6 agosto 1868.

25 Marx a Kugelmann, carta 12 octubre 1868

26 *Der Vorbote*, Politische und Sozial–okonomische Monauschrift. Zentralorgan der Sektionsgruppe deutscher Sprache der Intern. Arbeiter Assoziation, Ginebra, año II (1867), núm. de noviembre, p. 175. En efecto, el *Vorbote* hizo una intensa campaña de propaganda de *El Capital*; cfr. año II (1867), pp 63 *s*., 96, 143, 158 *s*., 174 *s*., 191; año III (1868). pp. 16, 48.

27 *Demokratisches Wochenblatt*, 1868, pp, 2 *s*., l3 *s*., 94 *s*., 116 *s*., 127 *s*. 134 *s*., 284 (suplemento), 267 *s*., 275, 278, 283 *s*., 291 *s*., 346: 1869, pp 107 *s*., 400 *ss*.

28 *Sozial–Demokrat*, núm. 94, de 24 abril 1868.

29 *Sozial–Demokrat* de 28 agosto 1868; *Demokratisches Wochenblatt* de 29 agosto 1868, p. 275. Cfr. Mehring, *Politische Eufsatze und Reden von J. B v. Schweitzer*, Berlín, 1912, pp. 273 ss., y Mehring, *Geschichte der deutschem Sozialdemokratie*, t. III, pp. 322 s.

30 Meissner a Marx, carta 19 marzo 1872.

31 Marx a Siegfried Meyer, carta 30 abril 1867. Publicada íntegra en el *Vorwarts* de Berlín, núm. 323. de 8 diciembre 1913

Notas al pie I

1 Engels escribió a Marx que este artículo apareció, al publicarse, “abreviado, y mutilado”. Pero sólo se trataba de dos modificaciones muy leves (*Ed*.).

2 Este comentario bibliográfico fue publicado en folletón, con la advertencia siguiente: “El artículo que a continuación reproducimos nos fue enviado por un escritor del norte de Alemania: nos complacemos en insertarlo para llamar nuevamente la atención hacia la notable obra, de cuya excelente Introducción hemos comunicado ya un extracto a nuestros lectores. Conviene advertir, sin embargo, que no nos hacemos responsables de este trabajo en todas y cada una de sus líneas, tanto en lo que se refiere a Marx como en lo que atañe a Lassalle; tanto más cuanto que aún no hemos tenido ocasión de examinar atentamente el libro del primero”. (*Ed.)*

3 En esta edición pp. 278–455

4 En esta edición. pp. 220–258 y 421–455

5 *Das Kapital, Kritik der politischen Oekonomie*, von Karl Marx. Erster Band: Der Produktionsprozess des Kapitals, Hamburg, O. Meissner, 1867

6 En la presente edición, pp. 192 *s*

7 En la presente edición, p. 558.

8 En la presente edición, p. 588.

NOTAS EXPLICATIVAS

TOMO SEGUNDO

1 El dinero de los demás. (p. 35).
2 Cuando dos griegos se encuentran empieza la contienda del tiro de cuerda. (p. 122).
3 Literalmente: "bellos ojos". La significación popular es: "por su cara bonita". (p. 123).
4 Gastos imprevistos. (p. 124).
5 Cambiando lo que haya que cambiarse. (p. 126).
6 El vaciar los antiguos depósitos. (p. 133).
7 Tanto peor para ti. (p. 137).
8 A prorrata. (p. 139).
9 Circulación disfrazada. (p. 141).
10 Obras de arte. (p. 159).
11 Literal: *Carrera de la vida.* Frase latina para designar el conjunto de datos relativos a una persona. (p. 181).
12 Reintegrarse con una utilidad por el precio del trabajo. (p. 183).
13 Por deshacerse de él, por cambiar de dueño o haciendo que circule. (p. 184).
14 Producir en beneficio de su patrón. (p. 185).
15 Las capacidades adquiridas y aprovechadas. (p. 194).
16 Literalmente: *Todo el cielo.* La expresión latina tiene aquí el significado de *"todo el mundo". (p.* 204).
17 Condados centrales. (p. 221).
18 Cultivos subrepticios. (p. 228).
19 Frase latina para significar: "fuera de tiempo" o demasiado tarde". (p. 299).
20 Eso es todo. (p. 323).
21 Por sí misma. (p. 325),
22 Entiéndase bien. (p. 345).
23 Materialmente. (p. 353).
24 Guijarros picados. (p. 355).
25 En su calidad de. (a 368).
26 Como beneficios de los industriosos. (p. 370).
27 A primera vista, o, más popularmente, a simple vista. (p. 382).
28 Valor de cambio. (p. 387).
29 Desde el huevo (Horacio –arte poética, 147– alude en esta frase al huevo de Leda, de donde salió Elena). (p. 428).
30 Merma, reducción. (p. 430).
31 Expresión que significa cómo, en una obra dramática de la antigüedad, bajaba al escenario un dios por medio de una máquina. En sentido figurado, la frase se emplea para expresar el desenlace feliz pero inverosímil de una situación trágica. (p. 432).
32 En el pecho. Expresión italiana que significa: para sus adentros (lo interior del ánimo). (p. 434).
33 ¡He aquí al cretinismo burgués en toda su bienaventuranza! (p. 462).
34 Pago a los obreros en mercancía. (p. 481).
35 Captación de simpatía. (p. 500).

36 Voz latina que se emplea como prefijo en algunas palabras para expresar, bien conceptos de inferioridad o bien de posterioridad en cuanto al ordenamiento. (p. 500).

37 Frase alemana que significa *tema conductor,* con que se designa un tema melódico o rítmico, generalmente corto. (p. 517).

38 En sentido figurado: *carencia de principios. (p.* 530).

39 *Jurar por la palabra del maestro.* Alusión de Horacio (I.1.14) a los discípulos demasiado respetuosos para quienes les basta la autoridad del filósofo que toman por maestro. (p. 551).

INDICE ALFABETICO DE NOMBRES CITADOS

Adams, William Bridges (1797–1872). –Ingeniero inglés de ferrocarriles, autor de varias obras técnicas.

Bakewell, Robert (1725–1795). –Agricultor y ganadero inglés que realizó numerosos y fecundos ensayos de cruzamiento.

Bessemer, Sir Henry (1813–1898). –Eminente ingeniero inglés, inventor del procedimiento de fabricación de acero que lleva su nombre.

Bu1gakov, S. N. (nació en 1871). –Marxista ruso "legal" que, después del fracaso de la Revolución de 1905, se aparta por completo del marxismo para convertirse en sacerdote ortodoxo.

Corbet, Thomas. –Economista inglés.

D'Alembert, Jean le Rond (1717–1783). –Eminente matemático francés, colaborador de Diderot y de la *Enciclopedia.*

Drummond, V. A. W. (1833–1907). –Diplomático inglés.

Dupont de Nemours, Pierre Samuel (1739–1817). –Economista francés. Fisiócrata, discípulo de Quesnay.

Edmonds, Thomas Rowe (1803–1889). –Comunista utópico inglés, discípulo de Owen. Director de una sociedad de seguros en Londres.

Efrussi, B. O. (1865–1897). –Economista ruso burgués.

Good, W. Walter. –Granjero inglés, autor de obras sobre la política agraria.

Holdsworth, W. A. –Abogado inglés, autor de una serie de libros jurídicos populares, en especial sobre el derecho de arrendamiento.

Kirchhof, Friedrich. –Agricultor, autor de varias obras sobre agricultura.

Kozak, Theophil. –Secretario de la Cámara de Comercio de Halberstadt. Editor de algunas obras póstumas de Rodbertus.

Lalor, John (1814–1856). –Escritor y periodista inglés de orientación religiosa y burguesa que escribió mucho sobre los problemas sociales.

Lardner, Dionysius (1793–1859). –Escritor inglés, autor de un gran número de obras de vulgarización científica.

Laveleye, Emile Louis de (1822–1892). –Economista belga de la escuela liberal.

Lavoisier, Antoine Laurent (1743–1794). – Célebre químico francés, fundador de la química moderna.

List, Friedrich (1789–1846). –Economista alemán, teórico de la burguesía ascendente en Alemania antes de 1848. Partidario del desenvolvimiento independiente del capitalismo alemán y del proteccionismo aduanero.

Mably, Gabriel Bonnot de (1709–1785). Filósofo e historiador francés. Partidario del derecho natural, criticó vivamente la propiedad privada inclinándose hacia un régimen social comunista. Se le considera como uno de los precursores del socialismo.

Nicolai –on (N –on). Pseudónimo de *Danielson*, N. F. (1844–1918). –Economista ruso. Uno de los principales teóricos del movimiento populista en los años 1890–1900. Tradujo al ruso con Lopatine el libro I de *El Capital.*

Patterson, Robert (1821–1886). –Periodista que se ocupaba especialmente de cuestiones financieras.

Priestley, Joseph (1733–1804). –Químico inglés. Tuvo que emigrar a América a causa de sus simpatías por la Revolución francesa. Como predecesor de Lavoisier, descubrió el oxígeno y toda una serie de otros gases.

Rau, Karl Heinrich (1792–1870). –Economista alemán. Marx lo calificó de "El Say alemán".

Ravenstone, Piercy. –Economista inglés que escribió por el año 1825. Admite el carácter histórico del capital y demuestra que el crecimiento de la productividad del trabajo aumenta el capital, es decir la riqueza de otro.

Roscoe, Sir Henry Enfield (1833–1915). –Químico inglés.

Schaffle, Albert E. F. (1831–1903). –Político austríaco y economista vulgar.

Scheele, Karl Wilhelm (1742–1786). –Químico que descubrió el oxígeno, independientemente de Priestley.

Soetbeer, George Adolf (1814–1892). –Economista burgués alemán especializado en estadísticas financieras y monetarias.

Tchuprov, A. Z. (1842–1908). –Economista liberal ruso, estadístico especializado en los problemas ferroviarios. Ejerció una gran influencia en el desenvolvimiento de las estadísticas agrícolas.

Tugan–Baranowski, M. J. (1865 –1919). –Economista ruso, uno de los representantes más conocidos del marxismo "legal". Como consecuencia, escribió una serie de trabajos contra la teoría marxista. Miembro del partido cadete desde 1905, durante la guerra civil participó en un gobierno contrarrevolucionario de Ucrania.

Tylor, Edward Burnett (1822–1917). –Antropólogo inglés.

Vorontsov, V. P. (1847 –1917). Uno de los principales teóricos de los populistas rusos.

Williams, R. P. –Citado por su discurso en el Instituto de Ingenieros civiles: *On the Maintenance of Permanent Way.*

Zeller, J. –Economista alemán, corresponsal de Rodbertus.